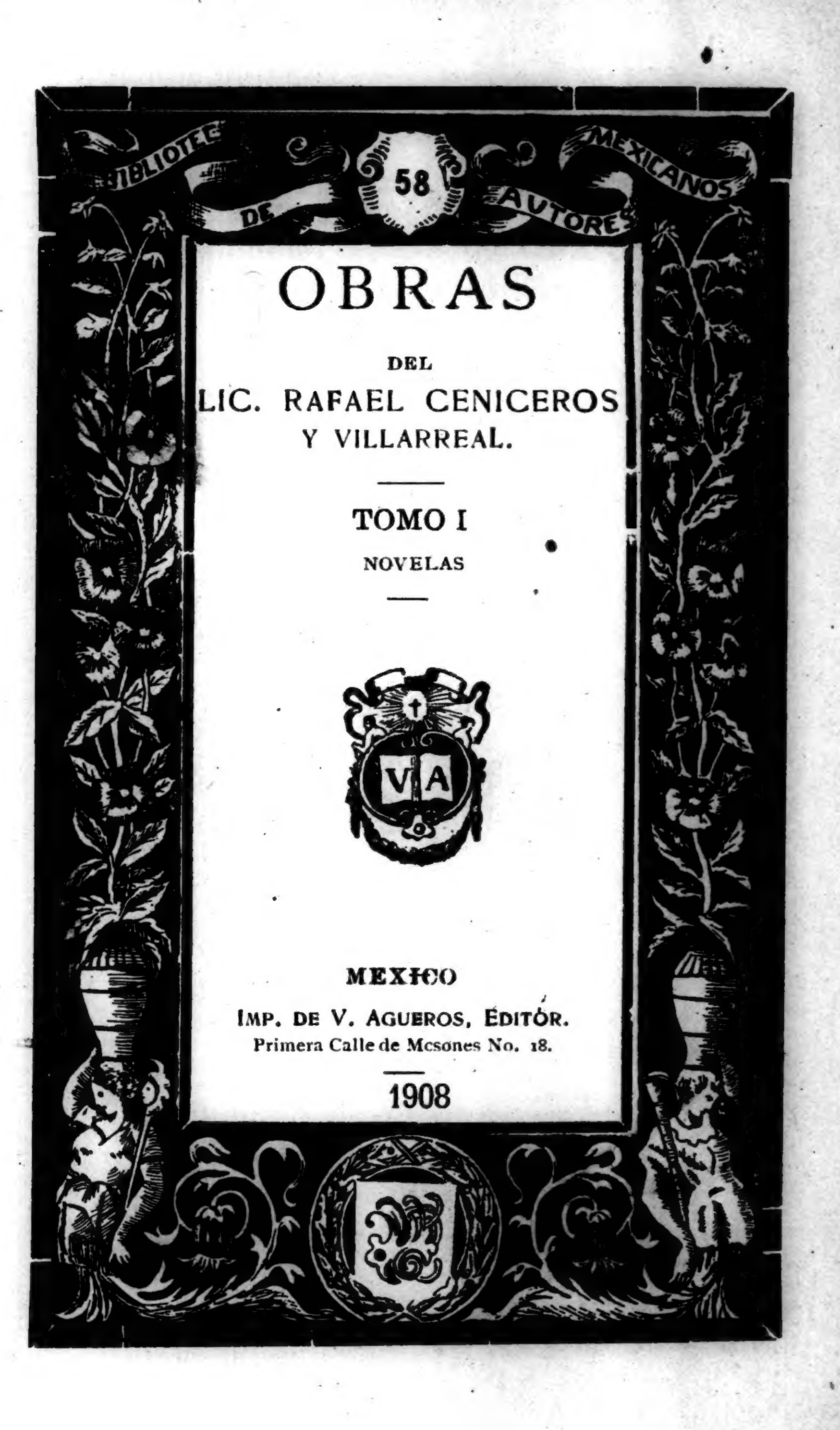
BLIOTECA
DE
AUTORES MEXICANOS

NOVELAS





OBRAS

DEL

LIC. RAFAEL CENICEROS Y VILLARREAL.

TOMO I

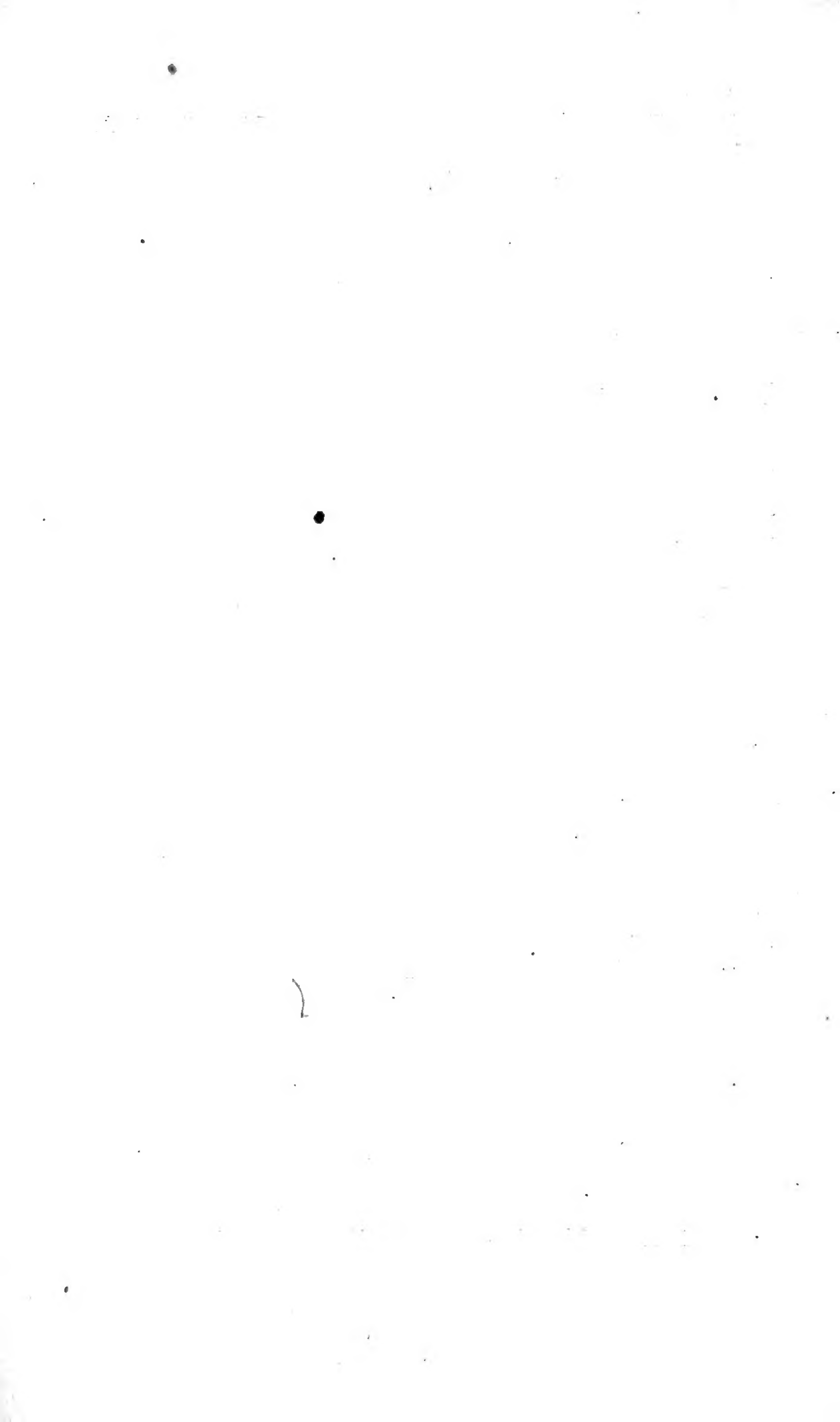
NOVELAS

MEXICO

IMP. DE V. AGUEROS, EDITÓR.

Primera Calle de Mesones No. 18.

1908



APUNTES
BIOGRAFICO-CRITICOS
ACERCA DEL AUTOR

I

El Sr. Lic. D. Rafael Ceniceros y Villarreal nació en la ciudad de Durango, el 11 de Julio de 1855; fueron sus padres Don Pedro H. Ceniceros, en su época notable profesor de música, primer maestro del laureado pianista Don Ricardo Castro, y la señora Doña Desideria Villarreal de Ceniceros. Estudió las primeras letras en la escuela de Don Jesús Centeno, y á los once años de edad entró al Seminario Conciliar, del cual era entonces Rector, el doctor en teología Canónigo Magistral Don Jesús Arrítola. En todos los cursos obtuvo siempre las primeras calificaciones; estudió Teología Dogmática, y ganó, previo examen, el acto público que presentó en el aula mayor de aquel establecimiento. En la clase de Humanidades obtuvo el primer pre-

mio con su composición «La Descripción de la Siembra,» que se conserva en la Secretaría de dicho plantel, escrita de puño y letra del autor. Por mandato del Rector Dr. Don Jesús Arrítola, escribió en tres actos y en verso un drama sagrado, para substituir con él las pastorelas que anualmente se representaban en la fiesta de Navidad; dicho drama, «La Plenitud de los Tiempos,» se estrenó con gran éxito en el mismo Seminario, representado por alumnos de dicho plantel, repitiéndose después año por año, y aún á la fecha suele representarse. También se pusieron en escena, en el teatro de Durango, varias composiciones dramáticas del joven seminarista, que fueron muy aplaudidas, entre otras el drama «Tempestades del Alma,» estrenado por la compañía dramática de Don Antonio Siliceo el 9 de Julio de 1876, y que ha sido muchas veces representado por aficionados en varias ciudades de la República, y al cual, á pesar del buen éxito que obtuvo, el autor llamaba «Tempestad de versos.» Para arbitrarse recursos durante sus estudios de facultad mayor, dió la cátedra de latín en el Colegio de Comercio, y abrió un plantel de instrucción primaria con el nombre de «Liceo de Señor San José» al cual concurrieron niños de las principales familias durangueñas, entre otros, los hijos del Lic. Don Rafael Bracho, del Lic. D. Rafael Pescador y del General Tomás Borrego.

En Julio de 1878 presentó en el «Instituto Juárez» su exámen profesional de abogado, y obtuvo el título por unánime aprobación de sus sinodales. Apenas recibido, salió para Zacatecas, atraído por la fama de la entonces opulenta ciudad, y después de luchar contra las terribles dificultades de todo el que empieza una carrera, logró establecerse sólidamente y con numerosa clientela. En 1881 contrajo matrimonio con la señorita Josefa Fuertes, joven perteneciente á las más distinguidas familias zacatecanas.

II

En medio de las arduas tareas profesionales, se dedicó al periodismo y á la Bella Literatura con el entusiasmo de una vocación verdadera. Fundó, editó, redactó y sostuvo por veinte años el semanario «La Rosa del Tepeyac;» fundó y fué el Redactor en Jefe del periódico científico «La Revista Forense;» escribió un librito dedicado á la educación de sus hijas intitulado «Páginas para mis hijas,» del cual se agotó la edición en breve tiempo; compuso unas fábulas morales que fueron puestas de texto en las escuelas católicas por disposición del Ilustrísimo señor Lic. Don José María Armas, entonces Vicario Capitular de Zacatecas y después Obispo de Tulancingo. Apasionado por la literatura pramática, compuso varios dramas estrena-

dos en el Teatro Calderón con muy buen éxito, y fueron: la comedia en un acto «Proyectos de Matrimonio» estrenada el 25 de Febrero de 1892 por la compañía Ricardo de la Vega, la cual comedia fué traducida al alemán por el señor Barón Othón de Brackel-Welda; «Flores de Invierno,» drama en tres actos y en verso estrenado por la compañía Luisa Martínez Casado el 17 de Septiembre de 1895; «La Tapatía,» drama en tres actos y en verso, estrenado por la compañía Gerardo López del Castillo, el 24 de Julio de 1898, y «El Vengador de la Honra,» drama en tres actos y en prosa, recientemente estrenado por la compañía Evangelina Adams. Fué nombrado miembro del jurado calificador, en los Juegos Florales celebrados en la ciudad de Zacatecas el 14 de Septiembre de 1906. El Ilmo. Don Fr. Buenaventura Portillo y Tejada, tercer Obispo de Zacatecas, le nombró censor de la prensa católica en la diócesi y catedrático de literatura en el Seminario de la Purísima, cátedra que hasta hoy desempeña, y el año próximo pasado fué nombrado por el Rector de dicho Seminario, Canónigo Don José María Huiri, catedrático de curso superior de español. Fué socio honorario del extinguido «Liceo Morelos» de la ciudad de México. Es miembro de la Junta Directiva de la sociedad Científico-artístico-literaria de la ciudad de Zacatecas, y en dicha sociedad ha leído varias composiciones poéti-

cas y dado conferencias literarias en las sesiones llamadas de labor. En el Club Literario-Recreativo de la misma ciudad, del que es socio fundador, inauguró las conferencias literarias, disertando sobre las escuelas clásica, romántica y ecléctica.

III

Con tan excelente dotación filosófica y literaria, vivificada por íntimo sentimiento religioso, el señor Lic. Ceniceros, en el drama, en la novela, en el cuento, representa uno de los pocos cultivadores de las letras, que hacen concurrir todas las seducciones de que éstas disponen, á orientar el alma humana hacia sus supremos destinos, á restaurar en ella las facultades de su divino origen, demasiado mancillado y obscurecido por la contaminación del sensualismo. Acerca de toda la producción literaria del Sr. Ceniceros podría decirse lo que respecto á la de Corneille afirmó un delicado crítico francés, Ernest Legouvé, quien sintetizó así la finalidad de la obra de aquel trágico eminente: «Exaltar el ideal en la belleza moral.»

Y esta elevada tendencia prosíguela el señor Ceniceros sin tomar el tono de la homilía, y sin deformar violentamente la acción para adecuarla á una tésis preconcebida, defecto que se echa en cara al novelista psicólogo Paul Bourget, sobre todo en su intencionada

«Etapa.» Lejos de eso, el Sr. Ceniceros deja que naturalmente corran los acontecimientos, con su vivaz atropello, con su inflexible enlace lógico; y la tésis viene por sí misma, sin que en toda la trama del argumento se note el deseo de formularla é imponerla, sin que en el ánimo del lector se produzca la poca persuasiva impresión de que se le llamó á contemplar un artificioso enredo, una invención irreal que jamás tendrá segundo ejemplar en el curso ordinario de la existencia. Quien así procede, tiene de antemano asegurado el éxito de la lección, como que ésta surge, con gran poder inductivo, no de una supuesta é imaginaria situación, sino de un caso concretísimo suministrado por la experiencia. La obra literaria es entonces algo como la fiel copia de la vida, y de éllla se saca tanto provecho como de las consecuencias de la personal conducta. Es vulgar opinión, que corre por ahí cual palmario axioma, que el espíritu católico, con tendencias hacia lo alto, como la llama, jamás podrá salir airoso en los campos de la literatura, principalmente en drama y novela, supuesto que novela y drama se recrean en hacer trasuntos de la naturaleza, y ésta se halla abominada en sus más exúberas manifestaciones por rigurosa sentencia del ascetismo. Contra semejante paradoja, levántase la historia de la literatura universal, y la española en primera línea, en que á las claras está demostrado que la

índole cristiana de los escritores en nada opacó el brillo y la penetración de sus ingenios; y que, lejos de espantarles el tumultuoso escenario del mundo, diéronse á reproducirlo tal cual es, precisamente para destacar la hermosura moral en bien combinado claro-obscuro, á modo del joyero que, para hacer resaltar el vívido fulgor de un d amante, lo engaste en negrísima montadura. La radical diferencia entre un escritor que corrompe y otro que purifica y eleva, no consiste en el mayor ó menor relieve realista de las descripciones, sino en la tendencia que el uno tiene de embellecer lo odioso y repugnante, y la opuesta del otro, en atraerles la condigna aversión. Cuando el honesto y sencillo Salvatore Farina escribía aquellas sus narraciones que le valieron preeminente sitio entre los autores realistas, acostumbraba decir, con finísimo donaire, que un durazno de fragante aroma y aterciopelada película es un objeto tan verdadero como la úlcera pestilente y purulenta; y que él prefería embelesarse describiendo la sazonada fruta á posarse, como mosca tenaz, sobre la hedionda llaga.

A esta escuela que toma el realismo como peldaño para remontarse á la alta idealidad, ha rendido siempre fidelísimo culto el Sr. Lic. Ceniceros. Ciertamente que, cuando termine su carrera,—que se la deseamos muy larga para bien de las letras—no tendrá el amargo sinsabor de recusar ninguno de sus

escritos, ni echar al fuego los que le causen sonrojo y arrepentimiento; pues todos ellos, aun aquellos forjados al calor de la juventud, como el ya mencionado drama "La Plenitud de los Tiempos," no esconden insidiosamente la más leve sugestión al mal, ni un consejo ó un ejemplo que extravíe el recto camino de la conciencia. Y no por ello, lo repetimos, rehuye el espectáculo de las pasiones, ó como dice la malhadada escuela de Zolá, "el documento humano," sino que antes bien reproduce con vivos colores aquel triste espectáculo á fin de que las tempestades del espíritu estallen con todos sus siniestros estruendos, y el alma, amorosamente asida al áncora de la virtud y poniendo las miradas en el cielo, salga ilesa, radiante inmaculada del inminente naufragio: No tiene duda que la pavorosa figura de Satán, es sugestivo elemento dramático para llorar la caída del luminoso Arcángel; pero el error, el punible error consiste en tratar de hermosear y engrandecer la actitud soberbia del espíritu rebelde, supeditándole el espíritu manso y sumiso á la ley divina.

IV.

Ciertamente que el Sr. Ceniceros, en todo lo que su fecundo ingenio ha producido, que ya es muy vario en formas y en intenciones, ni una sola vez ha incurrido en aquella aberración del sentido moral y del estético. Ha

afocado toda la luz, la luz necesaria, para iluminar el abismo de las pasiones; pero no para atraer y despeñar en él á las almas, sino para hacerlas retroceder del borde vertiginoso. En todos sus dramas, plantéase el problema de angustiosa salvación, la redención del alma que transpasa la zona de las tinieblas. En el que intituló "Flores de Invierno," están delineados con firme buril esos tipos rastreros é infames que envenenan el corazón con el hálito de la lisonja, que seducen y dominan á sus víctimas hasta sumirlas en la abominación; y, en verdad que ni un solo rasgo ha faltado para reproducir esas monstruosidades humanas. He allí la sola utilidad que puede tener la exhibición de tales fealdades, indispensables á los fines tanto del moralista como del dramaturgo; pero ¡cuán distinto este recurso de contraste, de aquel que se emplea dando apariencia de grandiosidad á lo que lleva y debe llevar el estigma del envilecimiento! En "La Tapatía" y "El Vengador de la Honra", igual enseñanza procura la intervención de los malvados, é idéntica excecración pronuncia contra ellos el ánimo sobrecogido. Y no es parte á que por un instante los admirémos, el que á sus piés caiga la virtud doliente y humillada, pues ésta sale de la prueba más refulgente y hermosa, y todos los que presenciamos su sublime holocausto como que sentimos íntimo impulso de imitar el heróico sacrificio.

Tales son por su elevada y trascendental concepción los dramas del Sr. Ceniceros, que en cuanto á su estructura literaria puede decirse que no se desvían un ápice de lo que el arte preceptúa. Desde luego vénse en ellos las tres clásicas unidades de "tiempo, lugar y acción," que, por más que sean desesperante freno para quienes á ninguno quieren sujetarse, son las eternas condiciones de la verosimilitud, y, por lo tanto, de la fuerza y prestigio de la sugestión dramática. Está en esos dramas bien observada la consistencia de los caracteres; las peripecias corren apretando más y más la angustia del conflicto, y el desenlace hace por fin su explosión cuando ya no había sido posible acumular más anhelos y congojas. La dicción, ya sea en verso ó ya en prosa, es limpia y castiza; sencilla sin decadencias á la trivialidad, y sublime, cuando el caso lo requiere, sin afectar ampulosidades. Una sola objeción aventuraríamos, y esto no sin algún temor: y es que parécenos que en alguna de esas piezas es rápida la pendiente del desenlace; y, por otra parte, en algunas quizás se prolongue demasiado la tención patética. Pero, además de que esta personal impresión nuestra pudiera ser falsa, bueno es reconocer que, aún dándola por verdadera, no ha sido causa á que en nosotros amenguase ni la expectación ni la emoción de los trances dramáticos.

Las obras teatrales del Sr. Ceniceros, aun-

que de tantos méritos provistas, no han logrado todavía franquear los coliseos de la Capital, debido quizás al desdén magistral de cierto «trust» de la crítica que sólo entre los íntimos asociados reparte palmas y coronas, á semejanza de aquellos «ingenios de la corte» que zaherían las inmortales comedias de nuestro Juan Ruiz de Alarcón, sólo porque no se ajustaban á los moldes del culteranismo y gongorismo por ellos preconizado. Pero en la provincia, donde no existen esas pretenciones ni esos tribunales inapelables, y sí un gusto literario muy depurado, los dramas del Sr. Ceniceros han causado una profunda y sincera emoción. En *La Enseñanza del Hogar*, semanario de Zacatecas, leemos lo siguiente: "El día de su despedi-
" da presentó en escena la compañía dra-
" mática Luisa Martínez Casado, el nuevo y
" magnífico drama del Sr. Lic. Rafael Ceni-
" ceros que lleva por título *Flores de Invier-*
" *no.* Los estrechos lazos de amistad y com-
" pañerismo que nos ligan con el autor de
" la pieza, nos impiden elogiarla como lo
" merece, porque nuestro juicio podría ser
" apasionado. Nos contentamos, pues, con
" hacer constar que el autor fué llamado re-
" petidas veces al escenario, donde recibió
" nutridas salvas de prolongadísimos aplau-
" sos y una lluvia de ramilletes de flores."

Con idénticas ovaciones fueron saludados los dramas "La Tapatía" y "El Vengador de

la Honra," irrefutable demostración de que promovieron una viva emoción de afectos por su fondo psicológico, al que sirve de preciado marco una exquisita forma literaria.

V.

Dotado de flexibilidad el entendimiento del Sr. Lic. Ceniceros y Villarreal, después de haber aspirado los vientos de borrasca que rugen en el corazón humano, con extrema facilidad desciende al campo de la didáctica, en donde brisas suavísimas mecen y orean las florecillas del alma infantil. Y nos da las "Páginas para mis hijas," precioso libro que debiera servir de cartilla escolar, ahora que la educación es "feminista" pero no "femenil." Quiérese lanzar á la mujer al torbellino de las pasiones humanas, á la atmósfera exterior tan saturada de peligrosas emanaciones, arrebatándole de la dulce y fragante estancia del hogar doméstico, en donde ella tiene su reino, consagrado por la naturaleza y la sociedad. Y esto con el especioso pretesto de que, poseedora de toda sabiduría, pueda regir con claro consejo y firme mano á la niñez que despierta á la vida de las ideas y de los sentimientos. Desviadísimo rumbo es éste, erizado de deplorables resultados porque deforma la ingénita disposición de las criaturas, creadas para determinada finalidad. "Si la igualdad de los

" dos sexos—dice Ernesto Leouvé en su
" precioso libro *Une élève de seize ans*—"ha-
" bíase impuesto en nombre de sus semejan-
" zas, las diferencias se imponen en nombre
" de sus desemejanzas. Estas desemejanzas
" son esenciales. LAS FACULTADES DE LA MU-
" JER NO VALEN LO QUE LAS DEL HOMBRE SINO
" PORQUE NO SE LES PARECEN. Sensible como
" él, su sensibilidad tiene otro carácter; ac-
" tivo como él, su actividad va en pro de
" otros objetos; llamada como él á ocupar un
" sitio en la familia y hacer un papel en la
" sociedad, NO OCUPA EL MISMO SITIO NI RE-
" PRESENTA EL MISMO PAPEL. Así, pues, la
" mujer en nombre de SU NATURALEZA, EN
" NOMBRE DE SUS FACULTADES, EN NOMBRE DE
" SUS DEBERES, TIENE DERECHO A SER EDUCA-
" DA, TANTO Y TAN ESMERADAMENTE COMO EL
" HOMBRE, PERO DE OTRO MODO QUE ESTE."

Corremos translado de estos profundos pensamientos á nuestros pedagogos modernos, que se empeñan en transmutar los que la naturaleza creó como típicamente eterno, en dotar de varoniles aptitudes á seres que nacieron para las gracias delicadas, para el invernáculo recogido y tibio de la familia. Demasiada labor, llena de grandes responsabilidades, la que á la mujer incumbe como madre y como esposa, para echar todavía sobre sus hombres ásperos deberes y serias preocupaciones como son las que impone la vida social en sus múltiples formas, en sus

reñidas competencias. .Si el hombre en la política, en las ciencias, en las artes, en las industrias, conquista nombradía y hasta ulterior fama, los lauros que ciñen la casta y serena frente de la mujer, no porque no sean adjudicados en certamen visible, son menos valiosos y menos inmarcesibles. Sus triunfos, aunque menos brillantes, ejercen mayor influencia en los destinos de la humanidad, como que se dirigen á formar almas y caracteres, á preparar generaciones que ensanchen y hermoseen los caminos de la civilización.

Con este sano criterio, está concebido ese florilegio de virtudes femeninas que el Sr. Ceniceros intitula "Páginas para mis hijas."

Como para quien son dedicadas estas páginas son castas y delicadas, ricas en ejemplos de pureza moral. Podría decirse que al torrente desbordado se le obliga á volver á plácidos remansos, en donde copie el azul del firmamento y las frondas de los árboles que crecen en las riberas. Así las narraciones de este libro encantador, invitan á la mujer á huir del desasosiego .de ambiciones y vanidades y á recogerse en el piadoso albergue de la familia, en donde su temperamento psiquíco encontrará las delectaciones para ella predestinadas. ¡Cuán lejos de las pérfidas voces de sirena con que los Paul Bert, los Lavisse, los Compayré atraen para perderla á la juventud femenina! ¡Mil *Suzzette* de Mme. Halt no valen lo que una sola

página de las que *á sus* hijas dedica el Sr. Ceniceros!

No vacilamos en creer que si como texto de moral se adoptasen estas "Páginas," en nuestras escuelas, el "laicismo" que está comprometiendo la vitalidad y los destinos de la Patria dejaría de esparcir sus perniciosas influencias.

Como novelista, el Sr. Ceniceros entra por natural abolengo en la familia ilustre de los que ahondan el alma humana. Las dos que tiene dadas á la estampa, "La Siega" y "El Hombre Nuevo," son dechados de observación. Sincrónicamente se desenvuelven las acciones de cada personaje, entretegiéndose en la trama general con la lógica de causa á efecto. Cuando en familia leímos "La Siega," que el autor nos envió con deferente dedicatoria, al llegar al inaudito padecer de aquel joven, mancillado por vil calumnia, que sereno é incontrastable, acepta el supremo dolor de la pérdida de su honra y de su fortuna, los sollozos sofocaron la voz en nuestra garganta, y ya nos fué imposible leer, bien que, aunque hubiéremos leído, no habríamos sido escuchados, pues un punzante enternecimiento sobrecogía á nuestro auditorio. No pudimos menos de recordar aquel episodio de la *Grazielle* de Lamartine, en que éste lee á la gente sencilla de rústico hogar, el infortunio de Pablo y Virginia, y en que se ve obligada á suspender la recitación por-

que tanto él como sus oyentes sollozaban y lloraban, y con el ánimo del todo sobrecogido ya no podían oír más. No hemos tenido oportunidad de leer "El Hombre Nuevo," pero asegúranos persona competente que nada desmerece á "La Siega," y que hasta pudiera aventajarle en finura de observación y dramática energía.

Y luego, cuando ya no podemos de emoción, el Sr. Cenicero, á la manera de Jorge Isaacs nos ofrece para que nos serenemos, un paisaje risueño ricamente matizado de color regional. Estas decripciones son inimitables, porque en cuatro ó cinco rasgos trazan el aspecto de las cosas, y no descienden á nimios y profusos pormenores, como suele acontecer á los escritores de la escuela realista pura, por ejemplo, á los Goncourt, y algo, á veces, á Alph. Daudet. Estos nuestros juicios desautorizados acerca de la preclara estirpe de novelistas á que el Sr. Ceniceros pertenece, cobrarán el valor que no tienen acompañándolos de los que han formulado escritores de gran notoriedad. En este punto, el Sr. Ceniceros posee abundantes homenajes, que son su más limpia ejecutoria. Trasladaremos algunos de ellos.

Pero como esta preciosa novela forma parte de este primer tomo que hoy publicamos los lectores podrán juzgar por sí mismos del mérito literario de esa obra.

Desde luego, la eminente polígrafa coruñe-

sa Doña Emilia Pardo y Bazán, experta en estos achaques de noveladora, pues muchas y muy palpitantes novelas tiene en su inventario, escribe al Sr. Lic. Ceniceros, con fecha 13 de Agosto de 1906, acusando recibo de un ejemplar de "La Siega:" "Mil gracias por el envío de su preciosa novela "La Siega." Lo "que más me interesa en ella es la pintura "de las costumbres de una región que tanto "tiene de española y que aquí desconocemos "enteramente en este aspecto tan sugestivo." Aunque breve la apreciación, es valiosísima, en primer lugar porque viene de un príncipe, ó sea de una princesa de las letras españolas, y, además, porque recae precisamente en el mérito que singulariza á esa escritora entre los contemporáneos, es decir, el colorido y animación de sus descripciones.

Más extenso y más efusivo es el parecer del Lic. D. José López Portillo, peritísimo literato y humanista, que también ha sorteado los escollos de la novela social y descriptiva. Dice así: el renombrado autor de "La Parcela," en su académico discurso acerca de la Novela, leído ante la Academia mexicana correspondiente de la Lengua de Madrid. "Don Rafael Ceniceros y Villarreal se nos "revela en "La Siega" escritor fino y atilda- "do y observador profundo." Además, en carta de 18 de Junio de 1906 escribe al autor: "En estos momentos, que son las ocho "de la noche, concluyo la lectura de "La

"Siega," y en el acto, con positivo entusias-
"mo y con toda la sinceridad de que soy ca-
"paz, tomo la pluma para felicitar á vd. muy
"calurosamente. El libro de vd. me ha in-
"teresado vivamente, tiene páginas encanta-
"doras y despierta honda emoción en sus
"pasajes culminantes. Está impregnado de
"la vida nacional, es fruto de la verdad y de
"la observación y una nueva nota triunfal de
"nuestro progreso.—Coincidimos vd. y yo
"en muchas ideas capitales, lo que tengo á
"alta honra; esto debe haber contribuído á
"despertar mi simpatía hacia su hermosa
"composición. Mente alta, corazón sano, no-
"bles ideales y pluma encantadora; no puede
"pedirse más á un escritor."

Por último, el delicado poeta Sr. Lic. D. Ignacio Pérez Salazar, últimamente nombrado Arcade de Roma, dice así en carta que escribió al Sr. Ceniceros, el día 13 de Agosto de 1907: "Ahora en un interregno de des-
"canso en mis trabajos de la magistratura,
"he podido saborear las bellezos de su obra.
"A la animada descripción de las costum-
"bres nacionales, como la corrida de toros,
"la kermesse en el día de la Patria, las po-
"sadas, la fiesta de Mayo á Ntra. Señora,
"ante la imagen de "La Preladita," se une
"la pintura de personas cuyos caracteres es-
"tán perfectamente delineados, haciéndolos
"interesantes, como lo es también la trama
"de la obra, al grado de causar tristeza la

" pronta conclusión de su lectura. A lo castizo y agradable del estilo, se aduna el fin " sano y moral del relato. Compite, sin duda, con "La Calandria" de nuestroa cadémico Rafael Delgado."



Estas múltiples facultades del Sr. Lic. Ceniceros y Villarreal, le dan alta representación en una galería de distinguidos hombres de letras, y por eso no hemos vacilado en incluir su nombre y sus obras en esta biblioteca de autores que hace algunos años estamos compilando.

LA SIEGA



I

Regocijada multitud llena el pedregoso camino, que desde la salida de la calle del Angel, conduce al santuario que se eleva en la cumbre del cerro de la Bufa, de la ciudad de Zacatecas, en medio de los dos abruptos crestones que la coronan. A uno y otro lado, y de trecho en trecho, los vendedores de frutas ofrecen su mercancía en venta, á gritos y con hiperbólicos elogios. En la cima de la montaña, frente al atrio del templo, elévase una hilera de improvisadas fondas y cantinas, formadas con mantas sostenidas con postes. El incitante olor de los guisos atraé á muchos transeuntes, que con apetito meriendan picantes enchiladas y chorizos fritos, ó beben magnífica cerveza "Carta Blanca." Al rededor de humildes puestos, vése á la plebe saborear

con delicia la exquisita tuna cardona, y los muchachos, entusiasmados, vuelan por el aire, asidos á dos manos de las cuerdas de un volador, colocado cerca de la puerta Sur del atrio. Las bandas deleitan con sus alegres notas, y de vez en cuando, los cohetes hienden chispeantes los aires, ó estallan las "cámaras" con gran contentamiento de los chicuelos que gritan y saltan.

Repentinamente escúchase un clamor de júbilo.

—Allá vienen, exclaman muchas voces á la vez.

En efecto, dando vuelta á la esquina de la calle del Angel, aparece numerosa y ordenada comitiva: son los barreteros de la mina de "San Rafael." que en procesión se dirigen al templo. Va á la cabeza un empleado de categoría con un estandarte azul con flecos de oro; en el anverso ostenta la imagen de la Santísima Virgen, y en el reverso, hachas, picas, azadones y otros instrumentos de los mineros. Tras del porta-estandarte, varios empleados llevan en charolas ricos ornamentos, y en el centro van dos barreteros con un enorme arco de flores artificiales, blancas y rojas: son las ofrendas que presentarán á la Virgen. Siguen luego los demás empleados, que

marchan de dos en fondo, con velas de cera en la mano; ciñe la copa de sus anchos sombreros de palma un listón azul con esta inscripción: "Mina de San Rafael." La aparición de los mineros es saludada por la música con dianas y por la multitud con gritos y vítores.

El santuario de la Bufa está consagrado á la Santísima Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora del Patrocinio, fué edificado por el conde de la Laguna en 1728, y reedificado por los católicos zacatecanos en 1794. La imagen ostenta corona imperial; tiene en la diestra una rosa y en el brazo izquierdo al niño Jesús, hermoso y sonriente. Esta imagen perteneció á uno de los conquistadores de Zacatecas, D. Diego de Ibarra; fué después del General Don Agustín Zavala, quien la donó al santuario; treinta años estuvo en la antigua iglesia de la Merced, después en el oratorio de la casa del conde de la Laguna, y cuando fué reedificada la capilla de la Bufa, se colocó en ella, con toda solemnidad el 1 o de Septiembre de 1795. La imagen de la Santísima Virgen del Patrocinio está dibujada por mandato de D. Felipe II en el escudo de armas que concedió á la muy noble y leal ciudad de Zacatecas.

Anualmente celébrase en honor de la Virgen del Patrocinio, un suntuoso novenario, que comienza el seis de Septiem bre. Los días se reparten entre varios gremios: éste toca á los comerciantes, aquél á los mineros, y todos compiten en la abundancia de fuegos artificiales, y en la profusa iluminación por la noche. Generalmente, sobresalen los días que tocan á las negociaciones mineras. Los mineros, por carácter ó educación, son pródigos, y gastan sin dolor cuanto tienen y aún más de lo que tienen. El día en que comienza esta historia, tocaba á la mina de San Rafael, y los barreteros habíanse empeñado, no sólo por religión sino también por amor propio, en que fuese el mejor de los del novenario, pues la sutil vanidad penetra atrevida hasta en los más piadosos actos.

La solemne procesión ábrese paso por entre la compacta muchedumbre, y penetra hasta el estrecho recinto del templo, donde el capellán espera á los romeros para recibir las ofrendas. Entre tanto, una familia sentada sobre las rocas, al pie del crestón grande, contempla el magnífico panorama de la ciudad y de la montaña al expirar la tarde de aquel día. El pintado caserío, donde descuellan muchos suntuosos edificios y la gran

diosa catedral, cubre la ancha cañada que forman las argentíferas montañas que circundan la ciudad, y no cabiendo en aquélla, trepa por las verdes faldas de los montes, formando angostas callejuelas é irregulares y pintorescos grupos de casitas. Hormiguea la gente en el camino, y mézclanse y confúndense todas las clases sociales, desde el humilde barretero envuelto en vistoso sarape y cubierta la cabeza con ancho sombrero de petate de alta copa y enormes alas, hasta el rico propietario correcta y lujosamente vestido que muestra en el anular valiosos brillantes. Oyese el confuso rumor de aquella abigarrada multitud, y en intervalos las harmonías de las músicas; en tanto las sombras de la noche van envolviendo la ciudad.

—Ya encendieron la luz, dijo María Teresa á su mamá, mientras D. Antonio, poniéndose en pie, arrojaba bocanadas de humo al fumar un exquisito cigarro metido en artística boquilla de ámbar.

En aquel momento la blanca luz de los focos eléctricos colocados en los ángulos del atrio, y de trecho en trecho, á lo largo del camino, iluminaron la montaña, y centenares de lámparas de áurea luz res-

plandecen en las cornisas del templo y de la torre hasta la linternilla.

Irradia el augusto santuario con ígneos esplendores que en lucientes ondas salen por las ventanas, y los árboles de fuegos artificiales, al rededor de los cuales saltan gárrulos y alegres los muchachos, anuncian con prolongado chirrido que pronto estallarán en truenos y lluvia de luces de colores.

María Teresa era una guapa zacatecana llena de juventud y de vida. Hija única de Don Antonio Sifuentes, rico propietario que debía á las bonanzas mineras la mayor parte de su fortuna. Ella y su hermano Alfonso habían formado hasta entonces el encanto de un hogar feliz; Da. Carmen, su madre, los amaba con frenesí; y aquella exquisita ternura, no regulada por la razón, habíales perjudicado en su educación. La soberbia hermosura física de María Teresa no correspondía á su belleza moral, que quizá bien dirigida hubiera alcanzado el alto nivel de aquella. Rubia, alta, bien formada, vigorosa, de tez blanca y tersa, ligeramente sonrosada, ojos garzos, grandes y rasgados, de arrogante y altiva mirada, nariz perfectamente perfilada, bajo la cual sonreía una boca hermosa y pequeña. María Teresa, mimada hasta la

exageración por su madre y muy querida de su padre, que nada le negaba, había crecido en el hogar, lo mismo que su hermano Alfonso, satisfaciendo siempre hasta sus menores caprichos. Doña Carmen era de carácter suave y apasionado; no conocía el mundo, casóse muy joven: la víspera de su boda todavía eligió entre sus muñecas las que debían acompañarla á su nuevo hogar. Para ella el mundo y toda la felicidad reducíanse á sus hijos y á su esposo, á quienes no hubiera trocado por ángeles del cielo. Naturalmente buena, jamás pensó que pudieran malas pasiones germinar en el corazón de sus hijos. D. Antonio, por el contrario, era hombre de poderosa energía y de violentas pasiones; amaba ó aborrecía con todas sus fuerzas, casi nunca había para él términos medios, siempre estaba en los extremos. Habíase propuesto ser rico y se dedicó al trabajo y á las especulaciones mercantiles con todo el ardor de su vigoroso carácter y el buen éxito coronó en breve tiempo sus esfuerzos. Amaba entrañablemente á su familia; pero los negocios devoraban su tiempo, y el que consagraba á su hogar era para el descanso y la expansión de sus afectos, y no para la educación de aquella. De esta suerte los hi-

jos del rico banquero, abandonados á preceptores que instruyen pero no educan y que cuando están bien remunerados suelen disimular los defectos de sus discípulos, crecieron sin que oportunamente se arrancaran de sus corazones las pasioncillas de niños generadoras de las grandes pasiones del hombre.

María Teresa era orgullosa y muy superficial en todo; Alfonso, acostumbrado desde niño á estudiar poco y vagar mucho, acabó por no estudiar nada y vivir en blando ocio. El señorito trasnochador empedernido, sin que sus padres lo supieran, pues tenía su cuarto en el piso bajo de la casa, muy lejos de la alcoba conyugal; se levantaba á las doce del día, lavábase, vestíase, perfumábase, subía al comedor, tomaba un frugal desayuno, estaba en el despacho de su padre, entrada por salida, é íbase luego á las elegantes cantinas á tomar aperitivos y á charlar con sus numerosos amigos. Su padre comía siempre á la hora de costumbre, y rara vez estaba allí Alfonso; Don Antonio atribuía tal ausencia al poco tiempo que mediaba entre el desayuno de Alfonso y la hora de comer, y si preguntaba después si había comido ya su hijo, el mozo, obedeciendo la consigna, contestaba siempre: Comió y vol-

vió á salir. La madre callaba las más veces, y si alguna reprendía dulcemente á su hijo por su ausencia, éste, que conocía á maravilla el carácter y el corazón de su madre, la acariciaba, la besaba con ternura, y la amante madre, **inundada de** gozo, olvidaba todo.

Alfonso se había apartado en aquellos momentos de su familia, y conversaba afectuosamente con un joven de su edad, moreno, de negro y sedoso bigote. fisonomía enérgica y expresiva y penetrante mirada.

—¿Por qué no vienes con nosotros, Guillermo? preguntaba Alfonso al joven.

—Tengo una preocupación: soy antipático á tu papá.

—Preocupación sin duda es, y debes desecharla y para que de una vez triunfes de ella, te invito formalmente á una tertulia que tendremos en casa esta semana. ¿Irás?

—Iré si puedo; con todo, te agradezco la invitación.

—Nada, nada; cuento contigo, de lo contrario tendré suficiente motivo para dudar de tu amistad. Adiós.

Guillermo no respondió, pero escapóse de su pecho un suspiro apenas perceptible.

Alfonso se unió á su familia que tomaba ya el camino para bajar á la ciudad. Entre Guillermo y María Teresa cruzóse una mirada, furtiva la de ésta, profunda y apasionada la de aquel, mirada que sólo observaron dos grandes ojos negros fijos con insistencia en Guillermo, éste volvió el rostro atraído por el imán de aquellos ojos, y distinguió entre la muchedumbre á una morena joven de angelical dulzura y expresivo semblante, quien no apartaba de él aquellos luceros sombreados por luenga é hirsuta pestaña de vivísimo negro.

—Adiós, Lupe, dijo Guillermo, mirando á la joven y bajó la montaña preocupado y pensativo sin perder de vista á María Teresa.



II

Entraba á raudales la luz de la mañana por las abiertas ventanas de una casita alegre y pintoresca; trinaban los enjaulados canarios saltando jubilosos, y las macetas del patio y del corredor, frescas y lozanas exhalaban el aroma de sus flores al sentir el blando beso del céfiro. Lupe empinada sobre las puntas de

los pies ponía hojas de lechuga en las doradas jaulas de los pajarillos y los mimaba tronando la lengua en el paladar. Aleteaban los canarios como correspondiendo á las caricias de su ama, y lanzaban al aire más vigorosos sus cantos.

Lupe, después de proveer abundantemente á los pajarillos, quedóse un momento contemplándolos; luego suspiró y una lágrima rodó por sus mejillas. Sentóse en un banco del corredor y estuvo largo rato abstraída. Sacóla de su abstracción la voz de su madre que le dijo:

—Ea, hija mía. ¿Qué tienes? Estás enferma?

—No, mamá, pensaba.... ya no sé ni lo que pensaba. ¡Soy tan distraida!

—Voy á misa á Santo Domingo, van á dar la última llamada; tú despacharás á Paula al mercado, le encargarás lo que quieras, lo que desees comer, pues comes tan mal que ya voy creyendo que estás enferma.

—No mamá; no te preocupes, me siento enteramente bien.

—¡Quiera Dios, quiera Dios! Ya vuelvo.

Lupe pertenecía á distinguida familia, era hija única; huérfana de padre desde muy niña, había crecido al lado de su

madre, Doña María, que la amaba con toda su alma. Los bienes raíces que heredaron bastaban para vivir con relativo desahogo; además, Lupe, que tocaba el piano bastante bien, daba algunas lecciones que le producían lo suficiente para cualquier gasto extraordinario é imprevisto.

Tan luego como salió Doña María, Lupe se dirigió á la sala, sin cuidarse de cerrar la puerta del zaguán y maquinalmente se sentó en el banquillo del piano. Conocíase que el instrumento hacía días que estaba cerrado, pues cubría la tapa del teclado una tela de fino polvo. Lupe contempló l magnífico "Steinway," y como si quisiera hacerle confidente de sus más íntimos secretos, sin reflexionar, escribió con el índice sobre la empolvada tapa con gruesos caracteres, este nombre: "Guillermo." Luego arrepentida, como si hubiera cometido un pecado, volvió el rostro á todas partes para ver si alguien la había observado, y cerciorada de que estaba sola, borró precipitadamente el nombre con las puntas del delantal. En seguida, como si la inspiración bullera en su alma, al calor de un dulce recuerdo y se desbordara con potente empuje, abrió el piano y arrancó á las teclas

suavísimos sonidos. Tocaba la romanza sin palabras de Mendelssohn: "Pasión", tan expresivamente y con sentimiento tan hondo, que el corazón más duro hubiera sentido todo el vigor de la emoción estética. Al concluír la pieza entre un torrente de vibrantes y apasionadas notas un nutrido aplauso resonó en la sala. Lupe, que se creía sola, se estremeció y palideció de susto como si hubieran sido descubiertos los secretos que había confiado al piano. Volvió la demudada faz y exclamó al ver á su madre y á Guillermo que la aplaudían:

—¡Ah son ustedes; buen susto me han dado!

—Ay, hija! Te hallas extremadamente nerviosa, te lo he dicho, estás enferma.

—Lupe, debe usted sentirse satisfecha; ha tocado perfectamente esa romanza, díjole Guillermo tendiéndole la mano.

La joven nada contestó; estrechó maquinalmente la mano que se le ofrecía, y trémula y turbada retiróse á la cabecera de la sala, y casi desfallecida dejóse caer en el sofá. Guillermo nada observó, iba también preocupado.

—Aquí tienes al desertor, exclamó Doña María sentándose junto á su hija y

asiendo con familiaridad de la mano á Guillermo. Le he encontrado al salir de misa y me le he traído.

—En efecto, ya es un milagro ver á usted por aquí.

—Tiene usted razón, pero como prueba de mi sincero arrepentimiento vengo á desayunarme con ustedes ¿Quedo absuelto?

—No, respondió Lupe sonriendo; porque no ha vuelto vd. al redil por su propia voluntad, sino por la invitación de mamá. Se suspende, pues, la absolución hasta que dé más eficaz prueba de enmienda.

—Sea como usted quiere.

—¡Paula, Paula! gritó Doña María saliendo al corredor, otro chocolate más, se desayuna aquí Guillermo.

Antigua y firme amistad unía al jóven con Doña María y su hija; el padre de ésta y el de aquél habíanse querido como hermanos, y Lupe y Guillermo habían sido compañeros en sus infantiles juegos; tuteábanse antes, pero apenas la hermosa joven entró á la pubertad, revelóse en su alma vivísimo el sentimiento del pudor, y no pudo ya tutear al niño, que trocado en vigoroso joven, ostentaba con varonil orgullo el sedoso bello del primer bigote.

Guillermo en el paterno hogar había crecido en condiciones diversas á las de Alfonso. Acostumbráronle desde muy niño al trabajo, y aunque su padre disfrutó por muchos años de posición pecuniaria más que desahogada, jamás descuidó en lo más leve la educación de su hijo. Acostumbróle al estudio y al constante trabajo, y su único anhelo fué siempre que cuando él le faltara se bastase á sí mismo, y la paternal previsión aseguró el porvenir del hijo. Guillermo desarrolló su buen talento con el estudio y la observación y vigorizó su carácter con el trabajo y el cumplimiento de sus deberes. Sóbrio, discreto y juicioso, no le costó gran esfuerzo dominar los ímpetus y turbaciones que ciegan al espíritu, y aunque por su empleo y conveniencias sociales, tenía que tratar frecuentemente con gente viciosa y perversa, los buenos hábitos habían sido impenetrable coraza que hasta entonces conservábanle indemne. Su padre, Don Justo Fernández, murió arruinado á causa de un ruidoso litigio que sostuvo con D. Antonio Sifuentes, pleito que á la postre perdió con costas dejándole sin un peso , pues su adversario le exigió con encarnizamiento el pago de todo. Jamás se supo con certeza quién tenía la

justicia en aquel litigio, pues estuvieron siempre divididas las opiniones de los abogados y aun de los jueces que fallaron. No podía Guillermo encontrarse mejor preparado para aquel golpe: había adquirido una educación mercantil completa, y fuéle fácil hallar buena colocación; en el almacén de Don Ignacio Minjares, donde trabajaba, guardábanle las mayores consideraciones y en prueba de confianza se le nombró cajero.

Pocas palabras se habían dirigido Guillermo y Lupe, cuando Paula anunció que el chocolate estaba en la mesa.

—Al comedor, exclamó Doña María, están ustedes hoy poco expansivos, quizá el desayuno disipe esa tristeza. He leído que después del pecado no hay en la tierra mayor mal que la tristeza, y paréceme que quien tal cosa escribió tiene razón sobrada.

Lupe se esforzó por sonreír y Guillermo repuso:

—En efecto, estoy triste.

Sentáronse á la mesa y Doña María preguntó á Guillermo la causa de su melancolía.

—Alfonso me invitó con instancia á la tertulia que habrá en su casa esta semana, y aunque deseo ir, temo que Don Antonio no me reciba bien. Creo que no

me quiere; tal vez no ha olvidado el reñido litigio que hace años sostuvieron papá y él, y alcance aún hasta mí el rencor que tuvo para con mi amado padre.

—Don Antonio es hombre de vehementes pasiones, repuso Doña María; pero en el fondo es bueno,; y creo que habrá ya olvidado esa antigua cuestión judicial, con mayor razón cuanto que salió victorioso, bien fuera por las influencias que puso en juego, bien por la habilidad de su abogado, por otra parte ¿qué tienes que ver tú con un pleito ya terminado?

—Sin embargo....

—Yo creo, dijo Lupe, que lo que menos preocupa á Guillermo es esa contienda judicial; le conozco desde niño y sé leer en sus ojos lo que tiene en el corazón.

—Y bien Lupe, ¿qué ha leído usted?

—Un nombre.

—¿Un nombre?

—Sí, el nombre de una joven.

—¿Bonita?

—Creo que sí.

—¿Podré saber cuál es?

—María Teresa, dijo Lupe con trému-

la voz y haciendo heróicos esfuerzos por dominar la emoción.

Guillermo bajó los ojos y quedóse meditabundo.

—¿Te gusta esa joven? preguntóle Doña María.

—La quiero, murmuró Guillermo.

Lupe ahogó un suspiro, y sintió que una onda intensamente fría inundaba su corazón; pero tuvo bastante fuerza de voluntad para sobreponerse á su dolor, y disimuló con suma habilidad aquel golpe que, aunque esperado le fué en extremo sensible.

—¿Por qué no le habla usted? dijo Lupe con tal tranquilidad que superaba á la verdadera. ¿Podrá ella encontrar otro hombre más digno de su amor?

—Eso dice usted por la sincera amistad que nos une.

—No, Guillermo; no juzga en este negocio la apasionada voz de los afectos, sino el recto juicio que suele ver lo porvenir con la misma claridad que lo presente.

—Bien dices, hija mía, Guillermo tiene todos los elementos para conquistar nombre y fortuna, y no está contaminado de los defectos propios de los jóvenes.

—¡Lisonjeras! Pero ¿no ven ustedes

que María Teresa es riquísima, y yo un pobre que apenas empiezo mi carrera comercial?

—Y de escalón en escalón llegarás hasta la cumbre: el trabajo es empezar.

—Anímese usted. María Teresa será vencida.

—Irás á la tertulia, irás.

—Sí, yo se lo suplico á usted

—Iré, con una condición.

—¿Cuál?

—Que ustedes también asistan.

—Llevábamos, repuso Doña María, íntima amistad con Da. Carmen antes de su matrimonio, la he sostenido después no tan íntima; sin embargo, supongo que nos invitarán.

—Alfonso me ha dicho que las invitará; tiene gran interés en que vayan... y yo sospecho.

—¿Qué sospechas?

—Que Lupe le ha trastornado la razón. Está loco por ella.

Lupe volvió á sentir con mayor intensidad aún, el frío que penetraba hasta la más recóndita fibra de su corazón. En aquella mañana, en menos de una hora, en unos cuantos momentos, su carácter se había vigorizado. ¡Tan grande es el poder del sufrimiento!

Como el glacial aire del Norte trueca

el líquido en sólido, las lágrimas de Lupe congeladas, no salieron por sus ojos, sino que una á una cayeron dentro de su pecho.

—Iremos, exclamó irguiendo con altivez la hermosa cabeza. Por intuición inexplicable comprendió que empezaba para ella una lucha terrible; que tenía que salvar á Guillermo de muchos peligros, que era necesario estar cerca de él. El desayuno terminó; aproximábase la hora en que Guillermo debía estar en el almacén, y se despidió cariñosamente. La voz de Lupe era tranquila; nadie hubiera creído que su alma había librado una tremenda batalla.

III

Reúnese la flor y nata de la sociedad zacatecana en el salón, ricamente amueblado, de la elegante casa del señor Sifuentes. Este y su hijo van de uno á otro lado, atendiendo á todos con finura y amabilidad. En el corredor óyense afinar los instrumentos, y en el espléndido tocador, contiguo á la sala, varias jóvenes arréglanse los trajes ó los peinados en frente de grandes y biselados espejos,

mientras que algunas de las mamás contemplan satisfechas la hermosura y las galas de sus hijas. Con aquellas está Da. Carmen, luce rico traje de terciopelo negro, que contrasta admirablemente con la plateada cabeza de la bella dama, á quien las canas sientan perfectamente; ciñe su cuello collar de gruesas perlas é irradian los brillantes en sus aretes y pulseras. Aún hay vestigios de juventud en aquel rostro de atractiva suavidad.

Dos jóvenes llaman entre todas la atención general: María Teresa y Lupe. El gallardo y airoso cuerpo de aquélla, yérguese luciendo traje rojo con aplicaciones crema, y por único adorno, en el alto peinado, una cinta de terciopelo negro, prendida con valioso broche de brillantes. La hermosa rubia agita con donaire el abanico, sostenido por un doble hilo de corales. Lupe viste de blanco, y aquellos ojos negros, de profunda mirada, parecen bañarla de luz: lleva en la cabeza, graciosamente prendido, un blanco crisantemo.

Alfonso, acompañado de Guillermo, acércase en esos momentos á su hermana.

—Te presento, le dice, á uno de mis mejores amigos.

—Tengo mucho gusto en conocerle, contesta la rubia, lanzando una mirada sobre el joven, como diciéndole: somos antiguos conocidos.

—Guillermo Fernández, servidor de usted, señorita.

María Teresa y Guillermo estrecháronse la mano de un modo significativo, y Alfonso y su amigo volvieron luego al salón.

Entre las jóvenes estaba Lola, una señorita chica de cuerpo, de ojos pardos, vivos y penetrantes; inquieta, nerviosa y locuaz; al hablar guiñaba siempre un ojo, y con muchos ademanes daba vivísima expresión á sus palabras; vestía siempre correctamente y jactábase de ins truída y perspicaz. Los jóvenes buscaban su compañía, lo que prueba que no carecía de atractivos; su hermana Concha era extremadamente pálida, y aunque de mejores facciones que Lola, no simpatizaba por su carácter maldiciente: un observador hubiera sin dificultad comprendido que el gusano de la envidia roía el corazón de Concha. Ambas habían sido educadas en un colegio de la ciudad de México, y hacía poco tiempo que su padre, D. Leandro Jiménez, se había radicado en Zacatecas.

—Estás hermosísima, dijo Lola á Ma-

ría Teresa, acariciándole las mejillas; y la señorita, añadió, dirigiéndose á Lupe, es la única que puede rivalizar contigo. Son las reinas de la fiesta.

Lupe se sonrió tristemente, y María Teresa, acercándose á Lola, le dijo:

—Mira si no se ha descompuesto mi peinado.

—No, está muy bien.

—¿Te gusta María Teresa?, preguntó una joven á Concha.

—No, es un cromo y nada más.

—A mí me gusta más Lupe.

—A mí ninguna.

En ese instante, la música del señor Antonio de la Rosa lanzó al aire en raudal de harmonías, los primeros compaces del hermoso vals "Consentida," de Lerdo de Tejada. Lupe y María Teresa, sin saber por qué, se buscaban. No sabían si se simpatizaban, se temían, se envidiaban ó se aborrecían; pero sentíanse atraídas la una hacia la otra. Cogiéronse de la mano y entraron en el salón. La admiración que produjo la presencia de las jóvenes fué intensa. Todos volvieron hacia ellas los ojos, en los de Concha brilló un relámpago de ira y se mordió los labios con desesperación.

María Teresa, al verse admirada, sintió que la sangre circulaba más rápida y

ardiente por sus venas, y latió su corazón al misterioso contacto de inefable delicia. Lupe bajó los ojos avergonzada; creyó de buena fe que aquella admiración era sólo para su hermosa compañera, y una voz murmuró dentro de su alma: con razón la ama Guillermo.

Los jóvenes devoraban con las miradas la angelical pareja, y dividiéronse desde luego en dos bandos: Lupe se llevó las dos terceras partes de los votos.

—María Teresa está fascinadora.

—Lupe atrae y subyuga.

—Aquella es una hermosura dominante.

—Esta el alma purísima de un idilio.

—María Teresa es el tipo de la belleza europea.

—Lupe aduna á la belleza europea la atractiva expresión de la gracia criolla.

—Aquella es un ángel.

—Esta un querubín.

Tales ó semejantes frases oíanse entre el numeroso grupo de los aristocráticos jóvenes.

—Son bonitas, pero no portentos de hermosura.

—Conocí en San Luis Potosí, una señorita incomparablemente más hermosa que ellas.

—Eso dices porque estás en Zacatecas;

dirías lo contrario si estuvieras en San Luis.

—Es mejor la rubia.

—No, es mejor la morena.

—Sobre gustos no hay nada escrito, y á mí no me agrada ninguna de las dos.

—Son dos muñequitas primorosamente ataviadas.

—¡Cuánto vienen á decir los trajes y las galas!

—Y dirán que encargaron las telas á París, y no será remoto que sean de la "Ciudad de Londres" y que haya hecho los trajes una modista de aquí.

—A mí no me parecen muy bien cortados.

—Y si están bien cortados no son de la última moda.

—Sí son, ví el último figurín de "La Moda Elegante" y está igual, exactamente igual.

—La rubia es orgullosa.

—La morena hipócrita.

Todas éstas saetas cruzaban por el salón lanzadas por los labios de las guapas que, á su pesar, eran también atraídas por el imán de aquellas bellezas.

Dos jóvenes atravesando ansiosos por entre la concurrencia, corrieron á bailar el primer vals con María Teresa y Lupe: Guillermo ofreció el brazo á aquélla y Al-

fonso á ésta. Ernesto que también se dirigía presuroso á la rubia, al ver que Guillermo se le había adelantado, detúvose hosco y mohino.

Ernesto era un jóven abogado de no mala presencia y de regular talento.

Había heredado de sus padres un capital que algunos ponderaban mucho, mientras que otros consideraban menos que mediano.

Este decía que tenia fuertes depósitos en los Bancos; aquél, por el contrario, que numerosas deudas. El caso es que Ernesto Cortés gastaba lujo y esplendor y hallábase bien relacionado con la flor y nata de la sociedad zacatecana. La clientela del jóven abogado, bien por su carácter, por su inexperiencia, por falta de dedicación, ó bien porque los negocios hallábanse en su mayor parte en manos de abogados ya conocidos y acreditados hacía muchos años, eran pocos, y en lo general de escasa importancia. Ernesto era servicial y lisonjero con los ricos y los poderosos é indiferente ó altanero con los demás. Sabía la vida y milagros de todo el mundo, y era en extremo falso. El joven abogado contempló por algunos instantes á María Teresa asida del brazo de Guillermo hasta que vió que empezaron á bailar; entonces, inflando

los carrillos, arrojó una bocanada de aire y salió á dar vueltas en el corredor, tarareando, quizá por despecho, una canción popular.

—También de rabia se canta, dijo un jovencito pizpireta á otro que estaba cerca de él, contemplando á las numerosas parejas entregadas á los encantos del baile.

—¿Lo dices por el abogado?

—Sí, ¿no viste qué muecas hizo porque Guillermo le dejó con un palmo de narices?

—Aquí no valen códigos.

—Se me hace que este truhán corre desalado tras la fortuna del viejo.

—Y mata dos pájaros con una piedra. porque la rubia está guapa.

—¡Divina!

—Pero en resolución; el abogado, ¿tiene dinero ó no tiene?

—A mí me parece que no tiene gran cosa.

—Pero vive espléndidamente, ¿de dónde saca dinero?

—Es un misterio.

—Mira, mira, dijo otro: hay que vivir para ver.

—¿Por qué?

—Guillermo en casa de Sifuentes. La víctima en casa del verdugo.

—¿Lo dices por aquel pleito? Todo lo borra el amor.

—Es decir que.....

—Sí, el joven arruinado por Don Antonio es pretendiente de María Teresa.

—Puede ser que quiera restituir sin que la sociedad se dé cuenta de ello, permitiendo y aún procurando el matrimonio de María Teresa con Guillermo.

La emoción de Guillermo anudaba su garganta; María Teresa, que hacía tiempo había leído en los ojos del joven el amor que le profesaba, turbóse también; deseaba y á la vez temía que se rompiese aquel silencio. Guillermo no le era indiferente, y tanto por ésto, como por satisfacción de su amor propio, debían sonar muy gratas en sus oídos las amorosas frases de su pretendiente; pero, por otra parte, las aspiraciones de la seductora rubia eran muy altas y no las llenaba todas el amante joven.

—Señorita, dijo al fin Guillermo, con trémula y dulce voz: ¿Me dá usted permiso para hacerle una íntima confidencia?

—Soy mala, muy mala, para guardar secretos.

—Usted en nada puede ser mala.

—Y, ¿por qué ese empeño en confiar

un secreto á una mujer, á quien por primera vez habla usted?

—No, no, dijo Guillermo dominado por la más honda impresión, no es la primera vez que hablo con usted.

—¡Cómo no!, jamás hemos conversado, señor Fernández.

—Mi boca nunca le ha hablado, pero mis ojos, exclamó el joven con apasionado acento, le han dicho, muchas veces que la quiero, que la amo con todo mi corazón.

María Teresa, que estaba segura de lo que su pretendiente iba á decirle, no levantó los ojos; pero sintió que aquellas dulces palabras vibraban dentro de su pecho.

En aquel instante terminó la pieza. Guillermo condujo á su compañera hasta el más próximo asiento. Con voz apenas perceptible, díjole: ¡Gracias! María Teresa fijó en el rostro de Guillermo una intensa mirada que electrizó á éste. Aunque la rubia no desplegó los labios, el corazón había contestado ya.

—Primera pieza y primera conquista, dijo Lola á María Teresa, palmeándole zalamera una rodilla.

—Nada me ha dicho.

—Me engañas, observé bien los semblantes de ambos.

—¡Maliciosa! Galanterías y nada más.

—Si tu pretendiente habla con los ojos. Y ¡qué hermosos los tiene!

—¿Verdad que sí? Y tú, ¿con quién bailaste?

—Con Pimpollo.

—Y ¿quién es Pimpollo?

—Aquel jovencillo finchadito y zangandungo que viste correctamente y anda siempre perfumado.

—¿Por qué le dicen Pimpollo?

—Su nombre de pila es José, pero un día, ocurrióseles á uno de los traviesos jóvenes que se reúnen en la peluquería del Fénix, decirle á sus colegas, que casi siempre están de guasa: presento á ustedes, á mi excelso amigo Pimpollo, y aquel día fué el del solemne bautizo de Pepe: Pimpollo fué para todo el mundo, y Pimpollo ha seguido siendo, y con el nombre de Pimpollo le llamarán á cuentas el día del juicio final.

—Mira á la rubia sonriéndose ya con Guillermo, dijo Concha á su vecina. Por una casquivana perdemos todas.

—Y ¡qué guapo es él!

—Y ¡qué presuntuosa es ella!

—La reforma monetaria, decía Don Antonio á un colega suyo barbicano y algo más que semicalvo, es un pavoroso problema, la resolución del cual se impo-

ne á la nación. El señor Limantour, nuestro hábil Ministro de Hacienda, dá sobradas garantías para confiar en el buen éxito de tal reforma; no obstante, los naturales temores de cambio tan trascendental, lejos de desaparecer, aumentan cada día.

—Las opiniones están divididas, para mí es este asunto tan complexo, que no he podido comprenderlo y he acabado por no estudiarlo.

—Es un jardín el salón, pero entre todas descuella la hija de usted. Está primorosa, y cuánto resalta su belleza con ese traje rojo, decía á Doña Carmen una jamona respetable por su gordura. ¡Ah! si yo tuviera la airosa esbeltez de su hija!

Doña Carmen contestó sólo con una sonrisa; estaba arelada contemplando á la rubia de su alma.

Guillermo no bailó la segunda pieza, necesitaba respirar libremente, y salió al corredor. Cuando se acercó á la puerta del salón para bailar la tercera, Ernesto daba el brazo á María Teresa. Guillermo conformóse con ver de lejos á su amada, quien de vez en cuando, por sobre el hombro del abogado, dirigía á aquel amorosas miradas.

—Nunca, dijo Ernesto á María Teresa, me he sentido tan feliz como ahora. No

puede usted imaginar el anhelo, el frenesí con que esperaba esta noche. Desde que Alfonso bondadosamente me invitó, no he pensado más que en el dichoso instante de encontrarme cerca de usted para contarle mis ilusiones, mis esperanzas, para abrirle con lealtad mi corazón.

—Bien se conoce que es usted abogado, dijo la jóven riendo de buena gana, me ha dirigido un alegato en toda forma.

—Sí, María Teresa porque la amo: es usted mi único pensamiento, mi felicidad única y estoy dispuesto á dar á usted todas las pruebas que de mi amor exija.

—Vamos, Ernesto, conversemos como buenos amigos pues no pienso aún en tener novio.

Ernesto suspiró y puso una cara tan compungida, que María Teresa, si su educación se lo hubiera permitido, habríase reído á grandes carcajadas. Cosa singular, pensó la jóven, las frases de este abogado suenan á mi oído muy distintas de las de Guillermo. ¿Por qué no percibo el aroma de esta alma como percibo el de aquella? ¡Dios mío, si le amaré!

El Lic. Cortés después de su declaración exabrupto se moderó un tanto; pero no dejó de hablar: deshízose en elogios para Don Antonio, Doña Carmen y Al-

fonso, y de vez en cuando dirigía frases galantes á su compañera. Cuando sonaban los últimos compaces del "two step" dijo á María Teresa con solemnidad:

—Piense vd. en lo que le he dicho: Una palabra suya é inmediatamente solicitaré la mano de vd. Espero la respuesta. María Teresa nada contestó y volvió á sentarse junto á Lola.

—Cero y van dos, díjole ésta. Y Ernesto parece más atrevido que el otro. ¿Qué te dijo?

—Tonterías.

—¿Que eres hermosa?

—Sí.

—Dijo la verdad.

—¿Y que te amaba?

—Sí.

—Mintió, el que te ama es el otro

—¿Qué dices?

—Que soy perspicaz. Al Lic. Cortés le gustarás mucho, porque, sin lisonja, eres bonita; pero me parece que el corazón del abogado está marchito

—¿Marchito?

—Mejor dicho endurecido

—¿Endurecido?

—Sí, por la codicia.

—¡Qué cosas tienes! ¿Y Pimpollo te ha dicho algo?

—Ha zumbado como un abejón junto

á mi oído toda la noche; pero sólo galanteándome. Ese hombre no habla claro.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Le he dejado zumbar cuanto ha querido. Al fin me gustan las galanterías, aunque sea Pimpollo quien me las diga.

No pudo Guillermo volver á bailar con María Teresa, pues los jóvenes como mariposas al rededor de la luz, revoloteaban al rededor de la hermosa rubia. Habíase obsequiado á la concurrencia con licores y pasteles; en aquellos momentos servían "champagne." Guillermo cortesmente se ofreció á ser uno de los escanciadores, y con la charola en la mano y el espumoso líquido acabado de servir, se acercó á obsequiar á María Teresa y á Lola.

—Tomaremos con mucho gusto si vd. nos acompaña, dijo Lola codeando suavemente á María Teresa y guiñando á Guillermo graciosamente el ojo derecho.

—¡Oh, sí; es un honor para mí!

Guillermo dió sendas copas á las jóvenes, tomó la suya é hizo ademán de chocarla contra las de ellas.

—Pero, vamos, repuso Lola deteniéndole con un ademán: un brindis por María Teresa.

Esta dirigió á su amiga una mirada de

reprensión; como diciéndole: no le comprometas.

—Bien, señoritas, á la salud de ustedes.

—No, no; eso lo dicen todos, y yo quiero para María Teresa algo que no diga nadie. Y antes que se extinga la blanca espuma del "champagne" piensen ustedes en una misma cosa, pues infaliblemente se realizará.

El Lic. Cortés se había acercado y seguía el diálogo con marcado interés.

Guillermo no sabía qué hacer. Pensó que María Teresa había ya confiado á su amiga cuanto él le había dicho y una expresiva mirada de aquélla le decidió.

—Brindo, le dijo muy quedo, porque se fundan en una nuestras almas, y apuró la copa, María Teresa maquinalmente bebió la suya y bajó los ojos ruborizada.

Ernesto se había acercado tanto que oyó las últimas palabras de Guillermo, y un relámpago de ira brilló en sus ojos.

Lola, que todo lo había observado, tomó de la mano á su amiga y le dijo:

—Vamos al tocador.

Después de varias piezas el Sr. Sifuentes instó á la concurrencia para que pasara al comedor, henchido de luz, donde sobre níveos manteles y entre ramos de varias flores, los "sandwichs," pasteles y

dulces, incitaban el apetito de los invitados.

Guillermo, que acababa de bailar una danza con Lupe, la condujo al comedor.

—Trabajo me costó, le dijo, bailar con vd. ahora: los jóvenes á porfía dispútanse el honor de que sea vd. su compañera.

—Yo le hubiera reservado algunas piezas si oportunamente las hubiera solicitado; pero dejemos esto, y dígame: ¿cómo sigue la conquista? Acerté ¿es verdad?

—No lo sé, y esta duda me atormenta.

—Tenga vd. confianza, Guillermo. María Teresa está vencida.

—¿Le parece á vd?

—Estoy segura de ello.

—Y Alfonso ¿le dijo á vd. algo?

—Sí.

—Y ¿qué le contestó vd?

—Que no.

—Lupe, es muy extraño lo que me sucede. Alfonso es mi amigo y no me ha gustado que le declare su amor.

—De verdad es extraño. ¿Y si me lo hubiera declarado otro?

—Tampoco me hubiera agradado.

—Entonces desea vd. que nadie me quiera.

—Deseo que todo el mundo la quiera; pero con cierto límite, es decir, menos

que yo. Conozco que este anhelo es egoísmo de mi fraternal cariño, mas es cosa de mi carácter.

Lupe miró á Guillermo con ternura, comprendió la sinceridad de sus palabras y el horrible torcedor de los celos desgarró despiadado aquel amante corazón; pero se había resignado á todo; era ya fuerte contra la adversidad y repuso con dulzura.

—De verdad los hombres son muy egoístas, lo quieren todo para ellos, y nada, absolutamente nada para nosotras.

—Dices muy bien, exclamó María Teresa acercándose á Lupe y rodeándole cariñosamente la cintura con su bien torneado brazo.

—Nosotros, dijo Alfonso, no somos egoístas sino con la mujer amada. Queremos para nosotros todo su afecto, su ternura toda.

—¡Qué sabes tú, tontuelo, de las cosas nuestras! replicó María Teresa golpeando suavemente la cabeza de su hermano con el extremo del elegante abanico.

En aquel instante tocaron un vals.

—A bailar, exclamó Alfonso ofreciendo el brazo á Lupe; Guillermo dió el suyo á María Teresa, siguiéndolos numerosas parejas; al salir del comedor vió

Guillermo dos chispeantes ojos, que como los de un felino brillaban en la obscuridad. Eran los del Lic. Cortés. Guillermo comprendió que tenía en él el más terrible enemigo.

Poco después de la media noche terminó la alegre fiesta que dejó profundas y diversas impresiones en los concurrentes, y en la cual empiezan á proyectarse los acontecimientos que forman esta historia.

IV

El día siguiente fué domingo, el almacén donde trabajaba Guillermo no se abrió, pero éste estuvo un rato en el despacho con el objeto de contestar algunas cartas que urgía salieran para los Estados Unidos á la mayor brevedad. Terminada la correspondencia, oyó que llamaban tocando suavemente con los dedos los cristales de la entornada vidriera. Levantó la cabeza y vió á Alfonso.

—Adelante, madrugador, le dijo. ¿Al siguiente día de un baile sales á la calle á las once de la mañana cuando ordinariamente dejas el lecho á mediodía?

—Desperté á las nueve y ya no pude

conciliar el sueño; creo que si dormí algunas horas fué debido al "cognac y champagne" que anoche tomé en abundancia. No pude desayunarme, pasé por aquí, te ví y quise invitarte para que vayamos al "Paraíso Terrestre" á tomar un aperitivo y charlar un rato. Estoy tan impresionado que necesito desahogarme.

—Espérame, pero te advierto que sólo pocos minutos estaré contigo, pues voy á comer en casa de Lupe.

—Chico, ¡quién fuera tú! Estoy enamorado, perdidamente enamorado de ese ángel.

—No lo creo.

—Te lo juro.

—Dispensa mi franqueza; tu corazón está muy gastado, para que se deje subyugar por un grande y noble afecto.

—He sido calaverón, no lo niego; pero precisamente nosotros, los calaveras, conocemos mejor que nadie á las mujeres de mérito. Comenzamos por admirarlas y acabamos por quererlas. Creo que cambiaría completamente de vida si me casara con Lupe.

—Sólo por verte dedicado al trabajo y al cumplimiento de tus deberes, te deseo buen éxito en la empresa.

Mientras los dos amigos conversaban, Guillermo, que acababa de arreglar algu-

nos documentos, tomólos, y se dirigió hacia la caja de fierro, que estaba en el lado opuesto al del escritorio. Alfonso cogióse familiarmente del brazo de Guillermo y le acompañó. Este hizo girar de derecha á izquierda por tres veces el botón del resorte de la caja, deteniéndose un momento en cada vuelta al llegar á determinados números, debajo de una rayita colocada en el centro superior de la circunferencia del círculo de metal que rodeaba el botón. Alfonso maquinalmente se fijó en estos movimientos y avergonzóse de haber aprendido el secreto de la caja. Iba á hablar para decírselo á su amigo, pero contúvose, quizá persuadido de que éste no le había observado. Guillermo alzó los documentos, cerró la caja, púsose el sombrero y dijo á su amigo:

—Estoy á tus órdenes.

Minutos después los dos jóvenes entraban á la elegante cantina francesa de la esquina de las calles de Zapateros y Merced Nueva, cantina concurridísima los días de fiesta, desde las once de la mañana hasta después de medio día.

—Hélos aquí, gritaron varias voces á la vez.

—En hablando del Rey de Roma....

—¿De qué la toman vds?....

—¡Pícaros! Anoche se adueñaron de

las dos más guapas señoritas de Zacatecas, dijo Pimpollo levantando el índice de la diestra é irguiéndose en académica actitud.

—Ven acá, Alfonso, cuéntame ¿qué tal estuvo el baile? Aunque no me invitaste, no te guardo resentimiento ninguno. ¿Es verdad que eres ya novio de Lupe Figueroa?

—Ojalá.

—No lo niegues, chico, no lo niegues. Te felicito. Es una hermosura.

Alfonso, Guillermo, Pimpollo y Perico, el mozalvete que acababa de interpelar á Alfonso, y que habíanle trocado el nombre de Pedro por el de Perico, sentáronse al rededor de una mesita de mármol.

Era Perico escribiente de un juzgado municipal, juez en ausencia, y frecuentemente hasta en presencia del propietario, á quien su subalterno había completamente dominado, dominio que el anciano juez encontraba agradable por la holgura en que le dejaba. Perico ganaba sólo cuarenta pesos, pero gorrón pertinaz é incorregible, sabía como pocos aprovecharse de la prodigalidad de otros, y además, en el juzgado municipal acechaba diligente la propicia ocasión de explotar á los litigantes.

—¿Qué toman vds?, preguntó Alfonso.

—Cerveza, contestó Guillermo.

—¿Y tú, Pimpollo?

—"Brandy-cocktail."

—Yo tomo "cognac," dijo Perico.

—Cerveza, "brandy-cocktail," "cognac" y ajenjo cargadito y con poco jarabe, dijo Alfonso al cantinero.

Otro grupo de jóvenes jugaba dominó en la mesa contigua, y muchos parroquianos, en pié unos, otros recargados contra el mostrador, jugando la copa á los dados, hablaban, reían y con frecuencia libaban sendas copas.

—Salud, dijo Alfonso levantando la copa y chocándola contra la de sus amigos.

—Salud y pesetas, contestó Perico, y apuró de un trago el "cognac," y aun sacudió la copa para que en ella no quedase ninguna gota.

—¡Qué rico está! exclamó entre regüeldos.

—Vamos, Pimpollo, dijo Alfonso, cuéntanos, ¿qué tal va la conquista? Ya se rinde al poder de tu elocuencia esa Lola, que, en honor de la verdad, vale un potosí?

—Lolita me quiere, me adora; pero delante de mí esfuérzase por disimular su pasión.

—¡Quizá tu cuñada y suegro futuros te hagan guerra sin cuartel.

—¡Cabal! Y tal es la causa porque la pobrecita de Lola no me dice á gritos que me quiere; pero en todo se le conoce que me adora. El otro día me dijo compungida y casi llorando: Pimpollo, Pimpollito de mi alma. ¡Qué tonto eres!

—Y dijo la verdad.

—Pero esa palabra tonto, dicha con la expresión y la ternura que ella la dijo, equivalió á la más fina galantería. Y luego aquella frase: Pimpollito de mi alma. Es decir, del alma de Lola, lo que hay de más grande y noble sobre el haz de la tierra. Ya no se pide más.

—Primero sacas un ojo á tu suegro que te dé la mano de su hija.

—Llévese el diablo al suegro, á la suegra, á la cuñada y á toda su parentela habida y por haber, que yo con mi Lola tengo, me basta y aun me sobra hasta rebosar y derramarse la medida de mi felicidad.

—Bien, bien, pues por los suegros, quiero decir, por Lola, otra copa, gritó Perico golpeando la mesa.

El cantinero le miró pero no se movió.

—Otra copa, volvió á gritar Perico.

—¿Quién las pide? preguntó hosco el cantinero.

—Sírvalas vd., dijo imperiosamente Alfonso.

—¿Toman vds. lo mismo? preguntó en el acto el cantinero con mucha amabilidad.

—Sí.

—Sirva usted solamente tres, dijo Guillermo, aún tengo aquí parte de la anterior para acompañar á los señores.

—Por Lupe, exclamó Alfonso, por ese ángel á quien jamás podré olvidar.

Perico volvió á beber con el mismo furioso ímpetu, y apuradas las copas se levantó Guillermo.

—Dejo á vds., les dijo.

—Falta aún la copa que yo ofrezco, repuso Pimpollo.

—No puedo detenerme, agradezco mucho el obsequio. Esto diciendo tendió la mano á Alfonso, y viendo que Pimpollo y Perico á dúo y con vehemente instancia le invitaban á tomar otra copa, salió por entre los concurrentes diciendo desde lejos á sus amigos:

—Hasta la vista.

—Se fué el truhán, exclamó Pimpollo.

—Mejor que mejor, murmuró Perico; estas reuniones no son para maricas, sino para hombres como nosotros. Guillermo tiene vocación de cartujo.

—Es cosa de su carácter, repuso Alfon-

so. Por eso no le insté, le conozco bien.

Al salir Guillermo del "Paraíso Terrestre" entraba el Lic. Cortés. Los jóvenes se miraron un momento y volvieron el rostro sin saludarse.

Ernesto fué recibido por los parroquianos con grande algazara.

—¿Cómo estás, ilustre abogado?

—Sírvanle una copa á Ernesto.

El abogado saludó afectuosamente, tomó una cerveza, y poco después, al divisar á Alfonso, se dirigió hacia él.

—Mi buen amigo, díjole zalamero, estrechando con efusión la mano del joven. Pimpollo, Perico, ¿cómo están vds.?

—Bien venido seas, contestó Alfonso. Que te sirvan una copa.

—Acabo de tomar.

—No importa, repites.

—Sí, otra copa, otra copa, gritó Perico, cuyos brillantes ojos delataban el primer período de la embriaguez.

—Repítanos las copas, dijo Alfonso al cantinero, golpeando con fuerza el mostrador, que estaba al alcance de su mano, pues la general algarabía gradualmente aumentaba, como si un diablillo locuaz moviera la lengua de todos.

—¿No has leído "El Zacatecano?" Habla de la tertulia de anoche, dijo Ernesto.

—¿Qué dice?

—Aquí lo traigo.

—¡Veamos, veamos!

—Que lea el abogado.

—Oigan vdes, "Aristocrática tertulia."

—La noche de ayer tuvo lugar en la casa del honorable banquero Don Antonio Sifuentes, una animada tertulia que duró hasta poco más de la media noche. Asistieron á ella las más distinguidas familias de nuestra sociedad y los más notables caballeros de la banca, de la minería y del comercio. Recordamos entre las jóvenes á las hermosas señoritas María Teresa Sifuentes y Lupe Figueroa, que rivalizaban en gracia y belleza; aquella, vestida de rojo, parecía el sol circuido de arreboles, y ésta, de blanco, semejaba la casta luna iluminando la noche de la vida. La simpática Lolita Jiménez, airosa y festiva, como siempre, y su hermana Concha espiritual y atractiva; Mercedes y Anita Minjares, encantadoras, y tantas otras que nos sería imposible mencionar. Entre los jóvenes recordamos á Alfonso Sifuentes, hijo del rico banquero, al Lic. Cortés abogado de gran porvenir, á Guillermo Fernández. al festivo "Pimpollo," etcétera, etcétera. La familia del Sr. Sifuentes y el mismo Don Antonio con la finura que les caracteriza, hicieron los honores de la casa de

una manera irreprochable. El menú fué espléndido y hubo verdadero derroche de exquisitos caldos, abundando el "champagne". La música del señor Antonio de la Rosa tocó las mejores piezas de su repertorio. La típica del inteligente profesor zacatecano cada día se acredita más por su dedicación al estudio. Fiestas como la que se verificó en la casa del honorable Sr. Sifuentes se necesitan en Zacatecas, y ojalá que las tengamos con más frecuencia. Enviamos nuestras entusiastas felicitaciones al inteligente banquero, pues la tertulia que dió á sus amistades ha dejado muchos gratos recuerdos en la buena sociedad zacatecana y todos elogian la esplendidez y finura de los anfitriones."

—Revistilla campanuda, repetida "mutatis mutandis," por la millonésima vez en la prensa, dijo Alfonso.

—Mira, dijo Pimpollo, fijándose en un párrafo de gacetilla de "El Zacatecano" y leyó á sus amigos: "La nota sobresaliente de la velada ordinaria que dió anoche la sociedad Científico-Artístico-Literaria, en nuestro gran Teatro Calderón, fué la Plegaria de "Tosca" cantada por la hermosa "dilletanti," Srita. Toña Flores. La linda Toñita rayó en lo sublime, y la selecta concurrencia aplaudió con frenesí,

á la que una vez más ha manifestado su gran alma de artista."

—¡Qué barbaridad! exclamó Alfonso, Toña estaba en la tertulia.

—No saben vds. dijo Perico, que los periódicos escriben hoy los sucesos de mañana. Eso lo he visto yo todos los días. Creanse vds. de periodistas; mienten con un descaro. Allí está como prueba de ello el concurso de belleza abierto por "El Trabuco:" Lola Jiménez ocupa el primer lugar y María Teresa Sifuentes y Lupe Figueroa el séptimo y el undécimo, respectivamente.

—Protesto, gritó Alfonso. Son unos bárbaros.

—Yo también protesto, dijo el Lic. Cortés, tu hermana debe ocupar el primer lugar.

—No, el primero corresponde á Lupe.

—Eh, poco á poco, dijo Pimpollo, tendiendo las manos en actitud conciliadora; Lolita de hecho y de derecho está en el primer lugar, y para ello he puesto mi poderoso contingente, pues compré los trescientos veintinueve ejemplares que quedaban de la edición, y me solté echando firmas á diestra y siniestra, é inventando nombres como el más osado embustero que haya podido existir desde que el mundo es mundo.

—Entonces la paz está hecha: Pimpollo, dijo Ernesto tendiéndole la mano; eres un pretendiente extraordinariamente cándido, pues galanteas á Lolita con las lenguas de los que existen y aun de los que nunca han existido.

—"La Voz de Zacatecas," gritó en esos momentos en una de las puertas de la cantina un voceador de periódicos.

—¿También "La Voz" hablará de la tertulia? dijo Alfonso.

—¡Horror! exclamó Perico empujando al voceador que le metía el periódico por la cara. Vete, no compramos ese papel.

—¡Ah! es "La Voz," dijo Ernesto.

—Que traerá, murmuró Perico, una filípica contra los padres escandalosos que permiten bailar á sus hijas; toda una plática doctrinal, sin ninguna unción y rebosante de bilis, entre indigestos latinajos que no entiende el mismo que los copió de libros amarillentos y apolillados, por las injurias del tiempo; traerá también una lista de los santos Padres, desde Tertuliano hasta San Bernardo. Quita allá, muchacho, quita allá esa polilla.

Al oir á Perico algunos de los muchos concurrentes, se rieron á grandes carcajadas, otros se quedaron serios y aun alguno que otro frunció el entrecejo; pero todos pidieron otra copa.

—Un dominó, gritó Ernesto, jugaremos las copas.

Perico vació la caja de las fichas sobre la marmórea mesa, agitólas con la palma de la estendida diestra, y tomó las que le correspondían. Jugáronse varios partidos y Alfonso y Ernesto los perdieron todos.

—Es muy tarde, dijo Perico, jugaremos el almuerzo é iremos á comer al "Hotel Zacatecano."

—Dices bien, repuso Alfonso.

Jugaron el almuerzo y después el vino para la comida y Ernesto perdió ambos partidos.

La concurrencia había ya disminuido considerablemente, sólo quedaban diseminados, aquí y allá, algunos bebedores empedernidos. Su gozo habíase trocado en melancolía, su verbosidad en taciturno silencio; comenzaba el alcohol á cobrar el precio de la falsa alegría de algunos minutos. Los cuatro jóvenes pusiéronse en pie, Alfonso arrojó sobre el mostrador un billete de cincuenta pesos diciendo al cantinero que cobrara todo lo que habían pedido, y salieron luego de la cantina. Todos, menos Ernesto, habían tomado bastante; pero la acción del alcohol había sido más eficaz contra Perico, cuyo paso empezaba á ser vacilante. Asióse del bra-

zo de Pimpollo, Alfonso del de Ernesto y se dirigieron al Hotel Zacatecano.

La comida fué suculenta, pues á los platillos ordinarios agregáronse algunos especiales pedidos por Alfonso: la alegría, la expansión y la confianza fueron la mejor salsa. Pimpollo estuvo graciocísimo: disertó sobre el amoroso culto que tributaba á su Lola, volvió á anatematizar con enérgicas frases á su cuñada y suegros. Perico habló muy poco; pero comió mucho y bebió como ninguno; Alfonso y Ernesto estrecharon una amistad que hasta entonces no había tenido los honores de la intimidad.

Concluido que hubieron la comida, Ernesto invitó á sus amigos á la Alameda que debía de estar muy concurrida por ser día de fiesta, y hallábase ávido de contemplar la hermosura que le tenía cautivo entre las blandas prisiones de sus encantos.

La movible silueta de Lola dibujóse al punto en la imaginación de Pimpollo.

—Te acompaño, exclamó, allí ha de estar mi idolatrada Lola.

Perico paróse con dificultad, dió un paso y avanzó tambaleándose, y hubiera caído de bruces, á no sostenerle oportunamente el vigoroso brazo de Ernesto.

—Tú, le dijo éste, duerme un rato.

—Y yo también, repuso Alfonso.

Ernesto fijó una observadora mirada en Alfonso, quien se había puesto en pie: el rostro del joven estaba encendido, hinchados los párpados, vidriosos los ojos, precipitado el aliento.

—Da unos pasos, añadió Ernesto.

El paso de Alfonso, aunque no tan ágil y regular como de costumbre, era aún seguro.

—Es mejor que también duermas, al menos una hora, allá te esperamos. Y tú, Pimpollo, agregó dirigiéndose á éste, ¿cómo estás?

Pimpollo, por única respuesta, dió un salto y un berrido y colocóse junto á Ernesto, como cabrito junto á la cabra madre.

—Estás bien, y con un poco de aire y de ejercicio estarás mejor. Vámonos, y dirigiéndose al mozo, díjole:

—Un cuarto para los señores.

V

Muy concurrida estaba la Alameda: las sillas de alquiler que ordinariamente lleva al paseo una empresa particular, porque no bastaban los bancos de fierro, con

asiento de madera, colocados á uno y otro lado de las banquetas, hállanse en su totalidad ocupados.

En el paseo vespertino de los domingos, generalmente, vénse en la alameda muy pocos coches. No es la ciudad de Zacatecas para vehículos de ninguna clase; la irregularidad del piso la angostura de la mayor parte de las calles y el declive, más ó menos pendiente de muchas de ellas, formadas en las faldas de las colinas, inutilizan el uso de las elegantes carretelas, que adornan los paseos públicos en otras ciudades de la República y aumentan el movimiento y el lujo. Hay pocos coches de familias acomodadas y éstas prefieren ir á pie á los paseos.

La tarde está hermosa: al través del espléndido follaje de los árboles que forman anchas calles, resplandece el límpido cielo; los rosales se inclinan cargados de flores; las fuentes, en artísticos juegos de agua, arrojan en alto el líquido en cristalinos hilos, que en la cumbre se deshacen en lluvia de brillantes gotas iluminadas por los rayos del sol poniente. El aire refrescado por la humedad del recién regado suelo, esparce el suave olor de la tierra mojada, y el murmullo de la festiva multitud, apagado unas veces, tumultuoso otras, vibra en las aereas on-

das. Los chicuelos alborozados corren aquí y allá; éste arrastra un diminuto ferrocarril; aquel rueda un aro, el de más allá contempla sonriente un rojo y esférico globillo de goma que atado á un hilo sostiene en la mano contra el impulso del viento. Esta chiquilla va en un cochecillo que por detrás empuja la niñera, asida al respaldo que sobresale en forma de trapecio, y mientras ésta luce airosa el nacional rebozo y el blanco delantal, aquélla ensaya desde la infancia las maternales ternuras, arrullando en el regazo un rorro casi del tamaño de ella. Aquella otra niña, rizada y primorosamente vestida, adivinando por instinto su belleza y alta jerarquía social, aprende desde los albores de la vida la altiva actitud de las reinas de la moda y de la hermosura. Grupos de elegantes señoritas, con la animación de la juventud y la alegría de las ilusiones, descuellan entre la abigarrada concurrencia, los caballeros dan vueltas por las calles del paseo en contraria dirección á la que lleva el bello sexo, ora gozando de la común alegría, ora contemplando la variedad de hermosuras, ora, en fin, buscando solícitos la que aprisionó su corazón en la red de los femeninos encantos.

Ernesto y Pimpollo, cansados de dar

vuelta, han ocupado dos sillas frente al kiosco, donde la banda del municipio toca una pieza cada quince minutos; un poco más adelante está Guillermo, también sentado, en compañía de un caballero de más que mediana edad, barba espesa y gris; al través de sus anteojos de barillas de oro resplandecen las escudriñadoras miradas de unos ojos negros. Es Don Germán Olivares, abogado de gran reputación. Este y Guillermo habíanse visto varias veces en el almacén del señor Minjares, con motivo de algunos negocios y habían simpatizado. Era Don Germán hombre docto y de experiencia: en el ejercicio de su profesión había visto tantas y tan extrañas cosas, que se hizo desconfiado y semiescéptico, pero tenía un fondo de bondad que todos menos él conocían. Casóse muy jóven con una señorita de humilde linaje, pero de sólida piedad y no escasa belleza. Nególes Dios la ventura de tener hijos, y aunque se amaban con el firme cariño de buenos esposos sentían un vacío en su hogar. D Germán había enriquecido; pero como no tenía vicios, ni gastaba lujo, ni frecuentaba los espectáculos, ni se sabía que fuese caritativo, tachábanle generalmente de codicioso. No faltaba, sin embargo, alguno que otro que asegurase que cuanto ganaba

dábalo á los necesitados, especialmente á los pobres vergonzantes, pero que nunca aparecía él como autor de los beneficios que prodigaba, sino que valíase de un virtuoso sacerdote, á quien encargaba el más absoluto silencio acerca de las dádivas que por su conducto hacía. La generalidad no creía en tales aseveraciones, y si alguna vez llegaba á los oídos del abogado el público rumor que acusábale de avaro, jamás se defendía: callaba ó se sonreía ligeramente. Su pasión por el estudio era vehemente y reconocida por todos su erudición y talento.

La banda tocaba una rumbosa pieza del maestro zacatecano Don Fernando Villalpando, cuando Lupe y María Teresa aparecieron en la entrada del paseo, seguidas de Don Antonio y Doña Carmen.

Dos hombres de la plebe que charlaban cerca de la banqueta, quedáronse contemplando á las bellas jóvenes.

—Mira, "valedor," dijo uno al otro señalándolas con los ojos, ya se salieron los "manequises" del "Correo de México."

—Y tú, contestó el otro, que ni "huaraches" tienes.

Don Antonio y Doña Carmen celebraron la galante y oportuna ocurrencia pues en aquellos días, la casa mercantil

de "Dokhelar Sucesor," había puesto en los elegantes escaparates de su almacén, dos primorosos maniquíes lujosamente ataviados: una bellísima morena y una encantadora rubia.

Ernesto y Pimpollo se levantaron al divisar á las jóvenes y cortesmente las saludaron al encontrarlas. Pimpollo se desconsoló mucho: no iba allí su Lola ¿Dónde estaría?

—Probablemente el ogro, dijo al Lic. Cortés, no la ha dejado salir, temeroso de que en el vértigo de la pasión fuera á abrasarme delante de la gente.

—¿Y quién es el ogro?, dijo Ernesto riendo.

—Claro está, hombre, mi suegro.

—Mira, allá viene tu Lola, con su hermana y Mercedes y Anita Minjares.

Pimpollo abrió más los ojos y la boca, como si de ella necesitara para ver mejor y lanzó una exclamación de júbilo.

La nerviosa y traviesa jóven se secreteó con su compañera tan luego como divisó á Pimpollo y sonriéronse ambas.

—Ya me miró, ya me miró, exclamó Pimpollo: y ya me presentó verbalmente con su amiga.

En esos momentos los jóvenes llegaron frente á Lola y las Minjares y las saludaron. Pimpollo hizo una reverencia

que puso en peligro su espina dorsal y casi tocó el suelo con el sombrero. Lola contestó, como siempre, guiñando un ojo y sonriendo con afabilidad.

—¿Ya leíste "El Trabuco?" preguntó Mercedes Minjares á Lola.

—Sí, me han dado la "gran lata" con ponerme en primer lugar; pero veo en esto la mano de Pimpollo.

—A mí me pusieron en el sexto, dijo Concha, pero ya escribí un recado al editor del periódico para que en el acto suprima mi nombre; no quiero andar en letras de molde, ni para bien, ni para mal.

—Y aquella señorita tan linda, dijo Mercedes, que vive cerca de casa, y que llama la atención de cuantos la ven, ni siquiera figura en la lista, y debía ser, si no la primera, por lo menos una de las primeras.

—Pero esa señorita, dijo Concha, es pobre y modesta, y los concursos de belleza no se hicieron para esa clase de jóvenes.

—Si será cierto lo que dijo una vez en el púlpito el padre Basurto.

—¿Qué dijo?

—Que los concursos de belleza fueron inventados en satánico conciliábulo por los demonios de la vanidad, la envidia y el rencor.

—¡Qué padre Basurto tan falto de mundo! bien se conoce que él jamás obtuvo un voto en los concursos de belleza. Yo estoy entusiasmada, con los cuarenta y cinco que he obtenido, dijo Anita con la ingenua vanidad de la niña que pisa ya los linderos de la juventud.

Cuando María Teresa pasó junto á Guillermo, fijó en éste los ojos, y ambos sostuvieron por algunos momentos una intensa mirada, que no pasó desapercibida para Lupe. Don Antonio apenas saludó á Guillermo, éste se levantó y despidióse de Don Germán, con el objeto de dar vueltas.

María Teresa había invitado á Lupe al paseo, la amistad de las jóvenes, habíase estrechado más desde la tertulia de la víspera, y naturalmente expansivas por la edad, hablábanse con cariño y confianza.

—¿Le quieres mucho?, preguntó Lupe á María Teresa.

—Me agrada para novio, le contestó, tiene para mí un misterioso atractivo que no acierto á explicarte; pero no me decidiría á aceptar su mano.

—No te comprendo.

—Papá ha sabido darnos una posición muy elevada, y los matrimonios desiguales, casi nunca son felices.

—Guillermo es de buena familia, y aunque pobre, es honrado, trabajador y tiene mucho talento.

—Es, sobre todo, muy simpático; pero yo quiero por mi esposo á un hombre de ilustre cuna, de título profesional, de fortuna é influencia, que pertenezca á nuestra clase, á la "creme" de la sociedad; todo ésto sin dejar de ser muy guapo, como sin duda lo es Guillermo.

—Pero tú eres rica.

—Precisamente porque lo soy no hay igualdad.

Lupe bajó los ojos, y se quedó un rato pensativa.

—¿Por qué no prefieres, pues, á Ernesto? Tiene las cualidades que buscas.

—Pónle el alma de Guillermo, ó dá á éste las prendas sociales de aquél y el problema está resuelto.

—Crees entonces que Guillermo es muy bueno?

—No lo sé, ni he pensado en ello; pero él ve, habla y sonríe, como no ven, ni hablan, ni sonríen los demás hombres.

—¡Es verdad!

—¿Tú también lo has notado?

—Sí, contestó Lupe, con aparente indiferencia, temiendo que su amor la vendiera.

Ernesto y Pimpollo volvieron á encon-

trar á María Teresa y á Lupe, que pasaron junto á ellos sin mirarlos.

—Qué indiferente está la rubia, dijo el pollo; si no comprenderá que sólo por ellas has venido.

—¡Tonto! Las mujeres tienen una vista más perspicaz que la nuestra, y miran mucho más cuando parece que no ven.

—Cierto, muy cierto: A mí me dijo una vez mi Lola que leía en el fondo de mi alma, y tres veces seguidas me adivinó lo que estaba pensando; y en otra ocasión, que ella contemplaba las chucherías del escaparate de la mercería de "La Palma," creí que no me había visto, y al día siguiente me refirió lo que iba diciendo á mi acompañante, y hasta la clase de perfume que llevaba en mi pañuelo. No cabe duda, abogado; las mujeres ven, oyen y huelen como nosotros no podemos ver ni oír ni oler. ¡Esto es una maravilla!

—Al Lic. Cortés le agrada María Teresa, dijo Doña Carmen á su esposo.

—¿Te parece?

—Estoy segura.

—Ilusiones.

—Así se empieza. Y creo que también á Guillermo.

—Es natural: no ha de desagradarle la

fortuna de nuestra hija, formada en muchos años de asiduo trabajo.

—Ese joven no me parece interesable.

—Tanto peor para él si lo es. Conozco el carácter de mi hija, sabe estimarse á sí misma. Por condescendencia con Alfonso he abierto á Guillermo las puertas de mi casa; pero es necesario no depositar en él toda nuestra confianza. Acuérdate de su padre; fué un perverso que amargó los mejores años de mi vida, y si no hubiera sido por la justicia de mi pleito, me hubiera arruinado.

Alfonso y Perico entraban á la alameda, aturdidos aún, ostentando en los rostros las señales de la intemperancia.

—¿Qué tánto dormiríamos?, preguntó Perico á su amigo.

—Calculo que serían dos horas, pues obscurece ya: la música toca las danzas de despedida. Fíjate mucho, y avísame si descubres á Lupe primero que yo.

—Allá viene con tu hermana.

—Voy con ellas, espérame.

—No seas imprudente, van con tus padres y éstos pueden conocerte que has tomado.

—Tienes razón, me contentaré con verla de lejos.

Al pasar Lupe con la familia Sifuentes, cerca de Alfonso, éste fijó la vista en

aquélla; la joven casi sin levantar la suya, saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—Tu novia es orgullosa ó demasiado fría, dijo Perico, apenas dígnase de saludarte.

—Es que no se rinde aún; pero ya verás si triunfo: el dinero lo puede todo.

—¡Ah, ya lo creo, lo puede todo; absolutamente todo!

Había ya obscurecido, y los paseantes se desbandaban en grupos por las calles contiguas á la alameda.

—¿A dónde vamos?, preguntó Alfonso á Perico. ¿Vamos al teatro?

—Si quieres que nos divirtamos un rato, volveremos al Hotel: reúnense allí las más noches varios jugadores de "pokar," juego que tanto te agrada. Cenamos, tomamos algunas cervezas, porque tengo una sed devoradora, y jugamos hasta las doce de la noche.

—Acepto, no podías haberme propuesto cosa mejor.

—¿Cómo estás de dinero?

—Bien, ¿y tú?

—Muy mal; préstame veinte pesos.

Alfonso sacó la billetera henchida de billetes, dió á su amigo uno de veinte pesos, y dirigiéronse presurosos al "Hotel Zacatecano."

VI

Al rededor de una mesa cubierta con verde carpeta, hállanse sentados Alfonso, Perico y dos hombres más: Esteban y Lorenzo, cuyo aspecto no inspira ninguna confianza. Uno de ellos, chico de cuerpo, carirredondo y panzudo, ha sido tallador desde los primeros años de su juventud; y el otro, viejo, de adusto ceño y cínica sonrisa, ha vivido siempre del juego. La atmósfera del cuarto es pesada y asfixiante por el humo de los cigarros, y está impregnada de fuerte olor alcohólico. Cada jugador tiene á la derecha, sobre la mesa, montoncitos de fichas blancas y rojas, y en el centro está un plato de metal con algunas de ellas. pues el ganancioso, en cada mano en que la ganancia no es pequeña, tiene que contribuir para los gastos del vino y pago de la casa, y al recoger la ganancia, quítanle sus colegas alguna ó algunas de las fichas para el plato. La ficha blanca representa un valor de diez centavos y de un peso la roja, y la apuesta mayor no puede exceder de veinte pesos. El viejo y el panzudo han reunido la mayor parte de las fichas.

La baraja en esos momentos está en

manos de Lorenzo, quien, mientras que reparte las cartas, dirige á Esteban una mirada de inteligencia. Toca hablar á Alfonso, saca un billete de cincuenta pesos, que cambia á Lorenzo por fichas, y sin disimular la emoción, exclama:

—Antes de pedir cartas, entren ustedes con cinco fichas rojas.

Todos aceptan.

—Cartas, dijo Alfonso.

—¿Cuántas?

—Una.

—¿Y tú, Perico?

—Dos.

—¿Tú, Esteban?

—También dos.

—Y yo tres, dijo Lorenzo.

—Cinco fichas más, exclamó Alfonso.

—Las quiero, y cinco más.

Todos juegan aquella interesante mano. Perico agotó sus fondos y recurrió á los de Alfonso. Cerrado el juego con el máximum de la apuesta, Alfonso gritó:

—"Poker" de reyes. Había ganado.

—Mira con qué he perdido, dijo Perico mostrándole cuatro sotas.

Todos lanzaron una exclamación de asombro.

Era la primera apuesta de importancia que ganaba Alfonso; pero no le desquitaba ni de la cuarta parte de lo perdi

do. Con aquella ganancia animóse mucho. Eran ya las doce de la noche, hora con anterioridad fijada para retirarse.

—Vámonos, le dijo Perico.

—No, contestó Alfonso: es necesario aprovechar el cambio de la suerte.

—Como quieras.

Alfonso volvió á ganar la mano en que tocó repartir las cartas á Esteban; pero la ganancia fué insignificante. Despues, todo fué pérdida para el rico joven que estaba jadeante, excitado, colérico.

Cuando por las hendeduras de la ventana entraba el resplandor primero de la matutina luz, la billetera de Alfonso estaba completamente vacía. Todos los billetes habían pasado á las carteras de Lorenzo y Esteban.

—Me voy, dijo el viejo, poniéndose en pié.

—Y yo también, dijo Esteban.

—Por mi parte, murmuró Alfonso, no estoy fatigado, y aunque he perdido cuanto dinero traía, si ustedes gustan continuaremos jugando: hoy mismo pagaré cuanto me ganen.

—Aceptaría de muy buena gana, dijo Lorenzo; pero tengo un negocio urgente para el arreglo del cual estoy citado á las siete en punto y son ya las seis y me-

dia. Si ustedes gustan, nos veremos esta noche á las nueve.

—¿En dónde?, preguntó Alfonso.

—Aquí mismo.

—Muy bien, entonces, hasta la noche.

—Antes de retirarnos, tomaremos por mi cuenta la última copa de hoy, dijo Lorenzo, y palmeando llamó al mozo.

—Liquida, le dijo, allí tienes en el plato lo del consumo y lo de la casa, trocado ya en dinero; ahora cámbiame las fichas por los lotes depositados. Esto para tí, añadió, poniendo en manos del mozo un billete de cinco pesos, y sírvenos unas copas de "cognac."

Poco después, Lorenzo y Esteban despidiéronse de Alfonso y su amigo.

—Esta noche les daremos á ustedes su desquite, les dijeron. Adiós.

—Hasta la noche.

Perico, que se sentía medio asfixiado por el humo de los cigarros aglomerado en la estancia, durante la noche, abrió de par en par las puertas del balcón, y la pieza se inundó de aire y de luz

—¿Cuánto perdiste, Alfonso?

—No sé con exactitud, porque no recuerdo lo que había gastado en el día: pero calculo que serían dos mil pesos aproximadamente.

—Ya obtendremos el desquite.

—¡Por supuesto! No siempre ha de estar la suerte al lado de esos malditos coimes.

—¿Qué hacemos ahora?

—Voy á casa: papá baja al despacho á las nueve; no vaya á ocurrírsele asomarse á mi cuarto. Son las siete.

—Vámonos, pues, puedo aún dormir dos horas antes de ir al juzgado.

Alfonso dirigióse á su casa, sentía la cabeza pesada por la fatiga y el alcohol; estaba intensamente pálido, los ojos enrojecidos y cargados de sueño, las ojeras verdinegras, los párpados hinchados los carrillos caídos, la boca seca y los ajados labios habían perdido el vivo color y la frescura.

Al llegar Alfonso á su casa, sólo el portero estaba en el zaguán; pero acostumbrado á ver al señorito entrar y salir á la hora que le parecía, casi no se fijó en él.

Alfonso, nervioso y pensativo, dió unas vueltas en el corredor.

—Es preciso, se dijo, reponer las cantidades que he tomado, y reponerlas antes del balance, que ya se aproxima, y no tengo otra esperanza que sacarme la lotería ó ganar en el juego. He comprado treinta billetes. ¿Cómo no ha de to-

car el gran premio á alguno de ellos? Ea, adelante.

Dirigióse al despacho de Don Antonio, que estaba ya abierto y que en ese momento sacudía Benito, el mozo de toda la confianza de la familia. Alfonso entró silbando una cancioncilla, bien para disimular la angustia y turbación de su espíritu, bien para no infundir sospechas á Benito, á quien dijo con la mayor naturalidad posible:

—Benito, pídele á la cocinera una taza de café muy cargado.

Benito obedeció, y apenas había salido del despacho, Alfonso corrió á la caja, abrióla precipitadamente y sacó seis billetes de quinientos pesos cada uno; pero tuvo cuidado de tomarlos de distintos paquetes, anteriormente contados, para que no se notase la falta en el corte de caja que diariamente se practicaba. Púsolos violentamente en su billetera, cerró la caja, procurando no hacer ni el más leve ruido, encendió un cigarro, sentóse en un sillón, cruzó la pierna, y cuando volvió Benito, el joven mecíase suavemente en el sillón austriaco, con la cabeza echada hacia el respaldo y contemplaba las espirales de humo que arrojaba en grandes bocanadas.

—Ya le dije, señor, murmuró Benito.

—Bien, si pregunta papá por mí, estoy en mi cuarto.

Benito, por única contestación, inclinó la cabeza.

Alfonso vertió un chorro de "cognac" en la taza de exquisito café de Uruápan, que le sirvió un mozo y concluído que hubo aquel irritante desayuno, desnudóse y se metió en la cama.

———

VII

Lupe, fatigada, deja de tocar el piano y va á sentarse cerca de su madre.

—Hija mía, le dice Doña María, no me has contado aún tus impresiones en el baile, lo que me parece muy extraño. Cuando yo tenía tu edad, al siguiente día de una fiesta estaba perezosa y locuaz. Todo mi gusto era hablar de cuanto había visto y oído; ó iba á la casa de algunas amigas ó éstas venían á la mía, con el único objeto de comentar la fiesta de la víspera. Nuestras conversaciones no versaban sobre otra cosa, y aunque seguramente no siempre acertadas y juiciosas, nos proporcionaban horas de agradable entretenimiento.

—Y, ¿nunca tuviste pensamientos tristes?

—Algunas veces estuve mortificada y sufrí; pero tú no conoces aún lo que son hondos pesares.

—Pues bien, mamá, yo estuve muy mortificaba en esa fiesta.

—¿Por qué?

—Primero por lo que nos había dicho Guillermo respecto del señor Sifuentes; temí que no le recibiera con afecto.

—No le recibió mal.

—Es verdad; pero al través de su afectada cortesía, había algo más que frialdad, animadversión.

—Preocupaciones tuyas.

—No, mamá. En segundo lugar, mortificáronme mucho las galanterías de Alfonso, y su tenaz empeño en que le correspondiera un amor en el que no creo.

—Y ¿por qué no crees en su cariño?

—Porque quien ama el dinero y la posición social sobre todas las cosas, no puede amar á una mujer sin dinero y sin posición social.

—¿Qué dices? Es verdad que no somos ricas; pero nuestra estirpe puede competir con la de Alfonso y con la de otros más encumbrados que él. Tu padre, tu noble y virtuoso padre, perteneció á la flor y nata de la sociedad zacatecana,

y entre sus antecesores cuéntanse muchos sobresalientes en virtudes y letras, y según el árbol genealógico, que antaño me sabía de memoria, descendía en línea recta de uno de los más ilustres linajes de España. Por otra parte, ¿por qué juzgas codicioso y soberbio al hijo único de Sifuentes?

—Hoy, mamá, la noble estirpe, si halaga la vanidad de muchos, nada puede contra el poder del oro, creador de la más temible, aunque ordinariamente falsa aristocracia; la virtud, vive escondida en el hogar, porque su sola presencia zahiere á los adoradores de la mundana soberbia. En la casa del señor Sifuentes, al través de una cultura que abrillanta la riqueza, crece y se desarrolla el orgullo con su salvaje poderío; quizá me equivoque y seré yo la primera en alegrarme de tal equivocación; pero esa es la atmósfera que se respira en esa casa, y la verdad mamá, no quiero que Alfonso me ame.

—Sí, esa es la verdad, se te conoce; y yo te diré, para tu bien, que no me disgusta que te quiera. Nuestro exíguo capital consiste en fincas, y cada día está más depreciado en esta ciudad, el valor de la propiedad urbana; no me gusta que trabajes tanto, y temo mucho por tu porvenir. No

soy codiciosa, lo sabes bien; pero el dinero, hija mía, si no constituye la felicidad, ayuda mucho á ella. Estoy vieja, por razón natural deben quedarme pocos años de vida, y mi más ardiente deseo es verte bien establecida antes que el soplo de la muerte apague la luz de mis ojos.

—Mamá, mamá; no me digas esas cosas, porque sufro mucho. Dios velará por nosotras.

Doña María fijó los ojos en su hja, y notó que una lágrima rodaba por sus mejillas.

—Dejemos este asunto, le dijo conmovida; vamos, distraete, toca algo.

Lupe hubiera deseado estar sola para desahogarse, pues hasta la presencia de las personas más queridas suele á veces ser dique contra el refrenado dolor. Paróse, se enjugó aquella lágrima de un aroma que no percibe el olfato; pero que aspira el espíritu, y sentóse al piano ya tranquila.

—¿Qué quieres que te toque?

—Los Silvanos, de la Chaminade.

Las diminutas y suaves manos de Lupe pulsaron el teclado con seguridad y destreza, y el instrumento vibró con dulcísimas notas.

Oíase, ya el canto de los genios de los

bosques, ya el viento entre las frondas, primero suave, después fuerte, y por último, impetuoso y arrollador. Lupe pensó en esos momentos que el huracán se llevaba lejos, muy lejos, todas las flores del vergel de sus ilusiones, y dió á las notas tanta ternura, expresión y verdad, que Doña María quedó estupefacta, y lloró, sin saber si aquel llanto era de satisfacción, de tristeza ó de cariño. Levantóse y abrazó y besó á su hija.

Apenas Lupe había acabado de tocar, cuando llamaron fuertemente á la puerta del zaguán: era el cartero. Paula salió corriendo, recibió la carta y dióla á la señorita.

—¿De quién es?, preguntó Doña María.

—No conozco la letra.

Lupe rompió el sobre de finísimo papel y leyó para sí el perfumado billete, que en el ángulo izquierdo de la parte superior ostentaba un monograma azul y plata con las iniciales A. S. Cuando acabó de leerlo, inclinó la cabeza con abatimiento.

—Apostaría que es de Alfonso.

—Sí, mamá.

—¿Qué te dice?

—Léelo, dijo Lupe, y dió el billete á Doña María, quien se puso los anteojos y leyó:

"Lupe:

Le he manifestado mi cariño con la mayor sinceridad y entusiasmo, y no creo que me juzgue falaz, usted, cuya bondad atrae, cuya hermosura cautiva y cuyo talento avasalla. El hogar con usted sería para mí anticipado paraíso; sea usted el ángel de ese hogar; por mi parte, le ofrezco lo que más puede desear una mujer en la vida: un corazón lleno de amor y de ternura.

Si la respuesta de usted me es favorable, pediré inmediatamente su mano.

Alfonso."

—¿Contestarás?, preguntó Doña María á su hija.

—Sí, mamá; ¿qué quieres que conteste?

—Lo que gustes.

Lupe, sin hablar más, levantóse, dejó á su madre sola en la sala, entró en el cuartito que servía de asistencia y escritorio á la vez.

Doña María se quedó pensativa un rato, y después, por el movimiento de sus labios, conocíase que murmuraba alguna oración. Lupe no tardó mucho en volver; parecía que todo lo había previsto, y todo tenía anticipadamente preparado. Con

voz tranquila y firme, leyó á su madre la respuesta.

"Alfonso:

Las bondadosas palabras de usted obligan mi gratitud; pero el deber me impone mayor obligación, la de ser sincera. No amo á usted, ni creo poder amarle; le estimo, y ofrezco á usted lo único que ofrecerle puedo, mi amistad.

Guadalupe."

Lupe, sin mirar á su madre, puso la carta en el sobre ya rotulado y timbrado, llamó á Paula, y le dijo:

—Pón esta carta en el buzón.

Doña María observó cuidadosamente los movimientos de su hija, y exhaló un profundo suspiro.

VIII

Es el quince de Septiembre, víspera del gran día en que se celebra la independencia de México. Reinan en la ciudad la animación y la alegría. Inunda el jardín Hidalgo la luz de los focos eléctricos, tremolan las tricolores banderas enarbola-

das por todas partes, y la música toca una rumbosa marcha militar. La Plaza de Armas es muy pequeña para contener á la entusiasta multitud, y la gente que inunda las banquetas trabajosamente puede andar. En la calle de "Tres Cruces" hasta frente á la Catedral, agítase una masa compacta por sobre la cual sólo se distinguen sombreros de petate y cabezas cubiertas con rebozos. Vénse, aquí y allá, gendarmes de a pié y algunas parejas de la gendarmería montada, todos despliegan mayor vigilancia que en los días ordinarios. Los balcones del palacio del Poder Ejecutivo están totalmente ocupados por elegantes señoras y señoritas, tras de las cuales distínguense los caballeros que las acompañan. De vez en cuando, uno que otro "viva" sale de la multitud: ya vitorean á Hidalgo, ya á México; ora á la Virgen del Patrocinio, ora al Gobernador. Una voz juvenil, de alguien, quizá más impresionado con la femenina belleza que con las glorias patrias, grita con todas sus fuerzas:

—¡Vivan las bellas!

En el balcón del centro del palacio, entre un grupo de aristocráticas jóvenes lujosamente ataviadas, y en cuyas gentiles cabecitas la caprichosa moda ha colocado sombreros de extrañas y artísticas

formas, magníficamente adornados con ricas plumas ó gayas flores, destácase la altiva rubia de soberano atractivo. Lola, á su lado, conversa con ella, acompañando la voz de los más expresivos ademanes.

—Mira, le dice María Teresa interrumpiéndola.

Pimpollo, que se dirige á Palacio, no puede, á pesar de sus desesperados esfuerzos, abrirse paso por entre la multitud que por largo rato forma ante él inexpugnable baluarte, y ávido de contemplar á su Lola, mientras pasa aquella tumultuosa turba, encarámase en un banco de la plaza. Allí está en arrogante actitud, como si brotase de entre los anchos sombreros que le rodean: la mano del arqueado brazo en la cintura, y los dedos de la diestra juegan coquetamente con un bastoncito de plateado puño: en la solapa de la levita lleva una gardenia. Lola, al volver el rostro hacia él, se sonríe y mueve la cabeza.

—Mira, compadre, dice un barretero á otro agitando la mano hacia atrás y señalando á Pimpollo con el pulgar. Está electrizado por los focos de los balcones.

—No, compadre, es astrónomo y está contemplando los astros.

El popular rumor que se escucha por

todas partes cesa de improviso, ha sonado la primera campanada de las once en el reloj de la Catedral; todos vuelven los ojos al balcón del Palacio, donde en medio de María Teresa y de Lola aparece el Gobernador con la bandera nacional en la mano.

—"Conciudadanos: grita con vibrante voz.

Hoy celebramos la gloriosa fecha en que el humilde anciano de Dolores, desafiando el poder ibero, dió el grito de Independencia que repercutió sonoro hasta el último confín de México. Veneremos la memoria del insigne caudillo de la Independencia, de los colaboradores de su patriótica obra y de los continuadores de ella entre los cuales ocupa altísimo lugar el héroe de la paz, el insigne General Presidente de la República, Porfirio Díaz.

¡Viva Hidalgo!

¡Viva México!

¡Viva la Independencia!

¡Viva el Ilustre General Porfirio Díaz!"

—¡Viiiiiii. . . . . . . .va! responde el pueblo.

Mientras el Gobernador tremola la bandera, confúndese con el aplauso general, el apagado que producen las pequeñas manos enguantadas de las señoras y señoritas que llenan los balcones. Las sonoras

campanas de todos los templos lanzan un repique á vuelo que alegra y entusiasma los corazones, y la música toca el hermoso himno nacional que los concurrentes escuchan en pie y con la cabeza descubierta.

Poco después el pueblo se desborda en pelotones por las calles, corriendo, silbando y gritando impelido por feroz alegría.

Pimpollo, arrastrado por una ola de aquel encrespado mar humano, puede difícilmente llegar á la puerta de Palacio, sube corriendo la escalera, ávido de entrar al salón y hallarse cerca de su Lola.

El moreno semblante de Lupe, de exquisita suavidad y frescura, y siempre bañado por la inefable luz de aquellos ojos negros, está ahora ligeramente pálido: es más suave el purpúreo color de sus labios, y el correcto busto, aprisionado bajo irreprochable talle, podía servir de modelo al más diestro pincel. Al entrar del balcón con paso tranquilo y majestuoso, que revela un carácter lleno de nobleza y dignidad, Guillermo, que conversaba con otros jóvenes, corre á ofrecerle el brazo que Lupe acepta dándole las gracias con una sonrisa.

—Sentaré á usted junto á su mamá, le dijo.

—Sí Guillermo.

Apenas se había sentado Lupe, sentáronse junto á ella dos jovencitas, más graciosas que bellas, una de las cuales ese mismo día, por primera vez se había vestido de largo: eran Mercedes y Anita Minjares, hijas de Don Ignacio, el dueño del almacén donde trabajaba Guillermo. Saludaron cariñosamente á Lupe, á quien conocían bien aunque no la visitaban, y luego trabaron conversación con ella.

—He estado contentísima, dijo Anita ¡Cuánta animación, cuánto regocijo! Y hoy me vistieron de largo, Lupe.

—Y está usted muy simpática con su primer traje de señorita.

—¿Le parece á usted que me sienta bien?

—Perfectamente.

—Todo el día, dijo Mercedes, se ha visto en el espejo esta locuela. Antes de salir de casa la sorprendí de espalda al tocador, dando pasitos hacia adelante y volviendo por sobre los hombros la cabeza hacía uno y otro lado para mirarse el traje que tocaba al suelo.

—Es muy bonito vestirse de largo. He observado que los jóvenes me miran más, mucho más que antes.

Doña María sonreía y contemplaba con ternura á Anita, recordando quizá el

primer vestido largo que ella había puesto á su Lupe.

—Mire usted, Lupe, murmuró Mercedes, mire usted qué tipo, y señaló con los ojos á Pimpollo que conversaba con Lola y contagiado con los expresivos a lemanes de ésta, inconscientemente los remedaba; si Lola reía, reía Pimpollo; si aquella hacía un gesto, éste hacía otro, y si la nerviosa jóven guiñaba un ojo, su amartelado galanteador guiñaba otro, y algunas veces hasta ambos.

—Mercedes, dijo Anita, tirando con el pulgar y el índice, de la falda del lujoso traje de su hermana. Allí está Guillermo, no aparta la vista de María Teresa.

—Es mucha mujer para él, dijo Mercedes observándole.

—¿Por qué? preguntó Lupe.

—Está esperando que el más poderoso príncipe de la tierra, rendido de amor venga á pedir su mano.

El Lic. Cortés saludó con la mayor finura posible á María Teresa y contentose con verla de lejos, pues notó que las miradas de la arrogante rubia y de Guillermo se encontraban constantemente. Reservó en lo íntimo de su pecho su despiadada venganza y dedicose por entero á ob sequiar al Gobernador. Habíase á las diez servido nieve á la concurrencia, ahora iba

á servírsele "champagne." Oyese el trueno del tapón de la primera botella abierta, y los jóvenes apresúranse á servir de escanciadores. Ernesto ofrece la primera copa al Gobernador, quien galantemente dice que se sirva primero á las señoras, y él mismo acompaña á uno de los grupos que se esparcen por el salón para obsequiar á los concurrentes.

Alfonso acércase á Lupe, coge de la charola de plata una de las copas llenas y le suplica que la tome, y volviéndose á Doña María, á Mercedes y á Anita les dice:

—Ustedes tendrán la bondad de acompañarla, y diólés una copa á cada una, Anita fué la primera en dar las gracias.

—Buena salud, dijo Lupe, dirigiéndose á Mercedes y á Anita y chocando la copa contra la de éstas, y luego también contra la de Alfonso, apuró el "champagne" sin siquiera mirar al joven.

—Gracias, dijo Alfonso suspirando y retiróse.

—¿No tradujo usted ese suspiro? preguntó Mercedes á Lupe.

—No.

—Pues yo sí.

Lupe guardó silencio.

—Mercedes, dijo Anita; quién es

aquél señor de anteojos que platica con el Gobernador?

—Don Germán, un abogado notable, según dicen; pero muy avaro.

El Lic. Cortés al lado del Gobernador, con la copa en la mano y rodeado de varios de los concurrentes, pronunciaba un brindis, en que cada palabra era una lisonja para el gobernante, que no hacía más que sonreírse, pues tan grande es el poder de la adulación, que aún á los hombres de juicio y de talento arranca una sonrisa de placer. Lo saben bien los aduladores y aprovechan á las mil maravillas este conocimiento.

Pimpollo fué el primero en aplaudir á Ernesto, y éste, agradecido, ó quizá por decir algo comprometió al joven á que brindara por el Gobernador. El pobre de Pimpollo, que en presencia de su Lola solía ser locuaz y hasta chispeante, y que delante de sus amigos algunas veces no carecía de elocuencia, sintióse turbadísimo. ¿Qué iba él á decir á un Gobernador? pero no había excusa posible, era necesario decir algo, y después de gesticular y tragar saliva, levantó en alto la copa:

—Brindo, dijo, por el digno Gobernador del Estado, á quien todos queremos mucho, mucho..... muchísimo; y es

tan cierto que yo soy su sincero admirador, como es verdad que en este solemne momento le tiendo mi mano derecha. Dijo Pimpollo y tendió la mano izquierda, pues en la derecha sostenía la copa que apuró luego, mientras reían en coro los circunstantes, con excepción del Gobernador que conservó toda su gravedad.

—Lupe, preguntó Anita; ¿pasan mañana por su casa los carros alegóricos?

—No, dijo Mercedes, por la nuestra, que es la de ustedes, sí pasan. Tendremos el gusto de que los vayan á ver ustedes allá.

—Sí, sí, dijo Anita; pues es imposible que dejen ustedes de verlos. Las esperamos.

—Gracias, con gusto iremos.

—Vámonos, mamá. Guillermo se despidió ya; con él venimos y es seguro que viene ya por nosotras.

—Buenas noches, dijeron Doña María y Lupe, despidiéndose de las Minjares.

En esos momentos, Guillermo, que había hablado mucho con María Teresa, se despedía de ella. El semblante del joven irradiaba de alegría y brillaban sus ojos como si el fuego del corazón se derramara por ellos.

—¿Qué pasa? ¿qué tiene usted? preguntó Lupe.

—¡María Teresa me ha correspondido!

IX.

La "kermesse" preparada en la Alameda por la Junta Patriótica para la tarde y noche del 16 de Septiembre, está en su apogeo. Bajo la frondosa copa de los fresnos elévanse, artísticamente compuestos é iluminados por torrentes de luz, los puestos destinados á las vendedoras. Una de las fuentes ha servido para formar con musgo, rosas y follaje, un enorme cesto: en su fondo, y entre montones de preciosos ramilletes, están cuatro elegantes jóvenes vestidas de color de rosa, y entre las cuales, sobresale Lupe: en la otra fuente álzase un kiosco japonés, decorado con pinturas orientales y muebles de "bambú," es el puesto del "confetti" á cargo de Lolita y otras guapas señoritas vestidas de colores varios. Otro grupo de jóvenes, entre las cuales se halla María Teresa, todas vestidas de blanco, y con lujosos delantales, hállanse en la nevería. La cantina, bien provista de vinos y licores, está á cargo de Mercedes y algunas amigas suyas, todas vestidas de azul. Concha háse trocado en banquera, y Anita, que henchida de júbilo acaba de dejar el lozano campo de la pubertad para entrar en la

florida frontera de la juventud, hace su estreno de señorita en compañía de otras de su edad, trocada en gendarme que conducirá á la cárcel á los pollos tercos ó poco obsequiosos, ó que por lo menos tengan el imperdonable delito de ser guapos. La cárcel es una torre con ventanilla de rejas y en la cúspide abre las grandes alas un buho colosal de ojos de fuego. La entrada muestra en negros guarismos el fatal número 13. La lotería ó "tómbola," como se dice ahora robando sin necesidad al italiano, está encargada á aristocráticas damas; descúbrese entre ellas la nevada cabeza de Doña Carmen, donde esplenden los brillantes como los reverberos del sol en la nevada cima de las montañas. Bandadas de chicuelas, alegres y parleras, con canastillos de flores colgados al brazo, acechan á los jóvenes ó á los ricos de edad madura, rodeándolos, y con ladina algarabía, como abejas en torno de la flor que guarda en su cáliz rica miel, ofrécenles con instancia y á subido precio, gardenias, camelias y orquídeas. El puesto del atole de leche y tamales fué encomendado á varias señoritas, entre las cuales distínguese Toña, una joven rechoncha y rozagante, de eterna sonrisa y vivarachos ojos. Sobre el dintel de la puerta de este último puesto háse fijado un

rótulo que dice: "Santa Anita," aunque no hay ni agua ni lanchas como en el célebre paseo de la capital de la República.

Escúchase sin cesar el rumor de la fiesta, y la vista se desvanece ante aquel variado conjunto; de la movible multitud que hinche el paseo y en continuo movimiento da vueltas por las calles de la Alameda, por un lado el bello sexo, y por el otro el feo, en dirección contraria á la de aquél, ambos en apretada columna, despréndense grupos que cruzan en todas direcciones é invaden los puestos. Aquí va erguida y arrogante la aristocrática señora luciendo sus mejores galas y su traje cortado conforme á la última moda de París; allá la pollita cursi que lucha en vano por igualarse con las elegantes; acullá la improvisada rica que antaño portaba airosa la humilde falda, y hogaño hállase atrojada y molesta bajo el apretado traje de fina tela, y quiere con afectados movimientos imitar el gentil donaire que no se compra con oro sino que viene desde la cuna. Aquí va con paso grave y majestuoso el letrado de luenga levita y sombrero de seda, apoyado siempre en el bastón como si fuera ya parte de su cuerpo; allá el joven risueño y juguetón para quien la vida es un jardín de lozanía y fragancia perennes; acullá

el arrogante charro de angosto pantalón con botonadura de plata, y de fino y galoneado sombrero ancho, caído hacia atrás.

Las batallas de "confetti," sucédense sin interrupción por todas partes, y las músicas de cuerda de los puestos túrnanse con la banda del municipio, y el pueblo todo únese al regocijo general.

En el puesto japonés aumenta repentinamente la algarabía, y óyense en intervalos los guerreros gritos. Los rusos y los japoneses han trabado descomunal batalla. Los japoneses son las lindas vendedoras, capitaneadas por Lolita, que han retado á los jóvenes compradores apostrofándolos con el epíteto de feroces cosacos. Pimpollo, que aunque nada tiene de cosaco, empezó á pelear con brío, en una imprudente abierta de boca, introdújosele tal cantidad de proyectiles, que perdió completamente el uso de la palabra. Reían estrepitosamente las japonesas; los rusos agotaron las municiones y huyeron; Pimpollo fué hecho prisionero, y sin misericordia entregado por Lolita al gendarme, para que le condujera á la cárcel.

—Marche vd. al número 13, dijo Anita cuadrándose ante el prisionero, y llevándose la diestra á la boca, hizo ademán de

atusarse un bigote del que no existía ni pizca.

—¿Y qué hay en el número 13?

—Una lechuza muy fea, capaz de devorar á todos los Pimpollos presentes, pasados y futuros.

—¡Huy, qué miedo!

—¡Cuidado con el cosaco! gritaron los demás femeninos gendarmes, rodeándole.

—No voy á la cárcel.

—¿Dice vd. que no va? Veremos.

Pimpollo quiso huir, pero las listas pollitas asiéronle de los brazos y condujéronle á la cárcel. Antes de entregar al reo, le detuvieron un momento cerca de la puerta para mostrarle la fatídica ave de ígneos ojos y encorvado pico. Encerraron al prisionero, encargaron al centinela la eficaz vigilancia, y riendo alegremente, se diseminaron por el paseo en busca de nuevos reos.

Los jóvenes salen de unos puestos y entran á otros: ora invitan á las señoritas de la nevería á tomar atole de leche y tamales, ora á las de este puesto á visitar los otros. Guillermo y Alfonso entraron á la nevería y después de una ligera escaramuza de "confetti," pidieron helados. María Teresa apresuróse á servirles, sonriente. Las miradas de Guillermo y de la joven se cruzaron sin cesar.

—¿No nos acompaña usted? le preguntó Guillermo.

—Estaré un momento con ustedes, pero no tomo nada porque ya tomé.

—¿Ha estado usted contenta?

—Sí, y ahora estoy más.

María Teresa miró con ternura á Guillermo, éste sintió latir con violencia el corazón; un fluido misterioso corría por sus venas, infundiéndole exquisita dulzura.

—¡María Teresa, María Teresa! gritaron las vendedoras. Ven á ayudarnos.

—¡Allá voy, allá voy!

En aquel instante varios jóvenes entraron á la nevería y llenaron todos los asientos vacíos.

—Dejo á usted, Guillermo, los parroquianos son muchos, y todos quieren que yo les sirva, dijo la gentil rubia con coquetería.

—Y tienen razón; pero ¿volverá usted?

—Sí.

—Invito á usted para que visitemos los otros puestos.

—Yo quiero ir al puesto de las flores, dijo Alfonso.

—Vuelvo, repuso María Teresa, corriendo á servir á los parroquianos entre los cuales estaban Ernesto y Perico.

Ernesto taciturno y mal humorado observaba de reojo á Guillermo; el adusto ceño del abogado suavizóse un tanto al dirigirse á él María Teresa.

—Buenas tardes, Ernesto, díjole sonriendo y tendiéndole la mano. Saludó después á Perico con una ligera inclinación de cabeza; ¿qué toman ustedes? Hay nieve de limón, fresa, piña, mamey; mantecado de vainilla y de canela.

—Lo que usted guste, María Teresa, servido por usted todo es bueno.

—Pero no sé lo que á ustedes agrada.

—Dice bien Ernesto, murmuró Perico. Nos gusta lo que usted traiga.

—Entonces voy á traer á usted nieve de fresa.

—¡Magnífico!

Ernesto atusándose el bigote veía de soslayo á Guillermo.

—Eh, ¿qué mosco te ha picado? preguntó Perico. Estás sombrío.

—Aquel empleadillo, dijo el abogado en voz baja, me revuelve el estómago.

—¿Quién, Guillermo? Entre él y tú no hay competencia posible. ¿No ves cuán afable está contigo la angelical rubia?

—Aquí está la nieve de fresa, dijo María Teresa.

—Gracias, repuso el Lic. Cortés, y usted, ¿no nos acompaña?

—¡Ernesto, por Dios! Si voy á acompañar á todos los que vengan á tomar nieve, ¿qué va á ser de mí?

—¡María Teresa, María Teresa! gritaron varias voces femeninas.

—Voy, voy. Con el permiso.

Pimpollo, puesto en absoluta libertad, mediante el pago de la multa impuesta por la inflexible autoridad femenina, había vengádose de su Lola invitándola á tomar tamales; de paso por la cantina convidaron á Mercedes para que los acompañara, pues el excosaco temió sentir en las espaldas el bastón de su futuro suegro si le encontraba solo con aquel hacesillo de nervios. Para Pimpollo era Don Leandro Jiménez un terrible anarquista.

Al entrar al puesto de los tamales, Lola, señalando al joven y abriendo y cerrando el ojo derecho, dijo á Toña:

—Presento á usted al más tierno de los Pimpollos.

—Que viene en medio de dos hermo sas flores, dijo Toña riendo.

—Gracias.

—Servidor de usted, señorita.

—¿Qué sirvo á ustedes? Hay un atole tan bueno que es para alabar á Dios;

tamales de azúcar, de chile verde y chile colorado, de picadillo, coco y elote.

—Un platillo abundante y surtido, y atole, por supuesto, dijo Pimpollo.

Sentáronse á la mesa, la simpática Toña, sin dejar de sonreírse, mostraba en cada mejilla un gracioso hoyuelo, remolino donde tal vez habíase hundido más de un corazón.

Toña colocó unos jarritos de barro, chicos, anchos, vidriados, de color entre amarillo y café, con dibujos de toscos ramos al rededor, llenos de hirviente y blanco líquido; pero antes de colocarlos, brillando en sus ojos una picaresca mirada, escogió entre muchos el que había de poner á Pimpollo. Colocó también en la mesa de los parroquianos un plato con un montón de tamales humeantes aún.

Pimpollo lanzó un grito de júbilo al fijarse en el jarrito que tenía enfrente. En el centro un imperfecto óvalo formado con una línea verde pálido en caracteres del mismo grueso y casi sin perfiles, leíase este nombre: "Lolita."

—Este jarro, dijo á Toña, vale un potosí.

—¿Por qué? replicó Toña remolineando los hoyuelos de sus mejillas.

—Por la marca que tiene.

Las tres jóvenes rieron de buena gana, y Pimpollo acercó un platón, quitó con los cubiertos las hojas de maíz que bien dobladas cubrían el apetitoso manjar nacional. Tarea, que en honor de la verdad, desempeñó á maravilla. A medida que la blanca masa salía de su envoltorio, caliente aún, la servía en los respectivos platos, y cada bocado era seguido de un sorbo del magnífico atole.

—Venimos á visitar á esas lindas ramilleteras, dijo Alfonso llegando con su hermana y Guillermo al puesto donde estaba Lupe.

—Bien venidos sean ustedes.

María Teresa y Lupe se saludaron cariñosamente, besándose en ambas mejillas.

—Un ramillete, un ramillete, dijeron varias voces dirigiéndose á los jóvenes.

—¿Cuál es el más hermoso? preguntó Guillermo.

—Este.

—Este.

—No señor, este.

Guillermo tomó el que le pareció más bonito, lo regaló á María Teresa y dió á la vendedora un billete de veinte pesos.

—¿Doy á usted el cambio? le preguntó ésta.

—No, señorita.

—Gracias.

—Vamos á visitar los puestos. ¿Nos acompaña usted, Lupe?

—¿Y los marchantes?

—Vé, dijéronle á Lupe sus compañeras por muchos que sean los compradores; atenderemos á todos.

Lupe no sabía en ese momento si quería ir ó quedarse, y estuvo perpleja.

—Vamos, le dijo María Teresa.

—Vamos, contestó y aceptó el brazo que le ofrecía Alfonso, mientras que Guillermo daba el suyo á María Teresa.

—¡Qué hermoso me parece el mundo, qué atractiva la vida! dijo Guillermo á su amada. No cabe duda que al calor del cariño resplandecen todos los objetos que nos rodean.

—También yo estoy muy contenta.

—¿Y me amará usted siempre?

—Sí, siempre.

—¿Mucho?

—Con toda mi alma.

Guillermo inclinó la cabeza al peso de la felicidad y la pasión. En aquel momento hubiera jurado que la dicha existía sobre la tierra. Consideraba entonces á los que murmuraban siempre del mundo y

de los mundanos, misántropos ó egoístas. Sobre todo, no podía comprender que hubiese quien maldijera á la mujer, que para él, en aquella hora de éxtasis, era henchida copa de inefables delicias.

—Voy á pedirle á usted un favor, dijo el joven á la rubia, cuya natural belleza aumentaba la misteriosa luz que ardía en sus ojos, y el encendido carmín que coloreaba sus mejillas.

—Sí, ¿cuál?

—Que nos tuteemos.

—Concedido; pero no delante de los demás.

—Lupe, decía Alfonso á la espiritual morena, es usted muy cruel.

—¿Por qué?

—¡Amar con todo el humano esfuerzo, soñar con inefables delicias, ofrecer á usted cuanto ofrecerle puedo, y ver hollado ese amor, evaporadas las ilusiones, despreciada la generosidad, es un dolor tan hondo, que no dudo conduzca al martirio ó á la desesperación.

De los resplandecientes ojos de Lupe brotaron las lágrimas; demasiado sabía ella cuánta verdad encerraban las palabras de Alfonso; los dulces rumores del amoroso dúo que cantaban Guillermo y María Teresa llegaban á sus oídos como ecos de un lejano edén, para ella cerrado

con enorme puerta de hierro. Miró á Alfonso con infinita tristeza, y maquinalmente, como respondiendo á la voz de su corazón, contestó:

—Pues bien, seamos mártires.

Alfonso se quedó pensativo.

—Seamos mártires, repetía. ¿Qué significa ésto? Luego ella sufre.

Iba á interpelar á la joven, cuando interrumpióle la voz de Concha.

—Helos allí, cantan el cuarteto de las "Hijas de Eva."

Ernesto volvió el rostro para mirar á las dos parejas.

—Ea, Alfonso, ni siquiera te dignas vernos.

El único objeto de Ernesto era interrumpir el amoroso coloquio de Guillermo y María Teresa; pero estos nada oyeron. En aquellos momentos vivían en otro mundo, y continuaron su marcha, lo que visto por Ernesto fuese tras ellos sin siquiera esperar respuesta de Alfonso.

—¿Qué tiene Ernesto, Conchita? preguntó Alfonso.

—Anda mohino, porque..... porque.....; y la banquera, á pesar de que era poco risueña, soltó una carcajada. Que se lo diga á usted Lupe, agregó. Esta dirigió á Alfonso una imperiosa mirada, como si

le dijera: Vámonos, no quiero estar donde está Concha. El joven la comprendió.

—Vamos, señorita banquera, cámbieme usted este billete, dijo Alfonso.

Concha, poniendo la adusta cara de un banquero de verdad, tomó el billete y dió al joven varios cartoncitos cuadrados, azules, impresos por el anverso con la fecha de la fiesta, y grabados por el reverso con el sello de la Junta Patriótica.

El Lic. Cortés marchaba á pocos pasos de distancia de la enamorada pareja, y aunque nada oía, espiaba todos sus movimientos.

Guillermo y María Teresa detuviéronse á la puerta de la lotería, esperando para entrar, que el salón se despejara. La rubia, cuya hermosura realzaba la emoción, quitóse un prendedor con el retrato de Hidalgo con un lazo tricolor que sobre el pecho traía y era el distintivo de las vendedoras de nieve, y prendiéndolo en la solapa de la levita de Guillermo, le dijo con dulzura:

—Para que te acuerdes de este día.

—Gracias, murmuró Guillermo emocionado, y estrechó cariñoso la mano de María Teresa.

El represado furor del Lic. Cortés estuvo á punto de desbordarse; necesitó desesperados esfuerzos para contenerlo, pe-

ro casi ahogóle el rabioso rugido que no pudo salir por la boca.

Cuando un ardiente anhelo se estrella contra el desengaño, el corazón del bueno sufre, pero se resigna y aquilata su bondad; el del perverso se desespera y se hunde en el infernal abismo de la venganza. Ernesto juró vengarse. En aquellos instantes el odio que le inspiraba Guillermo, azotábale el corazón con candentes varillas de hierro

Alfonso y Lupe juntáronse con Guillermo y María Teresa y entraron todos al salón de la lotería. Ernesto quedóse fuera, dando vueltas, preocupado é inquieto, y de vez en cuando se asomaba á la puerta lanzando furibundas miradas sobre los felices novios.

Mientras Guillermo pedía tablas, sentábanse frente á ellos Lola, Mercedes y Pimpollo.

—¿Qué tal, qué tal? gritó éste á sus vecinos, ¿se han divertido ustedes mucho?

—Hemos estado muy contentas, repuso María Teresa; ¿y ustedes?

—También.

—Ya se conoce, murmuró maliciosamente Mercedes.

Lola guiñó un ojo á la linda rubia.

—Vamos, Lolita, exclamó Pimpollo, elija usted tablas.

—Esta.

—Tome usted otra.

—Esta otra.

—Faltan sólo dos tablas, ¿quién las quiere? dijo el que corría los números. Son de á veinticinco centavos.

—Tráigalas usted.

—¡Cooooooorre! dijo el gritador agitando con la mano la caja que contenía los números.

—Ciiiiinco.... Sesenta..... en donde hasta los ratones caen....

—Aguarde usted, aguarde usted, interrumpió Pimpollo. ¿Qué es eso?

—El cuatro, hombre, dijo Lola; ya se lo apunto á usted, y colocó un grano de maíz sobre el cuatro de la tabla de Pimpollo.

—Veintinueve.... El año de la constitución.

—¿Qué? dijo Pimpollo.

—No lo tiene usted, adelante, contestó Lola.

—Cuando vinieron los americanos.

—Pero este hombre no conoce los números. ¡Vaya un modo de gritar!, murmuró otra vez Pimpollo.

Los concurrentes, con la vista fija en las tablas, estaban silenciosos. De vez en

cuando oíanse las voces: ambo, terno, cuaterno.

—Treeeeeeece, dijo el gritador, y Pimpollo dió un salto, y exclamó á voz en grito:

—¡Loteriiiiiiiía!

El voceador, después de revisar la tabla y confrontar los números con las fichas, dijo:

—Es buena.

—Buena suerte, Pimpollo, díjole Alfonso.

—La buena suerte no es de Pimpollo, sino de Lolita, repuso maliciosamente Mercedes.

Una de las elegantes damas presentó á Pimpollo un primoroso álbum para tarjetas postales, que, según lo había previsto Mercedes, pasó luego á manos de Lola.

Hacía rato que los jóvenes divertíanse en la lotería, cuando se presentó una guapa niña, vestida de corto: era la repartidora de mensajes, y puso uno en manos de Pimpollo, no sin cobrarle antes el precio. El joven miró el sobre y leyó: Para Pimpollo. Urgente.

—¿Quién le escribe á usted?, interrogó Lola.

Pimpollo, olvidando que en aquel día el telégrafo de la fiesta estaba á disposi-

ción de todos, creyó que su Lola, que tanto le quería, estaba celosa, y para darle cumplida satisfacción, puso, sin abrirlo, el telegrama, en sus manos. Lola leyó en voz alta:

"Señor Pimpollo: Invito á usted á mi próxima boda con Lolita Jiménez.

Tompson."

Pimpollo no pudo hablar; abrió desmesuradamente la boca, mientras los demás reían.

El mismo mensajero había entregado á Ernesto el siguiente telegrama:

"Guillermo y María Teresa invitan á usted á su próximo enlace.

Guillermo."

El público rumor unánimemente atribuyó á Concha tales mensajes; pero Ernesto, predispuesto ya contra Guillermo, no dudó que éste fuese el autor de aquella burla, y una vez más se decidió á perderle.

Paulatinamente fuése apagando el ruido de la fiesta; las calles de la Alameda quedaron desiertas, el suelo cubierto de "confetti" y destrozados los frondosos rosales.

X.

Don Antonio Sifuentes está lívido de cólera: enarcadas las cejas, rugoso el ceño, la mirada arde con fulgor siniestro. Da vueltas con desiguales pasos en su cuarto, donde ordinariamente trata los asuntos reservados, y el cual hállase contiguo al despacho con el que se comunica por una puerta que generalmente está cerrada; pero tiene otra que dá al corredor de la planta baja.

Alfonso, en pie, pálido, trémulo, con la vista baja y los brazos cruzados, está frente á su padre.

—Había puesto en tí, dícele Don Antonio con temblorosa voz, todas mis esperanzas. Mañana, pensaba, cuando me toque el turno de pagar mi tributo á la muerte, Alfonso continuará mi obra, y mi esposa y mi hija, aunque heridas en sus naturales afectos, verán en mi hijo, no sólo la imagen, sino el alma de su padre. ¡Insensato de mí que tales ilusiones me forjé!

Don Antonio ahoga un grito de rabia y de dolor. El estrecho recinto de la estancia parece recoger y reproducir las solemnes palabras de un padre airado. El acento de un padre es grave cuando en

seña, tierno cuando aconseja y tremebundo é imponente cuando reprende. Alfonso está anonadado y con débil voz murmura apenas:

—¡Padre!

—No mientas, ni te disculpes, porque sé la verdad y nada tienes en tu abono que atenúe tu falta. Antes de llamarte á mi presencia he averiguado pormenorizadamente cuanto necesitaba saber: tiempo há, que llevas una vida de crápula y de escándalos. Muchas veces has jugado en compañía de tahures empedernidos y tramposos, que aprovechándose de tu ignorancia y de tu embriaguez, te han robado miserablemente. Perdiste primero cuanto yo te daba; después, abusando de la confianza en tí depositada, has abierto la caja y has robado á tu propio padre. Y si hoy has dispuesto de una cantidad relativamente fuerte, pero que no me hace falta para el sostén y desarrollo de mis negocios, mañana, si de tí me fío, me hundirás en la ruina á mí y á toda mi familia.

—¡Padre, perdón!

—Has manchado el limpio nombre de los Sifuentes; has dado pábulo á mis enemigos, que aumentan á medida que, como recompensa de mi trabajo, aumenta mi fortuna, para que en continuas murmu-

raciones me acusen de débil y consentidor; pero se engañan miserablemente, y te engañas tú, si juzgas, necio, que voy á tolerar tus desmanes, tus vicios, tus crímenes No oiré la voz de la sangre, aunque desaforada me grite, y si reincides en tus pasadas culpas, olvidaré para siempre que soy tu padre, y sentirás sobre tí todo el rigor de mi castigo.

—¡ Padre, perdón!

—Vete de mi presencia; mi casa es tu prisión, mientras resuelvo el castigo que debo imponerte.

Alfonso quiso arrojarse á los pies de su padre; pero contúvole la severa é imponente actitud de éste, y se retiró del cuarto, sollozando. Maquinalmene subió la escalera y en el extremo de ella encontró á Doña Carmen, cuyos labios temblaban por la emoción, y cuyo rostro desencajado revelaba infinita angustia.

—¡ Hijo mío, hijo mío, todo lo he oído! y desfallecida abrazó á su hijo, confundiéndose aquellas almas en un mismo inmenso dolor.

Minutos después, la afligida madre, teniendo entre sus manos las de su hijo, le decía con ternura:

—Hijo mío, mi Alfonso; tú serás bueno. Si has dado este dolor á tu padre, y has abierto en mi corazón una herida que

no cicatrizará jamás, tengo yo á lo menos la confianza de que volverás sobre tus pasos. No, no es posible que quieras matarme á pesares; que olvides el cariño, la ternura que para tí he tenido.

¿Qué, no ves que vivo en tí, que quien te hiere á tí me hiere á mí en la mitad del corazón? ¿Qué quieres, qué deseas para ser bueno? Estoy dispuesta á todos los sacrificios por tu felicidad.

—¡Mamá! dijo Alfonso hondamente conmovido, quiero morirme. Soy un móns truo.

—Alfonso, no me hagas sufrir más. El calor del hogar es para las almas marchitas, como el sol para los campos. Vivirás con nosotros, yo estaré á tu lado; trabajarás, y cuando Antonio te vea regenerado, te perdonará y aún te querrá más que antes. Yo también te querré más, si es posible; pues serás hijo de los dolores de mi alma.

—Sí, sí, dijo Alfonso, reanimado por aquella dulce voz que derramaba exquisito bálsamo en la herida que acababa de recibir; pero pasó luego aquella luminosa intermitencia.

—¡Ah, nó! repuso. Conozco á mi padre. su carácter es inflexible con todos

—Pero se trata de tí, Alfonso; de su

hijo. Te perdonará cuando te vea honrado y trabajador.

—¡Trabajador! Mama: si yo no sé trabajar en nada. Si no me han enseñado á trabajar.

Doña Carmen, con el asombro pintado con expresión vivísima en el rostro, miró á su hijo; luego, dejando caer anonadada la cabeza, murmuró:

—¡Es verdad!

La dicha había arrullado aquel corazón tan tierno y dulce, y Doña Carmen, embriagada por ella, no había visto jamás el abismo que inconscientemente acababa de mostrarle Alfonso. Con la intuición maternal midió el peligro, y tembló de pavor.

—Cuán caro pago mi irreflexión, y tu padre su punible negligencia! dijo llorando. Creí insensata, que con el amor todo lo tenía, y Antonio todo lo cifró en la riqueza; y hé aquí que ni aquel ni ésta, tienen poder para salvar el fruto de mis entrañas.

—Sí, ¡mamá!, el amor sí lo tiene: por tí, únicamente por tí, voy á ser bueno. Diciendo esto levantóse, abrazó á su madre y la cubrió de besos

Doña Carmen sintió el calor vivificante de aquel sincero cariño y en sus ojos brilló espléndida la luz de la esperanza.

—Eres amante, hijo mío, díjole casi alborozada: y forzósamente tienes que ser bueno. Si el amor sincero y la perversidad no pueden vivir en un mismo pecho:

Aquella noche no pudo Alfonso conciliar el sueño; indecible amargura empapaba su corazón. La voz de su padre vibraba aún aterradora en los oídos del joven, y el recuerdo de sus faltas parecía haberse estereotipado en su imaginación. Ora veía el atrevido semblante de Estéban: ora la cínica sonrisa de Lorenzo: ora el hinchado rostro de Perico. Ya oía el sonido de las copas de los brindadores al chocar unas contra otras; ya los dicharachos de los tahures. Las cartas de la baraja pasaban ante su vista una tras otra, y de vez en cuando las sonrientes imágenes de su madre y de Lupe, que derramaban el bálsamo de misericordia en un lugar de indecibles tormentos.

—¡Ah, yo sería otro con Lupe! exclamaba. Ella me enseñaría á trabajar y á ser bueno. Mas ella no me quiere, y lo que es peor aún; quizá ame á otro.

Algunas veces Alfonso sentía miedo. entonces pensaba en Dios y le invocaba desde el fondo de su corazón.

Revolvíase en la cama, consumía cigarros uno tras otro. Por un momento pen-

só en embriagarse; pero desechó tal idea horrorizado de ella por la primera vez en su vida. Ya entraban las luminosas ondas del alba por las hendeduras de la puerta de la alcoba de Alfonso, cuando logró dormirse; pero su sueño fué agitado por las pesadillas, y frecuentemente despertábanle sus propios gritos.

Cerca de medio día levantóse algo repuesto: los aterradores fantasmas habían desaparecido como si huyeran de la luz, y hasta los buenos propósitos que en globo formó habíanse debilitado. No obstante, sentíase resuelto á cambiar de vida.

Después de haberse desayunado, meditaba con calma ya las resoluciones que debía tomar. Se casaría con Lupe, pues nunca había perdido la esperanza de obtener la mano de la encantadora morena; estableceríase en el comercio aprovechando las buenas relaciones de Don Antonio; no volvería á jugar nunca ni á desordenarse en lo más leve.

Apenas acababa de formarse tales resoluciones, cuando Doña Carmen, que mostraba en la apacible faz las huellas del sufrimiento y del insomnio, entró en el cuarto de su hijo; éste la saludó afectuosamente y le besó las mejillas.

—He pensado en tí toda la noche, hijo mío. Creo que hasta estoy enferma.

—Y yo en tí, mamá. Es la noche más horrible de toda mi vida; y una de las cosas que más me entristece. es haberte afligido.

—Pero no me afligirás más.

—No. mamá. Tú dices, y yo también lo creo, que el hogar es baluarte contra las acechanzas de las pasiones; pues bien, formaré un hogar, en él colocaré un ángel que lo alegre con su presencia, lo cimente con sus virtudes y lo encante con su amor Trabajaré mucho, mucho, con todas mis fuerzas, y de lo primero que gane iré abonando á papá el dinero de que dispuse.

—¿Qué dices?

—Que quiero casarme y establecerme. y olvidar para siempre las tonterías que he hecho.

—¿Casarte? ¿Y con quién?

—Voy á confiarte todo, voy á abrirte mi corazón, ¿quién más digna que tú, de mirar cuanto pasa en él?

—Habla, hijo mío, quiero que mi pecho sea el santuario de tus secretos y el bálsamo de tus heridas.

—Tú conoces á Lupe Figueroa, más de una vez te he oído tributarle los más calurosos elogios. Yo, desde que la conocí, me impresioné mucho; aquella primera impresión fué poco á poco ahondándose

en mi alma, y hoy, de tal manera la imagen de esa jóven está impresa en mi corazón, que juzgo imposible olvidarla. Le he hablado de mi cariño, de mis ilusiones, de mi felicidad, y aunque con exquisita finura ha rechazado mi amor, no me abandona ni me abandonará la esperanza. Quizá ella, que tiene singular talento, ha adivinado mis extravíos y por eso me rechaza; pero quizá me abrirá los brazos, cuando me vea trabajador, honrado, virtuoso.

Doña Carmen escuchaba con placer á su hijo, sin perder ni una sola de sus palabras, y la luz de la alegría brilló en los desmayados ojos de la bondadosa dama. Tenía tan alto concepto del hogar, que siempre lo había considerado como seguro puerto de las almas contra las tempestades de las pasiones.

—¡Ah! exclamó con entusiasmo: si Lupe fuese tu esposa, mi regocijo sería inmenso; hallarías en ella, no sólo una digna esposa, sino otro ángel de tu guarda que te apartara para siempre del camino del vicio.

—Lo creo, mamá, lo creo, dijo Alfonso con fuego; pero ¿qué hago para obtener su amor?

—Ser constante y esperar. Hablaré á Antonio de tus proyectos, le diré cuán

arrepentido estás del disgusto que le has dado; bien sabes que tu papá, aunque de enérgico é iracible carácter, tiene un corazón de oro, él te perdonará y recobrarás, hijo mío, el consuelo y la dicha.

Aquella misma noche tuvieron Don Antonio y su esposa una larga conferencia.

—Ha hecho mal Alfonso, decía Doña Carmen; pero es preciso convenir en que nosotros hemos descuidado la educación de nuestro hijo. No le hemos enseñado á amar á Dios y al trabajo. Tú, casi ahogado en el cúmulo de tus negocios, y yo, extasiada con la felicidad de que me has rodeado, no pensamos jamás que el primero de nuestros deberes era formar el corazón de nuestros hijos.

—No les hemos dado mal ejemplo.

—Es verdad, gracias á Dios; pero es necesario, además, llevar de la mano á esos seres débiles, mientras no pueden andar solos.

—Jamás me habías hablado como me hablas hoy.

—El dolor ha dado á mi vista la penetración y alcance que no pudo darle el amor.

Don Antonio quedóse largo rato pensativo: las palabras de su esposa habían-

le impresionado hondamente. Doña Carmen lo comprendió.

—Y bien, ¿qué quieres que haga?

—Primero, que perdones á Alfonso, y después, que le des trabajo.

—Le doy mi perdón; pero no quiero, ni puedo, ni debo devolverle mi confianza.

—Tu perdón me basta por ahora; su arrepentimiento y buena conducta le granjearán lo demás.

—¡Dios lo quiera!

—Pero ¿qué va á hacer Alfonso encerrado aquí y sin trabajar?

—Irá á trabajar de meritorio á la casa donde le mande.

La madre creía sinceramente en la enmienda de su hijo, el padre desconfiaba; pero ambos se forjaban ilusiones y los consoló la esperanza.

XI

La dulce melancolía de Lupe, si algo marchita la frescura de su rostro, realza las virtudes y fortalece el carácter de la joven. Casi ha perdido la esperanza. ¿Qué va ella, pobrecita, á turbar tanta felicidad? Antes pedía á Dios, con el fer-

vor de una alma enamorada, que la quisiera Guillermo; hoy sólo le pide que le dé resignación y fortaleza; y ha llegado su abnegación hasta pedirle por la ventura de los novios

Alfonso no era antipático á Lupe, pero tampoco había sentido por él especial afecto, y estaba segura de que no lo sentiría. Guillermo era su primero y único amor, y hubiera afirmado, ante la presencia de Dios mismo, que no había sobre la tierra un hombre que igualara á Guillermo. ¿Cómo había de querer á otro? ¿Por qué, pues, á Doña María le gustaba para esposo de su hija, otro que no era Guillermo? Doña María pensaba que su hija no había sentido aún las fuertes impresiones del amor. Jamás le hubiera hablado de Alfonso si ella hubiera sabido que Lupe amaba á Guillermo; más no, no lo sabrían nunca, ni ella, ni Guillermo, éste menos que nadie. En esto pensaba Lupe, mientras el ganchito movíase rápido en sus manos y trocaba las hebras de hilaza en círculos con una estrella realzada en el centro; de vez en cuando, la joven veía á su madre que, junto á ella leía, sentada en cómodo sillón. Doña María cerró el libro y se quedó contemplando á su hija.

—¿En qué piensas, mamá?

—En tu felicidad.

—No somos desgraciadas. Es cierto que desde la muerte de mi padre hay un vacío en casa; pero me parece que su sombra paternal vela por nosotras. Yo, como si le tuviera cerca de mí, hablo con él todas las noches.

—¿Y qué le dices?

—Que nos cuide desde el cielo; que te dé paz y alegría, y á mí.... pues.... y á mí.... que se cumpla en mí la voluntad de Dios.

—¡Ay, hija mía! el día que yo te falte, y presiento que ha de ser pronto, te quedarás sola en el mundo.

—Dios no falta á nadie.

—Es verdad; pero quiere que seamos previsoras. Quizá tienes ahora una buena aportunidad de asegurar tu porvenir, oportunidad que en lo futuro puede no presentarse tal vez.

—¿Lo dices por Alfonso?

—Precisamente por él lo digo.

—Bien, mamá; estaba enteramente resuelta á no corresponder á su amor; pero, por tí, únicamente por tí lo pensaré.

—Yo represento, hija mía, para tí, la autoridad de Dios sobre la tierra: has sido siempre dócil, amante, buena, y una vez más te bendigo en el nombre del Se-

ñor; y de su parte te prometo la felicidad en el tiempo, en cuanto es posible obtenerla en esta tierra de donde por providencia de Dios está casi siempre desterrada. y sobre todo. la perdurable felicidad en la verdadera vida cuya entrada es el sepulcro.

En ese momento, Paula anunció una visita.

—¿Quien es? le preguntaron á la vez Doña María y Lupe.

—Doña Carmen ha preguntado por usted.

—¿Por mí? interrogó Lupe.

—No, por la señora su mamá.

—Entonces vaya usted, mamá; yo iré á saludarla después. Mientras me pondré otro traje y me arreglaré un poco el peinado.

Doña María alisóse las grises hebras de la cabeza, y fuése á la sala.

—Buenas tardes, le dijo á Doña Carmen, esperaba ya con ansia el cumplimiento de su promesa.

—No estaba yo menos ansiosa, repuso la aristocrática señora, correspondiendo al afectuoso saludo de Doña María.

—¿No vino María Teresa?

—Las jóvenes necesitan mucho tiempo para arreglarse antes de salir á la

calle, y no quise invitarla; vendrá otro día.

Doña Carmen ocupó el asiento de preferencia que le indicó Doña María, y ésta sentóse junto á ella.

—¿Cómo está Lupe?

—Bien; ya vendrá á saludar á usted ¿Y el esposo de usted, y Alfonso?

—Aquel, bien; éste....

—Qué, ¿está enfermo Alfonso?

—Sí.

—Nada sabíamos; pues, qué le ha pasado?

—No hay por qué alarmarse; está enfermo del corazón. Según me ha dicho, ha tenido, no sabe si la dicha ó la desventura de enamorarse. Su única ilusión es establecerse y casarse y vengo á consultar á usted qué haré con mi Alfonso.

—¿A mí?

—Mejor dicho, vengo á buscar una aliada para que me ayude á dar la felicidad á mi hijo.

—No comprendo.

—Usted es madre, señora, y sabe muy bien que los infortunios de nuestros hijos son nuestros; más aún: son más nuestros que de ellos. Yo veo á mi hijo sufrir, devorado por una tenaz melancolía, y no he vacilado en hablar á usted.

—¿En qué puedo servirla?

—Alfonso ama á la hija de usted, ama á Lupe y creo en la sinceridad de ese amor. Si lo que Alfonso anhela puede obtenerse, sin ningún sacrificio por supuesto, ¿por qué no me ha de ayudar usted?

Doña María bajó los ojos y se quedó pensativa, como estudiando la contestación.

—No tengo, por mi parte, motivo alguno para desechar las pretensiones de Alfonso; pero puesto que de la felicidad de Lupe se trata, es á ella á quien toca resolver en este punto tan importante. Habíame ya hablado del cariño de Alfonso, y aunque al principio la veía poco inclinada á contestarle favorablemente, paréceme que ha cambiado de resolución.

El semblante de Doña Carmen resplandeció de alegría.

—¡Ah, señora! exclamó emocionada, ¡cuánto bien me hacen sus palabras!

Lupe vestida con sencillo y elegante traje de casa, entró en el salón, y cuando iba á tender la mano para saludar á Doña Carmen, ésta le abrió los brazos y la estrechó con efusión contra su pecho. La joven sintió calcinadas las mejillas

por las candentes lágrimas de la hermosa dama.

—Hija mía, hija mía, le dijo, ¡cuánto gusto siento al tenerte entre mis brazos!

Lupe miró primero á su madre, luego á Doña Carmen, y lo comprendió todo; y en lo íntimo de su alma, se preparó para el gran sacrificio.

XII.

Los días han pasado relativamente tranquilos en casa de Don Antonio, quien aunque no tan expansivo con su hijo como en otro tiempo, no le muestra ya sañudo rostro. Doña Carmen está llena de esperanzas y sueña con la felicidad de su hijo; éste no se acuerda con tanta frecuencia de las tremendas impresiones de aquel día fatal en que tembló ante el enojado semblante de su padre, y ha olvidado los saludables propósitos formados en la suprema hora del dolor. Las no domadas pasiones empiezan á erguirse de nuevo, y los malos hábitos incítanle constantemente á la recaída. Va todos los días, en calidad de meritorio, al almacén de un colega de Don Anto-

nio, donde fué admitido por amistad y aun por dinero, debidos al señor Sifuentes, lo que pone al hijo á cubierto de toda reprensión.

Los primeros días, á las siete de la mañana estaba ya en el despacho; pero acostumbrado el rico heredero á trasnochar y levantarse tarde, no tuvo fuerza de voluntad para vencer los malos hábitos, y poco á poco fué concurriendo al despacho más tarde, hasta llegar algunas veces cerca de las doce. Algunos de los dependientes de la casa mirábanle como un estorbo, y otros como un adorno; pero todos, siguiendo el ejemplo de su patrón, le guardaban las mayores consideraciones.

María Teresa, fuertemente impresionada con Guillermo, no pensaba sino en él: la exquisita cultura del joven, su trato, su talento, habían cautivado á la altiva rubia, á su pesar, pues nunca pensó en corresponder á Guillemo, é iba insensiblemente cayendo en las redes del traidor Cupido.

Alfonso, por insinuación de su madre, quien nada le había referido de su conferencia con Doña María, escribió á Lupe insistiendo en sus amorosos propósitos y acababa de recibir la contestación. Abrió la carta con trémula mano, leyóla con el

mayor interés, y como si se hubiera engañado, restregóse los ojos y volvió á leerla. No cabía duda, era cierta su dicha. El perfumado billete decía:

"Alfonso:

Ignoro si podré hacer su felicidad, pero lo procuraré con buen ánimo. Correspondo á su cariño, y Dios que dispone que la suerte de usted se una á la mía, velará por nuestro porvenir

Guadalupe."

Alfonso corrió en busca de su madre, le leyó la carta una y otra vez, enseñósela también á María Teresa, quien sinceramente se alegró, pues quería á Lupe; pero á aquel cariño iba unido un extraño sentimiento que María Teresa no alcanzaba á definir: unas veces pensaba que era temor y otras respetuoso afecto.

Convínose entre madre é hijos que para celebrar el fausto acontecimiento se harían en casa unas posadas, pues aproximábase el 24 de Diciembre. María Teresa saltaba; Alfonso se frotaba las manos, ambos rebosantes de alegría.

—¿Quién, murmuró el joven, pide el permiso á papá? Yo no me atrevo.

—Yo me encargaré de hablar á Anto-

nio; pero desde luego impongo una condición: no se ha de bailar ni una sola noche.

—Pero mamá, dijo María Teresa, si el baile es lo más bonito de las posadas.

—Y no se opone á lo demás. Mira, mamá, primero rezamos mucho, muy devotos, y después bailamos también con mucha devoción.

—No, hijos míos, no me gusta esa absurda mezcla, desgraciadamente introducida por la moda de México; ó se baila ó se reza. Yo les prometo que otro día, cuando no haya posadas, bailarán mucho.

—Se me fué el gozo al pozo, dijo María Teresa, dejando de hacer monerías, y poniendo semitriste la encantadora faz:

—Pero á lo menos, mamá, repuso Alfonso, nos permitirás que, concluido el rezo, improvisemos conciertitos.

—Sea, mas todo con el mayor orden posible.

—Pero yo no toco el piano delante de Lupe Figueroa, ella toca muy bien, dijo María Teresa, recobrando su animación.

—Tocarás, hermana, ve preparando tus vejestorios.

—¿Vejestorios las piezas de Elorduy que están de moda y han sido aplaudidas

en la culta Europa? Y usted, insigne maestro, ¿qué va á tocar?

—Yo.... ya verás que sorpresa les doy.

—Y bien, mamá, exclamó María Teresa, ¿cómo repartiremos los días? Mira, siéntate aquí. Tú, Alfonso, préstame tu lápiz. Ea, ya estoy lista. Vamos á ver. Primer día.... María Teresa cogió un papel, sentóse en actitud de escribir, se llevó la punta del lápiz á la boca, humedecióla con la lengua, y repitió:

—Primer día....

—El primer día debe tocar á los de casa, dijo Alfonso.

—¡Qué ocurrencia! Tú nada sabes. ¿Cómo han de ir primero los de casa? Por el contrario, debemos ser los últimos

—Primer día....

—A Guillermo.

—No; es muy pronto.

—A Don Ignacio Minjares.

—Sí, sí; á Don Ignacio; es decir á Mercedes y á Anita Minjares. Ya está. Segundo día....

—A Guillermo.

—Y dale con Guillermo. Todavía no.

—Invitaremos para el segundo día á Lupe, porque si empieza la competencia, le obligaremos á gastar mucho, dijo Doña Carmen.

—Sí, sí; el segundo día á Lupe.
—¿El tercero?
—Para Guillermo.
—Está bien, ¿y el cuarto?
—Para Don Leandro.
—Magnífico. ¿Y el quinto?
—Para Pimpollo, que vive de sus rentas.
—¿El sexto?
—Para el Lic. Cortés.
—¿El séptimo?
—Los tres últimos días, dijo Doña Carmen, los tomaremos nosotros, que somos lo organizadores de la fiesta, y se repartirán entre ustedes y Antonio.
—Muy bien, dijo Alfonso, el séptimo día es de María Teresa, el octavo mío y el último de papá.
—No, el séptimo tuyo y el octavo mío.
—Que no.
—Que sí.
—Sé dócil, hijo; sea como dice María Teresa.
—Siempre ella ha de ganar.
—Por supuesto, contestó la rubia.
—Bueno, dijo Alfonso, pero usted hace el gasto de mi posada, porque yo estoy muy "bruja," y acarició á su madre con zalamería.
—Sí, hijo, yo lo haré.
—Y también el de la mía.

—Tú tienes tus ahorros.

—Pero no los gasto.

—Sí, sí; hermana, á abrir la alcancía.

—Que no la abro; los hará papá, y ya verán ustedes si mi día es el mejor de todos.

Acordóse que esa misma tarde se empezaría á invitar á los designados para que tomaran los días; que Doña Carmen, después de comer, aprovecharía la primera oportunidad para solicitar el permiso de Don Antonio. María Teresa desde luego empezó á pensar en la variedad de trajes que debía lucir durante los nueve días de fiestas, pues para ser verídicos. como debe serlo todo el que pinta las costumbres sociales, de lo menos que se acordó fué del Dios Niño, que por amor de los hombres, quiso nacer en humildad y pobreza.

Alfonso ya no pensaba en otra cosa sino en las felices horas que iba á pasar al lado de Lupe, y al calor de aquel sincero cariño, renacieron de nuevo sus ya olvidados propósitos de enmienda

---

XIII.

El lujoso salón de la casa del señor Sifuentes está henchido de convidados; hánse quitado los muebles de la cabecera, y en su lugar elévase improvisado altar cubierto de musgo y de nevada escarcha, y en el centro, en lo alto de la gradería, sobre pequeñas andas, las imágenes de María y de José, cuyas cabezas cubren anchos sombreritos de paja.

De los arcos de los corredores penden, entre lazos de verde heno, multitud de farolillos venecianos; los muros están adornados con guirnaldas de cedro y el suelo regado de perfumes. Es el día que toca á María Teresa y muéstrase afable y obsequiosa con todos.

Empieza el rezo de la novena. Doña Carmen hace coro, los invitados arrodíllanse frente al altar: los señores y señoras parecen devotos; las señoritas, distraídas ó preocupadas; los jóvenes, en su mayor parte, ven más á las señoritas que al altar, y los niños y niñas, sólo piensan en la solemne hora de la repartición de juguetes y dulces. María Teresa reparte velitas de colores que los invitados apresúranse á encender. Concluída la novena, Anita y Concha cargan en hombros las

andas con los peregrinos; tras ellas van Lola y Toña, que cantan la letanía, y luego siguen los demás, de dos en dos, que responden en coro. Lupe, desde la sala, los acompaña en el piano.

Pimpollo tiene un oído pésimo, y cantó un "ora, pro nobis" tan desafinado, que le valió un pellizco de Lolita é hizo reír á muchos. Durante la letanía, la procesión, grave y majestuosa, recorre los corredores de la casa, y sólo turba aquella solemnidad, alguno que otro cuchicheo de los jóvenes de ambos sexos, para quienes, en la oportunidad de hablar, les es imposible el silencio.

Al concluir la letanía con una tremenda desafinada de Pimpollo, que después de haber guardado cauteloso silencio, pensó que ya había cogido bien el tono. Lola, acompañada de una parte de la concurrencia, entra á la sala y cierra la puerta para responder á los peregrinos. La procesión hace alto frente á la cerrada puerta y Toña con otro grupo, canta:

"La cruda nevada
Nos tiene agobiados.
Por eso cansados,
Pedimos posada."

Responden los de adentro negándola,

hasta que después de reiteradas instancias, abren de par en par las puertas, y entre el sonido de los cascabeles, de los panderos, el tronar de las castañuelas y el agudo silbido de los "pitos de agua," óyense las voces que cantan:

"Abranse las puertas,
Rómpanse los velos,
Que viene á posar
El Dios de los cielos."

Apenas colocados de nuevo los peregrinos en el altar, los chicuelos, á quienes siguen luego los jóvenes de ambos sexos, cantan:

"María Teresa,
No te dilates,
con los confites
y cacahuates."

María Teresa, Alfonso y Don Antonio, preséntanse en el salón llevando en charolas japonesas, preciosos juguetes de cristal ó porcelana y canastillos de dulces, que reparten á los concurrentes, que los reciben con gusto, pero sólo los chiquillos manifiestan su alegría.

—Mira qué bonito me tocó á mí, dice éste. Es un niño jugando con un perro.

—Mira el mío, exclama otro, es un gatito dentro de la copa de un sombrero.

—¡A la piñata, á la piñata! gritaron varias voces.

—Sí, á la piñata, contestaron otras.

La piñata, suspendida en una cuerda amarrada á las columnas de corredores opuestos, pendía en el centro del patio, á una altura donde sin dificultad pudieran alcanzarle los golpes del armado brazo que había de romperla.

Los jóvenes, al divisar la piñata, lanzan un grito de sorpresa y júbilo: la olla de tosco barro había sido vestida por diestra mano con el genuino traje de los hijos del Celeste Imperio: anchas mangas, floreada túnica, calzado con las puntas encorvadas hacia arriba, bigotes lacios y caídos, luenga trenza, y las manos á la altura de los hombros, señalaban el cielo con ambos índices. Era el "Chin Chun Chan" de la zarzuela mexicana de ese nombre.

Entre la común algazara designóse á Concha para que fuese la primera en arremeter contra el inerme chino; vendóla Alfonso con pañuelo de seda impregnado de perfume; puso un bastón en la mano de la joven, colocóla frente á la piñata, asióla de los brazos é hízola dar algunas

vueltas á derecha é izquierda para desorientarla, y soltóla luego.

Concha, en medio del silencio y espectación de todos, con el cuerpo un poco inclinado hacia adelante y puesta en alto la ofensiva diestra, empezó á andar lentamente, como si contara los pasos; pero avanzaba en dirección casi opuesta al chino que columpiábase impertérrito sin temor al mortal golpe.

Pimpollo, á quien atraía más el imán de los traviesos ojos de Lola que la despanzurrada del colgado mongol, contemplaba extático á su adorado tormento, cuando Concha, creyendo, ó aparentando creer, que estaba frente á la piñata, apretando con ambas manos el extremo del bastón, descargó furioso golpe que no hallando resistencia dió contra el suelo, pero tocando antes la punta del pie de Pimpollo, y le hubiera dado de lleno en el cuerpo, si el señor Sifuentes, al oír un grito de los espectadores, no empujara ligeramente á Concha, desviando ésta la puntería.

—¡Ay, ay! exclamó Pimpollo levantando el mal herido pie, y aspiró por las junturas de los apretados dientes, todo el aire que pudo.

—¡Concha, dijo Lola, indignada, cómo eres perversa!

—No ví, hermanita, no ví. Dispense usted, Pimpollo.

—No es nada, dijo Pimpollo, haciéndose fuerte contra el dolor.

Anita saltaba anhelosa de que á ella tocara la gloria de romper la piñata.

—Véndenme á mí, gritaba, véndenme á mí.

—Ahora Anita, dijo Don Antonio á Alfonso.

Mientras el joven vendaba á Anita, ésta le dijo al oído:

—Alfonsito de mi alma, que vea yo un poco, nada más que un poquito.

Alfonso, bien fuera por complacer á la niña, bien por el ansia de que diese principio la velada organizada para esa noche, obsequió el deseo de Anita. Esta avanzó con seguro paso y dió tan tremendo bastonazo al desventurado chino, que cayó hecho trizas, y el suelo se regó de confites, colaciones, cacahuates, nueces, tejocotes, manzanas, limas y naranjas. Una parvada de chiquillos, y muchas señoritas, entre gritos de júbilo, lanzáronse sobre aquellos dulces despojos, y á dos manos, con febril ansiedad los recogieron

Poco después la concurrencia, reunida en el salón, oía la primera pieza. María Teresa, con donaire y expresión, aunque no con maestría, tocaba en el piano el

vals de salón "Toujours," de Elorduy. Un nutrido aplauso resonó cuando la gentil rubia hubo concluído. Se levantó satisfecha, y Guillermo corrió á ofrecerle el brazo para conducirla á su asiento.

—Has tocado perfectamente.

—¿Te gustó?

—Mucho, mucho.

—Si acaso toqué bien, fué porque estuve pensando que tocaba para tí. ¿Qué cara ponían los demás, no me criticaron?

—Todos te escuchaban con atención.

—Estos novios, dijo Concha á Mercedes, ya no respetan á la concurrencia.

—Y mira qué cara pone el abogado sin pleitos, contestó Mercedes, señalando á Ernesto con los ojos.

Sirvióse un ponche caliente, aromático y suave, y en seguida, Anita en pie, en la cabecera del salón, en correcta actitud, posesionada del sentido de la composición, con voz dulce y vibrante, oportunamente modulada, recitó los versos de Gutiérrez Nájera: "Para entonces." No sólo fué aplaudida la simpática niña, sino que algunas de sus amigas la abrazaron, y su papá, satisfecho y orgulloso, le acarició una mejilla.

No cabía en sí Anita, de gozo, y hasta su paso al volver al asiento, del brazo

de Alfonso, era más majestuoso y arrogante.

—¿Te gustó? dijo en voz baja Concha, á Lola; que la manden á México á estudiar declamación.

Lola no respondió, le tocaba su turno y ya Lupe le dada el tono en el piano. Levantóse, aceptó el brazo que Guillermo le ofrecía, y moviendo suavemente la cabeza, colocóse al lado de Lupe, que iba á acompañarla. Luego cantó la sentimental romanza: "Si tú me amaras," con voz dulce, aunque no voluminosa, con irreprochable escuela, y sobre todo, con profundo sentimiento. Cuando en la garganta de la joven se apagó gradualmente el sonido de la última nota, estalló nutridísimo aplauso, sólo Pimpollo, boquiabierto y conmovido, no podía moverse: las lágrimas surcaban sus mejillas, y no se percató de ello hasta que Toña, compadecida de aquel dolor, le ofreció un pañuelo, poniendo una cara muy compungida, pero sin abandonar la sonrisa, que parecía estereotipada en aquella monísima boca.

Guillermo estaba inquieto, las anteriores noches había hablado á María Teresa respecto de matrimonio: quería ya dar el paso formal que fijara su dicha; pero la hija del banquero había cautelosamente evadido la contestación, lo que impresio-

nó amargamente á Guillermo; éste, aprovechando el momento que le pareció más oportuno, se acercó á su novia y le dijo:

—María Teresa, nada me resuelves aún de lo que te he dicho.

—¿Qué? Guillermo.

—Necesito tu consentimiento para pedir tu mano.

—No, Guillermo, ¡Dios me libre! dijo asustada, escapándosele por irreflexión una frase, que si acaso tenía en el corazón, por nada hubiera deseado que saliese á su labios. Quería á Guillermo, le amaba tal vez, pues en él pensaba con mucha más frecuencia de lo que ella quería; pero era tan feliz en la opulencia, que Guillermo por entonces no podía darle; gozaba de tantas consideraciones en la alta jerarquía social, que acaso no sostendría al lado del joven, que aquel carácter superficial, aunque en el fondo bueno, tembló ante la pretensión del enamorado doncel.

Guillermo sintió un terrible golpe en el corazón; parecióle que la sangre se agolpaba á su cerebro, y con inseguro paso se retiró y sentóse en un ángulo del salón.

Concha estaba ya en su puesto, y con gracia y buena voz recitó el monólogo

del poeta zacatecano Ignacio Flores Maciel, intitulado: "Margaritas."

Repitiéronse los aplausos, y Alfonso, después de obsequiar á los concurrentes, con pasteles, frutas secas y otro vaso del delicioso ponche, dió el brazo á Lupe y la condujo al piano. Esa noche estaba la melancólica morena, deslumbrante de belleza. Tocó con verdadero arte los aires nacionales del maestro mexicano Ricardo Castro. La nerviosa Lola, inconscientemente, mientras Lupe tocaba, arrebatada por las harmonías de la música, y llevando el compás con el diminuto pie, empezó á tararear lo que ésta tocaba. Contúvola Concha tirándole de la falda, y Lolita, sorprendida, hundió un poco la cabeza en los hombros, sacó y metió rápidamente la punta de la lengua y ahogó en la garganta la última apagada nota del tema que empezaba á tararear.

Concluído que hubo Lupe los entusiastas aires nacionales, recibió una verdadera ovación. Levantóse, y, semiaturdida por los nutridos aplausos, asióse del brazo de su novio.

Ernesto no había vuelto á hablar de su amor á la altiva María Teresa; pero observaba hasta en sus mínimos pormenores, sus relaciones con Guillermo. Durante las posadas habíase conformado con gran-

jearse por medio de la lisonja, en el uso de la cual era consumado maestro, la simpatía del señor Sifuentes, y lo había conseguido.

El talento, el juicio, la experiencia, son menos fuertes que la adulación, porque tiene el poderoso auxilio del amor propio. Habíase divertido también en galantear á Toña Flores, pero en el mayor secreto posible. La perspicaz joven comprendió la bravura del abogado, y hábilmente le rechazó sin abandonar su eterna sonrisa, y aun le humilló lanzando habladoras miradas á Pimpollo, quien al resplandor de ellas y á los remolinos de aquellos hoyuelos, que se abrían y cerraban en suaves y sonrosadas mejillas, desvanecíase, á pesar de haberse consagrado en cuerpo y alma á su adorable Lola.

Tocaba el turno á Toña, y el Lic. Cortés ofrecióle el brazo.

—Mil felicidades, le dijo Mercedes al pasar junto á ella.

—A tu salud, contestó.

—Y á la del señor Licenciado.

¡Cosa singular! Ni cuando cantaba Toña perdía su rostro aquella expresión de perenne alegría. La voz de la joven era limpia y robusta, de más volumen que la de Lola, pero tenía menos escuela que ésta. El salón se llenó con las harmonías

de aquella voz que cantó la romanza: "Adiós á una paloma," del maestro mexicano Melesio Morales.

La ovación fué ruidosa: pero las más calurosas felicitaciones que recibió Toña, fueron las del Lic. Cortés.

Era ya la media noche cuando terminó la fiesta. El señor Sifuentes invitó para la noche siguiente, que á él tocaba, y sería digno remate de aquellas posadas, pues tal noche haría época en los anales zacatecanos.

XIV.

Guillermo vivía en dos cuartos que había rentado en casa de una honrada señora de edad más que madura, cuyo único patrimonio era la finca que habitaba; esta tenía algunos cuartos independientes con vista á la calle, generalmente rentados. Con esas rentas y la de los dos cuartos interiores que rentaba Guillermo, tenía la buena señora para pagar las composturas y contribuciones de la finca, vestirse y vestir á una antigua y fiel criada, á quien veía y trataba como de la familia: además asistía á Guillermo, y lo que éste pagaba por sus alimentos y el aseo de su

ropa, bastaba para el sustento de los tres, razón por lo cual aquellas buenas mujeres querían mucho al joven, que por otra parte, no las molestaba absolutamente en nada.

Uno de los cuartos servía á Guillermo de dormitorio y el otro de estudio, y en él también recibía á sus amigos. Para habitación de soltero la casa de Guillermo estaba magnífica: los muebles, aunque pocos, eran todos buenos y reinaba el orden y la limpieza en todo.

Muy preocupado salió el joven de la casa del banquero el penúltimo día de las posadas; poco á poco aquella preocupación trocóse en mortal tristeza, y cuando llegó á su casa dió rienda suelta al reprimido llanto.

—María Teresa no me ama, exclamaba con angustia. Y yo que en ella he puesto toda mi dicha. Y soy solo en el mundo; no tengo padres, no tengo hermanos, no tengo íntimos amigos con quienes desahogarme. ¿Qué haré, Dios mío? y rompía á llorar como un niño.

Después de largo rato de abatimiento, rectificó sus anteriores ideas.

—Sí, tengo una amiga, dijo, Lupe; y el recuerdo de aquella amistad de su infancia fué una gota de almíbar que se per

dió en la inmensa amargura que ahogaba su corazón.

Guillermo tenía claro talento, y á pesar de su amor, que como toda pasión suele obscurecer los más despejados entendimientos, comprendió que María Teresa no le juzgaba digno de ella, y sintió en toda su fuerza el peso de la humillación. Tenía también el enamorado jóven sólida virtud, pero ni ésta, á no ser por maravilla de la gracia, cura completamente del amor propio al hombre, por virtuoso que sea: la soberbia, generadora de todos lo males, es más sutil que el aire que respiramos, nos cerca, nos acosa, y logra penetrar, aunque sea en tenuísimas ondas. y hasta á los más buenos corazones, desde la cuna tiénelos impregnados del mortal olor de la vanidad. Sintió, pues, Guillermo, erguirse pujante el amor propio, herido por tremendo golpe. En vano quería buscar otros motivos que racionalmente fundasen la negativa de su amada á ser su esposa, todos parecíanle improbables ó fútiles, y aquellas palabras "Dios me libre," vibraban constantemente en su oído.

Quizá, pensaba algunas veces, el rencor que el señor Sifuentes tuvo para con mi padre alcance hasta mí, y María Teresa tema disgustarle; pero jamás me ha

dicho nada de esto, y si me amara, aun contra su voluntad, algo se le hubiese escapado, porque tal circunstancia hubiérale hondamente impresionado. Tal vez espera que mi laboriosidad y buena conducta me grangeen fortuna y posición social, y quiera deberlo todo á mis propios esfuerzos; pero no, cuando una mujer se forja ilusión tan hermosa, forzosamente habla de ella con el singular encanto que para la joven amante tienen las ilusiones, y María Teresa nunca me ha hablado de esto. ¡Oh, cuándo hubieran aumentado mis fuerzas si alguna vez me hubiese hablado de tal manera! Su dulce y cariñosa voz hubiérame dado incomparable energía. Y si el recuerdo de mi amado padre, que siempre me enseñó, con la palabra y el ejemplo, el amor á Dios y al trabajo, ha sido mi salvaguardia contra los vicios, ¿no hubiera aumentado mi fortaleza si también la tierna voz de mi amada hubiera sido eco dulce de la santa voz de mi padre?

¿Acaso María Teresa correspondió á mi cariño con la ligereza de algunas jóvenes, sólo por la pueril vanidad de tener novio? No, no; el Lic. Cortés la pretendió también, y sin embargo, fuí yo el preferido por ella.

Agitado por estos ó semejantes pensa-

mientos, Guillermo no pudo dormir, y sorprendiólo la luz de la mañana sin haber cerrado los ojos. Sintió que el corazón angustiado necesitaba de los consuelos de la amistad; abandonó el muelle lecho, que aquella noche había sido para él muy espinoso; púsose el sombrero, calzóse los guantes de invierno y se dirigió á casa de Lupe.

La mañana estaba melancólica y fría; un vientecillo seco y delgado penetraba hasta los huesos. Guillermo llegó á la casa de Lupe, llamó á la puerta, Paula abrió. Ni la señora ni la niña estaban en casa, habían ido á misa, no tardarían en volver.

La casa de la dulce amiga de su infancia, parecióle triste, muy triste; ni las plantas del patio tenían follaje, ni lucían las macetas sus gayas flores, ni cantaban alegres los canarios.

—Se desayunaron ya las señoras? preguntó Guillermo.

—No, señor.

—Las espero y me desayuno con ellas.

Guillermo se dirigió al cuartito donde escribía y cosía Lupe, sentóse en una poltrona, inclinó la cabeza apoyándola en la palma de la mano izquierda y se quedó largo rato pensativo. Después tomó maquinalmente de la mesita que cerca de

él estaba, un cuadernillo manuscrito con letra de Lupe, era una colección de recetas de cocina. En la primera página se leía el nombre de "Guillermo." Lupe, pensó, se acuerda de mí, es más fiel que yo, á nuestra antigua amistad. Volvió la hoja, y otra vez leyó "Guillermo;" avivóse su curiosidad y continuó volteando las hojas; en todas ellas estaba su nombre; en la última dos juntos: "Guiliermo y Guadalupe;" pero el segundo hallábase tachado con una gruesa línea que atravesaba todas las letras.

Asustado, como si hubiese descubierto un secreto, dejó el cuaderno en su lugar y fué á la sala á esperar á sus amigas.

Un pensamiento cruzó por la mente del joven, pero lo desechó, acordándose de que Lupe era ya la prometida de Alfonso Sifuentes.

Poco después sintió que entraban Doña María y Lupe, y viendo abierta la puerta de la sala, se dirigieron á ésta; ambas, al mirarlo, lanzaron una exclamación de sorpresa.

—¿Tan temprano por aquí, Guillermo?, dijo Lupe, saludándole cariñosamente.

—Te empeñaste en sorprendernos, y lo conseguiste, travieso, murmuró Doña María, saludando también al joven.

—El desayuno está en la mesa, dijo Paula.

—Por supuesto que también harías chocolate para Guillermo.

—Sí señora, ya él me había dicho que se desayunaba aquí.

—Ya lo ven ustedes, ahora sí hay enmienda, y muy sincera.

—Todavía no creo en ella, repuso Lupe.

—Yo venceré esa obstinación.

Lupe, desde que saludó á Guillermo, se había fijado en el macilento rostro de éste, y sintió vivísima pena.

Guillermo casi no pudo desayunarse, abrió enteramente su corazón á madre é hija; refirióles todo, absolutamente todo, sus ilusiones, sus temores, sus hondos sufrimientos.

—Perdónenme ustedes, dijo, he sido demasiado expansivo, pero soy sólo en el mundo y necesitaba desahogarme con ustedes, que me conocen y me comprenden, y lloró como un niño.

—Que te conocen, te comprenden y te quieren, dijo conmovida Doña María. Vamos, hijo mío, añadió con dulzura, enjuga esas lágrimas; para todas las cosas hay remedio.

Lupe no pudo hablar, lloraba también, y cuando Guillermo alzó la cabeza bus-

cando á Lupe para oír también su dulce acento que le confortara, los ojos del joven encontráronse con una mirada de infinita ternura que lo decía todo. Guillermo inclinó su rostro bañado por los fulgores de aquella mirada, y murmuró en lo íntimo de su corazón:

—¡Insensato de mí, cuán tarde lo he comprendido!

XV.

Alfonso iba ya al almacén donde le había colocado su padre, solamente entrada por salida; ni él hacía el menor caso de su patrón y camaradas, ni éstos de él. Cuando el señor Sifuentes mandaba preguntar si su hijo se portaba bien, el patrón contestaba siempre que sí, pues temía que la separación de Alfonso originara la inmediata reclamación de algunas cantidades que debía á Don Antonio, todas de plazos vencidos y prorrogados, sin interés alguno.

Alfonso empezó de buena fe la lucha contra los malos hábitos, y aun en los primeros días tuvo algunos bríos, cuanto era posible tenerlos en el estado de debilidad á que tales hábitos conducen; pero

éstos, al verse por primera vez repelidos, atacaron con más vigor, y de nuevo vencieron y sojuzgaron á su víctima, quien con más furor que antes, volvió á sus malas costumbres. No pudo ahogar la voz de la conciencia, que resonaba siempre en su corazón y le atormentaba sin cesar con extraña amargura, que se revelaba en lo exterior por tenaz melancolía; especialmente cuando estaba sólo, aumentaba la intensidad de aquel dolor, que es el infierno en la tierra. Aturdióse, corriendo sin freno por la pendiente del vicio, buscando en él, no sólo la satisfacción de sus deseos, sino el olvido de sus hondísimas penas; pero ¡ay! tras de aquel pasajero aturdimiento que parecía detener la rueda de la tortura, ésta giraba de nuevo con mayor rapidez y precisión, y estrechaba más y más el corazón de su víctima.

El desventurado joven juzgó imposible retroceder, y decidióse á engañar á sus padres; buscó el antifaz de la hipocresía para ocultar las faltas. Todo su afán, su vigilancia toda, empleábalas en cuidar de que sus padres ignorasen las recaídas.

El cariño que tenía á Lupe conteníale algunas veces; pero seguro ya de la posesión de su amor, celebró una transacción con las pasiones, resolviendo darles

rienda suelta hasta el día en que se casara, fecha desde la cual empezaría una nueva vida, laboriosa, honrada y hasta de rigurosa penitencia, si así era necesario, pues Lupe, decía él, era capaz de convertir al mismo Satanás, si de ella se enamorase.

"El Paraíso Terrestre" y las demás elegantes cantinas, volvieron á contar entre sus asiduos parroquianos al rico heredero que gastaba con su acostumbrada esplendidez el dinero arrancado á la debilidad de una madre que no había aprendido á corregir oportunamente á su hijo.

Pocos momentos hacía que Alfonso estaba en "El Paraíso Terrestre," acababa de tomar la primera copa, cuando llegó Pimpollo.

—Te buscaba, Alfonso, y me dirigí aquí con la seguridad de encontrarte.

—¿De qué la tomas, chico?

—Que me sirvan una cerveza.

—Y bien. Me tienes á tus órdenes.

—La Junta patriótica nos ha inspirado una feliz idea que ya hemos lanzado á los cuatro vientos.

—¿Cuál? dijo Alfonso, pidiendo otra copa, para acompañar á Pimpollo.

—Hemos organizado una corrida de aficionados, cuyos productos se destina-

rán á la celebración de las fiestas patrias. Ya verán si somos patriotas.

—Pero si nunca has visto de cerca á los cornudos "bichos."

—No obstante, torearé.

—Pues sólo por verte torear, soy capaz de tomar yo también parte en la corrida.

—A eso vengo; ya están comprometidos varios amigos. Perico será picador, Luisillo Flores alguacil, y yo banderillero; queremos que tú seas....

—¿Qué?

—El capitán.

Alfonso rió de buena gana.

—Si se tratara de capear, dijo, sería otra cosa, ya he sacado magníficas vueltas á los toretes de la hacienda de papá; pero, ¡matar! No sabes lo que dices.

En esos momentos llegaron Luisillo y Perico.

—¿Es verdad lo que me dice Pimpollo?, preguntó Alfonso.

—Y tan verdad, repuso Perico, que venimos á sellar el pacto con unas copas, y tú serás de la cuadrilla.

Alfonso movió la cabeza en señal de negativa.

Luis Flores, ó simplemente Luisillo, como le llamaban todos, era hermano de Toña, estudiaba para ingeniero de minas,

y en breve debía de salir para Pachuca á concluir la práctica; era de muy buen carácter, motivo por el cual hallábase bien relacionado. Constante en sus estudios, no había perdido el tiempo y prometía ser el amparo y sostén de su familia. Tenía un defecto: hablar de lo que sabía y de lo que no sabía; de lo que oía decir y de lo que pensaba; hablaba oportuna é inoportunamente. No perdió, pues, Luisillo el tiempo, y espetó una arenga á Alfonso: habló de los toros, de los toreros, de los redondeles que conocía y de los que nunca habia visto, y concluyó por brindar por la compañía de aficionados, y por el matador, que de seguro recibiría la más entusiasta ovación.

Entre conversación y copa, y copa y conversación, pasábanse las horas. Luisillo, que nunca se desmandaba en nada, abandonó á sus amigos temeroso de que la locuacidad le detuviera en una ocasión próxima á la embriaguez; Pimpollo hizo lo mismo, pero antes presentó á Alfonso la lista de los comprometidos á la lidia y le instó para que también él la firmara. El rico heredero, animado por el alcohol, la firmó ya sin la menor vacilación. Sólo Perico se quedó con Alfonso, con el firme propósito de no abandonarle hasta haber saciado la sed alcohólica

que le devoraba, y, si había propicia oportunidad, sacar en el juego algunos duros de los que tenía siempre suma necesidad.

Alfonso y Perico, mientras más bebían, menos sentían correr el tiempo, y no notaron el que había transcurrido, hasta que de un solo golpe se encendieron todos los focos de la luz eléctrica.

—¡Qué tarde es ya!, dijo Alfonso. Me voy á casa.

—No, le dijo Perico, aguarda que obscurezca más; no estamos del todo bien, y la gente puede notar.

—Tienes razón.

Alfonso se levantó, dió algunos pasos: podía andar, esto le animó.

—No estoy tan mal; daremos una vuelta para refrescarnos un poco y llegar á casa enteramente bien.

Perico no replicó, y asidos del brazo, salieron de la cantina en dirección á la Alameda. Dieron algunas vueltas. Alfonso estaba triste; temía que su ausencia hubiera sido notada por su padre y cavilaba en la disculpa que le daría.

—Ahora sí, vámonos, dijo á Perico.

—Para acabar de recobrarnos, respondió éste, vamos un rato á casa de Lorenzo; tiene allí una partida bastante animada.

Alfonso vaciló; pero las malditas cartas empezaron á desfilar por su imaginación, ya bastante enardecida por el alcohol, y le incitaban poderosamente al juego.

—Un rato, nada más, dijo Perico.

—Iremos, pero nada más un rato.

—¿Traes dinero?

—Poco; ¿y tú?

—Ni un centavo; pero, no hay cuidado, tienes buen crédito.

Perico condujo á Alfonso á una obscura y recóndita callejuela donde las más noches, en clandestino garito, Lorenzo y Esteban, en criminal sociedad, desplumaban á los viciosos.

Un grupo de jugadores de todas edades, hallábase sentado al rededor de la mesa, cubierta con la verde carpeta. En los asientos de en medio, á uno y otro lado, estaban Lorenzo y Esteban, que alternativamente corrían la baraja. Una "plancha" de deslumbradoras monedas estaba á uno y otro lado de la mesa, en montoncitos de veinte pesos. Los jugadores, preocupados con la fiebre de la ganancia, taciturnos por la emoción, nada veían sino las cartas y las relucientes "planchas." La mefítica atmósfera no les molestaba, y las soeces palabras de los talladores no ofendían á nadie. Esteban

desabrochóse el chaleco, que le oprimía el elevado vientre, y con aguardentosa voz, gritó:

—¡Cóoorre!

Alfonso y Perico, vistos sólo por Esteban y Lorenzo, sentáronse en dos asientos, únicos que estaban desocupados en una de las cabeceras. Esteban esperó unos momentos y miró á Alfonso, como diciéndole: falta la apuesta de usted.

—Al caballo contra el cuatro, dijo Alfonso, y puso al caballo un billete de veinte pesos.

—El caballo en la puerta, gritó Esteban.

Alfonso recogió la ganancia, mermada por el descuento de la puerta, y á instancias de Esteban sentóse junto á él. Perico se llevó luego, en calidad de préstamo nunca reembolsable, la mitad de la primera ganancia de Alfonso.

Una hora después, Alfonso, sojuzgado por satánico frenesí, lo había olvidado todo: padre, madre, mujer amada. Jugaba con desesperación, y perdía sin cesar.

Habíanle abierto cuenta, y ésta subía rápidamente.

El matutino crepúsculo se anunció con sus primeros flébiles esplendores, cuando Esteban, dando un golpe en la mesa, avisó que se levantaba la partida.

La luz, que parece traer en sus brillantes ondas perfumes de alegría; que es saludada por las avecillas con aleteos y jubilosos cantos; que regocija el universo, y hasta sobre el abatido corazón de los enfermos y de los desdichados arroja un rayo de esperanza, fué para los perdidos jugadores, y especialmente para Alfonso, un terrible rayo del infierno. Todos instaron á los coimes á seguir jugando; pero éstos, que habían ya asegurado magnífica ganancia, fueron inflexibles.

Poco á poco se despejó aquella antesala del averno, espantosa cuna de lágrimas, miserias y crímenes sin cuento, hasta que Alfonso y Perico quedaron sólos con los talladores.

—¿Cómo está mi cuenta? preguntó Alfonso.

—Son cuatro mil pesos justos, dijo Lorenzo; usted dirá á qué hora mando por ellos.

—No, no; replicó Alfonso visiblemente conturbado. Yo se los traeré á usted.

—¿Hoy mismo?

—No, hoy me es imposible.

—¿Mañana?

—Tampoco.

Lorenzo y Esteban se dirigieron una mirada de inteligencia; expertos, como

pocos, conocían perfectamente á los jugadores. Comprendieron en el acto la situación de Alfonso.

—Ea, dijo Lorenzo, es una cantidad relativamente fuerte; pero que nada vale para Alfonso Sifuentes, si le concedemos plazo. ¿Le bastan á usted ocho días para pagarla?

—Sí, contestó Alfonso, que vió el cielo abierto. ¡Pueden suceder tantas cosas en ocho días!, pensó.

Perico había enmudecido; pero con una mano metida en el bolsillo del pantalón, contaba los duros que había ganado, apostando en contra de Alfonso.

Entretanto, Esteban llevó á Lorenzo recado de escribir, y cuatro timbres de á peso, pues cautos jugadores, estaban siempre listos para cualquier evento. Lorenzo, sin dejar de observar á Alfonso por encima de las varillas de los anteojos, escribió algunos renglones.

Alfonso levantóse para despedirse.

—Un momento, joven, estoy escribiendo el pagaré. Alfonso no replicó.

Momentos después, Lorenzo le presentó el documento á Alfonso; éste simuló leerlo, pues estaba completamente aturdido: luego lo firmó con trémula mano.

—Falta cancelar los timbres, repuso Lorenzo,

Alfonso, que ya había dejado la pluma, la tomó otra vez y volvió á firmar sobre los timbres.

—Buenas noches, dijeron Alfonso y Perico.

—Buenas noches.

Resonaban aún en el zaguán del garito los pasos de Alfonso y Perico, cuando Lorenzo y Esteban se miraron, y después de frotarse con fruición las manos, lanzaron una cínica carcajada.

XVI.

El señor Sifuentes no tenía tiempo para otra cosa que no fueran sus negocios. Sus hábiles combinaciones mercantiles alcanzaban siempre feliz éxito, y su ya crecido caudal aumentaba rápidamente. No acostumbrado á vigilar á su hijo, contentábase con preguntar por él y asomarse los más días á su cuarto, para cerciorarse de que allí estaba. El día que Alfonso jugó, Don Antonio no estaba en la ciudad; acababa de comprar otra finca de campo en la zona algodonera de la Laguna, en el rico partido de Mapimí, del Estado de Durango, y fué á Ciudad Ler-

do con el objeto de reconocer la propiedad y firmar la respectiva escritura.

Alfonso alegróse de la para él tan oportuna ausencia de su padre, y aunque Doña Carmen se afligió hondamente de la recaída de su hijo, éste desplegó tan mentirosa elocuencia, y prodigó á su madre tantas caricias, que la tierna señora lo creyó, ó al menos fingió creerle.

—¡Mamá, mamá! le decía, quiero casarme á la mayor brevedad posible. Ya verás cómo el matrimonio es para mí, remedio, fuerza y felicidad.

—Hablaré á tu padre tan luego como vuelva. Sabe tus relaciones con Lupe y las aprueba, y no rehusará proporcionarte medios para establecerte, y él mismo pedirá para tí á Doña María, la mano de su hija.

Madre é hijo convinieron, pues, en emplear todos sus esfuerzos en pró del proyectado matrimonio, para que éste se celebrase á la mayor brevedad.

Alfonso, á pesar de las malas costumbres adquiridas en el ocio, y fomentadas con las riquezas, creía en la regeneración por el cariño. Amaba de verdad á Lupe, y anhelaba unirse para siempre con ella; pero preocupábale más, por entonces, la deuda que había contraído, y forjóse la ilusión, propia de la inexperiencia, de que

en llegando su padre, daríale sin demora sobrado dinero para establecerse y casarse. De allí tomaré, pensaba, lo que necesito para cubrir esa malhadada cuenta, y no me hará falta lo que tome, porque economizaré mucho en los gastos de boda.

No podía, para pagar, ocurrir á su madre, porque necesitaba revelarle la procedencia de la deuda, lo que, á todo trance, quería ocultar; por otra parte, la caja de Doña Carmen estaba anémica, por las frecuentes y abundantes sangrías que le había aplicado el disoluto hijo.

Con estos pensamientos, acabó por creer firmemente que pagaría el crédito á su vencimiento, y fuése tranquilo al almacén. Asistió puntualmente por varios días seguidos, lo que asombró á sus colegas, que le examinaban de pies á cabeza, como si le desconociesen.

A medida que pasaba el tiempo, aumentaba la inquietud de Alfonso: su padre había regresado ya, había ido respetuoso á saludarle, recibióle con afecto y aun con ternura, conversó con él familiarmente, como en mejores días, pero nada le dijo de lo que tanto interesaba á Alfonso. Doña Carmen habíale hablado ya de los proyectos de su hijo, y por única contestación le dijo:

—Todo arreglaré personalmente.

Alfonso estaba desesperado, era domingo y al siguiente día vencíase aquel terrible documento cuyo recuerdo le atormentaba constantemente. Había intentado conseguir una prórroga, habló á Lorenzo y á Esteban, rogóles, suplicóles con las mayores instancias; pero todo fué en vano:

—Si usted no paga, le respondieron, ocurriremos al señor Sifuentes, y si él tampoco paga, procederemos judicialmente contra usted; al efecto, hablamos ya con nuestro abogado.

Lorenzo y Esteban tenían también su abogado: un joven descarado y tramposo, anticipadamente viejo, para el cual estaban cerradas las puertas de las casas donde se tienen en alto aprecio la honradez y el decoro; sabíalo muy bien el abogadete, pero reíase del desprecio de los hombres de bien, pues no vivía de ellos, sino de los perversos. Muchos me necesitan, se decía, ¿qué me importan los otros? Tenía razón: el malvado no busca al bueno para sus iniquidades.

Alfonso pensaba acertadamente que todo lo perdería si su padre sabía la existencia de aquella maldita deuda. Era, pues, preciso, evitar tamaña desventura.

A medida que ahondaba estos pensa-

mientos, crecía la desesperación del joven, quien ya tenía fatigosa la respiración y acelerado el pulso.

Latió con fuerza el corazón del contristado deudor, cuando Doña Carmen mandó hablarle y vivamente emocionado se presentó ante ella.

—Alégrate, hijo mío, le dijo: todo está arreglado. Ayer pidió tu papá para tí la mano de Lupe Figueroa que te fué concedida. Fijóse el ocho de Junio para la ceremonia civil y el diecinueve para el matrimonio eclesiástico.

—¡Ay, mamá! murmuró Alfonso con profundo desaliento, está lejos, muy lejos: faltan más de cinco meses.

—Paciencia, hijo mío, cinco meses pasan con asombrosa celeridad.

—Pero entretanto papá me dará dinero para todas mis compras.

—No te dará nada; ha dispuesto que vivas en la planta baja de la casa que arreglaremos y amueblaremos convenientemente.

—Pero qué ¿voy á ser toda la vida hijo de familia? ¿con qué trabajo?

—Antonio ha dispuesto también que desde el siguiente día de tu boda, lleves la correspondencia de la casa, pues dice que es lo único de que eres capaz; tendrás un sueldo decente y nada más. En-

tretanto, aprende cuanto puedas en la casa donde te ha puesto, de tí depende ascender con rapidez. ¿Crees que tu padre, si te ve laborioso y bueno, no te dará cuanto quieras?

Alfonso se dejó caer abatido sobre el sofá.

—Pero, ¿qué tienes, hijo mío? ¿Cuándo pensaba comunicarte la nueva más feliz para tí, te entristeces y aun te abates?

El contrariado joven creyó que su dolorosa actitud podría venderle, hizo un esfuerzo y repuso:

—La emoción, mamá: está bien cuanto ha dispuesto papá.

Volaba el tiempo y Alfonso no sabía qué hacer. Resolvióse á solicitar un préstamo. ¿Ocurriría á los prestamistas? No, pues tal paso parecíale muy peligroso; por otra parte, ¿querrían prestarle? ¿Qué garantías les daba? ¿Valía algo la firma del hijo del banquero? Pensó luego en sus amigos. Pimpollo gastaba todas sus rentas y no podría facilitarle la cantidad que necesitaba. Además, era muy tonto y poco discreto, iría á contarlo á todo el mundo. ¿Ernesto? Quizá; pero no ignoraba Alfonso que era pretendiente de su hermana y solicitar de él un préstamo le era bochornoso y humillante. En las mis-

mas condiciones estaba respecto de Guillermo; pero no había remedio, tenía que elegir entre uno de los dos. El carácter bondadoso y discreto de Guillermo le decidió á preferirle y salió en busca del joven. Hoy es domingo, se dijo, y suele ir al despacho cuando hay correspondencia importante; pero si no está allí, le buscaré en su casa.

Durante el camino, Alfonso sentía toda la amargura de la humillación. Era orgulloso aún en medio de las bajezas del vicio. Había nacido y crecido en la opulencia y en el lujo, y la vanidad encontró en el rico banquero y su familia, bien abonado terreno para prosperar, pues aun la bondadosa Doña Carmen era orgullosa sin siquiera sospecharlo ella misma.

—¿Está aquí Guillermo?, preguntó Alfonso al portero de la casa del señor Minjares.

—Sí, señor, está en el despacho.

Alfonso iba á llamar á la puerta, pero vióla cerrada por fuera con candado. El portero que le observaba, le dijo:

—Debe estar abierta ó entornada la puerta que da al corredor.

Alfonso pasó el zaguán, volteó por uno de los corredores y se acercó á la puerta que le indicó el portero: estaba entre-

abierta, empujó una de las hojas y entró. El despacho estaba desierto. ¿Habrá subido Guillermo á recoger las firmas del señor Minjares? pensó alertadamente Alfonso. Esperaré.

Estaba pálido, trémulo, agitado, y aquella palidez aumentó intensamente cuando se fijó en la caja de hierro. Llevóse las manos á la frente como sorprendido por un recuerdo; púsose sombrío y atento por un momento como si escuchase la voz de Satanás que le incitaba al crimen; acercóse á la caja, sabía el secreto para abrirla y la abrió temblando. Al sonar el pestillo, aquel sonido repercutió en el corazón del joven, helado de pavor. Fijóse en los rollos de billetes que henchían la caja, tomó al acaso uno, guardólo precipitadamente en el bolsillo, cerró, y volviendo el descompuesto semblante á todos lados, como si le mirasen, salió del despacho y de la casa. En la calle encontró por casualidad, á un gendarme, y tembló de pies á cabeza. Parecíale que en la faz llevaba escrito su crimen.

Llegó jadeante á su cuarto; se encerró, desfajó los billetes y contólos. Eran cinco mil pesos.

—¡Me he salvado! exclamó, y cayó sobre el lecho desfallecido de emoción y de fatiga.

XVII.

La bandera roja izada en la plaza de toros de "El Progreso," y la música que á la entrada toca, anuncian que es día de función. Ruedan por las calles céntricas los pocos carruajes particulares que hay en Zacatecas, y en breve conducirán á la plaza á las más guapas jóvenes de la ciudad, que reinas por algunas horas, presidirán la fiesta.

La tarde está hermosa; en las gradas de sol ondula un mar de humanas cabezas y óyese la confusa vocería del pueblo que concurre alborozado á su diversión favorita. La sombra va rápidamente llenándose: ocupa los palcos la "creme" y en los asientos cercanos á la contravalla los más ardientes taurófilos esperan ansiosos el principio de la corrida: dependientes, empleados, jóvenes ricos llenan tales asientos.

La plaza está recién regada y las artísticas banderillas de varios y vivos colores, colúmpianse, prendidas por la punta, de una cuerda horizontal tras de la valla. De vez en cuando óyese el grito de alguno que otro guasón que mata el tiempo con ocurrencias no siempre graciosas, con pesadas bromas ó dicharachos.

El momento se aproxima: entran los

músicos, á paso veloz, con los instrumentos debajo del brazo, suben las gradas de sombra para ocupar el lugar á ellos destinado. De trecho en trecho, aquí y allá, destácase un gendarme de negra polaina, y uniforme azul con blancos alamares al pecho, palo y pistola al cinto y recto como un poste. Oyese de repente un grito unánime, regocijado y agudo; y después de él, entre algunos ¡bravos! nutridísimo y prolongado aplauso. Todos vuelven la vista al regio palco, acortinado, y sobre cuyo arco tremolan enhiestas banderitas tricolores. La regia comitiva marcha arrogante embalsamando las aéreas ondas con el perfume que exhala. Los "chambelanes," entre los que se encuentran Guillermo y el Lic. Cortés, visten de rigurosa etiqueta, y las reinas, traje semicorto que deja ver los diminutos pies primorosamente calzados y aún algo de la media de vivo color, en armonía con el riquísimo traje. Ostentan las soñadoras cabecitas juveniles ramos de flores y enormes peinetas de teja de fino carey, y lucen la española mantilla artísticamente caída hacia la espalda. Toman asiento aturdidas por el entusiasta clamoreo de los espectadores y las dianas de la banda, y tras ellas, en pie, como pajes reales, permanecen los "chambelanes."

Ocupan los asientos del centro Lupe y María Teresa, aquélla vestida de amarillo y negro y ésta de azul y blanco: dos hermosuras enteramente distintas y arrebatadoras las dos. A la derecha, Anita con brillante traje blanco, y Lola con traje rojo y negro, y á la izquierda Mercedes y Toña, vestidas de color de rosa y verde esmeralda respectivamente. A la derecha del palco, en la grada contigua á él, un soldado de infantería, en pie y clarín en mano, con la cara semivolteada hacia el palco, espera órdenes.

—¡Toooro! grita el público. Guillermo, que acompaña á Anita, le dice que dé la señal. Anita no cabe en sí de júbilo; el placer colorea sus mejillas é ilumina sus ojos. Creese reina de verdad. ¡Qué bello es el mundo para Anita! ¿Por qué, piensa, le llamarán valle de lágrimas? ¡Insensatos!

—Toque usted, dice con voz de mando, al soldado.

La sonora voz del clarín dominando los aplausos y los clamores, vibra en el aire. La música toca una transcripción de "Carmen," y la cuadrilla, arrogante y alineada, aparece en el redondel. El alguacil, con pantalón corto de terciopelo, media de seda, choclos con dorada hebi-

lla, luenga chaleco, capa corta, sombrero de ala doblada con enhiesta pluma, todo negro, va delante, en brioso corcel. Luisillo palidece á cada cabriola del noble bruto, que espumajea al tascar el freno y sentir la fuerza de las riendas. Alfonso y Pimpollo encabezan el grupo de los peones, formado por la aristocrática juventud zacatecana: marchan donosos con la roja capa al hombro y en varonil actitud; siguen luego los picadores, garrocha en mano, gentiles caballeros en flacos rocines, y al último los "monos sabios," con pantalón blanco, gorro y blusa rojos, arrean las engalanadas mulas que al son de los cascabeles que rodean su cuello iérguense y enhiestan las orejas al oír el tronido del látigo. Párase la cuadrilla frente al palco real, descúbrense los lidiadores y saludan: correspóndenles las reinas con una ligera inclinación de cabeza, y aquéllos desparrámanse por el redondel. Cerca del coso y de la valla, los picadores, después de bajar el tapojo á sus potros, esperan al toro, garrocha en ristre y con el cuerpo inclinado hacia delante. Pimpollo, con la capa tendida al suelo, aguarda pálido y trémulo la primera embestida de la fiera. Un joven encaramado en la valla y con la moña en

la diestra, acecha el oportuno momento de clavarla al "bicho."

El alguacil, antes de retirarse, acércase de nuevo en su brioso corcel al regio palco, descúbrese y recibe en su sombrero la dorada llave del toril, que Anita le arroja con donaire y entusiasmo.

Suena de nuevo el clarín: la puerta del toril ábrese de par en par, y un toro gigantesco, según lo vió Pimpollo, sale rugiendo, coceando y espumajeando rabioso. Pimpollo, á no ser porque en esos momentos infundióle valor su adorada Dulcinea, hubiera sin escrúpulo vuelto las espaldas á aquel demonio cornudo. Sacudió la capa sin saber cómo, y el "bicho" alejóse, contentándose con embestir á Pimpollo y dejarle sobre el hombro en blancas burbujas una prueba de su furor.

Aquí y allá corren los gladiadores, tendiendo al suelo las capas, ó agitándolas al aire; ya un diestro deja burlado al "bicho" sacándole magnífica vuelta; ya otro corre desaforado arrastrando la capa que á media carrera suelta, para entretener al toro cuando le siente cercano, y mientras la fiera levanta en las astas la roja capa, el diestro pone ligero el pie en el barrote de abajo de la valla y las manos

sobre ésta, y vuela por los aires, salvándola y burlando al encolerizado "bicho." Perico le provoca luego; el toro ruge, olfatea y cava la tierra alternativamente con las pezuñas de una y otra mano, y mira irritado á Perico, que azota á su rocín, y garrocha en ristre, reta á la fiera á singular combate; el cornúpeto vacila, un peón le pasa la capa por la cara, obligándole á dar media vuelta, y queda frente á Perico, contra quien arremete con furioso ímpetu, y caballo y jinete caen en tierra; mientras aquél, á los golpes de la fiera se levanta despavorido y corre al rededor del redondel, y tras de él un "mono sabio," lazo en mano, para detenerle, Perico, ayudado de los peones, trabajosamente se levanta empolvado y cojeando, métese en el burladero, el cual, apenas entra el picador, truena al furioso golpe que contra él acestan las astas del enardecido "bicho." Gritos, risas, silbidos y aplausos, óyense por todas partes con infernal estrépito, como si acabaran de dar libertad á centenares de hambrientas y enjauladas fieras.

Entretanto, el otro picador, á media plaza, desafía al toro, que embiste luego iracundo y decidido, levanta con las astas por el encuentro al caballo, y por

unos momentos permanece éste casi enhiesto, y el feroz empuje del toro es contenido por la garrocha del jinete, que asido de ella á dos manos y encorvado y firme sobre los estribos, resiste la tremebunda embestida. La fiera, al fin, quebrantada por el dolor que le causa la punta de la garrocha, retrocede y huye vencida, y el picador, al faltarle el apoyo, suelta la garrocha y tiene que abrazarse del cuello del caballo para no caer. Entre bravos y vítores se desencadena una tempestad de aplausos y los sombreros caen de todas partes al redondel, mientras que la banda toca dianas una tras otra.

El afortunado picador, jadeante aún, á una señal de las reinas, sube al regio palco, quítase el sombrero de charro, hinca una rodilla y las suaves y aristocráticas manos de María Teresa, cíñenle una banda de ancho listón azul con primoroso ramo de flores artificiales prendido en el centro, y la concurrencia repite el estrepitoso aplauso.

Aprovechando el entusiasmo y la ocasión de que Guillermo se acerca á María Teresa para darle la banda y las flores, dícele al joven.

—¿Por qué estás tan serio, Guillermo?

—Serio, no; triste, muy triste, sí estoy.

—Si en algo te he ofendido, ha sido sin intención. Discúlpame.

Y los novios dirigiéronse una mirada que fué el beso de dos almas.

Suena el clarín, tocando á banderillas, y Pimpollo, entre risueño y medroso, cuádrase en medio del redondel: á una mirada de Lola, anímase, y golpeando el suelo con el pie, grita con resolución al gigantesco toro, que ya no le parece tan grande:

—¡Ea, becerro!

El animal, como si hubiera recibido la mayor ofensa, arremete contra Pimpollo, que no se mueve, y levántale en las astas. El banderillero que, según juró después, nada sintió, vuela por el aire, da una vuelta completa con los brazos tirantes y apretando entre las manos las banderillas. La fiera, que le esperaba con la cabeza erguida, como si quisiera jugar á la pelota con quien le había lanzado el denigrante epíteto de "becerro," véle venir patas arriba y aun parece regocijarse; pero huye y da un bramido de rabia al sentir en el cuello, antes que el cuerpo de Pimpollo, los chuzos de las banderillas, tan bien clavadas, que el más

afamado diestro hubiera anhelado tal hazaña. Indescriptible fué el entusiasmo, y la halgazara en que se desbordó la multitud.

—¡Viva Pimpollo!

—¡Bien por Pimpollo!

—¡Bravo, bravísimo!

—¿Fumaste "Canela Pura"? grita un barretero.

Lolita, que, durante el instantáneo paseo de Pimpollo por el aire, había gritado, gesticulado, hecho trizas el abanico, apretando nerviosa las manos y brazos de sus vecinas reales compañeras, é invocando á voz en grito á todos los santos del cielo, acabó por reirse al ver á Pimpollo levantarse del suelo sin novedad sacudiéndose risueño el polvo y calándose con donaire la cachucha.

Momentos después, el heroico Pimpollo, recibía en el regio palco, de manos de Lolita, el merecido premio, entre atronadores hurras y bravos, y la nerviosa joven entusiasmada contribuyó á la ovación desprendiéndose del peinado una roja camelia y obsequiando con ella al insigne banderillero, que loco de alegría, por poco vuela desde el real palco hasta en medio del redondel, é indudablemente hubiera hecho ese otro milagro, si Gui-

llermo, que notó la precipitación del joven, no le contiene, asiéndole de un brazo.

Animado otro banderillero con el público entusiasmo, llama á la fiera, aquí y allá, ora abalánzase, ora retrocede, hasta que logra componerla, corre á su encuentro, y pónesele en frente, y el mismo "bicho," al embestir, se ensarta las banderillas y el diestro rehuye el cuerpo, mientras el toro, cabriolando, busca con el espumoso hocico á uno y otro lado del cuello las banderillas en él clavadas.

Toca á muerte el clarín. Alfonso, que, en pie, cerca de la valla, con la muletilla y la espada en la mano, esperaba tan solemne momento, avanza hacia el palco de las reinas, detiénese frente á él, descúbrese, y, puesta en alto la diestra, dice:

—Brindo por las guapas zacatecanas, reinas de verdad, que se han dignado presidir la fiesta.

Arroja á lo alto la cachucha, y animoso y resuelto, dirígese hacia el toro. Siéntele el animal y vuélvese contra él. Alfonso, después de dos magníficas vueltas, coge con la diestra la espada, saca aún otra vuelta, que prepara al toro, y tiende la espada. La fiera vacila un momento y lánzase resuelta contra el diestro; hún-

dele en el cuerpo parte de la espada, ruge, se tambalea y cae en tierra convulsa. En el acto un peón remata al toro hiriéndole de punta en medio de la cerviz.

El popular entusiasmo llega al frenesí, y entre aplausos y vítores sube el afortunado capitán al palco real, donde la encantadora Lupe le ciñe la más hermosa de las bandas.

Los "monos sabios" atan de las patas á la muerta fiera, afiánzanle en las argollas de la polea, azotan á las mulas, que al son de los cascabeles, parten al galope, arrastrando el cuerpo del cornúpeto, que deja un ancho surco en el redondel, y tras ellos corre el muchacho con la carretilla, donde ha recogido la ensangrentada arena.

Cuando la luz del vespertino crepúsculo empezó á recoger su áureo manto y se anunciaron las primeras sombras de la noche, concluyó la corrida, sin que, durante ella, decayese, ni el brío y arrojo de los aficionados, ni el popular entusiasmo. Los elegantes "landeaus," situados á la salida de la plaza, reciben de nuevo en sus mullidos cojines la valiosa carga de las reales bellezas, acompañadas de los galantes "chambelanes." Los briosos corceles, con la cabeza erguida, moviendo

arrogantes las manos en airoso y simétrico trote, truenan las herradas pezuñas en el empedrado de las calles, que de vez en cuando fosforece, y dirígense á la Alameda para pasear á las reinas de la fiesta, tras las cuales vánse todas las miradas

---

XVIII

Guillermo, todos los días hacía corte de caja en la contabilidad; pero como el dinero estaba exclusivamente á su cuidado y los rollos de billetes contenían cantidades determinadas, al practicar tal corte contaba en globo y no pormenorizadamente; pero nunca dejaba pasar un mes sin practicar minuciosamente la operación, y siempre le salían iguales la existencia y el saldo. Hallábase ocupado en esta operación, y al encontrar un déficit de cinco mil pesos, no se alarmó, creyó firmemente en una equivocación; pero cuando después de repetir la cuenta varias veces, el resultado fué idéntico, quedóse frío, y un horrible presentimiento torturó su corazón.

Revisó cuentas, documentos, libros, y

nada; la cantidad no parecía. En esta tarea estaba, cuando entró el señor Minjares, y viéndole tan preocupado y afanoso, abriendo y cerrando cajones, y hojeando libros y papeles, preguntóle qué ocurría.

—Me faltan en la caja cinco mil pesos, contestó Guillermo, seguro ya de que esa suma había desaparecido.

Don Ignacio, que amaba el dinero con cariño firme y siempre creciente, se quedó atónito.

—No puede ser, exlamó, después de algunos momentos. Revise usted bien.

—Lo he revisado todo muchas veces, y no me cabe la menor duda de que alguien ha tomado de aquí esa cantidad.

—Pero si la caja está confiada á usted y sólo usted sabe el secreto de ella.

—Es verdad, y sin embargo, el dinero falta.

—Repito que no puede ser: habrá usted dispuesto de él.

—Jamás dispongo de lo que no me pertenece, repuso Guillermo, visiblemente indignado.

—Se habrá usted equivocado. Veamos esas cuentas.

Don Ignacio, silencioso y con la faz sombría, revisó todas las cuentas y documentos, y contó la existencia; el déficit era

indudable. Guillermo, entretanto, pensativo, ya daba vueltas en el despacho, ya se sentaba. No podía ni siquiera imaginarse quién se había apoderado de tal suma.

La hora de cerrar el despacho había con exceso pasado.

—¿Y bien, dijo Don Ignacio, con áspera voz y sañudo semblante, qué hacemos? usted es el responsable de ese dinero.

—No he dispuesto de él; pero lo pagaré. Hace tiempo que sirvo con laboriosidad y honradez en su casa, y no tiene usted la más leve queja de mí. Las gratificaciones anuales que mis compañeros han recibido, no las he recibido yo; dejándolas siempre en la caja de usted, con objeto de recogerlas por junto. Esas gratificaciones, anualmente fijadas por usted mismo, deben de ascender, por lo menos, á la cantidad que falta, abónelas usted á la caja.

—Este es asunto delicado que necesito meditar.

Guillermo, ofendido por la desconfiánza de su patrón, no contestó ni una palabra. Tomó el sombrero y dijo con sequedad:

—Buenas noches, y salió del despacho, irguiendo con dignidad la cabeza, como

el hombre que está seguro de su buena conducta.

Don Ignacio quedóse un rato reflexionando.

El Lic. Cortés, por bien combinadas intrigas, había logrado ser el abogado consultor de la casa del señor Minjares; éste mandó hablarle inmediatamente.

Don Ignacio, caviloso ya por lo sucedido, temió ser víctima de una gran estafa, y alarmado, continuó revisando libros y papeles. En esta tarea encontróle el joven abogado, quien saludóle sonriente y con el mayor afecto.

—Dispense usted que le haya molestado, le dijo Don Ignacio, pero me urge hacerle una consulta.

—Me tiene usted á sus órdenes.

—La caja de mi casa, como usted sabe, está confiada á Guillermo Fernández; hoy le han faltado cinco mil pesos, de cuya pérdida no dá ninguna explicación.

Los ojos de Ernesto brillaron con siniestro fuego.

—¿Y bien, murmuró, nadie más que Guillermo, maneja los fondos?

—Nadie más.

—Entonces no hay aquí nada que inquirir, sino un delito que castigar. Guillermo Fernández ha robado á usted.

—¿Lo cree usted así?

—Sin duda alguna. Y es necesario revisar la contabilidad, no sea que el desfalco sea mucho mayor.

El señor Minjares palideció, helósele la sangre. El pensamiento del abogado coincidía con el que también á él habíale ocurrido.

—¿Qué le parece á usted conveniente hacer?, preguntó.

—Presentar sin demora la acusación al juez en turno, del ramo penal.

—Mas hay la circunstancia de que á Guillermo, por gratificaciones anuales desde que está á mi servicio, correspóndele aproximadamente la cantidad que falta.

—Y de sus sueldos mensuales, ¿le debe usted algo?

—No, señor, los pide mensualmente, pues creo que le bastan apenas para vivir, según su posición. La mejor remuneración para mis dependientes, consiste en la gratificación que se les dá después del balance anual, la que varía según las utilidades de la casa.

—¿Y tiene usted obligación de darles tal gratificación?

—Obligación estricta, no; costumbre á la cual no he faltado jamás, sí.

—Bien, pero tal gratificación merécen la los empleados fieles, de ninguna manera los que abusan de la confianza en ellos depositada; por otra parte, no es imposible que el desfalco sea mayor y esté encubierto por hábil combinación de cuentas, y para descubrirlo, necesita usted calma y tiempo. No hay, pues, que tomar en consideración, para nada, las gratificaciones que usted menciona, tanto más, cuanto que no tiene usted estricta obligación de darlas.

—Tal vez tenga usted razón.

—Además, si Gnillermo es inocente, lo que dudo mucho, pues le conozco bien, se justificará No existen los tribunales para castigar á los inocentes, sino á los criminales, y para depurar la conducta de los que han dado lugar á que se sospeche de ellos.

El señor Minjares se quedó pensativo: aquella frase del abogado: conozco bien á Guillermo, le hizo temblar de piés á cabeza. La exaltada imaginación del banquero presentóle su casa quebrada, sobre él la ruina y la familia en la miseria.

—Proceda usted, dijo á Ernesto, como lo crea más conveniente, y á la mayor brevedad posible.

—En el acto, contestó Ernesto, y allí

mismo, en el escritorio, por largo tiempo ocupado por un dependiente fiel y honrado, que con su talento y laboriosidad había influido poderosamente en aumentar la fortuna de su patrón, escribió el abogado una virulenta acusación que arrojaba ignominiosa mancha en la limpia reputación de Guillermo.

Ernesto, concluido que hubo el difamador escrito, lo leyó á Don Ignacio, recalcando las frases que le parecieron más convenientes. El satánico espíritu del odio dió á la fácil palabra de Ernesto, vigor y elocuencia, y á Don Ignacio, cuyo ánimo no podía estar mejor preparado, parecióle aquel escrito, necesario y magnífico; así es que lo firmó, no sólo sin vacilación, sino con alegría, y aun recobró en parte la tranquilidad.

—Mañana, á primera hora, yo mismo lo pondré en manos del Juez, dijo Ernesto.

—Sí, señor abogado, se lo encargo á usted mucho.

El Lic. Cortés salió del despacho de Don Ignacio con la excitación de la hambrienta fiera que vé cerca de sí atada é indefensa á la víctima.

XIX

En la casa del señor Sifuentes, hay inusitado movimiento: los pintores y tapiceros pintan los corredores y tapizan los muros de finísimo papel, y se espera un enviado especial de la casa de Jorge Uhna de San Luis Potosí, encargado de amueblar lujosamente la planta baja destinada á Alfonso.

—Ahora solo falta, decía María Teresa á su mamá, que papá escriba á la casa de Wagner, de México, pidiendo un piano Steinway; algunas alhajas á "La Esmeralda," entre las que se contará el anillo de boda, y los trajes á "El Palacio de Hierro ¿te parece bien?

—Creo que tienes razón.

—Lo que no me agrada es que mi hermano Alfonso vaya á vivir en la planta baja; ¿por qué, papá, no le compra una magnífica finca? Lo que es á mí ya se lo prevendré en la primera oportunidad, me ha de dar una casa como regalo de boda.

—La planta baja de nuestra casa, hija mía, es muy buena: por mi parte me alegro mucho de la disposición de tu papá, pues así tendré á mi Alfonso cerca de mí.

En esos momentos entró Lupe á la estancia.

—Adelante, dijo María Teresa, adelante, querida hermana y la más guapa de las zacatecanas hermosuras. Nos has sorprendido en pleno consejo. Estábamos arreglando algunas cosillas para tu próxima boda..

Lupe bajó los ojos y vivo carmín coloreó sus mejillas.

Doña Carmen saludó cariñosa á Lupe é intencionalmente salió de la pieza, para dejar libertad á las jóvenes que no gustan de ser expansivas delante de personas de respeto. Apenas salió, María Teresa dijo á Lupe.

—Tengo que contarte muchas cosas.

—Ya te escucho.

—Guillermo, desde el día de la corrida de aficionados, mejor dicho, desde la noche de la última posada á que concurrió, que fué la que me tocó, está muy poco comunicativo conmigo, y en la corrida apenas me dirigió la palabra. No sé si está enojado: tú, que lo conoces bien y sabes leer en sus ojos ¿no le has notado algo? ¿nada te ha dicho él de mí?

—Le he visto, en efecto, muy melancólico. ¿No le has dicho tú alguna cosa que le ofenda? Porque Guillermo es muy delicado.

—No, nada; por más que pienso, no hallo qué cosa le ofendiera, pero está ofendido, no me cabe la menor duda.

—Quizá inconcientemente has pronunciado una frase que hiera su dignidad.

—Ninguna, estoy segura.

—¿No te habló de matrimonio?

—Sí, varias veces.

—¿Y qué le contestaste?

María Teresa se quedó un momento pensativa.

—¡Ah! sí, ya caigo, exclamó. La última vez sin pensarlo, se me escapó esta frase: ¡Dios me libre!

—Es decir, que Dios te libre de casarte con él. Y ¿crees que tales palabras sean dulces caricias para un hombre bueno, digno y amante?

—Tienes razón; no había reflexionado.

—Pero si tal frase se te escapó, la guardabas en el corazón.

—Sí, la verdad la tenía; pero ya no la tengo.

—¿Cómo la has de tener si le diste salida?

—Quiero decir, que pensé que al lado de Guillermo no tendría ni la envidiable posición social, ni las consideraciones de que disfruto al lado de mis padres; pero amo á Guillermo, tú lo sabes, y juzgué

que no casándome por ahora, conservaba ambas cosas, su amor y mi posición social; pero puesto que puedo perder aquél, cambio de pensamiento. Además, viendo que se preparan todas las cosas para tu boda, me han dado muchísimas ganas de casarme yo también. Estoy envidiosa de tí, hermanita. Ojalá que nos casáramos el mismo día.

Lupe exhaló un profundo suspiro.

—¿Por qué suspiras? Qué ¿no te gustaría á tí lo que á mí me colmaría de alegría?

—Yo quiero la felicidad de Guillermo.

—¿No más la de él?

—¿Por ventura él y tú no están ya unidos por la más grata y dulce de las voluntades, la del cariño?

—Tú sabes querer, te lo he conocido siempre que contigo hablo de amor. ¡Qué feliz va á ser contigo mi hermano Alfonso!

Lupe hizo un poderoso esfuerzo para contener las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos y repuso:

—Pídele á Dios que lo sea.

—¡Dios mío, Dios mío!, dijo Alfonso entrando precipitadamente, con el semblante descompuesto y revelando en la mirada extraño pavor.

Las dos jóvenes asustadas lanzaron un grito.

—¿Qué tienes, qué te pasa? preguntó temblando María Teresa.

—¿Nada les han dicho, nada saben ustedes?

—¿De qué?

—Guillermo está en la cárcel.

Lupe y María Teresa se miraron asombradas: creyeron ambas haber sufrido una equivocación, y preguntaron á la vez:

—¿Quién?

—Guillermo Fernández.

—¿Pero él? dijo Lupe. No puede ser Indudablemente la autoridad se ha equivocado.

Alfonso, herido como por un toque eléctrico, gritó frenético:

—Sí, sí; indudablemente se ha engañado, no la autoridad, sino Don Ignacio Minjares, que ha presentado al juzgado del ramo penal una acusación contra Guillermo.

María Teresa, atónita, fuera de sí abría inmensamente los ojos sin pronunciar ni una palabra.

—¿Y de qué acusan á Guillermo? preguntó Lupe, cuyo hondo dolor era dominado por la indignación.

—El señor Minjares le ha acusado de

robo con abuso de confianza, de la cantidad de cinco mil pesos. Y yo juro ante Dios y ante los hombres que Guillermo es inocente.

—Sí, sí; ¡es inocente! clamaron Lupe y María Teresa.

¡Alfonso, anonadado dejóse caer sobre el sofá, mientras que Lupe y María Teresa se deshacían en llanto.

La noticia de la acusación presentada contra Guillermo voló como eléctrico fluído por toda la ciudad, y la honra del desventurado joven caía de su elevado pedestal y era sin misericordia destrozada por el rayo de la difamación.

Si un juez para fallar un proceso necesita tiempo, pruebas, oír y valorar las razones de la acusación y de la defensa, meditarlo todo, y aún después de esto no pocas veces vacila inseguro, el público, guiado por el general clamor, que exita la imaginación, obscurece el entendimiento y pone en ebullición las pasiones, falla sin conocimiento de los hechos y espoleado por la malicia de su naturaleza corrompida, generalmente condena cruel é implacable.

Para la mayor parte de los comentadores de la interesante nueva, Guillermo era un ladrón, antes encubierto con el antifaz de la hipocresía. Para los banque-

ros, la justicia debía ser inexorable con él para escarmiento de muchos. Don Ignacio era una víctima pérfidamente burlada por aquel en quien había depositado su confianza. Todos ellos, ese mismo día, contaron las existencias de sus cajas, y dirigieron â sus cajeros investigadoras miradas, y no faltaron algunos que limitaran las facultades que les habían concedido y les aumentaran las obligaciones.

Una oleada infernal de difamación inundaba las casas de comercio, los bufetes, las oficinas públicas, penetraba has ta el santuario de los hogares y subía desbordante, en irreverentes cuchicheos, hasta el sagrado recinto de los templos.

La prensa local de información, y pocos días después la de toda la República, refería el suceso; y el aturdido y criminal gecetillero sacrificaba sin el menor remordimiento de conciencia á la oportunidad de una noticia, la honra sin mancilla de un reo á quien la misma ley considera inocente, mientras no exista ejecutoria que le condene. Y aquella prensa degenerada y vil que fantaseaba á su antojo acerca de un hecho del que tenía vaga y general noticia, se arrastraba aduladora á los pies del rico banquero, mien-

tras que insultaba cobarde al infeliz procesado.

XX.

Apenas acababa de desayunarse Guillermo, y deliberaba si concurriría ó no al despacho del señor Minjares, cuando llamaron fuertemente á la puerta de su casa, y un gendarme le presentó una orden del juez del ramo penal para que compareciera inmediatamente al juzgado. Guillermo en el acto comprendió todo, pues sabía ya que el Lic. Cortés era abogado de la casa de su patrón, levantó los ojos al cielo con heroica entereza y cristiana confianza. Aquel noble corazón formado en el amor al trabajo y al cumplimiento del deber, y acostumbrado á poner toda su confianza, no en el hombre falaz y mudable, sino en Dios que es siempre fiel, lejos de temblar ante el tremendo peligro, previnose para el combate. La tranquilidad de la conciencia dábale la certidumbre de la victoria. No vaciló su fe, ni al recuerdo de las desconsoladoras palabras de un insigne publicista, que afirma que en este mundo pecador generalmente el perverso

triunfa del bueno. Con acento tranquilo dijo al gendarme:

—Dentro de algunos minutos estaré por allá.

—Tengo orden de acompañarle.

Guillermo, sin alterarse, tomó el sombrero y repuso:

—Vamos.

El proceso habíase iniciado con inusitada rapidez. Esa misma mañana, el señor Minjares había ratificado su acusación, se habían examinado ya testigos que declaraban que la caja de la casa del señor Minjares estaba bajo la custodia y responsabilidad de Guillermo Fernández, y que en ella había un déficit de cinco mil pesos.

Guillermo presentóse ante el juez con serenidad. Los empleados del Juzgado secreteábanse y veían al joven con extrañeza. El juez le miró también, como buscando en aquella faz apacible y en aquellos expresivos ojos, las huellas del delito, y después de preguntarle sus generales y amonestarle para que se condujera con verdad, procedió al interrogatorio. Este fué breve: Guillermo confesó la existencia del desfalco, negó enérgicamente haber dispuesto de tal suma, de la que, en caso necesario hubiera podido disponer, por tenerla depositada en la caja

de su patrón por gratificaciones anuales no recogidas.

Esta defensa de Guillermo había sido hábilmente cortada desde la acusación, por el Lic. Cortés, quien arteramente negaba la existencia de tal depósito. El juez indicó á Guillermo se fijara en tal circunstancia; éste, vibrante de indignación, habló con tal espíritu de verdad, que el juez, á pesar de su juventud, no dudó de la inocencia del acusado. No obstante, creyó necesario depurar la verdad por medio del proceso, y mandó á Guillermo á la cárcel, detenido é incomunicado. No había necesidad de tal incomunicación, pero el novel abogado, siguió la tiránica práctica de la cual jamás se había apartado ninguno de sus antecesores.

Al entrar Guillermo á un estrecho, sucio y antihigiénico calabozo de la cárcel de Zacatecas, situada en la plaza de Santo Domingo, y sentir que tras él cerrábanse las puertas de la prisión, dos ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Amor, felicidad, honra, todo lo he perdido en un momento, exclamó. ¡Bendito sea Dios! y lloró, lloró mucho pagando el tributo á la humana flaqueza; pero sobre ella, dominante, triunfador, levantábase el espíritu creyente. La fe es la misteriosa, la única, la invencible fuerza en

los grandes dolores. Cuando todo en derredor nuestro flaquea, cae y se hunde, sobre aquel montón de ruinas iérguese impasible la imagen de la fe, señalando el cielo. Cuando las sombras nos envuelven y el seductor panorama de la vida desaparece ante nuestros ojos, en el fondo de las almas buenas brilla la luz de una esperanza que no apaga el soplo del más terrible huracán. Cuando todas las personas queridas nos abandonan, el amor, que es luz, vida y fuerza, concéntrase en nuestro corazón, como los esplendores en el foco que los producen. para elevarse á las regiones sobrenaturales.

Guillermo, envuelto en aquella tremenda é inesperada catástrofe, que sepultaría bajo sus ruinas hasta el amor de María Teresa, buscó refugio en la justicia eterna.

La cárcel es un antiguo y vasto edificio, en otro tiempo convento de dominicos; las celdas se han convertido en calabozos, y allí, donde antaño la piedad de los religiosos elevó á Dios fervientes plegarias, hogaño Guillermo eleva una oración cuyo perfume era igual ó tal vez superior al de aquellas. Dentro del término de la ley, el juez dictó auto de formal prisión contra Guillermo, y levantóle la

incomunicación. Inmediatamente presentóse ante él Don Germán Olivares, el docto abogado en quien antes que el procesado, pensó Lupe, y le rogó fuese á ver á Guillermo y le defendiese.

A la primera hojeada comprendió el Lic. Olivares la inocencia del acusado, la enemistad del Lic. Cortés, la causa de ella y el amor que Lupe profesaba al reo, y con interés y entusiasmo tomó á pechos la defensa del joven.

El primer paso del defensor, fué promover la libertad del procesado, bajo caución. Para obtenerla, había el grave inconveniente de encontrar fiador idóneo para Guillermo. Alfonso espontáneamente se ofreció, pero no tenía bienes propios y no podía, por ende, ser aceptado.

Don Germán no quiso perder tiempo y resolvióse á constituir de sus propios fondos, el depósito que se le exigiera. El Lic. Cortés concurrió á la audiencia y se opuso con todas sus fuerzas á la libertad de Guillermo, y, ora fuera por pusilanimidad del juez, ora por las influencias hábilmente movidas por Ernesto, ora porque, en efecto, el juez, creyese improcedente la libertad solicitada, la negó, á pesar de las sólidas razones alegadas por el Lic. Olivares.

Con este incidente aumentó la eferves-

cencia del clamor general. Los linderos entre lo justo y lo injusto no están siempre tan bien determinados, que en algunos puntos no se mezclen y confundan, y tal confusión origina diversas opiniones. Ya no había duda: Guillermo Fernández era un estafador, peor que los salteadores de camino, pues éstos, al menos, exponen su vida antes de apoderarse de lo ajeno.

No era el señor Sifuentes de los menos exaltados en contra del procesado. Hasta entonces había notado, no sin disgusto, la recíproca simpatía de Guillermo y María Teresa, y había disimulado creyendo firmemente que no pasarían de tiernas palabras y platónicos amores: pero cuando con motivo del ruidoso proceso hubo adulador indiscreto ó malicioso que le dió el pésame por la aflixión en que debía de estar María Teresa por la prisión de su futuro esposo, desbordóse la ira del orgulloso banquero.

María Teresa había sinceramente sentido la desgracia de Guillermo, creía en su inocencia con plena seguridad, y no pudo jamás la difamadora elocuencia de no pocas de sus amigas, arrojar en su espíritu ni la más leve sombra de duda.

—Es inocente, decía siempre; es inocente.

No salió de su casa en varios días, y aun

menguó su entusiasmo por atender al esmerado atavío de su persona.

Tal era el estado de ánimo de la hermosa rubia, cuando su padre, con el semblante desfigurado por la cólera, díjole con imperiosa voz:

—Quiero y te mando que en el acto, sin la menor dilación, remitas á Guillermo cuantas cartas tengas de él, pues he averiguado que tienes varias.

La joven se puso lívida y no pudo articular palabra.

—Me ha sido bochornoso, continuó Don Antonio, que se haya necesitado un crimen para que conocieras á quien buscaba, no el afecto de tu corazón, sino la fortuna ganada con mi trabajo, ó quizá una terrible venganza; pero por otra parte, celebro tal acontecimiento: nadie, ahora, me tachará de apasionado.

Don Antonio, viendo que su hija no se movía, ni hablaba, continuó subiendo de tono la voz:

—¿Qué esperas? ¿No me has oído? ¿No te basta que el padre de ese criminal me diera durante los floridos años de mi vida los más crueles sinsabores? Mi fortuna y mi honra fueron por muchos años el blanco de todos sus tiros y ya lo ves, la Providencia castiga en el hijo las maldades del padre.

—Obedeceré, papá, dijo María Teresa, trémula y conturbada.

Las injurias lanzadas por su propio padre contra Guillermo, hicieron al corazón de la joven un daño indecible, y rompió á llorar.

—Nada de lágrimas: traeme esas cartas, las necesito; hoy mismo deben estar en poder del delincuente.

María Teresa dirigióse al elegante ropero de biselada luna, abriólo, y de una cajita perfumada, alegre nido de mil ilusiones sacó un paquetito de cartas atado con un listón color de rosa, algunas flores y un guardapelo de oro que contenía un rizo y el retrato de Guillermo.

—Aquí están, dijo á su padre.

—Ahora, escribe.

—Papá: las mandaré sin decirle nada.

—Te mando que escribas.

María Teresa conocía muy bien el impetuoso é inflexible carácter de su padre, inclinó resignada la cabeza, tomó pluma y papel y escribió lo que su padre le dictaba.

"Señor:

Nada puede haber de común entre nosotros, después de lo que ha pasado. Le remito sus cartas: sírvase devolverme luego las mías."

La joven firmó, dobló el papel, púsolo en el sobre y entregó á Don Antonio paquete y carta.

El banquero, sin murmurar ya ni una palabra, salió de la habitación.

—Todo acabó entre él y yo, dijo María Teresa, y se quedó contemplando con dolor la cajita que había guardado el perfume del corazón de Guillermo.

XXI.

El Lic. Cortés tenía la perspicacia de la malevolencia y la actividad de la codicia. Conoció luego el rompimiento entre Guillermo y María Teresa, con ansiedad por él esperado, y sin pérdida de tiempo volvió con ímpetu á acosar á la virginal belleza cuyo afecto anhelaba con frenesí. En cuanto al amor de Ernesto para María Teresa, no era grande ni profundo: aquel corrompido corazón era incapaz de tal amor. Cautivábale, es verdad, la belleza de la aristocrática rubia, á quien, sin embargo, guardaba oculto rencor por haberle pospuesto á Guillermo, pero á todo trance, quería encumbrarse favorecido por la fortuna y alta jerarquía social de la hermosa joven.

María Teresa recibió las declaraciones del joven, primero con ira, después con indiferencia, y por último, con el únicc agrado de la vanidad halagada.

Ernesto ocultaba arteramente á todos los amigos de Guillermo, los esfuerzos que hacía para perderle, y con hipocresía capaz de convencer á la misma virtud, si ésta no tuviera divina luz, lamentaba el suceso, compadecía al procesado, y esperaba su completa justificación; pero entretanto, en cumplimiento del deber profesional, tenía que patrocinar al acusador.

Tan tierno y compasivo estuvo en cierta ocasión, que el señor Sifuentes se irritó del candor del Lic. Cortés, y Doña Carmen se conmovió y calurosamente elogió los buenos sentimientos de aquel corazón de oro.

Alfonso, desde el día de la prisión de su amigo, no hallaba en ninguna parte reposo. La paz había huído para siempre de su alma; algunas veces sorprendíale la aurora sentado en una poltrona, sin haberse siquiera tendido en el lecho, con la mirada fija en el suelo y el semblante afilado por el sufrimiento.

El, solamente él, tenía la culpa de todo; pero juzgaba imposible remediar el mal. Decir una sola palabra. No, nunca,

jamás. Si sólo perdiese la protección y aun el cariño de su padre, tal vez hablaría; pero á su Lupe, al ángel á quien amaba con suavidad incomparable, en cuyos ojos había luz del cielo, en cuya voz vibraban inefables harmonías y cuyo corazón exhalaba la fragancia del perdido paraíso, no, nunca, jamás.

Frecuentemente para no sentir sus penas, Alfonso buscaba en el alcohol la insensibilidad del embrutecimiento; pero apenas su razón se despejaba, la serpiente del remordimiento juntaba más sus anillos y se enroscaba más estrechamente en aquel afligido corazón.

Alfonso no había visto á Guillermo desde el día en que le aprehendieron; pero cuando supo la escena que había pasado entre María Teresa y su padre y el rompimiento de las relaciones de aquella con su novio, se contristó mucho y apresuróse á visitarle, pues le dolía en el alma aquel acontecimiento tan humillante para Guillermo.

Poco antes de llegar Alfonso á la alcaidía, donde el procesado recibía sus visitas, éste estaba acompañado del Lic. Olivares. El docto abogado empeñábase en entablar una demanda civil contra el señor Minjares por los fondos que indebidamente había detenido á Guillermo.

—No hay ejecutoria que condene á usted, y él no puede retener lo que á usted pertenece. Autoríceme para hacer la debida reclamación.

—No, señor, repuso Guillermo. Ahora menos que nunca; se creerá que es una venganza después de la carta que me escribió María Teresa; daría lugar á que la pública difamación que recoge los pensamientos y juicios de todos para ser más infame y calumniadora que ninguno, nos hiriera á ella y á mí con las lenguas de todos.

—¿Ama usted aún á María Teresa?

—No lo sé; he abierto á usted mi corazón agradecido en el alma á sus bondades para conmigo. Algunas veces, al verle cerca de mí, paréceme usted la sombra de mi amado padre que viene á ampararme en la prisión.

Don Germán enternecióse mucho al escuchar á Guillermo.

—El golpe más fuerte y doloroso que he recibido durante tan extraños y dolorosos sucesos, continuó el joven, ha sido sin duda esa carta que como envenenada saeta penetró en mi pecho; pero quizá haya sido el más eficaz remedio para curarme de un insensato amor.

—Dios lo quiera.

—Cuando ví la resistencia de María

Teresa á ser el ángel de un hogar pobre, pero honrado, mi amor propio sufrió la primera terrible lesión, pero no naufragó aún aquel tierno y ardiente afecto que por ella sentía; mas cuando en la desgracia que me aflige, que no me he buscado, sino que Dios me envía y recibirla debo como dádiva de sus manos, llega á mi obscura prisión el eco de la voz de la mujer amada para decirme: huyo de tí porque eres criminal, no pueden ya quedar de las ilusiones de ayer sino míseros despojos.

—Mas la herida no ha cicatrizado aún.

—Es muy honda.

—Yo tengo un bálsamo eficaz que la curará en breve.

—¿Cuál?

—Los ojos de aquella dulce morena en donde reverbera un sol que no tiene ocaso.

—¿Cree usted que me ame?

—Estoy seguro de ello.

En ese instante entró Alfonso, vió al abogado, luego á Guillermo con cariño y se arrojó en sus brazos.

—¡Guillermo!

—¡Alfonso!

Los dos amigos lloraron; el uno de gratitud, el otro de pena y remordimiento.

—Sólo Pimpollo y tú han venido á vi-

sitarme. ¡Qué pocos amigos le quedan á uno cuando está en la cárcel!

—¿Vino Pimpollo?

—Sí, fué el primero en visitarme.

—Y doy testimonio, dijo el Lic. Olivares, de que se afectó mucho.

—Citan á usted del Tribunal, dijo al abogado el alcaide.

—Bien, voy luego.

—¿Saldrá hoy Guillermo? interrogó Alfonso.

—Así lo espero, contestó Don Germán, la libertad bajo caución es procedente; pero el juez de primera instancia obstinóse en negarla. Voy al Tribunal.

—Espero, dijo Alfonso, tengo ansia de saber la resolución.

Los dos amigos entregáronse á los dulces desahogos de la franca amistad.

—Tengo que confiarte una cosa, dijo Alfonso en el momento que creyó más oportuno.

—¿Cuál?

—Papá obligó á mi hermana á escribirte la carta que te mandó; ella se resistía. Te lo digo para que á los pesares que tienes no se agregue el de que hayas creído cruel á María Teresa. No sería ella capaz de ultrajarte así.

—Sí, te creo, y no sabes el placer que me infunden tus palabras. Bien veo que

nada puede haber ya entre María Teresa y yo, y de ella me he despedido para siempre. Fué su cariño una página dorada de mi vida, y era conveniente, para que la dicha no me embriagara, que viniese después esta página negra. Sí, Alfonso, la embriaguez de la dicha suele ser la peor de todas, por eso la paternal Providencia no hace dichosos en el mundo.

Aquellas palabras de Guillermo, pronunciadas con tan profunda convicción y en tan solemnes momentos, impresionaron mucho á Alfonso y no las olvidó en toda su vida.

—Y bien, amigo mío, dijo Guillermo, nada me dices de tí, de tu boda, de tu felicidad.

Alfonso suspiró tristemente y repuso:

—Guillermo, Lupe es buena, muy buena; pero cuantas veces hablo con ella de nuestro porvenir, del amor puro y grande que me ha inspirado, no siento que su corazón se dilate henchido de emoción. Paréceme que se esfuerza por quererme, que busca en mis ojos una luz que logre fascinarla y una alma á quien estrechar con el vigoroso impulso de la suya; pero que á pesar de sus heróicos esfuerzos no la encuentra. ¿Me engañaré? ¿Será que todo le parece poco á mi cari-

ño? Tú que la conoces bien, dime, ¿qué juzgas?

Las palabras del jóven impresionaron profundamente á Guillermo: su fantasía presentóle á la dulce morena, incesantemente procurando amar á quien ya iba á darle su nombre, y se arrepintió una y mil veces de no haber sido él el primero en hablar á aquel corazón y en no haber conquistado un amor que entonces tenía en alta estima. En ese momento sintió hasta celos y no pudo resignarse á ver los esfuerzos de Lupe para amar á Alfonso. Púsose en pie, agitó la cabeza como para ahuyentar tal imágen, y respondió con sequedad:

—No sé.

—¡Victoria! dijo Don Germán entrando.

—¿Qué hay? repuso Alfonso.

—El Tribunal ha revocado el auto del juez de primera instancia; declara procedente la libertad bajo caución.

Todavía necesitáronse algunos trámites; pero debido á la actividad del Licenciado Olivares, Guillermo quedó en libertad ese mismo día.

La anciana y criada que asistían á Guillermo le recibieron con tales muestras de alegría que éste se conmovió ante la gratitud de aquellas sencillas almas. La

anciana, morigerada y devota, buscó en vano una dura frase con que anatematizar á los calumniadores de Guillermo; pero con toda seguridad hubiera lanzado á los cuatro vientos el mayor dicterio si lo hubiera sabido en español; mas si no lo pronunció la boca, lo dijo el corazón.

XXII

—¡Cuánto le agradecemos, decía Lupe á Guillermo que su primera visita haya sido para nosotras!

—Cuán afligidas estábamos por tantos acontecimientos tristes! murmuraba Doña María.

—Son las únicas amigas que me quedan en el mundo. No sé por qué durante los amargos días de mi cautiverio, recordaba sin cesar aquella edad feliz en que Lupe y yo jugábamos juntos.

—Y hasta reñíamos alguna que otra vez.

—Pero no eran riñas de verdad.

—No; era para contentarnos después y que la reconciliación hiciese más dulce la amistad.

Los ojos de Lupe y Guillermo sostuvieron por unos instantes una mirada

tierna y expresiva, parecían decirse: ¿por qué no vuelven aquellos dichosos tiempos?

Después siguió entre los jóvenes un embarazoso silencio que nadie se atrevió á romper. Era evidente que ambos tenían que decirse muchas cosas, y no podían ni debían salir de su pecho. Guillermo fué el primero en hablar:

—¿No me toca usted algo?

—Sí, con mucho gusto; aunque estoy segura de hacerlo muy mal, pues desde que está usted preso el piano ha enmudecido. ¿Qué quiere usted que le toque?

—"Rayo de Luna" de Beethoven, dijo el joven, me gusta mucho.

Mientras Lupe tocaba con ternura y hondo sentimiento, aquella inspirada sonata del gran maestro alemán, Guillermo escuchaba con reverente silencio. Sentía algo extraño, indecible, como si en efecto un rayo de la casta diosa de la noche iluminara las tinieblas de su espíritu.

—¡Qué bello! exclamó cuando murió en el piano la vibración de la postrera nota. Lupe, tiene usted alma de verdadera artista. Me ha hecho sentir y sufrir mucho.

—¡Sufrir, Dios mío! entonces nunca vuelvo á tocar delante de usted.

—Quien siente mucho, sufre; pero es un sufrimiento que se anhela, se busca, se ama. Será lo que digo una paradoja que no puedo explicar ni usted. comprender; pero hay alegrías que matan y dolores que vivifican.

—Ah, sí. Guillermo; comprendo á usted. Es verdad.

—¡Chico, chico!, gritó una voz en el zaguán, y apareció Pimpollo, sonriente, con los brazos abiertos, cantando el aria de la ópera "Aida:" "Ritorna vincitor." tan mal y tan desafinado, que Lupe no pudo menos de sonreírse.

—¿Conque respiras ya el aire de la libertad? Lo supe luego, me dijeron que estabas aquí, y tomé la casa por asalto, la señora y la señorita se servirán disculparme.

—Esta es la casa de usted. respondió Doña María.

—Gracias.

Pimpollo volvió á abrir los brazos. y la boca. y sin cerrar ésta dió á Guillermo tan apretado abrazo. que casi le sofocó.

—¡Hombre, si parece sueño lo que te ha pasado!

—¡Siéntate, repuso Guillermo. Cuánto te agradezco....!

—Por el gusto de ver á usted en esta

su casa, y á Guillermo libre, dijo Lupe, voy á servir á ustedes una copa.

—Bueno, magnífico; la tomaré por ustedes y por Guillermo.

Lupe sirvió varias copas de la elegante licorera que estaba cerca de ella en una mesita de mármol.

—Por el júbilo, dijo Pimpollo, que he tenido de ver á Guillermo en libertad, en este albergue de la bondad y de la belleza.

—Bien dicho, Pimpollo, repuso Guillermo, estás ahora muy elocuente.

—Sí, chico; la alegría lo da todo.

Lupe observaba cuán buen efecto hacía á Guillermo la franca jovialidad de su amigo, y ella también lo agradecía con toda su alma.

—¡Salud!

—¡Buena salud!

—¡Gracias!

—No hay quien salga ahora de esta casa, tendremos el gusto de que nos acompañen ustedes á comer, dijo Da. María, levantándose, voy á dar órdenes.

—Pero.... murmuró Pimpollo.

—Perdone usted si abuso de mi autoridad, repuso Doña María, pero tengo derecho de celebrar la libertad de Guillermo; y usted, como su amigo, el deber de acompañarle. Por lo tanto, no es una

invitación la que hago, sino que doy una orden. que ustedes tienen que obedecer.

—¿Es ésta elocuencia ó lógica contundente? Ambas cosas de seguro, y no seré yo nunca insubordinado, dijo Pimpollo, inclinando la cabeza hasta tocarse el pecho con la punta de la barba; usted manda y nosotros obedecemos.

Mientras Doña María alborozada recomendaba á Paula, que era maestra en el arte culinario, se esmerase ese día, y ella preparaba algo extraordinario para obsequiar á los jóvenes, éstos se quedaron en la sala con Lupe. conversando agradablemente.

—Muy pronto, decía suspirando Pimpollo á Lupe, irá usted á hacer la felicidad de un hogar, y yo.... y yo.... ¡pobre de mí!

Lupe dejó hablar libremente á Pimpollo, y aún se alegró de que tocase aquel punto. Quería ver el efecto que las palabras del joven causaban en el ánimo de Guillermo, en quien, con la perspicacia propia de la mujer, había notado más cariño hacia ella. Pimpollo, después de una larga y campanuda disertación, acerca del amor conyugal, en la que dijo exageraciones y no pocos desatinos, calló y miró primero á Lupe y luego á Guillermo,

como pidiendo un aplauso. Lupe, que lo comprendió, díjole con zalamería:

—Está usted elocuentísimo; pero esa elocuencia, es hija de la envidia.

—Ah, sí, es verdad, repuso Pimpollo, en cuya fantasía bailaban en ese momento los traviesos ojos de Lola.

—Sí, continuó Lupe, usted me verá pronto feliz, amada por un hombre que ha sabido estimarme, comprenderme, y á quien consagraré, en justa correspondencia, todas mis afecciones. Mis esfuerzos serán todos por su ventura.

Lupe iba á proseguir, pero se contuvo ante la demudada faz de Guillermo. Creyó bastante aquella venganza, porque no era otra cosa. Cuando Lupe hablaba pensaba en Guillermo que no había podido ó no había querido comprender el cariño que le tenía. Bajo aquella resignada dulzura existía la mujer amante con todo el inmenso arsenal de las enamoradas, con toda la energía de un gran carácter. Si Guillermo hubiera sabido aprovechar aquel supremo instante, el matrimonio de Alfonso no se huviera verificado jamás; pero quedó aturdido ante las palabras que acababa de oír. Si Lupe subía ya la escarpada pendiente del sacrificio, no había aceptado éste ni por el consejo de su madre, ni

mucho menos por interés, sino convencida del recíproco amor de Guillermo y María Teresa; una vez que hubiera faltado tal convencimiento, el sacrificio no se hubiera consumado. Sin Guillermo le era indiferente casarse con cualquier otro, eligió, pues, á Alfonso por condescendencia con Doña María. Más de una vez, durante la conversación, la atractiva morena, dió intencionalmente ocasión á Guillermo para que le declarara su amor, pero éste, á pesar de su talento, no supo apreciar la situación en que entonces se encontraba. Martirizado por las palabras de Lupe, quiso desviar la conversación y dijo á Pimpollo:

—Y bien, ¿por qué no te casas? ¿No me has dicho muchas veces que Lola te quiere?

—Es verdad, me ama, me adora; pero nunca me lo ha dicho.

—Y tú ¿se lo has dicho á ella?

—Tampoco; algo le indiqué en aquella tertulia que hubo en casa de Don Antonio, pero después no le he dicho nada, absolutamente nada; digo, de palabra, mas, chico, si mis ojos le han hablado á gritos ¿qué más quieres? Y los ojos de Lolita también me han gritado. Con aquellos guiños tan cariñosos y traviesos

¿sabes lo que me dicen? Te quiero, Pimpollo; te amo guasón.

Lupe y Guillermo rieron de buena gana.

—Sí, estoy seguro, segurísimo de que eso me dicen.

—Pero, hombre, ¿por qué no le hablas claro?

—Mi maestro de escuela, aquel elefante blanco que tan buenos sopapos nos dió, ¿sabes lo que me dijo?

—¿Qué?

—Pimpollo, tienes poco mundo, no le declares tu amor porque "metes el choclo." Callando la desesperas y acabará por quererte con desesperación. Yo, como todos nosotros, tengo á mi maestro por un sabio y he seguido su consejo al pie de la letra.

—Pero eso debe de tener término algún día.

—Además, tengo miedo á Don Leandro, por más que algún día sea mi suegro. ¿No ves qué cara tan seriota tiene? Parece sargento primero. El otro día, casi en mis barbas echó un voto porque un voceador de periódicos, metiéndole un periódico á la cara, le tiró los anteojos. Por fortuna, sin ellos ya no pudo verme: yo estaba petrificado y me hormigueaba el cuerpo esperando por mo-

mentos el furioso bastonazo de aquel ogro, baldón y oprobio de toda mi parentela.

—Pues mira, Pimpollo, dijo Guillermo, el día que quieras pido á ese ogro su hija para tí; se casan, y asunto concluído.

—No, Guillermo, tengamos un poco de paciencia. Don Leandro está ya muy viejo y achacoso y no tardará en ir á dormir el sueño eterno á la "Florida," y entonces..... Lolita será toda mía; no es que yo desee la muerte de mi futuro suegro, qũe será pretérito cuando yo me case, sino su eterna salvación. Sí, que vaya á recibir la corona que merece por haber dado á luz.... digo, por haber tenido una hija tan guapa como mi nunca bien ponderada Lolita.

En amena conversación pasaron los jóvenes aquella feliz mañana, en la que Guillermo y Lupe olvidaron por algunas horas sus hondas penas.

XXIII

A medida que pasaba el tiempo, aplacábase el encono de la osada murmuración contra Guillermo. Le veían tran-

quilo y patrocinado por el Lic. Olivares, cuya costumbre de defender sólo las buenas causas, habíale grangeado el respeto y la estimación de todos; y los más encarnizados murmuradores guardaban silencio ó trocaban su enardecimiento en misericordia.

Guillermo veía paulatinamente disminuir sus escasos ahorros; habíase propuesto no solicitar colocación hasta que terminase el proceso, pues temía un bochornoso desaire en aquella penosa situación. Don Germán, espontáneamente ofrecióle los fondos que necesitase, y obligó con súplicas la tenaz resistencia de Guillermo, quien no pudiendo, por entonces, remunerar á su abogado, se rehusaba á serle gravoso con préstamos. Y no hubo remedio, aquel abogado que tenía fama de tacaño y codicioso, prestó á Guillermo sin plazo ni interés, cuanto necesitó, con la única condición de que nadie tuviese noticia de tales préstamos.

Una circunstancia vino á revivir la semi-apagada murmuración: el proceso había avanzado con insólita celeridad, debido á que el Lic. Cortés habíase trocado en la sombra del juez; fueron oídas las defensas en las que los abogados de acusador y reo desplegaron los mayores esfuerzos para salir avantes en sus

propósitos; pero desgraciadamente para Guillermo, la sentencia de primera instancia fuéle adversa; pues el Juez le condenó á cuatro años de prisión.

El Lic. Olivares no se inmutó al notificársele tal sentencia, pues en su larga práctica más de una vez había pulverizado fallos como el que se le notificaba; pero dolíale mucho la aflixión del procesado y de sus amigos. Guillermo, que estaba seguro de su inocencia, esperaba favorable sentencia, y al ver desvanecerse su esperanza, sintió el hondo dolor del desengaño; pero concluyó, como siempre, por sobreponerse á sí mismo, y renació luego su, por un momento, obscurecida confianza. Los amigos del reo empezaron á temer las intrigas de los perversos y la influencia del oro, y públicamente manifestaban su desconfianza y sus temores. De aquí se formaron dos partidos en la sociedad: uno en pró, y otro en contra de Guillermo; el primero, aunque menos numeroso que el segundo, lo formaban las personas discretas y sensatas. El escándalo crecía, pero ya había lucha, mientras que al principio, todos callaban al rededor de la enfurecida maledicencia.

¿Cuál sería el estado de ánimo de Lupe, cuando en tales circunstancias se

aproximaba el día fijado para su matrimonio? Rogó á su madre que por su mediación se difiriera; pero Doña María no quiso faltar á lo pactado.

—Tú conoces, hija mía, le dijo con ternura, la elevada jerarquía social del señor Sifuentes; creerá que buscamos pretextos y se ofenderá su amor propio; por otra parte, la sentencia contra Guillermo, aunque éste sea amigo de toda nuestra estimación, no es suficiente motivo para una demora. Cada uno comentaría la causa sin tener en cuenta los afectos de nuestra amistad, sino conforme á la voz de sus impresiones, ó lo que es peor aún, de sus pasiones.

—Es verdad, contestó Lupe con tristeza. Cumplamos nuestra promesa.

Entretanto, en el corazón de María Teresa, iba rápidamente cicatrizando la herida que le abrió el rompimiento con Guillermo. Comprendió que su amor al joven, era un sueño irrealizable, pues nunca consentiría el señor Sifuentes en el matrimonio de su hija con Guillermo. Este convencimiento, que al principio fué incentivo de cariño, llegó después á ser causa de olvido. María Teresa poco á poco fué pensando menos en Guillermo, hasta que acabó casi por no acordarse de él.

Muchas honorables personas, entre ellas algunos banqueros, habían hablado á Don Antonio Sifuentes en presencia de su hija, del brillante porvenir del Lic. Cortés. Había empezado por vencer dos veces seguidas en atlética lucha al Lic. Olivares, que era, según el parecer general, el más docto y acreditado de los abogados zacatecanos. Además, Ernesto había heredado una fortuna, que, aunque la envidia rebajaba mucho, no había que hacer el menor caso de los envidiosos. ¿No vivía el joven abogado con esplendor, sin contraer jamás deudas?

María Teresa siguió creyendo en la inocencia de Guillermo .Yo he aspirado, decía, el perfume de su alma, y es muy buena; así es que no temía que fuese interrumpida la libertad provisional de que gozaba, mientras que en el proceso se pronunciaba la última palabra. Por esto, casi no le impresionó la condenación de Guillermo en primera instancia. Alguna vez había suplicado á Ernesto que no patrocinase á Don Ignacio Minjares, porque la acusación de éste era injusta.

—Ni él, ni yo, contestaba siempre el joven abogado, queremos la deshonra y la ruina de Guillermo; pero Don Ignacio está obligado por el buen nombre de su casa, el interés de sus negocios y el escar-

miento de sus empleados, á procurar con todas sus fuerzas el esclarecimiento de la verdad; y yo á ayudarle, por mi honor profesional, por mi buen crédito para lo futuro y por el mismo triunfo de la justicia. Esté usted segura, enteramente segura, de que si Guillermo es inocente, al fin saldrá absuelto.

Como María Teresa estaba segura de tal inocencia, creía firmemente en la absolución, y se tranquilizaba.

Ernesto, siempre afable y cortés en la casa de Don Antonio Sifuentes, habíase ganado poco á poco la voluntad de todos, y acabó por conquistar también la de María Teresa. Galante con ella algunas veces, discreto otras, tierno y expansivo las más, la joven acostumbróse al trato del abogado y concluyó por quererle, según decía ella; pero costóle mucho trabajo corresponder á su amor. Después de algún tiempo de cuotidianas instancias, Ernesto triunfó, y pudo un día oír de los dulces labios de la altiva rubia el "te amo," ganado con más bajezas que sacrificios

Cuando Guillermo tuvo noticia por Lupe, de las relaciones de Ernesto con María Teresa, aunque se indignó contra aquél por los reprobados medios á que había ocurrido para obtener lo que por el recto camino jamás hubiera alcanzado, no sin-

tió la menor pena por la ligereza de la aristocrática rubia. Quedóse mirando á Lupe con infinita ternura y le dijo:

—Lupe: no hay ya para mí ni luz en aquellos ojos, ni aroma en aquel corazón. Me había engañado: ni María Teresa nació para mí ni yo para ella.

Lupe le escuchaba con indecible emoción. Quedóse un rato silencioso, y luego prosiguió:

—Yo....

Detúvose y añadió trémulo y turbado:

—No sé lo que iba á decir. Adiós.

—Adiós, respondió Lupe, oprimiéndose el pecho con ambas manos y conteniendo las lágrimas; pero cuando el joven se alejó, dió rienda suelta á su llanto

---

XXIV

Celébrase con pompa en el templo de Santo Domingo, de la ciudad de Zacatecas, el mes de Mayo, consagrado por la piedad católica al culto de la Santísima Virgen, y el día primero de Junio dedícase á la acción de gracias; es uno de los más espléndidos días de tales fiestas religiosas. El párroco invita á varias familias para que cada una ofrezca un "aparador"

de los siete que es costumbre ofrecer, y representan las siete virtudes. Todos son de distintos colores: blanco, verde, rojo, rosa, azul, morado y amarillo

Consisten dichos "aparadores," en cuatro velas con artísticas escamas ó brillantes adornos, ramilletes de flores naturales, y cuatro de ellos más grandes que los demás, de flores artificiales, colocados, ora sobre jarrones de porcelana ó de cristal, ora sobre primorosas macetitas. Escamas, adornos, flores, jarrones, son del color elegido, y cuatro niñas, préviamente invitadas y vestidas del respectivo color, ofrecen á la Virgen los objetos durante cada misterio del Rosario.

Las tres naves del magnífico templo de correctas y severas líneas de arquitectura toscana, están henchidas de fieles, especialmente la del centro. Resplandece el altar con multitud de cirios colocados entre un jardín de ramilletes; cubre el fondo, trasparente cortina blanca sembrada de áureas estrellas, que cae desde la alta bóveda. A la derecha, en altar especial, espléndidamente adornado, sobre la gradería rebosante de flores, elévase una pequeña estatua de la Guadalupana. Esta imagen, que se venera en el histórico convento de la cercana Villa de Guadalupe, es conocida con el nombre de la "Prela-

dita;" visita anualmente, después del día de la Ascensión del Señor, todos los templos de la ciudad de Zacatecas, y celébrase en su honor un triduo ó novenario, según los recursos de cada templo, para implorar la intercesión de la Guadalupana en pró del buen temporal. En esta vez, coincidió la visita de la venerada imagen con la acción de gracias por el mes de Mayo, motivo por el cual, la devota concurrencia aumentó considerablemente.

Frente al presbiterio del altar mayor, formando ancho semicírculo, están colocadas las mesas de los "aparadores," que sobresalen de la multitud mostrando las ofrendas en artístico conjunto.

Lupe había tomado el "aparador" rojo y la acompañaba Lola, para ayudarla á distribuir las ofrendas. Entre el grupo de niñas vestidas de blanco, con el pelo suelto y rizado y coronadas de azahares. que esperan ansiosas el momento de ofrecer flores á la Virgen, distínguense las de los "aparadores" vestidas del color de éstos.

Vibran en las torres del templo las sonoras campanas dando el último repique, y cuando muere en el aire la postrera vibración, los niños del Asilo del Sagrado

Corazón de Jesús, cantan desde el coro el himno guadalupano:

"Mexicanos volad presurosos
del pendón de la Virgen en pos;
de la lucha saldréis victoriosos
defendiendo á la patria y á Dios.

Una nube de niñas, tras de las cuales váse el alma de sus padres, que las miran extasiados, sube las gradas del presbiterio con luces, flores y pebeteros en las manos, y la inocencia resplandeciendo en sus límpidas miradas, arrodíllanse y varios sacerdotes les recogen las ofrendas, que colocan ordenadamente en el altar.

Suben también algunos niños y niñas que conmueven hondamente á los fieles, porque representan una raza rica y viril en otro tiempo, dueña y dominadora del Anáhuac; raza que cayó sojuzgada por el ibero conquistador, y poco á poco desaparece fundida en una nueva raza. Estos niños son inditos, que en devota actitud, van también gozosos tras del imán guadalupano que atrae á todos. Recuerdan, quizá, el sencillo y conmovedor relato del feliz Juan Diego, á quien la excelsa Señora distinguió con sus bondades, y van llenos de esperanza á la fuente del consuelo y de la ventura. Visten calzon-

cito y camisa de manta corriente, blanca tilma con un cromito de la Guadalupana en el centro, los limpios piés calzan huaraches, á la espalda llevan un huacal con verdura por dentro, y por fuera, penden de los otates que lo forman, jarritos, cazuelitas, guajes y juguetitos de barro; en la parte superior un sombrerito chilapeño, y apóyanse en el cayado, que llevan en la diestra.

Las inditas portan rojo zagalejo con ancha pretina verde, escotada camisa bordada de rojo, y de manga corta, y alrededor del cuello cuentas verdes de vidrio; calzan sus diminutos y desnudos piés, bien cortados huaraches atados con delgadas correas, llevan también huacal á la espada, con verdura y juguetes, el sombrerito chilapeño y las dos trenzas de pelo muy negro, atadas con un lazo tricolor.

Escúchase alternativamente la voz tierna y devota del sacerdote, que desde el púlpito reza el Rosario, y después de ella el rumor grave y solemne de centenares de voces que responden en coro.

Lupe, de rodillas, enteramente abstraída, mientras Lola reparte las flores del "aparador," ora con intenso fervor.

—Madre, madre, dice á la Virgen: recibe mi dolor que es lo único que tengo

que ofrecerte. Por tu misericordia, cuando me una para siempre con Alfonso, arranca de mi corazón el insensato amor que tengo á Guillermo. No quiero, no debo amarle ya. Pero si he de ser tan desventurada que siga embriagada con este afecto que envuelve mi alma y la penetra por todas partes, dame la muerte, para mí más dulce, que la vida, sin él.

Poco distante de Lolita, estaba en pie Pimpollo, y á su pesar vuelve constantemente los ojos hacia ella; pero cuando Lola no distribuye ramilletes ó perfumes, ora en tan devota actitud, que Pimpollo, arrastrado por el ejemplo, cae de rodillas y reza con inusitado fervor. Desea por esa tarde ser indito y recibir de manos de Lolita un ramillete, subir las gradas y decir á la Virgen: aquí te manda conmigo mi dulce Lola, acuérdate de nosotros.

Después del Rosario hubo una plática, sin galas oratorias, sencilla y rebosante de unción. Pimpollo la escuchó con los brazos cruzados, y durante ella, hizo varias veces, mentalmente, el propósito de convertirse, de gran pecador que era, en un hombre, si no de heroicas virtudes, á lo menos muy bueno.

Concluída la función religiosa, varias

personas del pueblo permanecen aún en el templo, impregnado del olor del incienso y de los perfumes, cantando alabanzas á la "Preladita," con voz dulce y tierna, y en frases de conmovedora sencillez.

XXV

Lupe, con admirable serenidad, sonriente, aunque su sonrisa tiene algo de extraña amargura, está asida de la mano de María Teresa, y sentada en medio de ésta y de Alfonso, en el sofá atravesado en uno de los ángulos de la sala. Pimpollo, en pie, escucha á Lola, que está más locuaz que de costumbre, como si la proximidad de un enlace civil le hubiese hecho más ligera la lengua. Doña Carmen y Doña María, conversan familiarmente sentadas en cómodas poltronas. Mercedes, Anita, Toña y Concha, ríense de la conversación de Luisillo, que les refiere alguna que otra aventura de colegio; Ernesto y Perico hablan en voz baja, bastante retirados de los demás concurrentes; Don Antonio y Don Ignacio discuten, casi sin fijarse en la concurrencia, acerca de negocios comerciales y mi-

neros, y otros varios jóvenes y señoritas conversan alegremente.

—No hay mina como la del "Bote." decía el señor Minjares, está en bonanza desde el año de 1845; pero las utilidades salen para el extranjero: la única accionista zacatecana que vive, casó con un italiano, y reside hoy en Florencia.

—La de San Rafael es también muy rica, repuso el señor Sifuentes, varias de las actuales fortunas, débense á ella; pero ha pasado al dominio de una compañía americana que la adquirió casi regalada, y no le aseguro las utilidades que dió en anteriores épocas. Estos americanos tienen crecidos sueldos, son muy dispendiosos para trabajar minas, y dígase lo que se quiera, no tienen ni el ojo penetrante y previsor de nuestros mineros, ni mucho menos sus conocimientos prácticos.

—He influído para que mejores de empleo, con el fin principal de que me tengas al tanto de todo, decía el Lic. Cortés á Perico.

—Y ya vez si soy hábil; cuanto te he dicho se ha verificado al pie de la letra.

—¿Qué efecto hizo mi informe á la vista?

—Bueno, magnífico, sorprendente.

—¿Y el del Lic. Olivares?

—Estuvo muy difuso é inútilmente recargado de citas legales. Bien dice el proverbio: cría fama y échate á dormir. El Lic. Olivares ha probado una vez más la verdad de este proloquio.

—¿Y fallarán pronto?

—Está ya votada la sentencia y redactada por el secretario conforme á los puntos que recibió, y puedo asegurarte que confirma la de primera instancia. Hubo dos votos particulares en contra, pero obtuviste la mayoría.

—¿En qué te fundas para asegurarme todo ésto?

—Mis ojos de lince, á pesar de las precauciones del secretario, leyeron algo, de las premisas deduzco la consecuencia

—Anita, créalo usted, está encantadora, decía Luisillo á la joven que se ruborizaba y oía la música de las galanterías con la fruición y encanto de quien acababa de entrar á un mundo desconocido y lleno de misteriosos atractivos.

—No le hagas caso á este loco, decía Toña con su cara de pascua, á la simpática jovencita.

—¿Verdad que es muy loco?

Mientras Luisillo hacía una mueca, Anita añadió entre dientes, dirigiéndose á Toña:

—A mí me gustan mucho los colegiales.

—¿Qué decía usted, Anita?, interrumpió Luisillo.

—No, nada interesante, decía á la hermana de usted que cuánto quería por uno de los hoyuelos que tiene en las mejillas.

—No necesita usted de los hoyuelos, sin ellos el rostro de usted es encantador.

—Pues, mira, si quieres uno, cójelo. dijo Toña.

—Ay, si no puedo, repuso Anita, acariciando la mejilla de Toña y simulando aflixión con la voz y con el gesto.

—Vamos, ¿qué es eso?, tengan ustedes juicio, dijo Concha

—¿Vendrá Guillermo?, preguntó María Teresa á Lupe.

—No, es imposible, no vendrá.

En ese momento el juez del Registro Civil entró, acompañado de su amanuense, que llevaba debajo del brazo el libro de actas, saludó con afabilidad, dirigió una curiosa mirada á los novios, púsose los anteojos, mientras el escribiente se sentaba junto á la mesa, al efecto preparada, abría el libro y concluía el acta anteriormente. empezada en la oficina,

El juez preguntó las generales de los novios, de sus padres y de los testigos.

Concluída que fué la acta, el juez, irguiéndose con mucha prosopopeya y sin ninguna unción, preguntó á los novios si querían unirse en matrimonio, y al escuchar la respuesta afirmativa de éstos, los unió en nombre de la sociedad.

Firmaron luego el contrato, primero los novios, después los padres de éstos, y al último los testigos. Lupe se sobrepuso tanto á sí misma, que casi no tembló su mano al firmar; pero su palidez aumentó extraordinariamente, y allá, en lo más íntimo de su corazón parecíale oír una voz que decía: felicidad, amor, paz, todo ha concluído para tí.

Alfonso había olvidado por unos momentos sus penas; el remordimiento le había dado una tregua para cebarse después en él con más espantoso furor. Estuvo un rato conversando cariñosamente con Lupe, despidióse de ella satisfecho de pensar que ante la ley era ya su esposa, y que en breve lo sería también ante Dios. Apenas le vino este recuerdo, y otra vez la melancolía envolvió su espíritu y salió de la casa de su esposa triste y taciturno, acompañado de Perico.

Antes de casarme canónicamente, pen-

saba Alfonso, tengo que confesarme; saldrá entonces de mi pecho el secreto que me mata. Y ¿qué me dirá el confesor? ¡Ah!, de seguro me dirá que devuelva el dinero robado tan luego como pueda, y que haga esfuerzos por poder pronto. Mas yo, no sólo he robado dinero, sino también como consecuencia de mi delito, he robado ventura y honra. Y, ¿cómo restituiré todo ésto? Solamente diciendo la verdad. Si yo pudiera casarme sin confesarme ó confesarme sin decir todo lo que he hecho. ¡Oh, no; esto no serío digno de un Sifuentes, aunque, por otra parte sea un malvado. Con estos pensamientos se despedazaba el corazón y Perico le observaba cuidadosamente.

—Chico, le dijo, hoy que ha sido día para tí tan fausto y que debías, por lo tanto, estar más alegre que nunca, estás cabizbajo y cariacontecido.

Alfonso, al oír la voz de su amigo, volvió en sí, como si despertase de una pesadilla:

—Que quieres; la emoción.

—Vamos á echar una cana al aire para que te distraigas.

Para mí acabaron ya las distracciones de otro tiempo.

—Será la despedida de tu vida de sol-

tero. ¿No nos dijiste en casa de Esteban, que harías tal despedida?

—Es verdad; pero estoy tan preocupado.

—¿Traes dinero?

—Sí, traigo mil pesos que ayer me dió papá para que pagara los trajes que me mandé hacer y las pequeñeces que en estos días se puedan ofrecer en los gastos de mi boda.

—Hombre, vamos á probar fortuna. ¿Cómo ha de ser posible que nos ganen siempre esos tunos de Esteban y Lorenzo?

—Tienen una suerte... .

—La suerte es caprichosa y no se engríe con nadie; precisamente porque les ha sonreído les volverá presto la espalda. Quizá es tiempo de reponernos de anteriores pérdidas.

Alfonso parecía reflexionar; su amigo redobló las instancias.

—Vamos, dijo al fin Alfonso; pero, Perico por Dios, te encargo que á la media noche me saques de allí vivo ó muerto.

—Te lo prometo, palabra de honor.

—Ah, otra cosa; no permitas que me den caja.

—No lo permitiré.

—Venga esa mano.

—Allí la tienes.

Los dos jóvenes se apartaron de la dirección que llevaban, y cruzaron por estrechas y obscuras callejuelas.

Esteban, Lorenzo y una docena de tahures, aproximadamente, estaban al rededor de la carpeta verde, en el clandestino garito, bien conocido de Alfonso y Perico.

Al entrar el aristocrático joven en los momentos en que aún no empezaba el juego, todos le vitorearon. Sentóse junto á Lorenzo, y enfrente de él Perico, junto á Esteban.

—Del primer albur que ganes, me prestas la ganancia, porque vengo sin un peso, dijo Perico á Alfonso, quien contestó con una señal afirmativa.

Empezó el juego; el préstamo solicitado por Perico no pudo tener efecto, porque Alfonso perdió, uno tras otro, todos los albures, hasta concluir con los mil pesos que llevaba.

—Afortunado en amores, desgraciado en el juego, dijo Lorenzo remolineando el puro en la boca y lanzando al través de los anteojos una cínica mirada á Alfonso.

—Vámonos, dijo éste levantándose.

Esteban y Lorenzo se miraban como preguntándose si ofrecían dinero á Alfonso, cuando Perico, que estaba mohino

porque no había podido henchir los bolsillos, como de costumbre, dijo á Esteban con imperio:

—Préstame veinte pesos.

—No, contestó secamente Esteban.

—Te digo que me prestes veinte pesos.

—Te digo que no.

—Y yo te digo que si no me los prestas, "canto."

Esteban, por única respuesta lanzó á Perico una horrible injuria. Oírla éste y dejar caer con fuerza la abierta mano en el mofletudo rostro de Esteban, casi fué uno. Tras aquel golpe que resonó en toda la casa, vino nutrida tempestad de mojicones. Lorenzo iba á apartar á los rijosos; pero éstos, enconados, trepáronse á la mesa, y el dinero en ella colocado, empezó á caer á chorros en el suelo, y los tahures á recoger y á embolsarse cuanto podían. Lorenzo entonces, atento á lo que más le interesaba, tomó precipitadamente el bastón, empuñólo y repartía golpes á diestro y siniestro.

Alfonso en pie, azorado, presenciaba la tumultuosa escena. Cuando todos los tahures habían huído con los bolsillos más ó menos provistos de duros, Lorenzo abalanzóse contra Perico, que sentía ya sobre sí la enorme panza de Esteban, y su

garra que le sujetaba. Viendo á Lorenzo próximo á descargarle un tremendo bastonazo en la cabeza, hizo un supremo esfuerzo, mordió con bestial furor un muslo á Esteban, quien dió un brinco y soltó á Perico, que se enderezó violentamente y huyó á todo correr, jurando á gritos, venganza.

—Perdone usted, joven, dijo Lorenzo á Alfonso; pero ya usted ha sido testigo de quién fué el provocador.

Alfonso, sin contestar, salió de la casa de juego, oyendo tras sí las soeces interjecciones de los encolerizados tahures.

XXVI.

Levantóse Alfonso muy temprano, había pasado muy mala noche, los breves ratos que logró dormir, su sueño fué muy agitado: ya veía á Guillermo en la prisión que volvía hacia él los ojos, acusándole de su crimen; ya á Esteban enfurecido sobre Perico, abofeteándole á dos manos; ora sotas, caballos y reyes; ora sus billetes de Banco pasando uno tras otro de sus manos, á las de los coimes.

—Es preciso, se dijo, tomar una re-

solución, y la tomaré hoy mismo. No puedo guardar ya este secreto, que me quema lentamente las entrañas. Las circunstancias han cambiado completamente; Lupe, ante la ley, es ya mia, mia para siempre, y ni su madre, ni mi padre, ni nadie en el mundo, pueden arrebatármela. Ahora, suceda lo que suceda, salvo á Guillermo. Púsose el sombrero, salió de su casa resuelto á todo y dirigióse á la del Lic. Olivares.

Estaba el docto abogado lleno de clientes, cuando llegó Alfonso; extrañóle mucho la presencia de éste; dirigióle una escudriñadora mirada, y comprendió en el acto que el hijo del banquero quería comunicarle algo grave que se relacionaba con el proceso de Guillermo.

Don Germán saludó al joven, apresuróse á despachar las consultas urgentes, y cuando estuvo sólo, cerró la puerta y dijo á Alfonso:

—Me tiene usted á sus órdenes, estamos enteramente sólos.

—Así quería hablarle, porque lo que tengo que decirle es grave, muy grave.

—Lo he comprendido. Hable usted con entera confianza.

Alfonso guardó silencioso unos momentos, como buscando palabras que le sirviesen de preámbulo; pero compren-

diendo instintivamente que si comenzaba por la revelación de su secreto, todo lo demás le sería fácil, dijo al Lic. Olivares:

—Yo soy el autor del robo que se atribuye á Guillermo.

El abogado se quedó frío: era imposible que su perspicacia pudiera haberle prevenido acerca de tal revelación; la sorpresa, por lo tanto, fué inmensa.

—¡Usted es el autor del robo! repuso el abogado, viendo al joven con profunda y observadora mirada, para cerciorarse de que no había perdido el juicio. Llegó hasta pensar en la generosa mentira de un amigo por salvar á su amigo; pero cuando tras de aquella categórica confesión se desataron en hirviente raudal las lágrimas de Alfonso, y prorrumpió en sollozos y gemidos, y repuesto un tanto refirió con precisión y con el firme acento de la verdad lo que había pasado, no dudó ya el Lic. Olivares de que era cierto cuanto el hijo del banquero le decía. Anonadado ante aquel descubrimiento, no sabía qué hacer. Compadeció á aquel corazón que entre el fango de los vicios aún tenía vigor para afrontar un sacrificio tan humillante para su natural orgullo.

—¡Ah! pensó; si el rico banquero hubie-

ra gastado una mínima parte del tiempo que ha empleado en atesorar, en educar para el bien este corazón, en vez de los amargos frutos que ha producido, los tendría hoy de virtud en plena sazón.

Estrechó á Alfonso con amor y suavidad, llevóle casi en brazos junto á él, y le dijo:

—No se avergüence usted de haberme confiado las graves faltas de su vida; viejo soy y he visto mucho, sé de lo que son capaces las pasiones desbordadas, y todos, aun yo que ya siento apagarse en mis venas el calor de la vida, expuestos estamos á las más lamentables caídas. Ahora, ya que tuvo usted la viril entereza de comenzar una obra de reparación debida á la justicia, es necesario concluirla. Ha hecho usted ya lo más difícil.

—La concluiré. ¿qué debo hacer?

—Aquí tiene usted recado de escribir. diríjame usted una carta en la que afirme lo que me acaba de descubrir.

—¿Y se salvará así Guillermo?

—Guillermo se salvará con la carta y sin ella: lo único que logra usted con su confesión, es anticipar la rehabilitación.

—Entonces la escribiré en el acto, y Alfonso, sin vacilación, trazó rápidamente algunas líneas en el papel, firmó y en-

tregó la carta á Don Germán. Este la leyó y dijo satisfecho:

—Muy bien. No crea usted que esta carta irá á los tribunales á publicar la deshonra de usted; yo le prometo que hasta donde mi deber profesional me lo permita, seré celoso guardián de su honor.

—Gracias, gracias, repuso Alfonso, estrechando las manos del anciano y derramando aún copioso llanto; pero aquel llanto no era amargo como el que tantas veces había calcinado sus mejillas y caído en gotas de hirviente plomo sobre su corazón, sino inefable, dulce, consolador.

Alfonso se tranquilizó: el peso que le abrumaba había desaparecido; aun su orgullo en esos momentos, parecía domado.

—¡Ah! pensó: si tal consuelo y resolución tan firme se sienten confesando un crimen ante un hombre de bien, ¿qué será confesarlo ante el Ministro de Dios y oír de sus labios el perdón?

En ese momento de arrepentimiento comprendió Alfonso lo que jamás había comprendido y casi nunca había practicado; pues su madre, ebria de felicidad y su padre, ávido de oro, no habían procurado imbuir en el corazón de sus hijos la santa fe de sus mayores. La educación

religiosa de los hijos del banquero era muy superficial: misa los domingos y demás días festivos, algunas veces á medio oír, y..... nada más. Doña Carmen, anualmente recordaba á sus hijos el precepto de la Iglesia. María Teresa obedecía, no siempre de buena gana, y Alfonso engañaba á su madre, quien crédula siempre, no investigaba la conducta de su hijo. En cuanto al señor Sifuentes, nada sabía de ésto: era fiel esclavo de los negocios. Es verdad que era espléndido siempre que le pedían para el culto ó para obras de beneficencia; pero daba por orgullo y no por sólida piedad.

Qué cosa tan rara, dijo Alfonso al salir de la casa del abogado; ayer, que solamente yo sabía mi delito, era el más desventurado de los hombres; ahora que lo sabe el Lic. Olivares, y puede saberlo todo el mundo, casi me siento dichoso. ¡Ah, la sombra de ese ángel, de mi dulce esposa que empieza á alumbrar mi alma con sus apacibles esplendores!

XXVII.

Hallábase el señor Sifuentes entregado á la fatigosa labor de sus complicados cálculos, cuando Perico, parándose en la

puerta del despacho, llamó suavemente. Don Antonio levantó los ojos y vió al joven.

—¿Qué se ofrece? le preguntó.

—Siento mucho distraerle de sus continuas y graves ocupaciones; pero un negocio muy urgente....

—Siéntese usted y permítame terminar esta cuenta.

Mientras el banquero concluía su cálculo, sentóse Perico, y empezó á reunir sus ideas para hilar las frases que debía dirigirle.

—Me tiene usted á sus órdenes, dijo Don Antonio luego que hubo terminado.

Perico miró sucesivamente á los dependientes entregados todos con tezón á sus respectivas labores, y dijo luego al banquero:

—Es asunto reservado.

—Vamos adentro, repuso Don Antonio, señalando á Perico el cuarto contiguo al despacho, cuya puerta de comunicación con éste, cerró después que hubo entrado. El banqueo se alarmó, pues sabía la amistad de su hijo con Perico, y presintió una mala nueva.

—¿Qué pasa? dijo al joven.

—Hay en esta ciudad, repuso Perico, con voz clara y pausada, en un callejón de apartado barrio, un garito clandesti-

no, donde las más noches juegan los amantes de Birján. Los dueños de tal garito son Lorenzo y Esteban, á quienes usted, sin duda, conoce, pues residen grandes temporadas en Zacatecas. Yo he tenido ocasión de ir muchas veces á esa casa, no á jugar, pues detesto el juego, sino á ganarme algo honradamente con los que allí me ocupan en llevar recados á sus casas ó buscarles dinero.

—Y ¿qué tengo que ver yo con todo eso?

—Allá voy. Los robos que allí se han cometido, me han indignado, pues los tales Lorenzo y Esteban son unos fulleros de la peor calaña, dignos de arrastrar el grillete, y aunque al principio callé, por miedo de una venganza, hoy, resuelto á todo, vengo á denunciarlos.

—Pero, ¿está usted en su juicio? Denúncielos usted á la autoridad respectiva. No soy ni Jefe Político, ni Juez.

—Pero es que uno de los que allí han sido miserablemente estafados, es Alfonso, el hijo de usted.

Don Antonio, que sabía que su hijo había jugado y perdido en el "Hotel Zacatecano," respondió, aunque aumentando gradualmente su emoción:

—Sí, pero está usted equivocado; Al-

fonso jugó en el Hotel, y no en el lugar que usted me dice.

—Cierto, jugó en el Hotel al "poker;" pero después, varias veces, en el garito de Esteban y Lorenzo.

La sangre de Don Antonio empezó á enardecerse, y al fruncir el ceño, juntáronse sus pobladas cejas.

—¿Cuándo ha jugado Alfonso en ese garito?

Perico señaló las fechas.

—Y, ¿cuánto ha perdido?

—Las pérdidas más considerables han sido, primero cuatro mil pesos, y anoche mil.

Don Antonio lanzó un rugido de ira. Recordó que la víspera había dado mil pesos á su hijo.

—¿Y usted ha presenciado todo esto?

—Sí, señor, y me consta que han robado á Alfonso; estoy dispuesto á declarar lo que afirmo, ante la autoridad que acerca de esto me interrogue.

—Gracias. Agradezco la noticia.

—Ruego á usted, dijo Perico, levantándose, que no me descubra con Alfonso, me reñiría y aprecio mucho al hijo de usted; lo he hecho por su bien, únicamente por su bien.

—Bueno, dijo el señor Sifuentes, arro

jando sobre Perico una mirada despreciativa, que no pasó desapercibida para éste.

—Agradece el chisme, pero aborrece al chismoso, pensó Perico; no importa, me he vengado. Lorenzo y Esteban serán víctimas de este poderoso.

Apenas había salido Perico y hallábase aún Don Antonio en el cuarto contiguo al despacho, cuando un dependiente le anunció la visita del Lic. Olivares.

—Que pase, contestó Don Antonio. quien ya no cabía en sí de indignación. ¿De dónde cogió dinero Allfonso? pensaba.

Disimuló cuanto pudo su excitación, en presencia de Don Germán; pero el perspicaz ojo de éste, la notó desde luego.

—Vengo, le dijo el Lic. Olivares sin ningún preámbulo, á exigir una justa reparación.

—¿Reparación? preguntó Don Antonio, abriendo inmensamente los ojos.

—Lea usted esta carta, repuso Don Germán, poniendo en manos del banquero, la carta de Alfonso.

La ira del señor Sifuentes trocóse en pavor cuando acabó la lectura, y dejó caer la carta, que el abogado se apresuró á levantar y guardó en su cartera.

—Alfonso nos ha deshonrado, dijo Don Antonio, y lloró como un niño.

Don Germán dejó desahogarse á aquel afligido padre, que en esos momentos sólo inspiraba vivísima compasión, y después de un rato, le dijo:

—Aún no está perdido todo; Alfonso puede regenerarse y yo respondo de él. Ahora lo importante es salvar su honra y devolverla á quien por su causa la ha perdido.

—Y, ¿dónde está ese malvado?

Alfonso, por su desgracia, entraba en la casa en esos momentos. Vióle Don Antonio atravesar el patio y le llamó con descompuesta voz. Alfonso tembló al oír á su padre; pero ahora se sentía más fuerte que nunca.

—Aquí estoy, papá, dijo con humildad. Y al volver el rostro y encontrarse sus ojos con los de Don Germán, fijos en él como para inspirarle valor y confianza, lo comprendió todo.

—Tú has robado la casa del señor Minjares y has arrojado á Guillermo á la cárcel.

—Sí, papá; he tenido esa desventura, he cometido crimen tan grande, y quiero remediarlo en cuanto sea posible; que se me imponga el castigo que merezco.

—Malvado, gritó Don Antonio con los ojos inyectados y chispeantes. Y tienes valor para hundir en tu desgracia á una

infeliz joven que no ha cometido más delito que amante; y esa desventurada es ya ante la ley tu esposa; pero no, miserable, no te unirás con ella, hasta que te regeneres, si tal regeneración es posible. Si quieres, pues, ser digno del amor de tu esposa y de algún día obtener mi perdón, que ahora te niego, ve inmediatamente á expiar tu culpa lejos, muy lejos, donde no tengas ni afectos de familia, ni el paternal amparo que desde ahora te retiro. Aléjate pronto, antes que la humana justicia castigue tu delito como mereces.

—¿Qué quieres que haga?, preguntó Alfonso con los brazos cruzados y la cabeza inclinada.

—Que inmediatamente te des de alta en el destacamento de la fuerza federal que está en la ciudad y sale mañana. ¿Lo oyes?

—Sí, señor, y obedeceré; Alfonso se inclinó, besó la mano de su airado padre, quien á pesar de su ira, se estremeció de dolor, y salió del cuarto. Iba á subir á la planta alta de la casa, cuando le detuvo la voz de su padre.

—¿A dónde vas?

—A despedirme de mi madre.

—No, nunca; matarías á esa santa. Véte, yo sabré lo que le digo.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las

mejillas de Alfonso, y salió del paterno hogar con el corazón hecho pedazos. Luego, dirigiendo la vista hacia la casa de Lupe, exclamó:

—Adiós, alma mía, adiós, quizá para siempre.

XXVIII

Don Antonio Sifuentes, después de breve silencio, suplicó á Don Germán que le esperara; entró al despacho, sacó cinco mil pesos de la caja y volvió con el abogado.

La ira de Don Antonio desaparecía gradualmente para dar lugar al intenso dolor.

—Vamos á casa de Don Ignacio, dijo al Lic. Olivares.

—Vamos.

Durante el camino casi no hablaron. Don Germán adivinó desde luego lo que el banquero iba á hacer.

El señor Minjares recibió á su colega y al abogado con bastante afabilidad, y los condujo al cuarto donde arreglaba sus negocios particulares.

—Amigo Don Ignacio, le dijo el señor

Sifuentes, comienzo por poner á disposición de usted estos cinco mil pesos.

—¿De qué procede esta suma?

—Es una restitución.

—No comprendo.

Don Antonio vió á Don Germán como diciéndole: hable usted, para que sea menor mi tormento.

—Usted, señor Mînjares, dijo Don Germán, designó á su cajero Guillermo Fernández, como el responsable de un desfalco de cinco mil pesos, que hubo en la caja de usted. Guillermo es inocente; el verdadero culpable, arrepentido de su delito, devuelve á usted por conducto del señor Sifuentes, la cantidad que extrajo de la caja de usted. Es necesario rectificar ante los tribunales, el error de que ha sido usted víctima.

Don Ignacio miró á Don Antonio sin comprender aún bien lo que se le decía, y quizá hasta pensó en que se había tramado alguna combinación para salvar á Guillermo; quien, según la opinión del Lic. Cortés, debía salir irremisiblemente condenado.

—Es verdad lo que dice el Lic. Olivares, repuso Don Antonio.

—Y, ¿qué desean ustedes ahora?

—Primero, contestó Don Germán, que reciba usted la cantidad que se le entre-

ga, y después, que en un escrito manifieste al Tribunal, que Guillermo es inocente; que si bien, al principio, creyó usted en la culpabilidad del procesado, tiene hoy seguros datos para proclamar su inocencia.

—En este asunto, repuso Don Ignacio, nada puedo hacer sin consultar á mi abogado, pues aun se ofendería si yo diese un paso del que él no tuviera oportuno conocimiento

—Tenga usted la bondad de llamarle, dijo el señor Sifuentes, nosotros le esperaremos.

Veinte minutos después, estaba Ernesto en el despacho del señor Minjares. Al ver allí al Lic. Olivares alarmóse, comprendiendo que se trataba del proceso de Guillermo. Cuando fué informado de las pretensiones de Don Germán, dijo á Don Ignacio:

—Usted no puede firmar tal escrito, porque se comprometería.

—¿Por qué? preguntó Don Antonio.

—Porque podrían seguir después el juicio de calumnia contra el señor Minjares.

—No, señor compañero, replicó Don Germán, porque Don Ignacio tuvo suficientes motivos para incurrir en error. Todo depende de la redacción del escri-

to; por otra parte, si merezco á ustedes confianza, yo garantizo que nada intentará Guillermo contra su acusador.

Mientras los abogados discutían, Don Antonio dijo casi en secreto á Don Ignacio:

—Tengo que hablar á solas con usted.

—Vamos, repuso Don Ignacio, y dejaron largo rato á los abogados, discutiendo el punto. Ernesto cada vez se acaloraba más; Don Germán, sin alterarse, sin siquiera levantar demasiado la voz, refutaba victoriosamente todas las objeciones de Ernesto, que si bien eran exageradas por la pasión, no carecían totalmente de fundamento legal.

—Don Ignacio, gritaba Ernesto cuando asidos del brazo volvieron los banqueros, no firmará ese escrito. Es imposible; no lo consentiré jamás.

—Lo firmaré, señor Licenciado, dijo Don Ignacio al fogoso abogado, pues además de estar persuadido, como lo estoy, de la inocencia de Guillermo, tengo particulares motivos para firmarlo.

—Sí, Ernesto, añadió Don Antonio, ese escrito es absolutamente necesario.

El Lic. Cortés se quedó asombrado ante tales palabras: comprendió que algo muy grave había pasado, algo que no pudo ni siquiera sospechar. Calló, despecha-

do ante las categóricas afirmaciones de su rico cliente, y de su futuro padre político, á quienes por nada del mundo quería disgustar. El escrito fué redactado por el Lic. Olivares y firmado por el señor Minjares. Ernesto no hizo la menor objeción, temeroso de disgustar á personas que anhelaba tener gratas.

Don Germán dirigióse en seguida á la casa de Guillermo y le mostró el escrito.

—A usted, señor Licenciado, á usted exclusivamente, se debe este repentino cambio en el ánimo de Don Ignacio.

—No, contestó el abogado: está enteramente persuadido de la inocencia de usted.

—Gracias á Dios.

—Vamos al Tribunal.

Del escrito, hábilmente redactado por Don Germán, no podía nadie deducir quién era el autor del robo verificado en la caja del señor Minjares, motivo por el cual Guillermo atribuía á Don Germán, el cambio de ánimo en su antes encarnizado acusador.

Defensor y reo presentáronse en la Secretaría del Supremo Tribunal; pero el escrito de Don Ignacio llegaba demasiado tarde: la sentencia de segunda instancia estaba ya autorizada y confirmaba en

todas sus partes el fallo de primera instancia.

Entretanto, Don Antonio preparaba á su esposa para recibir la noticia de la prolongada ausencia de su hijo.

—Le mandé á Mapimí, decía á Doña Carmen, al arreglo de una diferencia que últimamente surgió entre los antiguos propietarios de la finca que compré, y yo, con motivo de las mojoneras de un lindero: es negocio que no dilatará mucho tiempo en concluirse.

—No, Antonio, algo malo ha sucedido á mi hijo, y tú me lo ocultas. Marcharse al siguiente día de su matrimonio civil, y como quien dice, en vísperas del matrimonio eclesiástico, sin siquiera despedirse de su madre, ni de la mujer á quien tanto ama. Esto no es, no puede ser natural. ¡Ah! por misericordia dime la verdad, por dura, por terrible que sea; me hará menos daño que este siniestro temor que hiela la sangre en mis venas.

—Te digo que no te contristes ya; el tren partía y no había tiempo que perder. Ya sabes cuánta es mi actividad en los negocios; me era imposible ir personalmente, mandé á Alfonso. No tenía por el momento, otra persona de quien echar mano.

—El corazón de una madre no se enga-

ña. Antonio, á mi hijo le ha pasado una gran desgracia.

—Tranquilízate, Carmen, dijo Don Antonio, acariciándola, y se alejó, dejando á su esposa anegada en llanto.

El rico banquero estuvo todo el día muy preocupado; dolíale mucho la aflixión de su esposa. En la noche no pudo dormir. Una vez afiliado su hijo en el ejército federal, sería muy difícil obtener inmediatamente su libertad. Don Antonio, de buena fe, creía que los trabajos de la vida del soldado, y la disciplina militar, corregirían los vicios de su hijo. Si se porta bien, pensaba, pagaré á alto precio un reemplazo, y obtendré la libertad de Alfonso; entretanto, es necesario este castigo. Después de breve lucha, la energía de carácter del banquero triunfó de su compasión, y Alfonso salió de Zacatecas sin ver á ninguno de su familia ni de sus amigos, sin despedirse de nadie, con el corazón transido de dolor, pero resuelto á regenerarse.

XXIX

—Es muy extraño lo que ha pasado, decía Doña María á Guillermo, ayer estuvo aquí el señor Sifuentes y me dijo: mi

hijo Alfonso ha salido á un viaje que dilatará algún tiempo, y no le fué posible venir á despedirse. Vengo en su nombre. Entretanto, Lupe, que es ya mi hija, debe considerarme como un padre. Creo que Alfonso le escribirá pronto.

—¿Que piensa usted de todo esto? dijo Guillermo á Lupe.

—Todo me parece también muy extraño. ¡Pobre Alfonso! Hace algún tiempo que notaba que una oculta pena le afligía sin cesar; pero nunca quiso decirme la causa de su dolor.

—Estoy intranquila, repuso Doña María; hemos quedado en una situación muy falsa. Mi hija, ante la ley, es ya esposa de un hombre que se ausenta por tiempo indefinido, y cuando Dios aún no bendice ese matrimonio. Tal acontecimiento me llena de angustia. Guillermo, ¿qué pasa aquí?

—No acierto á explicarlo.

—¿Juzga el señor Silfuentes que bastan para tranquilizarme, las pocas y vagas palabras que me dijo, referentes á Alfonso?

En ese momento llaman á la puerta, y poco después entra Pimpollo, pálido y asustado.

—¡Qué noticia, qué noticia! exclamó, sin saludar. ¡Cuánto me ha contristado!

Vengo á unirme á la aflixión de ustedes.

Doña María hizo á Lupe y á Guillermo una señal, para que callaran, y poder saber de boca de Pimpollo, lo que quizá se les había ocultado.

—Sí, Pimpollo, repuso Doña María, nosotras también estamos afligidísimas y, ¿qué comentarios hace por allí la gente?

—Unos dicen que ha sido extremado rigor de Don Antonio; otros, que era necesario tal castigo para Alfonso que, de abismo en abismo, corría rápidamente á su total ruina, y algunos, que el digno de castigo es el señor Sifuentes, por no haber oportunamente corregido á su hijo, sino que le abandonó al impulso de sus propias pasiones.

—Y, ¿dilatará mucho Alfonso?

—¡Psh! Allí es nada: los tres años que dura el servicio militar, si no es que antes le mata una bala ó una fiebre palúdica, pues precisamente Alfonso se dió de alta en el batallón que marcha para Yucatán, á la guerra contra los mayas.

—¿Es posible que el señor Sifuentes haya sido tan cruel con Alfonso? murmuró Lupe é inclinó tristemente la cabeza.

—Pero, qué, ¿esto no tiene ningún remedio? preguntó Doña María.

—Sí, contestó Pimpollo, quizá un reemplazo.

—Y ¿qué es eso? interrogó Doña María.

—Conseguir una persona que vaya de soldado en lugar de Alfonso, y ¿quién ha de querer ir á recibir una bala de esos malditos indios, ó á pescar una mortal fiebre en aquellas insalubres costas? En cuanto á mí, no iría por todo el oro del mundo, al menos que se tratara de la vida de Lola.

—Guillermo, dijo Doña María, ¿qué no se podrá conseguir un reemplazo? A mí no me parece difícil hay tantos pobres que no temen la guerra y que hasta con gusto son soldados. Si á uno de éstos se le ofreciera dinero que le asegurara la subsistencia de su familia, estoy segura que aceptaría ir en lugar de Alfonso.

—Tranquilícese usted, dijo Guillermo. No vea yo jamás triste á usted, Lupe. Alfonso recobrará en breve la libertad para que venga á tomar posesión de un hogar que le pertenece. Doy á usted mi palabra de honor de que yo encontraré ese reemplazo.

Doña María exhaló una exclamación de júbilo, y Lupe se quedó mirando atentamente á Guillermo: había leído su in-

tención en aquellos ojos que eran la luz de su alma.

—¡Guillermo! exclamó conmovida. ¿qué va usted á hacer?

—Yo, exclamó el joven con serenidad, soy solo en el mundo, lo que de más caro me quedaba era mi honor; aun contra él se levantó sañuda la suerte. Vendrá mi rehabilitación; pero ella no me puede dar alegrías imposibles de obtener. ¿Por qué, pues, no esforzarme por la felicidad de ustedes? Iré de soldado en lugar de Alfonso.

Doña María dilató las pupilas asombrada, y Lupe exhaló un hondo gemido.

—¿Tú? dijo Pimpollo, con el estupor pintado en el rostro ¿de esa manera tan generosa te vengas de quien fué la causa de tu prisión y de tu deshonra? Eres un santo.

Lupe no pudo contenerse más y dijo á Pimpollo.

—¡Por Dios! explíquenos usted todo. Díganos cuanto sabe, pues las palabras de usted nos están matando.

—Luego ustedes no sabían nada, dijo Pimpollo quedándose boquiabierto.

—Absolutamente nada.

—¡Bárbaro de mí! ¿qué he hecho?

—No se arrepienta usted, repuso Do-

ña María, mejor es saberlo todo; mata más la duda que la verdad.

—Es más conveniente, añadió Lupe, que nos refiera pormenorizadamente lo acontecido un sincero amigo y no extraños que desfiguren los hechos.

—Habla, Pimpollo, ¿no ves cuánto las estás haciendo sufrir?

—Ya lo dije todo. Alfonso se fué de soldado á la guerra de Yucatán, en castigo de la falta que cometió.

—Pero ¿cuál falta?

—El fué quien extrajo los cinco mil pesos de la caja de Don Ignacio Minjares para pagar una deuda de juego.

—¡Dios mío, Dios mío! exclamó Doña María con dolor y abatimiento. En aquel instante pensó cuánto había ella contribuido con sus consejos al matrimonio de su hija y se arrepintió de ello. No había buscado la afligida madre sino la felicidad de Lupe; creyó de buena fe que en Alfonso le dejaría seguro amparo, y hoy ve un abismo sin fondo abierto á sus pies.

Lupe miró á Guillermo esperando sin duda el efecto que en su ánimo causaron las palabras de Pimpollo. Guillermo estaba hondamente emocionado. Traicionarme así el amigo querido, pensó, haberme sin piedad arrebatado la honra y

lanzarme á una lucha tremenda donde he estado á punto de sucumbir, y después de hacer pedazos mi honor casarse con Lupe, á quien amo ya con toda mi alma. Todo, todo para él, nada, absolutamente nada, para mí. Mas aquel relámpago de ira que alumbró abismos de infortunio, apagóse luego. Recordó que su padre había perdonado de todo corazón á Don Antonio Sifuentes cuantos males le había hecho con aquel litigio que fué su total ruina. Seguiré el ejemplo de mi padre, dijo con resolución, ayer perdonó él al padre, hoy perdonaré yo al hijo, y levantándose, exclamó con solemnidad, dirigiéndose á los circunstantes, que le miraban agitado y convulso.

—Le perdono con todo mi corazón el inmenso mal que me ha hecho, y contribuiré en cuanto pueda á su felicidad. Me iré de soldado en su lugar, y le traeré á los brazos de su. . . de su....

Guillermo se detuvo falto de respiración, le ahogaba el dolor; Lupe estaba colgada de los labios del joven, que con apagada voz concluyó la frase.

—De su.... esposa, y se dejó caer en la poltrona, como si las fuerzas se le hubieran agotado. Lupe hizo impulso de abrazar á Guillermo; pero también le faltaron las fuerzas y cayó desfallecida.

XXX

Don Germán, después de notificársele la sentencia de segunda instancia, pudo solicitar aún para su defenso el indulto necesario, pero no quiso, porque el perdón supone culpa, y Guillermo era inocente; optó, pues, por recurrir á la justicia Federal en demanda de amparo contra una sentencia totalmente destituída de fundamento legal, según el parecer del docto abogado. El Juez de Distrito dejó en libertad á Guillermo, bajo la fianza que anteriormente había dado, consistente en el depósito hecho por Don Germán en el Banco de Zacatecas, y el juicio de amparo siguió con la rapidez del procedimiento federal, en estos casos, diverso del lento y complicado procedimiento penal de los tribunales comunes, funesta herencia de la antigua legislación.

Entretanto, la salud de Doña Carmen, de aquella hermosa y aristocrática dama de atractivo y dulzura inefables, languidecía gradualmente. A pesar de los esfuerzos de Don Antonio, no fué posible ocultarle la verdad, que empezó á saber por otros, y acabó de saberla con todos sus espantosos pormenores, por su mis-

mo esposo. En vano el señor Sifuentes quiso convencerla de que aquel castigo influiría poderosamente en la regeneración de Alfonso. Ya no hubo día tranquilo para aquella bondadosa madre, cuyo único pecado había sido la ceguedad de un amor inmenso. ¡Cuán cara pagaba la dicha que en rebosante medida había disfrutado los mejores años de su existencia!

El Lic. Cortés, desde que logró que María Teresa correspondiera á su amor, dispúsose para unirse en matrimonio con la gentil rubia, á la mayor brevedad posible, y tan luego como obtuvo el consentimiento de su novia, comisionó á Don Ignacio Minjares para que pidiera la mano de la joven. Don Antonio, temeroso de que renaciera en el corazón de su hija, el amor á Guillermo, para quien jamás tuvo buena voluntad, y juzgando dignos de tomarse en cuenta la posición y título profesional de Ernesto, accedió á la solicitud del pretendiente, señalando para la boda un plazo que estaba ya para vencerse, en aquellos calamitosos días.

María Teresa estaba muy afligida: si nunca creyó en la culpabilidad de Guillermo, menos aún llegó ni siquiera á sospechar en la de Alfonso, cuyas calaveradas ignoraba por completo. Sintióse he-

rida en su afecto fraternal, en el dulce recuerdo de Guillermo, con quien tan injusta había sido, y sobre todo, en su orgullo de abolengo. Creía que aun el mismo Ernesto la despreciaría juzgándola tan mala como Alfonso, y pasó la hermosa rubia muchos días amargos y angustiosos. El vencimiento del plazo fijado para su matrimonio, se aproximaba, y temía que por los graves acontecimientos de familia, la boda se aplazase indefinidamente. Esta idea le aterrorizó, pues no deseaba por nada del mundo, pasar la vida en histérica soltería. La exaltada imaginación de la joven veía desgracias por todas partes, así es que cuando Ernesto le dijo que tenía arreglado ya, todo lo concerniente á su matrimonio, María Teresa, no sólo no hizo al joven abogado la menor oposición, sino que recibió la nueva con visible complacencia.

Don Antonio sintióse muy contrariado cuando Ernesto le manifestó su resolución, pues hubiera querido, por las recientes aflixiones de familia, dilatar algún tiempo más el matrimonio de su hija; pero si por una parte espiraba el plazo que él mismo fijó, por otra, creía que absolutamente nadie, fuera de Don Ignacio y del Lic. Olivares, sabía la causa de la ausencia de Alfonso, y temió que

la demora en el pactado enlace, diera lugar á indiscretas investigaciones, y aunque mal de su grado, cedió á la voluntad de los novios, rogando únicamente á su futuro yerno, que el matrimonio se celebrase con la menor pompa posible, y así se hizo. La ceremonia verificóse muy de mañana en el templo parroquial de Santo Domingo, y á ella asistieron únicamente algunos de los amigos de los desposados. La tarde del mismo día, tomaron el tren del Sur en dirección á la capital de la República.

Pimpollo, que fué uno de los que asistieron á la boda de María Teresa, durante la ceremonia impresionóse mucho; oyó después la misa, con edificante devoción, y salió del templo resuelto á vencer su natural timidez y su espantoso miedo á Don Leandro Jiménez, padre, por desgracia de Pimpollo, de aquel lucero de su vida que se llamaba Lola. El, por nada de este mundo, se presentaría, ni armado de punta en blanco, ante aquel ogro, su perpetua pesadilla; pero buscaría persona de respeto y de talento que afrontara la difícil situación. Pensó en el Lic. Olivares, cuyo trato y discreción habíanle cautivado. Pensarlo y dirigirse á la casa del abogado, fué todo uno, y hé aquí á Pimpollo frente á Don Germán tartamu-

deando y tragando saliva, sin saber cómo empezar á hilvanar el hilo de su discurso.

—Señor Don Germán, señor Licenciado, señor abogado....

—Servidor de usted.

—Venía.... venía.... pero usted está muy ocupado.

—Oigo á usted.

—Pues ha de saber usted, que Lolita, la hija de Don Leandro Jiménez, de ese señor, muy, muy.... seriote; pero eso sí, muy bueno.... Mas luego le pone de mal humor el rehuma, y.... pues..... yo casi no he hablado con él, y quería casarme con él, digo, con Lolita.... y deseaba que usted se sirviera....

—Ver al padre de Lolita, ¿no es esto?

—Exactamente.

—¿Y pedirla para usted en matrimonio?

—Justo.

—Y casarse con ella á la mayor brevedad posible.

—Exacto, exactísimo; usted ha adivinado mi pensamiento, es usted perspicaz, muy perspicaz.

—Pues vaya usted joven, preparando la boda, porque Don Leandro Jiménez, que es mi cliente y amigo, me ha hablado de usted, ha notado la inclinación de us-

ted hacia su hija, y no hay obstáculo que se oponga á sus pretensiones.

—No dije á usted, señor abogado, que D. Leandro era muy bueno, muy bueno. ¡Ay qué bueno es Don Leandro!

Pimpollo no podía contener el júbilo.

—Cumpliré con el encargo de usted, porque es necesario llenar esa formalidad; pero le repito que vaya arreglando la boda.

Pimpollo estuvo á punto de abrazar al abogado, pero contúvole el grave continente de éste. Al despedirse se deshizo en reverencias, y varias veces tocó el pecho con la punta de la barba, y el suelo con el sombrero, y salió de la casa de Don Germán, loco de alegría.

Al día siguiente, muy peripuesto y perfumado, encaminóse á la casa del Lic. Olivares, ávido de saber la contestación de aquel ogro á quien Pimpollo no podía figurarse sino echando votos y bastonazos á diestro y siniestro; pero ocurriósele pasar antes por la casa de Lola, para echarle aunque fuera de lejos, una tierna mirada. Lola estaba en la ventana y él se acercó á saludarle.

—Guasón, le dijo ella, haciéndole un monísimo gesto. ¡Qué sorpresa me ha dado usted! ¿Pero, por qué no me previno?

—Precisamente por darle una sorpresa. ¿Ya vió el abogado al señor su papá?

—Ya.

—Y, ¿qué contestó? dijo Pimpollo, y quedóse boquiabierto y asustado, como esperando la explosión de un barreno.

—Pues,.... contestó.... contestó... y Lola, sonriendo primero y moviendo la cabeza, y luego bajando la vista, ruborizada, concluyó la frase.

—Contestó que sí.

Pimpollo dió un brinco, y sin despedirse de su adorada Lola, entró á la primera mercería que encontró al paso, que fué "El Globo," para comprar inmediatamente algunos muebles.

Y no se dió cuenta del lugar donde se encontraba, hasta que uno de los dependientes le preguntó cortesmente:

—¿Qué desea usted?

—Pues.... todo lo necesario para una casa!

XXXI

Don Germán obtuvo en el Juzgado de Distrito una completa victoria: el juez, sin tomar en consideración el escrito presentado por el señor Minjares, demostraba con sólidas razones que el fallo del

juez de primera instancia, confirmado por el Tribunal, que condenaba a Guillermo, violaba las garantías constitucionales, y por lo tanto, de acuerdo con el parecer fiscal concedía el amparo solicitado. La sentencia de la Suprema Corte de Justicia, por unanimidad, confirmó el fallo del Juez de Distrito.

Ernesto, que se encontraba en México pasando la luna de miel, desplegó la mayor actividad persiguiendo con feroz encono á Guillermo; pero las gestiones del abogado sólo sirvieron para apresurar un fallo que, de otra manera, se hubiera dilatado aún algún tiempo.

El Lic. Cortés telegrafió á Don Ignacio el adverso resultado final de aquella acusación que tanto había impresionado á la sociedad zacatecana, y aun le manifestó los temores de que el acusado exigiera fuerte indemnización por daños y perjuicios. Ignoraba el novel abogado que en materia de reclamaciones por daños y perjuicios, el Estado de Zacatecas hállase como pudiera haberse encontrado en el siglo XVIII: han pasado dos siglos sin que en tal materia haya avanzado ni una línea.

Don Ignacio, muy alarmado por aquello de la indemnización, vió al Lic. Olivares, le entregó las gratificaciones ar-

bitrariamente detenidas á Guillermo, aumentadas con los intereses legales y con las utilidades del balance anterior, pues quería que de ellas participara, por ser inocente del delito que se le había atribuído. Guillermo no hizo objeción á nada y autorizó plenamente á Don Germán para que arreglase aquel asunto como mejor le pareciese.

La opinión pública, tan voluble como la fortuna, desatóse otra vez vibrante y vocinglera: la reacción en favor de Guillermo fué completa; pero como esa opinión, frecuentemente falaz y siempre exagerada, nunca se coloca en el justo medio, desbordóse iracunda contra el señor Minjares y el Lic. Cortés; según ella, habían sido implacables verdugos de un joven laborioso y honrado, para robarle la novia y aprovecharse de la fortuna del señor Sifuentes.

En cuanto á Guillermo, había tomado ya su irrevocable resolución: fuése á ver á Lupe para despedirse de ella, y darle lo único valioso que podía darle, su libertad por la de Alfonso. Antes de llegar á la casa, encontróse con Don Germán, á quien dijo con franqueza lo que estaba resuelto á hacer.

—Vamos á dar un paseo, le dijo el abo-

gado, tengo que hablar con usted. Después hará usted la visita á Lupe.

Guillermo, aunque se sentía ligeramente indispuesto, complació al abogado, á quien debía protección y cariño.

—¿Qué va usted á hacer? le dijo, mientras paseaban. Clava usted un puñal envenenado en el pecho de Lupe. La amistad de usted es ahora para ella el único consuelo.

—Don Germán, repuso Guillermo, quiero á Lupe desde la infancia, y ese cariño no se ha extinguido jamás. Fué obscurecido cuando brilló ante mis ojos una ilusión que me fascinó y que en breve se hundió en el sepulcro de los recuerdos; en la lápida de ese sepulcro hay escrito un nombre: "María Teresa." Mi corazón, desviado un momento por inexplicable fascinación, volvió á su centro, sintió como nunca el fuego calcinante de aquella mirada; contempló á la graciosa y tímida niña de ayer, compañera de mis infantiles juegos, trocada en joven de irreprochable hermosura, de singular talento y de dominante virtud; y despertó como de un letargo, y despertó ardiente, palpitante, amando con el entusiasmo de la juventud, con la poesía del idealismo, y con la intensidad del amor del huérfano, á quien en temprana

edad faltaron los maternales besos y el profundo afecto de un padre ejemplar. Avido de amor, abracé á Lupe con el alma, y la amo, Don Germán, y aunque el respeto y el deber han sellado y sellarán mis labios, mi espíritu se va tras ella sin que yo le pueda contener.

Don Germán bajó la cabeza, conmovido. ¿Qué podía decir á Guillermo? Lupe no era aún, ante Dios, esposa de Alfonso; pero el compromiso pactado y con indisoluble vínculo atado por la ley, no podía romperse; más aún: ante la ley Alfonso y Lupe eran marido y mujer.

Guillermo vió meditabundo á Don Germán, comprendió los pensamientos que revolvía en su mente, y escuchóle con atención, cuando en tono grave y solemne le dijo:

—No seré yo, amigo mío, quien impida la realización de un heróico sacrificio. En verdad no debe usted turbar más con su amor el corazón de esa desventurada joven. ¡Quién sabe lo que Dios disponga! Mas es conveniente que usted se aleje de la ocasión. Soldados como usted, necesita la patria. Valor, pues, y adelante!

Habían subido en su paseo hasta la estación del Ferrocarril Central, á la hora en que el tren acababa de llegar, y

bajaban los pasajeros, entre éstos descendieron del "Pullman" Ernesto y María Teresa. Esta fijó sus hermosos ojos en Guillermo; era la primera vez que le veía, después de tantos terribles acontecimientos; y casi se desvaneció de emoción al encontranse su mirada con la de su antiguo novio. El Lic. Cortés notó la turbación de su esposa, y la causa de ella; se puso lívido de rabia, y este inesperado suceso dió origen al primer terrible disgusto conyugal.

María Teresa llegó á la querida casa de sus padres, con los ojos hinchados y aún húmedos por el llanto, y al arrojarse en los brazos de su dulce madre y sentir los latidos de aquel corazón tan amante y tierno, sollozó con incomparable amargura, y en lo íntimo de su alma maldijo el instante de precipitación ó de culpable condescendencia en que había ofendido á Guillermo, y el no menos fatal en que se había unido para siempre con Ernesto. ¡Ah!, le gritaba su corazón, percibo aún desde lejos el aroma del alma de Guillermo y la de Ernesto no tiene sino amarguísima hiel.

XXXII

Muy cara pagó la altiva y encantadora rubia su precipitación y ligereza: á medida que pasaba el tiempo comprendía mejor que no amaba á Ernesto, que no le había amado nunca; éste, por su parte, logrado su anhelo, y conseguida la encumbrada posición social que con tanto ahínco había perseguido, consagróse al culto de sí mismo. Era refinadamente egoísta, y sin cesar molestaba á su esposa, echándole en cara sus antiguos amores con Guillermo. Estos inoportunos recuerdos, traían á la mente de la desengañada joven todo un poema de amor y de ternura, y eran constante incentivo para su fogosa alma.

No disimulaba Ernesto el ansia de riqueza que le consumía, ni la mezquindad de su corazón, donde nunca quizá se había albergado la nobleza, y María Teresa al compararlo con el corazón de Guillermo, lamentaba con inmenso dolor el tesoro perdido.

—He cosechado lo que sembré, se decía, llegó el tiempo de la siega y sólo hay espinas en mi alma: sembraré de nuevo para poder algún día ofrecer flores y frutos al Divino Segador: pero

¡ay!, ahora tengo que regar la tierra con lágrimas.

Resolvióse á sufrir perpetuamente el incomparable sufrimiento de un amor imposible, y la compañía de un esposo incapaz de conquistar su cariño, y al precio de aquel dolor, consiguió quebrantar mucho la cerviz de la soberbia.

La luminosa luz de la gracia, enseñóle entonces lo que no hubiera aprendido en medio de la felicidad: que el sufrimiento es necesario para corregir nuestros defectos, y sobrellevó con paciencia una desgracia que fué para ella gran misericordia.

Los desengaños y continuas contrariedades marchitaron pronto aquella espléndida rosa del jardín de los mundanos salones; pero en el fiel cumplimiento de sus deberes probó, que si desde la infancia hubiera recibido una buena dirección, habriánsele ahorrado torrentes de lágrimas y abismos de dolores. En cuanto á Ernesto, no sembró amor y no lo cosechó. Concedióle Dios en su justicia lo que á otros niega en su misericordia, y su hogar siempre triste y frío fué su mayor castigo.

A aumentar la aflixión de Da. Carmen y de María Teresa, vino una carta

de Alfonso, que su madre leyó con indecible pena.

"Mamá, le decía su hijo, mi inolvidable y muy querida mamá:

Desde mi triste partida del paterno hogar, donde pude ser tan feliz, y donde lo fuí en efecto, mientras seguí el camino del deber, he sufrido mucho, mucho. ¡Qué duros son los trabajos del soldado! Aunque mi voluntad es buena, mi cuerpo no estaba acostumbrado á tantas fatigas, y se ha resentido de ellas. Estoy en el hospital militar. El médico dice que este clima mortífero me ha probado muy mal; que ha pedido ya al Ministro de la Guerra, licencia para que se me translade á México, y que allí puedo fácilmente arreglar mi vuelta á Zacatecas, si es que no aumenta la calentura que quizá es el principio de la maligna fiebre que tantas víctimas ha hecho entre la tropa.

A mí me parece que ya no te vuelvo á ver, adorada madre mía; que ya no oiré nunca tu dulce voz que tan grata resonaba en mi oído y que parecía derramar miel en mi corazón. Y á mi Lupe, á mi nunca olvidada Lupe, ¡ay!, tampoco. Desde que salí de Zacatecas veo su imagen por todas partes, triste, pero siempre sonriente; creo que es el ángel de mi guarda que sigue mis pasos, y hasta me

parece que me dice: Alfonso, amigo mío, no puedo ser tu esposa; pero he pedido á Dios que te perdone, que te haga bueno y te lleve al cielo. ¿Qué más puedo pedir para tí que el cielo? No me he atrevido á escribirle. En medio de mis cuotidianos sufrimientos he conocido mejor que nunca mis pasados extravíos, y me dá vergüenza que Lupe los sepa, ni menos por mí mismo. Dile tú cuando la veas, mamá querida, que ruegue á Dios por mí; que yo la quiero mucho, mucho, y que si en castigo de mis faltas no la he de ver ya en el mundo, me llevo al cielo el perfume de su amor, y que allá la espero.

A todo estoy resignado, pues veo que recojo lo que sembré. No culpo á nadie sino á mí, únicamente á mí.

Dile á María Teresa que también ella viene á alegrar dulcemente mi soledad, porque estoy solo, enteramente solo, en medio de tantos soldados, que no la olvido nunca; que me acuerdo de las riñas que teníamos para querernos más cuando nos contentábamos.

A papá dale á mi nombre un abrazo; suplícale que ya no me vea airado nunca jamás; que me perdone la mancha que arrojé en su inmaculado nombre, y que me mande su bendición. Tú también

mándame la tuya, pues quizá sea la última que en esta vida recibiré.

Adiós, mamá de mi alma, recibe muchos besos y abrazos de tu hijo

ALFONSO."

Después de esta carta que partió el corazón de Doña Carmen y de María Teresa, había una posdata escrita con letra casi ininteligible, algunos días después. Decía:

"Mamá, hasta hoy puedo mandarte ésta, sigo muy malo, ya casi no veo. Adiós, hasta el cielo."

Algunos días después, D. Antonio recibió un lacónico telegrama de su corresponsal en México en que se le anunciaba la cristiana muerte de Alfonso.

Fué muy grande la aflixión de toda la familia, especialmente de Doña Carmen. Don Antonio también lloró mucho á su hijo único, y aun llegó á arrepentirse de la severidad contra él empleada. Comprendió entonces con remordimiento las palabras de su esposa que se acusaba á ella y le acusaba á él de las faltas de Alfonso.

—Recibo el justo castigo, se dijo, y el

recuerdo de Alfonso, amargó todos los días de su vida.

Lupe guardó riguroso luto por la muerte de Alfonso, y si antes había lamentado sus extravíos, consolóle ahora saber que había muerto verdaderamente arrepentido de ellos. Le lloró como á un amigo, con lágrimas de gratitud; pero no como á un esposo, porque el corazón de Lupe había sido siempre de Guillermo.

Un nuevo pesar atribuló entonces á la hermosa joven. la enfermedad de Guillermo. Pertinaces calenturas minaban lentamente su salud, y encerrado en su casa no tenía ni el consuelo de ver á su amada, si bien ésta diariamente mandaba á Paula, para informarse del estado del enfermo. Pimpollo y el Lic. Olivares eran quienes con más frecuencia le visitaban y consolábanle en su soledad. Por Don Germán supo la temprana muerte de Alfonso, y la sintió de verdad, aunque por otra parte le alegrase que se rompiera el lazo que le ataba á Lupe. ¿Me amará?, pensaba el joven. Su único anhelo fué desde entonces recobrar la salud perdida.

—Pobre Alfonso, le decía á Don Germán; tuvo todos los elementos para ser feliz, y sin embargo, fué muy desventurado.

—Nosotros, repuso el abogado, que no conocemos las ocultas vías de la Providencia, murmuramos de ella; no obstante, algunas veces se digna de darnos luz para que veamos claramente justificadas sus obras. Esto ha pasado con la muerte de Alfonso: lo ha cubierto el manto de la divina misericordia. Las mismas faltas que cometió hablaron á su alma con la tremenda voz del remordimiento, y aquel corazón, bueno en el fondo, rindióse al eco de esa voz.

Del pecado que, en cierto modo es un mal infinito, frecuentemente saca Dios, inmensa gloria por medio del arrepentimiento del culpable. Con el remordimiento, si se sabe aprovechar, empieza la expiación de la culpa.

Poco á poco fué cediendo la enfermedad de Guillermo hasta que se sintió enteramente restablecido; por prescripción del médico fué á pasar una temporada á la ciudad de Jerez, y el cambio probó tan bien á su quebrantada salud, que en poco tiempo se sintió lleno de vida y de fortaleza.

XXXIII.

Trinan alegres los canarios en la casa de Lupe, como si anunciasen una feliz nueva; el limpio sielo ilumina con la luz de una mañana hermosa el patio, donde se ierguen, aquí y allá, rosales en plena florescencia; las macetas recién regadas llenan de suave olor la casa; la casta belleza de la espiritual morena, cubierta con elegante traje de casa, dirige los resplandecientes ojos hacia los canarios que saltan alborozados en los barrotes de las jaulas, abren las alas y trinan al oír los mimos de su amante señora.

La puerta del zaguán está abierta: entra Guillermo, y como sobrecogido por un éxtasis, quédase contemplando á Lupe, que habla con sus canarios, que parecen contestarle en su misterioso lenguaje.

Guillermo, después de contemplar largo rato emocionado á la encantadora morena, acércase á ella andando de puntillas. Lupe no le sintió hasta que estaba muy cerca; volvió el rostro y lanzó una exclamación. Después quedóse contemplándole con infinita dulzura, y aquellas dos almas se abrazaron en una mirada cari-

ñosa, profunda, inefable, y un misterioso fluido inundó todo su sér.

—¡Lupe!, exclamó Guillermo estrechando la mano de su amada.

—¡Guillermo!, contestó Lupe, llevando aquella mano al corazón.

—¡Te amo!

—¡Te amo!

Y los canarios aleteando y cantando hacían coro al celestial dúo de dos almas que se unían para siempre.

FIN

EL HOMBRE NUEVO

I

Don Manuel de Avendaño da vueltas en su elegante despacho: adusto el ceño, sombría la mirada, pavoroso el semblante; sus pasos resuenan en la duela del piso, ora se detiene y respira con fuerza, como si á su pecho faltase aire, mucho aire; ora se deja caer con desesperación en la muelle poltrona. La rugosa faz, que en este momento infunde miedo, tiene rasgos de varonil hermosura: frente grande y prominente, donde las pasiones han abierto hondos surcos, ojos grises de penetrante mirada, que debe de haber sido burlona, pero que hoy despide fuego infernal; luenga y espesa barba semicana, constitución vigorosa, pero ya gastada, á juzgar por la densa palidez del rostro. Se halla en la tarde de la edad

viril, y empieza á percibir las sombras de la vejez que se aproximan.

El señor de Avendaño, al nacer, perdió á su madre, y á los quince años á su padre. Rico, orgulloso y de vehementes pasiones, se entregó á los placeres sin freno ni temor de Dios, y corrió con vertiginosa rapidez por la pendiente de los vicios, complaciendo el corazón henchido de deseos, siempre sediento y jamás satisfecho, y derramando el oro á manos llenas, para lograr cuantos perversos designios fraguaban las enardecidas pasiones.

Aquel espíritu enérgico y activo, logró primero hastiarse que satisfacerse, y el festivo, y frecuentemente satírico carácter de Don Manuel, trocóse en rabioso é insolente, al grado de que no se soportaba á sí mismo. Entregóse con febril entusiasmo á la lectura; devoraba sin discreción cuanto impreso caía á sus manos; pero aún en aquella momentánea distracción sentía el acíbar del hastío que envenenaba todo su sér. Su sensual naturaleza, inclinada al amor, encontraba en los recuerdos intolerable repugnancia y acervísimo odio á cuanto había amado. En medio del lujo y de la opulencia, no se atrevía á veces ni á mirar el fino cortinaje y los magníficos muebles de su

alcoba, porque en vez de halagar su vanidad, eran mudos testigos de su indecible angustia.

—¿De qué me sirve, pensaba, este esplendor, que llenaría de júbilo á tanto necio, si hay oculta y mortal gangrena en mi corazón?

A veces, al contemplar su caja henchida de riquezas, sentía profunda ira, ¡y aún desprecio por el oro con tanto anhelo, y muchas veces con bajezas y crímenes buscado por los hombres, y que era impotente para darle una sola gota de felicidad.

Los sueños de su niñez, las ilusiones y primeras locuras de su juventud, la prolongada orgía de su edad viril, que en otro tiempo fueron estímulo de nuevas culpas, no tenían ya atractivo para un corazón podrido entre los placeres y muerto á toda noble aspiración. Convencido el Sr. de Avendaño de que la felicidad era un mito, y devorado constantemente por aquel hastío que le hacía en alto grado odiosa la vida, resolvió despedirse de ella para siempre. Comprendió entonces el espíritu destructor del anarquismo, porque él sentía impulsos de destruirlo todo.

—Yo, como los anarquistas, clamaba apretando los puños con rabia, soy hijo

del odio. Pero, ¿de dónde me ha venido este odio? ¡Ah!, de haberme amado sólo á mí, que soy tan indigno de ser querido

El más allá no le aterraba, porque rara vez pensó en ésto: el mundano placer había envuelto su existencia por todas partes, y saturado todo su sér. Aunque hombre de no escaso talento y de mucha lectura, no había dado rumbo fijo á sus ideas, y dejaba, sin preocuparse para nada, que la borrasca de ellas enturbiase el entendimiento. Sólo un principio había profesado y seguido siempre: que en la vida el hombre debe gozar cuanto pueda. Era el ateo práctico del siglo XX, ciego en medio de tanta luz, que repetía con los antiguos paganos: "La vida es breve, coronémonos de flores, antes que se marchiten."

En los momentos en que conocemos al señor de Avendaño, no vacilaba respecto de una resolución ya definitivamente tomada. No tenía en el mundo más afecto que el recuerdo de su madre, y anualmente visitaba el antiguo cementerio de "El Refugio," donde estaba sepultada, y sentía algo extraño, como una imperiosa necesidad de despedirse de aquel pedazo de tierra, de aquella silenciosa tumba que guardaba los despojos de la mujer que no había conocido, pero con cuyo caliente

regazo había soñado. Estuvo algunos instantes con el rostro hundido entre las manos é irguióse de repente, y sus ojos brillaron con siniestra llama: parecía que bañaba su alma una ráfaga de su ya perdido júbilo.

—Sí, se dijo, voy, y después todo terminará pronto.

Abrió un cajón de su elegante escritorio y sacó una pistola de bolsa de mango de concha y nácar, cercioróse de que estaba cargada y guardóla en el bolsillo del pantalón. Maquinalmente se fijó en el retrato de su padre, colgado en el centro de una de las paredes de la pieza, pero no sintió impresión ninguna; luego en el de su madre, que estaba cerca de aquél, y estremecióse ligeramente. Parecióle que aquella dulce mirada que no había tenido la ventura de contemplar, se fijaba en él suplicante; recordó que la única oración hecha por él en la vida, había sido por su madre; permaneció un momento pensativo, y luego sacudió la cabeza con violencia, como para alejar una idea, abrió la ventana del balcón, desde el cual se contemplaba el cerro de la Bufa de la ciudad de Zacatecas, con sus escarpados crestones y su manto de esmeralda, que empezaban á quemar las escarchas de Octubre. Su ciudad natal, donde habían

volado vertiginosos los años de su vida, no sólo no tenía encanto para él, sino que aumentaba su hastío. Sentía, con irresistible fuerza la necesidad de ver otros objetos, de pasar á otra vida, aunque fuese peor que la presente. Sucedíale lo que al enfermo atormentado por mucho tiempo con el mismo dolor, que desea trocarlo por otro, aunque sea más agudo. De un brusco golpe cerró la ventana, dirigióse al escritorio y, en pie, escribió con mano convulsa:

"A nadie se culpe de mi muerte; me quito la vida con plena y deliberada voluntad, porque es para mí una carga insufrible. Digo, para desengaño de muchos, que ni el oro, ni el amor, ni la gloria, ni los placeres, nada, en fin, en el mundo, puede dar al humano corazón la felicidad en la que, para nuestro mal, nos hacen creer, y que no existe en ninguna parte. La autoridad dispondrá de mi fortuna como mejor le plazca.

MANUEL DE AVENDAÑO."

Dejó encima del escritorio la carta abierta, púsose el sombrero y salió de su casa desolado, con dirección al camposanto del Refugio.

II

Concentrado Don Manuel en un solo pensamiento, no se detuvo en tomar el tranvía, y pasaba calles y más calles, sin ver á nadie, sin fijarse en nada. Mientras más andaba, era mayor la velocidad de su paso. ¡Admiraba la rapidez con que aquel desventurado corría hacia la muerte!

De improviso recordó haber leído que el suicidio era una cobardía.

—Mentira, se dijo interiormente con indignación, es una consecuencia natural de la desdicha: con una gota de la hiel que en este instante destila mi corazón, habría para envenenar los corazones de todos ¿Quién es el necio que no aparta de sí, con vigorosa mano el peso que le aplasta?

¡Ay, el insensato no tenía fe, ni brillaba para aquella ciega alma la luz de la esperanza, y cuando ésta se pierde para siempre, comienzan desde esta vida los suplicios eternos. Era, no obstante, lógico su raciocinio; pero falsas las premisas.

Sudoroso, jadeante, detúvose para tomar aliento en una de las empinadas calles que conducen á la estación del Central. Mientras respiraba con fuerza, y se limpiaba con finísimo pañuelo el su-

dor de la frente, oyó cerca de él entrecortados y conmovedores sollozos; volvió los ojos hacia la puerta de donde salían; cerca del umbral estaba sentada, con la cabeza entre las manos, una joven de quince á dieciséis años, que lloraba amargamente. El señor de Avendaño acercóse á ella, y la joven, al sentir los pasos levantó la llorosa faz afilada por el dolor.

—¿Qué tiene usted, joven?, preguntó Don Manuel.

—¡Ay, señor!, contestó poniéndose en pie; mi madre acaba de morir, y me quedo sola, sola en el mundo, sin ningún amparo y en la mayor pobreza.

La luz del vespertino crepúsculo iluminó el hechicero rostro de aquella joven de apacible belleza; su rostro era un perfecto óvalo de tersa blancura, ahora pálido por el dolor; sus grandes ojos de purísimo azul, como el cielo de su patria, sombreados por enormes pestañas, tenían una expresión de infinita ternura, el abundante y blondo cabello bajaba por la espalda en dos luengas y exuberantes crenchas, el cuerpo no muy alto, esbelto y bien formado, y todas las facciones en notable armonía con el conjunto. Aquella aparición hubiera sido en otro tiempo para el rico zacatecano poderoso incentivo de amorosas aventuras; pero

la impresión que le produjo la hermosa joven fué sólo de compasión, porque quedaba huérfana. Recordó que él no había conocido á su madre, y cierto instinto decíale que á su falta debía su desdicha, y maquinalmente dijo á la joven:

—Véamos á la madre de usted.

En una pobre habitación, sobre una cama de pino, está el cadáver de una mujer de edad madura, víctima de la tuberculosis: bocarriba, con los brazos cruzados sobre el pecho y un crucifijo en medio de ellos; el negro traje hace resaltar más la blancura del exangüe rostro, en el que la muerte no ha destruído aún totalmente la belleza. La joven aproxímase al cadáver, besa con afecto y profundo dolor aquella helada frente, y al verse tan cerca los rostros de ambas, nótase su semejanza, luego, señalando el cadáver de su madre, dice al caballero:

—Allí la tiene usted, y rompe á llorar de nuevo.

Don Manuel, sin darse cuenta de ello. estaba conmovido.

—No he hecho en mi vida ningún bien, pensó, haré siquiera uno en memoria de mi madre, antes de tirar esta pesada carga de la existencia.

—¿Qué piensa usted hacer?, preguntó á la joven.

—Buscar el amparo de doña Tula.

—¿Quién es doña Tula?

—La esposa de don Juan del Río, donde mi madre cosía. La familia me conoce bien, y quizá se compadezca de mi horrorosa situación.

—¿Cómo se llama usted?

—Consuelo López, servidora de usted.

—Pues bien, Consuelo, nada tema usted. Conozco á don Juan del Río, y voy en el acto á arreglar que usted viva en su casa, bajo su cuidado y protección. En cuanto al entierro de la madre de usted, corre todo de mi cuenta. Voy á mandar á usted personas que velen el cadáver y al agente de inhumaciones para que todo lo arregle sin la menor molestia para usted.

—¡Ah, señor!, exclamó la joven conmovida, gracias, gracias; usted es el ángel de quien me habló mi madre.

—¡Yo un ángel!, dijo don Manuel dibujándose en sus labios la burlona sonrisa de antaño.

—Sí, señor; mi madre, próxima ya á la agonía, y cuando le dije: Madre, madre de mi alma, no me quedo sola, llévame contigo, me contestó con la inque-

brantable fe en Dios que jamás la abandonó:

—Hija mía, resígnate; mi muerte es ausencia, no definitiva separación; nos reuniremos después, en el cielo te espero. Dios no abandona á los que en El confían; si es preciso, mandará un ángel que te ampare en tu soledad y defienda tu juventud y tu hermosura. ¿Cómo no he de creer que es usted ese ángel?

—Ea, está usted muy nerviosa. Ya no tengo que decirle; fíe usted en mí; y diciendo esto se despidió y dirigióse á la casa del señor del Río, con la misma rapidez que poco ha caminaba en busca de la muerte.

—Estos estúpidos creyentes, pensó, tienen inverosímiles extravagancias. ¿Angel yo? Pues si de tales ángeles estuviese lleno el cielo, no iría á él por nada del mundo.

III

Don Juan del Río era un comerciante que después de trabajar con buen éxito por muchos años, sostenía con decoro su casa y familia, que no era nume-

rosa, redujíase á su mujer, doña Tula y á su hija Eva, guapa joven en la primavera de la vida, afectuosa, extremadamente impresionable, y de no poca belleza: pelo y ojos castaños, aquél abundante y quebrado, éstos grandes, ardientes y expresivos; blanca, bien desarrollada, de voluptuosas formas, seductora sonrisa, diminuta boca y perfilada nariz.

Cuando don Manuel llegó á la casa de don Juan, la familia estaba reunida en la sala; la esposa y la hija, después que el señor de Avendaño hubo saludado, levantáronse con intención de retirarse.

—No se vayan ustedes, dijo don Manuel, pues creo que mi negocio debe resolverse en consejo de familia. En seguida, con fidelidad, concisión y aún con enternecimiento, refirióles el casual encuentro con Consuelo, y el abandono y angustia en que ésta se encontraba.

—Quiero, agregó, proteger á esa joven, y en una casa como la de ustedes tendría subsistencia y educación. Yo pasaré á ustedes una mesada para los gastos de Consuelo, mesada que aseguraré antes de emprender un largo viaje que estoy resuelto á hacer.

La familia del señor del Río conocía perfectamente á Consuelo, y compade

cida también de la huérfana joven, accedió gustosa á la solicitud del opulento zacatecano, y acordóse que madre é hija irían por Consuelo López, tan luego como la muerta fuese inhumada. El señor de Avendaño dióles cortesmente las gracias y se despidió.

Maravilladas quedaron doña Tula y su hija, de que don Manuel hiciese aquella buena obra, y manifestaron su sorpresa con grandes aspavientos. Sólo Don Juan, pachorrudo por naturaleza, no acostumbraba á maravillarse de nada, y quedóse tan frío y callado, que á doña Tula dióle grima que no participase de su para ella justificado asombro.

—¡Jesús!, exclamó dejando caer con fuerza la diestra mano sobre el hombro de don Juan, que hallábase en pie, y bamboleó al golpe de su expresiva consorte. ¡quién lo creyera! ¿Este rico, que tiene fama de incorregible libertino y de miserable tacaño; que no es capaz de dar agua al gallo de la pasión, pagar ahora y por toda la vida—porque no ha hecho limitación ninguna—la educación y subsistencia de una huérfana? Esto es estupendo, inverosímil. Por Dios, Juan, ¿te has fijado bien si el señor de Avendaño estaba en su juicio?

—En su juicio está, Gertrudis.

Doña Tula, de improviso, frunció el ceño, llevóse el índice á la boca, fijó pensativa la vista en el suelo, y después de breve silencio lanzó una exclamación.

—¿Qué tienes, mamá, interrogóle Eva.

—Pienso que si estará don Manuel enamorado de Consuelo, y nosotros vamos á hacer un papel.... vamos. nada airoso en verdad.

—Precisamente el haber buscado para abrigo de la desgracia una casa honrada como la nuestra, prueba su buena intención. Por otra parte, conocemos bien á Consuelo López.

—Tú, ¿qué dices, Juan?

—Que Eva está en lo justo.

Doña Tula no replicó ya, ocupábase en hacer mentalmente la distribución de la mesada, de modo que el nuevo miembro de la familia, no sólo no le fuese gravoso en lo más mínimo, sino que dejase pecuniaria utilidad, aunque fuese pequeña, pues la señora era económica y anhelaba el aumento de la conyugal hacienda.

—Consuelo es muy simpática, dijo Eva, me alegro mucho de que venga á vivir á casa; siempre he deseado tener una hermana, poco más ó menos de mi edad, y Dios me la ha concedido.

Mientras la familia del Río seguía comentando el extraordinario suceso, Don Manuel, con la actividad propia de su carácter, estuvo en la agencia de inhumaciones "La Casa Blanca," y dispuso que inmediatamente se buscaran dos mujeres honradas que velasen el cadáver de la madre de Consuelo, y arregló el entierro, encargando que se le pasase la cuenta de todos los gastos, y en seguida dirigióse á su casa. Hasta ese momento sintió el cansancio que le abrumaba; pero por la primera vez en su vida, extraña, íntima satisfacción mitigó su indecible amargura.

—Si esta acción, pensó, que nada tiene de grande ni mucho menos de heróica en un hombre hastiado de la vida, que odia cuanto le rodea, y abandona sin pena su fortuna, á la no muy acredita la equidad de la humana justicia, ha aligerado un tanto la pesada carga que aplastaba sin misericordia mi corazón, ¿qué sería si todas mis acciones hubiesen sido como ésta? No lo sé, pero sospecho que quizás no me habría cansado de una existencia que ha venido á ser mi mayor tormento. Mas, es demasiado tarde, para tales reflexiones; la vejez me echa ya su helada garra, y antes que debilite

mi carácter, y agote mi vigor, concluiré la obra intentada.

Llegó á su casa y la anciana que le asistía, quedó estupefacta al observar cierta tranquilidad en el semblante de su amo, y al no oír las palabras duras y frecuentemente injuriosas con que desbordante de ira le hablaba siempre.

—¿Cena, el señor? preguntó á don Manuel.

—Sí, Felipa; sírveme cualquiera cosa, Felipa fuese á la cocina y entró á ella alabando á Dios y santiguándose. El amo no estaba de mal humor, esto era prodigioso.

IV

Aquella noche tardó mucho don Manuel en conciliar el sueño, pero la idea del suicidio, que por mucho tiempo le había sojuzgado, parecía debilitarse ante pensameintos extraños y nuevos enteramente para él. Veía el doloroso semblante de Consuelo ante el cadáver de su madre y huérfano como ella compadecíala de todo corazón. Luego echó una rápida ojeada á su vida y encontróla llena de horrores, y al letal hastío que poco ha le

empujaba hacia la muerte, sucedió el remordimiento no menos terrible. Si don Manuel hubiese tenido fe, aquel, sin duda, hubiera sido el oportuno momento de su conversión. Pero la noche envolvía por todas partes aquel espíritu digno de mejor suerte. No sabía qué hacer, y después de pensar y meditar mucho, acabó por no pensar nada, y quedó aturdido con los acontecimientos de aquella tarde, tan inesperados y tan raros para su ordinario género de vida. Por la primera vez aquel hombre soberbio que ni ante Dios había doblado la rodilla, sintió la imperiosa necesidad de consultar muchas cosas. Veíase empujado hacia un abismo, cuyo fondo no alcanzaba á mirar, é instintivamente buscaba apoyo que le sostuviese. Había oído encomiar muchas veces la sabiduría y prudencia de Fr. Agustín, religioso exclaustrado que vivía en la Villa de Guadalupe; pero á los elogios de los creyentes había respondido don Manuel con satírica sonrisa, la que, sin siquiera barbotar palabra, punzaba enconosa á los entusiastas admiradores del docto sacerdote.

—Ea, decía, ¿qué han de saber esos frailes que no sepa yo que he recorrido el mundo y descendido hasta sus más profundas simas? El "auri sacrae fames" del poeta devora todos los corazones y el

ansia inacabable de deleites agita al género humano con espantosas convulsiones, que no cesarán sino con la muerte. He leído que un diluvio acabó con la humanidad en otro tiempo; que cinco ciudades en el valle de Pentápolis, fueron devoradas por el fuego. Sin discutir la verdad de estos hechos, y dándolos por reales, prueban que se necesita la muerte para acabar de un sólo golpe con las humanas desdichas. Con estos pensamientos surgía ardiente en su pecho el anhelo de la muerte, como de las encendidas brasas cebadas con leña seca se alza la devorante llama. Por un momento se arrepintió de haber retardado la ejecución de su decidida muerte.

—Ya que ha habido este contratiempo, se dijo, me apresuraré á arreglar todo á la mayor brevedad. Veré á Fr. Agustín, aunque estoy casi seguro que va á salirme con cualquier simpleza. Eso sí, si empieza á sermonearme y me amenaza con eternas penas, lo que es muy probable, á fe de Avendaño, dejo al bendito Padre con la palabra en la boca.

Tomada esta resolución, al siguiente día, después de un desayuno frugal, no por temperancia sino por falta de apetito, dirigióse el señor de Avendaño á la villa de Guadalupe. Era la primera corri-

da de trenes de Zacatecas á la Villa, y sólo ocupaba el carro de primera clase una profesora que se dirigía al Asilo de Niñas. Don Manuel, apenas saludó, arrebujóse en un ángulo del tranvía y quedó hundido en profunda meditación.

Los tranvías de Zacatecas á Guadalupe marchan sin mulas, ni electricidad, ni vapor, debido al declive del camino y en veinticinco minutos, poco más ó menos, llegaron á la Villa. Don Manuel encaminóse inmediatamente al antiguo convento del que sólo una parte, anexa al templo, usan los frailes, pues en el resto hállase establecido el Hospicio de Niños, plantel oficial para huérfanos, donde reciben gratuitamente instrucción y subsistencia y aprenden un oficio. Dentro del atrio, á la derecha del templo, hay un portalito y dos puertas, la primera es la entrada del convento, y la otra la de la capilla que llaman "La Rejita" y que antaño formó parte de la portería.

El señor de Avendaño vaciló un momento y después llamó á la puerta.

—¿Está aquí el P. Fr. Agustín? preguntó al portero, que abría.

—Está diciendo misa, pero no tardará en concluir. Pase vd., puede esperarle

Don Manuel entró sin contestar nada al portero. Para matar el tiempo, reco-

rrió los corredores de la planta baja, y entretúvose en ver los cuadros murales que representan la vida de San Francisco de Asís. En cada cuadro hay una décima relativa á la vida del ilustre fundador de la Orden Franciscana. Don Manuel contemplaba entre atónito y burlón aquellos imponentes cuadros de tintas frías, que parecían hablarle de las consejas que de niño había escuchado. Aquí y allá, en los arcos cerrados por tabiques, había retratos de frailes difuntos, cuyas virtudes encomiaban letreros al pie de las pinturas: éste es el P. Padrón, de austero semblante, azotando sus espaldas con cadenas de hierro; aquel, el lego Arriaga, de alegre faz y perpetua sonrisa, lleno de pajarillos que se posan en la cabeza y en los hombros del fraile, y aun se meten en las mangas del hábito.

El señor de Avendaño contemplaba boquiabierto los cuadros, y al ver que se acercaba el portero, preguntóle:

—Dígame vd. ¿qué representan estos retratos?

El interpelado, á quien el peso de los años obligaba á inclinarse algo, irguióse, dirigió á los retratos reverente mirada, suspiró, y luego con voz lenta, solemne y participando de la unción que en aquel lugar envolvía todo, contestó:

—Este es el P. Padrón, santo guardián de esta santa casa, sacerdote austero y ejemplar muy favorecido de la divina gracia: suplicóle á nuestro Señor que le eximiera de la carga de guardián, y Jesucristo tuvo la dignación de contestarle que El sería el guardián por tres años para enseñarle, y así se verificó, y Jesucristo gobernaba este Seminario de santos, en la figura del P. Padrón, y éste invisible estaba junto de El.

El portero tomó aliento, conmovióse y prosiguió:

—Aquel es el leguito Arriaga, sencillo y muy virtuoso; en cierta ocasión reprendióle el guardián porque no impedía que los pájaros se comiesen la fruta, salió de refectorio, fuése á la huerta y llamó á los pájaros para que recibieran la reprensión del guardián; obedecieron y el lego volvió á refectorio en medio de una nube de pajarillos. El guardián, disimulando su admiración, reprendió á los pajarillos y señalóles un árbol para que solamente de él comiesen en lo sucesivo.

—¿Y obedecieron los pájaros?

—Sí, señor, obedecieron.

En los labios del señor de Avendaño dibujóse su característica burlona sonrisa. Acompañado del portero dirigióse á los

claustros de la planta alta, por amplia y suave escalera.

—Aquí, le dijo su "cicerone," en el descanso de este primer tramo de la escalera, luchó con Satanás el V. P. Fr. Margil de Jesús, santo fundador de esta santa casa.

Don Manuel se fijó en el lugar señalado por el portero y fué más penetrante la burla de su sonrisa.

Concluida la escalera había una angosta galería, frente á las celdas cerradas, pues los pocos frailes que sobrevivieron á la exclaustración, no habitan en comunidad.

—En esta celda, dijo el portero, estuvo alojado Hidalgo, el héroe de la Independencia.

Don Manuel se fijó en aquella cerrada habitación, y en confuso tropel pasaron por su fantasía los principales caudillos de la guerra de independencia. En uno de los extremos de la galería estaba una puerta que conducía á cuatro amplios corredores, cuyos muros estaban cubiertos con magníficos cuadros de la Pasión; don Manuel, al fijarse en el diabólico semblante de uno de los sayones que azotaban al divino Redentor, creyó ver, como en un espejo, su propio semblanate y se estremeció. En aquel momento, Fr. Agustín,

con paso grave y majestuoso, los brazos cruzados, hundidas las manos en las anchas mangas del hábito y la cabeza inclinada, dirigíase á su celda. Salióle al encuentro el portero y le dijo:

—Este caballero desea hablar con su paternidad.

Levantó el fraile el venerable semblante iluminado por celestial alegría; clavó los penetrantes ojos en el señor de Avendaño, y díjole con exquisita suavidad:

—Pase vd., caballero.

Don Manuel entró á la celda. Estaba como embriagado con la dulce paz que se respiraba en aquel vetusto edificio.

—Cosa singular, se decía, aquí hay un aroma exquisito. ¿Existirá la santidad y habrá impregnado con su olor este recinto?

V

La celda de Fr. Agustín era un cuartito donde apenas había lugar para una tarima de madera sin colchón, una tosca mesita de pino sin pintar, un pequeño estante con libros y una silla; en las blancas paredes estaban clavadas algunas imágenes sin marco, y sobre la mesa hallábanse

un crucifijo, una calavera y un breviario. Al entrar Don Manuel, el fraile entornó la vieja puerta de una sola hoja, ofreció á su visitante el único asiento y él sentóse en la orilla de la cama.

—Soy humilde servidor de vd., dijo á Don Manuel, volviendo á clavar en su rostro aquellos penetrantes ojos. El señor de Avendaño sintió entrar hasta el fondo de su alma la luz de aquella mirada.

—Me pesa, contestó algo turbado, distraer á vd. de sus múltiples y graves ocupaciones, pero necesito de una persona como vd. que se encargue de continuar y concluir una obra de caridad por mí empezada, no por virtud, pues no tengo ninguna, sino por capricho, casualidad ó compasión, pues realmente no sé á qué atribuir la aventura en que me he metido.

Don Manuel, como inquiriendo el efecto que sus palabras habían causado en el ánimo de Fr. Agustín, le miró con fijeza; pero el dulce semblante del sacerdote no manifestó ni la más leve impresión. En seguida el señor de Avendaño relató con fidelidad cuanto le había pasado desde la salida de su casa en pos de la muerte hasta su regreso á ella. Concluido que hubo, volvió á mirar con observadora mirada á Fr. Agustín; éste elevó la vista al cielo, y parecía que barbotaba una ora-

ción, después díjole con perfecta tranquilidad.

—Usted quiere que yo me encargue de subvenir con los bienes de vd. á las necesidades de esa pobre huérfana.

—Precisamente; falta sólo el consentimiento de vd. para ir en busca de mi Notario y arreglar de acuerdo con él el más seguro medio para que vd. reciba con puntualidad la pensión que lego para la subsistencia y educación de Consuelo.

—Supongamos que acepto, ¿qué hará vd. después?

—Morir como lo tengo ya resuelto, pues vd. no tiene ni la más remota idea de la indecible amargura que empapa mi corazón.

Esta vez fué el venerable sacerdote quien, sin dejar su habitual dulzura, sonrióse con una sonrisa muy semejante á la de Don Manuel. Est, la tomó por una duda, picóse, y para robustecer lo que acababa de decir, agregó:

—Crea vd., señor, que me admira sobremanera que haya en el mundo tantos incipientes que sufran la desdicha cuando en manos de ellos, y sólo con una poca de resolución, está cortar de un sólo golpe el hilo de la vida, ó de la desgracia, que es una misma cosa. Desde que tengo uso de razón no he oído alrededor de mí sino

un continuo tristísimo lamento: ricos y pobres, poderosos y débiles, niños y ancianos, hombres y mujeres, todos se quejan, todos lloran. Abro la Historia y resuena por todas partes y en todas las épocas, el mismo doloroso lamento; leo los eximios poetas y en el fondo de todos sus cantos, hay siempre el sombrío tinte de hondísimas penas. Pretendo matar mi hastío con las historias finjidas, y no encuentro en las mejores sino miserias, infortunios y lágrimas, hasta el celebrado Quijote, cuyas graciosas aventuras son inagotable venero de fina y delicada risa, tiene un fondo de infinita melancolía. Si hablo con los hombres, van siempre por el erial de la vida, fatigados y tristes, sosteniendo apenas el peso de graves cuidados y de continuas calamidades. La alegría del niño es nuevo dolor para la experiencia, porque sabe que es fugaz y que huye para nunca más volver. Los que como yo no han luchado cuerpo á cuerpo contra la desgracia, sino que han vivido conforme á los deseos de su corazón, bebiendo henchida y aun desbordante la copa de las mundanas delicias, se han cansado más pronto de la existencia. Yo, no sólo estoy cansado sino infinitamente hastiado; de aquí mi anhelo, grande, in-

menso por el reposo que espero encontrar en el sepulcro.

Don Manuel fijó sólo un momento la vista en el inalterable semblante de Fr. Agustín, y la bajó luego seguro de escuchar un sermón contra los vicios y contra la desesperación.

Levantóse Fr. Agustín, abrazó cariñosamente al señor de Avendaño y díjole con inefable dulzura:

—Muy amado hermano mío: como el pez muere fuera del agua, el corazón fallece fuera de la paz que es su dicha. Nada extraño hay en lo que vd. me acaba de referir, ni en las reflexiones que ha hecho. Todo es natural, lógico, horriblemente lógico; en la situación de vd., si yo no creyera en Dios y en la vida de ultratumba, obraría de la misma manera que vd.

Tan inesperada respuesta sacudió todas las fibras del corazón de Don Manuel y fijó con admiración los ojos en el semblante del fraile. Fr. Agustín lloraba, no era posible decir si de alegría ó de amor, pero forzosamente dominábale alguno de esos afectos, ó ambos, tal era la tierna expresión que resplandecía en su rostro.

—¿Qué me aconseja vd. hacer en la horrorosa situación en que me hallo? dijo Don Manuel.

—Para dar á vd. acertado consejo pido brevísimo plazo, quince días solamente.

—¡Quince días más de agonía! Está bien, viviré esos quince días.

—Pero es que yo quiero, y encarecidamente le suplico á vd. que esos quince días sean de la misma febril actividad propia del carácter de vd., pero actividad para el bien. Si en un día, en una hora, en un instante, hizo vd. una buena obra, ¿cuántas puede hacer en quince días? Va vd. á despedirse del mundo para siempre: quince días de practicar el bien no me parece mucho exigir después de haber vd., desde que tuvo uso de razón, gastado la vida en deleites.

—Está bien, me esforzaré en cumplir el deseo de vd.

—Mas lo hará vd. por Dios, únicamente por Dios. Ha vivido vd. como si El no existiese; pero no juzgo que vd., hombre de talento y de carácter, sea ateo; pero supongo que no cree en la Providencia, bien porque hundido en mundanos placeres no ha tenido tiempo de pensar en Dios, bien porque el hastío que le devora le ha alejado de la idea de la bondad Divina, bien, en fin, porque no aprendió en el amoroso regazo de una madre—aquí Fr. Agustín recalcó la palabra "madre" —ni á creer, ni á esperar, ni á amar; no

obstante todo esto, ¿me promete vd. obrar el bien únicamente por Dios?

La voz del docto sacerdote, ayudada de la gracia, había tocado con la palabra "madre," pronunciada de un modo dulce, amable, celestial, la más sensible fibra del corazón de Avendaño. Dos lágrimas asomaron á los ojos de éste y respondió conmovido:

—Lo prometo.

—No me basta aún que durante ese tiempo obre vd. el bien, ¿me promete igualmente evitar cauteloso el mal en cuanto es posible á nuestra flaca y corrompida naturaleza?

—Lo prometo. ¿Y después de esos quince días?

—Se matará vd., si persiste en su resolución, y yo me encargaré de la educación de esa joven á quien vd. ha salvado de la miseria y de los peligros á que quedaba expuesta su juventud y su belleza.

—Está bien. Mil gracias. Adios.

Don Manuel de Avendaño se dejó caer en los abiertos brazos del fraile, y conmovido, nervioso, le estrechó también contra su corazón, y las lágrimas del criminal suicida rodaron por el tosco hábito de Fr. Agustín.

VI

Como mueble nuevo y hermoso hallábase Consuelo en casa del señor del Río: guardábanle todas consideraciones y lamentaban su orfandad, pero sobre todo Eva, de naturaleza extremadamente impresionable, estaba encantada con la dulce rubia. Dispuso para Consuelo una alcoba contigua á la de ella y colocó su cama en un lugar desde donde se viese la de la huérfana, y algunas veces conversaban de cama á cama hasta las altas horas de la noche. En pocos días reinó entre ambas jóvenes la más cordial armonía. Eva propúsose enseñar á Consuelo cuanto pudiera, pues la instrucción de la huérfana, por la penuria en que había vivido era muy deficiente. Cosía muy bien; pero ignoraba las demás labores de manos, y apenas sabía leer y escribir.

En la casa del señor del Río hay hoy inusitado movimiento: hállase llena de amigos y parientes á quienes ha llevado, por una parte, la curiosidad de conocer á la huérfana, cuya historia corría de boca en boca exagerada y aun falsificada, y cuya belleza ponderaban mucho; y por la otra, el compromiso contraído por Doña Tula, de ayudarle á la confección de dul-

ces, que anualmente venden las asociaciones de San Vicente de Paul, y que se hacen con donativos que las señoras colectan entre los católicos. En este año había habido un donativo extraordinario hecho por Don Manuel de Avendaño, y aunque encarecidamente recomendó que no se supiese quién había sido el donante, y le prometieron el secreto, y aun le manifestaron la inutilidad de su recomendación, el acontecimiento era tan raro, que las piadosas señoras de las Conferencias lo contaron, de mucha reserva por supuesto, á cuantas personas tuvieron ocasión de ver, y aun buscaron de propósito á otras con el exclusivo objeto de referirles, reservadísimamente, aquel inesperado suceso que en el mismo día fué conocido de todos los zacatecanos, y de mil modos por ellos comentado.

La cocina, el comedor y hasta una parte del patio de la casa de Doña Tula, están llenos de los utensilios y del material para los dulces. Chole, una jovencita pálida, de ojos castañoobscuros y pelo del mismo color, esbelta, baja de cuerpo y muy nerviosa, jadeante ya, muele azúcar en un molino azteca. Julia, otra joven, morena, abispada, de provocativos ojos negros, confecciona turrones de almendra, que enrolla en papelitos de China con flecos

hechos á tijera en los extremos. Luisa Ramos, mujer que se resiste con desesper[illegible] dos esfuerzos á pasar de la juventu[illegible] edad viril, alta, delgada, carilarg[illegible] pequeños y vivos y sonrisa [illegible] ca y grave, de conversaci[illegible], menea con luenga cuchar[illegible] a un caso puesto en la calie[illegible]a y cubierto hasta la mitad de [illegible] y lechosa pasta, y de vez en cua[illegible] la arqueada boca de aquella joven [illegible] aunque pasa de los treinta se h[illegible]tado en los veintidós con la resol[illegible] de no salir de allí, aunque para [illegible]a necesario falsificar su fe de bau[illegible] lanza con imperturbable gravedad [illegible]a agudeza ú oportuno chiste, q[illegible] coreado por las estrepitosas carcaja[illegible] sus alegres ami[illegible] con la [illegible] á conf[illegible] das D[illegible] su sobrina, de nariz r[illegible] traviesos ojos garzos, joven casada que tiene la alta honra de ser dos veces madre, corre, gesticula, grita; ya toma esta cacerola, ya la otra; ya dice á la criada que no deje pasar de punto la confitura; ya da reglas á la otra para que los dulces presenten artístico conjunto; ora corre á ver á Beberito, niño de cinco años, que hace diabluras en el patio, y de vez en cuando entra á la cocina, coge un

dulce y corre con él; ora á Mimí, niña de tres años, que viendo que todos trabajan y traginan, se ha quitado un zapatito y una media y arrojádolos á un barril lleno de agua. Consuelo mueve afanosa el batidor y las claras de los huevos espumajean en la vidriada cazuela de barro de Guadalajara y forman, al fin, un enorme copo de nívea blancura.

Movimiento, algazara, alegría, hay en aquella casa de ordinario silenciosa, y las jóvenes, con las mangas arremangadas hasta los codos y sus elegantes delantales blancos, trabajan risueñas y parleras. Eva, de vez en cuando, escápase pretextando cualquier cosa, y corre á la ventana para dirigir una tierna mirada á su novio, Ricardo Ramos, que ronda la calle con la pertinacia de los enamorados.

Es Ricardo un guapo chico, de agradable faz, socarrona sonrisa y ojos negros de audaces miradas; Ingeniero recién recibido, fogoso y calaverón, pero que ama de verdad á Eva, y sólo espera numerosa y estable clientela, para entrar regocijado en el templo de Himeneo. Eva ama á su novio, y reza á la Virgen una avemaría diariamente porque tenga en breve tiempo una clientela tan grande, que sea para alabar á Dios. Cada vez que Eva regresa de la sala, sus jóvenes amigas cu-

chichean y la miran con significativa mirada, que aquella no quiere comprender.

—Mira, Consuelo, dice Doña Tula, es necesario que escribas la receta de las "mokas;" están magníficas.

—Sí, sí; clama Paquita, y la de los "huevecitos de faltriquera" que se han hecho según mis instrucciones, y que á Gustavo le gustan tanto, que come hasta chuparse los dedos.

—Y del turrón y de las frutas de almendra, agrega Eva, que de verdad están confeccionadas á las mil maravillas.

—¡Ay! grita Chole, este molino me pone nerviosísima. Figúrense ustedes que la loca imaginación me hace pensar que no estoy moliendo azúcar, sino vidrio y se me crispa el cuerpo y siento como escalofrío.

—Digan ustedes lo que quieran, clama Julia, los turroncitos de almendra están más dulces que las miradas de los novios.

—¡Que no!

—¡Que no!

Gritan varias voces á la vez.

—Hay de todo, hay de todo, dice Luisa; miradas que acarician, miradas que ofenden y miradas que asesinan. ¿No hay por allí quién me asesine? De antemano cuenta no sólo con mi perdón, sino con mi gratitud.

—¡Vivan los asesinos! contestan varias voces aquí y allá.

—¡Beberillo, Mimí! ¿Dónde andan esas criaturas? clama Paquita.

Mimí estaba afanosa trabajando por quitarse el otro zapatito, y sonprendida infraganti por su mamá, agárrase el pie á dos manos, para impedir que le eviten el placer de contemplar su calzado nadando en el agua del barril.

—¿Qué haces, hija? ¿Dónde está tu otro zapato, y la media? ¡Jesús, estás descalza, no vaya á darte una pulmonía!

Mimí movió la cabeza y refunfuñó!

—Vamos, responde ¿qué has hecho de tu zapato?

—Allí, contestó Mimí señalando el barril.

Paquita, haciendo mil aspavientos, saca el zapato de Mimí empapado en agua, y váse con ella á las piezas interiores para cambiarla de medias y calzado. Bebé entre tanto, jinete en el bastón de Don Juan, corre desaforado por en medio de aquellas laboriosas abejas, más dulces que las confituras que preparan, y rueda aquí un turrón, allá una pera cubierta y la punta del bastón atraviesa por la miel y sale empapado en ella, y las zumbantes abejillas, encolerizadas, espantan al inquieto Bebé, que no refrena su desbocado cor-

cel hasta que el muro del patio le privó de campo donde cabriolar.

—¿Dónde estás, hija? dice Gustavo Vivanco que entra en esos momentos.

—Allá voy, allá voy, hijito, contestó Paquita desde la recámara.

Mimí, al oir la voz de su papá, lucha por desasirse de los brazos de Paquita y salir al encuentro de Gustavo, y no costó poco trabajo á la joven madre sujetar á la hija para calzarla.

Bebé arroja al suelo el bastón y sale á todo correr al encuentro de su padre.

—Papasito, venga á ver cuántos dulces, dícele asiéndole de las piernas y dejando en el pantalón de Vivanco, parte de la miel que empapaban los dedos del chicuelo.

Paquita sale de la recámara con Mimí, que tiende los brazos á Gustavo; cógela éste y los dulces besos de la niña llenan de almíbar el atusado bigote del papá, que se resigna á tanta dulzura.

—Quiero conocer á esa hermosa huérfana, dice Gustavo á su esposa.

—Es aquélla, responde Paquita señalando con los ojos á Consuelo.

—Buenos días, señorita, dice Gustavo acercándose á la hermosa rubia. ¡Quién fuera el rey de este panal!

—En los panales, responde Luisa, no

hay rey sino reina; allí gobierna el sexo femenino, y es fama que su gobierno es admirable.

La señora de Vivanco dirige una celosa mirada á su consorte y exclama:

—En hora buena, hijo, serás el rey y yo la reina.

Gustavo miró á su esposa, que se adjudicaba por entero la galantería que él había querido distribuir entre todas. Paquita, entre tierna é imperativa sostuvo la mirada de Gustavo; éste tragó saliva y dijo con resignación:

—Bueno, hija, serás la reina.

Irguióse Paquita triunfante y luego presentó á Consuelo, mientras Luisa y Julia cuchicheaban.

—Te presento á Consuelo López, que forma ya parte de la familia del señor del Río

—Servidora de usted.

—Es usted una joven adorable. ¿No te parece, Paquita?

Paquita, después de morderse el labio inferior, contestó no sin esfuerzo.

—En efecto, adorable, adorable.

Gustavo, siempre alegre y locuaz y galante por educación y por carácter, estaba como en su centro en medio de aquellas guapas jóvenes; conversó con todas y para cada una tuvo frases corteses y li-

sonjeras, y hasta logró el placer de que Julia, á hurtadillas, pusiera en la boca del joven esposo un pedazo de turrón.

Paquita, con presuntuosa suficiencia daba órdenes por todas partes, que en lo general, eran obedecidas; pero casi siempre censuradas á "sotto voce." Cuando su fatigosa labor lo permitía, plantábase al lado de su esposo para servir de dique al desbordante torrente de sus galanterías.

VII

La calle, desde frente á Catedral hasta la mitad de la de "Tres Cruces," hállase rebosante de gente; el constante vocerío, ora apagado, ora fuerte, óyese por todas partes como si estuviese hirviendo inmenso crisol; junto al borde de las banquetas del Poniente, hay larga hilera de mesas de distintos tamaños, unas cubiertas de dulces, otras de juguetes; aquí suena un pito, allá una corneta, acullá vociferan los chiquillos señalando con el índice a papá lo que quieren comprar.

—¡Mi muerto, mi muerto! dice aquella joven á su amiga, antes de saludarla.

—¡Mi muerto, dame mi muerto, toma

tu muerto! tales frases escúchanse por todas partes.

El día primero de Noviembre todos en Zacatecas piden su muerto, el cual consiste en un obsequio, y los dulces llévanse generalmente la preferencia. Los niños nunca lo perdonan, y el papá cargado de familia necesita sacrificarse, si es preciso, para comprar á sus hijos cualquier juguetito ó golosina, aunque sea de escaso valor. Las familias concurren á la calle de "Tres Cruces," donde mientras eligen los muertos, deléitalas la banda, que cada quince minutos toca en el kiosco de la plaza de Armas, frente á las mesas.

Da lástima en esos días y los siguientes—pues los puestos duran algunos—contemplar á los miserables granujas del pueblo, desheredados de la fortuna, sin un centavo que gastar, que miran con faz doliente y tristísimos ojos, los juguetes y dulces de que no pueden gozar. ¡Cuántos de esos infelices por la primera vez sienten que les muerde el corazón la serpiente de la envidia, ó en lo íntimo de su alma maldicen una existencia para ellos de constantes privaciones! Tales pensamientos vinieron á la mente de Don Manuel de Avendaño, que forrado en un largo sobretodo gris, observa con vivo interés á un chicuelo como de cinco años, que absorto,

frente á una mesita cubierta de juguetes, los contempla con intensa avidez; la carita triste, los brazos cruzados, los pies descalzos; tirita aquel cuerpecito bien formado, bajo la camisa y calzones de manta trigueña, y por la copa del roto sombrerito, asoma enhiesto un mechón de cabellos. Los ojos del niño vánse una y otra vez, tras de los juguetes que los muchachos de su edad compran en la mesita. ¡Ay, ellos son ricos; él es pobre, muy pobre! ha pedido varias veces un centavo á los señores elegantes que por allí pasan, pero nadie se lo ha dado. Tiene hambre, pero no quiere comer, prefiere por entonces una corneta, un pito, ó siquiera un muertito de esos que se hallan dentro de su abierto ataúd, sobre un cartoncito, y tras de aquél iérguense dos acólitos de cabeza de garbanzo, vestidos de papel de china y con velas en la mano. ¡Valen tan poco! un centavo; pero no tiene ni un centavo. En cuanto á aquel ferrocarril, no hay que pensar en él; un niño, que debe ser muy rico, acaba de llevarse uno y le costó algo más de dos pesos, pues el mísero granuja vió atentamente que el papá del comprador al pagarlo entregó dos pesos en plata y algo más en feria. ¡Un ferrocarril! ¡Imposible! Y está tan lindo: si le parece hasta oír el puf, puf,

de la máquina que lanza columnas de espeso humo. Y aquellas teresianas, iguales, iguales á las que él ha visto de dos en dos por las calles, en recatada actitud rebosantes de candor y de vida, y que allí están, en pie, sobre aquel cartoncito, con su traje café obscuro con vivos rojos y aplicaciones crema. ¡Ay, pero esas niñas son más caras que los monaguillos! También está precioso el marranito de barro, sentado sobre las patas traseras que de puro gordo no puede levantarse, y en su insaciable gula entreabre el hocico, pidiendo que le ceben más y más. Y aquel toro que agacha la cabeza, enhiesta la cola, espumajea encolerizado, y cabriolea al sentir al ginete que asido á dos manos del pretal, risueño y con el ancho sombrero caído hacia atrás alardea de su admirable destreza. ¡Oh aquel toro con su ginete ranchero es una maravilla y debe de valer un potosí! Todos los juguetes están hermosos, muy hermosos; pero el chico no tiene dinero y en un profundo suspiro manifiesta sus angustias, sus deseos, sus desengaños, mas aquel suspiro no alivia su dolor. Embebido en sus pensamientos sigue en estática contemplación, cuando sobre los hombros siente una pesada mano que le mueve.

—¿Qué te gusta de la mesa? le dice

Don Manuel de Avendaño, que se ha acercado al chicuelo.

El niño vé, mira y remira á su interlocutor, y calla, calla apretando los yertos bracitos. ¿De qué le sirve manifestar sus deseos? ¿No está ya acostumbrado á no verlos jamás realizados? El es pobre, muy pobre, y los juguetes no se hicieron para los niños pobres.

Don Manuel, con la vista fija en aquel desheredado de la fortuna, repite la pregunta. El niño entonces sonríe .Cualquiera pensará que la inocencia y la ironía jamás pueden asociarse; sin embargo, aquella candorosa sonrisa tiene la hiel de la ironía. ¿Qué le vá á dar aquel señor cuando el chicuelo no ha encontrado aún quien le regale un centavo? Cuando por tercera vez Don Manuel repite la pregunta, el niño medita un rato; apenas en los albores de la vida empieza á ser filósofo en la escuela del infortunio; parece que su corazón se dilata con la esperanza, y temeroso de perder lo menos si pide lo más, señala con el índice el muertito de á centavo, pero sin apartar la vista del ferrocarril. El señor de Avendaño ha leíde todo en los ojos del niño.

—Toma, le dice, y pone en las trémulas manos del granuja el ferrocarril de locomotora y wagones.

El niño se puso primero pálido como un cadáver—tal fué la vehemencia de su emoción—y después, la sangre enardecida por el júbilo coloreó su semblante, y aturdido, frenético, corrió á todo correr ávido de mostrar á su madre y á sus amiguitos aquel juguete de inestimable valor, y de saborear á solas y á sus anchas la inesperada posesión de él.

Don Manuel, enternecido, gustaba de la íntima satisfacción con que regala al espíritu una buena obra, por pequeña que parezca, y fuese por todos los puestos buscando muchachos plebeyos á quienes obsequiar. ¡Ay, pensó qué caridad tan grande es regalar juguetes á los niños pobres!

Mientras en la calle el barullo y la algarabia crecen, en los bajos de una casa frente á Catedral, guapas señoritas venden á buen precio y sin cesar, los magníficos dulces hechos en la casa de Doña Tula, por cuenta de confenencias de San Vicente de Paul: algunos, muy pocos, van á comprar por sólo el suave placer de la caridad; otros, por saborear los exquisitos dulces, y muchos, especialmente los jóvenes, por mirar y remirar á las lindas vendedoras y conversar con ellas. ¡Qué bella está Consuelo con su sencillo traje y níveo delantal, erguida tras el

mostrador, con aquellos azules llameantes ojos de tierna y profunda mirada, y el peinado que forma tres montículos de oro, artística obra de Eva, y ésta, con sus ojazos castaños, incendiarias centellas que titilan dentro de las cuencas sombreadas por luengas y espesas pestañas.

Entre ramilletes colocados en vistosos floreros, están, sobre larga mesa, las charolas repletas de dulces; abajo alcatracitos de áureo y plateado papel, boca abovedada de tul y cerrada en lo más alto con cordoncillo de seda; al través del tul descúbrense en apretado montón los dulces como si pugnasen por salir de su prisión; luego los turroncitos envueltos en papel de china de vivos colores que asoman sus rizados flecos, peras, manzanas y duraznos cubiertos; en la parte superior ramilletes de flores de almendra y artísticos canastitos de azúcar henchidos de tejocotes cubiertos. Hasta el ambiente parece llevar á los labios algo de la dulzura de aquella mansión alegrada por la belleza y juventud femeninas.

Don Manuel de Avendaño, desde un puesto de tejocotes, manzanas y cacahuates, donde la plebe compraba sin cesar fijóse maquinalmente en el grupo de vendedoras beldades, y á la mente del opulento zacatecano vinieron en confuso tro-

pel melancólicos recuerdos. Pensó entonces que aquellas flores del jardín de la tierra, dignas de respetuoso cariño, y á quienes el mundo perseguía con satánico encarnizamiento, ó ajaba la pasión con su quemante soplo, eran hoy tan dichosas, y dos lágrimas brotaron de aquel corazón donde parecía que el tierno venero de los afectos habíase extinguido para siempre. Llegaba á su oído el regocijado rumor de las voces de las vendedoras, y de vez en cuando, joviales risas que en notas picadas, deslizábanse por las suaves gargantas de las hermosas jóvenes.

Eva estaba inquieta y en vano se esforzaba por participar de la común alegría. Ricardo no había ido á comprar dulces, esto era un desaire á ella, á la fogosa niña que le tenía para esa noche miradas y sonrisas que arrojan ondas de magnético fluido. Julia, que lee como en abierto libro en el corazón de Eva, se le acerca y le dice:

—Calma, Eva, el ingeniero vendrá. ¿Cómo no ha de venir?

—Si no pienso en él.

—Pues ¿en qué piensas?

—En.... en.... en nada.

—Estás distraída.

—Te parece. Estoy contenta, ¿no me ves reír?

Y Eva en efecto rió con naturalidad, y sólo un profundo observador hubiera notado cierta amargura en aquella máscara del interior despecho.

—Ea, vamos á la puerta, dijo Julia.

Y las jóvenes, asidas de la mano, dejaron á sus compañeras despachar á los compradores y fuéronse á la puerta.

—Allá viene el ingeniero, exclamó Julia.

Eva sintió que un golpe eléctrico adormecía su cuerpo, volvió la vista hacia el rumbo que le indicaba su amiga, y después de un momento de intensa emoción, contestó con aparente indiferencia:

—En efecto, allá viene.

—Y parece que viene muy bien acompañado, agregó Julia.

Un relámpago de ira, de celos, de vergüenza ó de todo esto junto, brilló en la descompuesta faz de Eva.

Ricardo, de brazo de una joven actriz de no muy limpia fama, atravesaba la calle: la pareja, en entusiasta conversación, pasó junto á las jóvenes sin siquiera mirarlas, dejando el aire impregnado de fuerte olor alcohólico. Eva no pudo más, sintió el frío de la muerte en el alma, reclinóse en el hombro de su amiga, las reprimidas lágrimas rompieron su prisión y se desbordaron silenciosas y candentes. Y mien-

tras la amante niña lloraba sin consuelo, hirió su oído el insultante dúo de dos alegres carcajadas.

VIII.

Paulatinamente va cicatrizando la herida que en el corazón de Consuelo causó la muerte de su madre, y aunque el afecto que encuentra en la casa del señor del Río no substituirá nunca el intenso amor maternal, es lenitivo de los pesares de la huérfana. Eva la quiere mucho, y Eva es muy buena, sabe querer, su fogoso carácter inconscientemente se desborda en halagos y mimos: tiene un gran corazón, repite Consuelo sin cesar, y aun le parece que ella, la infeliz huérfana, no corresponde como debiera á aquella ternura; pero no es así, sino que Consuelo reconcentra y esconde sus afectos desde que le falta el calor del maternal regazo. Sufre algunas veces sobremanera porque juzga que ha olvidado á su madre, que ya no piensa tanto en aquella santa de quien fué el ídolo, que ya no la llora como en los primeros días de orfandad, y hondamente se aflije de no aflijirse tanto como quisiera. ¿Qué pasa en aquella dul-

ce niña de inefable atractivo y de suavísima hermosura? Siente desconocidos anhelos, inexplicables alegrías; parécele que la luz lleva algo celestial en sus esplendores y el céfiro aromas en sus ráfagas; el espíritu de la poesía palpita para ella en todo el universo y aspira con avidez su embriagante néctar. Es la dorada juventud que llega con su cortejo de ensueños, con su ansia de dicha, con sus estremecimientos de amor. Consuelo vé ya, como al través de ténue niebla, los floridos vergeles del cariño; está en los supremos momentos en que la flor abre sus pétalos para recibir el primer rayo del sol. Junto al balcón de la sala de la casa del señor del Río, mécese suavemente en un sillón austriaco, con los brazos cruzados, semicerrados los ojos y la cabeza echada hacia atrás; sobre el respaldo deja caer en aureas ondas la suelta cabellera. De pronto, como haciendo un esfuerzo, iérguese para ir al tocador, dirige una mirada hacia la calle, y frente al balcón divisa á un joven, callado y taciturno, de gallarda apostura; encuéntranse las miradas de ambos y Consuelo se siente desvanecida; la intensa luz de aquellos ojos negros había bañado su corazón.

—Dios mío! es Ricardo, dijo interior-

mente. Si buscará á Eva para reconciliarse con ella.

Una sombra de tristeza veló la frente de la joven, sacudió con violencia la gentil cabeza como si quisiere alejar un amargo pensamiento y fuese al tocador. Al mirarse en él dos lágrimas temblaban en los azules ojos de la niña y su corazón latía apresuradamente. El primer rayo de sol había besado ya los virgíneos pétalos de aquella delicada rosa.

—¿Lloras? le preguntó Eva que no había sido vista por la joven y que se acercó á ésta interrogándole cariñosamente.

—No, no sé; contestó turbada. Que, ¿te parece que lloro?

—No me parece, de verdad estás llorando. ¿Qué tienes?

—Nada, no tengo nada.... Quizá el recuerdo de mi madre....

Y Consuelo bajó la frente ruborizada; aunque sin plena deliberación había mentido. He hecho algo malo, pensó. ¿Por qué oculto lo que siento? La verdad es que yo misma no sé lo que siento, pero es algo que no quisiera que supiese nadie. Digo mal, que lo supiese alguien sin que yo se lo dijera, pero no sé quién es ese alguien, y trémula y turbada, no levantaba los ojos para ver á su amiga.

—¡Pobrecita! dijo Eva acariciándole la

mejilla; tienes razón, perder á una madre debe de ser una desgracia inmensa Ea, distraete, voy á hacerte tu tocado, siéntate aquí, ya verás qué bien te peino, vas á quedar guapísima, mucho más de lo que eres.

Consuelo miró agradecida á Eva, dócil á su voz, sentóse frente al tocador, mientras Eva, con fino peine, desenmarañaba aquella exuberante cauda de oro.

—¿Si vieras á quién ví hace poco, parado allí frente al balcón de la sala? dijo Consuelo.

—¿A quién?

—A Ricardo.

Eva guardó silencio mientras pasaba la ola de indignación que hería su pecho.

—¡Infame! murmuró después de breve intervalo, no le quiero ya, le detesto!

—Qué, ¿es muy malo? interrogó Consuelo.

—Sí, es muy malo.

—Ahora tú eres quien llora, repuso la rubia, levantando los ojos y fijándolos en los de su amiga.

—Sí, lloro de ira.

En esos momentos sonó la vidriera del balcón que estaba entreabierta, parecía que un objeto había herido los cristales. Eva se estremeció, é inconscientemente dirigióse á la sala; sobre la alfombra, cer

ca de la vidriera, estaba un ramillete de blancas rosas frescas y lozanas que exhalaban suave frangancia; levantólo, y comprendiendo de quién era aquel obsequio, hizo ademán de arrojarlo á la calle, pero se contuvo al divisar á Ricardo, que cerciorado de que el ramillete llegaba á su destino, huía á toda prisa.

Eva se quedó contemplando al joven, y después de un rato exclamó:

—¡Desdichada de mí, le amo, le amo aún! y rompió á llorar.

Desahogada un tanto, aspiró con delicia el aroma de aquellas flores, y quedóse contemplándolas mientras bullía en su mente un tropel de encantadores recuerdos. De repente lanzó una exclamación; en el centro del artístico ramo estaba prendido un billete. Vaciló un instante, pero atraída por misteriosa violencia, arrancólo nerviosa, lo abrió precipitadamente y leyó emocionada:

"Eva:

Rompiste los lazos que nos unían y me has arrojado á un abismo sin fondo. ¿Qué va á ser de mí sin tu cariño? Contigo hubiera sido bueno, muy bueno, sin tí seré un criminal ó un loco. Ten piedad de mí y perdóname; te ofendí sin deliberación, no es-

taba en mi juicio, no supe de mí. ¿Será posible que de un sólo golpe mates para siempre mis ilusiones, mis esperanzas, mi felicidad? ¡Oh, no! eres un ángel, y no creo, no puedo creer que pagues tan cruelmente un amor que es tan grande como sincero.

Iré todos los días á la hora de costumbre hasta que me contestes.

Tuyo siempre,

RICARDO."

¡Miseria humana! el odio que contra Ricardo ponderaba tanto la fogosa Eva, no era sino la forma del amor despechado, amor que se erguía dominante á la lectura de aquellas cuantas líneas. No obstante, Eva hízose sobrehumano esfuerzo, y en lo íntimo de su alma formó la resolución de mantenerse firme en sus propósitos, á lo menos, mientras no le constase con certeza que Ricardo había cambiado de conducta. Así la esperanza, inefable bien que la misericordia coloca en medio de esta breve y dolorosa vida, debilitaba la firmeza de aquel propósito.

Cuando Eva volvió en sí de aquella rápida sucesión de emociones, Consuelo la estrechaba entre sus brazos, con los ojos fijos en la carta, y las dos amigas lloraban heridas por el mismo rayo

IX

Han transcurrido los quince días que Fr. Agustín fijó á Don Manuel para resolverle acerca de su solicitud; éste ha cumplido fielmente su palabra: ha pasado dos semanas como loco, corriendo por todas partes, indagando en dónde viven pobres vergonzantes para socorrerlos. No comprende aún las buenas obras sino en lo que tienen de material; pero no ha hecho más, no ha podido hacer más. Dos veces entró al templo y, según él, no supo orar: había olvidado las pocas oraciones aprendidas en su niñez; arrodillóse y considerándose en la presencia de Dios, le adoró con el alma, sin que los labios pronunciasen ni una sola palabra, clamó á El con lágrimas, cuyo valor no pudo comprender, y abatió la cerviz de la soberbia, reconociendo las iniquidades de su pasada vida. Estaba como aletargado; á la indecible amargura había seguido una especie de aturdimiento; sentía que el estado de su alma era transitorio y que de él pasaría á otro, pero no sabía á cuál. La vida que poco ha le era tan odiosa, le es hoy indiferente, no le atrae el placer con sus seducciones, ni anhela nada del mundo, quiere descanso, busca como por

instinto una paz, cuya existencia presiente, paz de la que nunca ha gozado. La natural alegría de su niñez fué obscurecida por la sombra del contentamiento de todos sus deseos, y al volver hacia ella la mirada, pensó que quizá la contrariedad y la pobreza, son medicinas que fortalecían el corazón y desarrollaban el carácter; y el dolor, sol que evitaba la corrupción del alma. Como ruido atronador que le enloquecía, llegaban á su memoria en apiñados recuerdos, las locuras de una juventud que, como río fuera de madre, había arrastrado en su impetuosa corriente cuanto encontró á su paso y en vano quería huir de los horrores que en vivas imágenes se estereotipaban en su fantasía. Estoy agotado para todo, pensó; no supe comprender y apreciar la vida y ha pasado para mí como un día de continua tempestad. Hoy confieso que la niñez tiene perfume, la juventud alegría y fortaleza la edad viril; que la vejez, como epílogo de la vida, concentra en los recuerdos las escenas culminantes de ella, y si para mí hubo hastío y desesperación, para otros habrá dulce tranquilidad precursora de la eterna paz del sepulcro. Con estos pensamientos sentía como si llanto interior bañase su corazón; pero, ¡oh

misterio para él impenetrable! aquel llanto era dulce.

Absorto en sus pensamientos dirígese á la Villa de Guadalupe, llega, entra al solitario claustro y llama suavemente á la puerta de la celda del fraile. Siente la misma impresión de suave paz que la primera vez que vió aquel vetusto edificio á cuya puerta parece que se detienen un momento y luego retroceden, las encrespadas olas de los mundanos placeres. Fr. Agustín abre la puerta y recibe con inefable dulzura al señor de Avendaño. Este, sin darse cuenta de su acción y como impelido por extraña fuerza, besa la mano del fraile.

—La paz sea con usted, hijo mío, la paz que es nuestro verdadero, nuestro único descanso.

Don Manuel oyó aquellas palabras y quedóse por algunos instantes pensativo. Fr. Agustín le miró con ternura mientras aquél, á media voz, repetía para sí: —El verdadero, el único descanso.

Pasados algunos momentos de solemne silencio en que los labios callaban, pero las almas hablaban á gritos, Don Manuel se arrojó en los brazos del sacerdote y lloró como un niño.

Después de un rato en el que el señor de Avendaño desahogó su corazón reple-

to de dolor, díjole el fraile, clavando en la faz de su amigo una mirada de intensa suavidad.

—Usted quería matarse y ha llevado á cabo su resolución: el hombre antiguo ha muerto y ha surgido el hombre nuevo, hermoso y lleno de vida.

Don Manuel por única respuesta arrodillóse á los pies del sacerdote, y allí, en aquella humilde y escondida celda, un criminal confesaba con vehemente arrepentimiento sus delitos á otro hombre como él, expuesto á toda la miseria y la malicia de las humanas pasiones, quien en nombre de Dios le perdonaba, y si el curioso ojo del mundo no contempló aquel prodigio de la gracia, los ángeles reverentes y atónitos, deben de haber ensalzado las maravillas del Dios de las misericordias.

X.

Eva está triste, muy triste; aquellos castaños ojos habitualmente animados de vivísimo fuego, vierten ahora melancólico resplandor; aquel genio alegre que tenía para todos benévolas frases, y para sus amigas tiernas caricias, siéntese des-

fallecido, y en vano iérguese la dignidad para domar el potente empuje de la pasión; ésta, contrariada, se oculta en el fondo del alma y la falta de expansión aumenta su intensidad. Ricardo pasa todas las tardes por enfrente de los balcones de la casa de Eva, y no la vé nunca, nunca; pero ésta, al través de los visos, detenida allí, por quién sabe qué misteriosa fuerza, lo vé siempre, siempre. El recuerdo de la felicidad gozada, el anhelo de gozarla de nuevo, el cariño aguijoneado por los celos, son incentivos que la arrastran hacia el ser amado con violento ímpetu. El amor propio herido por la traición apártale de él aun más que el temor de unirse para siempre á un hombre indigno de su afecto. Pero ¿por qué se pregunta, amo á quien no merece mi amor? ¡Oh, la pobre niña no lo sabe, no lo sabrá nunca; pero es verdad, le ama á despecho de todo!

Angelito le ha hablado de amor y las galantes frases del joven la han indignado; á pesar de la buena educación de Eva no ha podido menos que hacer mala cara á Angelito, que es un joven rico y honrado á carta cabal. Es el ídolo de todas las mamás, ¡qué partido para sus hijas! Un hombre que no tiene vicios, que se formó solo, porque desde niño quedó huérfano,

habilísimo para el comercio, donde se ha ganado ya no despreciable suma; á quien jamás se ve en las cantinas, ni en el casino, ni siquiera en los toros; que frecuenta los templos y es temeroso de Dios, ¿no ha de ser un buen partido en estos calamitosos tiempos? En cuanto á su físico, Angelito no puede llamarse feo: moreno, de regular estatura, ojos cafés, ancha nariz, constante sonrisa y dulce faz; parco en palabras, de andar grave y mesurado y de carácter tierno y compasivo. Es un joven que, sin el menor escrúpulo podemos llamar bueno. Tanto que le quiere mamá, piensa Eva, tanto que le quieren las personas honradas ¿por qué no le quiero yo? No lo sé, pero la verdad es que no me cae ni poco en gracia. Será un santo, pero es un santo muy antipático.

Cuando Eva con el corazón oprimido en pie, tras de la vidriera del cerrado balcón, contempla á Ricardo, unos ojos de profundo azul le miran también extasiados, al través de los cristales de otro de los balcones de la casa. Es la angelical rubia á cuyo corazón ha llamado el amor con sus irresistibles encantos. ¡Pobre niña! Ella sabe muy bien que Eva, su amiga, su protectora, su hermana del alma quiere también á Ricardo, que éste ama á Eva; presiente que el rompimiento en-

tre ambos no ha de ser duradero, que le seguirá una reconciliación más dulce que el néctar, y las lágrimas que no salen á los ojos caen ardientes sobre el corazón. No pagará Consuelo con ingratitud los beneficios recibidos; pero no dejará de amar á Ricardo, porque no puede; el cariño que se apoderó de la joven sin su llamamiento y sin su permiso, no la abandonará con su mandato. No es pecado amarle, se dice, le amaré en silencio, sin que nadie lo sepa. He oído decir que las huérfanas queremos mucho, y es verdad, no parece sino que cuando las madres se van al cielo nos dejan por herencia un raudal de su ternura. ¿Qué me importan los jóvenes que me hablan de amor? Ninguno de ellos es Ricardo y yo no quiero á ninguno.

En efecto, al rededor de aquella hermosura antes escondida en el olvidado albergue de la pobreza, revolotean las mariposillas del gran mundo, atraídas por la novedad, por la lozanía de aquella juventud de irreprochable belleza y por el misterioso encanto de heroina de novela que rodea á la joven huérfana. Porque se ha inventado toda una interesantísima novela de la vida de Consuelo, de la muerte de su madre, de su entrada en la casa del señor del Río, de su virtud

convirtiendo á Don Manuel de Avendaño, ante quien, según pública opinión, el Don Juan de Lord Byron era un arcángel.

Más de una vez Consuelo desmintió las consejas inventadas por el ocio de los desocupados, por la imaginación de los curiosos y por las exageraciones de los buenos; pero ¡quiá! ¿quién iba á creerla? Era parte interesada, y su dicho nada valía para sus admiradores.

Algunas pollitas guardaban oculto rencor á la huérfana, porque los trovadores de aquellas alejáronse para correr desalados tras de aquellos ojos de cielo á la mitad del día, tras de aquel continente que aunaba á la majestad de reina la dulzura de ángel.

El más terco de los adoradores de Consuelo es César, joven alto, robusto, de enormes bigotes y de marcial aspecto. Es el primogénito de una familia rica y de ilustre prosapia. Cuando César, ginete en su magnífico potro de relumbrante negro, se pasea vestido de charro por las calles de la ciudad, vánse tras él las miradas de las niñas que quieren marido, ó siquiera novio, y no pocas veces á las pisadas del brioso corcel que truena en las piedras del pavimento las herradas pezuñas, responden los suspiros de las bellas

zacatecanas que contemplan al galán como las reinas de los torneos de antaño al caballero victorioso. César sabe el alto prestigio de que goza entre el bello sexo, y más de una vez la vanidad desequilibra aquella cabeza de no escaso juicio, y afemina aquel carácter impetuoso y varonil. No cree, no puede creer que Consuelo no le quiera. ¡Imposible! ¿No quererle á él, que es irresistible? No puede ser ¿Qué sucede, pues? Que la huérfana se hace del rogar para asegurar mejor su presa. Esto piensa César, qué ha de hacer, se dice, rogarle á la niña, su conquista tiene para mí inmenso atractivo. Además, ¿qué van á decir mis amigos si no venzo? Que hubo una hermosura que no se me rindió. Esto no, jamás. ¡Qué vergüeza me daría!

Angelito y César dirígense hoy domingo á la casa de Gustavo Vivanco, es el cumpleaños de Beberito, y van á felicitar á sus papás; pero esa atención de la amistad es el pretexto para buscar á las soberanas de sus corazones. Caminan por distintos rumbos, pero ambos soñando con la posesión del objeto amado.

XI.

Paquita tiene muchas visitas, van á felicitar á la madre por el día del santo del hijo: Eva, Consuelo, Julia, Chole y Luisa hállanse entre las señoritas, y Ricardo, Angelito y César entre los caballeros. Gustavo no se dá un momento de reposo haciendo los honores de la casa; ya dice á ésta una galantería, ya palmea salamero el hombro de aquel joven, ya cuenta un chiste cuya gracia é interés aumentan la fluida conversación del joven esposo, y sus expresivos ademanes. Beberito, vestido de marinero, traje que le regaló su tía Tula, diviértese en un ángulo de la sala, formando soldaditos de plomo y ponderando á gritos el valor de aquel general, que jinete en su alazán, empuña la espada y vuelve la cara hacia atrás, como llamando á sus soldados al combate; y Mimí pregona su vocación de madre allá en la recámara; ha acostado su rorra y mece suavemente la cuna, mientras canta con ladina voz:

"Señora Santa Ana,
carita de luna,
duérmeme esta niña
que tengo en la cuna."

La conversación entre los jóvenes es animada, sólo Eva, Ricardo y Angelito hablan poco y piensan mucho.

—Hijo, clama Paquita dirigiéndose á su esposo, ¿no te parece conveniente que los que honran hoy nuestra casa pasen gozosos el rato jugando juegos de estrado?

—¡Que si me parece! Apruebo con toda mi alma, digo, si los señores gustan, y aun tomaré parte en los juegos.

—Tú dirigirás, hijo, tú que eres tan listo para todas estas cosas, repuso la señora de Vivanco, simulando con melosa sonrisa el constante cuidado que ponía en que su caro esposo no se acercase demasiado al bello sexo.

La iniciativa de Paquita fué recibida con júbilo por los circunstantes, que á instancia de Gustavo formaron círculo, en cuya circunferencia, erguido y salamero, se colocó el joven esposo, á despecho de las inquietas miradas de su simpática consorte.

Entre Consuelo y Eva sentóse César imponente y majestuoso, atuzándose aquel negro bigotón que terminaba en retorcidas puntas; seguía después de Eva, Angelito, circunspecto y ruborizado mirando medroso y de soslayo á la ideal niña que heredó el nombre y los encantos

de nuestra madre común; después Julia, cuyos chispeantes ojazos desafiaban atrevidos la osadía de los donceles; luego Gustavo, gorgeante pájaro de cuyo pico brotaban sin cesar melódicas y dulces las más corteses frases; en seguida Paquita, que haciendo una mueca infantil, al punto que vió á su esposo prevenido para divertirse, sentóse junto á él, y exclamó entre mohina y risueña:

—Hijito, nos acordaremos de nuestros tiempos.

Después de Paquita estaba Ricardo, serio y melancólico, su frente grande, limpia y abultada y la singular viveza de sus ojos, revelaban clarísima inteligencia; de vez en cuando veía á Angelito, y una sonrisa, que tanto podía ser de burla como de compasión, entreabría aquellos labios de suave rojo. Seguía la parlera y bulliciosa Chole, y por último, Luisa la hermana de Ricardo, muy estimada por su buen corazón y fraternal cariño semifilósofa y semisatírica, cuyas frases breves y enérgicas, eran saetas de grande alcance.

—Sólo yo no tengo varón ni á la derecha ni á la izquierda, exclamó Luisa después de echar una ojeada al círculo y de mirar á Chole y á Consuelo que quedaban á uno y otro lado de ella; ustedes se los

han llevado todos. ¡Cómo ha de ser! A quien Dios se lo dió, San Pedro se lo bendiga, y todos en paz y contentos.

—Comenzaremos por jugar al alcatraz. ¿Les parece á ustedes? dijo Gustavo irguiéndose y clavando los ojos en la devorante llama de los de Julia.

—¡Al alcatraz, al alcatraz! clamaron todos.

El joven Vivanco en un momento formó, con un pedazo de papel, un alcatraz, que ni Angelito lo hubiera hecho mejor, no obstante de ser peritísimo en la materia. Luego, volviéndose con donaire hacia Julia le dijo:

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz adentro?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Una palomita linda y cándida como usted.

—¿Refrán?

—Amor con amor se paga.

—¿Verso?

"Es amor en la ausencia
como la sombra,
que mientras más se aleja
más cuerpo toma."

—¡Bien, muy bien! clamaron varias voces.

—Me compra usted este alcatraz? dijo Julia á Angelito, tomando el cónico papel que le pasaba Gustavo.

—¿Qué trae su alcatraz? contestó el joven comerciante, con trémula voz, después de lanzar un semirronquido simulando carraspera y al que apelaba siempre para disimular la cortedad.

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Una ganga.

—¿Refrán?

—Del agua mansa líbreme Dios, que de la recia yo me libraré.

—¿Verso?

—"Si me quieren, sé querer
si me olvidan, sé olvidar.
Yo no sé qué genio tengo
¡Bien haya mi natural!"

Angelito coge temblando el alcatraz que le pasa Julia, y mirando á Eva con ternura, le dice con la voz apagada por la emoción.

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

Angelito pensativo guarda silencio unos momentos y luego, levantando la voz grita:

—Un pato.

Algunos de los circunstantes se sonríen y míranse con maliciosa mirada.

—¿Refrán?

—¡Válgame Dios! si no me acuerdo.

—Refrán, pronto.

—No por mucho madrugar amanece más temprano, clama Angelito sudando á chorros.

—¿Verso?

Angelito, después de tragar saliva dice pausadamente:

"Un loquito del hospicio
me dijo en una ocasión:
ni son todos los que están,
ni están todos los que son."

—¡Bien, muy bien, Agelito, clama Julia, bañando la faz del joven con la luz de aquellos ojos de vivísimo negro. Angelito se ruboriza y mira á Julia, y no podría descifrarse si aquella mirada era de gratitud ó pedía misericordia.

Tocóle su turno á Eva y pregunta á César:

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Una águila.

—¿Refrán?

—El que persevera alcanza, responde Eva mirando al joven y á Consuelo.

—¿Verso?

"Si no me quieres, me mato,
dicen unos ojos negros,
y dicen unos azules:
si no me quieres me muero."

Consuelo involuntariamente se fija en Ricardo y se estremece al encontrarse con la mirada del joven: aquel verso le había impresionado hondamente.

—¿Me compra usted este alcatraz, dice César á Consuelo, atuzándose el bigote con la diestra y clavando sus audaces ojos en el dulce semblante de la rubia.

—¿Qué trae su alcatraz? responde Consuelo.

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—El ave del Paraíso.

—¿Refrán?

—Primero mártir que confesor.

—¿Verso?

César deja de atuzarse el bigote, é irguiendo arrogante la cabeza, recita con fuego una redondilla, que, ó llevaba ya preparada, ó inspirado por el amor, improvisa en aquel momento.

Un semblante casto y dulce,
y unos ojitos de cielo
son para mí en este mundo
la esperanza y el Consuelo.

Resuena en el salón un aplauso que destroza el corazón de la huérfana, pues fué iniciado por Ricardo; César sonríe con la fruición del amor propio satisfecho.

Consuelo sin siquiera mirar á César, toma el alcatraz que le ofrece y vuelve hacia Luisa la amable faz y con simulada tranquilidad le pregunta:

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Una torcaz.

—¿Refrán?

—No hay peor sordo que el que no quiere oir.

—¿Verso?

Dicen que la poesía
es amor, inmenso amor;
pero es más grande y más hondo
el poema del dolor.

Pronunció Consuelo esta cuarteta con emoción, que no pasó desapercibida para Luisa, quien clavó en el semblante de

su amiga una mirada investigadora; quedóse por algunos instantes pensativa y luego dice á Chole.

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Un zenzontle.

—¿Refrán?

—Hombres y mujeres juntos, ni difuntos.

—¿Verso?

Agustín quiere á Leonor,
Leonor adora á Fidel.
¡Lástima de tanto amor
en este mundo cruel!

Toca su turno á Chole, y mirando tiernamente á Ricardo, dícele:

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—El ave Fénix.

—¿Refrán?

—El que dice la verdad no peca, pero incomoda.

—¿Verso?

No hay colegial que no engañe
ni mujer que no critique,

ni doncella bien madura
que los años no se quite

Toma Ricardo el alcatraz y pregunta á Paquita:

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Un jilguero.

—¿Refrán?

—Haceos miel y comeros han las moscas.

Y Ricardo ve maliciosamente á Angelito, que da una tosida y mira al techo de la sala.

—¿Verso?

De que otros te miren no hagas
indiscreta necio alarde,
porque como yo te miro
ninguno puede mirarte.

La señora de Vivanco, con el garbo que le era peculiar, guiña un ojo á su esposo, y dícele:

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Un pavo real.

—¿Refrán?

—Dios castiga sin palo ni cuarta
—¿Verso?

Nunca entres en compañía
si no quieres litigar;
sociedad en este mundo
con tu mujer y nomás

Paquita, mientras los circunstantes aplauden, mueve con donaire la cabeza. Sigue por largo rato el alcatraz corriendo de mano en mano. Todos están joviales, hasta Eva y Consuelo, cuyo espíritu levanta el amor propio favorecido por la común alegría.

Fué á Angelito el primero á quien se agotó el caudal literario, y repitió un verso que había sido ya recitado, y no hubo remedio, tuvo que entregar su prenda. Con motivo de haber nombrado Chole durante el juego, entre las aves la cotorra, el perico y el guacamayo, hubo discusión zoológica, en la que Gustavo, si no lució su erudición, á lo menos dió una prueba más de su inagotable verbosidad. Luisa resolvió la cuestión con ejemplos de las personas presentes, citados con tanta gracia, que á nadie ofendieron.

—Gustavo, exclamó, es perico por su exuberante locuacidad; César guacamayo, por su vistosa figura, y yo, la única

hija de mi madre, cotorra, porque paso de los veintidós sin llegar á los veintitrés. A las palabras de Luisa hicieron coro las risas de los circunstantes. Gustavo habíase acercado mucho á Julia y Paquita á Gustavo; éste hablaba de la femenina belleza, y al explicarla, describía una por una las facciones de Julia; ésta, lista y vivaracha, devolvía el golpe describiendo las de Paquita.

—Es verdad, es verdad, clamaba Gustavo mirando á su esposa, y sonriéndole con una sonrisa que parecía decirle: hablo por hablar; pero donde estás tú, allí está todo para mí.

Paquita ¿qué había de hacer? disculpaba á su caro consorte; era un aturdido á quien había que cuidar mucho.

Bebesito y Mimí, cansados de jugar, entraron á la sala con Doña Tula y acercáronse á la reunión para presenciar las sentencias. Mimí arrullaba á su rorra, en cuya cara aparecía una mancha café, pues habíase empeñado en que tomara chocolate, y Bebesito lamentaba la muerte de su valiente general, al que decapitó al querer enderezarle la cabeza torcida á consecuencia de una caída desde arriba de la mesa.

—¿Me compras otro general papasito? dijo á Gustavo.

—¿Y á mí otra rorra? clamó Mimí.

—Quietos, niños, murmuró con solemnidad Doña Tula. Ea, á sentarse y á tener juicio delante de la gente.

Gustavo reunió las prendas en su sombrero y lo cubrió con su pañuelo.

—Ven aca, Mimí, dijo á su hija, mete la mano en mi sombrero y saca una prenda; la dueña de ella pedirá un abrazo rogado.

—El anillo de mi prima Eva, dijo Mimí. levantando en alto el brazo con la prenda en la mano.

—¡Ay Dios! exclamó Eva; no, yo no pido abrazo, cámbienme la sentencia.

—A pedir el abrazo, clamó Julia.

—Sí, Eva, repuso Gustavo, las sentencias son irrevocables.

Eva miró sucesivamente á César y á Angelito, que estaban á uno y otro lado de ella; aquél se atuzaba solamente el lado izquierdo del bigote y movía el pie de la cruzada pierna, como si estuviera llevando el compás de un "allegro;" éste se acariciaba con el pulgar y el índice de la diestra, la punta de la barba, y con los ojos bajos veía la alfombra sin mirarla.

—¿Me da usted un abrazo? le dijo Eva de repente.

Alzó Angelito trémulo los ojos, abrió los brazos y dijo emocionado:

—Sí, Eva, con mucho gusto.

—No, no, clamaron muchas voces á la vez, si ha de ser rogado; y Julia, abalanzándose hacia Angelito, y poniendo las manos en los hombros del joven, le obligó á sentarse.

—Pues ¿qué digo? murmura Angelito desconcertado.

—Que no da el abrazo hasta que le rueguen mucho.

—Por Julia, dijo Eva.

Angelito miró á Julia, que había vuelto á sentarse, y ésta, levantando el índice á la altura de la boca y riéndose con coquetería,le hizo una señal negativa.

—No, contestó Angelito.

—Abajo Julia, gritaron varias voces,

—¡Válgame Dios! pues á quién querrá usted mucho, dijo Eva con dulzura, dirigiendo una tierna mirada al joven con la maligna intención de que rabiara Ricardo.

A la luz de aquella mirada, Angelito cegó por unos momentos y su corazón palpitaba con violencia.

—Pídeselo por mi tía Tula, gritó Mimí.

—Pues por mi mamá, dijo Eva.

—Sí, con toda mi alma, por su mamá, clamó Angelito abrazando á la joven antes que se lo impidieran, y no obstante su

turbación, pudo apenas murmurar al oído de Eva: Y por usted.

—Arriba Doña Tula, gritó Julia.

—Arriba su suegra, clamó Bebé, avergonzando á Angelito hasta un grado tal, que poco le faltó para caer de bruces al suelo, y provocando la hilaridad de los concurrentes.

—Malcriado, dijo Paquita á Bebé, que comprendiendo que había caído en gracia, repetía á gritos:

—¡Arriba su suegra, arriba su suegra! Sólo Ricardo guardaba silencio, arrugaba el ceño y movíase de uno á otro lado de su asiento, como si en él encontrase espinas.

—¿Me das un abrazo? dijo Eva á Julia.

—No.

—Por tu novio.

—No tengo.

—Por Gustavo.

—No.

—Por Paquita.

—Uno y mil, dijo Julia estrechando con fuerza á Eva entre sus brazos, mientras Paquita le decía:

—Gracias.

—Viva mi mamá, gritó Bebesito, tirando á lo alto la gorra de marinero, que cayó ladeada en la cabeza de Angelito.

Ricardo fué el único que lanzó estrepitosa carcajada, pues los demás supieron contenerse. Eva, para vengarse de aquella falta de Ricardo, quitó suavemente la gorra á Angelito.

—Aturdido, gritó Paquita á su hijo, váyase para el corredor.

Siguió Eva pidiendo y recibiendo abrazos con gran contentamiento de los circunstantes, y al llegar frente á Ricardo, vaciló un momento, y fingiéndose distraída, se sentó en el lugar que le correspondía.

—Te falta Ricardo, exclamó Julia, ¿le tienes miedo?

—Ah, sí, repuso Eva, levantándose, se me había olvidado. Dispense usted, Ricardo.

El joven ingeniero la veía de hito en hito, con una mirada de profundo cariño y de tristeza á la vez. Eva, al contemplar aquellos ojos que tantas veces habían hecho latir su corazón, sintió deseos de llorar.

—Ricardo, dijo conmovida, ¿Me da usted un abrazo?

—¿Por quién? le preguntó el joven.

—Por Luisa.

—Quiero mucho á mi hermana, pero...

—Por quien quiera usted más en el mundo.

—Con mucho gusto, por ella.

—¿Por su hermana?

—Por la mujer á quien más quiero... Dijo, abrió los brazos y tocó ligeramente con las manos los hombros de Eva.

—¿Arriba quién, arriba quién? preguntaron todos.

—Arriba Luisa, contestó Eva trémula aún y turbada.

—¿Arriba yo? dijo Luisa, ¡um! gracias, hermano, agregó con irónica entonación.

Ricardo sintió aliviada su alma; era que el sol del amor brillaba de nuevo para él.

Consuelo veía todo, y lo que no veía, lo adivinaba con admirable precisión, así es que, cuando el corazón de Eva se dilataba con la alegría, el de Consuelo era herido de un dolor tanto más hondo, cuanto más oculto, dolor cuidadosamente velado por eterna melancólica sonrisa.

XII

Amanecía para Don Manuel de Avendaño, un día de inefable regocijo, de infinita ventura. Había pasado el anterior con Fr. Agustín, refiriéndole circunstanciadamente una vida de iniquidades; volvió de la Villa de Guadalupe en la últi-

ma corrida de los tranvías, cenó, fuése á la cama y durmió como no recordaba haber dormido nunca; un sólo no interrumpido sueño en toda la noche. Cuando al abrir los ojos recordó los acontecimientos de la víspera, á Fr. Agustín, que en nombre de Dios le había perdonado todas sus culpas, una gota de néctar celestial cayó sobre su corazón, que se estremeció de placer. La luz tenía entonces para Don Manuel, esplendores que jamás le había visto, el alma, íntimas y hasta hoy gozadas satisfacciones, y la naturaleza toda, alegría y amor.

Felipa, la antigua criada del rico excalaverón, que nunca jamás, había oído cantar al señor de Avendaño, oyó con asombro que cantaba en su alcoba á toda voz y con inmenso júbilo. Aun llegó á temer que se hubiese vuelto loco, y atrevióse á asomar la rugosa faz por la ventana. Y no se lo contó nadie de modo que dudar pudiera, ella oyó claramente que su amo, elevando los ojos al cielo y apretando con fuerza las manos con los dedos entrelazados decía con honda ternura: ¡Gracias, Dios mío, gracias!

—Será cosa de mi imaginación, pensaba Felipa, D. Manuel tiene otra cara: aquella mirada de constante enojo, penetrante y amenazadora, es ahora dulce y regocija-

da. Pero el asombro de la anciana llegó á su colmo, cuando el amo, ya en el comedor y después de pedirle con voz suave y aun zalamera, el desayuno, le dijo:

—¡Qué feliz soy, Felipa, qué feliz soy!

¿Dónde había ido su amo á encontrar una dicha de la que toda la vida había estado muy lejos?

D. Manuel sentíase rejuvenecido; admiró por la primera vez las obras de arte que adornaban su despacho; miró con inefable amor el retrato de su madre, y mientras extasiado lo contemplaba y sentía en toda su intensidad el cariño filial, dos perlas del alma brotaban de sus ojos y caían sobre aquella carta escrita por él hacía poco tiempo y que aún estaba abierta sobre su escritorio. Al mirarla Don Manuel vinieron á su mente de un sólo golpe los amargos recuerdos de aquel día de desesperación, y por un momento obscurecióse su rostro. Tomó nervioso la carta, hízola pedazos y volvió el semblante hacia el retrato de su madre, que parecía sonreirle. No pronunció ni una palabra, pero entre la madre, viva por el amor en aquella imagen y el hijo resucitado, hubo misteriosa comunicación, inefable corriente de afectos, íntimo abrazo de almas. Aquel diálogo mudo, tierno y hondo, muy hondo, terminó con un profundo

suspiro de Don Manuel y con una despedida rebosante de consuelo y esperanza; podía traducirse en esta frase: hasta el cielo.

Abrió el señor de Avendaño la ventana, como si buscase aire y contempló el mismo panorama que poco tiempo hacía creyó ver por la última vez: la árida colina de la Bufa desnuda ya de su escaso follaje, como conteniendo á la ciudad que trepa audaz sobre su falda; en la cumbre el templo de la Virgen del Patrocinio; en el crestón grande, la cruz, y en el chico, el observatorio meteorológico. En ese momento sonaron con alegre repique las campanas de la torrecilla de la iglesia, llamando á misa. Aquellas vibrantes voces impresionaron como nunca á Don Manuel. ¿Qué tienen los sagrados bronces que hablan hoy á mi alma con un acento al par tierno y solemne? pensó el señor de Avendaño. Escucharé esa voz, se dijo, y poniéndose el sombrero salió de su casa con dirección á la Bufa.

Unos cuantos fieles estaban en el templo, y al entrar el señor de Avendaño, todos clavaron en él la vista con asombro. Don Manuel nada observó, iba embebido en sus pensamientos. A la hora solemne de la consagración, mientras el sacerdote levantaba en alto la inmaculada Hostia, el

Sr. de Avendaño, lloró mucho, pero era su llanto de inefable suavidad, llanto que destilaba por los ojos la escoria del corazón. Sintióse más y más vigorizado, y concluído que hubo el santo sacrificio, dirigióse á la casa del señor del Río para visitar á la huérfana.

Estaba Consuelo intensamente pálida, pero siempre hermosa; recibió á su protector con benévola sonrisa impregnada de tristeza; quería al señor de Avendaño con gratitud, con respetuoso cariño, pero desde que murió la madre de la hermosa rubia, no había podido depositar en nadie su confianza. Eva quizá la hubiera ganado por completo, pero desde que Consuelo amaba á Ricardo, se hizo reservada con aquélla. Tal reserva ¿era dignidad, celo ó desconfianza? Lo ignoraba la dulce niña; mas su instinto le decía: calla, calla, sólo tu madre podría comprenderte. ¡Ah! pensaba entonces, una madre no encuentra jamás quién la substituya en el mundo, no hay más de una sola madre, como no hay más de un sólo Dios.

El Sr. de Avendaño estuvo muy comunicativo con la huérfana, instóle para que le expusiera sus deseos, decidido á satisfacerlos todos.

—Eres, le decía, el primer eslabón de la áurea cadena de mi felicidad. Sin el pro-

videncial encuentro que contigo tuve ¿qué sería hoy de mí? Las sombras de la eterna muerte me rodearían por todas partes y el peso de la continua desesperación aplastaría sin cesar mi alma.

Don Manuel pensó en los momentos de indecible angustia, de mortal hastío que le sugirieron la espantosa idea del suicidio y su semblante se contrajo por el dolor.

—¡Ah! exclamó, yo he probado las penas del infierno en los terribles instantes que precedieron á tu encuentro.

Aquel siniestro relámpago del pasado extinguióse luego y brilló otra vez la espléndida luz de la alegría.

Consuelo manifestaba su gratitud al señor de Avendaño con las más afectuosas expresiones, pero no se atrevía á pedirle lo único que deseaba, salir de la casa del señor del Río, porque nunca, jamás comunicaría á nadie la causa de aquel anhelo; pero ver á Ricardo todos los días buscar enamorado á Eva, era para la pobre huérfana un martirio que juzgaba superior á sus fuerzas. Tenía ratos de sentir ira y rencor contra Eva, y no obstante, la apacibilidad del carácter de Consuelo, de vez en cuando las pasiones erguíanse pujantes y avasalladoras: entonces lloraba creyéndose mala, muy mala, y le asaltaba

tenaz el pensamiento de huir de aquella casa á donde nadie supiese jamás de ella.

Don Manuel despidióse de Consuelo, y la niña se quedó sola con sus pensamientos y con su dolor. Yo, se decía, nací sólo para sufrir: al lado de mi madre arrastré una existencia de constante trabajo y de miseria sin término; hoy casi vivo en la holganza y nada falta á las necesidades de mi cuerpo, pero mi alma se muere de hambre, de voraz hambre de amor. ¡Madre, madre, exclamó sollozando, llévame contigo!

XIII

Al salir Don Manuel de la casa del señor del Río vió á Eva en el balcón y la saludó cortesmente; parecióle que en el semblante de la joven se pintaban la inquietud y la aflicción. Sintió pasos desiguales y apresurados, volvió el rostro y divisó á Ricardo que iba tras él. Comprendió Don Manuel que el joven quería hablarle y se detuvo. En efecto, Ricardo se acercó á Don Manuel, saludóle y díjole con ronca voz.

—Señor Don Manuel, en busca de us-

ted iba; tengo urgentísimo negocio de que hablar á usted.

—Me tiene usted á sus órdenes, voy para mi casa, es decir, para la casa de usted, respondió Don Manuel.

—Pues vamos, repuso Ricardo.

En ese momento notó el señor de Avendaño que Ricardo hallábase en el primer período de la embriaguez, pero no quiso retirar sus palabras. Sea lo que fuere, pensó, mejor es saberlo luego. Aquel carácter, prodigiosamente activo, por tantos años empleado en el mal, había cambiado de rumbo, pero no de modo de ser. Oyó Don Manuel con atención la entusiasta locuacidad del joven ingeniero; las palabras brotaban de sus labios henchidas de fuego; le hablaba de sublime amor, de inacabable felicidad, de Eva, del Sr. del Río, y hasta de Angelito. D. Manuel pudo fácilmente deducir de aquella explosión de enamorado semibriago, los deseos del joven, oyóle con calma y al llegar á la puerta de la casa, díjole cortésmente:

—Pase usted.

Ya en el despacho, la explosión de Ricardo se desencadenó con mayor ímpetu, y el joven acabó por suplicar al señor de Avendaño, que inmediatamente le pidiera al señor del Río la mano de Eva, pues te-

mía que la obligasen á casarse por fuerza con Angelito.

—Ya he prevenido de todo á Eva, añadió.

Entonces comprendió Don Manuel la angustia de Eva; sin duda había notado que Ricardo se hallaba exaltado por el alcohol y temió que aquél cometiese los mayores desaciertos.

El señor de Avendaño miró compasivo al joven Ricardo; cuántas y cuán graves faltas había él cometido, é hízose el propósito de salvar á Ricardo del abismo de los vicios hacia el cual corría á todo correr.

—Ayudaré á usted en todo lo que pueda, le dijo, pero antes de dar el paso que usted quiere, necesito tener con usted una conferencia que hoy no puede verificarse.

—¿Por qué, señor?

—Porque no es conveniente.

—Pero si entretanto Angelito.....

—Es injustificada la ansiedad de usted, y más aún su temor. Nos veremos mañana.

Ricardo, con la terquedad de los briagos insistió impertinente en sus pretensiones; Don Manuel sintió que su fogoso carácter se enardecía, pero, cosa verdaderamente maravillosa para un hombre acostumbrado á hacer triunfar siem-

pre su voluntad, supo dominarse, y él mismo, admirado, pensó: soy otro hombre.

A duras penas resignóse Ricardo á diferir la entrevista hasta el día siguiente, y después de despedirse repetidas veces del señor de Avendaño, dirigióse de nuevo á la casa de Eva con la resolución de apostarse todo el día frente á los balcones hasta recibir contestación de la carta que había enviado á su amada .

De paso tomó en la cantina "La Lonja," un ajenjo cargadito y continuó su marcha.

En vano esperó Ricardo largo rato la contestación, los balcones permanecieron cerrados y no tuvo el menor indicio que alentase su esperanza.

Si el amante joven hubiese penetrado á la sala, hubiera visto á su amada llorosa y afligida, desahogándose en los brazos de Consuelo, que unía sus lágrimas á las de aquélla.

—Todas mis ilusiones se desvanecieron para siempre, decía Eva á Consuelo. ¿Viste el estado en que andaba Ricardo? Joven, de buen talento, de carrera profesional, tiene abiertas de par en par las puertas del porvenir, y todo puede perderlo por su conducta. Mentira parece que el vicio tenga tal poder sobre los hombres! y más sobre los buenos, porque estoy se-

gura que Ricardo es bueno ¿Verdad Consuelo?

—Sí, es muy bueno, sí, yo también estoy enteramente segura de que es muy bueno.

—Pero, ¿por qué se embriaga?

—Quizá las malas compañías; mi madre me decía muchas veces: una buena amiga puede llevarte al cielo; una mala, con seguridad te llevará al infierno.

—Pero yo no quiero que Ricardo se vaya al infierno.

—Ni yo tampoco.

—Pues pidámosle á Dios por él.

¡Inocentes niñas! el amor ponía una venda en su alma. Esta amorosa compasión ¿es clemencia divina ó castigo del amor ciego? ¡Inefable misterio, á cuyo fondo no se puede penetrar!

Eva leía una y otra vez la carta de Ricardo.

"Eva mía:

Daría cuanto pudiese por olvidarte, porque el olvido sería paz para mi corazón y para el tuyo; pero daría hasta lo que no pudiese por quererte siempre, porque ese cariño es la vida, la alegría y la gloria de mi alma.

He leído en tus ojos el perdón de puni-

bles locuras, pero no de graves faltas, locuras que odio porque me atrajeron tu enojo y todavía me espanta la posibilidad de perderte para siempre.

Para mi tranquilidad y la tuya, he tomado la resolución de pedir tu mano y hoy mismo veré al señor de Avendaño para que á mi nombre hable á tu papá. Contéstame luego. Siempre tuyo.

RICARDO."

"Punibles locuras, pero no graves faltas;" estas frases eran las que más se grababan en la mente y en el corazón de la amante joven.

—¿Lo ves? Consuelo, Ricardo es un loco, pero no es un malvado.

—Te digo que no es malo, repetía la rubia con una dulzura que brotaba de lo íntimo del alma.

¡Traidor billete aquel, que llamaba sólo locuras á los vicios y leves faltas á las infidelidades! Y sin embargo, en las frases de Ricardo no había estudio; decía lo que sentía. ¿Era esto perversión del criterio moral, ó aterradora ceguera de la voluntad enferma de muerte? ¡Quién sabe! Lo único que puede afirmarse, es que el amor de Ricardo era sincero.

Eva tomó la resolución de no contestar

ese día nada á Ricardo; de reprenderle severamente por su incorrecto comportamiento, y de no acceder á la solicitud de su novio hasta que cambiase de conducta. El ingeniero esperó en vano la contestación y al fin, cansado y mohino, se alejó para arrojarse con satánico frenesí, en los inmundos cenegales del vicio

---

XIV

Alegre y bulliciosa anda hoy la señora de Vivanco; aproxímase el 24 de Diciembre, y hásele ocurrido poner nacimiento para satisfacción de su piedad y recreo de los pedacitos de su alma, que si gritan y travesean todo el día, en cambio, llenan la casa de luz y de contento.

Prepara imágenes, juguetes y desempolva cachivaches: el niño Jesús está precioso con su rizado cabello, sonriente rostro y ojos grandes de luenga pestaña. ¡Qué bien hecho! Las tres imágenes que forman la sagrada familia, las había comprado en León, ciudad industrial por excelencia; pero no tenía reyes. ¿Qué iba á hacer sin los tres magos, parte principal del nacimiento?

Quizás, aunque fuesen de barro, los

conseguiría en la Calle Nueva, ó tal vez alguna de sus amigas se los prestaría. Estaba la graciosa Paquita pegando algunos monitos descabezados por las destructoras manos de Bebesito, cuando entraron de rondón Julia y Chole.

—¡Paquita, Paquita! venimos á saludarte, gritaron desde el zaguán.

—Pasen, pasen; estoy aquí traginando.

Paquita dejó sobre la mesa un arriero de barro, de admirable parecido con el modelo, al que pegaba la mitad del ancho sombrero, y salió á recibir á sus amigas, á quienes saludó con tronantes besos en las mejillas, que fueron correspondidos por aquéllas.

—Julia me invitó á dar una vuelta, dijo Chole, pasamos por tu casa...

—Y ¿cómo pasar sin llegar? añadió Julia completando la frase.

—Bien hecho.

—Pero ¿qué haces?

—Arreglar los juguetes para el nacimiento.

—¡Ah, qué bueno!

—Y harás buñuelos y nos convidarás.

—Por supuesto. Y lo que es para hacerlos aseguro á ustedes que en Zacatecas nadie me va en zaga.

Julia y Chole miráronse y comprendiéronse.

Aquellos ojos habían murmurado de Paquita.

¡Vanidosa! habíanle dicho. Y en la murmuración había verdad; creíase Paquita sin competidora en la confección de ciertas especialidades culinarias, y lo cierto era que sabía hacer algo, pero menos, mucho menos de lo que ella presumía.

—Siéntense ustedes. Me han sorprendido y me han encontrado en una traza, que me da pena, dijo Paquita, alizándose con la diestra la despeinada cabeza. Pero tiene una tanto quehacer en casa. Vamos, ¿qué saben de nuevo? añadió sentándose cerca de sus amigas.

—¡Nada sabes tú! dijo Julia fingiendo sorpresa.

—Nada, ¿de qué?

—Si hasta lo gritan por las calles

—Pero, ¿qué?

—Que Ricardo, el novio de tu prima, se embriagó, armó una bronca fenomenal en la casa de una actriz alegre, y le llevaron á la cárcel, donde pasó la noche; aseguran que, á no haber mediado la influencia de Don Manuel de Avendaño, consignan al escandaloso al Juzgado en turno del ramo penal.

—Yo ya le he dicho á Eva, añadió Chole, que le dé su pasaporte al ingenierito.

Una muchacha tan guapa y tan buena como Eva, merece otra cosa. ¡Vaya si la merece!

—¡Claro! repuso Julia.

Paquita oía azorada á sus amigas.

—Y yo ya conocía á esa actriz, pues también se la llevaron á la cárcel, murmuró Chole. Estaba por casualidad en el balcón, cuando la ví pasar. Y si vieras, Paquita, es muy hermosa y muy joven, y ¡qué bien viste!

Chole mentía, pues no fué casual su salida al balcón, sino con deliberado propósito acechó á la actriz para conocerla, y una hora larga soportó pacientemente el viento que en aquella mañana era bastante frío.

—¡Válgame Dios! clamó Paquita, ¡qué vergüenza para la familia! Es necesario que mi tía Tula y mi tío Don Juan lo sepan todo, absolutamente todo.

—Precisamente por eso te lo referimos dijo Julia. ¿Qué se diría de Eva si sigue en relaciones con Ricardo?

—A eso hemos venido, agregó Chole.

En esto sí decía verdad la joven, pues desde la hora y punto que supieron el acontecimiento, desesperaban por la ansia de referirlo; ya lo habían contado hasta á las conocidas. Como el poeta halla placer en impresionar á los espectadores

con efectos dramáticos, Julia y Chole gozaban con el efecto producido por aquella grave noticia, especialmente en las personas á quienes hería. Gustosas la hubieran comunicado á Doña Tula, á Don Juan y á la misma Eva, en tono, por supuesto, de jeremiaca lamentación, pero recargando el cuadro de vivos colores, y aun echando uno que otro paletazo por cuenta propia.

—¡Lástima de muchacho! dijo Julia después de permanecer un rato pensativa.

—Vámonos exclamó Chole, pues tengo muchísimo que hacer.

—Quédense hoy conmigo, me ayudarán á poner el nacimiento. Creo que mi tía, Eva y Consuelo vendrán esta tarde.

—No le he avisado á mamá, contestó Julia, manifestando vivo deseo de acceder á la invitación de su amiga.

—Le mandaré un recado.

—¿Qué dices, Chole? interrogó Julia

—Ah, de buena gana me quedaría; pero, es imposible, tengo tarea en casa, respondió Chole contrariada, pues sentía sobremanera no participar del banquete que á la murmuración iba á proporcionar Ricardo.

—Pues yo sí me quedo.

—Bien, adiós.

Y Chole se despidió de sus amigas con otro par de besos.

—Me platicarás todo después, dijo Julia al oído.

—Sí, todo, todo.

Paquita y Julia acompañaron á Chole hasta la puerta del zaguán sin interrumpir ni un momento la conversación. Tres veces se repitió la misma despedida y otras tantas la recomendación de Chole á Julia; todavía aquélla desde la mitad de la calle dirigió á sus amigas el último saludo, volviendo la faz risueña, levantando la abierta diestra á la altura de los ojos y agitando los dedos con donaire.

Volviéronse á la sala Paquita y Julia, y ésta, después de una argentina carcajada, dijo á aquélla:

—Está Chole que rabia de curiosidad.

—¿De curiosidad?

—Sí, de saber el efecto que á Eva causará la noticia de lo que aconteció á Ricardo.

—¡Vaya una simple! murmuró mohina Paquita.

—Así es Chole, muy simple, y toda se vuelve nervios. A mí me da grima cuando la miro en la calle dar esos pasitos tan estudiados, que parece que va marchando, y luego la afectación con que se recoge la falda y el fingido garbo con que mueve

el cuerpo. Nada de lo que no es natural cae bien. Ya me ves á mí, procuro en todas mis acciones la mayor naturalidad posible.

Paquita sonrió: aquella sonrisa era una sátira comprendida que vengaba á Chole.

—No creas, dijo Paquita á Julia, cuando entraron de nuevo á la sala, que vamos á tener un día de holgorio, hay muchísimo que hacer: mira cómo está hoy la sala. En efecto, se la había despojado de gran parte de los muebles, y las mesas, traídas de otras piezas, estaban llenas de cachivaches y de todo género de juguetes: aquí unos angelitos, las dos terceras partes de los cuales tenían las alas rotas ó algún otro desperfecto; allá, soldaditos de barro, de plomo y de hojalata; acullá, una magnífica colección de muñecos de barro de Guadalajara, copia fiel de los originales; en un ángulo de la sala, un montón de heno fresco y musgo, y en otro, brillantes piedrecillas de minas. La cabecera de la sala estaba ya, de uno á otro extremo, cubierta con mesas, y en el techo, pendientes de hilos, y en líneas paralelas, ondas de papel pintarrajeadas de azul, plomo, y espumoso blanco, simulando el cielo (y las nubes; á la derecha, reclinado en el ángulo de las paredes, elevávase un montón de piedras; era la montaña, á la

que sólo faltaba vestirla de follaje y plantarle árboles.

—Trae el heno, Julia, dijo Paquita, verás cuán lindo cerro voy á formar.

Tomó Julia un cesto que hinchó de heno y dióselo á Paquita, quien, encaramada en una escalera de mano, tomaba el heno puño por puño, sacudíalo é iba cubriendo con él las desnudas piedras, faena que terminó en unos cuantos momentos. Al pie de la montaña abría su ancha y obscura boca una cueva, y en el centro de aquélla colocó Paquita un ermitaño de luenga y cana barba y de puntiagudo capuchón, apoyábase en un báculo y portaba pendiente de la cintura, grueso rosario que remataba en una enorme cruz. Coronaba la cumbre del cerro un crestón de vistosas piedras de mina artísticamente formado.

—Trae la iglesita, dijo Paquita, allí está en aquella mesa. Como la montaña que más conocía tenía templo en la cima, el del nacimiento, tendríalo también. Colocó, pues, la iglesita de cartón de dos altas torres, que no guardaban proporción con la única baja nave del pequeño templo; retiróse un poco para contemplar la perspectiva, y después de algunos cambios de lugar, exclamó satisfecha:

—¡Magnífico! A uno y otro lado de la única puerta del templo colocó arbolitos

de papel encerado, y de trecho en trecho, en la falda de la montaña, maguelles y nopales. Un pastor subía la montaña con borregos y cabras de distintos tamaños y aun había entre aquellos, un borregote de la misma estatura del pastor.

—Traeme ahora la arena y el vidrio, Julia.

Llevó la joven lo que le pedía la señora de Vivanco; ésta, apartando el heno de un tramo de la mesa, lo cubrió de arena; de trecho en trecho, colocó conchitas y diminutos caracoles, puso el vidrio sobre la arena, y ocultó con musgo los bordes, en los cuales, aquí y allá, elevábanse árboles de distintos tamaños; una barquilla de pescadores, á vela desplegada, surcaba el lago, y patos y garzas nadaban en la superficie.

En el otro extremo no se puso montaña, pero con un gran espejo, improvisóse un mar con góndolas y navíos, entre los que descollaba un buque de guerra que Gustavo había comprado á Bebesito en la capital de la República; la pared de junto al mar estaba cubierta de ondas de papel azul orladas de bermellón, y abajo, como saliendo del océano, medio disco del sol, de rayos amarillos y rojos, unos rectos y otros culebreando.

—Falta luz á ese cuadro, dijo Julia.

—Es imposible pintar la luz del sol respondió Paquita; pero ya verás cuando esté iluminado el nacimiento y la luz refleje en el espejo, ¡qué precioso se va á ver!

En la costa de aquel mar había animales de todos los climas, tipos humanos de todas las razas y las más variadas escenas; osos blancos, tigres, elefantes, dromedarios, orangutanes, etc.; tipos indígenas, europeos, criollos; muñecos de cera, de barro, de porcelana, de trapo, y hasta de papel cuidadosamente recortados de la "Moda Elegante." Allí estaba el ranchero mexicano jineteando en un toro bravo, asido á dos manos del pretal, apretando las piernas, sosteniendo el equilibrio, pegado al lomo de la fiera, que cabriolaba espumajeando enfurecida. Era una verdadera obra de arte de Tonalá, Estado de Jalisco. No era menos bella y artística una india de subido color trigueño, chata nariz y gruesos labios, que en franela roja de cenefa blanca, escotada camisa y grueso collar de cuentas de vidrio verde al cuello, hincada y con el metate al frente, molía la suave masa, de la cual tenía ya á la izquierda, en blancas bolas, llena una batea, y á la derecha la olla del nixtamal. Ambas manos asían la del metate, y volvía risueña la faz hacia un hombre de la plebe, que con el ancho

sombrero caído hacia atrás y elevado desde la mitad de la cabeza, desabrochado el cuello de la camisa, y arrastrando por el suelo la faja carmesí del semicaído calzón, empinaba con avidez una botella.

En el centro de la mesa colocóse el Paraíso, que no presentaba la prodigiosa fecundidad del verdadero, pues sólo tenía un árbol, el famoso árbol del bien y del mal, que no era ni manzano ni higuera, sino naranjo, y con unas naranjas muy grandes y rojas; en el tronco se enredaba la histórica serpiente, causa de nuestras inmensas desventuras, que ofrecía en la abierta boca el fatal fruto á nuestros primeros padres, que por su debilidad estaban bien representados en figuritas de cera. Y aunque cuando aconteció aquella trascendental caída de Adán y Eva, no había soldados ni cosa que á ellos se pareciese, cerca del Paraíso, desfilaban en columna de honor los soldados de Bebesito con todos sus equipos, y hasta con sus cañones, y al otro lado del Edén surgía una plaza de toros hecha de popotes y cera campeche, obra maestra de Gustavo, según él decía á sus hijos, construída en ratos por espacio de muchas noches, en que los niños, alelados, contemplaban aquella maravilla y soñaban con los redondeles, al grado que en una ocasión que Bebesito

durmió con papá, despertó á éste el toque de clarín que el niño dió al oído del padre, y la estocada que entre sueños plantó á Gustavo tomándolle por toro. En aquella obra maestra del Sr. Vivanco, los toros no cabían por la puerta del coso, pero con ayuda de Bebé saltaban por encima de la plaza y se presentaban en el redondel, donde les esperaba impertérrita la cuadrilla de muñecos de barro.

En el centro del nacimiento elevóse otra montaña, más alta que la colocada en uno de lo extremos; tenía su túnel, del cual iba saliendo un ferrocarril, y al pie de aquélla extendíase una ciudad de casitas de papel. Un león, un tigre, y una pantera estaban muy cerca de un baile campestre, sin que los bailadores temblaran de pavor y sin que las fieras hicieran maldito el caso de aquellos alegres campesinos. En la cumbre de la montaña, que por excepción formaba gradería, se colocó el histórico portal, objeto que desde su niñez conservaba Paquita, y de tiempo en tiempo le daba una "mano de gato," para que luciera en el nacimiento.

Todos los prismas del candil de la sala fueron apresuradamente descolgados por Paquita y Julia y puestos con la mayor posible simetría en la cornisa del portalito; sobre el arco del centro, un angelito

rubio como Consuelo, con las alas semiabiertas, como si en ese momento acabase de bajar del cielo, sostenía en los abiertos brazos un rotulón en forma de ese en el cual en áureas letras se leía: "Gloria in excelsis Deo." En todos los arcos colocaron querubines con las alas extendidas, pendientes de hilos de plata, y al menor movimiento se balanceaban y parecían volar sobre aquel pesebre, cuna de todas las dichas, redención de todos los males, triunfo y gloria verdaderos y perennes.

La Virgen y San José estaban ya en sus puestos, y echados cerca del pesebre el buey y la mula, sólo faltaban los reyes magos, que debían de colocarse á distancia del portalito y avanzar todos los días hasta llegar á él el seis de Enero.

Paquita estaba inquieta por la falta de los regios viajeros, pero proponíase conseguirlos á todo trance, y si necesario era, encargarlos á México por el "express." Candiles de cristal, esferas de brillantes colores y otros varios diminutos adornos, fueron ordenada y graciosamente colocados dentro del portal. En un abrir y cerrar de ojos fué hecha por Paquita la estrella que debía guiar á los magos: era de papel de estaño; los picos no salieron perfectamente iguales y el tamaño era relativamente colosal. Fué prendida entre

las nubes que estaban sobre el portal, con gran alborozo de las jóvenes que la contemplaban sonrientes. Formaron, por último, algunas escenas bíblicas, entre otras, la degollación de los inocentes, y colocaron cerca de ella á Sansón y Dalila, ésta era más alta y robusta que aquél. El conjunto del nacimiento era soberbio, según el parecer de Paquita y Julia, digno de tomarse en cuenta. Fatigadas, jadeantes, sentáronse las jóvenes frente á su obra y mirábanla complacidas.

—Ve por los niños á casa de mi tía, gritó Paquita á la criada. ¡qué sorpresa van á llevar! Nosotras, entre tanto, nevaremos el nacimiento.

—¿Qué no están en el Colegio Tereciano? interrogó Julia.

—Sí, pero se hallan en vacaciones.

Preparó Paquita brea derretida al fuego en una cazuela, tomó un carrete de hilo y dió otro á Julia: mojábanlos en la brea y luego llevándolos á la boca, soplaban como para hacer pompas de jabón, y la espumosa brea caía en plateados hilos sobre el heno, el musgo y las mil figuritas que adornaban el nacimiento. En esta tarea las encontraron los niños, que á toda carrera y pidiendo á gritos de comer entraron á la sala. Bebesillo sudando y con la cachucha en la mano, y Mimí arro-

jando el sombrero sobre una silla. El atundimiento de los niños paralizóse de improviso y quedáronse boquiabiertos al contemplar aquel primor de nacimiento.

—¡Qué bonito! gritaban entusiasmados, mientras Paquita devoraba á besos á sus hijos.

XV

Muy de madrugada, abrigado con sobretodo color de avellana, pantalón y sombrero negros, guantes del color del abrigo y bastón de plateado puño, salió de su casa don Manuel de Avendaño con dirección á la casa de Ricardo. El magno escándalo dado por éste había sido de fatales consecuencias; á la media noche fué llevado á la cárcel y de ella salió al amanecer del siguiente día, gracias á la influencia de D. Manuel. Ricardo fué á la casa de la actriz con un improvisado amigo de parranda, de quien no tenía ningunos antecedentes; el tal amigo perdió con las frecuentes libaciones alcóholicas, la poca discreción que podía suponérsele—si es que alguna tenía—y dirigió á Ricardo groseras alusiones y chistes picantes que excitaron la ira del joven ingeniero; colmó la medida

una galantería que el provocador amigo dirigió á la actriz, galantería que Ricardo juzgó ofensiva, y á las palabras siguieron las obras; hubo mojicones y aun empuñaron pistolas las ofensivas manos de los contendientes; pero la actriz se interpuso entre ambos y mientras con desaforados gritos llamaba á los gendarmes, contuvo á los rijosos, no sin recibir algunos golpes, que como no fueron en el rostro, no mostraban ninguna señal. Conducidos todos á la cárcel y calmados ya los ánimos, negaron que hubiese habido riña, y sólo fueron condenados por la autoridad política á treinta días de arresto. A instancias de Don Manuel, el Jefe Político conmutó á Ricardo en multa el arresto. Tales fueron los hechos; pero para el público habían sido mucho más graves, pues los que andaban siempre á caza de interesantes noticias, añadían algo al suceso, hasta desfigurarlo completamente.

Cuando don Juan del Río y su familia fueron enterados por Julia y Paquita de todo lo acaecido, ya tenían vaga noticia del escándalo. Eva era dócil y sus indignados padres no necesitaron esforzarse para persuadirla á que dejase para siempre unas relaciones que la conducían á su desdicha cierta.; pero más que la docilidad de carácter y el amor y respeto filia-

les, influyó en el ánimo de la fogosa joven la honda herida hecha á su dignidad y á su cariño. Parecióle en la exaltación de la ira que la falta de Ricardo le había arrancado de un sólo golpe aquel afecto de profundas raíces, mantenido por un genio ardiente y poetizado por las ilusiones de la juventud. Así es que, sin ninguna vacilación, escribió á su novio la siguiente carta:

"Ricardo:

Tu conducta ha matado mi cariño y quedas desde hoy desligado de tu compromiso. Cuando me veas feliz con un hombre de bien, piensa que era para tí esa felicidad, de la que te hiciste indigno. Adiós para siempre."

No podía la ofendida niña haber dicho más á Ricardo. El último pensamiento, sobre todo, era un rayo vengador. ¡Cuán cierto es que la elocuencia es natural aliada de las pasiones!

Mortal fué el efecto que tal carta produjo en el corazón de Ricardo; ante su dolor, que parecióle infinito, olvidó por un momento la vergüenza del escándalo, la eterna pena de su buena fama perdida y la humillación de que le hubiesen despe-

dido de la importante negociación minera donde trabajaba.

Don Manuel, hombre de mundo, previó el estado en que se encontraba Ricardo, y el que antaño jamás se preocupó por la ajena ventura, hogaño va solícito á consolar al triste.

El joven ingeniero vivía con su hermana Luisa, de la que era único sostén; ésta queríale entrañablemente, no sólo porque era su hermano, sino además porque era muy bueno con ella. Lamentaba en silencio las frecuentes caídas de Ricardo, á pesar de los esfuerzos de éste para ocultarlas, no se escapaban á la perspicacia de su hermana. La aflicción de Luisa llegó á su colmo cuando supo los acontecimientos que acabamos de narrar; pero lejos de reprochar á su hermano aquella falta de trascendentales consecuencias, guardó discreto silencio y se esmeró empeñosamente en aumentar su ternura y atención para con su hermano. Tal proceder se lo inspiraba, no sólo su buen corazón, sino su discreción y talento. Comprendió como por intuición, que aquel era el camino más corto y más seguro para obtener la enmienda de Ricardo. Este tampoco dijo á su hermana nada de lo que le había acontecido; pero el tristísimo rostro de

ésta y sus fraternales finezas, eran dardos que le herían en la mitad del alma.

Ricardo estaba solo en su cuarto, pues en aquellos momentos no toleraba la presencia de nadie; las reflexiones acerca de los pasados acontecimientos ahondaban su dolor hasta causarle desesperación.

—Todo lo he perdido, se dijo, no soy en el mundo un estorbo, sino una verdadera calamidad. A las fieras se les enjaula, á los criminales se les aherroja ó se les manda al cadalso, á mí.... ¡ay! á mí se me ha dado una pena mayor: la muerte social. De los hombres honrados tendré el desprecio ó una compasión humillante, porque será siempre suspicaz y desconfiada; de los malos tendré la degradante congratulación: soy de los suyos y se regocijarán de contarme entre sus procélitos; pero, sobre todo, de Eva tendré la indiferencia, el olvido, peores aún que su mismo odio, porque éste al fin, se ceba en su víctima, es pasión á la que responder puede también la pasión, mas la indiferencia, es frío eterno, muerte perpetua.

Aquella pena era la mayor que Ricardo había sufrido en su vida, y lo que más le atormentaba era pensar que su infortunio no provenía, ni de malevolencia de los hombres, ni de imprevistos acontecimientos, ni de inevitables desgracias, sino de

él, exclusivamente de él, de su voluntad enferma y de sus no domadas pasiones. Herido por tales pensamientos, miró la pistola que estaba sobre el escritorio, dibujóse en los labios del joven siniestra sonrisa y el crimen relampagueó en su mirada. En esos momentos entró don Manuel de Alvendaño y quedóse contemplándole sin siquiera saludarle. Don Manuel había visto en la descompuesta faz de Ricardo, el infierno que ardía en su alma, y leído el criminal pensamiento que le infundía la desesperación. Recordó que no hacía mucho tiempo que él se hallaba en parecidos tormentos, y tuvo compasión, inmensa compasión de aquel desventurado joven.

Fijó Ricardo la vista en aquellos penetrantes ojos grises que le contemplaban cubiertos de lágrimas.

—¿Qué tiene usted, don Manuel? dijo Ricardo, trocando por un momento su dolor en sorpresa.

—¿Qué tengo? Ha caído en mi corazón una gota del dolor que mata á usted y me ha arrancado lágrimas. ¡Ya juzgará usted si le comprendo!

—Pero, ¿quién le ha dicho?.....

—Lo sé todo, absolutamente todo: que le han despedido á usted de la negociación minera; que Eva ha contado sus relacio-

nes con usted.... y sé más, mucho más: que en estos momentos le asaltó á usted la idea del suicidio.

Ricardo oía sin pestañear al señor de Avendaño; éste dejó que á la sorpresa siguiese la reflexión, y después de un rato de silencio, dijo con solemnidad:

—He venido á curar las heridas de su alma, con el bálsamo de la esperanza.

Fué entonces Ricardo quien lloró y dijo entre sollozos:

—¡Ah, don Manuel, esto es imposible!

—Todo es posible, repuso con energía el señor de Avendaño, mientras haya un soplo de vida en nuestro corazón.

En seguida, en pocas palabras, pero con exactitud y vivísimos colores, refirió á Ricardo el tremendo episodio de una vida que estuvo á punto de terminar con el mayor de los crímenes.

—¡Quiera Dios, dijo al concluir, que sea yo para usted lo que para mí fué Consuelo!

Ricardo se emocionó hondamente y don Manuel apareció ante sus ojos como un héroe legendario.

—Pero usted, díjole después de un rato, no tenía mujer amada que perder.

—Pero tenía hastío, veneno más activo que el desengaño. Aún es usted joven y puede, en cuanto es posible en este mun-

do, hallar la dicha que ha perdido. La he encontrado yo, el más egoísta de los hombres ¿y no la había de hallar usted?

La palabras de don Manuel eran, en efecto, bálsamo para el dolor de Ricardo; le hacía bien llorar y siguió llorando.

—¿Qué hago? dijo Ricardo después que hubo desahogádose á su satisfacción, mientras don Manuel, pensativo, daba vueltas en el cuarto.

—En primer lugar no salir, por ahora, de su casa; le da á usted vergüenza que le vean y esa vergüenza es justificada; en segundo lugar, no volver nunca á la casa de esa actriz, quizá más desgraciada que culpable. Créame usted, amigo, pues por mi boca habla hoy la experiencia: si no es fácil hallar esposa infiel, es difícil, muy difícil, encontrar concubina fiel.

—Mas sin destino, sin estimación, sin ella.... murmuró Ricardo desalentado.

—En mis libros se abre á usted desde hoy cuenta corriente, repuso don Manuel, mientras le doy empleo mejor que el que ha perdido; la estimación se recobra con la buena conducta. En cuanto á Eva, no pierda usted la esperanza; ha obrado como obrar debía; pero yo he visto en sus ojos el amor de su alma, y ese amor, es de usted, únicamente de usted.

Nada de lo que el señor de Avendaño

había dicho á Ricardo le alentó tanto como las últimas palabras de aquél.

—¡Ah, gritó conmovido, viviré, sí, viviré para ella; me regeneraré para ella! Don Manuel, es usted mi Providencia. Y sollozando de nuevo, se precipitó en los brazos del señor de Avendaño.

XVI

Pasado el momento de tremenda ira, parecióle á Eva que había sido demasiado dura con Ricardo. Pensó que tal vez el escándalo no tuvo la magnitud que se le atribuía. ¡La gente exagera tanto! Quizá el pobrecito ni siquiera supo lo que hizo, y paga hoy faltas inconscientes ó que le atribuyó la calumnia.

Aquella compasión no sólo era hija de la natural misericordia en los corazones buenos, sino también del amor, pues Eva amaba aún á Ricardo. Comprendiólo la tierna niña, y como de mal pensamiento, huyó de aquel abismo escondido en su alma. Esperaré, se dijo, si me ama, se regenerará, y volverá á mí regenerado, y la heroica resignación sostenida por la esperanza, calmó mucho los sufrimientos de la enamorada joven.

Consuelo, entre tanto, candorosa y amante, no llegó á comprender en qué consistía la falta de Ricardo, aunque oyó referir los sucesos. Para ella el ofendido joven Ingeniero había hecho muy bien en castigar á su ofensor; las historias relatadas ni las entendía ni quería entenderlas, probablemente eran calumnias de la envidia. ¡Era Ricardo tan guapo! Supo también que Eva había roto las relaciones con su novio; ella misma le enseñó la carta. ¡Qué maldad la mía! pensó la niña: me he alegrado mucho.

Hundida en sus pensamientos estaba la angelical rubia, sentada en un sillón de su recámara, frente al balcón abierto de par en par. Contemplaba el cielo que teñían de púrpura los esplendores de un hermoso crepúsculo vespertino. Parecíale que en la luz crepuscular palpitaba un misterioso espíritu; hallaba poesía hasta en la árida colina de la Bufa y en el monótono grito de los tordos, que en bandadas descendían sobre los árboles del Jardín Hidalgo, buscando en las escuetas copas nocturno albergue. De repente, como si el ángel de la ilusión hubiera besado la frente pura de aquel rostro en que se aunaban en interesante armonía la belleza sajona y la hispanoamericana, semicerráronse los ojos de Consuelo, azules luceros de hondo mi

rar y luz de alba, donde enamorado férvido buscaba César una chispa de cariño. Y la niña soñó despierta, y ¡qué sueño tan hermoso! Vió en su exaltada imaginación á Ricardo que ofendido por la carta de Eva, poco á poco se apartaba de ésta hasta trocarse el amor en indiferencia. De improviso el joven volvía la faz hacia ella, clavábanse en los suyos los ojos de aquél, y una onda de inefable emoción inundaba los corazones de ambos. Ricardo la había comprendido, Ricardo la quería. Oyó el rumor de lentos y trémulos pasos, la respiración precipitada por las emociones; sintió el aliento suave y cálido de su amado, y la presión con que la ancha y venosa mano de éste estrechaba la de ella, y pausadas, dulces, inefables, salieron de la boca del joven esta palabras: Te amo.

Consuelo dió un grito de placer y volvió en sí de aquel éxtasis. Había soñado, sí; pero ¿por qué no había de realizarse aquel sueño?

Levantóse y salió al balcón para recibir aire, pues el fuego del corazón se comunicaba al cuerpo; estaba ardiente, acalenturada. Estoy enferma, se dijo, estoy enferma. ¡Si también matará el amor! Y fatigada dejóse caer de nuevo en su asiento para seguir soñando.

Entre tanto, en el empedrado de la calle

resonaron, primero, fuentes y acompasados, después, apagándose gradualmente, á medida que se alejaban, los golpes de las herradas pezuñas del caballo que en airoso trote paseaba al perseverante César, que habíase empeñado en la conquista de la rubia, cuyos desdenes exasperaban al rendido galán y trocaban en hoguera la chispa que había brotado en su corazón.

Consuelo, ensimismada, no se fijó en el joven, quien al salir aquélla al balcón, tiró de la rienda al noble bruto, y mientras éste cabriolaba arrogante, César tendía al aire el galoneado sombrero saludando á la niña. El enamorado galán supuso que su saludo había sido contestado, pues la tarde llegaba ya al lindero de la noche, y aunque se destacaba todavía la gentil figura de la huérfana, no se veían con claridad los movimientos del rostro. Casi al mismo tiempo, Angelito ruborizado, saludaba á Eva desde la cera de en frente, y grave y circunspecto, siguió andando sin voltear el rostro hacia el balcón hasta que llegó á la esquina, donde antes de voltear la calle, se detuvo un momento, miró de lejos á Eva, exhaló un suspiro y continuó su marcha.

Eva siguió con la vista á Angelito. El sí me quiere, pensó, de verdad me quie-

re, se lo conozco. ¡ Fuera Ricardo tan bueno como él ! A mí no me repugna Angelito, hasta me inspira confianza, y le agradezco mucho que me quiera, pero ser yo su esposa, ¡ ah, no, jamás ! no le amo, ni creo que pueda amarle.

Quedóse Eva un rato pensativa, sonrióse de repente con maligna sonrisa : había pasado por su mente el pensamiento de corresponder al amor de Angelito, y en tal pensamiento deteníase con morosa delectación. Parecíale que tal correspondencia sería justo castigo de las perfidias de Ricardo ; que sería también incentivo para que volviera hacia ella amante y regenerado, y aquella niña de corazón tan bueno elegía para víctima de sus anhelos, á un hombre de bien, que la quería con toda su alma. Mas aquel pensamiento que por algunos instantes tocó con sus invisibles alas, la frente de Eva, huyó precipitadamente al sentir la joven la luz de dos ojos negros. ¡ Ah, no ; exclamó, pobre Ricardo, si no le olvido, si no podría olvidarle aunque quisiera !

XVII

Angelito en la trastienda de su casa de comercio de abarrotes, conversaba familiarmente con César; los jóvenes habían intimado una amistad que anteriormente sólo era superficial. Eva y Consuelo fueron el lazo de aquella unión, pues pretendientes de dos hermanas, no tardaron aquéllos en comunicarse sus ilusiones y sus desengaños. Angelito, preocupado con la conversación, no vigila hoy con el esmero de siempre á sus dependientes, y sólo de vez en cuando se asoma á la tienda, y echa una rápida ojeada. Es verdad que sus empleados son muchachos muy listos, mucho más de lo que el timorato joven necesitaba que fuesen, pues no había podido quitarles los artificios que empleaban para pesar las mercancías, de modo que se vendieran siempre mermadas, la costumbre de elegir con admirable discreción á los compradores cándidos que consumiesen las invendibles, ó que recibiesen entre el cambio la moneda falsa, que en la animación de la venta se escapaba á la sagaz mirada de los dependientes, y éstos separaban en un cajoncito para darle oportunamente salida. Sea dicho en honra y gloria de Angelito, que él no autori-

zaba esas faltas, que para sus subalternos, enseñados por codiciosos patrones y empedernidos por los malos hábitos, no eran tales, y para Angelito eran agudísimas espinas que frecuentemente turbaban la paz de su conciencia. En lo que jamás tuvo el joven patrón el menor escrúpulo, fué en engañar al Fisco. ¡Qué iba á tenerlo! Si yo digo la verdad en las ventas y manifiesto con sinceridad mi capital, pensaba, bien pronto los impuestos me obligarían á pedir limosna. Antaño el baluarte del comerciante estaba en el secreto de todas sus operaciones, hoy que nos han obligado á manifestarlo todo, absolutamente todo, nos han dejado por único baluarte la mentira. ¡Caiga sobre los legisladores fiscales tal pecado!

Y Angelito juzgaba que aquellas mentiras, no sólo eran necesarias, sino hasta meritorias, porque defendían la fortuna del hombre trabajador contra lo que él llamaba la insaciable avaricia del Fisco.

Los nombres de Eva y de Consuelo sonaban constantemente en la conversación, y á los suspiros de Angelito respondían las baladronadas de César.

—Yo, decía, no he encontrado hasta ahora, quién me desaire; he tenido muchas novias, y de las más encopetadas: Petra, Juana, Mariquita, Berta y Altagra-

cia. Muchas se me han insinuado antes que yo á ellas; pero esta huérfana vale más que todas juntas. Me parece más guapa y apreciaría su conquista más que las de las anteriores. Hasta le haría el honor de casarme con ella.

—Con el tiempo lo conseguirás todo repuso Angelito.

—Ya lo creo: se está dejando querer para asegurar el golpe. Hace perfectamente, por vida mía. Tengo bien ganada fama de loco, y es justo que desconfíe de mí.

—¡Quién pudiera esperar lo mismo! dija Angelito después de un prolongadísimo ¡ay! ¡He sido tan desafortunado en amores! No he tenido hasta ahora ni una novia, y he pretendido á siete, por lo menos; pero la verdad es que ninguna me ha fascinado tanto como Eva. ¿Verdad que es muy hermosa?

—Lo es en efecto, y ¿qué dices de Consuelo?

—Es también muy bella.

La verdad es que Angelito permanecía soltero porque, hombre de delicado gusto y de buen juicio, había siempre pretendido á jóvenes de positivo mérito; si él hubiese querido esposa á todo trance, hubiéranle sobrado niñas interesables, desesperadas solteronas, guapas viudas enemigas de la soledad, y aun hubiera sido de-

seable marido para muchachas de humilde linaje; pero Angelito dejaba que la inteligencia rigiera al corazón en esta materia, en la que creía, y creía muy bien, que iba la felicidad de esta vida, y el mayor número de veces la de la otra.

Era común opinión entre la juventud de la "creme" de la sociedad zacatecana, á la que Angelito se envanecía de pertenecer, que éste era honrado y laborioso; pero que le faltaba ese atractivo donaire que hace interesantes y simpáticos á los jóvenes de ambos sexos, y ¡oh, error del juvenil criterio! la piedad de Angelito caía muy mal aun á las más virtuosas jóvenes, y muchas veces era en las mundanas reuniones, ocasión de punzantes sátiras. No juzgaban lo mismo las personas de madura edad, para quienes han perdido su brillo los oropeles que atraen las miradas de la insensata juventud; para aquéllas, el honrado comerciante era joven de altísimo mérito. Angelito, á sus reconocidas cualidades, aunaba un capital no despreciable, motivo más para que doña Tula viera con buenos ojos la inclinación de aquél hacia Eva. Don Juan tenía desahogada posición, pero no era rico, y á pesar de que poseía la rara virtud de la ecuanimidad, solía perderla cuando su esposa le pintaba un porvenir en que el oro ven-

cía imposibles. Sabía que los oportunos recursos evitan desazones y mohinas y jamás había pensado en los peligros de la opulencia; ni siquiera se imaginaba que la riqueza pudiese ser peligrosa. La casita que doña Tula había llevado al matrimonio, los ahorrillos de don Juan, lo que Angelito había ganado y lo que aún ganaría, pues era afortunado, laborioso y muy apto para el comercio—si es que en los tiempos que corren la honradez y la aptitud comercial pueden vivir en paz y en gracia de Dios—todo, absolutamente todo, sería para Eva, decía doña Tula entusiasmada, escondiendo el interés tras el baluarte del amor filial. Don Juan, que oyó á su esposa, primero con atención y después con alegría, acabó por ser enteramente sugestionado por ella. Hay que tomar en cuenta que cuando la esposa del señor del Río se empeñaba en algo, se salía siempre con la suya, pues su esposo, con admirable ductilidad, pasaba del no al sí; ora fuese por evitar conyugales disgustos, ora porque, como decía doña Tula, tenía atole en las venas.

Los pensamientos de la madre de Eva, confiados al padre en el secreto del hogar debieron traslucirse en la faz de aquélla, porque no habían escapado á la mirada de César.

—Tú triunfarás, le dijo á Angelito, tienes de tu parte á doña Tula y á don Juan.

Estupefacto se quedó el enamorado joven á quien, delante de Eva y de sus padres, más que la cortedad de carácter, le cegaba el aturdimiento del amor, y no había llegado ni siquiera á sospechar que sus pretensiones contasen con tan valioso apoyo. Dilatóse el corazón de Angelito con la esperanza; obligó á César á descender hasta los más insignificantes pormenores que fundasen aquella consoladora aserción, y locuaces y alegres, entraron en el jardín de las ilusiones, forjándose las más hermosas para la próxima cena de Nochebuena, que darían el señor Vivanco y su esposa á sus amigos y á la cual asistirían en pos de la anhelada ventura.

XVIII

La sala de la casa de Paquita está rebosante de luz, y el rumor de la alegría sale por las rendijas de los balcones y atrae á los curiosos que se agrupan frente á ellos. El piano, en el que, en otro tiempo recibió Paquita algunas lecciones, y que lo abandonó porque tenía música de sobra con

Mimí y Bebesito, había sido sacudido y afinado la víspera. Paquita había tocado mucho y muy bien, según ella decía; pero estaba algo empolvada, motivo por el cual invitó á Julia para que tocase aquella noche. Julia no era una profesora, ni mucho menos, pero tocaba lo suficiente para poder acompañar á los que esa noche dirigiesen sus tiernas estrofas al Divino Niño. Gustavo recibía á los invitados y Paquita daba la última mano al comedor, colocando en vistosos jarrones los exiguos ramilletes formados con las pocas flores de invierno que pudo conseguir, incluyéndose las de las macetas de casa. Julia dejó sola á Paquita, pues á la inquieta joven atraíanle las reuniones con invencible atractivo; aquellos ojos negros buscaban siempre, como por instinto, víctimas á quienes asaetear. Julia no era perversa, tenía excelente fondo, pero como todos los desventurados hijos de Adán y Eva, tenía sus flaquezas. Habíala Dios dotado de simpático rostro y de dos mortíferos luceros que podían dar al traste con la libertad mejor cimentada. Sabíalo ella con plena certidumbre, y había tenido especial delectación en esgrimir aquellas armas contra la humanidad masculina, particularmente contra la juventud, entre la cual contábanse algunas víctimas, á quienes la

inconstancia de Julia trocó en implacables enemigos de ésta. Pero la joven no escarmentaba, cuando decía: voy á "hacer ojitos" á fulano, el incendio y la explosión eran casi siempre seguros. Mas todo esto no impedía que los no agraviados por la graciosa joven, revoloteasen en derredor de ella, con inminente riesgo de quemarse. Uno de los que empezaban ya á sentir los ardores del fuego, era el doctor Fausto Vélez, viudo sin familia, en la plenitud de la edad, con regular clientela, y si no era un Adonis, ni tenía con éste el más remoto parecido, los desperfectos físicos atenuábalos sobremanera la benévola expresión del rostro. "Mi guapo," le llamaba Julia, no se sabe si por ironía ó por cariño; el doctor sentíase satisfecho con tal mote, pues como tenía la común flaqueza de no saber la estampa que cargaba, creíase guapo de verdad.

Gustavo era muy sociable y en extremo cortés; hallábase como el pez en el agua en todas las reuniones, especialmente si había señoritas. ¡Cuán listo para servirles! ¡cuán gracioso para conversar con ellas! ¡cuán fino y hasta original para galantearlas, y cuán dulce y tierno para mirarlas! De soltero había sido tan peligroso para las doncellas, como lo era Julia para los donceles. Le conocía Paquita co-

mo á la palma de sus manos y en la imposibilidad de cambiar un carácter que se desparramaba en constante ebullición, cuidábalo escrupulosamente con celo mezclado de dulce misericordia. ¡Pobrecito, él era así! Hablador, loco; pero las palabras se las llevaba el viento y la locura no llamaba ya la atención de nadie por ser el estado normal del señor Vivanco. Eso juzgaba Paquita, y hay que aceptar su juicio, porque no había prueba en contrario.

Y allí está hoy el señor Vivanco correctamente vestido, peinado como pollito con novia: descuélgase de su lustrosa melena por la todavía fresca frente, una onda coqueta y perfumada, que parece gritar: mírenme.

—Está; usted hoy incomparable, decía á Chole.

—Pero si Chole está incomparable, repuso Julia, ¿en dónde me quedo yo?

—Usted, contestó Gustavo, si fuera al cementerio de la Florida dejaría las tumbas sin cadáveres, pues esos ojos son capaces de resucitar muertos.

—Ya lo sé para cuando me muera, repuso Chole con ironía.

—Mas sucede, continuó Gustavo, que esos ojos que resucitarían muertos no los resucitan y en cambio, matan á los vivos.

¿No me ve usted á mí? Si estoy muerto... ¡Asesina! gritó Gustavo sonriendo.

—Allí viene un muerto, clamó Chole señalando al doctor Vélez.

Gustavo y Julia volvieron el rostro alarmados, mientras Chole corregía la frase, agregando:

—Digo, un muerto, víctima de los ojos de Julia.

El doctor Vélez saludando con una inclinación de cabeza y con un pausado y grave: buenas noches, señores, se presentó en la puerta de la sala. Gustavo corrió hacia él.

—¡Oh, señor doctor! díjole tendiéndole la mano, pase usted, pase usted. !Qué gusto de verle en su casa! Es una reunión de confianza; mi esposa ha preparado una modesta cena para ustedes que se lo merecen todo—aquí los ojos de Gustavo se volvieron á todas partes—Yo quería que fuésemos al Casino, pero Paquita opinó de otra manera, y yo sospecho que fué por tener ocasión de ofrecernos esos buñuelos que llama "soberbios" y "humildes," y que saben á gloria, digo, para mi gusto.

—Y que, aunque me esté mal el decirlo, interrumpió Paquita, que al entrar había oído las últimas palabras de su esposo, en Zacatecas los han elogiado mucho.

—Estoy seguro de que merecen tales

elogios, murmuró el doctor saludando á la joven esposa.

Julia y Chole se miraban: la murmuración empezaba por miradas.

—Hijo, hijo, ¿no sabes que viene Luisa Ramos? le he mandado ya tres recados, y en el último accedió á mi súplica. ¡Pobre muchacha! que se divierta. ¿Por qué ha de pagar ella las faltas de su hermano?

—¿Oíste? le dijo Julia á Chole: va á venir la "muchacha."

—¿Qué te extraña? contestó Chole, mi papá tiene dos hermanas setentonas, y cuando las va á visitar nos dice siempre á mamá y á mí: Voy á ver á las muchachas. Y Chole y Julia se rieron alegremente.

Ahora la murmuración reía.

La concurrencia animase de improviso; Bebesito y Mimí, en unión de otros chicuelos, saltan jubilosos: la familia del Río acababa de entrar á la sala, y don Juan y su esposa eran los padrinos elegidos para acostar al niño.

—Ya llegan los padrinos, gritó Bebesito.

—¡Vivan los padrinos! clamó Mimí.

—¡Vivan! contestaron en coro los demás chicuelos.

Gustavo salió al encuentro de los que llegaban, ofreció un brazo á doña Tula y

otro á Eva; y César, que estaba en acecho de la llegada de Consuelo, corrió hacia ella, é inclinándose con garbo, saludó á la niña y le presentó el arqueado brazo, mientras Angelito, con fingida carraspera disimulaba la emoción. Entró también Luisa Ramos, quien habíase unido á una familia invitada. Luisa sonreía, esforzándose por ocultar las penas en lo intimo del alma. Paquita, que había saludado ya á toda su parentela y besado á las niñas mimadas como llamaba á Eva y á Consuelo, se dirigió hacia Luisa, y le hizo tan cariñoso recibimiento, que aquélla, comprendiendo que era sincero, tuvo que hacerse mucha violencia para que no se escaparan por los ojos las lágrimas que brotaban de su corazón. Aquella ternura de Paquita no había sido, en efecto, estudiada; por natural compasión quería con las manifestaciones de cariño atenuar, si fuese posible, las aflicciones de su amiga.

—Si no has venido, me enojo. ¿Cómo iba yo á pasar esta fiesta sin tí?

Y Paquita acarició con el pulgar y el índice de la diestra la barba de Luisa, quien temerosa de que el reprimido llanto se le escapase contra su voluntad, no pronunció ni una sola palabra.

—Es la hermana del joven tronera que estuvo preso por..... ¡qué sé yo por

qué! dijo una voz femenina en un ángulo de la sala.

—Si viene su hermano, repuso otra, yo me voy.

—Ricardo se iría en casa de.... dijo Chole á Julia.

—De seguro, contestó la joven, si se ha perdido completamente.

Y la murmuración aquí y allá, muerde hasta sangrar.

La familia del Río había entrado á la pieza contigua á la sala, de donde los padrinos habían de hacer su solemne salida con el Niño Dios.

Paquita sentó á Luisa junto á Chole y Julia y fuese con sus tíos.

—¿Cómo te va, Luisa? dijéronle ambas jóvenes, besándole las mejillas. siéntate, ¡qué bueno que hayas venido!

—No tenía ganas de venir, contestó Luisa, pero Paquita se empeñó.

—Hiciste muy bien, dijo Chole, diviértete.

—Y luego, añadió Luisa fijando los penetrantes ojos en los de su amiga, las lenguas que despedazan sin misericordia la honra de mi hermano, sin estar bien enteradas de los sucesos.

—Qué caso haces de los difamadores. repuso Chole.

—Por supuesto, agregó Julia, á Ricar-

do se le subió un poquito el vino, como á tantos se les ha subido, desde Noé, según he oído decir, que, como sabes, era un santo. Eso es muy disculpable. No te preocupes por esas pequeñeces.

En esos momentos, doña Tula y don Juan aparecieron en la puerta de la recámara; llevaba aquélla al Niño Jesús en un cojín de raso blanco bordado de oro. Julia corrió hacia el piano para acompañar al coro que cantaba:

"Aromas se quemen
de plácido olor:
delante del Niño
derrámense flores;
adórenle reyes
y pobres pastores,
y cantos entonen
al Dios Salvador."

En seguida, Julia con robusta voz cantó la estrofa:

"Son bellísimos tus ojos
Y rizado tu cabello,
Como alabastro tu cuello,
Pura tu boca infantil.
¡Qué agraciados son tus brazos!
Tus manos ¡qué delicadas!
Suavísimas tus miradas
Como las áuras de Abril."

Entre tanto, los padrinos, recorriendo la sala presentaban al Niño á los concurrentes para que le adorasen. Concluída la adoración, Doña Tula acostó al Niño, sobre el musgo preparado en el portalito del nacimiento y los pitos de agua, los panderos las castañuelas, las campanitas, sonaron á la vez acompañados de la jubilosa algazara de los chicuelos, que aumentó cuando doña Tula, tendiendo la diestra hacia una gran bandeja que le presentó Eva, empezó á arrojar puños de cacahuates y confites á los niños.

En esos momentos entró don Manuel de Avendaño; después de saludar, se quedó contemplando con inefable sonrisa á los regocijados chicuelos. Tenía para él poderoso atractivo la inocencia. Quizá, pensaba, como he sido tan malo, me encanta lo que perdí desde niño.

—Mira, mira al nuevo San Agustín, dijo á su vecina una jamona emperegilada de cuerpo y destartalada de juicio, que adelgazaba la voz como niña consentida, y en la imposibilidad de atrapar marido, aunque estuviese ya picado de la polilla de la edad, perseguía con suplicantes miradas á los jóvenes imberbes.

—Dicen que era muy malo, contestóle la vecina.

—Sí, el escándalo de la ciudad, el terror de las familias honradas.

—Pero hoy es un santo.

—Si no lo es, á lo menos, lo parece.

—No descansan un momento esos ojos, dijo Chole á Julia.

—Estaba observando á César que no aparta la vista de Consuelo.

—Y yo á Angelito, que de asiento en asiento se va acercando á Eva. A que se atreve el tímido.

—¿Cuál es más guapo?

—César.

—No, Angelito.

—No eres franca. Y Gustavo de verdad es buen mozo.

—Es muy amable y muy simpático.

—Calla, que se encela tu guapo.

—Peor para él; ya se lo he dicho muchas veces: Fausto, yo no puedo dejar de ver á los guapos como tú.

—Y ¿qué te contesta?

—Se enfurruña; pero á mí me encanta verle celoso.

—Eres incapaz.

Julia dejó escapar una argentina carcajada y se levantó de su asiento para cogerse del brazo que le presentaba su guapo, pues la invitación "al comedor," acababa de oirse en el salón.

—Abríguense, clamó Paquita, porque

el frío es intenso. Ya saben ustedes que en Zacatecas no hay Nochebuena sin frío.

Entraron todos al comedor; el señor de Avendaño ocupó la cabecera, y cerca de éste se sentaron Gustavo y Paquita. César, sin esperar ninguna indicación, sentóse junto á Consuelo, y el doctor al lado de Julia. Angelito miraba el asiento vacío junto á Eva, pero no se atrevía á ocuparlo, hasta que Gustavo, señalándoselo, le dijo:

—Siéntese usted, Angelito.

Todo el mundo nombraba al joven por el diminutivo, y estaba tan acostumbrado á oirlo, que si por excepción no lo empleaban, oía el nombre de Angel como extraño del todo á él.

La cena estaba incitante. Ocupaban alternándose el centro de la mesa platones de buñuelos y jarros llenos de distintos atoles que exhalaban cálido vapor: había de leche, de pinole, de grano y de cáscara. A los chiquillos se les sentó en una mesa aparte.

—Mis buñuelos, gritaba Bebesito, golpeando la mesa con una cuchara.

—Quiero buñuelos, decía impaciente Mimí

Y los demás chicos dirigían codiciosas miradas á los platones rebosantes del favorito manjar de Nochebuena.

A cada comensal se le sirvió un jarro del atole elegido y un platillo de buñuelos de distintas formas, tamaños y colores; los había redondos, esponjados y lustrosos; pequeños, azules, rosa, verdes y blancos en forma de rombo; delgados como papel y revolcados en polvos de azúcar y canela; "taquitos" rellenos de crema ó cajeta, para la confección de los cuales era Paquita una notabilidad, á lo menos, por tal fué reconocida y unánimemente aclamada por los invitados.

Entre buñuelo y buñuelo y tragos de atole, César, Fausto y hasta Angelito, aunque con menos bríos, emprendían el asalto de las sitiadas fortalezas.

—Consuelo, dijo César, una reina estaría satisfecha de ser amada como amo yo; pero usted....

—Le agradezco su cariño, mas no puedo corresponderle.

—¿Tiene usted novio?

—No.

—¿Me prometeré siquiera esperar?

—No lo sé.

Y César suspira, atúzase el luengo bigote y quédase contemplando aquel rostro de atractiva suavidad.

—Julia, me haces sufrir mucho, dijo el doctor.

—¿Por qué? contestó la joven con son-

risa que parecía traidora y fijando en Fausto aquellos triunfadores ojos.

—Porque... mas no quiero mortificarte; me conoces, soy egoísta, y te amo tanto, que no quisiera que nadie me robase ni una mirada tuya.

—Eres celoso, ó lo que es lo mismo, tonto. ¿Qué, porque una tiene novio ha de cerrar los ojos para no ver á nadie?

—Si yo no exijo tanto; pero tus amigas te censuran, y yo.....

—Para la media noche estamos á mano; ojo por ojo, diente por diente, ó lo que es lo mismo: censura por censura. ¿Quieres que sea hipócrita como algunas de ellas? Te quiero, mi guapo, y me has de querer así como soy, con todos mis defectos. Dijo, y se quedó mirando á Fausto, como acariciándole con la vista. Este suspiró y correspondió rendido á la tierna mirada de Julia.

—Yo la quiero de verdad, decía Angelito á Eva.

—Gracias, Angelito.

—Pero ¿nada me dice usted?

—Ya se lo he dicho: agradezco ese cariño.

—Mas, yo quisiera.....

El joven no pudo continuar, anudósele la garganta, bajó los ojos, y de ellos se escaparon dos lágrimas. Eva enterneció·

se, y maquinalmente, sin deliberación dijo compasiva á Angelito:

—Quizá algún día, espere usted.

El corazón del enamorado doncel ensanchóse hasta ahogarle casi la emoción. Le acababa de sonreir el ángel de la esperanza.

Eva sintió la atracción de dos ojos que la miraban con persistencia y volvió la faz: eran los de Luisa que parecían decirle: Ingrata. Y Eva se sintió avergonzada.

XIX

Don Manuel de Avendaño había pasado de una situación de desesperante hastío, á otra que juzgó de tregua, en la cual no podía comprender los anhelos y aspiraciones de su alma. Más que escéptico, había sido egoísta. Acostumbrado á triunfar con el oro, no creía en la fortaleza de la virtud. Para él todo en el mundo se vendía, la cuestión era de precio, más alto ó más bajo. Puesta la humana honradez, solía decir, en el platillo de una balanza, hay que echar oro en la otra, y llega al fin un momento en que el peso de éste hace inclinar el fiel. En su vida agi-

tada había descubierto, sin intentarlo de propósito, graves faltas de hombres considerados en la sociedad como modelos de honradez, y no sólo había confirmado sus opiniones sino que había creído más racional presentarse ante todos tal cual era. De buena fe creía que, ciertas pasiones eran indomables y había que satisfacer sus exigencias, y que el yo era el punto objetivo de todos nuestros anhelos. Si alguna vez obró el bien, fué maquinalmente, y casi siempre un acto primo, pues cuando á sus obras precedía la deliberación, pensaba si lo que iba á ejecutar podía traerle algún provecho ó abrirle vía para el contentamiento de las pasiones. Estas ideas despeñáronle de abismo en abismo hasta el profundo del hastío, y por un camino jamás por él esperado, llegó un día en que parecíale posible la existencia de la virtud. El había visto el mundo sólo por un lado, doblegarse dócil al poder del oro, y en la satisfacción de los deseos del corazón, el señor de Avendaño había hallado indecible amargura. Un día, una obra buena derrama en su atribulada alma una gota de néctar, comprende entónces que el hombre pueda amar el bien y amarle con vehemencia, vuelve la vista hacia esa otra parte del mundo para él totalmente desconocida; observa, me-

dita y cree. Si yo siento placer en una sóla obra buena, piensa, el hábito del bien obrar, forzosamente tiene que regalarme con dulzuras para mí hasta hoy no sentidas. He aquí el camino de mi felicidad, que en vano busqué en otra parte. La gracia terminó la obra empezada y el señor de Avendaño gustó, en efecto, dulzuras que jamás había gustado.

Había probado una gota, una sola gota del manjar que hinche los corazones de los buenos, y aquella suavidad incomparable, no sólo curó el hastío, sino que le infundió hambre de sólidos y duraderos bienes. Tranquilo y feliz pensó que en el mundo nada podría ya turbar aquella ventura, ni arrebatarle la paz, valiosa recompensa de las buenas acciones. Mas ¡ay! olvidaba que la tierra es un campo de eterna lucha; que la tentación es la implacable enemiga de los justos y que sólo ciñe la inmortal corona el que sale victorioso hasta el fin de la jornada. Sintióse lleno de vigor y de vida, como si para él empezase una nueva juventud, y las malas pasiones empezaron de repente á erguirse pujantes y amenazadoras. Don Manuel recibió con despreciativa sonrisa las embestidas de aquellas fieras desterradas que volvían hambrientas al corazón donde fueron cebadas hasta el hastío. Confiado

dejólas acercarse mucho, y presto sintió el golpe de su enconosa garra. Los abandonados placeres le llamaban á gritos, y prometíanle, no el anterior desconsuelo y cansancio, sino perdurables delicias. Crecía gigantesca ante sus ojos la belleza de las jóvenes, á quienes miraba, y amorosas visiones arrullaban su intranquilo sueño. La tentación le perseguía por todas partes, le acechaba, le acometía impetuosa y casi le derribaba. Inconscientemente pensaba que no eran los placeres los que le habían hastiado, sino su falta de discreción en no gozarlos moderadamente; aun llegó á admirarse de haber creído que la satisfacción de sus gustos le hubiese conducido hasta las puertas de la muerte.

La lucha se prolongaba y había instantes en que don Manuel lloraba, y no sabía si aquel llanto era de temor, de pena ó de desaliento.

A su pesar presentábanse á su imaginación, sonrientes y provocativos, los hechiceros semblantes de jóvenes á quienes antaño había conocido; pero con insistencia tal, que algunas veces aquel carácter vivo y enérgico, ardió en ira por no poder alejar de sí las visiones que le conturbaban.

Huía don Manuel cautelosamente del

ocio y de la soledad; pero por la noche, apenas reclinaba la cabeza en la almohada, desfilaban ante su mente en seductora procesión, las beldades que había tratado. En voluptuoso adormecimiento estremeciase de placer, parecíale escuchar misteriosos cantos y aspirar arrobadores perfumes, y todos los recuerdos de una vida disipada, venían á su calenturienta imaginación despojados de su deformidad y revestidos de fascinador atractivo.

La astuta tentación murmuraba al oido del rico zacatecano: No supiste gozar, por eso te cansaste. A medida que la tormenta arreciaba, sentía debilitarse la resolución de ser bueno. El camino del deber parecíale áspero y triste; despertaba sudoroso, jadeante y se desahogaba en suspiros del peso que le oprimía.

Después de una de esas noches de combates más terribles que los de un poderoso ejército contra otro no menos fuerte; combates silenciosos, que harían llorar de lástima ó temblar de espanto al que los comprendiera, don Manuel sintióse completamente desfallecido.

Entraba la luz del matutino crepúsculo por la semientornada ventana de la alcoba y huían las nocturnas visiones, pero permanecían y aun se vigorizaban las impresiones por ellas producidas.

Don Manuel abstraído, malhumorado, no gozó del suave regocijo que en otro tiempo inundaba su espíritu al sentir el rumor de un nuevo día. Levantóse contrariado y mohino, se desayunó de mala gana y fuese á su despacho. No podía trabajar, su espíritu estaba inquieto. Levantó los ojos al cielo con visible desaliento, dejóse caer en un sillón, hundió la cabeza entre las manos, y quedóse en profunda meditación. ¿Parlamentaba con el enemigo, ó era el momento decisivo de la lucha? Forzosamente era una de las dos cosas. De repente iérguese, la faz está sombría, la mirada centelleante, quizá iba á sucumbir, cuando Fr. Agustín aparece en la puerta del despacho. Quedóse contemplando á don Manuel, cuyo semblante á la mirada sagaz y acariciadora del fraile, va recobrando la habitual calma.

—He llegado á tiempo, hijo mío, le dijo: es la hora terrible de la tentación. Velaba por usted, la esperaba; he contado los días, las horas, los minutos y hasta los instantes y Dios me ha dado acierto. Bendita sea su inagotable bondad! Ahora sí, es usted un héroe, ha vencido; leo en sus ojos la victoria; pero el peligro ha sido mortal. En lo sucesivo será usted más cauto.

—¡Ay, Padre, respondió don Manuel

poseído aún de pánico, no creo que todas mis pasiones se diesen cita una noche para venir á secuestrar al que en otro tiempo les perteneció por completo! Tiene usted razón, en lo sucesivo seré más cauto.

—¿Gusta vd. que pasemos el día de hoy en la Villa de Guadalupe? En aquella celda donde usted me conoció, hay ocultos regalos para los hijos mimados. Allí enseñaré á usted á vencer esas tentaciones, cuyos ímpetus le acometerán mientras viva.

—Sí, Padre, vamos, luego: allí reina la brisa sana y vivificadora para el alma, como en el campo para el cuerpo; allí el espíritu contempla la luz, que acá frecuentemente velan las nubes de los negocios. Vamos á Guadalupe.

En el semblante de don Manuel brilló de nuevo la alegría; en el de Fr. Agustín era tan intensa, que se transfiguraba su rostro.

XX

Ninguno de los concurrentes á la casa de Gustavo oyó las pocas palabras que se cruzaron entre Angelito y Eva; pero ésta, por educación, y por gratitud, más relevante en un carácter tierno y fogoso co-

mo el suyo, estuvo muy amable con el joven. Esto bastó para que desde esa misma noche circulara el rumor, que fué público al día siguiente, de que Eva había correspondido á Angelito. Ricardo, desde el día del escándalo que le arrojó á la cárcel, no había vuelto á salir de su casa; pero no sentía ya tan enconosa la espina de la vergüenza y de la humillación clavada en su alma. El tiempo, que, según el proloquio inglés, es oro, según la fe, puede en un instante de perfecto amor, conquistar el cielo, es también el único, el eficaz lenitivo de todos los dolores. Habíase debilitado en el joven ingeniero la idea, antes persistente de abandonar la tierra natal y no volver á ella sino cuando hubiesen olvidado al calavera de hoy y conocieran al hombre intelectual, elevado por sus propios esfuerzos y estimado por su buena conducta; pero al saber por el público rumor que su único ideal en la tierra, su Eva tan amada, era novia de otro, sintió la sangre enardecida por la ira y el despecho, y volvió á su anterior resolución. Mas antes de partir, se dijo: necesito hablar á la traidora y convencerme de su traición. ¡Si lo he de ver y no lo he de creer! añadió. Tanta fe tenía en el cariño de Eva. Y el que no había podido, ó no había querido

ser fiel á su amada, en lugar de volver los ojos á su propia conciencia y mirar en ella la causa de sus desdichas, volvíase iracundo contra la engañada inocencia, y Ricardo, despreciando los ruegos de su hermana, encaminóse inquieto y celoso hacia la casa de Eva. Cuando pasó frente á la Catedral dió el reloj las ocho de la noche, y el joven apresuró el paso.

Eva y Consuelo estaban en una pieza de la planta baja, sentadas en sillones, á uno y otro lado de la ventana abierta de par en par. La noche era hermosa, la suave claridad de la luna, iluminaba parte del cuarto y bañaba los semblantes de las jóvenes que soñaban despiertas.

—Para hablarte con verdad, decía Eva á Consuelo, pagaría agradecida el cariño de Angelito con el mío, si Ricardo no me quisiese; me impresiona mucho que Angelito me quiera; su boca dice poco, muy poco, pero su alma se le sale por los ojos. No sé para qué se le ocurrió quererme; á mí no me gusta ver sufrir á los demás.

La huérfana bajó pensativa la cabeza; ideas confusas se agrupaban en su mente y se esforzaba en verlas con claridad. Conocía bien á su hermana adoptiva: era muy buena, muy compasiva, pero ¿sería constante? ¿Por ventura necesitaría Eva la presencia del objeto amado, sus cuoti

dianas ternuras para alimentar un cariño, que de otra manera se extinguiría por falta de calor? Parecíale á la niña que ella había conocido caracteres así y se estremeció de placer.

—¿Quieres mucho á Ricardo? preguntó á Eva con trémula voz.

—Sí, pero estoy enojada, muy enojada con él y no le volveré á hablar nunca, nunca.

—¿Por qué?

—Yo esperaba que insistiese en nuestras relaciones, que se disculpase, aunque fuera con mentiras, que me diese pruebas de enmienda. ¿Qué nada vale para él mi cariño? Te aseguro que me ha irritado mucho el que no me haya escrito.

—Pero si le dijiste que acababa todo entre los dos.

—No importa, se insiste.

—Le vuelves á despreciar.

—El vuelve á rogarme; el verdadero amor no retrocede ante nada, y.... al fin nos entendemos.

Consuelo suspiró.

—¡Qué preocupación! dijo Eva después de un rato de silencio, ¿oyes pasos por la calle? Suenan como los de Ricardo.

—Estoy segura que es él, repuso Consuelo.

—¡No lo permita Dios! clamó Eva.

Y ambas jóvenes al mismo tiempo pusiéronse en pie y se dirigieron á la ventana.

Eva retrocedió luego, había conocido á Ricardo. Consuelo quedóse inmóvil, asida á los hierros de la ventana, y fijó su dulce mirada en el rostro del joven: estaba ávida de mirarle. Ricardo armóse de resolución y detúvose frente á la ventana.

—Buenas noches, Consuelo, díjole el joven, ¿se fué Eva?

—Sí, se fué.

—Pero está allí dentro.

Consuelo volvió el rostro como para buscar á su hermana que estaba en un ángulo de la pieza y le hacía con el índice una señal negativa.

—No, Ricardo, no está, contestó la rubia, mirando al ingeniero con tan tierna y profunda mirada, que éste se sintió impresionado. Guardó silencio un momento, y luego, estrechando suplicante con ambas manos la suave y diminuta diestra de Consuelo, le dijo:

—Por Dios, Consuelo, dígame usted la verdad. ¿Es cierto que Eva se casa con Angelito?

Consuelo no podía responder; la había adormecido el contacto de aquellas manos; un torrente de lágrimas que nunca salen á los ojos, bañaba su corazón.

—¿No me responde usted?

—Alguien viene, repuso la niña, profundamente turbada. Luego volvió otra vez el rostro, como para dar á entender á Ricardo que alguna persona entraba á la habitación. Vió entonces á Eva que con la cabeza le hacía una señal afirmativa.

—Le suplico con toda mi alma, repitió Ricardo, sin soltar la mano de la enamorada rubia, que me diga la verdad. ¿Se casa Eva con Angelito?

—Sí, contestó Consuelo, obedeciendo de buena voluntad la consigna de su hermana, y aquellos amables ángeles parecían gozarse en el sufrimiento del sér amado.

Ricardo no pudo articular palabra, inclinó la cabeza al peso del dolor, y su frente calenturienta posóse en las manos de Consuelo, quien las sintió quemadas por las candentes lágrimas del joven. Así permaneció por unos instantes, pero vino presto la reacción, é irguiéndose con altivez, soltó las manos de Consuelo y dijo con entereza.

—Adiós para siempre.

XXI

Algunos días permaneció Ricardo encerrado en su casa, ocupado en arreglar todos sus negocios con escrupulosidad, como si fuera á morirse. A la ira sucedió la resignación interrumpida de vez en cuando por momentos de excitación violenta. La mirada de Consuelo habíase grabado en la mente del joven con imborrables caracteres. ¿Por qué me verá así Consuelo? se preguntaba; y aun llegó á pensar en un cariño, algo más que de amigo, pero desechó el pensamiento atribuyendo la ternura de la niña á caritativa compasión.

El dolor hizo admirar á Ricardo lo que no ignoraba, pero que no se había detenido á considerar: el cariño, la abnegación de su hermana, y al verla, lloraba como un niño.

—Luisa, hermana mía, decíale con ternura, nos vamos á separar, sólo Dios sabe cuánto tiempo, mas es preciso. Si tú no te quedaras aquí, daría mi adiós pa siempre. á Zacatecas; pero sólo al pensar en tu ausencia, me duele el corazón.

—No, Ricardo, no nos separaremos; iré contigo á donde quiera que vayas: tus desengaños son míos también, y contigo

partiré gustosa los trabajos y las escaseces.

—Lo he pensado mucho, Luisa, y es una temeridad exponerte á las molestias de un camino largo y á los azares de un porvenir completamente incierto. Voy á Sinaloa en busca de trabajo; espero encontrarlo pronto é inmediatamente que lo halle, vendré por tí. Mis recursos ahora son muy exiguos, apenas podré reunir lo indispensable para el pasaje y gastos por pocos días, y dejarte para los tuyos por un mes; mas si por desgracia no pudiese oportunamente remitirte para lo sucesivo ocurrirás al señor de Avendaño, que generosamente me ha abierto su caja, pero hasta hoy no he recurrido á ella. Le hablé ya de mi viaje y lo aprueba, te he dejado muy recomendada con él; también opina que, por ahora, no debo llevarte.

—Tú has hecho buena carrera, dijo Luisa, hay en Sinaloa mucho trabajo para los ingenieros con motivo de varias concesiones de vías férreas y no batallarás mucho para encontrar lucrativo empleo.

—Es verdad que hay allá trabajo y los informes que acerca de esto he adquirido son fidedignos; mas hay que tomar en cuenta que de varios Estados de la República han salido ingenieros con el mis-

mo objeto que yo. Puedo llegar demasiado tarde.

—¿Y qué será de tí entonces?

—No te alarmes, Dios proveerá.

Luisa inclinó resignada la frente y preguntó á su hermano con tristeza.

—Y ¿cuándo quieres salir?

—Hoy mismo. ¿Tienes todo preparado?

—Sí, pero te advierto que el dinero que quieres dejarme te hace más falta á tí; llévatelo, ya veré cómo me arreglo yo por acá.

—No me digas nada, Luisa, porque no te haré caso. Ve, ve á prepararlo todo, dijo Ricardo con dulzura, acariciando á su hermana.

Luisa salió del cuarto de su hermano, con lágrimas en los ojos, y fué á disponerlo todo.

Abrió un roperito de madera tallada, donde guardaba mil curiosidades, algunas de las muñecas que le entretuvieron en la niñez, cartas de novios, no reclamadas—pues como toda hija de Eva, los había tenido—flores secas, listones, retratos de amigas, tarjetas postales, chucherías de barro y de porcelana. Fijó la vista en aquel conjunto de donde surgían multitud de recuerdos, ora risueños, ora melancólicos, ora tan amargos, que le hacían daño. En medio, sobre una monísima ca-

ja de perfumes, estaba el retrato de Ricardo, su único hermano, su compañero, el sostén de su triste orfandad; miróle con dolorosa expresión, luego abrió la cajita y sacó tres hidalgos y una hermosa imagen de la Guadalupana.

—¡Madre mía! exclamó fervorosa besando la imagen, cuida de mi hermano. Cerró el ropero, abrió el mundo en que había cuidadosamente acomodado el equipaje de Ricardo, y en una de las bolsas interiores de la tapa, colocó los hidalgos la imagen. Va á hacerle falta este dinero, pensó, y se lo ha de llevar aunque no quiera.

Mientras Luisa arreglaba el equipaje de Ricardo, éste escribía dos cartas, una para Eva, otra para el señor de Avendaño, con quien quiso hablar, pero no le encontró en su casa.

"Siento, le escribía á don Manuel, no haber podido despedirme personalmente de usted, pero en estas líneas le digo adiós. Sé de cierto que Eva se casa con otro, y como soy muy malo, no quiero ser testigo de su felicidad.

Mi hermana, mi cariñosa Luisa, se queda sola en la casa donde juntos acariciamos tantas y tan bellas ilusiones; vele-

usted por ella, amigo mío, mientras yo, si Dios quiere, vuelvo á sus brazos.

RICARDO."

———

"Eva:

Dejo para siempre la ciudad donde nací, testigo de mis sueños de amor y de mis hondas desdichas, y en ella te dejo á tí, que representas á éstas y á aquéllos. Acepto el amargo cáliz que me has dado á beber, pero en tus horas de ventura, acuérdate que hay un desterrado voluntario que á su pesar piensa en tí, que sueña contigo y que desfallece lejos del querido hogar, víctima de la más terrible de las nostalgias, la eterna ausencia de la mujer amada. Adiós.

RICARDO."

El joven ingeniero firmó las cartas con mano trémula, y llorando silenciosamente, escribió la dirección, enviándolas luego á su destino.

Algunas horas después, entre la apiñada multitud que en la estación del Central esperaba la llegada del tren, se veía una pareja triste y silenciosa: eran Ricardo y Luisa. De pronto vuelven la vista hacia el Oriente, al oir el prolongado silbido

de la locomotora, y después de él, el acompasado y ladino toque de la campana: serpeaba sobre los rieles el imponente monstruo arrojando espesa columna de humo. Detiénese y todos se precipitan dentro de los carros, Ricardo abraza á Luisa.

—Ruega á Dios por mí, le dice. Iba á alejarse, pero se contuvo y añadió con acento apagado:

—Cuida también de Eva. Y como si se hubiese arrepentido de lo dicho ó temiese decir más aún, corrió á ocupar su asiento.

Poco después sonaba la campana y el monstruo, dando tremendos resoplidos, se alejaba de Zacatecas culebreando por las lomas, y una mujer, una hermana desolada lo contemplaba con llanto en los ojos y honda tristeza en el alma.

XXII

El barrio de Jesús está hoy alegre y bullicioso: es el 17 de Enero, día de San Antonio Abad, de quien refiere la historia que era de corazón tan tierno y compasivo que se apiadaba de las enfermedades, aun de las bestias feroces, á las que sanaba echándoles la bendición. Píntanle

algunos á la puerta de su cabaña, rodeado de animales de distintas especies, elevando la diestra para bendecirlos. Quizá en memoria de este hecho, hay en la parroquia de Jesús de la ciudad de Zacatecas, la antigua costumbre de bendecir á los animales el día de San Antonio Abad. La fiesta es concurridísima y dura tres días. Desde las primeras horas de la tarde cruzan las calles céntricas y bajan de los barrios animales conducidos por sus dueños, que se dirigen á Jesús para recibir el rocío del hisopo y la bendición del cura.

Aquí va el arriero con ancho sombrero de palma, pechera y chaqueta de gamuza amarilla, ésta bordada de plata, pantalón bombacho abierto hasta la rodilla y el resto vuelto hacia arriba y prendido de las puntas en la cintura, dejando descubierto el ancho calzoncillo blanco; sobre el espaldar de la chaqueta de hombro á hombro, cae en delgados flecos, también de gamuza, una onda que agita el airoso movimiento del cuerpo. Suenan en el empedrado de la calle los acompasados pasos de los pies que calzan "huaraches" de la mejor clase, unidos por las correas á las tapas de fina vaqueta de variados dibujos, formados á cuchillo, que cubren el empeine del pie. Marcha el arriero tras un par de mulas metaleras, lujosamente ataviadas, que al no

sentir la pesada carga de argentíferas piedras, iérguense contentas, y enhestan las orejas, donde lucen lazos de rojos listones.

Allá marcha el aguador tras de su flaco burro, emperejilado como si fuese señor principal; el paciente borrico sacude frecuentemente la cabeza, tal vez admirado de escuchar á cada sacudida, el sonido de los cascabeles que pendientes de la orejera, caen sobre su frente; ciñe su cuello una verde banda con flores, y por la primera vez en su vida cubre sus no muy sanos lomos, una mantilla blanca, acabadita de lavar, improvisada con una sábana del particular uso de la consorte de su amo. De vez en cuando el animalito fija la vista en las pezuñas de sus manos cubiertas con papel dorado; nada piensa, nada dice; pero si pensar y hablar pudiera nos diría de seguro: ¡Estoy guapo como nunca!

Acullá van los empedernidos galleros que llevan en brazos al sultán de las aves de corral, de brillante y variado plumaje y de marcial continente, con listones al cuello y dorada la picuda cresta; de vez en cuando míranse los gallos unos á otros con mirada donde el valor centellea y gorgoritean, retándose á singular combate.

La familia del señor del Río distíngue-

se entre la abigarrada muchedumbre que sube la empinada calle de Jesús. Bebesito y Mimí, asidos de la mano, marchan adelante, más parleros que de costumbre, ávidos de recibir ellos también la bendición del señor cura, y satisfechos de que á su lado caminan los criados de la casa con el borrego de Bebesito, de cándida blancura, pues ese mismo día fué cuidadosamente bañado y jabonado, llevaba dorados con oro volador, los torcidos cuernos, y en el cuello primoroso collar de donde cuelga una campanita. Las palomas de Mimí y los canarios de Eva y Consuelo, en elegantes jaulas de alambre adornadas con flores y listones. El piso y techo de hojalata pintado de verde y blanco. De vez en cuando detiénense los hijos de Paquita para admirar á gritos los bípedos y cuadrúpedos que ataviados vénse por todas partes y van resignados á donde se les lleva. Tras de los niños van Eva y Consuelo, hermosas como rosales en plena florecencia; aquélla vestida de rojo, ésta de azul: la aurora y el cielo, según la opinión de un barretero, obstinado admirador de las femeninas beldades, quien al ver á las guapas niñas pasar cerca de él, quedóse con avidez y fingido aspaviento, respirando el perfume que impregnaba la atmósfera mientras uno de sus colegas le decía:

—Valedor, no se hizo la miel para la boca del asno.

Por último, va la graciosa Paquita del brazo de su caro consorte, satisfecha de tener esposo é hijos tan guapos: en aquellos tres séres está su mundo y está su cielo. Oye gustosa la no interrumpida conversación de su esposo y en el simpático rostro de aquella dama gentil dibújase la alegría de la niña y la majestad de la madre.

En otro grupo míranse Julia, Chole y Luisa. Julia ha mandado á la solemne bendición de los animales un perico verde como el maizal, con una mancha amarilla en la cabeza, incesante hablador, al que su dueña ha enseñado á decir: Te amo, mi alma. Pasease dentro de la jaula ostentando sombrero de papel dorado, de alta copa. Chole mandó un zenzontle, alegría del barrio por su continuo dulce canto; y Luisa, á Pipo, su mimado falderillo, manso como paloma, juguetón como niño, cariñoso como novio. Los únicos corajes de Pipo se los ha ocasionado el gato negro y bigotudo que no sale de la cocina de casa. Pipo nada dice, pero ladra iracundo cuando mira al gato hipocritón en la chimenea fingiéndose dormido, y que de repente se despereza, enarca el espinazo.

enrosca la cola, da un resoplido y mira á Pipo con una mirada que insulta.

—Allá va Angelito, dice Julia á sus amigas.

—Cuándo había de faltar, responde Chole.

—Viene también á que le bendigan, repuso Julia.

—No lo necesita, contesta Luisa, es ya un bendito.

En efecto, Angelito, acompañado de César, sube la calle de Jesús y frecuentemente tropieza con los transeuntes, porque los ojos del joven se van tras aquella Eva de sus ensueños, que se le ha presentado en el erial de la vida como celeste aparición.

César está resentido, ve á Consuelo menos que Angelito á Eva, pero siempre la ve. Angelito tiene ya una esperanza que le infunde aliento y alegría. César no tiene ninguna. ¿Valgo tan poco? se pregunta el joven y arruga el ceño y se maltrata el bigote con la diestra. Luego se acuerda de las novias que ha tenido, guapas, aristócratas ricas. No cabe duda César tiene entre el bello sexo gran partido. Triunfaré, exclama, y el amor propio olvida la ofensa de la repulsa y propónese continuar con brío la comenzada empresa. César ha querido que "El Africano," su

corcel mimado, reciba también la parroquial bendición, y allá va el noble bruto, emperejilado como si fuese á un torneo de antaño. ¡Qué hermoso está el tricolor plumero que ostenta sobre la cabeza y los flecos de seda que le caen sobre la frente de azabache!; en la mantilla roja con franja negra, se lee en bien bordadas letras: "El Africano," de la recortada cola penden lazos de listones y las anchas pezuñas relumbran con el polvo de oro que las cubre. La multitud abre camino al brioso corcel que marcha á pasitos, cabriolando arrogante como si tuviese conciencia de la admiración que causa.

En el atrio del templo, henchido de gente, los animales reciben por turno la bendición. Julia divisa al doctor Vélez que forcejeando ábrese paso por entre los curiosos, no para mirar canarios en doradas jaulas, ni cuadrúpedos de gala, sino á aquella guapa chica que le ha sacado de quicio y que es ya, según dicen los colegas de Fausto, responsable de la muerte de un cliente del doctor que equivocó el diagnóstico y por ende la medicina, pensando en la gentil zacatecana que le tenía turulato. Ver Julia al doctor y preguntarle con aquellas ametralladoras que llevaba encajadas en la graciosa faz, si iba á que le bendijeran, todo fué uno. El

doctor no se ofendió. ¡Qué iba á ofenderse de aquel femenino anarquista que sin misericordia bombardeaba su corazón! Por el contrario, condescendiente como todos los novios, aceptó la broma, haciendo con la cabeza una señal afirmativa, y mientras, de la garganta de la amada niña brotaba espontánea la argentina carcajada que le era característica; Fausto, estrechándose las manos, señala con la vista al cura, y luego dirige á Julia una mirada interrogativa, como quien dice: Aquí está el cura ¿nos casamos ya?

Los ojos de Angelito y de César también hablaban, Clarito decían á Eva y Consuelo: Te amo, te amo; pero aquellas hechiceras niñas, ángeles por su hermosura y mujeres por su carácter, contestaban también, claro, muy claro: Nos dejamos querer y nada más.

A interrumpir esas mudas conversaciones, divinas para los novios, odiosas para los rivales, dignas de envidia para los jóvenes y divertidas para los viejos, vino un incidente que alborotó á la plebe é infundió el pánico entre las señoritas. De entre los cuadrúpedos acabados de bendecir salió una vaca, que en opinión de Luisa Ramos, estaba poseída del demonio que gusta mucho de los animales cornudos, y ya fuese porque el animalito era

vivo de genio y bravo é iracundo por paterna herencia, ó que los granujas, que se desternillaban de risa, le hiciesen alguna diablura, la vaca, sin que le importaran un bledo los adornos que llevaba en el cuello y en las astas, embistió á la multitud, que retrocedió espantada, lanzando gritos y repartiendo empellones á diestro y siniestro; y lo que para uno fué susto, para otros fué regocijo, pues los granujas extendiendo los sarapes, frente á la mal humorada res, gritaban: ¡Ea, toro! A las primeras provocaciones la vaca embistió, pero atemorizada con aquella turba de diablillos, siguió corriendo calle abajo por la senda que á toda prisa le abrían los azorados paseantes. Entretanto, la jaula que encerraba la cotorra de Julia, fué víctima, no de la vaca, sino de la criada que portaba aquella, quien al recibir un fuerte empellón, cayó al suelo sobre la jaula; que se hizo pedazos y de ella salió asustada la cotorra, abrió las alas y voló pesadamente hasta el brocal de un pozo donde trémula gritaba: ¡Mi alma, mi alma!

—¡Mi cotorra, mi cotorra! clamó Julia afligida.

No hay para qué decir que el doctor Fausto se encaramó en el pretil del pozo, aprehendió á la fugitiva, que sólo perdió

el sombrero, y triunfante, púsola en manos de su dueña, quien pagó al médico un picotazo que recibió en la diestra con la más amable sonrisa. Como la vaca brava trotaba ya pacífica frente á la plazuela de Jesús, la concurrencia trocó el pánico en jubilosa risa, y momentos después racionales é irracionales regresaban cansados á sus hogares.

XXIII

Habíase verificado en don Manuel de Avendaño un cambio completo; él mismo estaba admirado de que el hombre fuese saneable, aun aquel del que no hay ni la más remota esperanza. En virtud de ese cambio, casi todo fué transformado en la casa del señor de Avendaño. De la servidumbre sólo quedó Felipa, criada apenas mediana, pero que tenía en su abono la antigüedad de sus servicios; todos los demás domésticos, algunos de los cuales habían sido cómplices en las calaveradas de su amo, fueron inexorablemente despedidos, pues si cambió el amo, ellos siguieron tan perversos como siempre. Cocinera hubo que con lo que ella llamaba sus ahorros, formados en su totalidad

con lo que sisaba del mandado y robaba de la despensa, tuviera ya casa propia y mercancías para poner un tendajón. Don Manuel quiso que fuesen testigos de sus buenos ejemplos sin gastar el tiempo en discursos, para los cuales, según él afirmaba, le faltaba unción, y faltando ésta, decía, las moralidades resultan frías y aun pesadas; pero los que fueron prontos para seguir los malos ejemplos, fueron obstinados en contra de los buenos, y no pudo lograr la corrección de uno solo de sus sirvientes. A pesar de haberles aumentado el salario con el sólo fin de que no sisasen, sisaban más, como si el aumento de sueldo avivase la codicia, y jamás desempeñaban sus quehaceres ni siquiera medianamente. Mucha de esta gente, decía, es nacida y criada, entre la orgía plebeya y la supina ignorancia de los deberes, y los malos hábitos son tan consistentes que no hay poder que á destruirlos baste. Hay que compadecerlos: la niñez, he allí el único porvenir de la sociedad y dedicábase con empeño á arrancar del corrompido hogar á niños, peores que huérfanos, y los colocaba en planteles donde hallasen luz para sus inteligencias y sano amor para sus corazones. La sociedad, que se había encargado de publicar, comentados y aumentados los criminales hechos del per-

verso rico, sin negarle en propicia ocasión la lisonja que vuela hacia el oro como la abeja hacia la flor,, encargábase también hoy de pregonar á los cuatro vientos y con exageradas frases, las virtudes del señor de Avendaño; pero esa sociedad, hoy como ayer, llevaba también su contingente de consejas, que algunas veces eran creídas hasta por personas de mucho juicio. No faltaban tampoco audaces holgazanes, que atraídos por la buena fama de don Manuel, apelaban á todas las mentiras para explotarle; éstos en su malicia creían á la caridad cándida como un niño, ó tonta como un mentecato, pero sus planes fracasaban el mayor número de veces ante la sagacidad del señor de Avendaño. Este tenía también sus predilecciones: amaba á Consuelo como á hija y quería entrañablemente á Ricardo, y llegó á creer que los defectos del joven eran incentivo para que le quisiese.

Allá, como en un horizonte borroso veía el excalaverón los borrascosos años de su juventud, y parecíale que si él hubiese tenido un amigo y protector de verdad, no hubiese vivido tan mal y tan aprisa; quizás, pensaba, había en mi corazón un germen bueno y faltó mano que lo cuidara solícito y le hiciera desarrollar y fructificar; quizá, juzgaba otras veces,

este cariño que á Ricardo profeso, es egoísmo, porque veo en él la imagen de mi desordenada juventud. Uno de los mayores gozos que don Manuel hubiera experimentado entonces, hubiera sido ver á Ricardo regenerado. Cuando recibió la carta de éste, sintió en el alma no haberle visto antes de su partida; pero sin pérdida de tiempo consiguió cartas eficaces para que ocuparan al joven ingeniero.

Acababa precisamente de despachar el correo, cuando recibió un recado del señor del Río, avisándole que Consuelo estaba enferma. El señor de Avendaño se entristeció: aquella huérfana había sido la luz celestial de su vejez; en ella le parecía ver vivo el recuerdo de una madre perdida en edad temprana, y el mensajero divino que le abriría las puertas del cielo. Otro pensamiento aumentaba esa tristeza: alguna vez había visto en la dulce mirada de Consuelo profunda melancolía mezclada de ternura. ¿Estaría enamorada? Sí, decía don Manuel y propúsose saberlo todo, con el ánimo de contribuir en cuanto pudiese á la felicidad de su hija adoptiva.

Consuelo no estaba en cama, pero á primera vista conocíase que su salud estaba muy quebrantada. Don Manuel detúvose en la puerta entreabierta del cuarto de

la huérfana, y antes de llamar para anunciar su llegada, fijó la vista en Consuelo que sentada en un sillón, cerca de la cama, contemplaba un retrato con afectuosa delectación. Un ojo aún menos experto que el del señor de Avendaño hubiera en el acto comprendido que el corazón de la gentil niña se derramaba por sus azules ojos á la vista de aquel retrato. Seguro, pues, don Manuel de que su pensamiento no era preocupación, faltábale sólo averiguar quién era él.

Llamó á la puerta, Consuelo precipitadamente guardó el retrato en un cajoncito del tocador, y conociendo á su protector en el modo de llamar, le dijo con dulzura:

—Pase usted.

—¿Cómo estás, hija mía? Me he alarmado. ¿Te sientes mala?

—No vale la pena, señor, es una ligera indisposición. El doctor Vélez me recetó y encargóme únicamente que guardara el mayor reposo.

—¿Te dijo qué tenías?

—No, señor, los médicos nunca dicen á los enfermos lo que tienen.

Don Manuel quedóse contemplando á su protegida; estaba extremadamente pálida, circundaban sus ojos ojeras violáceas.

El señor de Avendaño se enterneció mucho al verla, sentóse cerca de ella, y hablóle de cuantas cosas alegres pudieron ocurrírsele; pero aunque Consuelo le prestaba atención, don Manuel comprendió que un pensamiento la atraía constantemente.

—Cuando llamé á la puerta, le dijo, veías un retrato, ¿de quién era?

Don Manuel fijó en el rostro de su hija adoptiva una escudriñadora mirada. El pálido semblante de la niña se coloreó con ligero carmín, y contestó visiblemente cortada.

—Sí, era de Eva.

—¿De Eva?

—Digo, pertenece á Eva, pero no es ella.

—¡Ah! entonces sería el retrato de Ricardo, de su novio.

—Sí, señor, contestó Consuelo con apagada voz.

Nada tenía ya que averiguar don Manuel: todo lo había comprendido. Cambió de conversación y después de un rato, despidióse de su hija, recomendándole se cuidase mucho y le ofreció ir á verla todos los días.

Cuando salió don Manuel, Consuelo quedóse un momento pensativa.

—Buen susto he llevado, se dijo; pero por

fortuna don Manuel ni siquiera se imaginó lo que pasa en mi corazón. Y la enamorada niña entregóse á sus ensueños con fruición y entusiasmo.

Consuelo sentíase enferma hacía tiempo, pero por no molestar á nadie, había guardado silencio, con la esperanza de que su dolencia fuese pasajera. Quizá exacerbó el mal la honda impresión que hizo en su ánimo la carta de Ricardo para Eva, pues cuando ésta se la leyó, sintió que bañaba su alma una onda fría como la muerte. El joven ingeniero amaba profundamente á Eva, y ella no tenía esperanza de ser, amada; Ricardo se alejaba tal vez para siempre y no tendría ni el consuelo de verle, aunque fuese de lejos. La angustia de la niña fué comprendida hasta por su hermana.

—¿Por qué te aflijes? le dijo. Es un ingrato á quien debo olvidar, si me quisiera no me abandonaría.

—No le quiere como yo, pensó Consuelo, y maquinalmente dijo á su hermana:

—¡Esperemos!

Contestación cuyo alcance no comprendió Eva, ni pudo siquiera imaginar que el corazón de Consuelo por natural movimiento buscó de nuevo el vivificante calor de la esperanza.

XXIV

Luisa Ramos, por delicadeza, no había vuelto á visitar la casa del señor del Río, pues aunque Ricardo hubiese dado lugar al rompimiento de sus relaciones con Eva, ella hacía causa común con su hermano; pero veía frecuentemente á Eva y á Consuelo en la casa de Gustavo, de la cual era asidua visitante. Notó Luisa el extremado cariño que le manifestaba Consuelo, y por el contrario, cierta frialdad en Eva, quien rara vez le preguntaba por Ricardo. La huérfana, apenas restablecida de su enfermedad, visitaba casi todos los días á Luisa, la que observó el particular regocijo que aquélla tenía en que le hablase del ingeniero ausente: la aturdía á preguntas, y la sencilla huérfana, á pesar de ser muy reservada, sin sentirlo, ni imaginarlo, descubrió su alma enamorada, á la perspicaz vista de Luisa. Esta se alegró sobremanera de tal descubrimiento, y propúsose comunicarlo á su hermano. Consuelo era para ella joven de altísimo mérito.

—Vale más, mucho más que Eva, se decía. ¡Oh, qué felicidad si fuese mi hermana!

Eva era fogosa, impresionable, pero

inconstante; era de esos caracteres que por desgracia ó por dicha, necesitan para perseverar de la presencia y ternuras del objeto amado. Su amor era planta que sin el cultivo se seca. Mientras que el de Consuelo era árbol vigoroso que tenía vida propia. Con la ausencia de Ricardo el cariño de Eva se entibió, y fué gradualmente pasando de la tibieza al débil recuerdo y de éste al olvido. Parecióle entonces hasta un crimen haber sostenido amorosas relaciones con un calavera, y las faltas de éste, que antes había juzgado ligeras y aun disculpables, aparecían á sus ojos gravísimas é indignas de perdón. Fuí una insensata, se decía y afirmábala más en su opinión la de sus amigas, que comprendiendo con maravilloso instinto que caía el baluarte del amor de Eva, contra el cual pudieran estrellarse las saetas de la difamación, desataban sus intemperantes lenguas despedazando la honra del indefenso amante, mientras que, como si estuviesen de acuerdo, trabajaban en pro de Angelito. Y ¡oh, misterios del corazón femenino! Cualquiera de aquellas locuaces amigas, que tanto empeño mostraban por la dicha y desventura ajenas, es probable que hubiera correspondido á Ricardo si de amor le hubiese hablado, y es probable también, que hubiera recibido

una amorosa declaración de Angelito con sonora carcajada, ó por lo menos con burlona sonrisa. Y estos no son juicios temerarios, pues hay sobrados fundamentos para aseverarlo.

Don Manuel había dicho repetidas veces á Luisa que le pidiese cuanto necesitase; pero la delicada joven nunca aprovechó las ofertas del señor de Avendaño: parecíale que la aceptación redundaba en ofensa de su hermano y prefirió buscar trabajo. Ocupábase la mayor parte del día en hacer deshilados: toallas, manteles, pañuelos, etc., y por conducto de una antigua compañera de colegio, realizaba sus labores en los Estados Unidos, á muy buenos precios, pues tales trabajos son muy apreciados en la vecina República. Don Manuel comprendió la delicadeza de Luisa y no insistió en sus ofertas, tanto más cuanto que esperaba que Ricardo ocurriría en breve en auxilio de su hermana.

Cuando los aristocráticos pollos de la sociedad zacatecana supieron que las relaciones de Eva y Ricardo habían terminado, algunos de ellos lanzáronse animosos contra aquella codiciada plaza, y aun hubo quien dejara plantada á su novia para ir en pos de la hermosa niña, que volvió á estar de moda, como en los primeros

días de su juventud, con no poca envidia de las jóvenes de su edad, inclusive la mayor parte de sus amigas. Parecía que los principales jóvenes se habían puesto de acuerdo; pero el más porfiado de todos era César, que ofendido por la indiferencia de Consuelo, se vengaba de ella cortejando descaradamente á su hermana. César fué siempre indiferente á Consuelo, pero á pesar de esto y de que la hermosa rubia amaba á Ricardo, no le hizo ninguna gracia la ocurrencia de su bigotudo ex-pretendiente, y desde entonces fué el único á quien negó su habitual dulce sonrisa.

Eva, satisfecha en su vanidad de mujer hermosa, sentía interior gozo de haber terminado sus relaciones con Ricardo y aun se dolía de haber dilatado tanto el rompimiento. No hallaba á cuál preferir entre sus adoradores, y aun llegó á tentarle persistente el pensamiento de que le arrullara la dulcísima música de los galanteos, sin que el compromiso de un novio, alejase aquellos galanes que alegraban su dorada juventud. Pero en honor de la verdad, la niña, aunque gustaba de los sabrosos requiebros de sus pretendientes, no era coqueta, y sus ilusiones habían sido siempre formar un hogar, y héla aquí deliberando interiormente todos los días, acerca de un asunto de tan trascendental impor-

tancia. ¡Las opiniones de sus amigas eran tan varias!

En cuanto á su hermana, decíale siempre con franqueza que Ricardo era más guapo que todos. Cuando Eva deliberaba ó consultaba á sus amigas, no hacía otra cosa que acallar la voz del corazón que la inclinaba á César, sin que por él sintiese aún amor, pues según la frase de la misma joven: Cuando una ha querido, decía á sus amigas, y tiene un desengaño, tórnase desconfiada y descontentadiza. Mas he aquí otro misterio del corazón de la mujer: En quien públicamente se fijaba menos Eva, era en César. ¿Era esto acaso porque el rico joven antes que á ella había pretendido á su hermana? ¿Era porque anhelaba atraerle más con la indiferencia? ¿Era, en fin, como alguna vez llegó á decirlo inconscientemente, porque le gustaba para novio, pero no para marido? Averígüelo el que pueda, pues al escritor únicamente incumbe consignar los hechos. El caso es que César tuvo que levantar el sitio, alejarse decepcionado con armas y bagajes, y reconciliarse con una antigua novia, guapa y de alta jerarquía social, para no hacer entre sus colegas el desairado papel de pollo sin novia. Y es el caso también que Eva lamentó la re-

tirada del apuesto galán con muchos y muy hondos suspiros.

Entretanto, Angelito, si no fuese tan bueno y tan paciente, hubiérase dado á todos los diablos. Diariamente veía á un nuevo galán que rondaba la casa del señor del Río, en busca de la enjaulada palomita, cuyos juveniles atractivos traían enloquecidos á los pollos zacatecanos; pero firme en sus trece, no se daba por muerto, y los martes, jueves y sábados á la misma hora, el buzón próximo á su tienda recibía la perfumada carta, por cuyas líneas habían de pasar los llameantes ojos de la niña de sus pensamientos.

Eva estaba agradecida, muy agradecida con Angelito. Vió con la luz de la evidencia que era el que más la quería de todos sus pretendientes—y hay que hacer justicia á Eva—por gratitud, únicamente por gratitud, correspondió al cariño del joven comerciante. Le amaré después, se decía, estoy segura de que le amaré; sobre todo es bueno, y no me dará de esposo los pesares que de novio me dió Ricardo.

No hay para qué referir la alegría del joven comerciante, al leer atónito la carta mensajera de su dicha: baste decir que en ese día recibió en la tienda más moneda falsa que nunca; que las facturas en su mayor parte salieron equivocadas, y

que perdiéronse algunos medios hidalgos, que probablemente el dichoso joven dió en el cambio por centavos. Por la primera vez en su vida oyéronle los dependientes taranear conocidas canciones y chancearse con algunos parroquianos, con mengua de la bien acreditada, añeja circunspección del conocido comerciante. Fué tal el júbilo que inundó su alma al tener la primera novia y al verse querido, que por conservar aquella dicha, hubiera regalado la tienda y diez más si las hubiese tenido. Cualquiera creería que Angelito no tenía vanidad. ¡Era tan bueno! No obstante, héle allí salir erguido y emperejilado á dar una vuelta por la casa del señor del Río.

XXV

Ricardo emprendió su marcha por el Central hasta la ciudad de Torreón, del Estado de Coahuila, en donde tomó el Internacional hasta la ciudad de Durango. Detúvose allí algunos días para aprovechar la salida de algunos arrieros con quienes acompañarse para no hacer solo un viaje molesto, pues de Durango á Mazatlán no hay más que camino de herradura, peligroso porque las veredas que

atraviesan la Sierra Madre, trepan frecuentemente por elevadas montañas y serpean por precipicios donde más de una vez han rodado los jinetes. En ese camino, ascendente en la Sierra Madre hasta un punto llamado La Cumbre, y desde allí descendente, en tierra cálida hasta la costa, hay senderos peligrosísimos; sobre todo, la cuesta conocida con el nombre de El Espinazo del Diablo. La culebreante vereda sube y baja, formando curva, por la falda de la montaña; por un lado la prolongación de ésta, que se eleva inaccesible al viajero; y por el otro, inmensos bloques de piedra cortados á pico que bajan hasta el abismo, cuyo fondo no se alcanza á ver. Al llegar á uno de los extremos de este camino que, aunque no muy largo lo parece por la emoción con que se atraviesa, el viajero lleva á la boca las manos ahuecadas y pregunta á gritos por tres veces si no viene por el sendero caminante alguno, pues un encuentro sería la perdición de todos por la imposibilidad de retroceder. Las cabalgaduras, en algunos puntos de la angosta vereda, tienen que juntar las pezuñas por falta de espacio donde apoyarlas y las piedrecitas desprendidas por el golpe de las herraduras van rodando hasta la profundidad del despeñadero. El pie de la bestia mular es

el más seguro para atravesar aquellas sendas, donde aún no ha entrado el progreso, y donde quizá en no lejano día, sonará el silbato de la locomotora. Admira el instinto de las mulas que se dan cuenta del peligro y no asientan una pezuña sin cerciorarse de que el terreno está macizo; caminan lentamente, pero sin detenerse un momento, y se regocijan al salir al lado opuesto. Las emociones de los peligros quedan compensadas con el soberbio espectáculo de la naturaleza. Es una gigantesca montaña, á la que sirven de escalones altas montañas con sus pintorescas mesetas cubiertas de seculares pinos, de espeso encinar, y, en trechos, de madroñales, donde entre espléndido verde colorea el fruto de vivo nácar. El pasto abundante y altísimo, en muchos parajes cubre al caballo y al caballero, y aun sobresale de ellos. La selva y los añejos bosques son tan espesos, que aun el más experto viajero, se extraviaría si alejándose del camino penetrase en aquella intrincada espesura, eternamente sombría, donde el aire, impregnado del olor del pino, sopla sin cesar, agitando las copas de los árboles, que producen un ruido semejante al del continuo movimiento de las olas del océano. Hay robles de anchísimos troncos que revelan una existencia quizás

antidiluviana; pinos que nacen de hondas cañadas, sobresalen de las montañas, y hay que echar la cabeza hacia atrás y elevar la vista al cielo para descubrir sus excelsas cumbres. Entre los animales de caza abundan los venados y el pavo silvestre de pesado vuelo, que más bien brinca de altura en altura ayudado de las alas. Entre los animales feroces, el único temible es el oso, que llaman plateado, por su piel de brillante gris. Al contemplar aquella vegetación exuberante y grandiosa, donde en lugar del vocerío de las ciudades, óyese el rumor del torrente y de las espesas copas de los árboles agitadas por el viento, se piensa en el poder infinito, prodigiosamente manifestado en la rica naturaleza. Allí, en aquella inmensa mole de tierra mexicana, esperan al progreso industrial inagotables tesoros.

Ricardo y los arrieros que le acompañan, acaban de rendir jornada, fatigosa por la lentitud con que se hizo, molesta por el intenso frío. Trabajo costó al joven ingeniero apearse de su cabalgadura: estaba entumecido, parecíale tener los pies de mármol ó de hierro; al respirar dolíanle los pulmones y el baho congelado había prendido gotas de hielo en el sedoso bigote de Ricardo.

—Estamos en el corazón de la Sierra

díjole un arriero, ésta es La Cumbre; mañana empezaremos á bajar á tierra caliente.

Esa noche fué deliciosa para el joven ingeniero: Mr. Anderson, un angloamericano dueño de la hacienda "La Cumbre," le dió alojamiento, mediante, por supuesto, el pago de una más que mediana remuneración. Introdujo á su huésped á un cuarto con gran chimenea provista de abundante fuego, que en breve tiempo tibió la atmósfera. El joven sentía ya repugnancia por las carnes de latas que habían sido su alimento los anteriores días, así es que las calientes patatas, la carne seca y el pan esponjado que le sirvió Mr. Anderson, supiéronle á gloria. Acostóse temprano y pensando en "La Barranca," como él llamaba á Zacatecas, durmióse para soñar en su Eva; pero junto á ésta veía también á Consuelo, y la profunda y tierna mirada de aquellos límpidos ojos estaba como estereotipada en su mente. Pensaba, sobre todo, en la última que le había dirigido aquella noche, en que el desengaño trucidó todas las ilusiones de su alma. ¿Por qué le perseguía aquella mirada que parecía hablarle de amor? ¡Qué buena es Consuelo! exclamaba. "Si ella pudiera reconciliarme con Eva, lo haría, y si yo no me casase con

Eva, no podría amar á nadie, sino tal vez á Consuelo."

Tempranito despertó el viajero, restregándose los ojos, que cerrados, habían contemplado terrenales ángeles toda la noche, y se dispuso á continuar la marcha. El frío era crudísimo, pero duraría poco, pues iban ya á bajar á tierra caliente. El contraste en aquel punto es de un efecto sorprendente: de un lado la Sierra Madre con su grandiosa vegetación y sus seculares espesos bosques; del otro, la riquísima vegetación de tierra caliente con sus bosquecillos de naranjos y limonares y sus espléndidos platanares.

Blancas veredas serpean por los montes bajando sin cesar, y allá, á lo lejos, como una inmensa faja azul en el horizonte, el océano pacífico que besa las costas mexicanas.

Ricardo, arrobado en sus pensamientos, sobrellevó las penalidades del camino, y á la caída de la tarde del siguiente día, entraba, lleno de esperanzas, á la ciudad y puerto de Mazatlán. Alojóse en el Hotel Iturbide y costóle trabajo conciliar el sueño, más que por los pensamientos que le distraían por el sofocante calor y por los mosquitos, las picaduras de los cuales le era imposible evitar.

Al siguiente día estaba contemplando

el magnífico espectáculo que ofrecía á su vista el mar picado, cuyas olas lamían los muros del edificio y entraban orladas de espuma hasta la orilla de la calle, y los buques mercantes que se balanceaban sobre las aguas, cuando llamaron á la puerta de su cuarto: un caballero vestido con traje de holanda, sombrero de jipi y blanco calzado, saludóle cortesmente y anuncióle que estaba reservado para él un empleo en los trabajos de ingeniería de la vía férrea en construcción del puerto á la ciudad de Durango. Convínose en que el joven ingeniero descansaría un día para empezar su trabajo desde el siguiente.

No tardó mucho tiempo Ricardo en saber que debía su colocación á las influencias y recomendaciones de don Manuel, á quien desde luego, escribió agradecido.

Una tarde, en que Ricardo sentía más viva que nunca la nostalgia del suelo natal, que manifestaba en hondos suspiros por su amada Zacatecas y por los séres queridos que en ella había dejado, recibió una carta de su hermana Luisa, que abrió trémulo, como si temiese una fatal nueva

"Querido é inolvidable hermano, le decía Luisa:

Desde tu partida, nuestra casita está triste, y yo no podré alegrarla mientras

dure tu ausencia. Tan luego como asegures una colocación, pide licencia y ven por mí, que tengo la dulce obligación de cuidarte. Quiera Dios que esa tierra caliente, tan mala para los forasteros, sobre todo, para los que como tú han nacido y vivido en clima frío, no te pruebe mal. Si te enfermas de cualquiera cosa, por insignificante que te parezca, avísame luego por telégrafo, pues si no encuentro quién me acompañe, me siento capaz de irme sola. No seguiré la ruta que tú has seguido, pues me informan que es la más molesta; iré por el Central, tocando la frontera de los Estados Unidos. De recursos pecuniarios estoy bien y no te apures por eso.

Te voy á dar dos noticias tristes y una alegre, con la esperanza de que ésta mitigue el pesar de aquéllas. El señor de Avendaño está enfermo, y los médicos aseguran que su enfermedad es seria; ni ellos mismos saben lo que tiene, pues no han podido concordar en el diagnóstico. Espero en Dios que se aliviará, pues un hombre como don Manuel hace mucha falta. ¡Cuántas familias pobres viven á sus expensas, cuántos niños deben á él su educación!

La otra noticia, dolorosa para tus afectos, puede ser medicina que, aunque amarga, te cure de un amor que no debes ya

fomentar. Eva no se acuerda de tí. Angelito ha triunfado de la turba de adoradores que la asediaban. Convéncete, hermano mío. Eva no te conviene, no serías feliz con ella. En cambio, y ésta es la noticia alegre, he descubierto con certidumbre tal, que no deja lugar á la menor duda, que Consuelo, ese ángel de dulzura y de bondad, no piensa sino en tí, no vive más que para tí; en suma, que te ama como sabemos amar las huérfanas. Si al perder lo que soñaste que fué tu dicha, hallas un tesoro de mucho más valor, ¿no lo recogerás? Piensa en esto, querido hermano, la felicidad te sonríe, ven, y estréchala contra tu corazón.

Adiós, contéstame pronto. Tu hermana que mucho te quiere.

LUISA."

Estupefacto quedóse Ricardo al acabar de leer semejante carta; sus emociones eran tantas, que no podía descifrar si tenía gusto, pesar, ira, gratitud ó despecho. Dejóse caer en un asiento y sumergióse en honda meditación, y después de un rato pudo comprender que lo que en su corazón dominaba en aquel instante, eran los celos, hijos quizás, no ya del cariño, sino del amor propio, y á extinguir aquella enconosa herida no alcanzaba el afec

to de Consuelo, si bien la atenuaba; el fuego del cariño cuando encuentra combustible á propósito lo enciende rápidamente como el fuego material á la leña seca, y el corazón de Ricardo estaba insensiblemente preparado para recibir aquel fuego, así es que pensó en Consuelo con inefable placer.

XXVI

Angelito no estaba para perder tiempo: hombre trabajador, en edad casadera y locamente enamorado, parecióle que toda demora era merma de su dicha con tanto afán buscada y milagrosamente encontrada. Apenas fué correspondido de aquella Eva, que según la opinión del joven pretendiente, superaba en belleza á la del Paraíso, dió los pasos conducentes á su matrimonio. Don Manuel fué el comisionado para pedir á la novia, y su demanda fué favorablemente despachada. Gustavo, que á la sazón estaba presente, pronunció ante su tío político un elocuente panegírico del novio, panegírico que doña Tula escuchó con no disimulado regocijo, y don Juan, con la imperturbable calma que le era característica. Aquella

campanuda arenga no era necesaria para el buen éxito de la demanda, pero sí para desahogar la impetuosa verbosidad de Gustavo. Concluído que hubo las alabanzas de Angelito, comenzó las de Eva, y el sobrino dijo á sus tíos tales cosas de su hija, que el mismo novio no hubiera llegado á tanto, cosas que á doña Tula hicieron llorar de regocijo, de ternura y de maternal vanidad y convenciéronla de que era la madre de un ángel que casi, casi, podía competir con los del cielo. En cuanto á don Juan, sonrióse apenas, y aprovechando el primer momento en que Gustavo tomaba aliento para continuar su perorata, díjole pausadamente:

—Pues bien, Gustavo, que se casen.

Fué entonces doña Tula quien tomó la palabra con acaloramiento. Hizo ver á su esposo de cuán mal tono era semejante respuesta, pues la costumbre social, que tenía fuerza de ley, exigía un plazo para deliberar y resolver, y según la opinión de la señora doña Tula, ese plazo no podía ser de menos de seis meses.

—Ya que Dios nos ha concedido, decía entusiasmada la madre, una hija tan buena y tan hermosa, es absolutamente indispensable que ocupe en la sociedad el alto lugar que le corresponde, y para ello

necesitamos observar al pie de la letra las prescripciones del buen tono.

—Sí, señor, agregó Gustavo, los mandamientos sociales son casi tan importantes como los de la ley de Dios.

—Cumpla mi hija con éstos, dijo despacio, muy despacio, don Juan, que los demás tiénenme sin cuidado.

—No digo, repuso enfadada doña Tula, que olvide éstos, sino afirmo que debe cumplir también aquéllos. Que se esperen.

—Está bien, contestó don Juan, pues que se esperen.

Quedó, pues, fijado el plazo de seis meses para resolver á la solicitud del señor de Avendaño, aunque no sin indicar doña Tula que podían irse con tiempo disponiendo todas las cosas para la boda. Don Manuel, además, obtuvo la formal promesa de que aquel plazo podía acortarse de común acuerdo.

Mientras que el señor de Avendaño despedíase para llevar á Angelito la feliz nueva, don Juan pensaba, en que la verbosidad, necia ó lisonjera, es una gran cosa, pues que en el mundo abundan los incipientes tanto como los que se rinden á la voz de la adulación. Y vió de soslayo á su esposa, que si hubiera mirado el cora-

zón de su esposo, tal vez hubiérale dado á éste un mordisco.

Eva, entretanto, avisada por Angelito del paso que éste iba á dar, y por doña Tula de la ya prevenida contestación, entró risueña al cuarto de Consuelo, que ignoraba cuanto acababa de pasar.

—Han pedido mi mano á papá, le dijo Eva.

—¿Quién?

—El señor de Avendaño.

Consuelo se quedó mirando á su hermana con tristeza, y después de un rato le contestó:

—Eva, hermana mía, ¿por qué te haces desgraciada?

—¡Desgraciada! No te comprendo.

—Te quiero mucho, Eva, y tu desgracia sería también la mía.

—Pero ¿por qué ha de ser una desgracia casarme?

—Porque no amas á Angelito.

—Le quiero un poco, porque es muy bueno, después le amaré, estoy segura. La bondad por fuerza se hace querer.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí; prefiero unirme para siempre á un hombre que me quiera, aunque yo no le quiera tanto; que á otro á quien ame con toda mi alma y no corresponda á mi cariño con toda la suya. Seré egoísta, pero

así soy yo, prefiero ser querida á querer.

—¿Y Ricardo? ¿No te acuerdas ya de Ricardo? dijo Consuelo dejando caer sus palabras sílaba por sílaba, como para comprender mejor el efecto que causaban en el corazón de su hermana.

—No, y doy gracias á Dios, porque Ricardo no me hubiera hecho feliz.

—Mas yo creo que es pecado casarse sin amor.

—No, ni siquiera pecado venial. Para casarse se necesita voluntad, y yo la tengo de casarme con Angelito; nadie me obliga á ello, lo hago de mi libre y espontánea voluntad.

—No te comprendo.

—Ni yo me comprendo bien, pero me caso con quien me quiere porque presiento que me hará feliz. Con aquel cariño, con aquella locura que quise á Ricardo, pienso que no volveré á querer á nadie, y me alegro mucho. Sus calaveradas hiciéronme cautelosa; antes, insensata de mí. buscaba buena cara, ahora busco buen corazón.

¿Hablaba Eva con sinceridad? ¡Quién sabe! Ella era buena, ardiente, compasiva como pocas; pero por sus conversaciones puede sospecharse, sin temerario juicio, mas sin la certidumbre de acertar, que en la resolución de la fogosa niña, no sólo

influyó la gratitud, aunque en ella tomase principalísima parte, sino también la venganza, la filial condescendencia y la férvida ilusión de formar un hogar. Quería que Ricardo la viera feliz con otro y lamentara haber perdido el tesoro que tuvo en sus manos; que se realizara el no disimulado anhelo de su madre, y deseaba, por último, que su frente ciñera, á la mayor brevedad posible, la diadema de esposa que para ella tenía sin igual atractivo.

—Tú sabes lo que haces, le dijo Consuelo, y se quedó pensativa, tan pensativa, que ni siquiera sintió cuando Eva la dejó sola.

Ahora, Ricardo mío, clamaba la huérfana con el pensamiento, te amaré por ella, y te amaré por mí; y tú me amarás también, me lo dice el corazón. Y dos lágrimas, ardientes gotas que condensaban todo el aroma de una alma enamorada, brotaron del cielo de aquellos ojos y rodaron por las mejillas de azucena de la tierna virgen. Como en una atmósfera de oro y luz aparecía en la exaltada imaginación de la niña el rostro de varonil hermosura del joven ingeniero, y más de una hora soñó despierta; sueño de inefables emociones que tenía la luz del crepúsculo, la dulzura del néctar y la poesía del cariño. ¿Cómo

no creer en el cielo, se dijo al despertar, si me ha tocado la vislumbre de su perenne esplendor? ¡ Ah, sin duda el cielo es amor que nunca acaba!

XXVII

El primer asalto de la enfermedad que acometió al señor de Avendaño, fué, si no rechazado, á lo menos contenido, más que por la virtud de las medicinas, por el capricho de un carácter que conservaba aún apego á su propia voluntad. Empeñóse don Manuel en que estaba enteramente bien, y aunque el médico afirmaba lo contrario, no quiso creerle. Dejó la cama, donde había permanecido algunos días para pasar en su despacho el tiempo qu él llamaba de convalecencia, y que en opinión del doctor no era sino de tregua. tregua.

Don Manuel tenía la firme convicción de que su vida sería aún larga, y fundába se tal convicción en la sólida piedad que en la práctica de la virtud, había alcanzado ya aquel corazón, en otro tiempo maldito albergue de todas las concupiscencias. He cometido muchos crímenes, pensaba, y la misericordia divina que me ha

abierto sus paternales brazos, prolongará, sin duda alguna, mi existencia para que repare, en cuanto sea posible, los males de mi escandaloso pasado. No amaba la vida sino como medio de reparación; pero si á los anhelos de su corazón se interrogara, optaría por la muerte. Sentía necesidad de reposo, pero de un reposo perdurable y tenía miedo de caer de nuevo en el abismo de donde había salido especialmente cuando escuchaba el grito salvaje de las pasiones, que evocando deleitables recuerdos, le convidaban á gozar. Tras algunos días de apacible, dulcísima calma, venían otros de furiosa tempestad. Las pasiones, atadas con la inquebrantable cadena de una firme voluntad, sostenida por la gracia, mordían rabiosas los eslabones que las sujetaban, y no callaban sino para rugir de nuevo con más feroces ímpetus. En esos amargos días don Manuel deseaba la muerte y llamábala como á amiga consoladora y buena Mas sin que él lo sintiera, ni á conocerlo llegara, cada victoria aumentaba su fortaleza y en cada intervalo de paz, la dulzura penetraba más hondamente en su alma.

En aquellos días ocurriósele, no porque temiese próxima su muerte, sino por arreglar negocios que debía tener arreglados,

escribir de su puño y letra su testamento y entregarlo cerrado al Notario para que con las formalidades de ley autorizara la cubierta.

Todo terminó en un día, pues aquella actividad antes empleada en el mal, empleábase ahora en el bien con el mismo ardor. Al ver los vecinos salir de la casa del señor de Avendaño al Notario y á los testigos, informáronse y supieron que don Manuel había hecho testamento. Y aunque la última voluntad del testador no era conocida ni del Notario, porque el testamento fué cerrado, los habladores vecinos repartieron á su talante el crecido caudal del testador; quién afirmaba que había dejado toda su fortuna á los pobres; quién que había dispuesto que con ella se edificara un suntuoso templo á San Agustín. Algún chusco hizo circular la especie de que el señor de Avendaño instituía legados á todas las jóvenes casaderas del barrio, legados que sin ningún descuento por gastos testamentarios, debían entregarse el día de las bodas; noticia que acrecentó el fervor de los enamorados. No faltaron, por último, maldicientes que, con ocasión del testamento del rico zacatecano, refirieran, con lujo de pormenores, algunas escandalosas

fechorías del testador, ignoradas de muchos, y de otros ya casi olvidadas.

Angelito y Eva, entretanto, hallábanse en plena correspondencia; aquél, loco de contento; ésta, alegre y decidida á unirse para siempre á quien de verdad la amaba.

Con maravillosa intuición veía un porvenir feliz al lado de aquel joven laborioso y bueno, á quien, según decía Eva, empezaba á amar, y hay que creerla si tomamos en cuenta su genio. La joven se impresionaba fácilmente, y si el aspecto físico de su futuro esposo no era para causarle impresión, el profundo cariño que le tenía el joven y aun el desprecio de que era víctima y las frecuentes sátiras de los demás, sirviéronle á Angelito de méritos para conquistar el corazón de la fogosa niña, quien admiró la nobleza de alma de su prometido y de la estimación fácilmente pasó al cariño verdadero.

Parecióle que de sus relaciones con Ricardo habían pasado muchos años; que aquéllas habían sido un sueño de doradas ilusiones, en el que no habían faltado los estremecimientos y angustias de horribles pesadillas. Juzgó aquellos amores como una precipitación de su inexperiencia, como un error de su voluntad, y echó sobre ellos el velo del olvido.

Consuelo leía, como en un libro abierto, en el corazón de Eva y se regocijaba de aquel cambio. No se ofenderá ya, pensaba, si algún día sabe que mi primero y único amor ha sido para Ricardo. Y lo sabrá, no por mi boca, sino por la de él. La última vez que mis ojos se fijaron en los de Ricardo, al encontrarse los rayos de las miradas de ambos, había calor, intenso calor en los corazones de los dos. ¡Oh, día suspirado, día de mi ventura! ¿cuándo llegarás? Y la rubia virgen vertía lágrimas: eran el fragante jugo de una alma que ama y que espera.

XXVIII

Ricardo habíase dedicado con entusiasmo á sus labores profesionales; pero suspiraba por la tierra natal, cuna de sus ilusiones, amado albergue de sus afectos. No quiso comprometerse con la Compañía que le ocupó, sino por determinado tiempo, que estaba próximo á expirar, y contaba con indecible ansiedad los días que faltaban. El joven, á pesar de sus esfuerzos, no había vencido completamente los ímpetus de sus pasiones, pues nada hay más difícil de curar que una voluntad en-

ferma por los malos hábitos; pero ahora, caía para levantarse luego, mientras que antaño, caía para no levantarse en mucho tiempo. Había, pues, lucha y parciales triunfos, quizás precursores de completa victoria.

La carta de Luisa había logrado su objeto: Ricardo pensaba mucho en Consuelo, no sólo para olvidar á Eva, el recuerdo de la cual había herido tanto el amor propio del amante, sino con verdadera fruición, impresionado por la noticia de su hermana, que había sido el alambre conductor de la chispa eléctrica.

Absorto contemplaba Ricardo aquel semblante de angelical dulzura que tantas veces había visto sin mirar. Recordó la inefable expresión que para él tenía y creyó de fe á su hermana, y arrepintióse de haber sido tan poco perspicaz, que no había visto lo que vió Luisa con tan segura mirada. El cariño de Eva, pensaba, puso una venda ante mis ojos para todo lo que no fuera ella. ¡Insensato de mí! he perdido un tiempo precioso; pero iré muy pronto hacia el ángel que me espera.

Extasiado con estos pensamientos recorría la playa, tendiendo de vez en cuando la vista por la superficie del Océano, que semejaba inmensa sábana gris que se movía constantemente erizada de re-

mansos como si bajo de ella soplase sin cesar el dios del aire. En las Olas Altas, donde la mar está siempre picada, contemplaba el vespertino crepúsculo; allá, el lejano Occidente donde el sol se hundía, besando con sus rayos las aguas del Pacífico que teñía de oro y púrpura; acá, el ruido y continuo movimiento de la ciudad, recostada en una lengua de tierra que entra en el grande océano, inundada en la melancólica luz crepuscular que poco á poco va decreciendo hasta que las sombras de la noche lo envuelven todo. De repente brilla el puerto con la luz de sus focos eléctricos, el inmenso rugiente mar con la luz fosforescente que corona sus olas, y el alma de Ricardo con el fulgor de una esperanza acariciada con inefable ternura.

Una noche, después de su cuotidiano paseo, cenó y encerróse temprano en su cuarto. Aunque el rompimiento entre Ricardo y Eva, había sido definitivo, ambos al verificarse alimentaban la esperanza de una reconciliación, motivo por el cual no se habían devuelto sus cartas, sacó el joven de una de las bolsas secretas de su "mundo," varios paquetitos de diminutos y perfumados billetes; leía uno por uno, ora suspiraba, ora fijaba pensativo los ojos en el suelo, y después de

leídos aproximábalos al fuego, y contemplaba sereno la devorante llama que los consumía.

Concluído que hubo la incineración, quedóse por un rato contemplando las cenizas y exhaló un hondo y prolongado suspiro. He aquí, se dijo, lo que resta de tanta ilusión, de tanta ternura y de un cariño que creí inacabable.

Luego contempló el retrato de Eva, y estremecióse como si los recuerdos hubiesen lastimado su corazón. En una tarjeta imperial dibujábase perfectamente el busto de la donosa joven; los expresivos ojos clavados en Ricardo hablábanle de amor y una ligera sonrisa daba al semblante de Eva regocijada expresión. Contemplóla ensimismado y ante su imaginación desfilaron todos los acontecimientos de unos amores que habían henchido de luz y de esperanza los mejores días de su juventud. ¡Oh inestabilidad de los humanos afectos! pensaba, parece mentira que perezca lo que juraríamos que es eterno. No se atrevió á quemar aquel retrato, tal vez porque veneraba aún la memoria de la que había sido el arca de sus ensueños. Apartó precipitadamente la vista de la imagen, que parecía aún fascinarle y la guardó en el acto, como si huyese diligente de los halagos de la tenta-

ción y murmuró en lo íntimo de su alma:

—Huíd de mí, importunos recuerdos: entre Eva y yo se ha abierto insalvable valladar.

Quedóse algunos instantes silencioso y apareció á la mente del joven la imagen de Angelito: era él, él mismo en cuerpo y alma; con aquel andar grave y circunspecto, con aquella tosecita, disfraz perpetuo de su cortedad; con aquel mirar, á veces suplicante y á veces timorato, donde no brillaba jamás la enérgica fuerza de la audacia. Y ¡qué Eva, pensó, me haya olvidado por este mentecato! Y Ricardo en aquellos momentos hubiera dado los mejores años de su vida por reconquistar á la graciosa zacatecana y vengarse así de Angelito. Y aquel asalto de celos hízole creer que amaba aún á Eva; mas no, el amor á ella se alejaba, pero el amor propio erguíase aún con toda su pujanza.

XXIX

El tiempo ha corrido, con celeridad para el que goza, con lentitud para el que sufre, con sozobra para el que espera; mas todo llega y todo pasa. Amaneció sereno y radiante el día anhelado por Ange

lito, de unirse para siempre con su amada. El templo parroquial de Santo Domingo está lleno de concurrentes; la nave del centro alfombrada desde el cancel de la puerta mayor hasta el presbiterio, y cerrada á los lados por una hilera de asientos, ocupados por la flor y nata de la sociedad zacatecana, previamente invitada; los demás concurrentes en apretada muchedumbre ocupan las naves laterales. Las flores, encargadas expresamente á Orizaba por Angelito, embellecen el templo y deleitan con su fragancia. En un lado del altar mayor se eleva otro improvisado, sobre cuya gradería, cubierta con ramilletes en elegantes floreros, y entre éstos ricos candelabros con velas encendidas, elévase un magnífico cuadro de Señor San José, bajo cuyo patrocinio han puesto los novios su futuro hogar.

Los rostros se vuelven curiosos hacia la puerta principal, por donde la pareja debe de entrar; en el coro, los músicos afinan los instrumentos. De repente óyense los primeros compaces de la Marcha Nupcial de Mendelssohn y aparece la comitiva: abre la marcha Eva, de brazo de su padre; el blanco traje de la novia llama la atención por su irreprochable corte, una peqñeña guirnalda de azahares corona la gentil cabeza de la joven; el ajusta

do corpiño está prendido á un ramo de la simbólica flor del naranjo y al través del flotante y ténue velo brilla en el apogeo de la juventud y la belleza, el recatado semblante de Eva. Mimí, como paje de honor, lleva la luenga cola del traje. El guapo pajecillo va hecho un primor: zapatillas y calcetines blancos, vestido de seda también blanco, el pelo sostenido á la izquierda por un lazo de listón igualmente blanco, deja caer una cascada de graciosos bucles en continuo vaivén, y en medio de tanta blancura, aquella sonrosada carita, y aquellos expresivos ojos, semejantes á los de Gustavo, donde brillan la inocencia y la travesura. Mimí se ha dado cuenta de su papel; iérguese como prócer y gasta más zaleo que de ordinario. Eva, al entrar, dirige una rápida mirada á la concurrencia y baja luego los ojos porque siente sobre ellos los rayos de mil miradas. Los concurrentes se empeñan por ver á los novios; algunos de los jóvenes de las naves laterales se suben á las tarimas de los altares; hubo irreverente mozalvete que se trepó en la esquina de la base de una columna del templo, y devota octogenaria, que nunca, levantaba los ojos en misa, que cerró el libro de oraciones, limpió los anteojos y estiró el cuello para ver á los novios.

Tras de Eva, don Juan y Mimí, iban Angelito y Paquita, y seguían luego Gustavo y Consuelo; la habitual gravedad de Angelito, que veía sin mirar á nadie, aparecía suavizada por una expresión de inefable regocijo. Consuelo vestía de "liberty" azul, guantes y sombrero blanco y lucía un sencillo aderezo de perlas y turquesas. Aquella hermosura suave y melancólica, de honda mirada y cariñosa sonrisa, parecía extranjera en un mundo henchido de vanidad y sediento de placeres. Si la hipérbole no traspasase los límites permitidos, diríase que había dejado el cielo y daba un paseíto por este mundo de tantos engaños y de miserias tantas. Gustavo, sí que miraba y remiraba, especialmente á las guapas, y no sólo miraba sino también sonreía, y si no hubiese estado en el templo y en un acto tan solemne, hubiera dado rienda suelta á su brillante y cortés locuacidad. Paquita estaba fascinadora: aquel rostro, al que tanto agraciaban los apasionados ojos y la roma nariz, respiraba dignidad y júbilo; el cuerpo gentil en la plenitud del desarrollo envolvíase en traje de terciopelo negro con cuello de finísimo encaje blanco, llevaba aderezo de perlas y brillantes, herencia de sus abuelos, guantes blancos de Suecia y sombrero negro con enorme

pluma de aveztruz de inmaculada blancura. Consuelo, Gustavo y Paquita ufanábanse de ser los padrinos de los novios; sólo la cara de don Juan nada decía, estaba imperturbable.

El párroco, ya revestido, con capa pluvial y seguido de los monaguillos con cruz alta y ciriales, salió al encuentro de los novios y todos hicieron alto á unos cuantos metros del cancel de la puerta principal. Mientras el cura recitaba las oraciones del ritual, agitábase un mar de humanas cabezas; todos dirigían la vista al mismo lugar, y todos estaban emocionados: los casados recordando el día feliz de sus bodas, para unos principio de dolores sin término, para otros de dichas no extinguidas en medio de las mundanas visicitudes; pero para unos y otros, día venturoso de imperecederos recuerdos. Los novios, soñando con sus futuras bodas y fraguando el modo de superar en algo el esplendor de las que contemplaban. Las jamonas con vocación al matrimonio, rabiando de envidia y censurándolo todo, y las ancianas volviendo por un instante en alas de los recuerdos, á los risueños días de la juventud, y todos saciando su ávida curiosidad.

No se oía ni el más leve rumor, cuando el sacerdote con voz grave y solemne se

dirigió á los novios, preguntándoles sucesivamente si se querían por marido y mujer. Angelito, trémulo de emoción, coloca en el dedo de la suave mano de su amada, el nupcial anillo, y puso sobre la bandeja que presentó el monaguillo, trece hidalgos nuevos en calidad de arras que Eva recogió en la elegante portamoneda que le ofreció Paquita. El sacerdote juntó las manos de los desposados y en nombre de Dios bendijo aquella unión, y condújoles hasta los reclinatorios colocados al pie de las gradas del presbiterio; novios y padrinos arrodilláronse en elegantes cojines, mientras el cura se ponía la casulla y en seguida empezó el santo sacrificio. Eva y Angelito, más que con los labios oraron con el corazón; pedían la felicidad para su hogar. Consuelo, en una especie de éxtasis, creyó subir al Edén y ver á Dios en su trono de esplendor purísimo y con la inocencia de la virgen, el fervor de la enamorada y la fe de la creyente, pidió al Señor que Ricardo la amara, y parecióle que una voz interior le decía que su oración había sido favorablemente despachada.

Otra plegaria subía también al cielo en alas del amor fraternal; era la de Luisa que, separada de los invitados que ocupaban la nave del centro, y confundida entre la multitud, oraba por su hermano

ausente que había amado, y quizá amaba aún á la desposada.

Entre la masculina concurrencia hallábanse César y el Dr. Vélez; aquél luciendo como siempre, su enorme bigote y su varonil figura y mirando á las guapas con triunfadora presunción, y éste, alelado con su Julia, y resuelto á seguir el ejemplo de Angelito á la mayor brevedad posible. Entre las señoritas estaban Chole y Julia, aquélla, más nerviosa que otras veces, y ésta, pensativa contra su costumbre y mirando de vez en cuando á Fausto, no con aquella mirada frecuentemente guasona, sino con otra que decía muy claro: hoy ellos, mañana nosotros; y el noventa y nueve por ciento de las novias presentes si no decían á sus novios lo que Julia al suyo, por lo menos lo pensaban. Como la ajena dicha duele más á las mezquinas almas, que la desventura propia, no faltaron entre los concurrentes quiénes se entregasen á la murmuración, satánico deleite de las mundanas sociedades, y buscaban con ahínco cuanto en los desposados parecíales merecer censura, para clavar en ellos su enconoso diente.

Al salir del templo los esposos, las banquetas de la plazuela de Santo Domingo que dan frente al templo y á la cárcel, estaban llenas de curiosos, que daban la

última vista á la nupcial pareja, que serviría de conversación por algunos días en los altos círculos sociales, donde los ociosos y los perversos escudriñarían diligentes la vida de los esposos hasta en sus más ignorados pormenores, su conducta hasta en las acciones más indiferentes, el estado de su salud y de su hacienda y el linaje y carácter de sus ascendientes y colaterales hasta el octavo grado.

Los briosos corceles de la elegante carretela que debía conducir á la venturosa pareja, llevaban penachos con azahares; el látigo del auriga tenía también un ramo de azahares en el mango, y habíanse colocado sendos en las portezuelas.

Angelito, sin fijar los ojos en la concurrencia, que veía curiosa á la nupcial pareja, dió cortés la mano á su esposa para que subiera á la carretela, y él subió en seguida; los demás vehículos fueron ocupados por el resto de la comitiva. Tronó el látigo del cochero y rodaron por el empedrado las carretelas con dirección á la Fotografía Metropolitana. Don Juan del Río ofrecería un banquete á los consortes, y en la noche Gustavo y Paquita los obsequiarían con un suntuoso baile.

XXX

El médico no se había equivocado, don Manuel de Avendaño, después de algunos días de aparente alivio, cayó en cama gravemente enfermo. Parecía que todas las enfermedades se habían dado cita para destruir de un sólo terrible golpe aquella naturaleza ya muy gastada: el corazón, los pulmones, el hígado, todo estaba mal.

Desvaneciéronse las ilusiones que se había forjado, de alcanzar aún algunos años de vida, y esperó valeroso el último supremo instante.

Fray Agustín, Sor María del Socorro y Consuelo, casi no se separaban de la cabecera del enfermo.

Era Sor María del Socorro una guapa española, en la flor de la juventud, que había dejado patria, familia y mundana grandeza, por servir á Dios en sus hijos que sufren, en los pobrecitos enfermos. Era su alcurnia de las más brillantes, pertenecía á los grandes de España, pero lejos de deslumbrarse con el fugitivo esplendor de un nombre ilustre, se alegró mucho de ocultarlo bajo la humilde toca de la caridad; oyó la voz de su vocación, y fué á aumentar el número de esos án-

geles del mundo que llevan el glorioso título de "Siervas de María," y entre las cuales descollaba por la hermosura del rostro y más aún por la belleza del alma.

—Con esto descansaréis un poco, decía á don Manuel, ofreciéndole la medicina.

—No se necesitan ya remedios para el cuerpo, contestóle el enfermo, el alma le abandona.

—Probad aún, debéis buscar la salud hasta el último instante de la vida. ¿Deseais incorporaros?

El paciente hizo una señal afirmativa.

Sor María del Socorro sentóse en el borde de la cama, ágil enderezó el cuerpo del señor de Avendaño con el brazo izquierdo y mientras Consuelo colocaba á la espalda de aquél varios cojines, uno sobre otro, para que se recargase, Sor María llevó el vaso de la medicina á los labios del enfermo é hizo que pausadamente la apurara.

—¿Ha venido Fr. Agustín? preguntó don Manuel.

—Acaba de llegar, ¿le necesitáis?

—Quiero hablar solo con él, dijo, y miró á Consuelo, que en pie, junto á la cabecera de la cama, contemplaba con tristeza la afligida faz de su protector.

—Voy á llamarle, repuso Consuelo.

—Iremos ambas, agregó Sor María del Socorro.

El enfermo se quedó algunos momentos solo, fijó en un Crucifijo que se elevaba en improvisado altar levantado frente á la cama del paciente, aquellos ojos grises de penetrante mirar, donde aún brillaba la vida y dos lágrimas asomaron á sus párpados; mas por la expresión del semblante comprendíase que no eran de dolor, sino de júbilo. La vida se extinguía; pero la inteligencia parecía concentrarse y ganar en intensidad; las verdades de la fe presentábanse tan claras á los ojos del alma, que hacían imposible la duda. El pensamiento de que por graves que fuesen las faltas del moribundo, eran inmensamente inferiores á la infinita bondad, derribaba los escollos de la desconfianza y de la presunción. Creía don Manuel estar presenciando los últimos instantes de un vespertino crepúsculo; pero sentía que al descender el sol á otras regiones íbase con él y pasaba de un crepúsculo á la luz de un pleno día. En esos momentos entró Fray Agustín, sus ojos se encontraron con los del paciente, y aquellas miradas, en el instante que se detuvieron contemplándose, hablaron con un lenguaje misterioso, donde cada palabra concentra toda una historia. Lo que hablaron se siente, no se

pronuncia, así es que cuando vibró trémula y apagada la voz del enfermo, no decía á Fray Agustín ya nada de nuevo.

—Padre, dijo don Manuel, asiendo con las dos manos lívidas y flacas la diestra de Fray Agustín, y mostrando los ojos dentro de sus hondas cuencas, iluminadas por alegría del cielo; Padre, la muerte se aproxima, la siento venir con veloces pasos, y yo, el gran pecador, cuya confesión general oyó usted ayer, no tiemblo; por el contrario, me regocijo, y la espero como á la dulce amiga mensajera del reposo eterno. ¿Es esto presunción ó culpable temeridad?

—Es, respondió el fraile visiblemente contaminado por la alegría de su interlocutor: confianza en la divina misericordia. Es que Dios, hoy como ayer, y mañana como hoy, cumple su palabra, y recibe en su paternal regazo al pecador contrito como si nunca le hubiese ofendido. ¡Qué digo! con más exquisita ternura que al justo que le sirvió su vida entera. Es usted ya el hombre nuevo, regenerado por el amor, próximo á entrar á la patria que nunca se deja. Allá en la plenitud de aquellas delicias, que aunan al constante anhelo la satisfacción constante, no se olvide usted de este miserable ministro del Señor.

Don Manuel no pudo contestar: la humildad del fraile le impresionaba hondamente. Cuando él era quien tenía que pedir oraciones, á las suyas se encomendaba el virtuoso sacerdote. Después de un rato de sublime silencio, don Manuel repitió impresionado una frase de Fr. Agustín:

—¡Hombre nuevo! ¿Hasta cuando? Cuando ya estoy á la orilla del piélago infinito de la eternidad.

—Nunca es tarde: el hombre es saneable por la divina gracia, y el mayor criminal, si á ella se acoge y con ella se une en estrecho abrazo, puede superar en hermosura á la inocencia y en méritos á la fidelidad de muchos.

—Yo lo que anhelo con inexplicable vehemencia, es superar á todos en gratitud. ¿Qué hubiera sido de mí sin la divina misericordia, aquel día funesto en que me decidí á atentar contra mi vida? Cuando pienso que entonces, víctima del hastío y de la desesperación, estuve á punto de hacer ambos eternos, no puedo menos de ser agradecido, y de regocijarme con un gozo que jamás había sentido, al ver tan próxima la muerte. Cuando pienso que no hice méritos ningunos para ganar tan alta gracia; que mi niñez, mi juventud y aun mi edad viril, fueron de oprobios é igno-

minias, y Dios tuvo piedad de mí; ese gozo crece hasta un punto que no me es dado explicar; y cuando recuerdo que la paz del alma comprada al precio del arrepentimiento, pudo perderse en un instante de flaqueza, y la mano paternal del Señor me sostuvo, ese regocijo se desborda y me regala tan intenso placer, que sobrellevo resignado los dolores físicos y creo encontrarme ya en el cielo. ¡Ah, Padre, qué dulce es morir! ¿Por qué tiemblan los hombres á la presencia de la muerte, la amiga que en ondas de incomparable suavidad nos lleva al descanso eterno?

—La muerte es dulce para el hombre rejuvenecido por la virtud de Cristo. Aquí, en esta antesala del Paraíso, ya no existe el hombre antiguo, el esclavo de las pasiones, el representante de las concupiscencias y soberbia de la vida, sino el hombre nuevo, hijo de Dios y heredero de su gloria.

En aquel momento oyóse en el zaguán de la casa la campanilla que anunciaba la entrada del Sagrado Viático, y el rumor de las personas que le acompañaban. Fray Agustín abrió la puerta de la recámara que había entornado al entrar. Los concurrentes, á quienes se había oportunamente avisado la hora en que el enfermo

recibiría á Su Divina Majestad, con cirios encendidos en la diestra mano, arrodilláronse formando dos hileras, por en medio de las cuales pasó el señor Cura con el Sagrado Viático; después se precipitaron todos al cuarto del enfermo y arrodilláronse otra vez. El Dr. Vélez acercóse á don Manuel, tomóle el pulso, y después de fijarse en el afilado rostro del moribundo, movió la cabeza, como señal de que no había esperanza.

El enfermo, muy conmovido, indicó con los ojos á Sor María del Socorro y al doctor Vélez, que le ayudaran á levantarse y ponerse de rodillas; el doctor le contestó:

—No, de ninguna manera, así está usted bien; no hay que moverse.

—¿Tiene usted algo que reconciliar? preguntó el señor Cura.

—No, señor, contestó el paciente con voz apenas inteligible.

Luego, levantando en las manos la Hostia inmaculada, oyó la profesión de fe del moribundo coreada por los asistentes, que también respondieron á las preguntas del sacerdote, y descendió al pecho del hombre, nuevo por la gracia, el pan de eterna vida.

Poco después, el señor de Avendaño. contemplando el Crucifijo, que apenas podía sostener en las manos, entró en ago-

nía; á un lado de la cabecera, estaba Consuelo, y al otro, Fray Agustín y Sor María del Socorro; aquélla y ésta, de vez en cuando le limpiaban el frío sudor de la muerte ó humedecían los secos labios del enfermo, y Fr. Agustín, ora murmuraba al oído de su querido hijo palabras de consuelo y esperanza; ora, con el hisopo en la mano, pronunciaba exorcismos; ora absolvía; ora, en fin, rezaba fervoroso mientras que los circunstantes en coro encomendaban á Dios el alma del moribundo.

Momentos después, con la última contracción de la boca, aquella alma abandonaba el cuerpo y volaba á su Criador. Consuelo exhaló un ¡ay! de honda aflicción.

—Por segunda vez quedo huérfana, dijo llorando, y cayó en los brazos de Sor María del Socorro que se esforzaba por consolarla.

Las sombras de la muerte cubrieron de tristeza los corazones de todos, sólo Fray Agustín, meditabundo é impresionado, alababa en lo íntimo de su alma, las inagotables bondades del Señor.

XXXI

La familia del señor del Río, especialmente Eva, prodigaron á la huérfana, toda clase de consuelos, pues la joven sintió mucho la muerte de su protector. No la dejaría abandonada, de ello estaba segura, pero Consuelo tenía la rara cualidad de ser agradecida, y don Manuel había sabido granjearse el afecto de su protegida.

Doña Tula, pagando tributo á la humana miseria, entristecióse, temerosa de que don Manuel no hubiese asegurado la entrega de la pensión asignada á la huérfana, pues, aunque veía á Consuelo como á hija, más aún desde el matrimonio de Eva, le era sumamente grato recibir puntualmente una mesada que gastaba á su gusto, porque nadie le pedía cuentas de ella, y don Manuel siempre fué solícito para dar á su hija adoptiva cuanto creía que necesitaba, sin tomar en consideración la suma que designado había para sus alimentos.

Pasado el entierro, y aun antes que expirasen los días de riguroso luto, todos, menos Consuelo, empezaron á hablar del testamento del acaudalado zacatecano, el cual testamento, según los públicos rumores, había quedado en poder de Fr. Agus-

tín. Este había estado varias veces á visitar á la huérfana, pero ni una palabra le había dicho del tal testamento. La última vez que habló con ella, doña Tula alarmóse mucho, porque el sacerdote, fijándose en la extrema palidez de Consuelo le dijo:

—Hace tiempo que usted está enferma; quizás necesite el aire del campo. Piense usted á dónde quiere ir.

—Nos quitan á Consuelo, decía doña Tula á su esposo y á su hija, sin duda que así lo dispuso don Manuel.

Consuelo, en efecto, hacía tiempo que se sentía enferma; frecuentemente estaba acalenturada y dormía poco y mal, pero sufrida como generalmente son las huérfanas, y creyendo pasajera su dolencia, callaba y aun disimulaba sus males cuanto podía.

Eva persuadía á su madre de que sus temores eran infundados, y don Juan, con su nunca turbada calma, contestaba siempre á su esposa con un no tengas cuidado.

A desvanecer todos los temerarios juicios vino la apertura del testamento del señor de Avendaño, presentado oportunamente al Juzgado de lo Civil por el abogado de Fr. Agustín, hombre docto, de bien ganada reputación. Don Manuel legaba una fuerte cantidad en numerario á Fray

Agustín, á quien nombraba, además albacea y ejecutor testamentario; otro legado á Luisa Ramos, y en el remanente de todos sus bienes, instituía á Consuelo por única y universal heredera.

Pronto supo todo Zacatecas la última disposición del finado. Entre las desheredadas de la fortuna, aquellas que jamás se han conformado con su pobreza, murmuraban insensatas de la Divina Providencia, porque, desde la orfandad y la miseria había elevado hasta la cumbre de la prosperidad á una joven, á quien, por añadidura, había dotado de soberana hermosura. Se consideraban con mayores merecimientos que la huérfana para ser encumbradas, y á no pocos mezquinos corazones mordió voraz el gusano de la envidia.

Indecible fué el júbilo de doña Tula y de toda su familia al saber la feliz nueva. Consuelo también se alegró, pues el caudal de don Manuel la independizaba de todos. Ahora faltábale sólo el ser amado, y estaba firmemente convencida de que vendría á buscarla. Ciertas misteriosas palabras de Luisa Ramos, habían aumentado la firmeza de aquella convicción.

Eva felicitó cordialmente á su hermana:

—No te falta ya, díjole, sino que un Angel, como el mío, te haga dichosa.

—¿Eres de verdad feliz?

—Lo soy, Consuelo; Angelito es más bueno de lo que yo creía, y me quiere más de lo que pude imaginarme. ¡Ah! ahora pienso que son muchos los buenos matrimonios que pierden nuestras amigas por buscar en los maridos sólo buena cara y donaire; busquen corazón y honradez, y acertarán.

—Pero qué la varonil belleza ¿es incompatible con la bondad?

—No, pero ambas cualidades no suelen andar juntas por este mundo.

—Quizás Ricardo es una excepción.

Eva miró á su hermana de hito en hito, sin contestarle ni una sola palabra.

—Matrimonio y mortaja, añadió la hermosa rubia, del cielo baja, dice el proloquio, y no hay que darle vueltas; para tí estaba destinado Angelito, y para mí...

—Ricardo, acaba; ¿no es eso lo que ibas á decir?

—¿Te disgustas?

—¡Inocente! ¡qué me iba á disgustar! ¿Desde cuándo le quieres?

—Desde que le conocí; perdóname si no te lo he dicho, si no podía, si no debía decírtelo antes.

—¡Pobre hermana mía! Ahora comprendo más que nunca tu bondad; pero me entristece la revelación de tu secreto

Ricardo no te hará feliz, un hombre como él no puede hacer dichosa á nadie.

Para tí quisiera otro Angelito.

Consuelo hizo involuntariamente un gesto de repugnancia. Si le hubiera parecido insensata la comparación entre Ricardo y Angelito, más descabellado aún le parecía que antepusiese éste á aquél, y guardó silencio.

—Por ventura, ¿dudas de que sea dichosa? díjole Eva. Lo soy, Consuelo, de ello puedes estar segura.

Eva no mentía; aquel corazón que entre sus buenas cualidades tenía la muy escasa de la gratitud, fué fértil terreno donde en breve arraigó profundamente el amor de esposa, y Angelito, que bajo su aspecto poco atractivo y simpático ocultaba la verdadera nobleza, la nobleza del alma, pudo enorgullecerse de haber obtenido un tesoro de inestimable valía. No obstante, contristó mucho á la joven esposa la revelación que le hizo su hermana. Creía de buena fe que Ricardo no la haría feliz é indignábase consigo misma por no haber sido bastante perspicaz para descubrir el amor de Consuelo. Llegó aún á pensar que el ingeniero había estado á la vez en amorosas relaciones con ella y con su hermana, y por último, aunque no amaba á Ricardo, y en esos momentos aseguraría

que nunca le había amado de verdad, no le gustaba para esposo de Consuelo, aun cuando se hubiese regenerado y hecho un santo. ¿Por qué no le gustaba? No acertaría á decirlo, porque en lo menos que entonces pensaba era en el amor propio.

Luisa había noticiado á su hermano la boda de Eva, la muerte de don Manuel y, por último, la disposición testamentaria de éste, en la que ella tenía un legado de cuantía. "Vente, vente, á la mayor brevedad posible, decía á su hermano."

Ricardo sintió en el alma la muerte de su protector y amigo, y púdole mucho no haberle acompañado en sus últimos momentos. Preocupóle también la nueva de que Consuelo había sido heredera universal del finado, pues estaba resuelto á casarse con la huérfana, y aquel acontecimiento le inquietaba sobremanera. Van á creer, pensaba, que voy en pos de su fortuna y no de su cariño. Todos supieron mis relaciones con Eva hasta en sus más ligeros pormenores , y ahora ¿qué van á pensar de mí, Dios mío? El creía amar ya á Consuelo; la dulce imagen de la linda rubia habíale acompañado en su ausencia, en ella habíanse aunado entonces todas las ilusiones de la soñadora juventud; había hablado desde lejos á su corazón, y héchole temblar de placer; el recuerdo

de los ojos de cielo que le miraban constantemente le habían arrancado lágrimas de ternura. Crean lo que quieran; suceda lo que suceda, yo la amaré, sí, aunque Luisa se haya engañado y Consuelo no me quiera.

Con esta resolución alejóse del hermoso puerto que fué por algún tiempo el lugar de su voluntario destierro, y rebosante de ilusiones y esperanzas partió para Zacatecas, su nunca olvidada tierra

---

XXXII

Consuelo no ha querido hacer cama; pero está mala, muy mala. Allí, en aquel poético cuartito, donde han volado, constantemente en angélicas formas, tantas amorosas ilusiones, está la joven soñando aún, pero con tanta viveza, que el sueño casi se confunde con la realidad. Sentada en la poltrona, su silla favorita, la que si traducir supiera pensamientos, nos referiría poemas aún no escritos en el humano lenguaje; allí espera con inquebrantable fe al dueño amado, pues sabe ya por Luisa que vendrá pronto. Cierra los ojos del cuerpo y abre los del alma, y ve ora campos por donde cruza veloz el fe-

rrocarril, ora montañas de riquísima vegetación por donde airosa trepa, sin detenerse un momento, la humeante locomotora.

Entre los pasajeros distínguese aquel de elevada frente, ojos negros y expresivos y sedoso bigote que hermosea el varonil rostro, es Ricardo, el dueño de su alma, á quien pronto verá á su lado; por eso la niña sonríe, por eso brilla en sus pupilas inefable regocijo.

Entretanto, en el cuarto contiguo conversan en voz baja el doctor Vélez y Fray Agustín.

—Creo, dice el doctor al venerable sacerdote, que debe arreglar todos sus negocios; la muerte se acerca con vertiginosa celeridad y elige hoy para su víctima á la dorada juventud henchida de ilusiones y ávida de dicha. ¿Qué le vamos á hacer? Por mi parte, el mayor sacrificio sería pequeño por salvar esta preciosa vida.

—¿Vivirá aún algunos días? interrogó con resignación Fr. Agustín.

—La muerte puede llegar de un momento á otro; estas enfermedades del corazón son traidoras, hieren como rayo.

Despidióse el doctor de Fr. Agustín, ofreciendo volver, y éste dirigióse pensativo á la alcoba de Consuelo. La niña, que

acompañaba con la imaginación á Ricardo en su viaje, volvió de su ensueño al oir los golpecitos que con los dedos daba el Padre en la vidriera del aposento.

—Adelante, pase usted, díjole con dulzura. Fr. Agustín sentóse cerca de la enferma; quedóse observándola por algunos momentos, como para comprobar con sus propios ojos cuanto el doctor acababa de afirmar, luego, dando á la voz la mayor suavidad posible, dijo á Consuelo.

—¿Está usted contenta?

—Sí, padre, lo estoy; no sé qué presentimiento tengo de alegrías por mucho tiempo esperadas.

—¿Y si Dios no quisiese que usted goce de tales alegrías?

—Dios sí quiere; se lo he pedido porque lo que yo quiero es bueno, y Dios es más bueno que todo lo que yo quiera.

—Es verdad; siempre acoge y despacha benévolo la oración bien hecha.

—Es lo que yo afirmo y creo con vivísima fe.

—Sí, pero cuando nos niega lo que le pedimos, porque así nos conviene, nos da otra cosa mejor.

—Y ¿qué me puede dar á mí mejor que Ricardo?

—¡Ay! gritó la joven apenas había concluído la frase, su amor la había vendido.

y si su lívido rostro no se coloreó, fué por que se hallaba casi exangüe, pero bajó la cabeza agobiada al peso de la vergüenza.

—Nada tema usted, díjole Fr. Agustín compadecido, no es delito amar, por el contario, el alma que sabe querer es más apta para la virtud, si su cariño no traspasa el lindero marcado por la ley divina.

—Yo, contestó Consuelo reanimada por la voz del sacerdote, he creído que la bondad y el amor son una misma cosa, pero soy muy ignorante. Los buenos quieren á todos; los malos no quieren á nadie. ¿Recuerda usted á don Manuel que enterró á mi madre y me sacó de la tristeza de la orfandad? Era tan bueno, que lloraba de compasión ó de amor, que para mi también es lo mismo, á la simple vista de un niño harapiento.

—Sí, hija mía, dice usted bien, pero todo debe amarse en Dios y por Dios.

—Yo nunca me he puesto á pensar cómo amo á....—aquí la niña se detuvo un momento y luego añadió, á todos, á todos, hasta á los malos, porque debe una compadecerse de ellos y encomendarlos á Dios.

—Y si yo dijese á usted: Consuelo, está ya usted madura para el cielo; pronto vendrá el Divino Segador, á arrancarla

del lozano huerto de sus escogidos, ¿no sería lo mismo que decirle: El Dios de su amor y de su confianza despachó superabundantemente la plegaria de usted y en vez de darle el efímero paraíso de la tierra, donde todas las flores tienen espinas, le da el cielo, donde todo es amor, cuanto en rebosante medida contener puede el humano pecho; amor sin sozobras, sin temores, sin la menor sombra de desconfianza, ni de celos; amor inacabable, inmenso, ¿no clamaría usted regocijada: ¡Bendita sea la bondad del Dios de mis mayores?

Dijo Fr. Agustín aquellas palabras con tan suave tono, con tan delicada ternura, con tan divina unción, que Consuelo rompió á llorar. Todo lo había comprendido. Allí, en la pieza contigua á la suya acababa de ser deshauciada. Aquella sentencia de muerte tronchaba en botón todas sus ilusiones, y pagaba con llanto y sollozos tributo á la humana flaqueza.

El fraile dejó á aquel corazón desahogarse á sus anchuras; púsose en pie y luego dió vueltas en la alcoba; sus labios movíanse sin cesar, era evidente que oraba.

—¡Ay, nací para sufrir! murmuró Consuelo, después de exhalar un prolongado sollozo; en mi niñez, hambre, miseria, indecibles dolores; en mi juventud, la más

espantosa de las soledades, la soledad del alma; anhelos imposibles nunca satisfechos, y hoy que de heredar acabo un nombre ilustre, un caudal crecido, y que hacia mí viene el ser amado á trocar en realidad mis más deleitables ensueños, la muerte, la implacable muerte, enemiga de la terrena ventura me grita: detente, el templo de la felicidad está cerrado para tí.

Dijo y rompió á llorar de nuevo. Fr. Agustín no contestó ni una palabra. pero su actitud habló con la vigorosa expresión de los santos; detúvose un momento ante la joven, y con los ojos arrasados de lágrimas, levantó majestuoso la diestra mano, señalóle el cielo y continuó orando:

Imposible sería descifrar lo que en aquellos instantes pasaba en el alma de la huérfana; á veces parecía luchar, á veces rendirse á la fuerza del dolor; ora sus ojos se elevaban al cielo, como quejándose con Dios, ora inclinaba la cabeza como aceptando el sacrificio, y debió de concluir por resignarse, porque dijo á Fr. Agustín:

—Cúmplase en mí, la voluntad de Dios.

El Padre se detuvo, su semblante resplandeció con la luz de inefable gozo.

—¡Bendita seas, hija mía! exclamó.

—Padre, cuando me muera, da usted la tercera parte de mis bienes á las huérfanas, y lo demás, todo, todo es para Eva, mi querida, mi inolvidable hermana. Disponga usted cuanto sea necesario para que se cumpla mi voluntad; que hoy mismo venga el Notario.

—Se cumplirá todo, hija mía.

—Y esta tarde, venga usted á preparar para la muerte á la gran pecadora, que siente dejar á un ser amado cuando va á ver á Dios. ¿Verdad que soy muy mala, Padre?

—Usted lo ha dicho, el amor es virtud. Yo encaminaré ese amor hacia el cielo.

El Padre bendijo á la huérfana y se despidió de ella, en extremo conmovido.

XXXIII

Hay en la casa de Luisa inmenso regocijo: el hermano ausente acaba de llegar; la hermana fué á encontrarle hasta la estación. ¡Cuán guapo está! Algo quemado por el fuerte sol de la costa, pero ésto no le afea. El bigote ha crecido bas-

tante, termina ya en retorcidas puntas negras, muy negras, y á Luisa le parece que los ojos del joven tienen más luz. ¡Con razón le quiere Consuelo! Ricardo es lo que llamarse puede un buen mozo en toda la extensión de la palabra.

Después de los abrazos, las preguntas se sucedían sin orden ni concierto, hasta que mitigado el primer ímpetu de la fraternal alegría, los hermanos contáronse circunstanciadamente los principales hechos acaecidos durante su ausencia. Ricardo, cuando de Consuelo se hablaba, quería que Luisa le repitiese hasta la saciedad cuanto le refería; que le explicase por qué afirmaba que le quería; cuanto en ella pudo observar, todo, todo, aun cuando fuese la más insignificante acción. Luisa, condescendiente, satisfacía á su hermano. Propúsole que del legado que le hizo don Manuel, tomase lo necesario para las donas y gastos de boda, para no tocar, ni en un ápice, la fortuna de Consuelo, que aumentaría mucho, mucho, con la actividad y constante trabajo del joven ingeniero, que ya era, según Luisa, muy bueno, y con la experiencia adquirida, había olvidado para siempre las locuras de antaño, y nunca jamás haría una calaverada.

—¡Que voy á hacerla!, contestaba Ricardo con fruición y entusiasmo, si voy á vivir para mi Consuelo y para mi Luisa, que al título de hermana auna el cariño de madre; sí, mi Luisa, tienes derecho á que te dé el dulce nombre que bien mereció la santa que está en el cielo.

De los ojos de Luisa rodaron lentamente dos perlas arrancadas de lo íntimo de su corazón por la ternura. ¡Qué dichosos vamos á ser, pensaba, si mi hermano no es malo, nunca lo ha sido. No supieron comprenderle, y le precipitaron en locuras disculpables á su edad.

Aquel día fué de ilusiones, de proyectos, de esperanzas, y en animada conversación duraron los hermanos hasta muy avanzada la noche. Mas ¡ay! ¡cuán fugaz es la dicha! Parece á veces que se burla de nuestro candor de niños, porque á pesar de la cuotidiana experiencia, no podemos resolvernos á creer que este mundo es erial de miserias y lágrimas. Y ¡en cuántas cosas somos siempre niños!

Al siguiente día, aún saboreaban Luisa y Ricardo sus ilusiones de la víspera, cuando tuvieron la fatal noticia de la gravedad de Consuelo, quien había ya

testado y recibido todos los auxilios espirituales.

En el corazón de Ricardo pareció detenerse la circulación de la sangre al recibir tan funesta nueva; no pudo hablar y daba lástima la angustiosa expresión de su semblante. Luisa se empeñó en consolarle, y á duras penas pudo devolverle la esperanza.

Entre tanto, Consuelo, alegre con la noticia de la llegada de Ricardo, se sentía muy mejorada. Pidió que la sentasen en su asiento favorito, y la complacieron; abrigáronla, pusiéronle un cogín á los pies, y rogó que dejaran entrar á sus amigas, á quienes oía conversar en la sala en voz baja.

Eva y Paquita, seguidas de Julia y Chole, entraron á la alcoba de la enferma y besaron las lívidas mejillas de ésta.

—Me siento muy bien, decíales Consuelo, llena de gozo. Creo que el mal ya se fué. A ustedes, ¿cómo les parece que estoy?

—Estás mejor, mucho mejor, contestó por todas Paquita, aunque su voz no tenía la firmeza de la certidumbre.

—¿Y Luisa?, ¿dónde está Luisa? ¿por qué no ha venido Luisa?

—Luisa, repuso Julia, está hoy con su hermano, que llegó ayer. Tan luego como pasen los ímpetus del natural regocijo, iré á verla y la invitaré á que venga á verte.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Quizás la vea yo antes. Espero en Dios que mi convalecencia no ha de ser larga, y desde ahora me propongo que para ella sea mi primera visita. Y su hermano, ¿cómo está?

—Ayer, repuso Paquita, por casualidad le ví bajar con Luisa del tranvía. Me parece que está más alto y más robusto, aunque algo quemado por el sol.

—Pero más guapo, eso sí, no cabe duda, dijo Julia; yo también te ví á tí, y más te diré, fuí únicamente por la curiosidad de verle, pues sabía que llegaba ayer. Al fin es antiguo amigo. Dicen que ha cambiado mucho, muchísimo, que es muy bueno.

—Siempre lo ha sido, repuso Consuelo.

—Puede ser, puede ser, murmuró Chole; pero yo he sido siempre muy desconfiada.

Un pensamiento pasó entonces por la mente de Consuelo; era seguro que Ri-

cardo pasaría por enfrente de la casa, y ella quería verle. Instó á sus amigas para que abrieran el balcón y la sentaran cerca de él. En esos momentos entraba Sor María del Socorro, á quien consultaron acerca de los deseos de Consuelo.

—Si me falta aire, dijo la enferma, necesito mucho, mucho aire.

—Abridle, dijo Sor María, ésto no le puede hacer mal; colocad la silla donde ella quiera.

—Pero quiero pedir á usted un favor, dijo Consuelo á Sor María.

—Pedidlo, hija, pedidlo con confianza.

—Que me lleven á mi lecho un momen to, porque deseo ponerme otro traje.

—Y yo he de ayudaros á ello.

—Y yo.... y yo, dijeron las demás.

—¿Cuál quieres?, preguntó Paquita.

—El más blanco que tenga, con el que me hubieran enterrado si me hubiera muerto.

Momentos después, Consuelo estaba cerca del balcón, alegre, como el primer día de sus ilusiones, con vaporoso traje de gasa blanca, y la caballera unida tras del cuello con un lazo de listón, caía en ondas de oro hasta tocar la alfombra.

El rostro muy pálido y perfectamente perfilado, mostraba las correctas líneas de aquella soberana hermosura, endulzada siempre por angelical sonrisa. ¡Si le parecía que había sido ayer cuando conoció á Ricardo! Con tal viveza conservaba el recuerdo de la primera vez que le miró!

Consuelo habló con entereza algunos momentos, y las circunstantes, con excepción de Sor María del Socorro, creyeron de verdad en una sólida mejoría. De pronto, la joven clavó los ojos en un punto de la calle, y quedóse como estática; Ricardo había aparecido en la acera de enfrente. La mirada de la apasionada joven encontróse con la de Ricardo, y aquellas miradas fueron, por su intensidad y su ternura, el ósculo de dos almas. Una inefable sonrisa contrajo los labios de la huérfana.

—"Me ama, soy feliz, clamó la niña en lo más recóndito de su pecho; el gozo obligóla á incorporarse, lanzó un ¡ay! intraducible, y cayó desfallecida.

Todas corrieron hacia ella, y miráronse espantadas. ¡Estaba muerta!

XXXIV

Los balcones de la alcoba de Consuelo están abiertos de par en par, y en el centro, tendida en su catre, lívida y yerta, con el mismo traje de gasa blanca, elegido la víspera, está la soberana belleza que tanto admiró el mundo, caída en el sepulcro en plena juventud. Parece dormida, y la muerte no ha borrado del rostro la intensa expresión de suavidad. Los circunstantes, cabizbajos, guardan respetuoso silencio; chisporrotean los gruesos cirios, y mientras Luisa cubre de flores el cadáver, Eva, llorosa, corta una guedeja de los cabellos de oro de su hermana, y ciñe sobre su frente la guirnalda de azahares que en el día de las bodas, ella ostentó en su cabeza de virgen. Era el más valioso obsequio que podía hacerle.

... ...

Algunos días después, un joven en la flor de la edad y de las ilusiones, pensativo, pero con el semblante al parecer sereno, como si hubiese hallado plena tranquilidad en una firme resolución, estaba en pie, en la estación del Central, con la vista fija en el tren que se aproxi-

maba. Una enlutada, con la cabeza cubierta y la vista clavada en el suelo, encontrábase cerca de él: eran Ricardo y Luisa.

—Adiós, hermana mía, dijo el joven á su compañera, hasta el cielo.

—Adiós, Ricardo. no me olvides en tus oraciones.

—No, Luisa, hermana mía, tu cariño es la única flor que llevo del erial de este mundo; no se marchitará nunca. En la soledad del claustro aspiraré con satisfacción su exquisita fragancia. Allí, en el convento de San Luis Rey, donde tantos se han curado de las dolencias del alma, á ejemplo de mi ilustre benefactor, morirá el hombre antiguo, y sólo vivirá para gloria de Dios el hombre nuevo.

FIN

OBR[illegible]

DEL

LIC. RAFAEL CENIC[illegible]
Y VILLARREAL

TOMO I

NOVELAS



MÉXICO

Tip. de V. A[illegible]

[illegible]

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS

Tomos publicados

Obras de García Icazbalceta.—Tomos I y II Opúsculos varios.—III y IV Biografías.—V Biografía de D. Fr. Juan de Zumárraga.—VI, VII y VIII Opúsculos varios.—IX Biografías.—X Opúsculos varios.

Obras de Pesado Conteras.—Tomos I y II. Teatro. III Romances.

Obras de Villaseñor y Villaseñor.—Tomos I y II. Estudios Históricos.

Obras literarias de D. Victoriano Agüeros.—Tomo I.

Obras de D. José López Portillo y Rojas.—Tomo I.—*La Parcela*, novela inédita.—Tomo II y III *Novelas Cortas*.

Obras de Couto.—Tomo I. Opúsculos varios.

Obras de D. J. Fern.° Ramírez.—Tomo I. Opúsculos históricos.—Tomo II. *Adiciones á la Biblioteca de Beristáin*, inéditas.—Tomo III. *Adiciones á la Biblioteca de Beristáin* conclusión y Opúsculos históricos.

Tomos IV y V Memorias para servir á la Historia del Segundo Imperio Mexicano. Primera y segunda parte.

Obras literarias de D. José de Jesús Cuevas.—Tomo I.

Obras de D. Ignacio Manuel Altamirano.—Tomo I.

Obras de D. Manuel E. de Gorostiza.—Teatro completo.—Cuatro tomos.

Obras de D. Lucas Alamán—Tomos I, II, III y IV.—Disertaciones sobre la Historia de México.

Obras literarias de D. Joaquín Baranda.—Un tomo.

Obras de D. Rafael Angel de la Peña.—Un tomo.

Obras literarias del Sr. Lic. D. Sivestre Moreno.—Un tomo.

Novelas Cortas de Autores Mexicanos del primer tercio del Siglo XIX (Rodríguez, Galván, Pesado, Pacheco Navarro, etc.) Dos tomos.

Obras de D. Manuel Payno, Tomo 1°. Novelas cortas.

Obras del Lic. D. Primo Feliciano Velázquez—*Opúsculos Históricos*.—Un tomo.

Obras de Roa Bárcena.—Tomo I. Cuentos.—Tomos II y III. Recuerdos de la Invasión Norte-americana. 1846-1848.—Tomo IV.—Biografías.

Obras de D. Fernando Calderón.—Poesías y Teatro.

Obras de D. Rafael Delgado. Tomo I. Cuentos.—II. "Los Parientes Ricos." Novela.

Obras de Juan Díaz Covarrubias.—Novelas.

Obras de Florencio M. del Castillo.—Novelas.

Obras de Don Bernardo Ponce y Sant.—Un tomo.

Obras de Fr. Manuel Navarrete.—Un tomo.

Obras del Lic. D. Afredo Chavero. Tomo I.

Obras del Dr. D. Justo Sierra.—Tomos I y II.

Obras de Ignacio Pérez Salazar.—Un tomo.

Obras del Lic. Rafael Ceniceros y Villarreal.—Novelas.

Precio de cada tomo.

$1.50 en toda la República y $2 en el extranjero.

En Prensa:

Perfiles de artistas, por el Lic. D. Manuel G. Revilla.

☞ Todos los tomos serán enteramente iguales al presente. De venta en la Administración y librería de EL TIEMPO: Primera calle de Mesones 18, y en las demás librerías de la capital.—En los Estados, en las casas de los Agentes y corresponsales de EL TIEMPO.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS

NOVELISTAS



OBRAS

DEL

LIC. RAFAEL CENICEROS Y VILLARREAL.

TOMO II.

CUENTOS CORTOS.

MEXICO

IMP. DE V. AGUEROS, EDITOR.

Primera Calle de Mesones No. [illegible].

1909.

EN TERRENO VEDADO

I

Corrían para la patria los calamito-
sos tiempos en que la exaltación de los
partidos llamaba Razón de Estado á las
mayores injusticias y heróicos triunfos, á
hecatombes de valientes víctimas. Ilustres
hombres de firme fe en sus ideas, milita-
ban en uno y otro bando, y en ambos en-
contrábanse también no pocos que iban
en busca de su propia conveniencia y del
logro de personales intereses y ambicio-
nes.

Probado hecho es que los más sublimes
ideales han sido algunas veces máscara
tras de la cual oculta la perversidad sus
abyectos fines.

En cuanto al pueblo, afiliábase en este ó
aquel partido, ora por instinto y sin que

á su decisión precediese el raciocinio; ora por el sugestivo influjo de las circunstancias que le rodeaban; ora como ilota que iba al matadero, fuese cual fuese el partido que á él le llevaba: fascinados muchos, engañados algunos y convencidos otros, contribuían todos á mantener viva la enorme hoguera de la guerra civil.

Facundo Rivera, gañán hablador y paparrabias, era un jacobino de tomo y lomo, capaz de echar votos á la sola vista de una sotana; pero á pesar de su exaltado jacobinismo, conservaba, entre otras antiguallas, la de bautizar á sus hijos, y no así como quiera, sino con la solemnidad y ceremonias establecidas por la Iglesia Católica.

Para honra y gloria de la familia jacobina había nacido el séptimo vástago de "ñor" Facundo, como le decían sus camaradas, y por no haber sacerdote en el lugar donde vivía, vióse obligado á ocurrir á la cabecera del Partido con el retoño y los padrinos, dos gandules, masculino y femenino, de algún dinero, pero de muy escaso meollo.

—El cura López, decía á Facundo su futuro compadre, es muy exigente, le creo capaz de que, antes de bautizar á mi ahijado, nos examine á todos de doctrina cristiana.

—Y seremos unos bárbaros si le contes-

amos. Yo soy liberal, le diré, á su obligación, y nada más.

—Y si te pregunta ¿qué es ser liberal?

—Pues, hombre, le contestaré.... le contestaré... Facundo tragó saliva, miró al cielo, á la tierra; después llevóse pensativo el índice de la diestra mano á la frente, en la cual se daba golpecitos, y por último, dijo:

—Yo sabré bien lo que le he de contestar.

A buena hora llegaron á la cabecera del Partido, alojáronse en el único destartalado mesón, donde había abundancia de chinches y polilla. Mientras la futura comadre desarrugaba sus trapos domingueros y el compadre iba á la barbería del más acreditado barbero. Facundo, preocupado, salió en busca del Jefe Político, del Juez letrado, del médico sin título y de algunos otros prohombres, muy amigos suyos, con el objeto de prepararse para pegar soberano chasco al cura López, por si acaso tenía la humorada de preguntarle qué cosa era ser liberal.

Al primero que encontró, fué al señor Jefe Político, cacique feroz, de los que con exuberancia producía la revolución, y la raza de los cuales no ha logrado extinguir la sólida paz y el buen gobierno.

—Amigo, díjole después de saludarle, sírvase decirme ¿qué es ser liberal?

—Hombre, don Facundo, ¿y que me haga usted esa pregunta? Liberal quiere decir lo más grande, lo más sublime, lo más.... En fin, todo lo mejor que hay en el mundo.

El lugareño escuchóle boquiabierto, despidióse y fuese luego al juzgado.

Departió un rato con el licenciado y ya para despedirse preguntóle qué era ser liberal. El señor Juez, sorprendido por lo intempestivo de la pregunta, guardó silencio y miró á su interlocutor, pero repuesto luego, respondióle:

—Ser liberal, es levantar tantos postes cuantos frailes hay para colgarlos á todos.

Facundo rascóse la oreja izquierda y nada replicó, mas seguramente no quedó satisfecho, pues aprovechando una salida del juez, dirigió al escribano la consabida pregunta.

—Ser liberal, contestóle el cartulario con mucha prosopopeya, es profesar el credo liberal.

Facundo, repitiendo para sí: "credo," "credo," fuése á prisa en casa del curandero.

—¿Qué es ser liberal? preguntóle casi sin saludarle.

—Hacer uno lo que le dé la gana, contestó al momento el mata-enfermos y enferma-sanos.

Aquellas respuestas no despejaban la cógnita, y el lugareño, nervioso ya, hizo misma pregunta á varios transeuntes e los que encontró al paso y pareciéron más caracterizadas. He aquí las contestaciones:

—El liberal es el progreso en persona.

—Liberal es el que no cree en nada.

—Ser liberal es enterrar el catecismo de ipalda donde nadie lo vuelva á ver.

—El liberal, es el que piensa con su cabeza.

—El liberal, es el que no oye sermones, i va á misa, ni bautiza á sus hijos.

Facundo acabó por reírse. Ea, se dijo, stos hombres están como yo, no saben e la misa la media. No obstante, soy liberal, pese á quien pesare; el liberalismo no e define, se siente, y yo lo siento, aquí, n el corazón.

II

Acababa el señor cura de cerrar el breiario, cuando entró "ñor" Facundo.

—Padre, le dijo, vengo á bautizar un ijo.

—¿Te dió el notario la cédula?

—¿Cuál cédula?

—La contraseña de que entregaste los iez y ocho reales de los derechos.

—¡Esas tenemos! Yo no pago nada. ¡Si

estará creyendo su merced que todos los tiempos son unos! La libertad acabó con todos los impuestos y nada doy por lo que usted tiene obligación de hacer.

—Pues hijo, repuso el cura fijando una penetrante mirada en el erguido gañán, no bautizo á tu hijo.

—¡Qué no lo bautiza usted! Vamos á verlo. Y echando chispas fuése casi á carrera abierta á casa del Jefe Político.

—¿Qué tiene usted, don Facundo, que viene jadeante y casi sin aliento?

—Qué he de tener, que el cura López no quiere bautizar á mi hijo.

—¡Hola! El curita se subleva. Yo le meteré en cintura. Y en presencia del quejoso redactó al secretario la siguiente orden:

"Sin excusa ni pretexto alguno, bautizará usted en el acto al hijo de don Facundo Mireles."

Volvió el jacobino triunfante al curato, y altivo, subiendo el habitual tono de voz, dijo al cura:

—Aquí tiene usted esta orden.

Leyóla el señor cura sin alterarse, acostumbrado sin duda á los gatuperios de las autoridades y repuso:

—Bueno, hijo, bueno, obedeceré. Mandó que entraran los compadres con el niño, rióse con socarronería, tomó un vaso

e agua y derramándola en la cabeza del ene, dijo, sin pisca de unción:

—José, yo te bautizo en el nombre del efe Político.

Los compadres abrieron la boca, el nio chilló con todas sus fuerzas y el jacoino profirió una imprecación.

—Eso no sirve, señor cura, bautiza used bien á mi hijo ó la autoridad sabrá haerse respetar.

—Los derechos del bautismo que tú uieres valen diez y ocho reales, el que cabo de hacer no tiene derechos, es gras.

Furioso salió Facundo á quejarse de uevo con el Jefe Político.

Apenas había salido, el cura dictó al saristán lo siguiente

"Señor Jefe Político:

Sin excusa ni pretexto alguno, de or en del cura López, pondrá usted inmediaamente en libertad á los hermanos Barolo y José Peña, reos de homicidio califiado.

—Vete corriendo y da esa orden al Jefe olítico, en propia mano.

El sacristán quedóse azorado, pero no e atrevió á replicar.

Estaba "ñor" Facundo hablando con el efe, cuando el sacristán entregó el oficio el cura López.

¡Oh Dios! ¡Y los aspavientos que hizo el cacique! Aquello era una burla, una sangrienta burla. Incontinenti montó á caballo seguido de dos matones, á quienes llamaban "cuicos," y sin quitarse el sombrero ni las espuelas, se coló de rondón en la casa parroquial.

Con centelleantes ojos y cerrados los puños, gritó al cura:

—¿Con qué derecho me mandó usted esta irrespetuosa y atrevida orden? Mi jurisdicción es terreno vedado para usted.

—Con el mismo derecho, contestó el cura, que me ha mandado usted esta otra, y mostró al encolerizado Jefe la que había traído "ñor" Facundo, agregando lentamente y con retintín: Es terreno vedado para usted.

Suavizóse un tanto el ceño del cacique, y, sea que reflexionase, sea que temiese al cura, que era hombre de fibra y muy sagaz, montó á caballo y, sin decir ni una palabra, volvióse por donde había venido.

Facundo le esperaba en la Jefatura, seguro de que habría dado al cura una reprimenda que cortara sus bríos, pero vióle apearse del mejor caballo de los mostrencos, cariacontecido, y luego encarándose con él y decirle amostazado:

—Mire usted, don Facundo, eso de los bautismos no es cosa mía, arréglelo usted con el cura como pueda.

Volvió el terco gañán á la casa parro-
quial, y el cura, en sus trece. Los padrinos
querían volverse á su casa, el niño, empa-
pado y mal oliente, se desgañitaba; "ñor"
Facundo estirábase los pelos, y el cura
sonreía apaciblemente.

No hubo remedio, fastidiado "ñor" Fa-
cundo, que ante todo quería que su hijo
no se quedase hereje, entregó al notario
los diez y ocho reales, sacó la cédula, y
verificóse el bautismo según las prescrip-
ciones de la Iglesia Católica.

EL VALS DEL DIABLO

I

Celia, desde el mirador de su casita, que es una de las mejores de la hacienda de "El Capulín," contemplaba el campo iluminado por la luna. La satisfacción de los anhelos cumplidos imprime al rostro de la joven, suave alegría. Va á casarse con don Germán Reveles, el dueño de la hacienda que, aunque viejo ya, es rico, muy rico. Ella será la soberana de aquella hermosa comarca, y no trueca tal dicha por la de vivir con Daniel, su novio, que, aunque joven y honrado, no le ofrece el porvenir que el millonario don Germán.

La brisa de la noche perfumada por las madreselvas que en exuberantes guías trepan al mirador, agita la blonda guedeja de Celia, cuya cabeza es de oro por dentro y por fuera.

De repente crujen las ramas del corpulento fresno que se eleva frente al mirador. La niña se estremece.

—¿Quién está allí? pregunta.

—Soy yo, Daniel, contestó un joven de alta y despejada frente, de afable sonrisa y de ojos cafés de tierno y hondo mirar.

—Pero ¿quién te ha traído aquí? ¿Qué quieres?

—Trájome mi amor, que es más grande que el cielo, más profundo que el mar, más firme que la virtud. Quiero que me digas si no me han engañado, si es verdad que vendes á don Germán tu hermosura y tu corazón.

—¡No me ofendas, Daniel!

—¡Ah! bien lo decía yo: te obligan á ese criminal enlace.

—Te engañas, me caso con él por mi voluntad.

—¿Qué dices?

—Que el vínculo que nos unía se ha roto para siempre.

—Pero, ¿es verdad lo que oigo?

—No insistas más, no me molestes, pues de lo contrario me veré obligada á pedir auxilio para que te arrojen de mi presencia.

—¡Ah, perjura! repuso Daniel con reconcentrado furor. ¡Dios se encargará de tu castigo! No se juega impunemente con los corazones sinceros.

En ese momento oyéronse al pie del mirador los primeros compaces de un vals; empezaba suave, melancólico, traía recuerdos de perdida ventura; pero, al entrar la primera parte, aquella tristeza trocábase en apasionamiento, y Celia vió en su imaginación la cuna de la dicha mecida por un ángel del cielo. Dentro de aquella cuna estaba ella deslumbrante de belleza y de joyas.

Daniel, con espantados ojos contempló á su amada y díjole con voz profunda y solemne:

—La serenata que te da don Germán empieza con el vals del diablo; le he visto allí, entre las sombras. A él encomiendo mi venganza.

Dijo, y bajando rápidamente del fresno, fuese corriendo, impelido por el terror.

Celia tuvo miedo y tembló.

—El vals del diablo, repetía.

Mas repuesta luego, rióse de su temor y exclamó:

—¡Ah, Daniel está loco!

II

Han pasado quince días de holgorio en la hacienda de "El Capulín." Don Germán ha echado la casa por la ventana antes de la boda, ¿qué será después?

Esta pregunta se hacen los invitados, que son muchos y de los más distinguidos de la cercana ciudad. Aun el elemento artístico ha dado muy buen contingente, á tal grado, que en los quince días transcurridos se ha ensayado nada menos que una ópera y no una ópera cualquiera, sino Fausto, la inmortal obra de Gounod, la cual se cantará esta noche.

En uno de los extensos bodegones de la casa de don Germán, se ha improvisado un teatro. Los primeros profesores de la ciudad han sido llamados para formar la orquesta. Entre los actores está Giovani, un maestro de baile que ha aprovechado bien el tiempo, pues Celia empeñóse en que le diera algunas lecciones y la niña ha adelantado notablemente. Ya no tiene aquel cursi encogimiento para bailar; su postura es artística y su estudiado donaire parece el más natural del mundo.

Algunos cuentan que el tal maestro de baile es un aventurero, y que formó parte de una compañía de ópera, pero hasta hoy sus amigos nada tienen que echarle en cara. Unos dicen que es vasco, otros que portugués, pero él afirma que es italiano.

Ha tratado á Celia con toda clase de consideraciones; pero la mira mucho, mucho, sin duda más de lo que un maestro debe mirar á sus discípulas. Sólo una vez le dió la lección sin hablar ni una palabra.

sin siquiera saludarle ni despedirse, cosa muy extraña en el maestro. Y durante la lección tuvo la mirada fija como de loco, y estaba intensamente pálido.

III

Llegó por fin el suspirado día de la boda. En la casa grande hubo un festín en comparación del cual las bodas de Camacho no valieron un comino. Don Germán sacó á relucir la valiosa vajilla de plata y la champaña y los añejos vinos corrieron en desbordante raudal por las gargantas de los comensales.

En la tarde acordóse por aclamación, ir á bailar al campo. Se eligió un lugar pintoresco á orillas de la quebrada. Formaban ésta la meseta donde estaba el casco de la hacienda y una montaña situada al frente, desde donde por una angosta cañería sostenida por postes, venía el agua para regar las huertas.

Celia, vestida de blanca gasa y con una rosa también blanca prendida en el peinado, estaba deslumbrante de belleza, y D. Germán loco de alegría.

Todos bailaron hasta quedar rendidos.

Sonaban las primeras notas de la última pieza, y Celia se estremeció de miedo. Era el vals aquél que había oído Daniel.

Los bailadores, más ó menos alegres, hallábanse en animada conversación, cuando un caballero, vestido de Mefistófeles, mezclóse entre las señoras, estrechó la cintura de la novia, púsose en actitud de bailar y con maestría dió los primeros pasos del vals. Celia parecía paralizada por el pavor, inclinó la cabeza sobre el hombro de Mefistófeles y maquinalmente bailaba también.

Los convidados, mudos por la sorpresa, abrieron paso á la pareja que bailaba ya vertiginosamente; pero lanzaron un grito de espanto cuando se dirigió hacia la quebrada. Corrieron tras ella, pero era tarde; la pareja, guardando perfectamente el equilibrio, bailaba sobre la frágil cañería.

De repente la viga cruje, quiébrase y Celia y Mefistófeles, todavía moviendo los pies en el aire al compás del vals, caen en el fondo del abismo.

IV

Pocos días después, un periódico de la ciudad publicaba la siguiente noticia: "Trágica muerte del maestro Giovani. El apreciable maestro murió el jueves próximo pasado en la hacienda de "El Capulín;" la muerte del inteligente profesor

y de la estimable señorita Celia Romero, fué verdaderamente trágica. La víspera, el maestro Giovani había hecho el papel de Mefistófeles en la ópera "Fausto;" llegó á su casa á la madrugada, recostóse en el lecho y se durmió sin haberse desnudado. Todos sabemos que Giovani era sonámbulo, y dormido se levantó por la tarde y fuése al baile campestre con que se celebraba la boda del honorable capitalista Don Germán Reveles con la encantadora señorita Romero. Sin que los concurrentes se diesen cuenta del estado del maestro, éste se presentó de improviso vestido aún de Mefistófeles y púsose á bailar un vals con la novia, á quien condujo á un precipicio donde cayeron ambos, muriendo casi instantáneamente. El señor Reveles está inconsolable y los rancheros atribuyen el trágico suceso á diabólica intervención, y hasta los niños, cuando se les pregunta qué fué de Celia, responden: Se la llevó el diablo. Los vecinos de "El Capulín" llaman ya á la cañada donde se verificó el terrible suceso: "La quebradura de Mefistófeles."



CADENAS DE ORO

I

—Vamos, Padre, el caso es grave y no hay tiempo que perder, decía un muchacho, muy despabilado, á un fraile dominico en la sacristía de Santo Domingo, al obscurecer de un día en que los aguaceros torrenciales habían semiinundado la ciudad de México.

—El coche le espera á la puerta del templo; creo que dentro de treinta minutos estará de vuelta su paternidad.

Fr. Martín veía al muchacho de pies á cabeza, temeroso quizás de un chasco, y por fin le preguntó:

—¿A quién voy á confesar?

—No lo sé: el señor que está en el coche me encargó llamara á usted y díjome lo que acabo de exponer á su paternidad.

Debe de ser rico, pues me dió buena propina.

—Pero ¿te dijo que me llamaras á mí?

—No; me dijo que á un dominico, porque la enferma pedía que perteneciese á esa orden, y fué á su paternidad á quien primero encontré.

Con esto, el fraile pareció tranquilizarse y dijo resueltamente:

—Vamos.

Fr. Martín salió de la sacristía acompañado del muchacho, y ya en la calle, éste le dijo señalando un cupé.

—Mire usted, aquel es el coche.

Un hombre embozado en luenga capa española esperaba en pie, cerca del vehículo. Apenas divisó al sacerdote, abrió la portezuela y díjole:

—Pase usted, Padre, pase usted.

El Padre no pudo ver el rostro de su interlocutor, porque lo cubría el embozo, y sólo miró dos chispeantes ojos que brillaban en la obscuridad.

Aquel hombre subió al cupé tras del fraile y dijo al cochero:

—A buen paso y á la calle que te indiqué.

Dentro del coche hallábase otro caballero, y apenas entró el fraile asióle por un brazo mientras el que le había invitado á subir le asía por el otro. El buen fraile

tuvo miedo y creyóse víctima de un secuestro.

—¿Qué van ustedes á hacer conmigo?

—Nada tema su paternidad, contestóle uno de los caballeros. Necesitamos tomar nuestras precauciones, esto es todo. Docilidad, Padre, es lo único que necesita usted. Debe ser ciego por un rato y lo será por bien ó por fuerza.

En seguida vendaron los ojos de Fr. Martín con un pañuelo de seda.

El sacerdote nada contestó. Estaba en poder de aquellos hombres y toda resistencia hubiera sido inútil. Un grito de socorro le habría perdido. Resignóse, pues con su suerte, y púsose á rezar el rosario contando las Avemarías en los dedos de las manos.

Uno de los secuestradores del sacerdote bajó las cortinillas de las portezuelas, precaución tomada quizás, contra los indiscretos ojos de los transeuntes, pues el Padre nada podía ver.

Los densos nublados habían anticipado la noche y el continuo relampaguear anunciaba que el cielo derramaría aún sobre la ciudad, el agua en abundancia.

Fr. Martín serenóse cuanto pudo y procuró fijar la atención en saber el punto á donde le conducían. Contaba las cuadras calculándolas con la exactitud que le era posible; pero al pasar tres, según el

cálculo del Padre, el vehículo dió vuelta á la derecha para recorrer por tres veces la misma manzana, luego volteó á la izquierda é hizo lo mismo, hasta que á Fr. Martín, del todo desorientado, le fué imposible saber el punto donde se encontraba. Notó entonces que por llevar la cuenta de las calles no había llevado la de los misterios y había rezado una tras otra quién sabe cuántas Avemarías. Dejó, pues, la cuenta por la imposibilidad de seguirla y empezó el rosario esforzándose por recoger el espíritu; pero aún no concluía el primer misterio, cuando el coche se detuvo.

—Hemos llegado, dijo uno de los caballeros.

—Ayudemos al Padre á bajar, repuso el otro.

Y el dominico fué bajado casi en peso por los dos desconocidos, é introducido, á remolque y vendado, á una casa que debía de ser de acaudalada persona, á juzgar por los peldaños de la escalera, que eran de mármol, si no se engañaba el tacto de Fr. Martín.

El fraile contó los escalones hasta el amplio descanso, de donde, sin duda, partían dos tramos, uno á la derecha y otro á la izquierda. Por este último fué conducido el dominico sin que sus secuestradores le soltasen ni por un momento. Con-

ciuída la escalera, comprendió Fr. Martín que caminaba por un corredor, pues empezaba á llover, sentía el viento fresco y no caía sobre él la lluvia En aquel corredor había sin duda, muchas plantas, pues aspiraba el suave olor de rosas y flores.

De pronto los desconocidos detuviéronse, uno de ellos abrió una puerta é hicieron al Padre cruzar por varias piezas alfombradas con gruesas alfombras, donde se hundían los pies sin producir el menor ruido. Siguieron luego por un pasadizo estrecho y detuviéronse de nuevo para abrir otra puerta. Introdujeron á Fr. Martín en una alcoba, sentáronle en muelle poltrona, y cuando hubo descansado algunos momentos, quitáronle la venda.

Fr. Martín lo primero que hizo, fué clavar la vista en sus secuestradores, pero éstos estaban embozados hasta las narices con capas negras, y antifaces, negros también, cubrían la parte superior del rostro. En el cuarto no había más muebles que un catre de fierro, la silla en que se sentó el fraile y los cuadros de las paredes, que estaban volteados al revés. El cuarto, además de la puerta que sirvió de entrada, tenía otras dos perfectamente cerradas; una que supuso el Padre que era de balcón que daba á la calle, y otra que supuso también, que conducía á interiores habitaciones.

—¿Y el enfermo? preguntó Fr. Martín después de desahogar su temor en un hondo y prolongado suspiro.

—No es enfermo, sino enferma, y voy á traerla al momento, contestó uno de los encapotados. Procure usted abreviar, Padre, porque á esa enferma le queda muy poco de vida. Y dicho esto salió de la estancia por la puerta que Fr. Martín había supuesto que guiaba á otras habitaciones, mientras que el otro encapotado daba vueltas en la alcoba.

Fr. Martín tuvo miedo y empezó á rezar el Magnificat.

Hubo un rato de espectación en el que en la estancia sólo se oían los pasos del encapotado y fuera de ella el agua que caía impetuosa y golpeaba los cristales del balcón. De vez en cuando, por las rendijas de las puertas, entraba á la pieza, escasamente iluminada por una bujía, la viva luz del relámpago, y un trueno ronco y prolongado, retumbaba imponente.

Fr. Martín volvía con zozobra la vista hacia la puerta por donde había salido uno de los caballeros y por donde esperaba verle aparecer de nuevo. De improviso, el dominico se quedó estupefacto y sintió que una onda fría bañaba todo su cuerpo.

Una mujer de soberana hermosura, en la flor de la juventud, apareció en el umbral de la puerta, casi arrastrada por el

secuestrador. Estaba vestida de blanco un ramillete de azahares destacábase sobre el rubio cabello primorosamente peinado; algunos ramos de la misma simbólica flor estaban artísticamente prendidos en el delantero del magnífico traje. Parecía que aquella encantadora mujer había sido violentamente arrancada del altar en el momento mismo en que iba á pronunciar sus juramentos de eterno amor. Los rasgados ojos de un azul profundo, estaban aún húmedos por el llanto, el ovalado rostro de inmaculada blancura, tenía dolorosa expresión, y la diminuta boca dejaba escapar el aliento como en extremo fatigada; la perfilada nariz armonizaba tan bien con todas las facciones del rostro que imprimía en él un sello de singualr belleza realzada aún más por el dolor.

—Aquí tiene usted á la enferma, dijo el conductor de la joven al dominico; voy á cerrar la puerta. Ea, despache usted pronto. Y tú, agregó volviéndose á su compañero, quédate aquí de guardia. Dijo, y fuése cerrando la puerta por donde acababa de entrar.

El otro desconocido retiróse á uno de los ángulos de la pieza y dijo al dominico:

—Aquí nada oigo, pueden ustedes empezar.

La joven arrodillóse á los pies del sacerdote, hizo la señal de la cruz, persignó-

se y empezó la confesión tan en secreto que al mismo confesor costaba trabajo oírla.

En el rincón brillaban con siniestro fuego los ojos del negro encapotado, pendientes del Padre y de la penitente, y fuera la tempestad rugía con furioso estrépito.

Quince minutos después, el venerable sacerdote, en cuyo semblante pintábase el más hondo sufrimiento, alzaba la diestra mano para absolver á la joven. Inmediatamente el que había quedado de guardia avanzó hacia la puerta por donde había salido su compañero, dió tres golpes en aquélla, abrióse y se presentó el otro enmascarado. Abalanzóse hacia la joven y con extraordinaria rapidez clavó un puñal en su corazón. La víctima dió un gemido y cayó al suelo agonizante. Fr. Martín sintió empapada su mano derecha en la caliente sangre de la moribunda. Quiso hablar, quiso gritar, pero los asesinos tapáronle la boca con las manos, luego vendáronle otra vez, le asieron de los brazos y condujéronle por piezas distintas á aquellas por las cuales le habían traído. Al salir á la calle, Fr. Martín comprendió que no salía por la misma puerta que había entrado, fingió tropezarse desasiéndose por un momento de los que le sujetaban, tiempo que fué suficiente para estampar en el

muro de la puerta la ensangrentada mano, y volvió á caer en las garras de sus secuestradores. Subiéronle al coche y con los mismos rodeos y precauciones que al traerle, lleváronle á Santo Domingo, hasta dejarle en la puerta del templo.

II

Fr. Martín no pudo conciliar el sueño: los acontecimientos del día habíanle impresionado hondamente.

¡Dios mío! exclamaba, esta joven no me dijo ni su nombre, ni el de sus verdugos, ni en qué casa se encontraba. A mis preguntas respondió: Temo por la vida de usted, Padre, si le digo una sola palabra de esto. Haya una víctima y no dos, pues á mí me matarán irremisiblemente, hable ó calle. Me mandaron callar y callaré; bajo esta condición me concedieron la gracia de confesarme. ¡Infames!

Y Fr. Martín se revolvía en su lecho, sin saber qué determinación tomar.

Mas ya no puedo, no debo ser encubridor de iniquidad semejante, exclamó por fin, incorporándose. Ea, voy á decir misa y en seguida á buscar á los asesinos.

Una hora después, el dominico cruzaba el centro de la ciudad fijándose en los marcos de todas las puertas, sin que en ellos encontrase nada de particular. Después de

cuatro horas de incesante andar, estaba fatigado, jadeante. Tiempo perdido, se dijo, no pueda más, y siguió andando á la ventura resuelto á ocupar el primer coche que encontrara y volverse á Santo Domingo.

Habría caminado Fr. Martín dos cuadras, cuando casi al fin de la segunda; detúvose estupefacto y boquiabierto: en el marco de una puerta acaba de ver la huella que estampó una mano ensangrentada.

Vuelto de su estupor, se dijo: Por esa puerta salí anoche. Dirigió la vista en derredor para cerciorarse del lugar y de la calle donde se encontraba. Frente á la puerta marcada con sangre estaba una barbería.

Estos rapabarbas, pensó el dominico, son, por lo general, sabedores de ajenas vidas, muy locuaces é indiscretos; descansaré un poco y procuraré averiguar algo. Y encaminóse á la barbería.

Un viejecito de caricaturesco rostro que movía á risa con sólo verle, estaba dando tijeretazos sobre la abundante melena de un indio.

—Pase su paternidad, dijo el barbero, viendo entrar al dominico.

—¿Me permite usted descansar un poco?

—Su paternidad está en su casa, repuso el barbero señalando un asiento.

El viejecito daba rienda suelta al torrente de su locuacidad, mientras cortaba el pelo al indio: referíale anécdotas, sucesos de la conquista y hasta echó su párrafo de político palique, viendo de soslayo



al Padre para observar en la faz de éste el efecto que le causaba aquella desbordante elocuencia.

El indio callaba, ó se sonreía, ó contestaba con monosílabos.

Concluído que hubo su tarea, volvió el barbero el halagüeño rostro al fraile, y gozoso de habérselas con un hombre que suponía instruído, comenzó á hablar de cuanto se le venía á las mientes. El Padre con sagacidad y suma discreción, hizo recaer la plática en los honorables vecinos que habitaban aquella calle. La intemperante lengua del barbero desatóse más filosa que la navaja con que afeitaba, y allí supo Fr. Martín cosas de los vecinos iguales ó parecidas á las que muchas veces había oído en el confesonario.

—Aquella puerta, dijo el barbero señalando la que el Padre había mirado con tanta atención....

—¿Cuál, le interrumpió Fr. Martín, la que tiene pintada, al parecer con sangre, una mano en el marco?

—¡Calle! pues no había observado. En efecto, es una mano de hombre.

—Y bien ¿esa puerta?

Es una de las puertas del palacio de.... Y el barbero pronunció con voz clara y pausada el nombre de un personaje tan elevado en el mundo del dinero y de la política, que Fr. Martín se sintió desvanecer.

—Y el hermano del señor—aquí el barbero volvió á pronunciar el nombre del acaudalado político—salió para el extranjero esta mañana.

—¿A dónde va?

—Dicen que á Francia, me parece que á París, á traer el cadáver del hermano mayor que falleció allá hace poco. Y ¡qué fortuna les ha quedado, Padre, qué fortuna! dicen que es de muchos millones. Ya se ve, como era soltero no tenía otros herederos. Es verdad que fué un trapasista, y tengo para mí, y todo el mundo que le conoció tiene para sí, que ha de haber hecho muchas víctimas en sus amorosos trapicheos. Yo conocí á una hija del difunto. ¡Pobre huérfana! Era bella como la gracia de Dios, blanca, esbelta, rubia, de ojos de cielo y su hechicero semblante brillaba con la luz que parecía sobrenatural Padre, sáqueme usted de esta duda, ¿Pueden los demonios engendrar ángeles?

El dominico nada contestó, estaba absorto. El barbero acababa de describir á la joven asesinada la víspera por los encapotados.

Fr. Martín, muy preocupado, despidióse del barbero, tomó un coche y se volvió á Santo Domingo. Sabía lo suficiente, pero ¡ay! aquellos hombres eran muy poderosos.

Al llegar á su celda exclamó juntando las manos y elevando la vista al cielo: ¡Nada puedo contra ellos, cúmplase la voluntad de Dios!

III

Quince años después, en pleno día, Fr. Martín en una elegante carretela iba á una confesión. Habíasele llamado con urgencia y el tronco de magníficos frisones á largo trote, atravesaba por las principales avenidas de la ciudad de los palacios A la memoria del fraile vino la terrible escena que hacía justamente quince años conmovió fuertemente su corazón, y aquella escena se reprodujo en toda su viveza ante la imaginación del dominico al detenerse el vehículo precisamente en la casa en la cual, según Fr. Martín, se verificaron los sucesos que he narrado.

El sacerdote subió pensativo la amplia escalera de mármol que conducía al piso alto, y sería preocupación ó realidad, creyó haber seguido por aquella casa exactamente el mismo camino por donde hacía quince años le condujeron. Llegó por fin al cuarto en el cual, á su parecer, había pasado la horrible tragedia que circunstanciadamente quedó grabada en la memoria de Fr. Martín. Allí, sobre blando y rico lecho, á uno y otro lado del cual caían de lujoso baldaquín finísimas cortinas, hallábase un anciano mortalmente herido por terrible neumonía. El médico, á la cabecera del enfermo, le contemplaba estudian-

do el avance de una enfermedad que la ciencia era ya impotente para vencer. El dominico saludó al médico y preguntóle si el enfermo se hallaba en su entero conocimiento para poder confesarse.

—Sí, Padre, contestó el doctor, está en su pleno conocimiento; pero la muerte avanza con celeridad. Dése usted prisa, le dejo solo.

Salió el médico en el instante mismo en que el paciente abría los ojos y se fijaba en el fraile. El estupor dibujóse en el rostro de aquél.

—¡Justicia de Dios, exclamó, es el mismo!

—No represento, dijo el dominico con solemnidad y unción, la Justicia, sino la misericordia. Vengo en nombre de Dios á abrir á usted las puertas del cielo.

—¿Será posible? balbució el enfermo con débil voz.

—Dios es todo poderoso. Vamos, empiece usted; poco trabajo le costará abrir el corazón á quien conoce un terrible episodio de la vida de usted.

—Sí, Padre, fuí un criminal. Mi hermano mayor al partir para Europa, entregóme su testamento cerrado. Te nombro albacea, me dijo, y á mi hija Blanca, única heredera de toda mi fortuna, no la he reconocido antes como hija mía, pero en este testamento la reconozco, cuida de ella

como si fuera tuya. Cuando supimos la muerte de mi hermano, el menor y yo nos pusimos de acuerdo, rompimos el testamento, trajimos con engaño á Blanca á nuestra casa, y...... ya sabe usted lo demás. Antes del sangriento drama nos pidió de rodillas la gracia de confesarse, la cual le concedimos con la condición de que sólo hablara de sus culpas. ¡Cuán bueno es Dios, pues hoy me otorga á mí la misma gracia! Vistiose de desposada, nos dijo que era Virgen, que iba á desposarse con Dios. Y caminó al suplicio con la entereza que usted presenció. El paciente se detuvo y de sus ojos brotaron raudales de lágrimas.

—Continúe usted, continúe usted; no es el juez, sino el Padre quien está cerca del lecho de muerte del pecador.

—Mi hermano mayor y yo estábamos arruinados y era indispensable conservar á todo trance la encumbrada posición en que habíamos nacido y vivido, y no vacilamos ante el crimen, y ¡oh Dios! después ..... después.... Los sollozos ahogaron la voz del moribundo.

—Después ¿qué? preguntó Fr. Martín.

—Después.... pero ha de saber usted Padre, que he amado el oro con frenesí; todas las ilusiones de mi niñez eran por la riqueza, con ella soñaba en mi juventud y los afanes de mi edad viril fueron siem-

pre por acumular oro, mucho oro. En contemplar mis tesoros gozaba inefables deleites.

—Pero, ¿y después?

—Después, para quedarme único dueño de inmensa fortuna....

—¿Mató usted á su hermano?

—Sí, señor..... un veneno....

—Adelante, hijo mío, repuso el dominico sin inmutarse. Nada tema usted; mayor que su malicia es la bondad de Dios, infinitamente mayor.

El enfermo siguió confesando todas sus culpas y al parecer estaba contrito y humillado.

El fraile le oyó hasta el fin sin alterarse en lo más mínimo y alentándole con palabras de consuelo y esperanza.

Cuando el enfermo hubo concluído su confesión díjole Fr. Martín:

—Hijo, antes de absolver á usted necesita restituir. Cuanto posee no es suyo; quizás la dueña de ese caudal dejó herederos á quienes legítimamente pertenecen los bienes que usted ha poseído y disfrutado. Yo me encargaré de buscarlos. Usted no tiene herederos, ¿verdad?

—Creo que no.

—Y aun cuando los tuviese, lo que posee no es suyo.

—Pero, Padre, dijo el paciente con doloroso acento, ¿tengo que restituir todo?

—Sí, hijo, todo.

—¿Y si vivo?

—Usted no vivirá.

—Pero suponga usted que vivo.

—Bien, si vive usted, me obligo, como representante de Dios, á dejarle á usted la mitad de su fortuna.

—Pero, Padre, tengo una posición encumbrada, muy encumbrada. Para sostenerla necesito dinero, mucho dinero.

—La posición de usted no le autoriza para quedarse con lo ajeno.

Aquí empezó una terrible lucha entre confesor y penitente; éste regateando talega por talega, aquel cediendo poco á poco por el ardiente celo de salvar una alma.

El paciente convino, por último en entregar á Fr. Martín cien mil pesos para los herederos de Blanca, si los tenía, ó para obras de caridad si no existían ningunos parientes de ella.

Para absolver á usted necesito la seguridad de que se me entregará esa suma.

—Voy á darla á usted, Padre, sírvase sacar del cajón de ese buró un bloque de papel y un lápiz tinta.

El Padre atendió inmediatamente el ruego del enfermo. Este, incorporóse y tomó el bloque y el lápiz que le presentó Fr. Martín. Luego, en actitud de escribir quedóse un rato pensativo y dos lágrimas

brotaron de los hundidos ojos del moribundo. De vez en cuando movía la cabeza: parecía sostener vehemente lucha interior.

—¡Cien mil pesos! exclamó con voz vibrante, como si al pronunciar aquella frase hubiese reunido con supremo esfuerzo todo el vigor que le quedaba. ¡Oh, no, no; esto es muchísimo dinero! No firmaré, dijo, arrojó el lápiz sobre el lecho y expiró.

—¡Malditas cadenas de oro, gritó angustiado Fr. Martín, las más difíciles de romper, cuántas almas habéis perdido!

EL AMIGO VERDADERO

I

Juan acaba de llegar de la labor, y encuentra aterrorizados á los vecinos de la estancia de "Las Cuevas:" los indios habían avanzado hasta cerca de la muralla que circunda la ranchería, y como nadie los esperaba, sorprendieron fuera de ella á varios rancheros enteramente desprevenidos. Algunos pudieron huir, otros, entre ellos el caporal, fueron asesinados por los salvajes. Cuando los rancheros, pasada la sorpresa, se armaron y corrieron á combatir, los indios huían por la cercana serranía. No fué esto lo peor, sino que se raptaron á la más guapa muchacha del rancho, á Toña, la novia de Juan, la que, en esa misma semana, iba á ceñir la corona de desposada.

Ardió el novio en ira al recibir la tremenda noticia, pero no perdió el tiempo en inútiles lamentaciones. Fuése luego á casa del comisario, y en seguida á la residencia de los principales vecinos; invitólos á perseguir á los bárbaros sin ninguna demora, pero todo fué en vano.

—Cuidaremos á todos y responderemos de sus vidas dentro de la muralla, le dijeron, pero no fuera de ella: somos pocos, los indios muchos; si salimos al campo moriremos y no habrá quien defienda nuestros hogares.

El comisario lo más que llegó á ofrecer fué buscar un hombre audaz y resuelto que fuese á Sombrerete, cabecera del Partido, á pedir auxilio.

Viendo Juan que su insistencia era inútil, fuése á su casa pensativo y con el corazón hecho pedazos. Su madre Candelaria, ó Candela, como la llamaban en el rancho, nada sabía del rapto de Toña; acababan de darle la noticia de que los indios se habían acercado mucho á la muralla y herido mortalmente al caporal. Por evitarle penas ocultáronle la otra noticia que tan de cerca le tocaba.

—Por Dios, hijo, estaba muerta de cuidado, dijo la anciana á Juan, tú en la labor y los indios á las puertas del rancho. ¿No los has visto, no te hicieron algún daño?

—Los ví, madre, eran unos cuantos que huyeron tan luego como se les persiguió; desgraciadamente sorprendieron al caporal y le mataron, pero, ahora, no hay temor de que vuelvan.

Candela respiró como si le hubieran quitado enorme peso del pecho.

—Tan verdad es que no hay peligro prosiguió Juan, que me vuelvo á la labor, los animales le hacen mucho daño y es necesario sorprenderlos esta noche.

Candela volvió á alarmarse, pero su hijo tenía el poder de convencerla siempre y hoy también la convenció.

—Ea, madre, le dijo al despedirse, deme su bendición, pero con toda su alma, como si fuera la última que de usted recibiré en el mundo.

Arrodillóse aquel ranchero joven moreno de energica fisonomía y penetrante mirada, y con amoroso respeto recibió la maternal bendición. Besó la mano que le tendió su madre, luego la rugosa frente de la anciana, y disimulando la emoción díjole al parecer sereno:

—Hasta mañana, madre.

—Hasta mañana, hijo, Dios te acompañe.



II

Allí está, á la puerta de la casa, todavía ensillado y enfrenado el potro alazán,

que por su brío y ligereza hace raya entre los del rancho. Conoce á Juan á maravilla y relincha al sentir sus pasos. Al dirigirse el joven al noble bruto, oye la voz de Cornelio—íntimo amigo del cuitado mancebo—que se le interpone como para impedirle el paso.

—¿A dónde vas, Juan? le pregunta.

—Iba en busca tuya para suplicarte que me prestes por esta noche tu rifle, el mío es malo, pero el tuyo es mejor y lo necesito.

—¿Para qué lo quieres?

—Voy á la labor y es bueno ir bien armado; no creo que los indios vuelvan esta noche, pero hombre prevenido vale por dos.

Cornelio, joven de la misma edad de Juan, de mediana estatura, lampiño, de bronceado color y ojos cafés de intensa ternura, quedóse viendo á su amigo con investigadora mirada, y movió la cabeza como diciendo: vas á hacer una tontería. Luego clavó pensativo la vista en el suelo.

—¿Me lo prestas, ó no? exclamó Juan

—¿A qué hora te vas?

—Ya me voy.

—Bueno, te lo llevaré yo mismo; espérame fuera de la muralla, allí, junto á los mezquites de la derecha del camino de Sombrerete.

—Allí te espero, no te dilates.

Montó Juan en su potro y fuése pasito á paso, refrenando los ímpetus del alazán, para dar tiempo á Cornelio de que saliese del rancho.

Obscurecía: habíase ya apagado la luminosa hoguera encendida en el cielo por el sol poniente. Era la hora que marca la despedida del crepúsculo y la entrada de la noche. Juan caminaba sin ver á nadie, sin observar nada, con la cabeza caída hacia delante y la barba pegada al pecho, abstraído en un sólo pensamiento. De vez en cuando impacientábase, como si anhelase dar rienda suelta á su fogoso corcel, pero se dominaba y volvía á abstraerse de nuevo. Salió fuera de la muralla, llegó á un bosquecillo de mezquites no lejos de ella, tiró de la rienda al potro é hizo alto. No tuvo que esperar por mucho tiempo, minutos después, llegaba Cornelio armado hasta las uñas, en un caballo negro de grande alzada.

—Aquí me tienes, no te he hecho esperar.

—Pero vienes á caballo, ¿con qué objeto?

—Voy á donde tú vas, he leído tu pensamiento: vas á perseguir á los indios y á salvar á Toña, y voy contigo.

—¡Imposible, no lo consentiré, expones tu vida!

—Como tú expones la tuya.
—Yo la expongo por ella.
—Y yo por tí.
—No irás.
—Iré. Si tú vas solo, tu muerte es segura, si te acompaño hay una remota esperanza. Tú no conoces esos caminos como los conozco yo, al dedillo. Mira, estoy seguro que los indios van á pernoctar ahora cerca de la Peñuela; sé todas las veredas que por el camino más corto nos guíen hasta allá; si logramos sorprender á los bárbaros, el buen éxito es seguro.

Hubo algunos momentos de lucha entre los dos amigos: Juan no quería que Cornelio expusiese su vida, éste anhelaba, si era preciso, darla por su amigo. Al fin triunfó la generosidad de Cornelio. Juan con las lágrimas en los ojos, estrechó contra su corazón á aquel amigo leal y abnegado, y partieron al galope por el breñal.

III

Alrededor de una hoguera que empieza á decrecer porque no hay quien la cebe duermen más de cien indios, en su mayor parte narcotizados por el mezcal que bebieron en exceso; están en el recodo de una colina, y al frente extiéndese el valle silencioso y solitario, en trechos cubierto

de espeso matorral. Allá junto á un enorme nopal, recostada en un aparejo, con las manos y los pies atados, está Toña, la diosa del rancho como la llaman los moradores de "Las Cuevas." Cerca de ella ronca, completamente briago, un corpulento indio, en cuyo hinchado semblante se pinta la ferocidad. La pobre niña, de vez en cuando, alza medrosa la cabeza y mira en derredor: al observar el silencio que la rodea, sólo interrumpido por el monótono roncar de los salvajes, hace vigorosos esfuerzos por desatarse. ¡Imposible, imposible! Llora desesperada y deja caer, abatida, la cabeza sobre el aparejo.

Al resplandor de la hoguera vése perfectamente á la niña gentil, encantadora morena de suaves facciones y rostro angelical; en sus grandes ojos negros píntase el terror, y la angustia contrae su diminuta boca. De repente da un grito: sin haber escuchado ruido ninguno, caen de la colina como llovidos del cielo, dos ginetes machete en mano, que arremeten á sablazos contra los desprevenidos indios, para algunos de los cuales fué aquél el último sueño, y los que despertaron huyeron despavoridos al monte.

—No pierdas tiempo, dijo Cornelio á Juan, á tu negocio. Allí está Toña.

—¿Y tú?

—Te seguiré luego para cuidarte la

espalda; apresúrate, antes que estos bárbaros se den cuenta de cuantos somos.

Corre Juan, ase por la cintura á su adorada Toña, que ha perdido el conocimiento; en un ágil salto pásase á las ancas del alazán, coloca atravesada sobre la silla á la niña desmayada, cuyo cuerpo sostiene con el brazo izquierdo, afloja la rienda, hinca las espuelas en los ijares del brioso alazán, y parte á carrera abierta en dirección de "Las Cuevas."

Momentos después, Cornelio seguía á su amigo, cuidando de no adelantársele para defenderle la espalda. Pasaron algunos minutos y oyóse, primero lejano, próximo después, el rumor de un tropel que á cada instante se acercaba más á los jinetes. Eran los indios que, vueltos de su sorpresa y furiosos al convencerse de que habían sido sólo dos los asaltantes, corrían tras éstos clamando venganza.

Vibraban por el aire las flechas de los perseguidores y el alazán, no obstante su altísima ley, empezaba á fatigarse.

—Un esfuerzo más, decía Cornelio á Juan, ya estamos cerca, ya distingo como una sombra la muralla. Apenas había pronunciado estas palabras, lanzó un quejido: una saeta le traspazó el cuerpo, y agonizante cayó al suelo. Juan, con el alma rebosante de dolor y los ojos arrasados de lágrimas, vió pasar veloz junto á él, al ca-

ballo negro de Cornelio, sin jinete ya y poco después sintió de improviso una onda hirviente que le bañaba el brazo: era la sangre de Toña á quien las enemigas flechas acababan de dar muerte. En ese mismo instante el alazán caía desfallecido junto á la muralla de "Las Cuevas," y los indios huían al divisar un grupo de rancheros que salían á batirlos; pero los moradores de "Las Cuevas" sólo encontraron á Juan empapado en la sangre de su amada, y con el cadáver de ésta en los brazos; al alazán muerto á los pies del joven, y á corta distancia el caballo negro de Cornelio, sin jinete, respirando fatigado.



MEDICINA DE PATENTE

I

Alicaído hállase Perfectito;—con el diminutivo llámanle siempre cuantos le conocen—sus bienes, que no son muchos, merman de día á día. Acaba de echar un vistazo á sus cuentas, y ve con horror que si sus acreedores se ponen de acuerdo para asaltarle á la vez le dejarán hasta sin camisa.

Además, Beatriz, la novia de Perfectito, acaba de darle unas tremendas calabazas, por bruto, según dijo ella. No dió otra razón, y al decepcionado doncel parécele la razón de la sinrazón. Si por brutos han de ser calabaceados los novios, el noventa por ciento de ellos quedaríanse sin media naranja. Esto piensa Perfectito y no yo. Hago tal aclaración, por-

que no quiero granjearme la inquina de los enamorados, á quienes no tengo ojeriza, y hasta me caen en gracia.

Aquel desengaño abre honda herida en el corazón del galán, y el dolor ha sido frecuentemente la puerta por donde entran las serias y fructuosas meditaciones.

El joven, pues, medita.

Allí está en su escritorio, meciéndose suavemente en la poltrona, con la melenuda cabeza echada hacia atrás, y contando maquinalmente las vigas del techo de la pieza.

—Heme aquí, se decía, en esta casita para ella preparada y donde anidaban tantas ilusiones que el enemigo de la humana dicha ha arrojado á latigazos. Pero, ¿seré yo tan bruto como dice Beatriz?

—¡No, no! Lo que sucede es que soy débil, muy débil. Pero mi novia debía considerar que no tengo madre, ni padre, ni parientes, y, naturalmente, los amigos llenan ese vacío de mi alma.

Beatriz me ha dicho muchas veces:

—No vayas al café; tú no tienes carácter. vas á derrochar lo tuyo y lo ageno, y á dar el primer paso en la vereda del vicio; después seguirás el camino real.

—No voy, Beatriz, no voy ya; basta que tú lo quieras.

Mas llego á mi casa, y allí está ya el Mefistófeles de Joaquín.

—Vamos al café, me dice.

Yo me rasco una oreja, la que encuentro primero, vacilo, pero no sé decir que no á nada.

—Vamos, contesto.

Y allá vamos.

Y en esos cafés venden muchos vinos y licores, mas no la sabrosa y aromática bebida del arábigo cafeto.

Y salgo de allí á media noche, ó un poco después, y con la cabeza trastornada.

—No vayas al casino.

—No, hija, no voy. ¡Qué he de ir yo al casino!

Y apenas me despido de mi amada, me encuentra Gil, el constante parroquiano de la cantina de los ricos, y de los que, aunque no lo sean, pretenden ser tenidos por tales, ó por lo menos, gustan de juntarse con ellos.

—Pues, Gil, vamos. Y héme allí instalado en el casino.

—Perfectito, ven á jugar tresillo.

—Bueno, jugaré.

—Ahora "poker."

—Pues al "poker."

—Y luego malilla.
—Está bien, jugaremos malilla.
—Que traigan copas.
—Corriente, que las traigan.
—Ahora cena.
—Sí, señores, la cena.
Y por supuesto, yo pago todo.
Y dan las doce de la noche, y la una, y hasta las dos de la mañana, y yo en el casino.

—Por Dios, Perfectito, me dice Beatriz, vas á quedarte en la miseria. Sé que prestaste tu firma á Hipólito, y que pagaste por él, porque el muy bellaco no pagó. ¡Qué iba á pagar!

—Es verdad; me dió pena decirle que no.

—¿Y no te dará pena que te dejen sin cara en qué persignarte?

—Ya no se la vuelvo á prestar á nadie.

A poco rato encuentro á don Secundino, vejete tramposo y mordaz, y tan feo, que puede curar instantáneamente el hipo; apenas conozco de vista á tal sujeto.

—Señor don Perfectito—me dice—zalamero, si viera usted lo que me pasa.

—¿Qué?

—El demonio del casero me echó á la calle con la mayor crueldad é injusti-

cia. Figúrese usted, por seis rentas, únicamente por seis rentas, después de medio año de ser su inquilino. Mas, usted es mi Providencia. Acabo de ofrecer la responsiva de usted al dueño de la casa que ocuparé. Ea, amigo mío, una firmita.

Y..... zás, firmó el documento que me presenta don Secundino.

Después me punza el remordimiento, ó la rabia, ó ambas quizás; pero yo no sé decir no á nada.

¿Seré bruto por esto? Tal vez Beatriz tenga razón.

¿Seré un malvado?

—Vamos al Rosario, me dice Pedro.

—Sí, amigo, vamos.

—Acompáñame á misa mayor.

—Con mucho gusto.

Y allí estoy en el templo, tan devoto, que cualquiera diría que soy flor y nata de la piedad y espejo de cristianos flojos y tibios.

—Voy á hacer los Ejercicios de San Ignacio—díjome el Padre Contreras,—es necesario que entres, Perfectito.

—Pues sí, señor, entraré.

Y héteme allí encerrado nueve días con sus noches, muy contrito y resuelto á ser santo. ¡Válgate Dios! Si yo no sé decir jamás no.

Beatriz, en tono solemne y hasta amenazador, me dijo un día:

—El infierno, Perfectito, se hizo para los débiles, cata si para tí será.

Mas sin ella, sin mi Beatriz, la vida es para mi anticipado infierno. Es absolutamente necesaria una reconciliación. Ya le he escrito. Esperaré.

II.

Todo ese tropel de pensamiento en vigoroso diálogo, aparecieron en la fantasía del cuitado doncel. Sacóle de su abatimiento la voz de la criada, que llamando á la puerta le dijo:

—Una carta para el señor.

—¡A ver, á ver!, repuso Perfectito, levantándose precipitadamente.

Abrió la puerta, cogió la carta, y fijóse en el sobre.

—¡Es letra de Beatriz!

Abrió convulso el perfumado billete, y leyó:

"Perfectito:

Está usted enfermo, muy enfermo, ya desahuciado, motivo por el cual no me caso.

Es usted de los enfermos que rarísima vez sanan; pero, si por un milagro se

aliviase, le cumpliré mi palabra, seré su esposa.

En un papel por separado, le mando una receta, hágasela, podrá darle magnífico resultado.

BEATRIZ."

—¡Ingrata, ya no me tutea! Ea, veré la receta.

"Medicina de patente que no debe faltar en ninguna casa. Este medicamento es el verdadero Bálsamo de Fierabrás, con el cual soñaron los andantes caballeros, y no han logrado obtener ni muchos hombres de talento: "Un poco de carácter." Se vende en el almacén de la voluntad, y se compra con tres cosas: Resoluciones enérgicas; resoluciones eficaces; resoluciones justas. La caja de la voluntad es de secreto, se abre con estas tres sentencias: Las vacilaciones pierden el momento actual, que se va, y ya no vuelve. Tú eres soberano en el bien, esclavo en el mal; sé pues, soberano. Encierra el "sí" bajo de siete llaves, y no lo pronuncies nunca, sin haber antes reflexionado mucho."

Perfectito, después de leer movió la cabeza y díjose:

—¡Tener carácter yo! Vamos, esto es pedir peras al olmo.

Recuerdo haber leído en un librote muy

serio, que el carácter se forma en la niñez ó en la adolescencia, y que pasado este tiempo, es imposible formarlo. Y quien tal dijo, estudiado lo tenía.

Aquí el enamorado joven volvió á hundirse en profunda meditación. De repente paseábase en el cuarto, luego deteníase, gesticulaba, y volvía á sentarse. Parecía tener los demonios en el cuerpo.

Lo que no cabe duda que llevaba en el corazón, era el amor; pero éste, según la general opinión, no es demonio, sino angelito, ó, por lo menos, alado niño que no vé, porque tiene vendados los ojos, pero que despide fragancia de cielo. Perfectito le había visto pintado con carcax, arco y flechas, y afirmaba que era traidor y hería de muerte.

—Pero, ¡qué diablos de pensamientos tengo!, clamó Perfectito, estirándose de los cabellos. ¡Qué! ¿No soy cristiano?

Pues, como cristiano, sé que la gracia de Dios es omnipotente, y por ende capaz de dar carácter á los ancianos, á despecho de toda opinión en contrario. Y esto precisamente me dice Beatriz. Es usted de los enfermos que rarísima vez sanan, pero si quiere, puede sanar. Pues sí quiero; probaré, nada me cuesta.

Con esta resolución tranquilizóse algo, y la imagen de la felicidad en figura de Beatriz, se le apareció sonriente.

Estaba engolfado en amorosos recuerdos, cuando sin llamar á la puerta abrióla un Requejo, digo un tipo como el Requejo de los hermanos Quintero en su preciosa comedia: "El Nieto." Era Don Pantaleón Sandoval y Mata, que iba á tirar á Perfecto, mejor dicho, á su bolsillo, mortal mandoble.

—Vengo, amigo mío, dado á todos los diablos, díjole sin saludarle. Anoche perdí en el Casino, y necesito pagar la deuda y desquitarme, y usted me va á proporcionar modo de cumplir con aquel deber, y de lograr esta satisfacción.

—¿En qué puedo servir á usted?, murmuró Perfectito. Luego repitió para sí las misteriosas palabras de la receta, á las cuales la ardiente fantasía daba ya sobrenatural virtud.

—¿En qué mi buen amigo? ¿Y usted me lo pregunta? Necesito doscientos pesos, que le devolveré.... no me fijo plazo, pero será á la mayor brevedad posible.

Iba á escapársele á Perfectito un malhadado "sí señor," cuando recordó que el "sí" debía tenerlo encerrado bajo de siete llaves, y, aunque atragantándose, dijo:

—No señor.

Don Pantaleón quedóse mirando al jo-

ven con el mayor asombro. Aquella respuesta era de todo punto inverosímil. Era la primera vez que Perfectito decía no al que le pedía algo. De buena fe se creyó en una equivocación, y, sonriendo, repuso:

—Vamos, Don Perfecto—cosa admirable, suprimió el diminutivo—usted se chancea.

—No, respondió el joven, ya sin vacilar.

Nuevo asombro en Don Pantaleón.

—Pero, ¡qué! ¿no tiene usted dinero?

—Tengo, pero no quiero prestarlo; contestó con voz firme.

El señor Sandoval y Mata ofendióse, ó, simuló ofenderse, que es lo más probable, y dijo á su amigo algunas indirectas, que éste contestó con directas.

Mas Sandoval y Mata, que era finísimo gorrón, reservó el asalto para propicia ocasión, sonrióse con fingida dulzura, y palmeando el hombro de su amigo, díjole con zalamería:

—Ya nos volveremos á ver cuando esté menos malhumorado que ahora.

Y Perfectito, con estupefacción de él mismo, espetó tres rotundos noes.

Apenas salió Don Pantaleón, el joven respiró satisfecho. Una oleada de júbilo

subíale del corazón al rostro. Había dicho nó. ¡Qué ventura!

—Se puede, se puede, repetía sin cesar.

Era la hora de comer, y la criada entró al despacho y dijo á su amo:

—¿Come usted ya?

—No, no, no!, respondió Perfectito, subiendo el tono de voz en cada no.

Su criada, asombrada, pensó: Este no es mi amo, es otro.

Perfectito reflexionó luego que la pregunta de su criada era de las que debían abrir en el acto las siete llaves que guardaban el "sí," y cambiando de voz, murmuró:

—¡Ah!, sí; pon la comida.

Ese día comió el joven con mucho apetito.

Pensó después en sus acreedores, que no eran pocos, y en los recursos de que disponía, que no eran muchos.

Aún puedo salvarme, díjose. Aprovecharé el momento presente, hablaré con esos judíos, pues todos ellos son agiotistas. Con algunas prórrogas, y procurando cubrir las deudas á sus vencimientos, me libraré de fuertes réditos, que son el incurable cáncer de los capitalistas.

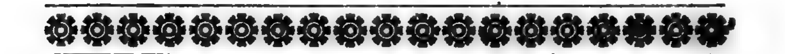
Todo salió á Perfectito á pedir de boca, y en la noche, al tirarse en la cama, exclamó:

—¡Ah!, no creía que mi mortal enfermedad fuese curable. Beatriz tenía razón: estaba enfermo de suma gravedad.

Transcurrió un mes, durante el cual, Perfectito había dicho no es, á roso y velloso. Era ya otro hombre, y sus amigos, que siempre le llamaron Perfectito, decíanle hoy Perfectote.

Aquello era obra de Beatriz, ó de la gracia de Dios, oculta tras un palmito angelical. Y claro es que hubo reconciliación y boda, y lo que vale más que todo esto: carácter, allí, donde no había ni pizca de él.

Y cuentan los que conocieron á Perfectito, trocado en Perfectote, que, cuando alguno de sus amigos se enfermaba, aunque fuese de ligera indisposición, les recetaba las tres consabidas resoluciones. Y agregaba con entusiasmo: No hay en la universal farmacopea, receta como la mía: es la única medicina que cura todas las enfermedades.



LA CAMPANA DE MI PUEBLO

I

En un día de pleno sol, de cielo despejado y purísimo, en que la naturaleza rebosante de vida, alegra el corazón, salió Gabriel de su pueblo. Iba á la capital de la República, pensionado por el Gobierno para estudiar medicina. ¿Quién hubiera podido adivinar en aquel mozalbete de complaciente mirada y varonil belleza al futuro sabio, laureado por doctas academias y enaltecido por la prensa de cultas capitales extranjeras?

Porque Gabriel fué un sabio, ante cuyas decisiones inclinábanse los más conspícuos profesores. Su carrera fué brillantísima; desde practicante llamó la atención por su ojo médico, y la envidia, enemiga acérrima de aquél que se eleva aun-

que sea una pulgada sobre los demás, nada pudo contra él, porque el carácter dúctil y acariciador del nuevo galeno se atraía las simpatías de cuantos le trataban.

No faltaban entre sus colegas quienes asegurasen que Gabriel debía su buena fama á sus prendas personales y no á su talento, que era muy mediano; otros, por el contrario, hablaban de aquel sabio como de nunca vista maravilla. Unos y otros exageraban: el carácter de Gabriel, afable, adulador y condescendiente, era gran conquistador de amigos, pero su mirada intelectual era mucho más penetrante de lo que sus émulos quisieran.

El joven médico dábase cuenta de su situación, secretamente regocijábase con sus triunfos y se esforzaba por publicarlos. De tiempo en tiempo, los periódicos de información recibían de los amigos del doctor, párrafos encomiásticos de difíciles curaciones perfectamente comprobadas, y como el joven era notoria lumbrera médica, y además, los párrafos laudatorios iban siempre acompañados de billetes de Banco, publicábanse con gran contentamiento de los editores, que de vez en cuando echaban su cuarto á espadas en abono del Hipócrates mexicano, favorecedor de la prensa.

Gabriel, en el constante barullo de sus tareas cotidianas, olvidó muy presto el

humilde pueblo, nido de sus afectos y alegría de su niñez; entibióse el filial cariño, y sólo de tarde en tarde escribía unos cuantos renglones á su anciana madre, de quien había sido el ídolo. Es verdad que le enviaba suficientes recursos para subsistir; pero ni todo el oro de Creso hubiera valido para señora Chana, madre del médico, lo que una frase de aquellas que espontáneamente brotaban del corazón de Gabriel, cuando niño aún, en el materno regazo acariciaba el simpático rostro de la honrada lugareña que entrañablemente le quería.

La señora Chana pensó varias veces en hacer un viaje á la capital, y áun forjábase la ilusión de quedarse allá, al lado de su hijo. Hubiera dejado gustosa hasta el pedazo de tierra que guardaba los restos de su esposo, por sentir la luz de aquellos ojos que daban á su alma calor y vida; pero Gabriel nada le decía. El es un sabio, pensaba la madre, vive entre la aristocracia del dinero y del talento, y quizás se avergonzará de mí que no sé hablar bien, ni entiendo nada de las cortesías del gran mundo. Y la afligida mujer suspiraba y lágrimas del corazón rodaban silenciosas por aquellas mejillas marchitas por la edad y la continua brega de la vida.

II

A Gabriel faltábale tiempo para atender á su numerosa clientela, y no sin sacrificio podía dedicar algunas horas al estudio, pues en honor de la verdad, amaba la ciencia con singular predilección. La avidez de perdurable fama devoraba aquel corazón, y parecíanle pocos los muchos triunfos obtenidos. Como hábil cirujano, llegó á ver la vida humana con absoluta indiferencia, y aun con desprecio, y no pocas víctimas fueron sacrificadas al científico frenesí del galeno, sin que la conciencia dormida con sueño de muerte, despertase jamás, Gabriel habíase también olvidado por completo de Dios.

Si el desenfrenado amor á la ciencia hinchó de vanidad á aquel joven y extinguió su fe, habíale hasta entonces librado de trapisondas y amoríos, á los que estaba muy expuesto por su edad y sus personales prendas. Pero el corazón despierta el día menos pensado, aunque no se le haga ruido, aunque se le cierren las puertas de los sentidos, y el de Gabriel despertó lleno de vigor y pujanza.

Una joven de rasgados ojos, de travieso mirar, de esbelto cuerpo y atractivo donaire, sacó de quicio al joven médico que á su pesar veía en todas partes aquel

rostro hechicero. Quiso al principio luchar contra los ímpetus de la naciente pasión; pero ésta le arrolló como alud y cayó vencido ante la deidad que le fascinaba.

No era Gabriel novio despreciable, pero Irene no correspondió al amor que entusiasta le brindaba el enamorado galán, porque tenía novio, á quien amaba con hondo afecto.

Al estrellarse contra escollo tal el cariño de Gabriel, rugieron en furioso oleaje las contrariadas pasiones, y desde entonces sólo pensó en derribar el obstáculo que se oponía á su dicha. Retiróse de Irene para acercarse á Leopoldo, el afortunado joven que poseía el corazón que él anhelaba conquistar.

Y Gabriel y Leopoldo fueron en breve íntimos amigos. Frecuentemente comían juntos y no parecía tener el uno secretos para el otro.

Irene, que nunca dijo nada á su novio de las pretensiones del doctor, vió al principio con malos ojos aquella amistad, pero con el tiempo desechó todo temor, á lo que contribuyó no poco Leopoldo, que elogiaba siempre á Gabriel y teníale por amigo verdadero.

Anunciábase ya muy próxima la boda de Leopoldo é Irene, cuando aquél enfermóse del estómago, según dijo su amigo Gabriel. La enfermedad fué gradualmente

aumentando, y á pesar de los esfuerzos del amigo del paciente, éste llegó al borde del sepulcro.

Gabriel no dejaba la cabecera del enfermo y cuidábale con fraternal solicitud pero opúsose siempre á la junta de médi-



cos que pedía Leopoldo anhelante de vida.

—No hay ningún peligro, decíale Gabriel, sanarás en breve.

Y la esperanza renacía en el corazón del amante joven, pues tenía fe ciega en la ciencia de su amigo. Más aquel mismo día murió Leopoldo, y Gabriel é Irene lloraron mucho por el ser querido.

III

Pasó el tiempo y la intensidad del dolor disminuyó en la joven, que en un momento vió caer todas sus ilusiones. El amigo de Leopoldo iba á la casa de Irene dos veces á la semana, y con las más dulces palabras consolábala de la que él llamaba irreparable pérdida. Las visitas fueron después más frecuentes, y sucedió lo que tenía que suceder, lo que había previsto Gabriel: Irene, que aún conservaba el perfume de su amor primero, no se atrevió á negar la mano de esposa al íntimo amigo de su novio.

¿Quería á Gabriel, ó el primer ósculo de cariño se posó en la frente del muerto representado por su amigo?. Este es un misterio que no me es dado descifrar.

El esposo entró lleno de júbilo al soñado edén, y la pasión se hartó de dicha, y á los fugaces días de la luna de miel, sucedieron otros de atroz y tenaz melancolía. Clientela, amigos, academias, todo abandonó Gabriel, y sólo en su despacho pasaba la mayor parte del día con la vista clavada en el suelo, abstraído en un sólo pensamiento. ¿Era la imagen del muerto lo que quitaba á aquel corazón luz y calor? Tal vez. Gabriel iba secándose como árbol que pierde savia y los médicos no

acertaban á diagnosticar una enfermedad que no lesionaba el cuerpo, sino que se escondía en el fondo del alma.

La voz de la esposa, lejos de ser consuelo para el atribulado esposo, parecía rayo que le hería de muerte.

Cansada Irene de tantas noches de insomnio, y viendo perdida toda la influencia que tenía sobre su esposo, resolvióse á escribir á la madre de éste. Le describió el estado de Gabriel y rogóle fuese á verle.

Algunos días después la señora Chana abrazaba á su hijo, y aunque éste pareció reanimarse un poco, no dilató en caer de nuevo en su mortal abatimiento. Madre y esposa resolvieron llevar al enfermo á su pueblo natal, pues creían de fe que el aire puro y las sencillas distracciones eran eficaz medicina de aquella extraña enfermedad.

IV

Es domingo, y el laborioso pueblo, cuna del ilustre galeno, de ordinario tranquilo, entrégase la tarde de ese día á honestos divertimientos. Algunos viejos y hombres de edad viril reúnense en casa de sus amigos para jugar malilla ó tresillo; los jóvenes, en pos de sus novias van á donde creen verlas, y los muchachos, unos jue-

gan en el prado á cuanto se les ocurre, y otros, á los toros, en la plazoleta del pueblo. En los corrillos no se habla de otra cosa, sino de la llegada del sabio médico Gabriel, orgullo del terruño, al que ha dado lustre y gloria. Ya salió un coche á la estación del Central, que dista algunos kilómetros del pueblo. De pronto, vése á lo lejos por el camino real una polyareda; distínguese luego el coche, y poco tiempo después óyese el tronido del látigo del auriga y el acompasado trote de las briosas mulas.

—¡Allá viene Gabriel, el hijo de señora Chana! claman muchas voces.

En efecto, Gabriel, cabizbajo, hundido en sus profundos pensamientos, vése en la testera del vehículo, al lado de señora Chana y frente á ésta hállase Irene.

El coche entra dando saltos por la única mal empedrada calle del pueblecillo.

Costumbre ha sido de los cocheros al llegar á los lugares poblados, lucir el brío de los brutos que manejan, enorgulleciéndose de mostrarse amaestrados domadores de taimadas cabalgaduras y hábiles guías de briosos tiros, que al reconocer la proximidad del caliente establo, trotan cuellierguidos espumajeando al tascar el freno que los reprime.

Al ruido, aumentado por una turba de chiquillos, que vociferando corren tras el

coche, abriéronse todas las ventanas de la calle, y las curiosas miradas devoraron el enfermizo rostro de aquel sabio, herido de muerte en la plenitud de la vida.

—¡Pobrecillo!

—¡Si viene casi en agonía!

—El estudio le ha abreviado la vida.

Estas ó parecidas frases salían de los labios de los curiosos, en la mayor parte de los cuales la compasión, aunque real, era exagerada.

En aquellos momentos las alegres campanas de la iglesia parroquial, única que existía en el pueblo, llamaban al rosario. El enfermo, al oírlas, alza la abatida cabeza, llévase la diestra mano á la frente como si acariciar quisiera un mundo de recuerdos, y rompe á llorar como un niño.

Instintivamente madre y esposa comprendieron que aquel llanto le era benéfico, y dejáronle llorar cuanto quiso, llorando ellas también silenciosas lágrimas, que más que por las mejillas, rodaban por el corazón.

Llegó el sabio al hogar paterno sollozando aún, y aunque esperábanle parientes, amigos de la infancia y no pocos curiosos, á quienes saludó con afabilidad, rindiéndose aún en aquella situación á su proverbial cortesía, excusóse de recibirlos en

tales momentos porque la fatiga del camino habíale agravado.

Al entrar al cuarto donde rodaron tranquilos y felices los días de su niñez, contemplaba todo con interior delicia. Allí estaba la mesita de pino sin pintar, donde había escrito los primeros palotes, el antiquísimo desvencijado ropero en el cual guardaba desde la camisa dominguera perfectamente planchada por señora Chana, hasta la soga con que lazaba becerros. En la pared clavada aún y ennegrecida por el polvo y las moscas, la misma estampa del patrón del lugar, y en una repisa el trompo y algunos otros juguetes de Gabriel, guardados allí como reliquias por la cariñosa mano de una madre. Hasta el jarrito en que tomaba leche acabada de ordeñar, estaba allí ostentando su brillante cuello verde y su no muy bien formado pico.

A una idea se asociaba otra, y Gabriel parecía salir de un sepulcro y hallar amable como nunca la vida que sentía extinguirse. Así permaneció largo rato ensimismado, sin siquiera fijarse en que su esposa y su madre le contemplaban entre la zozobra y la esperanza.

Volvió á herir de nuevo los oídos del médico el repique de las campanas de la parroquia que anunciaba que cubrían al Santísimo, y otra vez se desató impetuo-

so el llanto de Gabriel, y otra vez ahogábanle los estrepitosos sollozos. Irene y la señora Chana dejáronle solo para que se desahogara á sus anchuras.

Hubieran jurado que Gabriel guardaba un secreto que le atormentaba con crueldad.

El enfermo callaba por algunos momentos para volver luego con mayor ímpetu á las manifestaciones de su tremenda aflicción.

De improviso oye la voz del anciano Cura, quien, concluído que hubo el ejercicio vespertino, apresuróse á ir á saludar á Gabrielillo, á quien trató desde niño y de cuyo carácter más de una vez tuvo mucho miedo.

—Gabriel, mi Gabrielillo, le gritó el párroco desde la puerta abriéndole los brazos.

El médico, impelido vehementemente por su mismo dolor, arrojóse en los brazos del sacerdote, sollozando con mayor estrépito que antes.

El buen cura también le dejó llorar, y cuando Gabriel húbose calmado un tanto, le dijo con voz tan cariñosa como la de un padre:

—No te pregunto ya cómo te ha ido, pues tu semblante y tu llanto me lo dicen todo. Allá en aquella Babilonia, que podrá hacer algunos sabios, pero que sin

duda hace muchos desgraciados, has perdido tu felicidad.

—Sí, señor cura, y lo que es peor aún: la santa fe de mis padres.

—¿No crees ya en Dios como en los dichosos días de tu niñez?

—Hoy vuelvo á creer: esa campana, la bendita campana de mi pueblo, al vibrar en mis oídos después de muchos años de silencio, ha penetrado hasta el fondo de mi alma, y al remover el mar de mis recuerdos, donde creí que todo había naufragado, encuentro el valioso tesoro de la fe perdida. ¿Qué tienen los sagrados bronces que en un momento de inefables vibraciones rinden al hombre más soberbio y más criminal que he conocido?

—Por ellas, hijo mío, habla frecuentemente la voz de la gracia. ¡Dichoso aquél que la escucha!

Una ocasión dos jóvenes colegiales dirigíanse al obscurecer á criminales trapisondas, olvidados completamente de que tenían una alma rescatada al precio infinito del martirio de un Dios; pasaron por un templo y oyeron las lenguas de bronce que llamaban á la oración. Miráronse como sorprendidos; nada dijeron los labios, pero los corazones de ambos trocáronse y fueron al templo á orar los que momentos antes iban á delinquir.

Gabriel, cada vez más conmovido, murmuró con voz apenas perceptible:

—¡Padre, yo tengo un secreto que me mata!

—Nada me admira, hombre eres como todos, lo adivino, tu secreto es un crimen y yo, por divina misericordia, tengo poder para perdonártelo.

—Pues bien, sí, es un crimen, y mañana muy temprano iré á la parroquia para revelarle á usted todo, todo.

—¿Mañana? No, hijo, hoy mismo, en este momento.

Minutos después, allá en la penumbra de un rincón de la sacristía del humilde templo parroquial, cuando ya la luz del sol trepaba á las cumbres para de allí volar á ignotas regiones, y el oro y nácar de las nubes trocábase en verdinegras sombras, Gabriel revelaba el secreto, que con el gusano del remordimiento, había taladrado su corazón.

La salud de Gabriel desde ese instante mejoró con suma rapidez. No volvió á la capital de la República y la fama de la bondad del sabio médico dura aún en el pueblo.

Cuando después algún joven, quería ir á estudiar á la metrópoli, esforzábase siempre en disuadirle.

—No, no; le decía; toda la ciencia del

mundo no vale lo que un sólo rayo de fe, lo que una sola gota de amor, lo que un momento de esperanza. Y solía agregar: bendita, bendita sea la campana dè mi pueblo.

LA PRIMERA NAVAJA DEL PUEBLO

I

Dionisia Pérez, ó Nicha, como la llamaban sus parientes y amigos, fué hija de un maestro de escuela de pueblo, hombre de apenas mediana instrucción; pero de mucha prosopopeya, quien vivió consagrado siempre á la enseñanza de la niñez, que si le dió durante la existencia para mal comer, no pudo darle para el entierro, que fué costeado por el Municipio.

El difunto maestro, á quien no faltaron bríos para corregir enérgicamente aun á los hijos de los caciques—cualidad que si le atrajo rencillas también granjeóle simpatías—no supo, ó no pudo corregir á su hija, que fué siempre su ídolo. Nicha traía á los discípulos de su padre en chismes y

enredos y más de una vez el anciano preceptor sufrió graves perjuicios por la malhadada lengua de aquella diabólica hermosura, porque Nicha era una guapísima lugareña de gentil cuerpo, ojos de almendra, grandes y rasgados, exuberante y fina cabellera, que le caía más abajo de la cintura y de monísima boca diminuta, de correctas líneas y suaves labios rojos como la ciruela. Imposible parecía que tras de aquellos labios se moviese la más afilada navaja del pueblo; pero ello era verdad. Nicha, por carácter era terriblemente satírica y mordaz, y varias ocasiones burlóse inconscientemente, y arrastrada sólo por la fuerza del hábito, hasta de su propio padre, á quien amaba mucho.

No sé si la joven luchó contra su perverso natural, pero si tal hizo, la lucha debe de haber sido débil é inconstante, porque desde que la conocí, niña aún, era difamadora con todas las fuerzas de su alma. Cosa rara: cuando Dionisia lanzaba sus mortales saetas contra el prójimo, la voz de la niña era dulce y hasta salamera; sonreía y los ojos despedían rayos de luz.

En el pueblo todos los hombres de pro eran más conocidos con el mote con que los nombraba la joven, que por sus propios nombres. Hasta el señor cura, venerable por su puesto, carácter y virtud, era llamado por los atolondrados é indevotos

—que no eran escasos—con el mote de Rey de bastos, que le puso Dionisia. Sus pocas amigas de la joven cultivaban su amistad sólo por miedo, y aun adulábanla y aplaudían sus sátiras, muchas veces no exentas de gracia.

Dionisia fué acérrima partidaria del matrimonio, y á pesar del capital defecto que le conocían todos, había tenido, si sus cuentas no estaban equivocadas, siete novios, entre forasteros y lugareños. Tal es el triunfador poder de la juventud y la hermosura; pero siempre acababan las relaciones por una indiscreta frase que á la joven, á pesar suyo, se le escapaba.

A uno de sus pretendientes amó sobre todos con tierno y profundo cariño, á Gerardo, el ayudante de la escuela del padre de Dionisia, eximio dibujante, de malas pulgas, taimado como él solo, perseverante en sus empresas y acostumbrado á salirse siempre con la suya. Fascinado con el palmito de Nicha, acometió la formidable empresa de solicitar el amor de la niña, y digo formidable, porque en aquel tiempo tres jóvenes disputábanse el afecto de Nicha, que estaba en la flor de su juventud, y entre ellos el hijo mayor de un ranchero, que prendado verdaderamente de la hija del maestro de escuela, decidió hacerla su esposa. Triunfó el rico agricultor, y Gerardo soportó la humillación y

siguió rondando la casa de Dionisia y corriendo tras de la niña por todas partes.

En cierta ocasión, la novia arremetió en presencia del novio contra los padres de éste, en términos tan terriblemente satíricos, que el hijo del hacendado, que era muy orgulloso, dió á la habladora Nicha unas tremendas calabazas.

Los otros pretendientes, con excepción de Gerardo, habíanse retirado; pero volvieron á la carga, y uno por uno tuvo la dicha de ser novio de la guapa lugareña, y uno por uno también la fué dejando por horror á aquella lengua que aun al lamer sacaba sangre. Y Gerardo, firme, esperando pacientemente á que algún día triunfara su constancia, como triunfó en efecto. Fijóse Dionisia en el dibujante, cuya perseverancia pregonaba la firmeza de su cariño; del agradecimiento pasó á la simpatía y de ésta al amor.

Gerardo era impetuoso y frecuentemente reñía con su novia; pero ésta le aguantó lo que á nadie, porque tenía la coraza del verdadero cariño, contra la cual estrellábanse las olas de pasajeras discordias.

Un día, arreglada ya la boda, comió Gerardo en casa de su prometida, y en un arranque de ternura dijo á su novio:

—¡Cuánto te quiero, mi pavo!

Oír aquella frase el futuro esposo y

truncir el ceño, fué uno. Tomó el sombrero y sin despedirse salió de aquella casa ardiendo en ira y resuelto á no volver jamás á ella.

He sido víctima de esta bellaca, decía derramando bilis. No tolero burlas de nadie, menos de ella.

Nicha descubrió instantáneamente alguna semejanza entre su novio y el pavo, y sin ninguna dañada intención é ignorando que á Gerardo desde niño, le llamaban en la escuela el pavo, le habló con este mote.

II

La hija del maestro de escuela lloró mucho aquel rompimiento de relaciones. Hízose primero la ilusión de que su exnovio, pasado el primer furioso ímpetu, volvería hacia ella amante y cariñoso, pero cuando pasaron días y más días y Gerardo no volvía, ofendióse profundamente y tuvo la imprudencia de preguntar en la sacristía de la parroquia á una prima del dibujante, cómo se encontraba el joven. En esta ocasión hubo en la calabaceada toda la malicia de la ruin venganza; pero todavía soñaba Dionisia con una reconciliación.

Dos ó tres veces se había encontrado en la calle con Gerardo, y éste, dando resoplidos de ira le había vuelto la espalda

Nicha estaba desesperada; por una parte quería á Gerardo y por otra odiaba el celibato. Los jóvenes del pueblo la miraban ya con indiferencia y aun alguno que otro, con desdeñosa sonrisa. No obstante, esperó algún tiempo que Gerardo se arrepintiese de su locura, como ella decía; pero perdió hasta la última esperanza al saber que Gerardo era novio de su prima, y el día del santo de aquél le mandó una tarjeta postal con un pavo haciendo la rueda. Desde aquella fecha el amor de los exnovios trocóse en odio é hiciéronse una guerra cruel é implacable.

El veraz espejo mostró á Dionisia la primera cana, y desde entonces el carácter se le agriaba más y más cada día. El forzado celibato teníala siempre violenta y el aislamiento era tósigo para su mortal histerismo. Gerardo, que meditaba una venganza digna del mejor dibujante del pueblo, un día sonrió satisfecho y púsola en obra.

Poco tiempo después el dibujo estaba concluído: en el centro de una hoja de cartulina aparecía una hiena con la cara de Dionisia; sacaba una lenguota que tocaba al suelo, y en ella se leía en claros caracteres: "Esta es mi arma y no la envaino." La fiera tenía entre sus garras á un ranchero lleno de heridas el cual representaba al pueblo. En el fondo estaba Ge-

rardo haciendo la cruz con el pulgar y el índice de la diestra mano, y el título de la caricatura, escrito con gruesas letras, decía: "La primera navaja de mi pueblo."

¡Oh, Dios! el entusiasmo que tal caricatura produjo en el pueblo no es para decirlo. Anduvo de casa en casa, y visitó hasta el curato y la presidencia municipal, y todos celebraron el ingenio de Gerardo y desde entonces aumentaron por montones sus discípulos de dibujo. En aquel general aplauso tomaba gran parte la venganza.

—¿No ha visto usted la caricatura? preguntaban á Dionisia algunas de sus antiguas conocidas.

—¿Cuál caricatura?

—La que hizo Gerardo.

No se necesitó más para que Dionisia comprendiese que se trataba de ella, y hubo malévola que le enseñó aquella obra maestra del antiguo ayudante de escuela.

Dionisia devoró en silencio la ofensa, de la que no pudo vengarse, pues sus males agraváronse paulatinamente hasta ponerla al borde del sepulcro. Y es fama que antes de entrar en agonía, fueron éstas sus últimas palabras: "Dijo bien, sí; dijo bien. Esta es mi arma y no la envaino," y sacó la lengua que nadie pudo después volver á su lugar.

EL FALLO DE SAN ANTONIO

Hay en el templo de San Francisco de la ciudad de Zacatecas una escultura del taumaturgo de Padua, sin mérito artístico, pero muy venerada por los católicos. Aun hoy día, los martes entre nueve y diez de la mañana, cruzan las calles céntricas de la ciudad, las pollitas zacatecanas, que van á la misa de diez, que semanariamente se celebra en honor del santo. Y es fama que el milagroso paduano ha hecho matrimonios sin gastar repulgos. El ha vencido muchas veces la apatía de los jóvenes casaderos que desdeñan tanto seductor palmito, pues hecho innegable es que esta noble y leal ciudad es jardín de femeninas hermosuras. Basta dar un paseo los domingos en la tarde por la Alameda, para quedarse alelado con esas caritas de Serafín que fuerzan á creer en el paraíso.

Y conste que mi aserción no es lisonja. ni estudiada galantería, sino homenaje á la verdad debido.

Mas si las niñas piden buen marido al santo, otras pídenle dinero. dos cosas dificilísimas de obtener por la escasez, cada día más notable, de lo uno y de lo otro.

Exhausto de plata acuñada hallábase el honrado carpintero Crispín Ornelas, pues, aunque hombre de bien á carta cabal. no era de los más aventajados en su oficio. y su cotidiano quehacer reducíase á insignificantes composturas de muebles y remiendillos, que no valían la pena, motivo por el cual estaba siempre á la cuarta pregunta.

La familia de Crispín componíase de su esposa, que contaba una cuarentena de Eneros, y á pesar de la pobreza, y frecuentemente miseria de su esposo, reventaba de gorda; y de media docena de diablillos. para calzar los cuales necesitábase más dinero del que ordinariamente ganaba el infeliz artesano

Crispín había nacido y desarrolládose en una atmósfera de sencillez y piedad, medio en que vivió la mayor parte de las familias de nuestros antepasados, cuando no había aún ferrocarriles, ni luz eléctrica, ni Bancos, ni tantas otras cosas que me sé y me callo porque no quiero camorra con nadie, y que en montón hanos traído el pro-

greso. Era también devoto de San Antonio el humilde carpintero, y sus cuitas eran tantas como sus deudas, y éstas muchas y en diario aumento. No hallaba ya humano arbitrio para salir de aquel abismo de apuraciones. Su fe y su piedad lleváronle á los pies del patrón del honorable ayuntamiento de Zacatecas, pues en aquellos religiosos tiempos los ediles de esta noble y leal ciudad, se acogieron al patrocinio de San Antonio á quien juraron patrón del municipio.

Todos los días, entre tres y cuatro de la tarde, hora en que el templo de San Francisco estaba siempre desierto, Crispín dirigíase á él, entraba á la capilla del santo, situada á la izquierda en un amplio crucero. La imagen hállase colocada bajo de un arco abierto en el centro del altar, de suerte que aquélla se ve por el frente y por la espalda en el resto del crucero que queda tras del altar. Al llegar el carpintero arrodillábase devotamente, se persignaba, y después de rezar algunos padrenuestros con sus correspondientes avemarías, clamaba en voz alta:

—Señor San Antoñito, ya hice mis cuentas, necesito para salir de todas mis apuraciones mil pesos cabales, sin que falte uno sólo; dámelos, pues de ellos tengo mucha necesidad.

Luego santiguábase media docena de

veces por lo menos, besaba la tierra y salía del templo con la profunda convicción de que el santo oiría sus ruegos.

Todos los días, por mucho tiempo, era la misma cantinela. Si hoy no me oye, me oirá mañana, decía con admirable fe el carpintero, la oración debe ser perseverante.

Una tarde paseábase por el barrio de San Francisco un rico minero á quien designaban con el apodo de el "Marqués," seguramente por su afición á la sangre azul, ó por su estudiada fachenda, y, ora fuese por religión, ora por curiosidad, entró al templo y oyó la oración que en alta voz hacía el carpintero. Sonrióse, no sé si por burla ó porque le cayese en gracia. Volvió al siguiente día, y la misma plegaria, y otro, y varios más, y Crispín erre que erre apremiando al santo.

El rico minero debía de tener muchas horas de ocio, pues diariamente por la tarde recorría parte de la ciudad, buscando en qué divertirse, y urdió que el humilde carpintero fuese una de las víctimas de sus divertimientos. Una tarde dijo el minero á su mozo, presentándole una talega de pesos nuevos de la cual extrajo solamente uno.

—Victoriano, traete ese dinero oculto bajo tu "sarape" y vente tras de mí.

El mozo obedeció, y amo y criado en-

camináronse hacia el templo de San Francisco.

La iglesia estaba enteramente sola, ni el carpintero había llegado. Sonrióse el Marqués, pidió al mozo el talego y lo colocó en el altar á los pies de la escultura de San Antonio, luego, por una puerta que conduce á la parte del crucero situada tras del altar, dirigióse al camarín que dicha parte forma y ocultóse tras la cortina que cubre la luz del arco á espaldas de la imagen. Allí permaneció en pie algunos minutos sin hacer el menor ruido, mientras el mozo, sentado en un banca, veía con curiosidad el extraño proceder de su patrón.

No tardó en llegar Crispín, y después de los acostumbrados padrenuestros y avemarías, alzando los afligidos ojos hacia la imagen oyóse en todo el templo el mismo cotidiano hondo clamor:

—Señor San Antoñito, ya hice mis cuentas, necesito para salir de apuraciones mil pesos cabales, sin que falte uno solo, dámelos, pues de ellos tengo mucha necesidad.

Apenas acabada la oración, oyó una voz que á Crispín parecióle dulcísima, y no le cupo la menor duda que era la voz del santo.

—Crispín, hijo mío, le dijo, allí tienes en el talego que á mis pies está el dine-

ro que me has pedido; pero te advierto que tú querías mil pesos cabales y sólo son novecientos noventa y nueve.

—No importa, santito mío, respondió el carpintero rebosante de alegría, quien da los novecientos noventa y nueve, dará el uno que falta, y cogiendo ansioso el repleto saco, salió del templo á toda prisa. El minero y su mozo diéronsela también para salir tras del devoto, á quien alcanzaron muy pronto.

—Entregue usted ese dinero, que es mío, dijo el Marqués á Crispín, asiéndole por un brazo.

—No lo entrego, replicó indignado el artesano, este dinero es mío, muy mío.

—¿Quién se lo dió á usted?

—Señor San Antoñito.

—¡Miren al embustero! ¡A la cárcel con él!

Y los tres fueron ante el juez de lo criminal, quien riéndose del caso oyó la querella del uno y la contestación del otro. Citólos para el siguiente día y el dinero, entretanto, quedó en depósito en el Juzgado

Pocos días después, el juez sobreseyó en el juicio por no haber delito que perseguir y ordenaba en el auto la devolución del dinero al dueño de él. El Supremo Tribunal confirmó el auto de sobreseimiento, pero condenó al Marqués á perder el dinero á favor de Crispín, por haber-

se burlado de la fe y piedad del artesano. Todos llamaron á este fallo, el fallo de San Antonio.

El rico minero, al notificarle la sentencia, sacó un duro de la bolsa y dijo á Crispín, que estaba presente:

—Guárdalo y completa los mil.

—¡No lo decía yo! exclamó regocijado el carpintero, San Antoñito me daría los mil pesos cabales sin faltar uno solo.

TAL PARA CUAL

I

Agustín Benavides, colegial de agudo ingenio, buen corazón y audaz hasta la temeridad, estaba haciendo brillantísima carrera en el Seminario Conciliar de Durango —pues en aquella época los seminarios daban magnífico contingente á las carreras literarias,—los maestros deshacíanse en elogios del joven estudiante, quien año por año presentaba el acto público de estatuto. Mas estaba cansado, muy cansado, no tanto del estudio, cuanto de las privaciones á las que, por seguir una carrera, obligábale la pobreza. Más de una vez decidióse á arrojar á la mitad de la calle los libros de Filosofía y á buscar un empleo cualquiera que aligerara la pesada carga de la vida; pero revocaba su resolución ante los ruegos de su anciana madre.

A aumentar el candente anhelo del estudiante vino el amor que le inspiró una aristocrática joven de la más encumbrada categoría, no sólo por su prosapia de abolengo, sino también por su crecido caudal. Hija única de don Rosendo Galván y de doña Serafina Plancarte, era Matilde amor y gloria de sus padres, que en ella se veían.

La joven, por maravilla, no abusaba de aquel cariño, y sus deseos, siempre satisfechos, conteníanse dentro de las justas aspiraciones de su elevada jerarquía social. Afable y discreta, granjeábase la estimación de cuantos la trataban, y aunque no era una belleza, tenía poderoso atractivo y singular donaire.

Don Rosendo, hombre de mucho mundo, egoísta, socarrón y mentiroso cuando vió á Matilde en edad de tener esposo, alarmóse mucho, y en su interior la condenó á perpetuo celibato. Temía, con razón, que su fortuna atrajera á los pretendientes. Hay tantos, pensaba, que buscan en el matrimonio las comodidades de la riqueza y no las satisfacciones del corazón. El egoísmo paternal tomó también gran parte en la resolución del millonario. Ni uno más rico que él separaría de su lado á la hija de su alma.

Bien sabía don Rosendo que de tal decisión Serafina iba á ser la más terrible

enemiga; pero el banquero era fecundo en argucias, y sonreíase satisfecho al considerar las que inventaría para persuadir á su mujer.

Lo peor de todo era que había observado que á su hija no le caía mal el maldito estudiante. Una que otra furtiva mirada de Matilde púsole patitieso. Si no daría la mano de su hija ni á un Nabab, ni al rey del petróleo, ni al del acero, ni á ninguno de los multimillonarios yanquis ó mexicanos, iba á casarla con un pelele de baja estofa que faltábale de seso lo que de audacia le sobraba. ¡Imposible! El humillaría á aquel presuntuoso mozalbete

II

Agustín, entretanto, no se durmió, no sólo llovieron amorosos billetes en la casa de la rica heredera, sino que dióse maña para hablarle algunas palabritas en casa de una amiga. Y el corazón de Matilde, que por lo suave era yesca, ardió con el fuego de aquellas palabritas. Sobre todo, la frase: "amo á usted con toda mi alma," le calcinó el pecho hasta en la más escondida arteria.

Los libros de Filosofía estaban cerrados y llenos de polvo, en cambio, el de las ilusiones era leído de cabo á rabo por el

enamorado galán que se hallaba ya en plenas relaciones con Matilde.

Los maestros de Agustín quejábanse con la madre de éste, de que su hijo se había entregado á la disipación; que frecuentemente faltaba á clase, motivo por el cual empañaría la ganada buena fama con la segura pérdida de aquel año de estudio. No le entran ya consejos á Agustín, decía el Rector, y es una lástima.

Un día, por ciertas palabras de su madre, comprendió el joven que ésta temía que anduviese en criminales trapicheos, y llorando por el dolor de la autora de sus días, á quien tiernamente amaba, revelóle todo, todo. Le manifestó su inquebrantable resolución de amar siempre á Matilde y hacer cuanto pudiera y aun lo que no pudiera por casarse con ella. La fe de los enamorados se parece á la de los santos y no es extraño, porque en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, es el amor la pasión más fuerte.

Madre é hijo acabaron por llorar juntos, de esperanza el uno, de temor la otra. ¿Quién era su pobre hijo para aquella joven tan rica y que como tal debía de ser muy orgullosa? ¿Valía algo el talento? ¿Conquista hoy la virtud muchos corazones? y la experiencia de la anciana respondía á estas preguntas: El oro es el gran conquistador en este mundo. El ta

lento y aun la virtud á él se han vendido muchas veces.

A aquellos dolorosos pensamientos replicaba la fe de la buena madre con palabras de eterna verdad.

—No ha muerto el Dios de mis padres, que es mi Dios, á El fío la causa de mi hijo. Hay aún y habrá siempre almas buenas en medio de la universal idolatría del becerro de oro.

III

Pasease Agustín por las primorosas alamedas de la ciudad. El amor hále sacado de quicio: quiere casarse con Matilde y ésta quiere casarse con él. ¿Qué más se necesita que dos voluntades firmes y decididas?

No habrá, de ello está seguro, nadie que quiera pedir para él al millonario la mano de su hija. Si él fuera rico, tal vez; pero es un pobre colegial sin porvenir aún. No importa, trabajará, siéntese capaz de heróicas empresas. El amor es fuerte, muy fuerte; pero también es loco de atar, y en aquel momento las ideas de Agustín son las de un loco, pues se resuelve á ir él en persona á pedir la mano de Matilde. Y pensarlo y dirigirse á la casa del banquero fué todo uno.

No voy á cometer un crimen, se dijo: el

cariño da derechos, y más aún el cariño correspondido.

Llegó al despacho del banquero y llamó suavemente á la vidriera de la puerta.

—Adelante, contestó con voz grave don Rosendo.

Estaba el banquero hojeando un legajo de documentos, alzó la vista por encima de los anteojos, y no fué poco su asombro al mirar frente á él al colegialillo.

—¿Qué se le ofrece á usted? díjole sin siquiera indicarle que se sentase.

—Pues mi negocio es muy sencillo, repuso Agustín sin turbarse, cuestión de dos palabras.

—Hable usted

—Vengo.....

—No tengo en qué ocupar á usted, dijo don Rosendo interrumpiendo al joven y con la dañada intención de humillarle.

—No vengo á pedir empleo, sino algo que vale mucho más.

—No presto dinero.

—No pido dinero

—Pues ¿entonces?....

—Vengo á pedir á usted la mano de su hija Matilde.

El sofocón que sufrió el banquero fué terrible. ni siquiera pudo hablar. Quedóse contemplando á Agustín de hito en hito Aquella audacia era inverosímil. Poco des-

pués sonrióse con maligna sonrisa y dijo con arrogancia al audaz mozalbete:

—Mi hija lleva un millón para el desayuno, ¿qué lleva usted para la comida?

Agustín comprendió la intención de don Rosendo de humillarle, é impertérrito contestó:

—Con tan buen desayuno, ¿á quién le quedan ganas de comer? No comeremos señor don Rosendo, no comeremos.

Tan inesperada respuesta desconcertó por un momento al banquero, que boquiabierto miraba á Agustín, mas vuelto en sí, repuso iracundo:

—Quítese usted de mi presencia.

—Volveré cuando usted haya reflexionado, murmuró el colegial, hizo una cortés reverencia y sonriente salió del despacho.

IV

Bien lo había previsto don Rosendo; la mortal enemiga de su resolución fué Serafina. ¿Pues no le cayó en gracia á la estúpida de su consorte la insultante contestación del atrevido colegial?

—Es un necio, decía don Rosendo.

—No le conoces bien, replicaba Serafina.

—Se ha burlado de mí.

—El enamorado inconscientemente se burla de todo el mundo, y no hace más

de vengarse, pues todo el mundo se burla de él. Tú querías humillarle.

—Y el pillastre me ofendió.

—Tú le ofendiste primero.

—Pero, mujer, sé racional.

—Te conozco de cara y mañas. Tú lo que quieres es que nuestra hija no se case jamás.

—Y no se casará. Te lo juro

—Se casará, como dos y tres son cinco.

—Aun suponiéndolo, no se casará con ese pelagatos.

—Matilde ha nacido para el santuario del hogar. Conozco bien á mi hija.

—Para su felicidad no necesita ese santuario.

Estas disputas eran cotidianas, y claro es, con el maternal apoyo, Matilde seguía obstinada en querer á Agustín.

—Confía y espera, decíale á su hija, yo quebrantaré la cerviz de la serpiente.

No hay para que decir que la serpiente era don Rosendo.

A la hora de sobremesa, cuando Matilde se iba á sus habitaciones, empezaba la diaria disputa, que concluía siempre con la huída del banquero. ¡Demonio! Después de un cùarto de siglo de paz octaviana, en que no se había oído en su casa una sola palabra que subiese de mesurado tono, tener que soportar aquel alud de gritos y aquellas nerviosas contorsiones

de la Serafina que al pie del altar le juró amor, y con esto, como era natural, respeto y resignada sumisión.

Aquello no era ya vida. Además, Matilde estaba muy triste, y antes era alegre como día primaveral. Todo, todo había cambiado en el hogar de don Rosendo hasta los criados que antes eran respetuosos, pero afables, tenían hoy cara de sargento primero.

Hallábase el capitalista enfrascado en aquellos pensamientos, cuando ocurriósele una idea salvadora, sin duda, á juzgar por el relámpago de regocijo que le inundó el rostro.

Esto es decisivo en pró de mis proyec tos, exclamó. Veremos que puede oponer en contra la testaruda de Serafina.

Ese día estuvo contento y hasta chancis ta durante la comida, y á la hora de la batalla, llenó hasta los bordes la taza del café, encendió con estudiada calma—que no pasó desapercibida para Serafina—un magnífico puro y miraba de soslayo á la temible enemiga.

Traes alguna trampa, pensó Serafina mas ya te conozco, marrullero.

Don Rosendo tosió, Serafina también Aquella tosidura fué como el clarín que anuncia el combate.

—Estás matando á Matilde, clamó Serafina, con dolorosa voz.

—Quiero la felicidad de mi hija. ¿Cómo no la había de querer? Pero ese matrimonio es imposible.

—¿Porque Agustín es pobre? Esa no es razón, nosotros somos ricos.

—No es eso, Serafina. ¿Qué me importa á mí que ese rapazón no tenga un centavo? Hay otro motivo que no puedo decirte.

—Sea cual fuere, debes decírmelo.

—Si tú lo exiges.... pero conste que sin este inesperado suceso, y sin tu exigencia no te lo hubiera dicho nunca.

—Bueno, conste y adelante.

—Pues has de saber.—El banquero tragó saliva.—No puedo, no puedo.

—Habla, no soy caprichosa; si la causa de tu obstinación es racional, no insistiré en defender á la hija de mi alma de tu inexplicable tiranía.

—¿Quieres que hable? Sea.

—Te oigo.

—Durante mi juventud, no fuí un santo. ni mucho menos, tuve un desliz; pero conste que fué solamente uno y este, en un momento de aturdimiento, de diabólica sugestión. Don Rosendo vió á su consorte, tragó saliva y continuó:

—¿Te he dicho lo bastante?

—Si no me has dicho nada.

—Debías haberlo comprendido: ese matrimonio, agregó con solemne voz, es im-

posible porque Agustín es mi hijo. He aquí el "pro" de mi causa.

Y don Rosendo inclinó la cabeza avergonzado.

Doña Serafina quedóse algunos momentos contemplando á su esposo, sonrióse con socarronería y dijo con admirable tranquilidad:

—La revelación que de hacerme acabas, no es obstáculo para la dicha de Matilde.

—¡Qué dices! ¿No es obstáculo?

—Ya que te has confesado conmigo, en justa correspondencia me confesaré contigo. Yo como tú, soy pecadora, tuve un desliz, nada más uno, también por diabólica sugestión, y Matilde no es tu hija. He aquí el "contra" de tu causa.

Don Rosendo se quedó boquiabierto, rascóse una oreja y luego la cabeza. Siguió una escena muda que se prolongó por algunos momentos, después de la cual los esposos soltaron una tremenda carcajada

—Eres terrible, dijo el banquero.

—Tal para cual, respondió la esposa.

—Basta, basta, que se case Matilde.

El estudiante acabó su carrera y fué médico notable.

Y no hubo remedio, Matilde y Agustín se casaron y fueron tan felices como serlo pueden dos personas virtuosas en este pícaro mundo.

SI DIOS QUIERE

Era Tomás un barretero alegre, decidor, de grandes simpatías entre la femenina plebe, y audaz hasta la temeridad, aun cuando no estuviese bajo la influencia del alcohol, pues desgraciadamente había seguido el ejemplo de sus camaradas, los más sobrios de los cuales, embriagábanse aunque fuese de tarde en tarde. Hay entre los barreteros la errónea creencia de que el mezcal les da vigor para los rudos trabajos, y aun prolonga una vida frecuentemente enfermiza, á causa del tiempo que los pobres operarios permanecen en las entrañas de la tierra, donde falta la luz del sol, el aire es poco y la humedad mucha. Es raro, muy raro, encontrar entre ellos la virtud de la temperancia.

No era Tomás, ciertamente, de los que se entregaban al vicio con frenesí, é impe-

lidos al crimen por el alcohol, van á agotar en una prisión su miserable vida; pero casi todos los domingos echaba su trago y algunas veces se excedía hasta embriagarse. Y era una lástima, porque el mozo aquel tenía valiosas cualidades: además de su personal valor, reconocido por todos los que le trataban, y de su carácter jovial, era un buen amigo y un hijo modelo.

Corrían los aciagos tiempos de la intervención francesa, el mariscal Forey acababa de establecer las Cortes Marciales, y tocó á Tomás ser en Zacatecas uno de los primeros delincuentes por ellas juzgado.

Una noche el joven andaba de parranda con algunos de sus amigos; el maldito alcohol cortó al patriotismo las riendas de la prudencia y empezaron á vociferar contra los "gabachos." El dueño del tendajón donde los trasnochadores bebían, tuvo miedo y los echó á la calle. Fuéronse gritando "mueras" á los franceses, y Tomás, que estaba ya fuera de su razón, propuso á sus compañeros el asalto á pedradas de un cuartel de infantería.

En medio de destemplados gritos armáronse de piedras, desencajando algunas del empedrado de las calles, echáronlas en sus "jorongos" y dirigiéronse al cuartel de Santo Domingo.

Minutos después caía sobre las puertas

del cuartel una lluvia de piedras y el centinela daba el grito de alarma. El mancebo no supo más; al día siguiente, cuando despertó, estaba preso. Sus amigos probablemente habían huído.

Fué conducido ante el terrible tribunal que debía juzgarle sumarísimamente. Veinticuatro horas después el audaz barretero fué condenado á muerte. El Secretario leyóle la sentencia, pero Tomás no se inmutó, ni hizo el menor extremo. Acostumbrado desde niño en sus trabajos de minas, á ver el peligro frente á frente, habíase familiarizado con el pensamiento de la muerte; además, no obstante sus defectos, era creyente, tenía fe en Dios, y en lo íntimo del alma á El se encomendó.

Llamóle la atención al Presidente del Tribunal aquella serenidad, aquel desprecio de la vida, y dijo al reo:

—¿Lo oye usted? Mañana será fusilado.

—Si Dios quiere, contestó impertérrito el preso.

—Quiera Dios ó no quiera, repuso iracundo el Presidente.

—Si Dios quiere, volvió á decir el reo

Tomás salió del palacio del poder judicial, que es el mismo donde hoy se halla el Supremo Tribunal de Justicia, custodiado por cuatro soldados franceses. Salieron por la puerta que da al callejón de Veyna;

dos soldados iban delante del condenado á muerte y los otros dos detrás. Poco antes de llegar á la esquina que forma dicho callejón con la calle de la Compañía, Tomás dió un paso hacia atrás, aceleradamente asió por el cuello á los dos franceses que venían tras él y los arrojó con fuerza contra los dos que iban adelante, y los cuatro cayeron por tierra. Inmediatamente dobló la esquina y sentóse con la mayor tranquilidad en el marco de la primera puerta que encontró, con el cuerpo encorvado y simuló amarrarse la correa de un huarache. El ancho sombrero de petate cubríale todo el rostro. Apenas se había colocado en esa actitud, pasaron muy cerca de él los cuatro soldados á toda carrera, lanzando gritos de rabia. Sonrióse Tomás, púsose en pie, y paso á paso siguió por el mismo camino que acababa de recorrer y dejó impertérrito el callejón de Veyna.

—Dios no quiso, murmuró agradecido en lo íntimo de su alma, al hallarse frente al costado Norte de la que hoy es la Catedral.

La autoridad buscó en vano á Tomás por todas partes. Sus amigos no le han vuelto á ver desde entonces, ni á él, ni á su anciana madre, quien desapareció de Zacatecas el mismo día de la fuga del hijo.



POR LA DICHA AJENA

I

Como á ocho kilómetros aproximadamente, al Sur de la ciudad de Durango, hállase situada la fábrica de hilados "El Tunal," una de las mejores de la República, famosa especialmente por su manta trigueña, de la que en otro tiempo tuvo grandes ventas.

La fábrica se mueve por el agua del río que baja de la sierra; la toma se hace de una presa situada á no muy larga distancia de la fábrica, y llega á ésta por una ancha acequia abierta al pie de las montañas y sombreada por no interrumpida hilera de añejos fresnos y sauces.

Altas montañas limitan el valle por todos los rumbos, menos por el Oriente, y por el centro de aquél, culebrea el río, que

no es caudaloso, pero cuya corriente no se corta casi nunca.

Casitas aquí y allá forman pintoresco pueblecillo á donde van á veranear muchas familias de la ciudad. Algunas de esas casas están situadas á orillas de la acequia y surgen poéticas entre el follaje que las circunda.

Los leñosos tallos de las hiedras de azules flores de brevísima vida, trepan hasta las azoteas.

El panorama que presenta el pueblito y la fábrica rodeada de huertas, está llena de color y de vida.

II

Era el mes de Septiembre; varias distinguidas familias durangueñas habían rentado casa para pasar una corta temporada en el pueblito. Don Santiago, dueño de ella, con su esposa é hijos, redújose á vivir en dos piezas independientes con vista al patio cubierto de flores y árboles que formaban lozano jardín.

Leonor, la hija de don Santiago, era una niña que se despedía ya de la adolescencia y entraba en el florido vergel de la juventud; su conjunto de soberano atractivo, tenía singular espiritualidad; en la mirada de sus ojos garzos, mezclábanse la melancolía y la dulzura, y el terso y pá-

lindo óvalo de su rostro resplandecía con angelical pureza. Aunque no muy alta, conocíase á primera vista el precoz desarrollo de su cuerpo. Parecía también haberse anticipado en ella la luz intelectual. El ceño que algunas veces plegaba las cejas de la joven, indicio era de los primeros combates de las pasiones, y alguna que otra silenciosa lágrima, señal del ímpetu primero del cariño.

Había crecido en aquel ameno pueblecillo, sin ir casi nunca á la ciudad. El maestro del lugar habíale dado lecciones y apenas aprendió á mal leer y escribir, pero pensaba mucho, mucho. La posición de don Santiago era desahogada, gracias á su laboriosidad y extrema economía.

Leonor, desde su niñez, presenciaba año por año, los juegos de estrado con que los jóvenes de ambos sexos se divertían en las temporadas que pasaban en la casa de su padre. Tomó afición á todos aquellos juegos que se sabía al dedillo, y nació en su corazón la simpatía por las señoritas y señoritos de la ciudad.

Cuando la pubertad con sus vagos anhelos, su ansia de cariño y su torbellino de ilusiones, habló á aquella alma criada en la floresta, Leonor se estremeció de emoción. Su principal libro había sido el campo, la montaña, el río, el cielo, la Naturaleza entera, con sus melancólicos tintes,

sus alegrías llenas de luz, de calor y de vida y su dramática fuerza desarrollada en el huracán y en las tormentas; todo esto había influído tan poderosamente en el alma de la niña, que su carácter tenía algo de la poesía de la Naturaleza y de su magnífica excelsitud.

III

Entre el grupo de jóvenes que estaba de temporada en la casa de don Santiago sobresalía Eugenio, por su perenne alegría, sus agudos chistes, hijos del ingenio y no de la malicia, pues hasta sus sátiras eran inofensivas. A Leonor cayóle en gracia aquel rostro franco y simpático, en cuyas frescas mejillas anunciaba poblada barba, fino vello, parecido á la peluza de los melocotones del huerto. Empezó por pensar mucho en él y acabó por amarle apasionadamente sin la más remota esperanza de ser correspondida. ¿Quién era ella, pobre lugareña sin educación ni cultura para soñar con el amor de aquel joven de brillante porvenir? Además, otro valladar se levantaba entre Eugenio y ella: Aurelia, la novia del joven, señorita de esmerada educación y de no escasa belleza y que amaba á Eugenio con toda la vehemencia del primer amor. Era Aurelia una morena de incomparable gracia, sus

negros ojos de extraordinaria viveza y tan expresiva, que sus ademanes hablaban antes que su voz.

Leonor, más de una vez, al través de los rosales del patio, sorprendió á los novios en amoroso diálogo. Desde allí vió muy bien en los juegos de estrado, que los ojos de la una buscan sin cesar á los del otro, y al encontrarse desbordantes de ternura, relampagueaban de regocijo. Y la enamorada muchacha lloraba sin querer, y aun alguna vez sintió ira, envidia, celos, ó todo junto, contra la dichosa elegida por el corazón de Eugenio.

Un día la encontró el joven á quien había llamado la atención que los ojos de Leonor estuvieran frecuentemente clavados en él.

—Niña, díjole con afecto. ¿Por qué me miras tanto?

Las mejillas de Leonor pusiéronse rojas como las amapolas del prado, bajó la vista y deshebrando una punta del delantal, contestó muy turbada:

—Me gustan los juegos de estrado, y como usted los explica tan bien, le oigo con atención para aprenderlos.

—Hermosa niña, ¿Vendrás una tarde á jugar con nosotros?

Por única respuesta la muchacha rompió á llorar y fuese corriendo por el jardín.

—¡Pobrecilla, es muy tímida! murmuró Eugenio.

Y desde entonces Leonor no volvió más á la enramada desde donde veía los juegos; pero si algún curioso se hubiese asomado por el agujero de la llave, hubiera visto afocado hacia Eugenio un lindo ojo donde ardía la luz del amor.

IV

En una de esas tardes de otoño, tibias y fragantes, en las cuales todo habla de cariño á los juveniles corazones y en el alma se siente hervir la vida y de su exuberancia brotan racimos de ilusiones, Eugenio, después de los juegos de estrado, animados como nunca, fuése en compañía de Pedro, mozo de toda su confianza, á bañar al río, á un lugar que, por su arenoso fondo, era el preferido de los bañadores

La alegría de Eugenio se desbordaba cantando por el camino populares canciones. Llegó á la margen del río cubierto de espeso jaral, y momentos después, cantando aún, de un salto arrojóse al agua.

Sucede frecuentemente que las grandes crecientes ahondan algunos lugares y atierran otros. Hacía pocos días que el río había crecido tanto, que inundó la tienda de raya de la fábrica y en varios puntos

se juntó con la acequia que corre por el pie de las montañas. Eugenio, en la confianza de que aquel lugar le era conocido, no tomó ninguna precaución. Al caer al agua, no halló terreno firme donde pisar y poseído de terror sintió que se hundía más y más. Pudo con soberano esfuerzo, salir á la superficie: con angustioso grito pidió socorro, y braceando sosteníase á flote con gran trabajo. Pedro, que no sabía nadar, fuése á todo correr á pedir auxilio. Al recibir la funesta noticia, muchachos y muchachas corrieron al río, y Aurelia entre éstas con el pánico pintado en el semblante.

Antes de llegar, divisaron por entre el jaral, un bulto que corría precipitadamente, llegó á la orilla y sin desnudarse, se arrojó al agua.

Cuando asustados y jadeantes llegaron todos al río, Leonor estaba en la playa y tenía en el regazo el desfallecido cuerpo de Eugenio. De pronto, no conocieron á la niña, pues la sangre empapaba su rostro y casi todo el brazo derecho. Al tirarse á nado con loca precipitación, estrellóse el cráneo contra una roca. Cuando se sintió herida, clamó con indecible angustia:

—¡Dios mío, te pido sólo unos momentos de vida para salvarle!

Y Dios le concedió esos momentos, y

al llegar hasta ella los jóvenes en tropel y Aurelia á la cabeza de ellos, díjole á ésta con lentitud y honda ternura:

—Señorita: allí le tiene usted salvo para que sea feliz. Dijo, inclinó la cabeza sobre el cuerpo de Eugenio y expiró.

MUERTO EN VIDA

I

Los nefastos días de encarnizada guerra civil, hacia los cuales no se vuelve sin horror la vista, corrían para la patria que contemplaba á sus hijos sojuzgados por el ímpetu exterminador de las pasiones. Era el año de 1858: acababa de tomar posesión de la Comandancia militar de Zacatecas el egregio General Manero, y del Gobierno el sabio y virtuoso abogado don Vicente Hoyos, una de las olvidadas glorias zacatecanas, que vive sólo en la memoria de sus leales amigos.

Después de la acción de Carretas, Castro y Auza se incorporaron al ejército de Zuazua, que constaba de cuatro mil quinientos hombres, y se dirigieron á Zacatecas, donde Manero contaba solamente con setecientos.

El pundonoroso comandante militar, engañado por falsos informes de algunos vecinos de las haciendas de Salinas, Trancoso, Zóquite y San Pedro, tuvo por cierto que apenas llegarían á seiscientos soldados los que atacaran la ciudad, é ignoraba que un agente que el enemigo tenía en la hacienda de "El Carro," interceptaba la correspondencia, y por lo tanto, que el General Miramón le ordenaba evacuar la plaza.

Preparóse, pues, para la defensa: situó doscientos hombres en la Bufa, y el resto lo distribuyó entre la Parroquia, hoy Catedral, la Ciudadela y Santo Domingo.

A las diez de la mañana del 27 de Abril más de tres mil hombres atacaron el cerro de la Bufa, y trabóse una lucha que duró diez horas, hasta que al puñado de valientes que mandaba Manero, se le agotó el parque. El joven héroe dirigióse entonces al señor Gobernador Hoyos, que le había acompañado.

—El parque, le dijo, se ha agotado y el enemigo está muy cerca; bájense usted y sus compañeros, y pónganse bajo la salvaguardia de alguno de los vicecónsules extranjeros.

—¿Por qué no capitula usted señor General? le preguntó el señor Hoyos.

—Porque no tengo orden, ni del Supremo Gobierno ni del General Miramón.

Además, me veré obligado á entregar al enemigo mis muchachos y mi artillería. Prefiero perecer á presenciar tal cosa.

Como el señor Lic. Hoyos insistiese, y los vencedores avanzasen á bayoneta calada, Manero empujó al Gobernador, que rodó por un despeñadero cerca del crestón chico de la Bufa, y de ese modo obligóle á huir. Si hubiese caído prisionero sin duda habría sido fusilado, pues por su talento y el gran partido que tenía entre los hombres de valer, era muy temido de sus adversarios.

En aquellos momentos de confusión el señor Lic. Hoyos, sin ser perseguido, pudo llegar hasta el callejón de Prieto; pero veíanse por todas partes las blusas rojas y era imposible avanzar más sin ser descubierto. Atrevióse entonces á llamar á la puerta de una casa; abrióla una señora de regular edad y de simpático rostro.

—¿Qué se ofrece? preguntó al licenciado.

—Soy, contestó con voz firme, el licenciado Vicente Hoyos, ocúlteme usted.

La señora palideció intensamente; temblando cogió de la mano al gobernador y subióle á un cuartucho situado en la azotea, y como éste no tenía puerta, cubrió con un petate el espacio á ella destinado, y luego bajó precipitadamente. Era tiempo; en esos momentos llegaba el esposo de

la generosa mujer: un teniente del ejército de Zuazua. El militar tomó una frugal cena y sin siquiera sacudirse el polvo de la batalla, salió á reunirse con los suyos.

Toda esa noche y el siguiente día permaneció en su escondite el licenciado Hoyos, y la pobre mujer, con el Jesús en la boca, temiendo las iras de su esposo si era descubierta. Al obscurecer subió á la azotea y dijo al licenciado:

—Señor: he hecho por usted cuanto he podido, no puedo hacer más.

—Lo comprendo, y Dios se lo pagará á usted. Consígame un "jorongo" y un sombrero de petate para marcharme luego.

Poco después, el señor licenciado Hoyos, en compañía de la criada de su salvadora, salía, entre otras parejas de la plebe, por el callejón de las Campanas. Dirigióse á una casa de la calle del Chepinque, donde pasó la noche, y á la madrugada del siguiente día, salió para la hacienda del Maguey.

II

A las ocho de la noche del mismo día del asalto, la Bufa fué tomada por los liberales y hechos prisioneros el ilustre general y varios de los oficiales, que la habían defendido con heroico valor. Manero, rodeado de más de mil hombres, con el

semblante sereno y la frente erguida, cruzó las principales calles de la ciudad. Algunos de las desenfrenadas turbas hacían ante él ridículas genuflexiones, mientras los tambores y pitos tocaban la bárbara pieza denominada "El Mitote."

El general Manero fué conducido al Hotel Francés, del que era propietario don Genaro Gerard; allí pasó la noche, y al siguiente día 28 de Abril, llevaron al mismo hotel á los señores Landa, Drechi, Aduna y Gallardo y á los demás oficiales hechos prisioneros la víspera. Landa tenía en su abono haber salvado la vida á Juárez y á Ocampo.

Del hotel fueron conducidos al Instituto. No sé si hubo Consejo de Guerra en forma, pues moneda corriente era en aquella calamitosa época, suprimirlo para fusilar á los prisioneros. Es el caso que al siguiente día fueron encapillados.

Moviéronse cuantas influencias se creyeron eficaces para salvar á los desgraciados militares, especialmente al heroico joven Manero, que era muy querido de los zacatecanos.

El comercio ofreció ochenta mil pesos por la vida del egregio general, pero Zuazua exigía medio millón y la entrega de la plaza de San Luis.

Algunas encumbradas señoras zacatecanas apelaron al último recurso, y asegúra-

se que pagaron á los soldados del pelotón que debía fusilar á los prisioneros porque no hirieran de muerte á Manero. Sea de esto lo que fuere, Julio Cervantes, capitán de cívicos, que mandaba el pelotón no estaba en el secreto, á juzgar por el hecho que referiré.

Desde el 29 de Abril estuvieron á la vista de los condenados á muerte los ataúdes en que debían ser enterrados; no se accedió á la súplica de los prisioneros de elegir al Padre Castro, hermano del gobernador confesor, sino que se les impuso como tal que después de la batalla tomó posesión del Gobierno, y se les previno que, si hacían testamento ó escribían para sus familias, se entregara todo sin cerrar, al referido sacerdote.

Basta á mi propósito, la carta del capitán Gallardo para su esposa. Hela aquí:

"Adela mía:

Voy á morir por la más santa de las causas. Ruega á Dios por mí y no olvides á quien te amó siempre con todo el corazón. Adiós. Hasta el cielo."

Al siguiente día 30 de Abril, á las once de la mañana oyóse en toda la ciudad el fúnebre toque de agonía. En ese momento, los reos políticos Manero, Landa, Drechi, Aduna y Gallardo, eran conducidos al patíbulo por las siguientes calles: del Instituto, callejón del Hospital, primera calle

de los Bolos hasta llegar á la de las Peñitas, que era entonces un muladar, y allí fueron fusilados.

Cuando el esclarecido mártir Manero marchaba al suplicio, pidió un vaso de agua al capitán Cervantes, y éste le contestó:

—¡Qué agua, ni qué agua! Voy á dar á usted balazos.

El general, sin dirigir el menor reproche, inclinó resignado la cabeza.

En Enero del año siguiente de 1859, Cervantes pagó aquella crueldad. Fué aprehendido en compañía de cuatro oficiales, á inmediaciones de Aguascalientes y todos, condenados á muerte, según la ley de conspiradores. Cuando caminaban para el patíbulo, al pasar frente al mercado de dicha ciudad, llamado "Parián," Cervantes pidió un vaso de agua y no hubo quien se lo diera.

Los cadáveres de los ilustres muertos fueron tendidos en el Instituto. El Padre Castro notó con estupor que el del capitán Gallardo se movía ligeramente. A nadie comunicó lo que acababa de observar, pero dióse prisa para arreglar que echaran á los muertos en sus cajas. La destinada para Gallardo fué llena de piedras, y el sacerdote—que era muy influyente—dióse maña para transladar en coche á Gallardo al convento de la villa de Guadalupe.

Algo sospechó entonces del complot para salvar al general. Estos bárbaros, pensó, confundieron á Gallardo con Manero.

III

Cerca de un año permaneció en el convento de Guadalupe el capitán Gallardo bajo el cuidado de los frailes y de un médico italiano, curándose de la grave herida que recibió, y al fin, enteramente sano abandonó aquel hospitalario asilo y huyó con dirección á la capital de la República. Las ejecuciones habían sido públicas, y los nombres de los muertos publicados en el periódico oficial.

La esposa de Gallardo, dama de distinguida y sobresaliente belleza, lloró la muerte de su esposo, pero joven aún y sin sucesión, no tardó en consolarse con nuevos amores y contrajo segundas nupcias.

El proscrito Gallardo anhelaba volver á Zacatecas, para unirse con su esposa, pues amábala apasionadamente y conservaba pura la fragancia del recuerdo de la que había sido fiel y amante compañera de su vida; pero la escasez de recursos y el temor á encarnizados enemigos, impidiéronle realizar sus deseos. Pensó en escribirle y contarle su milagrosa salvación y prolongadas desventuras, pero ignoraba si aún residía en Zacatecas, y en

aquella época cualquier uniformado gandul violaba impunemente la correspondencia.

Un día, en una de las calles más céntricas de la ciudad de México, cuando la tristeza del ausente bien nublaba la frente del apuesto joven, y el alma en melancólico éxtasis volaba hacia el nido de sus amorosos afectos, divisó á una dama que en el majestuoso continente parecíase á la amada esposa.

—¡Oh, poder de la ilusión! se dijo, juraría que esa mujer es mi adorada Adela. Para contemplarla de perfil, pasóse á la otra acera, y casi cayó al suelo desfallecido. ¡No me engañes, corazón, clamaba. Es ella, mi inolvidable Adela.

Siguióla trémulo de emoción. La distinguida señora entró á una elegante casa. Gallardo acercóse al portero y preguntóle.

—Vive aquí la Sra. Adela de la Fuente?

—Sí, señor, la esposa del Coronel Meléndez.

—¿Es casada??

—Sí, señor.

—Qué, ¿no es su esposo el capitán Gallardo?

—Es viuda de él. Fué de los fusilados en Zacatecas.

En esos momentos, una niña de corta

edad, hermosa como la pureza, gritaba al pie de la escalera:

—¡Mamá, mamá! ¡Ya llegó mamasita!

—La misma cara de mi Adela. Es su hija. Dice bien el portero, fuí fusilado y no tengo derecho á la vida; mas hoy me hieren de nuevo con herida peor que la primera. No turbaré la ajena dicha.

Suspiró, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, y clamó después de brevísima interior lucha:

—¡Adiós para siempre, Adela mía!

Desde entonces nada se ha vuelto á saber del capitán Gallardo.



PALABRA DE HONOR

I

Catorce años contaba Víctor, simpático muchacho en cuyos vivísimos ojos al través del regocijo y travesura de la edad, brillaba una chispa de varonil grandeza. El moreno rostro, afable y de bellas facciones, tomaba á veces un aire de marcial gravedad. El y su hermana Eloísa, eran el más valioso tesoro de la opulenta casa de don Bibiano Méndez, varón ilustre por su literaria cultura y muy estimado por su caritativo corazón.

Don Bibiano consagrábase á la educación de sus hijos con heroica perseverancia, y especialmente á la de Víctor, pues infundíanle temores los arraigados defectos de los hijos de sus amigos; defectos que, en opinión del señor Méndez, podían

oficialmente corregirse con una esmerada educación. Alarmaba, sobre todo, al observador padre, la falta casi absoluta de viriles caracteres que en alta estima tuviesen la humana dignidad, y en las cuales en oportuno tiempo se imbuyese un vivo sentimiento del verdadero honor, del honor cristiano que lo sacrifica todo ante el ara del deber.

Preocupábale tanto á don Bibiano este pensamiento, que con discreción, pero constantemente, enseñaba á su hijo cuanto redundase en pro de los paternales anhelos, y sobre todo, más que con la palabra, enseñábanle con el ejemplo.

En cierta ocasión ofreciéronle al padre por una finca de su propiedad una fuerte suma. El negocio era bueno y contestó al comprador: Es de usted la finca. Media hora después presentóse ante el señor Méndez otro comprador ofreciéndole doble cantidad que el primero, pues la codiciada propiedad, por especiales circunstancias era de gran interés para uno y otro de los compradores.

—Está vendida, contestó don Bibiano.

—Pero aún no hay minuta de contrato, objetó el interesado.

—He dado mi palabra.

—Nadie puede obligar á usted á cumplirla, cuando no se ha otorgado documento alguno legal. Es una locura que usted

se prive de la lícita ganancia de algunos miles de duros.

—Mi palabra vale más que minutas y públicos instrumentos, respondió con seriedad el señor Méndez. Repito á usted que la casa está vendida y no faltaré á mi palabra ni por todo el oro del mundo.

El comprador encogióse de hombros, y salió del despacho del señor Méndez, admirado, no de su dignidad y honradez, sino de lo que él llamaba estúpida obstinación.

Víctor había presenciado tal escena, y estuvo, durante ella, colgado de los labios de su padre. Cuando salió el comprador, dijo con íntima persuación:

—¡Vaya un señor terco, papá. No sabe lo que es palabra de honor!

El padre se sonrió satisfecho. No necesitaba decir nada, el hijo había recibido la lección, y tan bien la aprendió, que á la semana siguiente la repitió en el colegio. Vendió una pelota á un compañero, y después de ajustado el trato, otro llegó á ofrecerle por ella hasta tres veces más que aquel; pero el formal Víctor no sólo rechazó indignado la oferta, sino que reprendió severamente al estudiante que se atrevía á proponerle que un hombre faltara á su palabra.

II

Eloísa estaba muy entusiasmada por ofrecer flores á la Virgen en el mes de Mayo. Sería el último año de tal gozo, pues los purísimos días de la niñez desprendíanse de ella para no volver jamás. Su padre pagaba anualmente los gastos de un día, y la función religiosa celebrábase con la mayor posible pompa. En la mañana de ese día, Eloísa dijo á su hermano:

—¡Qué gusto me daría, Víctor, llevar esta tarde á la Virgen un ramo de azucenas, de aquellas que cortamos en la cumbre de la montaña, cuando fuímos á pasearnos con papá!

—¿Por qué no las has de llevar, Eloísa? Yo te las traigo.

—¿Tú?

—Sí; hoy es sábado, no tengo clase en la tarde; acabando de comer subo al cerro, corto las flores y antes de las cinco las tienes en tu poder, para que en nombre de ambos las ofrezcas á la Purísima Virgen.

—¡Qué bueno eres, Víctor! ¿Me lo prometes?

—¡Palabra de honor!

La niña conocía bien á su hermano. había dado su palabra y esto era tanto como tener ya las flores en la mano.

Después de la comida, don Bibiano, sin

que lo advirtiera Víctor, salió de casa á urgente negocio, motivo por el cual, éste no pudo solicitar el paterno permiso para ir á traer las flores; pero encargó á Eloísa avisara á su padre de la causa que le obligaba á salir sin previa licencia.

La tarde era bella, pero muy calurosa, y Víctor llegó al pie de la montaña sudando á chorros; reposó unos momentos y luego emprendió decidido la ascensión por el camino más corto, pero más pendiente y escarpado. En trechos tenía que asirse de las rocas para poder trepar la cuesta. En una de estas veces desencajó la piedra que le sirvió de apoyo y asido de ella rodó hasta el fondo de un despeñadero. Cayó de bruces é incorporóse luego, se llevó las manos á la cabeza, que le dolía mucho y las retiró empapadas en sangre.

El corazón le dió un vuelco, tuvo miedo y ganas de llorar, pero la reacción fué inmediata. Los hombres no lloran, se dijo, y púsose en pie para probar sus fuerzas.

Aún tengo aliento para subir, exclamó, y subiré, cuésteme lo que me costare. Y sin vacilar emprendió de nuevo la peligrosa ascensión. Tramos había en los que el valiente muchacho necesitaba para no caer, arrastrarse por el suelo, hasta que al fin, exhausto de fuerzas, con el traje hecho pedazos y los pies, manos y cabeza ensangrentados, llegó á la cima de la mon-

taña. Algunos momentos después Víctor ostentaba en la diestra un gran ramillete de fragantes azucenas, y emprendió el regreso por otro camino mucho menos peligroso.

III

Las graves notas del órgano acompañan el tierno canto:

Venid y vamos todos
con flores á porfía,
con flores á María,
que Madre nuestra es.

Una multitud de niñas vestidas de blanco y coronadas de azahares suben las gradas del presbiterio del altar mayor, llevando flores á la Virgen. El celestial atractivo de la inocencia y la sencillez del piadoso acto conmueven todos los corazones. Eloísa no se mueve de su lugar, está triste, y por salir á sus ojos pugnan las lágrimas. De vez en cuando vuelve la rizada cabecita hacia la puerta principal. ¡Inútil esperar, Víctor no llega! Tardanza tal es muy extraña.

De repente, abriéndose paso por entre la compacta muchedumbre, avanza un niño que lleva un ramo de azucenas en la mano. Algunas devotas al verle desgreña-

do, roto y con manchas de sangre, tómanle por un pilluelo, y quieren en vano contenerle, pues el niño por la fuerza se abre paso y llega hasta donde está su hermana. Pone en manos de ésta el ramillete y dícele:

—He cumplido mi palabra, aquí tienes las azucenas para la Virgen.

—Pero ¿te han pegado? contestó la niña asustada.

—No te alarmes, fué una caída que no vale la pena. Arrodillóse, saludó á la Virgen y salió luego del templo, porque ya no pudo más, estaba desfallecido. Con un poco de descanso y algunas curaciones, estaría bueno y vigoroso, como en efecto lo estuvo.

Eloísa subió al presbiterio y al poner el ramo en manos del párroco para que las colocara en el altar, vió en la aterciopelada blancura de algunas corolas, manchas rojas. Adivinó cuanto había pasado, y clavando una tierna y profunda mirada en la imagen de la Purísima, díjole, no con los labios, sino con el alma:

—Madre, allí están tus flores; van bordadas con la sangre que te ofrece mi hermano. Consérvale su honor siempre inmaculado.



UN CASO DE POSESION DEMONIACA

¡Infeliz Alicia! decían los vecinos de una ciudad, que tanto puede ser de la República mexicana, como de cualquier parte del mundo, y hasta villorrio ó rancho. ¡Infeliz Alicia! casóse tan joven, tan sin mundo, y luego fué á caer en las garras de una suegra, que aunque por santa la tiene la común opinión, como madre política no lo es, no puede serlo.

Y ¡cuán primorosa era Alicia á los catorce años! No había en el femenino jardín flor de más lozana belleza. Y aquella hermosura empezaba á marchitarse en temprana edad. Helado cierzo, quemante escarcha, destructora tormenta, todo era para su hija política doña Genoveva González, viuda de Tinoco, amartelada madre de don Luciano Tinoco, joven dócil, obe-

diente y laborioso, pero el cual, desde su matrimonio, según decía, hallábase en el terrible dilema de ser mal esposo ó mal hijo, y en continuas vacilaciones, sin decidirse á ser lo uno ó lo otro, era malo con ambas, al decir de éstas. Repartía entre las dos las caricias y las reprensiones, endulzadas cuanto le era posible para que su amargura no excitara los mujeriles nervios; pero esposa y madre no se daban por satisfechas, porque aspiraban al monopolio de las primeras. La suegra, sea dicho con mucha reserva, hubiera querido para ella todas las maduras, y para su nuera todas las duras. No lo decía, pero como si lo dijese. Y era doña Genoveva buena de verdad: hacendosa, devota, afable y nada murmuradora, pues aun de Alicia decía, y era mucho decir, que era un ángel, pero que necesitaba educarla porque había llegado cerril y montaraz al santuario del dulce hogar.

No había en la familia injuriosas frases, ni escandalosas reyertas. Alicia era un carácter pasivo, á todo resignada; pero sus gustos, sus anhelos, sus aspiraciones, tan contrarias eran á los de su madre política, que desde el momento de casarse había vivido en violenta opresión. A la joven, por razón de su edad, gustábanle los paseos; á la vieja, por razón de la suya, encantábale la soledad y el reposo. La

una anhelaba el ruido, el juvenil regocijo; la otra, el silencio, la mística tristeza Aquélla amaba las ilusiones con sus fragantes rosas y sus luces de colores; ésta la profunda melancolía de los recuerdos. Y en medio de aquellos polos, un indeciso esposo, joven aún, quien tan pronto jugaba como niño con la amada esposa, como discurría grave y formal con la también amada madre.

Y era lo peor de todo, que el dinero, que si no da la dicha, á conseguirla ayuda, no andaba muy sobrado, y era la distribuidora la experta vejez y no la aturdida juventud. Y en honor de la verdad, doña Genoveva gastaba la plata bien gastada. prefería siempre lo necesario á lo superfluo, lo útil á lo hermoso. Mas por bien gastado que tuviese el dinero, doña Genoveva era para Alicia una intrusa que ejercía soberanía en sus legítimos dominios y aquello no era para tolerarse. Además, vaya usted á convencer á las soñadoras cabecitas de que las ilusiones son tortas y pan pintado. Los sueños de oro de los juveniles dominios pertenecen y es atentatorio arrebatárselos; es robarles las breves dichas que les dan, que aunque falaces son encantadoras. Desde que el mundo es mundo, los ancianos trabajado han sin descanso, porque los jóvenes sean viejos en el pensar. ¡Labor inútil! Empresa tal la

llevan á cabo el tiempo y el desengaño. Y es una lástima que los juveniles rizos y las venerables canas que entre hijos y padres tejen trenza de amor no puedan, sino por excepción, tejerla entre nueras y suegras.

Doña Genoveva era para la oprimida Alicia un sermón perpetuo, pero un sermón sin pizca de unción, con prosopopeya de dómine y tono de profeta.

—No te asomes á la ventana, niña, que en una mujer casada, la maledicencia clava con gusto su maligno diente.

Huye del peligro que en el mundo abundan los amantes de la fruta del cercado ajeno.

El recato debe ser habitual en la casada. Tus ojos para tu esposo, que por los ojos entra el pecado en el alma. Por la vista perdióse David, el gran David, ¿qué esperas tú que no eres ni un pelo de la barba de aquel rey formado según el corazón de Dios?

Y por ese camino seguía la buena de doña Genoveva, de día y de noche, y hacíalo con tan buena fe, que al poner la cabeza en la almohada sentíase satisfecha de haber gastado tanta saliva con el noble fin de formar el corazón de Alicia.

Alguna vez dijo á la predicadora un experimentado sacerdote:

—Doña Genoveva, hay que dar á la juventud lo que á ella pertenece sin desdo-

ro de la cristiana dignidad y sin manchar la conciencia. Los viejos como nosotros, debemos amoldarnos á la debilidad de los muchos y no á la fortaleza de los pocos. Menos sermones y más obras, que una sola buena acción enseña más que un infolio de menuda letra. Cata estos consejos, que para la felicidad de tu familia son dados.

Pero doña Genoveva cerró los oídos á palabras que juzgó necias, y desde entonces vió á aquel sacerdote con prevención, aunque sin faltarle nunca en lo más mínimo al respeto y consideración.

II

Era encanto de aquel hogar una graciosa niña, que parecía angelito escapado del cielo. La inocente hallábase en la edad de las monerías, y hacía tantas y tan en gracia caían á los que de verdad la amaban, que comíansela á besos y lanzaban sobre ella una verdadera tempestad de almibarados epítetos.

Apenas los albores de la razón empezaban á despuntar en aquella encantadora niña, la abuelita se apoderó de ella con cariñoso ímpetu, con el loable fin de formar una virgen de la talla moral de Santa Teresa de Jesús.

Y como era de temerse, la bonachona

deña Genoveva cortaba en botón las fragantes rosas de las infantiles alegrías. Quería que su nietecita pensase y obrase como ella, y á lograr tal fin empleaba todos sus esfuerzos.

Alicia observaba á su suegra, y aunque nada le decía, el avinagrado semblante revelaba continua violencia. En cierta ocasión desbordóse la reprimida alegría de la niña: corrió por toda la casa, quebró algunos platos, descompuso la máquina de coser y dejó las macetas sin una flor, y lo peor de todo, negóse absolutamente á oír la prédica de la abuelita, motivo por el cual ésta le dió un coscorrón que arrancó á la nieta lágrimas y prolongados gemidos. Alicia yérguese amenazante con el rayo en la mirada y la reprensión en la boca Coge de la mano á su hija y encarándose con doña Genoveva, dícele indignada:

—He soportado hasta hoy sus impertinencias, sus necedades, sus injusticias. Si fuí tan débil ó tan bárbara para sufrir resignada el insoportable dominio de usted, hoy, que este alcanza á mi hija, rompo el yugo que nos oprime antes de que su peso nos enerve y nos embrutezca. De hoy más, nosotras en nuestras piezas y usted en las suyas. Y si alguien se opone á mi resolución, ancho es el mundo y Dios está en todas partes; mi hija y yo abandonaremos para siempre esta casa.

Imposible es pintar la cara que á palabras tales puso doña Genoveva, La nieta asustada de aquel extraño acontecimiento, calló instantáneamente, y la abuela abrió la boca, quedóse con la mirada fija y las manos abiertas y levantadas á la altura de los hombros, mientras Alicia, altiva y desdeñosa, sentíase valiente y decidida como jamás se había sentido. Su corazón despertaba de un profundo letargo

Doña Genoveva, después de algunos instantes de completa paralización, originada por el estupor, volvió en sí, santiguóse repetidas veces y exclamó con aspaviento.

—¡Jesús, Jesús, Jesús! El diablo se te ha metido, desdichada Alicia. Vuelve en tí que te pierdes y pierdes á tu hija.

—Sí; es verdad, el diablo está aquí, en esta casa, en la figura de una suegra; pero ya le arrojaré de ella.

—¡Jesús, Jesús, Jesús! replicó la anciana arrojando bocanadas de aire, y á todo correr salió de la pieza.

Aquel acontecimiento era tan extraordinario, que no podía haber sucedido sino por directa intervención diabólica. ¡La mansedumbre, la dulzura, la bondad misma trocada en un momento en insultante rebelión! Aquello no era para visto.

¡Pobrecita Alicia, se le ha metido el diablo!

Doña Genoveva, aferrada en tal idea,

mal se echó el manto, y encaminóse al Palacio Episcopal, tan aprisa, como su edad se lo permitía.

La quejosa describió al Prelado con vivísimos colores la escena doméstica que acababa de pasar y tanto exageró los hechos, que la verdad quedó eclipsada.

El virtuoso y sagaz obispo quedóse contemplando de hito en hito á la señora doña Genoveva González, viuda de Tinoco y díjole después de exhalar hondo suspiro:

—Mal anda su casa, doña Genoveva, "el diablo está allí." Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un retintín que la viuda no entendió ó no quiso entender.

—Sí, Ilustrísimo señor, de ello estoy segura: este es un bien comprobado, caso de posesión demoniaca. Ruego á V. S. I. se sirva exorcizar á la energúmena.

—Hija mía: lo que importa es que no viva usted con el diablo. Hoy mismo sale usted de esa casa, ó arroja de ella á su hija política.

—Pero, Ilustrísimo señor, quizás un exorcismo, uno solo fuere bastante....

—Nada, nada. Es mi paternal autoridad la que ordena. Y no espero que usted me desobedezca. Y el Prelado, sin dar lugar á réplica, alzó la diestra mano, exorcizó, digo, bendijo á doña Genoveva, quien compungida, volvióse á su casa.

La anciana era de muy buena conciencia y no se atrevió á desobedecer, aunque para ello la aguijoneara el deseo. Luciano aprobó la decisión episcopal, pues ésta ponía término á las vacilaciones que le torturaban.

—Y tú, le decía doña Genoveva, ¿qué vas á hacer? ¡Pobrecito hijo mío!

—Yo, mamá, me quedo á vivir con el diablo porque le amo con toda mi alma.

—¡Jesús mil veces, gritó doña Genoveva, santiguándose, ya se te está metiendo á tí también ese malévolo!

Y no hubo remedio: los diablos se quedaron en su casa y doña Genoveva en la suya.

La indiscreción de un familiar hízome saber después que el celoso prelado, en secreta circular previno á los sacerdotes de la diócesi que escudriñaran con sumo cuidado y apostólico celo, la conciencia de las suegras en el Tribunal de la Penitencia, y negaran la absolución á las reincidentes.

Al mes, el noventa por ciento de las mamás políticas estaba sin absolución, no tanto por lo trascendental de sus pecados, sino por la manifiesta obstinación en seguirlos cometiendo; pero la mía, por fortuna, fué del número de las absueltas.



REGRESO DE LA DICHA

I

No era Margarita una hermosura, pero tenía talento, carácter y el inefable atractivo de la gracia. Rica, mimada, creció siendo el embeleso del hogar, y desde la adolescencia, aristocráticos jóvenes disputáronse el cariño de la rica heredera; pero no había llegado aún para aquel corazón ardiente la hora del amor. Margarita, halagada en su vanidad, alegrábase de ser querida, pero sin entregar á nadie su afecto. Correspondía con sonrisas y hasta con tiernas miradas á los jóvenes que la requebraban, y aun llegó á esforzarse por querer á alguno, mas el corazón permanecía indiferente. Los pretendientes, heridos en su amor propio, vengábanse de ella llamándola coqueta, aunque en su presencia

se deshiciesen en galanteos y cumplimientos.

Don Jaime Muñoz amaba á su hija con singular ternura y holgábase de que trajera al retortero á los galanes que en derredor de ella pululaban. ¡Vaya si Margarita es una fortaleza, solía decir, puede andar entre el fuego sin siquiera sentir el calor!

La niña, que por desgracia había perdido á su madre, cuidaba de dos hermanas, una en la infancia, aurora de hermosura que anunciaba un día esplendoroso, y otra en la pubertad, que ya estudiaba en el espejo el porvenir de una belleza en botón.

Grandes temporadas pasaba el millonario don Jaime en su finca de campo hacienda de muchos sitios de ganado mayor, henchida de semoviente y con extensos laboríos. La casa principal ó casa grande, como la llamaban los sirvientes, era un viejo caserón de anchas paredes, amplias piezas de altos techos, huerta y dos grandes patios, en uno de los cuales había un abandonado jardín que contrastaba con las pieles hacinadas en el corredor por estar de ellas repletas las bodegas. Toda la casa, aunque cómoda y bien ventilada, estaba muy lejos del artístico refinamiento de las modernas construcciones. En el primer patio, junto á un

añejo mezquite, crecían algunas plantas raras y hermosas, compradas por Margarita en la capital de la República, pues para don Jaime era más emocionante contemplar los montones de pieles, que no olían á ámbar, que un jardín en plena florescencia.

Había ya mordido el corazón del rico propietario el feroz é insaciable gusano de la codicia y aunque no podría en rigor llamarse avaro, su ansia de riqueza era ya desordenada. No obstante, á diferencia de los avaros, sostenía con esplendor la categoría social de su familia: abundante y suculenta mesa, ricos trajes, lujosos muebles, todo era bueno en casa del millonario.

Con el rápido aumento del capital crecía también el orgullo, natural aliado de la opulencia, si la virtud no le pone coto. Cuando don Jaime iba á la ciudad en magnífico coche de viaje tirado por cinco soberbias mulas y tras del vehículo varios mozos bien armados, jinetes en briosos corceles, y satisfecho, tendía una mirada por sus vastas propiedades, sentía brotar de su corazón una oleada de regocijo que enardecía más y más el anhelo de acumular riquezas.

¡Qué temporadas se pasaban en la hacienda!

Los amigos del millonario, que eran

numerosos, como ordinariamente son los de los ricos, hacían frecuentes visitas á la familia Muñoz. De los parientes de los empleados, sólo dos ó tres muchachas de las menos cursi y de las más pulidas en el bien hablar, á juicio de don Jaime, solían, de vez en cuando, asistir á las fiestas de las Muñoces, y tenían á honra ser invitadas, aunque fuera á servir, como sucedía siempre, de damas de honor á la amable Margarita y á sus caprichosas hermanas, quienes aunque lindas como día primaveral, sabían perfectamente que el oro las elevaba sobre todas las que las rodeaban. Y ¡oh, miseria humana! la vanidad de las unas contagiaba á las otras, quienes ya que no podían fundarla en la riqueza la cifraban en servir á las que la poseían.

Meriendas, paseos á caballo, partidas de caza, eran en el campo las ordinarias diversiones de la familia y sus amigos, y en casa: juegos de estrado, comedias de aficionados, tertulias y hasta bailes de todo el día y toda la noche. Aquello era un continuo holgorio, apenas concluía una fiesta y se inventaba otra, y luego otra.

Don Jaime rara vez asistía á tales diversiones: allí estaba su hija que le representara, inexpugnable baluarte contra las mundanas seducciones. Ya había observado el padre que varios jóvenes, flor y

nata de la aristocracia, andaban perdidos por aquel palmito de incomparable gracia, ante el cual humillábanse enamorados sin obtener nunca la victoria. Esta muchacha, decía, no se casará nunca, y mejor mucho mejor, ¿no tengo yo oro que dejarle que vale más que todos los maridos del mundo?

Lo que jamás había observado don Jaime, era que, la atmósfera de holgorio que por todas partes envolvía á su hija, era terrible rémora para el desarrollo de sus no comunes cualidades, y éstas no serían fructíferas sin ancho campo en que ostentar su celestial hermosura.

II

Anualmente venía de la capital de la República, á hacer importantes compras, un rico ganadero, pero este año la influenza postróle en cama, motivo por el cual envió á Federico, su hijo mayor, para que hiciera tales compras, y al efecto, dióle carta de presentación para el señor Muñoz.

Era Federico, joven de buen corazón pero finísimo calavera que empleaba las tremendas armas de su varonil belleza y de su esmerada educación, en asaetear femeninos corazones, y no pocos se habían rendido á la conquistadora fuerza de aquel corruptor, que buscaba el placer con inacabable voraz ansia.

Don Jaime, que, aunque serio por carácter, presumía de cortés, y lo era en efecto, sin exageradas fórmulas, recibió con júbilo al joven mexicano, que debía dejarle algunos miles de duros.

La casa del hacendado fué desde sus antepasados muy hospitalaria con todos, pero especialmente con los compradores. Don Jaime obsequiábalos espléndidamente, pero los más maliciosos solían decir que cobrâba con ganancia tales obsequios. Sea de ello lo que fuere, es el caso que muchos, particularmente los jóvenes, aun concluídas sus compras, permanecían algunos días en la hacienda, atraídos por las incesantes diversiones, y sobre todo, por las muchachas, de las que había siempre en la casa grande un espléndido ramillete.

Don Jaime, después de recibir dignamente á su recomendado, le presentó á la familia y á los amigos que hallábanse en la sala bailando lanceros acompañados del piano. Margarita tocaba, y sin perder el compás lanzó estrepitosa carcajada en el tono de la pieza, al ver las equivocaciones de uno de los bailadores, imberbe joven que daba los primeros pasos en el arte de Terpsícore.

Al entrar Federico acompañado de don Jaime suspendióse el baile é instantáneamente murió la risa de Margarita al cla-

var los ojos en aquel joven guapo y de aire distinguido y la sobrecogió raro estremecimiento.

En la presentación cambiáronse las frases de estilo, mas Margarita habló maquinalmente. La luz de dos grandes ojos negros habíale fascinado.

III

Ya no son tan frecuentes las diversiones en la casa grande; cuando las hay, duran poco, y Margarita se cansa de sus amigas, á quienes deja solas muchas veces. Gusta de la soledad y contra su costumbre se ha hecho muy madrugadora. Tiene todo su encanto en el huerto. Hoy ama las flores como no las había amado nunca, y á la hora del desayuno, hay siempre en la mesa en un rico florero, un ramillete de las que ha cortado en la mañana.

Han herido á la niña los rayos de los ojos grandes, llenos de luz, y ella, que en opinión de su padre podía andar en el fuego sin sentir el calor, tiene calcinado el corazón por vivísima llama.

Besa el primer rayo de sol los celajes del Oriente; á dorar empieza las excelsas cumbres; las flores del huerto abren sus aterciopelados botones y pagan las caricias del céfiro con suave fragancia; los pajarillos, jubilosos ante la luz, que es alegría, y ante la Naturaleza, que es vida,

exhalan cantos de amor que se unen al himno de alabanza que la creación eleva á su Creador.

Federico y Margarita, allá, bajo la parra secular que trepa con sus guías al elevado muro y baja con ellas hasta tocar la tierra, hablan de un porvenir de inefables venturas.

Federico es elocuente. ¡Con cuán vivos colores pinta las dichas del hogar! ¡Con cuán candentes palabras exalta los goces del cariño! Margarita casi no habla, no puede hablar. La joven alegre y traviesa que venció á tantos, está hoy vencida. Su dominante orgullo duerme embriagado por el narcótico del amor.

IV

Don Jaime quedóse boquiabierto cuando su hija le anunció que en breve pedirían su mano y que amaba á Federico con todo el corazón. El millonario se había equivocado, Margarita, aunque fuerte contra los halagos de Cupido, no era invencible y en un abrir y cerrar de ojos triunfó de ella el joven mexicano. ¿Amaba éste á Margarita? Acostumbrado á galantear á las muchachas, y aun á las que no lo eran, siguió al principio, impelido por la costumbre, unas relaciones semejantes á muchas otras que había tenido.

Paulatinamente descubrió en Margarita

algo que no había visto en sus anteriores novias. Las virtudes de la joven antes enervadas, empezaban á resplandecer al calor de un hondo afecto y aquel esplendor atraía á Federico.

No tiene madre, pensaba, y su padre, aunque no es malo, está embelesado con el oro y carece de la intuitiva mirada maternal. El joven no se engañaba. A Margarita no le atraían ya las diversiones de otros días; sus pensamientos son hoy serios y profunda su meditación. Comprendió que su novio había frecuentado una sociedad corrompida, y aconsejada por el amor emprendió la formidable empresa de purificarle. La paz y suave alegría del campo, la soledad que instintivamente nos remonta al cielo, la divina pompa de la Naturaleza que habla de lo infinito y el amor puro que es inacabable fragancia y bálsamo para las heridas del alma, elementos eran con los que contaba la enamorada doncella.

Margarita ganó gradualmente la voluntad del calavera, y un día tuvo la dicha de llamarle esposo. Mas ¡ay! ¡cuántas lágrimas tuvo que derramar! ¡cuántas humillaciones que sufrir! ¡cuántas violencias qué dominar! Los breves días de la luna de miel deslizáronse como manso arroyo por la floresta, mas presto, las pasiones trocáronle en furioso torrente.

El esposo volvió á su antigua vida. De vez en cuando, arrepentido deteníase en la pendiente que le arrastraba al abismo, mas volvía á caer vencido por la fuerza de la costumbre. La amante esposa no disminuía para él, ni la ternura ni los discretos y oportunos consejos. Hubo un momento en que el abandono llegó á tal grado, que la desolada Margarita creyó que se habían agotado sus alientos para la lucha.

Hay en el humano corazón escondida fuerza física y moral como de reserva para los grandes peligros, para los terribles dolores, para los profundos afectos. Fuerza que no conocemos y que se desarrolla en el oportuno momento. La fuerza moral de Margarita, que había dado ya pruebas de su grandeza, creció inmensamente al ser madre. La joven traviesa, y al parecer casquivana, ceñida hoy con la corona de madre, es todo un carácter.

El esposo volvió sobre sus pasos atraído de nuevo al hogar por la dicha y el orgullo de padre; pero volaron los pocos meses de paz y de unión y los malos hábitos le sojuzgaron de nuevo.

Aumentó entonces el vigor de la contienda. La lucha fué continua, gigantesca y silenciosa, sin explosiones de ira, sin reproches, sin amenazas; lucha de años en que las lágrimas de la mártir rara vez hu-

medecían los ojos, sino que taladraban el corazón. Federico no podía substraerse á la consideración de las virtudes de su esposa. Comparábala con las mujeres que había conocido y le parecía imposible no estar siempre al lado de ella pagando con firme y grande amor tanta abnegación, tantos heroicos sacrificios. Tales consideraciones triunfaban siempre, y el abatido espíritu del esposo volvía al dulce hogar, amante y arrempetido.

Brilló al fin para la mártir el día de la completa victoria. La dicha había salido de aquel hogar arrojada de él por las pasiones, y sólo de vez en cuando, asomaba su divina faz para huir de nuevo; mas hoy vuelve para no separarse nunca de los que ha buscado con tierna y constante solicitud. ¡Y decimos que la felicidad huye de nosotros! ¿No sería más cierto que nosotros somos los que de ella huimos?

Y vuelve la mensajera del cielo, conquistada por la perseverante virtud y el heroísmo de la mártir, cuando ya el invierno de la vida á nevar empieza las soñadoras cabezas, y cuando las lágrimas del desengaño y del dolor han marchitado los corazones. Pero el arrepentimiento purifica y fortalece, y el conyugal amor que lucha por el bien, sin rendirse jamás, es vida heroica, fragancia perenne, juventud perpetua.



"EL DIABLO ROJO"

I

Llegó Alejandro Morales á la capital de la República, exhausto de dinero y henchido de ilusiones. Joven y acostumbrado al trabajo, no le parecía imposible lograr fortuna en la rica y hermosa metrópoli, cuyo movimiento le tenía alelado. Perseguido tenazmente por la pobreza, abandonó el terruño, donde vió la luz primera, y á los pocos parientes que en él le quedaban, decidido á luchar á brazo partido contra la aciaga suerte.

Era Alejandro alto, robusto, de enérgica fisonomía, grave y penetrante mirada cejas y barba finas y pobladas. Hablaba poco y pensaba mucho; en la escuela decíanle "El Uraño" por su carácter taciturno y melancólico, mas de vez en cuando

algunos terribles ímpetus revelaban al hombre de vehementes pasiones. Inteligente y práctico en el comercio de abarrotes, no le fué difícil conseguir una humilde colocación en una tienda de la capital. El experto ojo del patrón comprendió bien pronto que su dependiente había sido magnífica adquisición y poco á poco fuéle aumentando el sueldo.

El ardiente anhelo del joven de establecerse por su propia cuenta, hízole económico hasta la tacañería. Privábase de toda clase de diversiones, sus alimentos eran frugales y no compraba un traje hasta que el anterior estaba completamente inútil. Con tal proceder pudo, en un tiempo relativamente corto, ahorrar una pequeña suma, con la cual y con la decidida ayuda de su patrón, que le quería de verdad, puso una modesta tienda que paulatinamente fué prosperando.

Tan luego como Alejandro se creyó sólidamente establecido, pensó en buscar compañera, pues la soledad y el aislamiento le entristecían.

Ocupó de dependiente á un muchacho paisano suyo, quien igualmente había venido á la capital en busca de más amplios horizontes donde ganar desahogadamente la vida,

Era Higinio la antítesis de Alejandro: genio alegre, locuacidad exuberante y reto-

zón como potro en lozano prado. Bajo de talla y delgado, pero muy vigoroso, parecía tener nervios de acero. Al través de la perenne alegría de Higinio, y de aquel par de bailadores aceitunados ojos, descubríase algo siniestro, especialmente cuando fruncía el ceño y miraba de soslayo.

Fué Catalina la elegida por el corazón de Alejandro, para llevar á su casa la luz de la alegría y el calor del cariño. Joven de la clase media, hacía raya entre las de su círculo, por el regio donaire, el simpático rostro, y el gallardo cuerpo, demasiado alto para su sexo, pero que no parecía tanto por el armónico desarrollo de las formas admirablemente torneadas. Los almendrados ojos de Catalina eran focos de regocijo, y como siempre miraba sonriendo, los enamorados que corrían tras de ese lucero de barrio, perdían el seso por aquel palmito de primaveral frescura.

A Catalina no le cayó mal el payo, y ¡oh poder del contraste! la seriedad de Alejandro era el mayor atractivo para el alegre carácter de la joven.

Los enamorados no tardaron en comprenderse; el uno ansiaba salir de la soledad del alma, y la otra, un buen marido, artículo que hoy anda por las nubes y que encarecerá más en los venideros tiempos. No se anduvieron, pues, con melindres ni repulgos, y á la mayor posible brevedad

echóles el cura la bendición y con ella el matrimonial indisoluble lazo.

La luna de miel prometía ser eterna pero pasados algunos meses, nublóse un poco aquel límpido cielo. Alguno que otro de los galanes, desdeñados por Catalina, rondaban la calle y aun se atrevían, en propicio momento, á echar piropos á Catalina que estaba más hermosa que nunca, rebosante de juventud y de dicha.

Nada de esto pasaba desapercibido para Alejandro y aunque tenía fe en el cariño de su esposa y ésta no daba el más leve motivo de desconfianza, el natural egoísmo del que saboreaba una felicidad superior á sus esperanzas, mordíale el corazón con enconosa mordedura y arrancábale lágrimas y gritos de rabia.

El carácter del joven comerciante no se prestaba ni á reprender, ni á manifestar temor ó desconfianza; callaba, pues, pero la concentración de sus pensamientos avivaba el dolor. Catalina leía en los ojos de su marido el estado de su ánimo, y amante y sagaz, sin decirle palabra, curábale con el inefable bálsamo de las conyugales ternuras.

II

Contiguo á la tienda de Alejandro, había un almacén de abarrotes de un rico español, amigo de aquél y de Higinio, con

quienes había simpatizado, especialmente con éste, que frecuentemente le visitaba y dábale muestras de acendrado cariño.

Higinio trabajaba con empeño en la casa de su paisano y al cerrarse la tienda íbasé á una casa de huéspedes, donde vivía. Frecuentemente trasnochaba con algunos jóvenes de mala reputación. El mancebo había crecido, allá en su pueblo, al natural: no tuvo ni quien domara sus pasiones, ni quien las estimulara, pero éstas por sí solas írguense imperantes cuando están en sazón. Las de Higinio sazonaron bien pronto en la opulenta ciudad donde todo conspira á desarrollarlas; malos amigos, inmorales espectáculos, desenfrenada prensa, perniciosos ejemplos, en suma, el funesto esplendor de todas las concupiscencias, y de caída en caída llegó á hundirse en el cenegal de todos los vicios. Bastábale su sueldo para vivir, pero era insuficiente para mantener una sola de las hidras que devoraban su corazón sediento de placeres. El capital de Alejandro hubiera sido poco para la sórdida codicia del corrompido joven. Por algunos días anduvo muy pensativo y cuando estaba solo desaparecía su habitual buen humor. Al contraer el sueño, erizábansele las cejas y la oblicua mirada brillaba con siniestra llamarada.

Una noche no salió como de costumbre

después de cenar, sino que permaneció encerrado en su cuarto hasta cerca de las doce. Fumaba cigarros uno tras otro y se hundía en profunda meditación. De pronto, levántase decidido á ejecutar la resolución que había tomado, abre un viejo baúl saca un puñal que se coloca en la bolsa de la cartera, cálase el sombrero, embózase una capa dragona y se dirige á la tienda de Alejandro.

Era media noche cuando llegó. Higinio habíase dado maña para tener otra llave tanto de la puerta como del candado que aseguraba la aldaba. Espera el momento en que la calle está enteramente desierta abre sigilosamente la puerta, penetra á la tienda, cierra luego, y atranca por dentro; dirígese á la trastienda, aparta unos cojines que hacinados junto á la pared, cubrían una horadación, á la que sólo faltaban algunos barrazos para dejar un hueco por donde cupiera un hombre. El dependiente arroja al suelo la capa, coge la barra, ocúlta entre unos tercios de piloncillo y termina, con el mayor silencio posible, la obra comenzada hacía algunas semanas. Deslízase como víbora por el agujero llevando el puñal en la boca cogido con los dientes. Apenas el cuerpo del ladrón había salido del agujero, oye una voz que medrosa interroga:

—¿Quién anda allí? Escucha en seguida

el ruido de alguien que se incorpora, el de una mano que busca algo en la cabecera y por último, el tronido que produce el gatillo de una pistola al ser preparada. Higinio en la obscuridad, guiado por aquel ruido se avalanza rápidamente, tropieza con la cama, toca un bulto, y sin darle tiempo para nada, hunde en él el puñal repetidas veces y con la mayor fuerza posible. Oye el angustioso grito de su víctima que con moribunda voz pide socorro, luego el estertor de la agonía, después nada; reina el pavoroso silencio de la muerte.

Pasados algunos momentos, enciende una lámpara. Mira entonces sobre el lecho empapado en sangre al rico español acribillado á puñaladas.

En los abiertos ojos, sin movimiento ya, estereotipado el pavor y parecen fijos en el asesino. Este tiembla á su pesar, límpiase el copioso sudor que baña su frente y repuesto un tanto, acércase al aguamanil, colocado cerca del lecho del muerto lávase las ensangrentadas manos y algunas manchas que coloreaban su traje, y en seguida dirígese á la caja, cuyo secreto indudablemente sorprendió abusando de la confianza que en él tuvo el español; ábrela y brilla en la faz de Higinio un relámpago de júbilo al verla henchida de billetes. Apoderóse violentamente de todos y váse luego por donde mismo había en-

trado, teniendo cuidado de cerrar la puerta de la tienda.

III

La trastienda tenía una puerta que comunicaba con un patio; á la izquierda estaba la cocina y á la derecha dos piezas, sala y alcoba. Esto formaba toda la casa de Alejandro. Hallábase éste aún en el sabroso sueño de la madrugada cuando despertáronle los fuertes golpes que daban en la puerta de la tienda. Levantóse á medio vestir y sin fijarse en la horadación hecha en un muro de la trastienda, dirigióse á abrir la puerta. Un jefe de policía y cuatro gendarmes entraron luego, recogieron ia barra, la capa de Higinio y aprehendieron á Alejandro, que con espantados ojos veía todo aquello. No le permitieron ni despedirse de su esposa, y condujéronle luego ante la autoridad que debía tomarle la inquisitiva.

El crimen fué descubierto por los dependientes del almacén, pues llegaron temprano á su trabajo y al llamar á la puerta sin que nadie les contestara, dieron aviso á la autoridad, quien dictó al momento las órdentes que juzgó oportunas.

Higinio, consumado que hubo el delito, dirigióse á la Estación del Interoceánico para ponerse á salvo á la mayor brevedad

posible. Iba á subir ya al tren, cuando dos agentes de la reservada le aprehendieron y condujéronle inmediatamente á Belén á disposición del juez del ramo penal en turno.

Los periódicos de información dieron inmediatamente noticia del crimen y entre la abundancia de pormenores y viveza de colorido, distinguióse el "Diablo Rojo," diario muy leído en la metrópoli, no sólo por la novelera plebe, sino también por la flor y nata de la aristocracia, que divierte sus ocios con los espeluznantes delitos de toda la República, que dicho periódico diariamente narra con llamativos encabezamientos.

Apenas habían tomado á los reos sus inquisitivas, rodeáles una nube de "repórters," quienes gritando y gesticulando interpelan á los criminales sin siquiera dejarles resollar.

Higinio dirigióles en contestación, alguna que otra tabernaria apóstrofe, y Alejandro encerróse en absoluto despreciativo silencio.

Catalina movió cuantas influencias estuvieron á su alcance para obtener la libertad bajo caución, de su esposo, pero todo fué inútil. El crimen era gravísimo y todos los indicios señalaban como autor de él á Alejandro y su dependiente. Era, pues necesario esclarecer la verdad.

La afligida esposa no tuvo ni siquiera el consuelo de hablar con su marido, pues enviáronlo á Belén rigurosamente incomunicado.

"El Diablo Rojo" en el primer suelto en que refería el crimen, escribió sólo las iniciales de los presuntos responsables de él; pero al día siguiente dió rienda suelta á su anhelo de impresionar á sus lectores, y no sólo publicó los nombres de Alejandro é Higinio, sino también sus retratos en los que el dibujante parecía haber tenido á la vista un tigre y una pantera á juzgar por el feroz continente de los procesados.

El tal periódico es muy leído en Belén; con la lectura de su criminal información hánse formado algunos siniestros héroes de presidio, á quienes su plebe y aun muchos de los que á ella no pertenecen, han dado popularidad.

Alejandro é Higinio, que rotundamente negaban ser los autores del crimen, leyeron "El Diablo Rojo," pero según sus circunstancias y caracteres, fué el efecto que la lectura les produjo. Alejandro consternóse y lloró como un niño al verse víctima de inexplicables acontecimientos.

"El Diablo Rojo" era la oleada de un mar inmenso que llevaba por todas partes manchado el nombre que había conservado puro, y casi enloquecía de desespera-

ción. Higinio sintió hervir en su pecho los criminales instintos, irguióse altanero ante sus compañeros de presidio, y desde entonces propúsose dominarlos. En suma, aspiró á ser de esos sombríos héroes popularizados por la prensa de información.

IV

Alejandro había establecido su giro mercantil con dinero propio y con fondos de su antiguo patrón. Además, para ensanchar sus operaciones, había contraído algunos créditos. La tienda no sólo tenía con qué responder del pasivo, sino que estaba verdaderamente próspera, pues superaba en mucho el activo; pero bastó á los acreedores ver en letras de molde el nombre de su deudor y saber que estaba procesado por un grave delito, que no podía menos de haber cometido, pues lo decían los periódicos, para que llovieran sobre la tienda del infeliz Alejandro embargos preventivos y en menos de un mes quedó arrruinado.

Catalina se vió obligada á salir de aquella casita, testigo en un tiempo de su dicha, donde pasaron llenos de luz y de alegría los días de la luna de miel, y volvió como derrotado general, á su antiguo barrio, al lado de una histérica tía, única pariente que le quedaba. Allí trabajaba pa-

ra mal comer, resistiendo impávida el continuo chubasco de su malhumorada parienta.

Los antiguos pretendientes, con criminal felonía, empezaron á rondar la casa de la desolada esposa y á dispârar contra ésta mortales saetas.

Catalina informábase con avidez en "El Diablo Rojo" del estado del proceso, y tal era el cúmulo de datos contra Alejandro que hasta ella empezó á dudar de su inocencia. El periódico dedicaba también sus párrafos á la hermosa Catalina, y tanto ponderaba su belleza, que la joven esposa halagada en su vanidad, leía y releía aquellas encantadoras líneas, y saboreaba con fruición las livianas galanterías del impúdico gacetillero. Creyóse mucho más bella de lo que realmente era, y capaz de rendir los más duros corazones.

Tan luego como levantaron la incomunicación á Alejandro, su esposa lo visitaba en los días que se le permitía; pero un alférez miraba á Catalina con tan habladores ojos, que el demonio de los celos pegó fuego al corazón de Alejandro.

—No vuelvas á verme, dijo á su esposa. Soy inocente y pronto me verás á tu lado. Vete á casa de tu tía y no salgas á ninguna parte.

La esposa obedeció con tristeza, y algunos días estuvo encerrada, pero las pun-

zantes indirectas de la tía y las apremiantes necesidades obligáronla á salir con frecuencia.

El proceso, entre tanto, se complicaba. El juez, á pesar de sus esfuerzos, no podía aclarar muchos puntos obscuros. Los exhortos librados al lugar del nacimiento de los presuntos culpables, dilataban la tramitación y Alejandro se desesperaba.

Una circunstancia vino á remover el semiapagado fuego del escándalo. Higinio armó camorra con tres de sus compañeros de presidio; mató á uno é hirió gravemente á los otros dos.

Al siguiente día "El Diablo Rojo" publicó toda una novela á lo "Ponson du Terrail," de aquel trágico acontecimiento El retrato de Higinio adornaba el relato, y para ensanchar la narración, el articulista encadenaba aquel suceso con el pasado crimen y hacía un odioso retrato moral de Alejandro. Poco faltó éste para morirse de pena. Había en el relato muchísimas exageraciones, inexactitudes y hasta falsedades. La fantasía del repórter presentaba á los lectores de "El Diablo Rojo," un sangriento drama rebosante de interés. Aquella ola hirviente de difamación enardecía los corazones de los presos y oíanse de vez en cuando los sordos rugidos de la fiera humana.

En cuanto á Higinio, estaba satisfecho.

era ya en prisidio un tirano ante quien todos se inclinaban medrosos. Fuera de él, era ya un feroz héroe, á quien la plebe contemplaba alelada.

V

Acostumbrada Catalina á la felicidad que produce peligrosas embriagueces, y sin armas morales para luchar contra la pobreza, que día á día fué creciendo hasta llegar á la miseria, y agobiada además, por el insoportable histérico de una tía necia y egoísta, poco á poco fué dando oídos á los seductores. Aquella fortaleza empezaba á vacilar. "El Diablo Rojo" afirmaba y debía de saberlo, que los procesados estaban convictos, aunque no confesos y que eran merecedores de la última pena.

Aquella noticia desesperó á Catalina; no estuvo de humor para soportar las necedades de su tía, á quien contestó de una manera violenta, y después de insultante disputa, se separó de la casa que por algún tiempo le dió albergue.

No sabía la infeliz á dónde dirigirse; anduvo al acaso, cuando, por su desgracia, encontró al más tenaz de sus perseguidores, que probablemente en acecho de su presa estaba. La desesperación obtuvo lo que quizás no hubiesen conseguido nun

ca los reiterados ruegos. Desde aquel momento acabó el dulce hogar del desventurado preso, y la esposa infiel, unida con criminales lazos á un rico y aristocrático calvatrueno, procuró en medio del lujo y la abundancia, olvidar el sueño de felicidad que había dormido en el santuario de un edén cerrado para siempre.

Entre tanto empezaba á brillar la luz en el proceso, y á medida que aparecía clara la culpabilidad de Higinio, desvanecíanse los datos acumulados contra Alejandro. La conducta de aquél en presidio había sido cada día más feroz. Hubo necesidad de perpetuo encierro, pero la fiera desde su jaula rugía amenazante.

Llegó el día de llevar la causa al jurado popular. Las audiencias estuvieron concurridísimas; los defensores, más que á la ley, apelaron á los recursos oratorios para mover los corazones, y por muchos días tuvo la maledicencia y la novelera curiosidad, pasto abundante para alimentar su famélico apetito.

La esperada sentencia absolvió á Alejandro, que fué puesto inmediatamente en libertad y condenó á Higinio á la última pena.

Agotados todos los recursos legales, se anunció el día de la ejecución de Higinio Dos horas antes de la señalada, reuníanse fuera de la cárcel de Belén pelotones de

plebe que iban con el único objeto de saber todas las circunstancias de los últimos momentos del héroe populachero dado á conocer por la información periodística.

El sanguinario criminal era menos compadecido que admirado, y en no pocas extraviadas imaginaciones, presentábase como legendario héroe digno de remembranza. Hubo imberbe pilluelo que gritara enardecido:

—Soy tan hombre como el valiente fusilado.

Pululaban por todas partes los "repórters," con cartera y lápiz en mano, tomando apuntes de cuanto creían digno de mención.

De repente oyóse la unísona descarga del pelotón: un rumor de honda emoción sale de las plebeyas turbas, que no se apartan de su lugar hasta ver el cadávcer del infeliz Higinio y no son pocos los que al ser conducido fuera de la cárcel, le acompañan rindiéndole homenaje de admiración.

VI

Alejandro, entre tanto, buscó solícito á su adorada Catalina, quien con su amante fuése á pasar temporada á uno de los pintorescos pueblos que rodean la capital al saber la inesperada libertad de su es-

poso. La tía sólo supo decir á Alejandro que Catalina había tenido un disgusto con ella, motivo por el cual abandonó la casa

Fortuna, esposa, honra, todo había perdido el infortunado Alejandro, y la incertidumbre de la suerte de Catalina, teníale en un estado próximo á la locura. Los celos martirizábanle constantemente, y empezaba á temer que su esposa no le hubiese sido fiel.

Acababa de comer en un céntrico hotel y salió al balcón para disipar los tétricos pensamientos que le mataban. Oyó á un voceador anunciar "El Diablo Rojo," llamóle, compró el número y en él leyó con lujo de pormenores la ejecución de su infortunado amigo. Siguió leyendo casi maquinalmente la gacetilla del periódico De repente, crecen sus ojos espantados, una onda fría brota de su corazón y se siente tambalear.

No es posible, exclama fuera de sí, y lee y relee. Su desventura era cierta.

"El joven Alejandro Morales, decía "El Diablo Rojo," que logró probar su inocencia y fué puesto en libertad, encontró su hogar vacío. Su palomita, una encantadora muchacha, muy perseguida de los lagartijos, había volado con uno de ellos. J. P. tenorio muy conocido por sus trapisondas, terror de los papás y de los maridos."

Alejandro no pudo más, cayó del balcón sobre el duro solado de la calle, y murió instantáneamente.

¿Fué aquello suicidio, locura, ó desgracia? No lo sabré decir.

VII

Al siguiente día de aquel emocionante suceso, hay inusitado regocijo en la redacción de "El Diablo Rojo," y óyense en intervalos los sonidos de los tapones al abrirse las botellas de champaña. Sucédense los ampulosos brindis por la creciente prosperidad del afamado periódico de información. Ha motivado tal fiesta la extraordinaria venta del número de la víspera, que, á propósito de los narrados acontecimientos, publicó una interesantísima historia bajo el llamativo título de "Un ajusticiado, un suicida y una hermosa damisela."

Mientras el entusiasmo estimulado por el champaña se desbordaba en alegre locuacidad, y el administrador del periódico henchía la caja con el dinero de la venta que acababa de recibir, pasaba frente á la redacción de "El Diablo Rojo," el carro fúnebre llevando en humilde caja mortuoria; donativo de piadosa asociación, sin ningún acompañamiento, el cadáver del desventurado Alejandro Morales.



¿QUE ES UNA MINA?

Poco tiempo antes de la bonanza de la famosa mina San Rafael, llegó á la ciudad de Zacatecas, Emilio, francés más pobre que cómico de la legua, pidiendo con instancia trabajo á cuantos juzgó que proporcionárselo podrían. Arrimóse á la casa de un benévolo paisano suyo, que le protegió cuanto pudo. Con ayuda de su compatriota logró adquirir una buena representación en la antedicha mina, que por entoncès no valía un cacahuate. Algunas semanas después, el fundo minero San Rafael estaba en plena bonanza, y el francés, en menos tiempo del que jamás soñó, encontróse con muchos miles de duros.

Avivósele entonces el plácido recuerdo de la patria. ¡Qué hermoso sería volver rico en tan breve tiempo al terruño, brillando en él con el esplendor de la adquiri-

da riqueza! Tal pensamiento fué cada día más persistente y concluyó por sugestionarle. Vendió muy bien vendidas sus acciones de mina, y partió para la amada patria, tosiendo recio, fumando habanos y zarandeando el cuerpo con majestuoso donaire, pues hasta el modo de andar trueca el pícaro dinero.

Visitó el villorrio donde había cuidado las cuatro vacas de su abuela, pero la momentánea admiración de sus paisanos muy pronto convirtióse en mordaz sátira, unas veces hija de la envidia y otras castigadora de la vanidad. Y Emilio fuése á París con la resolución de llevar la holgada vida que á un hombre de pecuniarios recursos brinda la alegre reina de las capitales europeas. Allí se encontró con Oscar, el muchacho más rico de sus compañeros de escuela. Refirióle circunstanciadamente la historia de una fortuna adquirida en un abrir y cerrar de ojos, y Oscar quedábase maravillado de aquella facilidad de enriquecerse. Oía con verdadera fruición á su paisano y parecíale aquello un cuento de "Las Mil y Una Noches."

Si éste, pensaba, que no tenía sobre qué caerse muerto, ha hecho tanto dinero, y en tan corto tiempo, ¿qué haré yo que tengo algunos miles de francos?

Tal pensamiento se apoderó de Oscar con violencia tanta, que apremióle á partir

á América en pos de las famosas minas. Abandonó la ciudad de los placeres y en el primer vapor que zarpó de Calais embarcóse para el legendario imperio de los aztecas.

Tarde se le hacía á Oscar por llegar á la ciudad de Zacatecas, que veía en su juvenil imaginación como una ciudad encantada, y soñaba que en esta tierra, hasta las muchachas eran de plata y alguna que otra de oro macizo.

Al fin llegó á la ciudad de argentíferas montañas, instalóse en un hotel, y en menos de dos meses fué dueño de una mina por él denunciada, la cual empezó á trabajar con verdadero frenesí.

Los talegos quedaban vacíos semana por semana.

—¿A qué hora acuñamos plata? preguntaba Oscar.

—En la semana que entra cortamos la veta, patroncito, era siempre la respuesta de los barreteros. Y las semanas volaban, y el dinero también y nada de veta.

Llegó el día en que los fondos se agotaron completamente. Oscar estaba desesperado y arrepentido de haber gastado tan incautamente su fortuna.

—Un esfuerzo más, decíanle los barreteros, y cortamos la veta; no habrá entonces dinero bastante para pagar la mina de usted.

Y renacía el entusiasmo en el fogoso francés. Pidió dinero prestado á los pocos amigos que tenía, vendió su modesto menaje de casa, y lo que vender no pudo, pasó á morar por ilimitado tiempo en las casas de empeño.

—¿Y la veta? preguntó Oscar á los barreteros cuando ya no tenía ni un centavo, ni de donde conseguirlo.

—Se cortó en "burra," señor amo.

Oscar se quedó en la miseria. Decepcionado regresó á su tierra, gracias á la caridad de algunos compatriotas suyos. Vivió pobre, manteniéndose de su trabajo.

Los que nunca habían conocido minas, ni de éstas tenían idea, preguntábanle:

—¿Qué es una mina?

—¡Oh! una mina contestaba, la forman dos agujeros en un cerro, por uno echa usted su dinero, y por el otro saca agua, y algunas veces, ni siquiera agua.

Emilio por el contrario, decía: Una mina es la fortuna ganada en un solo día.



PACTO TREMENDO

I

En una ciudad, de cuyo nombre me acuerdo, pero no quiero decirlo, vivían á mediados del pasado siglo, dos caballeros de encumbrada posición social, famoso jurisconsulto el uno, lumbrera médica el otro; tan descreídos ambos, que no creían ni en la madre que les dió el sér. La igualdad de ideas unióles en estrecha amistad, y rara era la vez que Palacios y Manríquez no se veían juntos en los paseos, y frecuentemente reuníanse á comer, ora en la casa del abogado, ora en la del médico.

Un día, con motivo del cumpleaños de Palacios, hubo en la casa de éste espléndido banquete, al que concurrieron muchos de sus amigos.

El licor escancióse con prodigalidad, y al concluir la comida, el señor licenciado, sonando con un cubierto el fino cristal de la henchida copa, impuso silencio á la gárrula vocinglería de los comensales.

Iba á brindar.

Llenáronse sendas copas, y todos se pusieron en pie:

Lo que el abogado dijo no es para transladarse al papel. Fué un brindis tan horriblemente blasfemo, que puso los pelos de punta aun á los menos creyentes. Sólo Manríquez, entusiasmado, estrechó con efusión la mano de su amigo.

Entre copa y copa siguieron hablando de cuanto á las mientes les vino; pero el abogado, de rato en rato, volvía al tema que sin duda le preocupaba: la vida de ultratumba.

—No hay infierno, exclamó con colérica arrogancia, ¿qué opinas tú, Manríquez?

—Que no hay, contestó el interpelado.

—Ea, vamos haciendo un trato. El que muera primero de los dos, viene del otro mundo á decir al que le sobreviva si en efecto hay infierno.

—Convenido, repuso Manríquez.

Y los dos amigos sellaron el pacto con un fuerte apretón de manos.

II

Pasaron algunos años. El médico abandonó su ciudad natal y radicóse en la capital de la República; y el abogado inclinó la altiva cerviz á la matrimonial coyunda. Al principio de la partida de Manríquez, la correspondencia era activísima entre los dos amigos; pero con el tiempo, que es enfriador de afectos, aún de los más íntimos, la correspondencia fué poco á poco disminuyendo, hasta cesar completamente.

Palacios repartía su tiempo entre los trabajos profesionales y las dulzuras de un hogar perfumado por las virtudes de la esposa.

Una noche, el abogado no podía conciliar el sueño; después de algunas horas de voltear, con breves intervalos, el cuerpo de un lado á otro, logró dormitar un poco; pero al toque de Avemarías incorporóse sobresaltado. Oyó abrir de un sólo golpe la puerta de la recámara, y á la ténue luz de la aurora vió entrar á Manríquez, su antiguo amigo.

Antes de que Palacios tuviese tiempo de interrogarle, díjole Manríquez:

—He venido á cumplir nuestro pacto.

Y subiendo de tono la voz hasta trocarse en alarido, agregó:

—¡Sí hay infierno, y muy terrible!

Dijo y fuése luego cerrando la puerta.

Palacios creyó estar dormido. Llevóse la diestra á la frente como para despejarla.

—¡No, no; exclamó; estoy bien despierto! ¡No hay duda, es él, Manríquez!

Vino luego á su memoria el pacto celebrado en la orgía de antaño, y sudoroso y temblando dejó el lecho para escudriñar la puerta de la habitación. Estaba cerrada tal como él la dejó la víspera. Dió voces aterrorizado, llamando á su esposa, que dormía en la contigua alcoba. Acudió luego, y como nada sabía del tremendo pacto, tranquilizó á su esposo creyéndole víctima de horrible pesadilla.

III

El licenciado, cotidianamente, después de abandonar el lecho y asearse, se dirigía al comedor. Si el cartero dejaba correspondencia, el mozo colocábala en la mesa á la vista del amo. Habían transcurrido quince días de aquella pesadilla, pues Palacios no se atrevía á llamarla realidad, cuando dirigióse como de costumbre al comedor, donde el mozo sirvió el chocolate y salió en seguida.

El abogado fijóse en la correspondencia. Entre las cartas había una de luto que llamó su atención, abriéndola, y al leerla, el más hondo terror dibujóse en el rostro de Palacios. Era una esquela de defunción. Manríquez había muerto en México exactamente á la misma hora que le había hablado hacía dos semanas. La esquela no sufrió demora. Era el tiempo suficiente para el correo que entonces transportaba la diligencia

El terror del abogado llegó hasta el pánico y cayó en cama gravemente enfermo.

Por más de un mes luchó entre la vida y la muerte; pero salvóse al fin, y la convalecencia fué larga y penosa.

El rosado color de Palacios tornóse desde esa época en cadavérico, y su carácter modificóse profundamente.

¿Creyó en la aparición de su amigo? Sólo puedo decir que, apenas fuera de peligro de la grave enfermedad que le puso á las puertas del sepulcro, compró un antiguo templo, que por falta de piadosos donativos no pudo concluirse, y lo concluyó por su propia cuenta, y en lo sucesivo llevó una vida morigerada y devota.

POR EL IDEAL

I.

Juventud, energía, talento, varonil hermosura, todo aunaban Jorge y Rafael, dos hermanos gemelos que se amaban con hondo afecto. Juntos desde la cuna, juntos en el materno regazo; juntos en el colegio; no parecían sino una sola alma en distintos cuerpos. Hízoles la naturaleza tan semejantes en las facciones, que frecuentemente confundían al uno con el otro, hasta sus condiscípulos y amigos, y cuéntase que la madre, para distinguirlos cuando pequeños, ataba un hilo rojo en el dedo meñique de Jorge.

En íntima unión de voluntades crecieron hasta los veintiún años, en que la divergencia de ideas políticas empezó á separarlos. Y de común acuerdo, para que

no se enfriase el fraternal amor edificado sobre profundos cimientos, convinieron en no discutir jamás acerca de cuestiones políticas.

Ardía entonces la República, con la gigantesca llamarada de la guerra de tres años. Las pasiones, en el vértigo de la exaltación, separaban al amigo del amigo, al hermano del hermano, al hijo del padre, y hasta las mujeres tomaban activa parte en la propaganda política. Los nombres de los caudillos de ambos bandos, eran llevados en alas de la fama, del uno al otro confín de la Nación.

Jorge y Rafael, henchidos de patriótico ardor, abandonaron las aulas, la tierra natal, el dulce hogar, y corrieron entusiastas al campo de batalla, á defender sus ideales. Ambos creían en la justicia de su causa, y por ella, si era preciso, sacrificarían gustosos la vida. Jorge, imbuído en las gloriosas tradiciones de sus antepasados, y en la santa fé de sus padres, veía en el contrario bando á los feroces enemigos de la Religión y de la Patria. Rafael, fascinado con una libertad de inmensos esplendores, juzgaba deber ineludible contribuir á ahondar el cauce por donde corriese en abundante raudal. No podía prever los crímenes sin cuento que se cometerían en nombre de esa hija del cielo, tan mal comprendida

y tan arteramente vilipendiada. La edad de los jóvenes no era propicia para escudriñar con madura reflexión el alma de las políticas causas, que se habían declarado guerra á muerte, ni el frenético entusiasmo á propósito para alejar de ellos los apasionados juicios. Ni siquiera se les ocurrió que errar podrían, á lo menos por ligereza, tan seguros estaban de poseer la verdad.

Los ejércitos conservador y liberal recibieron en sus filas á Jorge y á Rafael, respectivamente, y no tuvieron que arrepentirse de ello, pues soldados pundonorosos y valientes, en breve tiempo ganaron ambos las charreteras de Capitán.

II

Son los solemnes momentos que preceden á una batalla. Una inmensa llanura va á ser el teatro de la hecatombe, y á regarse con la generosa sangre de bravos guerreros, dignos de mejor suerte.

Los ejércitos se avistan y se despliegan en línea de batalla. Oyese el ruído de los sables, que temblar parecen dentro de sus cubiertas, la veloz marcha de los infantes, el trote de la caballería, y de vez en cuando el relinchar de los bridones y el clarín que ordena los movimientos. Los espíritus, sobrecogidos, se concen-

tran en un solo pensamiento. Por fin el guerrero toque anuncia el principio de la fratricida lucha: pavoroso truena el cañón, después el nutrido fuego de fusilería, y, por último, los ejércitos cargan uno contra otro á la bayoneta. El cuadro es indescriptible: ayes, gemidos, salvajes gritos, blasfemias, plegarias, todo en confusa vocería, sale del campo de batalla. Es un alarido incesante y espantoso que apagar no logra el imponente fragor de la artillería. Salta á borbollones la caliente sangre del soldado, que cae mortalmente herido; óyese el siniestro crujido de la humana piel, rota al filo de la bayoneta. Entre el constante fragor, el humo y el polvo, confúndense amigos y enemigos.

De repente, dos jóvenes guerreros, sin buscarse, encuéntranse frente á frente. Militan en contrarios bandos, y apenas se miran, espada en mano, arremeten el uno contra el otro. Elevan las vigorosas diestras, y en lo alto se cruzan los aceros, cuyo acompasado chasquido escúchase por algunos momentos, después de los cuales, ambos combatientes caen por tierra, con el pecho traspasado. Tras del ¡ay! lastimero que exhalan, percíbese el rumor, que gradualmente aumenta, de la caballería, que avanza por la llanura en persecución de los que se baten en re-

tirada. Los asustados corceles pasan sobre los tirados cuerpos, y hunden los herrados cascos en las entrañas de los muertos y heridos.

III.

El tropel se aleja, el campo queda silencioso, y sólo de vez en cuando óyese algún débil quejido de los agonizantes. De pronto, sudoroso, jadeante, llega un sacerdote, que, elevando un Crucifijo en la diestra mano, pregunta con fatigada voz si alguien pide confesión. Espera respuesta con atento oído, y escucha un lánguido: sí señor, que le contesta. Dirígese al lugar donde sale la voz, y casi á la vez incorpóranse Jorge y Rafael.

Al mirarse, quedan estupefactos, y poco después, las lágrimas ruedan, silenciosas, por sus mejillas.

—Rafael, hermano mío, te he herido.

—Jorge, mi amado hermano, yo también á tí.

Luego, volviendo los ojos al sacerdote, claman á la vez:

—Padre, absuelva usted á estos fratricidas.

El sacerdote oye la confesión de Jorge, luego la de Rafael. Este, concluído que hubo, dijo al confesor:

—Dígnese usted de hacerme la caridad

de acercarme más á Jorge; quiero morir en sus brazos.

—Y yo en los tuyos, querido hermano, repuso Jorge.

El sacerdote levantó en brazos á Rafael y le acercó á Jorge. Los hermanos estrecháronse con efusión.

—¿Me perdonas?, dijo Rafael á Jorge.

—No tenemos de qué pedirnos perdón, contestó Jorge. Nuestra espada, en cumplimiento del honor y del deber, hirió á la causa, no al hermano, á quien he amado siempre y amo hoy más que nunca.

—Dices bien, hermano mío, en ese amor muramos juntos.

Y fuertemente abrazados, entraron en brevísima agonía.

El confesor, en tanto, levantando en alto el Crucifijo, díjoles conmovido:

—Hijos míos: durante vuestra vida, militásteis bajo contrarias banderas, y cumplísteis como leales y buenos; la bandera de la Cruz os acoge bajo su salvadora sombra, á la hora de vuestra muerte. ¡Volad al cielo!

Dijo, y acercóse á los valientes jóvenes, que, abrazados y sonriendo, acababan de expirar.

El sacerdote, contemplando compasivo aquellas preciosas vidas segadas en la flor de la juventud, murmuró:

—¡Oh, si los partidos se conocieran, en vez de aborrecerse se amarían!

EL ESCONDITE DE LA DESPOSADA

(Tradición popular)

I

Hay inusitada alegría en la hacienda de "La Palma;" la modesta capilla, un tanto cuanto destartalada, oliente á humedad, y con media docena de imágenes deformes, una en el único altar, que es la del patrón, y las otras en desiguales nichos, había sido esmeradamente sacudida por Petrita, jamona rezandera, que desempeñaba los oficios de sacristán y que gozaba en la vetusta capilla de las dulzuras de un hogar que contra su voluntad no había formado. La música, compuesta de dos violinistas, que no sabían nota, y del hijo del vaquero que tocaba la tambora, esforzábanse en vano por llenar de jubilosas armonías el sagrado recinto; pero los ama-

dores del divino arte hacían cuanto podían, con gran contentamiento de los rancheros, que forjábanse la ilusión de que aquella musiquilla, reforzada con unos cuantos pitos, podía lucir en la ciudad, y con no menos regocijo de los chicuelos, que á cada tamborazo les brincaba de gusto el corazón. Celebrábase la boda del amo, del rico ranchero Juan Pablo, hombre corpulento, fornido, semilampiño, de bronceado color, vivísimos ojos negros y bondadoso semblante, que hoy irradia de gozo. Portaba Juan Pablo, algo encogido, su mejor traje: chaquetón negro de paño de primera, chaleco de terciopelo del mismo color, que á pesar de su edad—diez años—era la segunda vez que se exhibia en público, y pantalón también negro, mandado hacer al mejor sastre de la cabecera del Partido.

La novia, en honor de la verdad, era guapísima; una morena rancherita de ojos garzos, grandes y rasgados, que resplandecían bajo el enorme fleco de negras pestañas; semblante muy expresivo, y constantemente jugaba en sus labios una sonrisa que no podía decirse si era de burla ó de travesura, sonrisa que había adquirido para contestar con ella, á falta de palabras, los galanteos de los pollos de rancho, que la requebraban desde muy niña. El cuerpo de Basilia, á quien por cariño

llamaban Lila, era naturalmente esbelto, pues el corsé jamás había tocado aquellas frescas y suaves carnes; alta y bien formada, tenía al andar un salero, que dejaba boquiabiertos á los rancheros, aun á los que peinaban canas.

El estaba loco con su prenda, como la llamaba, y resuelto á echar la casa por la ventana. Después de la nupcial bendición y de la misa, que para tormento de los impacientes tuvo sermón más largo que aquélla, hubo cohetes, repiques, carreras de caballos y coleadero, en el que se lucieron muchos rancheros y sólo salió maltrecho el hijo del vaquero y convencido de que no es lo mismo dar tamborazos que sujetar por la cola bajo la pierna y contra la silla, y al arranque del caballo derribar á un bicho feroz y cornudo.

La comida fué espléndida; el asado de boda en chile colorado abundantísimo, y según unánime voto de los que lo comieron, ninguna fonda podía servir guiso mejor confeccionado; se mataron cuatro terneras para los peones de la hacienda y se tatemaron cuantos cabritos fueron necesarios para dejar satisfechos á los apetitosos gañanes y á sus familias, que comieron á reventar. No faltó el pulque, ni el mezcal, y no obstante la recomendación de Juan Pablo, de no escanciar con frecuencia el nacional licor, hubo algunas ca-

bezas semiperdidas por la alegría alcohólica.

Por la tarde estaba la casa grande llena de las amigas de la novia y de los amigos del novio, y después de la tamalada que sirvió de merienda, ocurrióseles jugar á la cuarta escondida. Era de ver el infantil regocijo con que corrían y gritaban los concurrentes cuando alguno hallaba la cuarta y levantándola en alto amenazaba á los demás. Por iniciativa de la novia jugaron después á las escondidas: cuando tocó su turno al novio, escondióse en la espesa copa de un mezquite que sombreaba el patio del viejo caserón, y costó trabajo, mucho trabajo encontrarle. Lila, para ganarle á su marido, dijo:

—Voy á esconderme donde nadie ha de encontrarme.

—¡A que no, á que no! gritaron todos.

—¡A que sí, á que sí, repuso Lila. A la una.... á las dos.... á las tres... Voy á esconderme; nadie se mueva hasta que diga: ¡ya!

Corrió Lila por los corredores y viéronla entrar al segundo patio, y después de algunos momentos percibióse apenas, ahogada y lejana, la voz ¡yaaa!

Corrieron todos, y á la cabeza el novio empeñado en ser el primero en dar con el escondite de Lila. Los primeros quince minutos fueron de guasa; pero al conven-

cerse de que no daban con el escondite, empezaron á impacientarse. Juan Pablo, mohino ya, gritó: Nos damos por perdidos; sal ya, Lila, sal ya. Cada vez eran más desaforados los clamores de Juan Pablo, que continuó gritando hasta enronquecerse, y la esposa no respondía. Después de tres horas los circunstantes habían recorrido toda la casa, las azoteas, los más recónditos lugares, y nada, nada de Lila. Algunos ofreciéronse á buscarla por toda la hacienda, y salieron, en efecto, en busca de la niña; otros se alejaron sin despedirse, poseídos de fanático terror, temiendo no sé qué de siniestro; otros se esforzaban en vano por consolar á Juan Pablo, que demudado, jadeante, se dejó caer sobre un banco.

II

Las sombras de la noche envolvieron el pequeño caserío de "La Palma," y allí donde poco ha todo era alegría y entusiasmo, reina el silencio y la tristeza. Los rancheros cuchicheaban en sus casas, forjando toda clase de inverosímiles consejas: quién decía que un antiguo pretendiente de Lila había venido de la ciudad, ocultándose en una bodega y raptádose á la encantadora desposada; algunos afirmaban haber oído, en efecto, el galope de

un caballo tras de la casa grande; quién aseguraba que Lila había caído en el pozo y que al siguiente día se vería su cadáver flotar en la superficie del agua; hubo mujer que aseguró que el diablo en persona se había llevado á la esposa, que ella le había visto entrar en la figura de Matías, un ranchero octogenario, feo como él solo, y que era el "Guagua," con que se asustaba á los niños. Juan Pablo lloró mucho, primero de dolor, de rabia después; pero cuantas indagaciones hizo fueron infructuosas; nunca, jamás llegó á saber de su adorada Lila.

III

Han pasado veinte años. Allí, en el mismo viejo caserón de la hacienda de "La Palma," está Juan Pablo, el rico ranchero, cuyo carácter han agriado los años y los sufrimientos. No tuvo durante su vida más que un amor, el de su Lila, su inolvidable Lila, y todavía cruza por aquella rugosa frente y bajo aquella cabeza cana, la angélica imagen de su rancherita. Acaba de vender todos los potros de herradero, que le pagaron en dinero contante y sonante, pero su caja está henchida y no haya dónde guardarlo; recuerda entonces que en el segundo patio de la casa grande, en la más apartada bodega, hay una caja de re-

sorte arrumbada mucho tiempo ha poi su gran tamaño.

Va á la bodega, con no poco trabajo abre la caja, levanta la enorme tapa, y el más hondo estupor se pinta en su rostro; da un grito y cae por tierra exánime: allí dentro de aquella abandonada caja, fresca al parecer, sonriente aún, con su vestido de novia, está su Lila, la Lila de su alma, tan hermosa y pura como el día de la boda. Ella creyó esconderse donde no la encontraran; pero al fin, la halla Juan Pablo y vuela á unirse con ella en el cielo.....



LA ESCUELA DE LA DESGRACIA.

I

Una mujer, en la plenitud de la vida, llevando de la mano á un niño de ocho años, y á una niña de dos, en brazos, camina aceleradamente por el breñal. Va descalza, y la sangre de sus pies enrojece las piedras de la vereda.

La luna ilumina tristemente el campo; corta el horizonte una montaña, al pie de la cual blanquean las casas de la ciudad é irguen los templos sus esbeltas torres, que parecen misteriosos fantasmas.

Es la hora solemne del reposo.

A uno y otro lado del camino elévanse, aquí y allá, entre la maleza, algunos nopales y magueyes, y de trecho en trecho, bosquecillos de mezquites.

La mujer, de moreno y agraciado ros-

tro, donde resplandecen dos grandes ojos negros, lleva el dolor impreso en la fisonomía, y el niño, que ya no puede andar, sufre la fatiga sin quejarse. De vez en cuando levanta los dolientes ojos y mira á su madre. Contempla el sufrimiento de ésta y calla por no aumentarlo. Se conoce que el alma de aquel niño ha adquirido heroica fortaleza en medio de las tribulaciones.

La noche es serena y la calma profunda; ni una ráfaga de aire agita las copas de los árboles. De repente, á lo lejos, en dirección de la ciudad, suena una descarga de fusilería; y como si las balas hubiesen traspasado el corazón de aquella mujer, lanza angustioso grito y cae desfallecida.

—¿Qué tienes, madre? pregunta el niño conmovido.

—¡Paco, hijo mío, hijo de mi alma, ya no tienes padre! contesta incorporándose y estrechando al niño contra su corazón.

Paco siente mortal estremecimiento, las lágrimas corren por sus mejillas, besa á su madre como diciéndole en aquella tremenda aflixión: Me quedas tú y en tí concentro mi cariño. Y procura con inaudito esfuerzo reprimir los sollozos, que le ahogan. La desgracia ha anticipado el juicio y la reflexión en aquel niño hombre.

Dolores—tal era el nombre de la mu-

jer—recobrada un tanto, levántase y no sé si el ansia de ver la realidad que temía, ó la esperanza de que se hubiese engañado, dióle sobrenatural vigor.

Con la adorada carga de su hija en brazos y sin soltar á su hijo, no corría, volaba por la extensa llanura marchita ya por el invierno.

Al llegar á unos barrancos que se erguían en una curva del camino, quedóse un momento paralizada por el dolor, y luego, soltando á Paco se arrojó sobre un cadáver, caliente aún, empapado en sangre y tendido en el campo. Abrazóle apasionadamente, besó aquella faz sombreada por la muerte, y después sentóse en una piedra junto al muerto y llorando mucho desahogóse algo del infinito pesar que la mataba.

El niño contempló el cadáver con los ojos arrasados de lágrimas, besó respetuoso como en otros días, la mano del muerto, y luego escondió la desgreñada cabecita en el materno regazo para allí llorar á sus anchuras.

II

La alegría de la mañana en rayos de luz, en rumores de vida, en gorjeos de pájaros, llena toda la ciudad. Los habitantes, repuestos con el nocturno descanso del gas-

tado vigor, emprenden sus cotidianas faenas. Una mendiga de cadavérica faz, con los pies ensangrentados y los labios lívidos, con una niña en brazos y seguida de un chicuelo, implora de puerta en puerta una limosna por amor de Dios. El niño es el primero que mueve los corazones.

¡Es tan simpático!

El desaseo y los andrajos no ofuscan la luz de la inocencia que baña aquel bondadoso rostro como si en él se revelase el alma entera.

Paco recibe agradecido una torta de pan; brilla en sus ojos un relámpago de alegría, y luego, con heroica abnegación, dice á su madre, después de contemplar el apetitoso alimento y dividirlo en dos partes iguales:

—Una para tí y otra para Chita.

Chita es la hermana de Paco, que duerme en los maternos brazos, más que vencida por el sueño, postrada por la debilidad.

Toda la mañana recorrieron la ciudad y la conmiseración de los buenos calmó la hambre de los pordioseros, quienes á medio día quedáronse profundamente dormidos en el jardín de la plaza de Armas. No disfrutaron largo tiempo de bienhechor reposo: el gendarme del punto despertólos con brusquedad, y los arrojó de allí.

Movióse á compasión un joven que presenció tal escena, y acercándose á la desconocida, díjole con afabilidad:

—¿Qué hacía usted allí con sus hijos? pues supongo que estos niños son hijos de usted.

—Sí, señor, son mis hijos, huérfanos de padre desde ayer. Buscaba donde descansar, porque no tengo ni casa ni dinero. Si fuese usted tan bueno que me dijera dónde está el hospital.

El joven, enternecido, dijo á la mujer.

—Ea, vamos á casa. Síganme ustedes.

El inesperado protector, elegantemente vestido, marchaba adelante y el doloroso grupo detrás. Detúvose aquél á la puerta de una casa, cuyo aspecto revelaba ser albergue de gente aristocrática y acomodada.

—Pasen ustedes, dijo á los mendigos, señalándoles la puerta que estaba abierta, y entró tras ellos.

—¡Mamá, mamá, gritó el joven, que socorran á estos pobres!

—¿Qué nos traes ahora, Ramiro? preguntó una anciana de exquisita hermosura, en cuya cabeza las canas tenían singular atractivo, y en cuyo semblante la vejez no había borrado la juvenil alegría.

—Toda una familia, mamá, respondió Ramiro, y dirigiéndose á sus protegidos, agregó:

—Vayan ustedes á comer, á descansar, á dormir cuanto quieran y mañana hablaremos.

—Dios le pague su caridad, murmuró la pordiosera llorando de gratitud.

Paco miraba y remiraba á Ramiro, y callado decía más que si hablara á gritos. La expresión del rostro del huérfano era indescriptible. Había en ella luz del cielo, esperanza del cielo, amor del cielo.

Era Ramiro un muchacho muy fogoso y atolondrado: tenía en la imaginación una fragua en constante llamear y en el pecho un raudal en continuo desbordamiento. ¡Qué corazón aquel tan compasivo!

Algunos censuraban mucho al aristocrático joven, porque como hijo de Adán, tenía defectos, y el principal de ellos era no pagar nunca sus deudas. Y era rico, y su madre viuda, nada le negaba, pero Ramiro dábalo todo y aun pedía prestado para dar más, y no pagaba porque jamás tenía un peso desocupado. Ningún indigente acudía á él en vano y aun muchos vagabundos explotábanle con maña.

III

El descanso del cuerpo ahondó más la pena del alma, y Dolores levantóse al si-

guiente día abstraída con el constante pensamiento de su inmensa desventura. Fué agradecida á dar las gracias á sus protectores por la generosa hospitalidad que le habían dado.

—Refiéranos usted sus infortunios, dijo Ramiro, interrumpiéndola.

—Lucas, mi esposo, repuso Dolores con triste voz, fué siempre pobre, pero honrado y trabajador. Dedicábase á trabajos de campo como mediero, y cuando Dios quería y enviaba la lluvia á la labor, teníamos algún desahogo. Pero vinieron muchos años malos y para comer vendimos los pocos animales que teníamos, y hubo un día, y otro, y otro, en que no tuvimos que comer. Lucas escribió á todos los ricos del contorno pidiéndoles trabajo, pero no quisieron ó no pudieron dárselo, y cuando vió llorar de hambre á sus hijos, salió de casa desesperado. Fuése al campo, mató una ternera que no era suya, y nos trajo carne en abundancia.

Al día siguiente, aún no se levantaba Lucas, cuando vi llegar á la puerta de mi casa cuatro jinetes vestidos de charros, con uniformes grises de vivos plateados: eran rurales. El corazón me dió un vuelco y comprendí lo que el pobrecito de Lucas había hecho por dar alimento á sus hijos.

El abigeato es frecuentísimo y las penas

ineficaces para extinguirlo. En todo el Estado se apeló á la terrible pena de muerte sin formación de causa, conocida con el nombre de "Ley fuga." Pena que si libra á los pueblos de ladrones incorregibles y muy malos, también mata á muchos inocentes ó verdaderamente necesitados y sirve algunas veces de pretexto para vengarse de feroz soldadesca y de malvados propietarios.

Los rurales lleváronse á mi esposo, y loca, cogí á mis hijos y corrí tras ellos, viendo anticipadamente el horroroso cuadro que tuve la desgracia de contemplar después: á mi esposo acribillado á balazos y muerto como una fiera en medio del campo.

IV

Ocho días después, Chita y Paco educábanse en un asilo de huérfanos, allí colocados por la caridad de Ramiro, y Dolores servía en la casa de su protector.

Paco fué el más aventajado y el más bueno de los alumnos, y Dolores una ama de llaves de las que ya no hay ejemplares sino en alguna que otra novela romántica.

¡Cuán buena maestra, solía decir, ha sido para nosotros la desgracia!

Y de verdad, es magnífica maestra para los hombres de buen corazón.



LA VOZ DEL MUERTO

Al docto literato señor Lic. don José López Portillo y Rojas

I

Nos asomamos al infinito océano de la eternidad al presenciar los últimos momentos de un moribundo. El hombre, cuando llega al lindero que divide el tiempo de la vida que nunca acaba, vuelve por última vez los ojos hacia este mundo, nido de nuestros legítimos afectos y campo de batalla regado con el sudor de nuestros rostros y la sangre de nuestras venas.

Don Javier de Montellano hállase en estos solemnes momentos: su esposa se le ha anticipado en el viaje y sus hijos van á quedar enteramente huérfanos.

A la cabecera del mortuorio lecho vela una niña, admirablemente hermosa, con luz de sol en los ojos, color de rosa en la faz y fragancia de jardín en el alma.

El tenue fulgor de una lámpara ilumina tristemente la alcoba y los mortecinos rayos interceptados por un biombo japonés, dejan en la penumbra al enfermo y á la niña.

Frente al lujoso catre de don Javier elévase el altarcito arreglado la víspera, día en que el enfermo, como cristiano de corazón y de abolengo, recibió los espirituales auxilios. En la más alta grada del altar írguese un precioso Crucifijo.

El silencio es profundo, sólo se oye el "tic tac" del péndulo del reloj, y de vez en cuando, la cansada respiración del paciente. El horario va á marcar las tres de la mañana y el sueño empieza á vencer á la niña. De repente don Javier se incorpora, ve el reloj y exclama con cavernoso acento:

—Van á dar las tres de la mañana. Es la hora de los muertos, pues la mayor parte morimos á esa hora. Angelina, mi amada Angelina, ¿te has dormido?

—No, papasito, aquí estoy. ¿Desea usted algo?

—¿Colocaste cerca de mí el aparato ya preparado?

—Sí, papá, aquí está.

Y la niña señaló un bulto colocado sobre una mesa, cerca de la cama, y cubierto con un manto negro.

—Bien, llama á tus hermanos.

Angelina, que vestía aún de corto, pues tenía catorce años, dirigióse de puntillas á la puerta que comunicaba la alcoba con la sala.

—Héctor, Julio, dijo sin levantar mucho la voz, les habla papá.

Héctor y Julio dormitaban, aquél en una poltrona, éste en un sofá; ambos levantáronse precipitadamente al oír la voz de su hermana y entraron á la recámara.

—¿Llamamos al médico? interrogaron á la vez. Vela en su cuarto.

—No, respondió el enfermo, á mis hijos únicamente necesito.

Luego, haciendo poderoso esfuerzo, levantó la voz y dijo:

—Voy á morir y á daros mi postrera bendición. Alzó la diestra mano y hondamente conmovido bendijo á sus hijos.

—Ahora, añadió con lágrimas en los ojos, oíd mis últimos consejos.

Tomó aliento y díjoles pausadamente señalando el Crucifijo:

—"Bajo la sombra de la Santa Cruz he vivido y Ella me ampara en mi lecho de muerte. Vivid y morid en la fe de vuestros padres.

Esperad siempre en Dios, que es el Dios de las misericordias, aun en la caída os dará la mano para levantaros.

Amad á todos, pero especialmente amaos entre sí vosotros, y si algún día os divi-

den fraternales rencillas, cortadlas con un abrazo de amor.

Dijo el anciano, dejó caer pesadamente la cabeza en la almohada, contrájosele la boca, estiró el cuerpo y expiró con la tranquilidad del justo.

II

Los hijos de don Javier lloraron sinceramente la muerte de su padre, pero consoláronse al fin con las heredadas riquezas; y la alegría de la juventud, por algún tiempo desterrada del hogar, volvió á él con su retozona animación y sus sueños color de rosa.

Nada turbaba la armonía de aquella familia: Héctor y Julio, estrechamente unidos por el cariño y los intereses pecuniarios, mirábanse en Angelina, y ésta era la pequeña madre de los jóvenes. ¡Cuántas ideas de engrandecimiento para la casa del señor de Montellano! ¡Cuántos proyectos para lo porvenir! Los hermanos querrían se siempre mucho, y si se casaban vivirían unidos los corazones de todos.

Así pasaron muchos meses; la testamentaría del finado estaba para concluir, y á Héctor, el mayor, á quien su padre nombró albacea, tocaba hacer la partición de la herencia.

Ambos jóvenes tenían ya sus novias.

de la más elevada aristocracia mexicana, y en breve formarían nuevos hogares. Aun Angelina empezaba á probar el néctar del cariño. Soñaba ya con un doncel de retorcidos bigotes y atrevida mirada, el cual seguíala á todas partes, se apostaba frente á su casa y enviábale perfumados billetes. Estaba en la primera etapa de la senda del Tabor ó del Calvario, no lo sabía aún, pero con el amor aceptaba hasta el martirio.

No culpo á las aristocráticas novias de los hermanos, ni al gentil pretendiente de Angelina, sino á las humanas pasiones, que, con suavidad primero, con violencia después y con avasallador imperio por fin, se apoderaron de los corazones. Es el caso que la codicia, madre de gran parte de los pecados de los ricos, se apoderó de Héctor y de Julio. La partición presentada por Héctor al Juzgado primero de lo Civil de la ciudad de México, no satisfizo á Julio ni á Angelina, y aunque ésta, en pro de la paz y la armonía, cedió á las exigencias de su hermano mayor, Julio sostúvose intransigente y entablóse un importante y escandaloso litigio, que dió abundante pasto á la hambrienta murmuración:

De día á día agriábanse más los ánimos de los hermanos, quienes llegaron al extremo de ni siquiera saludarse. Julio se separó de la común morada y vivía en un hotel, y Angelina, que continuó viviendo

con su hermano mayor, sufría mucho al oír todos los días, especialmente á la hora de sobremesa, á Héctor hablar muy mal de Julio. Ambos hermanos heríanse sin misericordia por la espalda, y aun empezaban ya, cuando se encontraban en la calle ó en alguna reunión, á dirigirse ofensivas indirectas.

Julio alegaba que Héctor, abusando de su cargo de albacea, quería para sí la mejor parte de la paterna herencia; que maliciosamente había hecho valuar á ínfimo precio los bienes que se adjudicaba y muy caros los que quería adjudicar á sus hermanos. Héctor, por su parte afirmaba que Julio no quería cumplir la voluntad de su padre, quien autorizó á su albacea para que practicara la partición como mejor le pareciese. En cuanto á Angelina, por las disputas que había oído, juzgaba que sus dos hermanos pretendían injusticias, y no se escapaba á la penetración de la joven que en todo caso sería ella la más perjudicada, pero aun á esto resignábase con tal de ver restablecida la paz y la armonía en la familia.

III

Con motivo de un ocurso del abogado de Héctor al Juez de lo Civil, escrito que al través de la jurídica forma contenía en punzante sátira terribles ofensas contra

Julio, éste exaltóse en sumo grado. Después de cenar se dirigió á la casa de su hermano, resuelto á exigirle amplia satisfacción. Héctor, según le informó el portero, estaba en el "Jockey Club" y vendría muy tarde; Angelina dormía ya. Julio pensó que le engañaba y echóle en cara su falta de franqueza. El portero, que ignoraba los fraternales disgustos, abrió la puerta y dijo al hermano de su amo:

—Pase usted y desengáñese por sus pro pios ojos.

Julio encaminóse al despacho de su hermano; estaba cerrado.

—Esperaré en la sala, dijo á la ama de llaves, y dirigióse hacia ella.

—¿Aviso á la niña Angelina? interroga la ama.

—No, señora, déjela usted dormir.

Largas le parecían á Julio las horas. sentábase, rebullíase, luego parábase y daba vueltas. A veces la ira subía de punto, apretaba los dientes, cerraba los puños y pateaba la mullida alfombra.

Héctor, en efecto, hallábase en el "Joc key Club," empezaba á aficionarse al juego y el bacarat habíale hecho trasnochador.

Después de las dos de la mañana llegó á su casa muy mohino, porque esa noche había perdido una fuerte suma. Informóle el portero de la inesperada visita, y subió

la escalera más malhumorado de lo que llegó y resuelto á castigar á su hermano por la audacia de haber penetrado á la casa de sus padres sin previo permiso.

Al hallarse los dos hermanos frente á frente la ira relampagueó en los ojos y todo fué pronunciar la primera palabra de reproche para que se desbordara el comprimido rencor. A la injuria, respondía la injuria; á la amenaza, la amenaza, y por último, Héctor levantó la diestra mano y dió á Julio tremendo bofetón, que resonó en la alcoba de Angelina.

Esta levantóse asustada y al asomarse á la puerta que daba á la sala vió á sus hermanos en desesperada lucha. Julio con la pistola en la diestra y Héctor sujetándole el brazo y batallándo por desarmarle.

La niña, azorada, eleva al cielo los ojos en suplicante actitud, y de improviso una idea salvadora viene á su mente y vuelve corriendo al interior de la alcoba.

Julio, entretanto, logra desasirse de la férrea garra de su hermano, amartilla la pistola, y va á descargar el tiro, cuando oye extraño ruido en la recámara de Angelina. El reloj dió las tres de la mañana, y de repente, ambos hermanos con indecible estupor oyen una voz triste y cavernosa que llena los ámbitos de la sala.

—"Bajo la sombra de la Santa Cruz,

dice la voz, he vivido y Ella me ampara en mi lecho de muerte. Vivid y morid en la fe de vuestros padres.

Esperad siempre en Dios, que es el Dios de las misericordias, aun en la caída os dará la mano para levantaros.

Amad á todos, pero especialmente amaos entre sí vosotros, y si algún día os dividen fraternales rencillas, cortadlas con un abrazo de amor."

Calló la voz, y los ángulos de la sala parecían repercutir sus últimas vibraciones. Julio dejó caer la pistola. Los hermanos miráronse por algunos momentos. la voz del padre muerto había trocado sus corazones. Después, sollozando amargamente, abrieron los brazos y estrecháronse con fuerte abrazo.

—Cortemos las rencillas, exclamaron casi á la vez, con un abrazo de amor. Angelina, entretanto, arrodillada oraba llorando.

Los hermanos corrieron hacia ella y la abrazaron.

—Allí les dijo ella, en ese fonógrafo que nuestro padre me mandó colocar cerca de su mortuorio lecho, guardo sus últimos consejos. Ellos nos han salvado.

Los hermanos han vivido desde entonces en cordial unión, y anualmente, en el aniversario de la muerte de su padre, reú-

nense á las tres de la mañana en la casa solariega, y de rodillas escuchan la voz del amado muerto, reproducida por el mara villoso invento de Edison; y aquella voz les consuela en las penalidades de la vida y les sostiene en el sendero de la virtud.



LA RORRA DE NOCHEBUENA

Hoy vino Mateo muy malo: entornó la puerta de la casuca donde vive, no dijo ni una palabra á su mujer, miró con infinita ternura á su hija y tiróse en la cama, sin siquiera quejarse del agudísimo dolor que le martirizaba. Paula observa alarmada á su esposo. No estaba como solía venir, con la cabeza perdida por el alcohol, barbotando disparatados soliloquios, que cuando no estaba furioso, divertían mucho á los vecinos.

Mateo habíase moderado desde que el cielo le dió aquella niña, alegría del hogar, á quien puso el nombre de Soledad por devoción á la Virgen; pero la maldita costumbre llevábale á la cantina con tiránica violencia, y por lo menos un día de la semana, iba caigo que no caigo, caminito de su casa.

El vicio había impedido que Mateo prosperase, no obstante que, desde la aurora hasta el ocaso, trabajaba en su humilde oficio de cargador. Bien sabía él la causa de su pobreza, y proponíase constantemente matar aquel gusano—así llamaba al desordenado apetito de beber,—pero aquellos buenos propósitos, violados siempre y siempre renovados, no habían obtenido sino parciales victorias; mas algo era algo, y Paula, que, aunque ignorante y ruda, tenía la penetración de la mujer que ama, observaba con singular complacencia aquella íntima lucha de su esposo, y cuando la temperancia se prolongaba por algunas semanas, el corazón de Paula dilatábase henchido de esperanza, la cual hacía después más intenso el dolor de la recaída.

"El Negrito" de Paula—pues por cariño decíale "mi Negro"—estaba en la plenitud de la vida; era de bronceada tez, rostro afable, á pesar de su seriedad, expresivos ojos cafés, ancha nariz, boca grande, de gruesos labios y sin pizca de barba. Servicial, humilde, dócil, hacíase sentir en su corazón la influencia de Paula, quien valíase de la filial ternura de su esposo para apartarle del vicio.

—¿Qué tienes, Negrito? le preguntó aquel día, visiblemente conturbada. ¿Estás malo?

—Tal vez; no he podido trabajar ni ayer ni hoy; y ya sabes lo que esto quiere decir: escasez, hambre.

Paula bajó los ojos y guardó silencio. Mateo tenía razón, pues á esa hora—las diez de la mañana—no había ni fuego en la cocina.

Entró Paula al cuarto contiguo, y poco después salió en zagalejo con un bulto.

—Te encargo á la niña, dijo á su esposo, ya vuelvo.

Miróla Mateo y calló avergonzado. Su consorte iba á empeñar la única falda que hasta hoy no había sido guardada en el montepío, en ese Banco de los Pobres, tan útil á éstos, y que les haría muchos bienes si la misericordia y no la codicia los estableciese.

Soledad acercóse á su padre, y besóle la frente con angelical donaire; el enfermo la acarició emocionado, aún había júbilo en medio de las tristezas que le rodeaban; tenía una hija que llevaba la fragancia del cielo al espíritu rebosante de amargura.

—Tengo hambre, papá, ¿á qué hora nos desayunamos? dijo Soledad besando otra vez á su padre.

Mateo se estremeció de dolor: aquella infantil vocecilla le había sido siempre dulcísima; aquel gracioso semblante, iluminado por la luz de la inocencia, era su paraí-

so y abría en su corazón los hondos manantiales de la ternura. Incorporóse con no poco trabajo, se quitó su vieja blusa de dril, y dijo á su hija conmovido:

—Toma, ve á la tienda de don Vicente y dile que te dé pan y queso por esta prenda.

Soledad, acostumbrada á tales operaciones mercantiles, tomó la blusa y salió corriendo de casa.

Cuando Mateo se vió solo, quejóse á sus anchuras. Estaba malo, muy malo; parecíale tener clavado un puñal que le entraba por el pecho y le salía por la espalda.

Pasaron más de quince minutos; ni la esposa, ni la hija volvían, y el enfermo entró en grandísimo cuidado, pues la tienda estaba en la esquina de la calle. Si le habrá sucedido á Chole alguna desgracia, pensó; mas tranquilizóse al oír pasos en el zaguán. Madre é hija entraban juntas y el médico las acompañaba.

Soledad corrió hacia su padre, y rebosante de alegría, díjole á gritos:

—Mira, papacito, ¡qué bonita rorra!

Y levantó en alto, riendo regocijada una preciosa muñeca de pelo de oro y ojos de cielo, la cual sabía decir ¡mamá! Aquello era una maravilla, y Soledad, al poseerla, sentía la primera intensa emoción de su vida. ¡Ella, que no había tenido nunca un juguete que valiese la pena, tener ahora una rorra tan primorosa!

—Me la dió la señora de la casa rica que está cerca de la tienda, esa señora que me hace cariños y que dicen todos que es muy caritativa y muy buena. Me dijo que era mi aguinaldo porque á la noche es Nochebuena.

Y Soledad veía á la rorra, y la besaba, como si quisiese en cada beso transmitirle el alma.

Mateo olvidóse de sí mismo al ver el júbilo de su hija. Paula no podía participar de aquella alegría, pues el estado de su esposo infundíale serios temores. Dejó la canasta del mandado sobre una silla, y mientras Soledad salía á la puerta de la casa con su rorra en brazos, para causar admiración y envidia á las niñas del barrio, Paula recomendaba al doctor que examinase á Mateo y le dijese la verdad por dolorosa que fuese. El médico cumplió en conciencia la recomendación, y contra su costumbre fué veraz, terriblemente veraz; ora fuese porque aquella buena gente era clientela pobre y no había para qué engañarla, ora porque supusiese en ella más fuerza moral, es el caso que con firme voz desahució á Mateo. Recetóle un paliativo, según dijo á la afligida esposa, y salió de la humilde casa del cargador con la frente erguida, satisfecho de haber cumplido con el triste deber de decir la verdad.

Paula quedó consternada, y á pesar de

su poderoso esfuerzo no pudo contener el llanto.

—No llores, le dijo Mateo con admirable resignación, te entiendo, todo acabó ya para mí.

—No ha muerto Dios, repuso la esposa rehaciéndose llena de fe y dirigiendo una suplicante mirada á una mugrienta estampa de la Virgen de la Soledad, clavada en la pared, y salió de la habitación con la receta en la mano.

Poco después oyó Mateo que su esposa y su hija hablaban en el patio; aquella pedía algo, ésta parecía negarlo. Levantóse con no poco trabajo, y escuchó con el alma despedazada el siguiente diálogo:

—Hija, tu padre está muy malo, necesito comprar la receta y no tengo dinero. Empeño tu rorra, pero tan luego como Mateo se alivie y trabaje, la desempeñaré. El patrón me conoce, ni siquiera la boleta le pido, pues la desempeñaré hoy mismo.

—Pero, mamá, está tan bonita.

—En el montepío no se maltrata. ¿Quieres que se muera tu papá?

—No, no; quiero que se alivie.

—Pues préstame tu rorra.

—Sí, sí, mamacita; tómala, que se cure papá. Déjame nomás darle un beso.... otro.... otro. Ahora toma la rorra. No, mejor yo voy contigo para llevarla en

brazos hasta el montepío; así estará otro ratito conmigo.

Tras del ruido de los besos, oyó el de los pasos de su hija que con su madre se alejaba, y el corazón de Mateo sintió un dolor más profundo que aquel que de muerte le hería.

¡Pobre hija mía! dijo, y rompió á llorar. Doliase entonces, más que nunca, de sus extravíos, y por la centésima vez propúsose de todas veras ser bueno, si aquella traidora enfermedad no le quitaba la vida.

Estaba aún consternado, cuando oyó la voz de su colega Remigio que le hablaba desde la puerta.

—¿Qué quieres? Entra, respondió Mateo.

—Perezoso, te acabas de levantar. Apuesto á que anoche tomaste tus copitas.

—No, Remigio, sino que me he sentido algo enfermo.

—Y yo que venía á invitarte á que me ayudaras á cambiar un piano, lo cual es lo mismo que traerte un peso; pero si no puedes veré á alguno de nuestros compañeros.

—No, no le veas, aguarda.

Y Mateo se irguió y dió unos cuantos pasos como para probar su vigor.

—Ea, vamos, dijo con resolución. ¿Está muy lejos la casa?

—No, está cerca.

Y los dos amigos salieron apresuradamente. Transcurrió media hora sin que nadie regresara á aquel hogar digno de mejor suerte. Oíanse sólo, de vez en cuando, los ladridos de un falderillo que buscaba camorra á un gato prieto, y los resoplidos de éste, que arqueando el espinazo y enroscando la cola, miraba con centelleantes ojos á su antipático provocador.

De repente entró Mateo con el semblante afilado é intensamente pálido; dibujábase en sus labios una dulce sonrisa y veía con inefable complacencia una hermosa rorra que en la diestra mano llevaba: era la muñeca de su Chole. Acababa de rescatar á la cautiva, pero el supremo esfuerzo que hizo para trabajar, habíale agotado el vigor. No alcanzaba respiración, ahogábase, iba á caer de bruces cuando llegó á la cama, estrechó á la rorra que en aquel instante era la personificación de la hija de su alma, la besó con paternal ternura y de repente, como si algo se le hubiese reventado interiormente, contrájose aquella boca en la que aún palpitaba el último beso, y expiró.

Momentos después, con el dolor más hondo pintado en el semblante, Paula contemplaba el cadáver de su Negrito, y Soledad, al observar la angustia de su madre, lloraba la inmensa desgracia que caía sobre

ella. De vez en cuando, sin dejar de llorar miraba de soslayo á la rorra aprisionada entre los brazos de Mateo. ¡Ay! Recuperaba aquel valioso juguete, pero perdía para siempre la ternura de un padre, que á pesar de sus miserias y debilidades, la amaba con toda su alma. Y la niña, no obstante su edad, adivinó con maravillosa intuición el heroico sacrificio de su padre, y con la precoz filosofía que infunde la desgracia, pensaba sollozando: ¡Ay! los juguetes de valor no se hicieron para los niños pobres.



EL DEFENSOR PROVIDENCIAL

Era Jacinta buena mujer, pero tan desgraciada como buena. Tenia tres años de casada y habían sido de continuo tormento; su esposo Isidro, un gañán alto, muy trigueño, sin pizca de barba, de pequeños ojos cafés, de mal carácter y tonto de capirote, tenía la extravagante creencia de que á la esposa debe tratársela á golpes, para que sea siempre dócil y obediente. Había pasado en la cabecera del Partido un caso singular que confirmó más al marido en aquella arraigada idea: una ranchera demandó á su esposo ante el Juez Municipal quejándose de que aquel ya no la quería. Interrogada por la causa de tal afirmación contestó: Que no la amaba ya porque hacía mucho tiempo que no le pegaba. (1)

(1) Histórico.

El mismo día de tal suceso, Isidro dió á Jacinta una terrible zurribanda so pretexto de que los frijoles no estaban bien cocidos. La pobre mujer no tenía ni á dónde volver los ojos ni con quién desahogarse, pues en la estancia de "Los Borregos," donde habitaba, no había más casa que la suya, ni más vecinos que dos ó tres peones, y sólo en tiempo de trasquila venían de la hacienda muchos rancheros.

Jacinta era devotísima del Apóstol Santiago, devoción que desde niña adquirió en el hogar paterno. En la salita de la casa tenía clavada en la pared, una estampa del Apóstol, y abajo de ésta una repisa con flores silvestres y una lámpara que ardía continuamente, pues Jacinta procuraba proveerse de aceite oportunamente para que la lamparita no dejara de arder.

En aquellos días celebrábase en Pánuco la fiesta llamada "Morisma," que consiste en un simulacro de guerra entre moros y cristianos. El Gran Turco y el Jefe cristiano en insolentes y campanudas arengas, rétanse y sucédense los combates que duran tres días y concluyen con la victoria de los cristianos, que cortan la cabeza al Gran Turco; y es de ver la entusiasta algazara con que sobre

una asta pasean en triunfo la ensangrentada cabeza de cartón del decapitado moro, pues en el cuello del vencido han puesto una vejiga de toro llena de sangre para que el espectáculo se aproxime más á la realidad. Las lomas vénse cubiertas de curiosos, especialmente de la plebe, que gusta mucho de "La Morisma," á la que dá un carácter religioso. No sé el orígen de tales fiestas, que, entre multitud de anacronismos, representan en tierra la famosa batalla naval de Lepanto. Cada soldado se viste á su gusto, y he visto turcos con trajes de los que, en la Semana Santa, portaban los judíos en la parroquia de Jesús. Forman también su campamento, en el cual, si no existe en todo su rigor la disciplina militar, sí se sufren con gusto algunas de las molestias del soldado, lo que ciertamente revela que esta gente es guerrera por excelencia.

Uno de los que siempre se distinguían en tales fiestas, por su marcial continente, lo vistoso de su uniforme y el entusiasmo con que se alistaba entre los cristianos, era "El Volcán," un ranchero fachendoso y atolondrado, á quien por su carácter designaban sus amigos con aquel apodo.

Después de comer salió "El Volcán"

de su rancho, acompañado de dos amigos, los tres en magníficos corceles, con ánimo de pernoctar en Vetagrande y al día siguiente, muy temprano, llegar á Pánuco á tomar parte en "La Morisma." Iba contentísimo en el caballo blanco de su padre, y dejaba boquiabiertos á los transeuntes que contemplaban á aquel extraño militar de dorado casco de hoja de lata con blanco penacho, uniforme también blanco con vivos rojos y una especie de clámide nácar.

Obscurecía cuando "El Volcán" y sus dos amigos se hallaban cerca de la estancia de "Los Borregos." Aquél, creyéndose casi un Don Juan de Austria, contemplaba el Occidente, cuyas nubes orladas de fuego por el sol poniente, se apiñaban formando extrañas figuras. La amarillenta luz del vespertino crepúsculo bañaba el campo, y allá, por entre el mezquital, con tardo paso, venían las vacas moviendo á compás sus cornudas cabezas y dando de vez en cuando un bocado. De repente oye desaforados gritos que demandan auxilio.

—Aquí del sable del vencedor en Lepanto, dijo á sus amigos, que se quedaron absortos sin tener tiempo de contestar; desenvaina la espada, pincha con las espuelas los ijares del brioso melado y par-

te á carrera abierta. Allá, á lo lejos, cerca de una nopalera, distingue un hombre que azota furioso á una mujer, quien implora misericordia y llama á gritos al Apóstol Santiago.

"¡El Volcán," que había oído hablar del Quijote y aun sabía algunas de sus aventuras, pero que no lo había leído nunca, por la sencilla razón de que no sabía leer, debió sentir algo parecido á lo que sintió el ilustre manchego en presencia de los galeotes. Lleno de indignación ante el abuso de la fuerza, arremetió á cintarazos contra Isidro, que azotaba á la infeliz Jacinta. Mientras que aquél, estupefacto, contempla al "Volcán," ésta, postrada en tierra, clama agradecida:

—¡Bendito seas, oh insigne Apóstol Santiago, protector mío! Ya tengo quien me defienda.

Una vez cumplido aquel acto de justicia, al largo trote de su caballo dirigióse impertérrito y sin siquiera volver la vista hacia atrás, al lado de sus amigos, quienes medrosos por el desaguisado que acababan de presenciar, continuaron su marcha al galope y tras de ellos su fogoso amigo.

Concluido que hubieron las fiestas de "La Morisma," concurridísimas ese año,

cristianos y moros, inclusive el decapitado Gran Turco, volvieron á sus hogares, y los dos amigos del ''Volcán,'' que habían ido de simples espectadores, salieron de Pánuco antes que aquél. Espoleóles la curiosidad de saber las consecuencias de la quijotesca aventura de su amigo, y al pasar por la estancia de ''Los Borregos,'' hicieron alto frente á la casita de Isidro y pidieron á Jacinta, que estaba á la puerta, un jarro de agua. La buena mujer dióselos con gusto. Tenía una cara de pascua que era para alabar á Dios.

—Juraría, dijo uno de los viajeros á Jacinta, que vive usted muy feliz en este desierto, porque el regocijo le sale á usted á la cara.

—Sí señores, respondió Jacinta; desde que se me apareció el Apóstol Santiago, hace cuatro dias, y castigó á mi marido, no cabe el júbilo en mi pecho.

—Y ¿cómo es el Apóstol Santiago? dijo con guasa el interpelante.

—¡Hermosísimo! contestó con fuego Jacinta. Rostro de querubín, casco de oro purísimo, vestido con los colores de la aurora, jinete en un caballo blanquísimo como no los hay, no los puede haber sobre la tierra.

—¿Y el marido de usted también vió al Apóstol?

—¡Que si le vió! Le vió y le sintió, señores, es decir, sintió el peso de su bendita mano, y hoy, temeroso de las iras del gran santo, mi Isidro está enteramente convertido.

En estos momentos llegaba el bueno de Isidro.

—¿Verdad, Isidrito de mi alma, díjole Jacinta, que se nos apareció el Apóstol Santiago?

—Verdad, repuso Isidro, limpiándose con el dorso de la diestra mano dos lagrimones que espontáneos brotaron de aquellos ojos color de almendra, y luego, quizá por asociación de ideas, llevóse ambas manos á las posaderas, lugar donde principalmente descargó su ira el furibundo "Volcán."

Los dos viajeros esforzáronse por contener la risa, dieron unos tragos de agua y continuaron su viaje, despidiéndose de los consortes.

Y es fama que desde la memorable fecha en que "El Volcán" cintareó á Isidro, éste no volvió á pegar á su esposa, y ambos juran por Dios y por todos los santos de la corte celestial, que el Apóstol Santiago baja del cielo para castigar á los maridos que azotan á sus esposas.

FAVORES DE DIOS

I

¡Linda pareja de novios era Mariquita y Valerio! Ella, fresca, lozana, de cutis de rosa, de dormidos ojos, que soñar parecían con un bello ideal. El, bien desarrollado, varonil, de grave y solemne mirada que revelaba fe en los propios esfuerzos.

No fué poca fortuna para el galán triunfar de poderosos rivales, pues Mariquita había sido tenazmente perseguida desde la adolescencia por multitud de adoradores, entre los cuales no faltaban taimados calaverones de mucho dinero y ninguna conciencia.

Los novios juraban y rejuraban que se querían con toda el alma y nada había en contrario de tal aserción. Un sólo paso, y á la Parroquia, y el novio resolvió dar tal paso.

La futura suegra fijó el plazo de seis meses para la boda, pues aunque evitar quería los muchos peligros que á su hija amenazaban y agradábale sobre manera el yerno, no quería exponerse á las malignas críticas de la gente si concedía á la pareja celebrar luego el anhelado matrimonio. No, señor, iban á decir que la novia rabiaba por atrapar marido. Ya ella había oído en semejantes casos nada caritativos comentarios. Y vaya usted á quitar de la cabeza de los desocupados y aun de los ocupados, la costumbre de emitir su juicio acerca de públicos y particulares sucesos, y muy especialmente acerca de los matrimonios.

¡Si no hay más suculento platillo para la apetitosa murmuración que los que se casan!

Y seis meses se fijaron para la boda. Tiempo en el cual pensaba Valerio ir arreglando las mil cosillas que un hogar demanda, desde el poético traje de la novia, hasta el prosaico metate de la cocina.

Aquellos días deslizábanse para los novios, como góndola por la mansa superficie de un lago. No había tempestades, sino perfumadas brisas; cielo azul y sereno, henchido de luz, riberas de espléndido verdor y de variadas flores y avecillas que gorjeando cruzaban los aires.

Un día, Mariquita sintióse enferma.

¡Qué consternación para el novio!

Los recados se sucedían casi cada hora

—De parte de don Valerio, que ¿cómo está la señorita?

Mala, muy mala.

Y Mariquita, en efecto, seguía mala. La terrible viruela acometióle con tal ímpetu, que por varios días vióse entre la vida y la muerte.

Salvóse al fin; pero en ¡cuán lamentable estado quedó! Aquel rostro de notable belleza fué completamente desfigurado por los estragos de la destructora enfermedad.

La primera vez, que ya convaleciente la vió Valerio, quedóse asombrado y salió de la casa de la novia diciendo para sí: Mariquita se murió, la que ví no es la misma.

Y ¡claro! muerta la novia, se acabó el noviazgo. Y el ingrato joven no volvió más á la casa de la enamorada doncella.

Mariquita devoró en silencio la humillación. Ni siquiera podía vengarse, pues sus adoradores, inclusive los tercos calaverones, huyeron espantados ante la presencia de la nueva Mariquita.

Resignóse con la divina voluntad y el alma ganó en virtud lo que el rostro perdió en belleza.

II

Valerio anduvo de seca en meca buscando otra media naranja con quien formar un todo; pero no la hallaba á su gusto. El quería otra Mariquita como la de antaño, y hermosura y bondad aunadas, tesoros son que en todo el mundo escasean.

Y como frecuentemente el que elige, elige lo peor, fué á dar con una cómica, guapa de verdad y honrada, según el mundo, pero con cierto aire de desenvoltura y descoco, que sólo por milagro no se adquiere en las tablas, y que ponía en constante peligro la virtud de Valerio.

El joven creyóse otra vez enamorado y quizás lo estaba, á juzgar por los ímpetus que le acometían. La graciosa imagen de la actriz, provocativa y sonriente, no se borraba un momento de la calenturienta imaginación del enamorado, y meditando estaba si pondría casa á su amada, cuando la maldita viruela acometió al joven con el mismo furor que antaño á su olvidada Mariquita.

¡Oh Dios! el estrago que en pocos días hizo la enfermedad en el hermoso semblante de Valerio fué tal, que no le conociera la madre que dióle á luz.

La primera vez que, ya fuera de peligro

vióse en el espejo, sufrió un terrible síncope. Aquél no era él, ni siquiera su sombra.

La edad, las ilusiones más fuertes fueron que la pena, y Valerio, en breve tiempo, dióse de alta, como él decía, y volvió á la casa de la actriz, quien rió de buena gana al contemplar á su cacarañado galán. Este no se ofendió. ¡Qué iba á ofenderse, si los enamorados suelen tomar todo por el lado bueno! Y lo que hizo el joven fué reírse también de él mismo.

¡Cuán guasona era su novia! pensaba.

El día del beneficio de la actriz ocurriósele á Valerio, que se sentía inspirado, componer unos versos. ¿Por qué no había de hacer lo que hace tanto enamorado? El amor y la poesía, se dijo, son hermanos gemelos. Y en efecto, forjó unos alejandrinos que pareciéronle irreprochables.

En un entreacto dijo á su novia:

—Te he dedicado una poesía que quiero leerte públicamente; que se levante el telón.

Momentos después, Valerio, arrogante y erguido, declamaba con fuego su composición.

Apenas había empezado, cuando una voz, desde la galería, clamó grave y pausada:

—¡Vacúnate!

Tras de la irónica voz desatóse el público en estruendosas carcajadas.

A Valerio anudósele la garganta, enmudeció y entre la algazara de los espectadores, cayó violentamente el telón.

La actriz, de pura risa, no pudo hablar á su novio, los demás actores le miraban con los carrillos inflados, llevándose la diestra al estómago para contener las carcajadas. El poeta, muerto de vergüenza, fuese á toda prisa maldiciendo al público, á los actores y hasta á la burlona actriz, que le tenía fascinado.

III

Tras del desengaño viene la reflexión. Valerio estuvo algunos días sin salir á la calle. Oía constantemente el regocijado rumor de un público tan poco caritativo, que se burlaba de la ajena desgracia; la irónica frase de aquel insolente que le dijo: vacúnate, cuando el rostro del joven estaba más picado que en el árbol madura fruta. Veía el burlesco rostro de su actriz y de los actores, y se convenció del ridículo papel que por algún tiempo había desempeñado.

Comprendió entonces el providencial castigo, recobró el perdido criterio y aun bendijo interiormente la enfermedad que devolvía á la razón su ofuscado esplendor.

Solícito y arrepentido buscó á Mariqui-

ta, pidióle perdón de la pasada ofensa, y la niña, que era buena y le amaba, tuvo la abnegación de olvidarlo todo, y el cura uniólos para siempre.

Cuentan los murmuradores, pero yo no lo creo, que el primogénito de aquel matrimonio nació ya cacarizo, sin duda por la influencia que en la fantasía de la madre tuvo el constante pensamiento de la terrible enfermedad de que fué víctima.

Lo que sí aseguro es que fueron muy dichosos, y que la desgracia que en un tiempo lamentaron tanto, y que después reconocieron ser divino favor, contribuyó en mucho á esa dicha, pues derribó los peligrosos escollos contra los cuales frecuentemente se estrella la hermosura en este mundo de inagotable perversidad.

LAS DOS VENGANZAS

Leí el proceso que no era muy voluminoso; empezaba por el oficio de remisión que de Arcadio Olmos, reo de homicidio calificado, hacía el comisario del rancho del "Mirasol" al juez primero del ramo penal de Zacatecas. Me habían recomendado mucho al preso, joven ardiente, impetuoso y muy entendido agricultor, huérfano de padre y madre. Narráronme los amores del joven campesino, los cuales me recordaban los idilios que había leído con fruición en mi juventud y que jamás había contemplado, pues las veces que pasé alguna que otra temporada en fincas de campo, tuve ocasión de ver, no idilios, sino dramas y tragedias que me partieron el alma, entre otras, la muerte por combustión espontánea, de una mala hija. Llegué á creer que tales idilios existen sólo en la imaginación de

los poetas, pues la realidad, la terrible realidad me mostraba siempre las más bajas pasiones sojuzgando á los hombres. Un afecto hondo y puro, nacido y desarrollado á la faz del cielo radiante y de la naturaleza siempre grandiosa, tenía para mí inefable atractivo.

Arcadio había amado con intensa ternura á Andrea, una belleza de rancho, huérfana como él, la que vivía bajo el cuidado y protección de su anciana tía. Refiriéronme los amorosos coloquios rebosantes de sencillez y cariño, tenidos, ya bajo la sombra del añejo mezquite, ya en la falda del monte; los juramentos de amor á la puerta de la humilde casita de Andrea, los almuerzos de calabazas y elotes á orillas de la lozana milpa, y las mañanitas de verano en que Arcadio iba á despertar á su amada cantando desde lejos una amorosa cantinela. Las veces que jugueteando como niños corrían por el prado cogiendo mariposas ó cortando flores, que servían siempre para coronar la frente de Andrea, y multitud de pequeñeces que sazonadas por el amor, tienen un gusto de inefable dulzura..Yo había leído cosas parecidas, y Pablo y Virginia y la María de Jorge Isaacs, levantáronse del sepulcro de mis recuerdos para traerme la suave fragancia de juveniles ideales.

El oficio del comisario del "Mirasol"

estaba concebido en estos términos: "Remito á usted, bien asegurado, á Arcadio Olmos, criminal peligroso, desertor del quince de infantería, quien el 12 del corriente dió muerte de una puñalada en el corazón al hacendado Miguel Bolaños." Después del auto cabeza de proceso seguía la inquisitiva del reo, hela aquí: "En catorce de Octubre, á las diez de la mañana, presente Arcadio Olmos, se le amonestó para que dijera la verdad, y examinado sobre sus generales, manifestó llamarse como queda escrito, soltero, agricultor, vecino del "Mirasol," jurisdicción del Partido de la capital, de donde salió el año próximo pasado para ingresar al quince de infantería, del cual batallón desertó hace como un mes. Interrogado acerca del delito que se le imputa, contestó: Desde niño amé con todas las fuerzas de mi alma á Andrea Flores, joven vecina también del "Mirasol," y mi cariño fué correspondido. Servía como peón en la hacienda de don Miguel Bolaños, de quien solicité dinero anticipado para casarme; el señor Bolaños me lo negó, y supe después por Andrea, las criminales pretensiones de aquél, quien varias veces quiso seducir á mi novia. En la imposibilidad de luchar contra un poderoso, determinamos mi novia y yo dejar la hacienda y casarnos en cualquiera otra parte; pero ese día

por la noche me aprehendió el comisario y me remitió á Zacatecas, donde inmediatamente me dieron de alta en el ejército federal, asegurándome que me había tocado el sorteo, y en efecto, hicieron en la Jefatura Política el tal sorteo, del que se levantó el acta respectiva; pero todo fué comedia y mi ingreso al ejército fué el resultado de la recomendación del rico é influyente hacendado. Ocurrí al Gobierno manifestando las perversas intenciones del señor Bolaños, quien á todo trance quería separarme de Andrea para poder con mayor libertad seducirla, pero todo fué inútil y salí de Zacatecas para San Luis Potosí, en donde ingresé al quince de infantería. Mi único pensamiento, desde entonces, fué recobrar mi perdida libertad para salvar á mi Andrea y casarme con ella. Cerca de un año después pude lograr mi anhelo y deserté exponiendo mi vida. Al volver al rancho del "Mirasol" y penetrar lleno de ilusiones á la casa de mi novia, la encontré sentada junto á la cuna de un niño recién nacido á quien mecía y arrullaba. Al verme Andrea, después de un grito de asombro, rompió á llorar.—¿Para qué has venido? me preguntó. Aquel infame logró su intento y mi tía fué su cómplice. Vete y no vuelvas más. Te amo y te amaré mientras viva, pero aunque tú perdonaras mi debilidad, no ofendería tu

cariño verdo manchada á tu hogar. Nada respondí, pues el dolor y la indignación me enmudecieron; pensé matar á ella, al niño, sobre todo al niño, contra quien sentía odio implacable, pero rápidamente presentáronse en mi imaginación los sucesos verificados durante mi ausencia: la influencia de la miserable tía de Andrea, las instancias y dádivas del señor Bolaños la huérfana sin mi amparo, que llora, lucha, vacila y por fin sucumbe. Dí un grito, no sé si de angustia ó de rabia, salí de la casa de mi novia sin hablarle ni una palabra y me dirigí á la del señor Bolaños. Verle y lanzarme contra él, todo fué uno; le hundí el puñal en el pecho hasta el mango y cayó moribundo á mis pies. No intenté fugarme y me dejé aprehender. He delinquido, que se me castigue; ¿para qué quiero la vida sin mi Andrea? A preguntas especiales del juez el reo despondió: El occiso no estaba armado; tan luego como dejé la casa de Andrea, resolví dar muerte al señor Bolaños."

Seguía luego la filiación del procesado, el auto de formal prisión y las declaraciones contestes y uniformes de algunos rancheros, las cuales concordaban en el punto capital con la inquisitiva del reo. En seguida estaba la declaración de Andrea en estos términos: "En diez y nueve del mismo, presente Andrea Flores para ser

examinada, según la cita que le resulta, previa protesta legal, dijo llamarse como queda escrito, de diez y ocho años, vecina del rancho del "Mirasol." Respecto del hecho que se averigua expuso: Por la voz pública tengo conocimiento del asesinato del señor Bolaños, cometido por Arcadio Olmos, quien fué mi novio, y, en efecto, el día á que éste se refiere estuvo en mi casa y le dije las palabras que constan en la inquisitiva de aquél. El Sr. Bolaños muchas veces me instó para que rompiera las amorosas relaciones que me unían con Arcadio, y aun me amenazó con que mandaría á éste de soldado, amenaza que ví cumplida pocos días después. Interrogada si había tenido relaciones con el señor Bolaños respondió: El señor Bolaños me sedujo y sólo por rivalidad persiguió á Arcadio."

Seguía después el certificado de los médicos del hospital civil, que calificaban de grave la herida dada en mitad del corazón al señor Bolaños, la cual por sí sola produjo la muerte del occiso. Después de la confesión con cargos en la que el procesado confesaba el crimen sin alegar ninguna circunstancia atenuante, seguía la defensa, en la que el abogado se esforzó inútilmente por salvar á su defenso, pues la sentencia declaró el homicidio calificado y condenó al reo á sufrir la pena capital.

En tal estado hallábase el proceso, cuando me encargaron la defensa en segunda instancia. No necesité devanarme los cesos para demostrar plenamente que Olmos había delinquído en estado de ceguedad y arrebato producidos por hechos del ofendido, y ésta y otras circunstancias atenuantes lograron salvar al reo del patíbulo, si bien le condenó el Supremo Tribunal de Justicia á algunos años de prisión.

Desde esta fecha, todos los días, á la misma hora, veía á Andrea entrar en la cárcel y esperar pacientemente el oportuno momento de hablar con Arcadio y de llevarle alimentos y cigarros; esto cuando el preso no salía á trabajos forzados, pues entonces, Andrea le acompañaba el tiempo que le era posible, La infeliz hacía deshilados para subvenir á sus necesidades, á las de su hijo y á las del preso, y á las de este último atendía de preferencia. No obstante, lo que ganaba era poco y frecuentemente pasaba las noches en vela para que su trabajo le produjera mayor utilidad. No hizo ningún caso de las advertencias del médico, quien le aseguró que con las continuas lágrimas y las desveladas perdería la vista.

Arcadio recibió grave y serio las primeras visitas de Andrea, mas paulatinamente suavizóse el ceño del preso, y des-

pués, aunque siempre triste, recibía con amabilidad á la hermosa compañera de su niñez y de su juventud. Andrea no se daba un momento de reposo, puso en juego cuantos recursos le sugirió el continuo pensamiento de la libertad de Arcadio, y aunque á las primeras solicitudes de indulto obtuvo siempre una rotunda negativa, no se desanimó, y fué tan tenaz y perseverante su insistencia, que logró enternecer al Gobernador, quien al fin se rindió á las súplicas y lágrimas de la joven, y ésta pudo un día presentarse radiante de júbilo á abrir á su amado las puertas de la prisión. Salieron los dos de la cárcel, juntos como en mejores días, pero abstraídos en hondísimos pensamientos.

—¿A dónde voy ahora? preguntó Arcadio á Andrea.

—A donde quieras, á luchar por la vida y á expiar tu venganza.

—¿Y tú?

—A trabajar para mi hijo y á llorar mientras viva, mi fragilidad y tu ausencia.

—No, no, jamás; gritó Arcadio en un arranque de cariño: á vivir el uno para el otro. Todo te lo perdono, mi Andrea, mi nunca olvidada Andrea.

La joven dirigió á Arcadio una mirada de infinita ternura, le estrechó cariñosamente la mano, y luego, en un instante de suprema violencia, clamó:

—Adiós para siempre.

Corrió velozmente, dobló la esquina de la calle y dejó yerto y asombrado á Arcadio, quien cuando volvió en sí de la sorpresa no encontró á lo joven por ninguna parte.

Ese mismo día reaprehendieron á Arcadio, pues debía ser remitido á la respectiva zona militar para que fuese juzgado como desertor. Sufrió resignado el castigo y cumplió los años de servicio con admirable paciencia y pensando siempre en su Andrea, de quien no había vuelto á tener ninguna noticia. Recobrada ya la libertad, dirigióse hacia el pedazo de tierra que en la niñez y en la juventud le había brindado inefables dichas. Los dulces recuerdos venían á su memoria como aves al caliente nido. Caminaba embelesado con sus pensamientos, cuando una ciega, á quien llevaba de la mano un niño, le tendió la mano implorando una caridad por amor de Dios. Arcadio volvió la vista hacia la pordiosera y exhaló un grito de asombro. Era ella, su Andrea, la compañera de sus infantiles juegos, el sueño de oro de su juventud.

—Andrea, Andrea, mi amada Andrea—clamó llorando.

Y su Andrea contestó con otro grito que fué el último de su vida, pues aquel inesperado encuentro agravó la afección

cardíaca que hacía algún tiempo padecía la ciega, y cayó muerta á los pies de su amado.

El niño, con hondos clamores, contemplaba ya el cadáver de su madre, y á aquel hombre para él desconocido, quien apeándose del brioso potro que montaba, besó llorando la frente de la muerta.

Arcadio, después del primer ímpetu de dolor tremendo, levantó al niño en los brazos y díjole con ternura:

—No llores ya; ayer me vengué de un poderoso malvado, matándole; hoy me vuelvo á vengar de él y de su víctima adoptándote por hijo.

LA LUCHA POR LA VIDA

Contaba don Toribio diez y nueve años y pico de casado, y tenía diez y nueve hijos, sanos y rollizos para gloria de Dios y bien de la Patria. Por dicha de los cónyuges todos vivían, y por su desgracia todos vestían y comían, lo cual era una calamidad para el pobre de don Toribio, que una oreja se agarraba y la otra no se la alcanzaba para mantener aquella caterva de descendientes, de estatura rigurosamente progresiva, que puestos en fila, parecían pitos de órgano, desde el menor que ya mordía con el primer colmillo, hasta el mayor que empezaba á atusarse el finísimo bello del primer bigote. Además pronto vendría á este mundo de mucha bambolla y poco seso, el vigésimo heredero de don Toribio Salazar y Briones, corredor titulado, que, en efecto, corría de crepúsculo á crepúsculo por esas calles de

Dios, buscando en la populosa y bella ciudad de México, cómo sostener en pie aquella cadena de oro, como él llamaba á los hijos de su alma, de la cual, por divina misericordia, no faltaba ni un eslabón. El futuro heredero probablemente sería hombre, pues Salustia, la esposa de Toribio, había acreditado con la experiencia—que ya se ve si era larga—que no sabía dar á luz sino varones. Y para maravilla de los pusilánimes y desconfiados de la Providencia, aquel Toribio, víctima de la paternidad, era un hombre alegre y locuaz como pocos: gustábale luchar por la vida, y luchaba á brazo partido. Cuando alguien lamentaba la precaria situación del corredor de número, sonriente respondía:

—Hay que tener paciencia, amigo; es la lucha por la vida.

Era don Toribio bajito de cuerpo, regordote, chato, carirredondo y con unos ojazos cafés llenos de luz; en ocasiones chancista con personas de confianza, siempre atento y respetuoso con los superiores, y con los inferiores cuando eran clientes, y comunicativo y alegre con todos. Salustia estaba orgullosa de su brillante hoja de maternidad y sonreía satisfecha cuando alguno decía:

—Usted, doña Salustia, podría irse á poblar un desierto.

Era la paciencia personificada, y algu-

nas veces, cuando reían los chicos, emprendíanla á mojicones por encima de la mamá, quien con admirable calma los separaba, si no estaba muy fatigada; de lo contrario, los reprendía con mucha mesura; aun para azotarlos, cuando las diabluras de los chicuelos merecían tal pena, era discreta y sosegada: caía la cuarta lentamente sobre las frescas y suaves carnes de los muchachos, quienes también por intervalos lanzaban agudos gritos. Eso sí, cuando Morfeo echaba la garra á Salustia, no había poder humano que la despertase, así fueran capaces los niños de disparar un cañón á los oídos de la mamá. También la pobre trajinaba sin cesar y bien merecido tenía el profundo descanso á que se entregaba.

Don Toribio, con heróicas economías, compraba mensualmente su pedacito de billete de "La Nacional." Habíasele metido entre ceja y ceja que la caprichosa suerte íbale á sacar de apuraciones y á darle algún desahogo, aunque fuese por corto tiempo: y héle ahí sacrificando en aras de una esperanza hasta el vicio de fumar; mientras no se completaban los centavos destinados á la fracción de billete que debía meter la fortuna en casa, remolineaba en la boca un puro apagado, forjándose la ilusión de que estaba tan encendido como su fantasía, y lo saboreaba como si de

verdad fumase. Allá va, por esas calles de Dios, saludando á todos, pues tiene más amigos y conocidos que necesidades, con ser éstas tantas y mostrando aquella cara de Pascua que á leguas revela la bondad y la honradez. Va camino del despacho "La Nacional" con su fracción de billete en la diestra: le ha dado la corazonada de que al fin, la rebelde fortuna se ha condolido de las cuitas que hoy más que nunca le abruman, y á paso veloz anda calles y más calles. Sudoroso, jadeante, llega al despacho: Allí está colgada de un gancho la lista de premios. Don Toribio, después de media docena de resoplidos, se quita el sombrero, saca el pañuelo, fingiendo calma, pues le brinca el corazón, se limpia el sudor que empapa su frente, ve por la milésima vez su billetito y clava los ojos centelleantes en la lista. Aquellos ojos, de por sí grandes, parecen crecer: van por varias veces del billete á la lista y de la lista al billete. Don Toribio está pálido, la emoción prívale por un instante del uso de la palabra, motivo por el cual no habla, pero sí piensa:

—Bien me lo decía mi corazón; no cabe duda, es el número 5,213; preparémonos para recibir dignamente á la diosa fortuna. Volvió á dar otra media docena de resoplidos, sacó su cartera, guardó el billete con sumo cuidado y abrochóse todos

los botones del saco. Por primera vez en su vida pensó en los rateros. ¡Ay, qué hombres tan malos! Indudablemente la autoridad era benigna, muy benigna con ellos mandándolos á Yucatán.

De paso para su casa llegóse á una elegante cantina, el dueño de la cual era cliente suyo.

—Vamos, amigo don Bonifacio, dijo don Toribio con visible regocijo, vengo á echarme una droguita, por unas cuantas horas, pues le pagaré hoy mismo.

—Lo que usted guste, don Toribio.

Don Toribio remolineó el apagado puro y recordando que hoy por hoy podía holgadamente consumirlo y hasta fumar otro, pidió un fósforo á don Bonifacio, y luego arrojando bocanadas de humo, díjole con un tonillo raro para su habitual humilde modo de hablar:

—Una media caja de champaña y pastelillos de los mejores para una veintena de bocas que comen á reventar.

—¿Tiene usted boda, don Toribio, ó va usted á recibir algún embajador?

—Algo mejor, amigo, algo mejor; ya le contaré á usted: con que se sirve usted mandar todo á su casa.

—En el acto.

—Pagaré hoy mismo, no lo olvide usted.

—Conozco á usted, don Toribio, no ha cuidado.

El corredor de número continuó su camino hablando y haciendo cuentas sin cesar; iba tan preocupado, que no saludó á muchísimos de sus amigos, cosa en verdad muy rara en un hombre tan cortés y tan saludador como don Toribio, pero la fortuna empezaba á sacarle del quicio. De pronto fíjase en un rotulón colgado sobre el dintel de una puerta. "Música para baile." La necesito, la necesito, pensó, y sin vacilación entró en el despacho.

—¿Puede usted, dijo á un hombre largo seco, pálido y mal encarado, que parecía la antítesis de don Toribio, llevar su música un par de horas á la calle de Chiconautla?

—¿Nada más llevarla? repuso el interpelado.

—Y tocar lo mejor de su repertorio. ¿Me conocé usted?

—¿Quién en México no conoce á usted, don Toribio?

Don Toribio sonrióse satisfecho de su popularidad y agregó:

—Con que cuento con usted.

—Sí, señor, ¿á qué hora?

—Luego, voy andando, espero á usted.

Don Toribio apretó el paso y saboreaba con inmenso regocijo la sorpresa que pen-

saba dar á su Salustia y á su batallón de infantería.

Llegó á su casa resollando recio y llamando á gritos á su esposa.

—¿Qué tienes, Toribio? preguntó la diez y nueve veces madre, sin alterarse en lo más mínimo.

—Ahí es nada, contestóle Toribio, que hoy vienen á casa dos señoronas muy buenas, y quiero que las recibamos como se merecen. Don Bonifacio mandará dentro de algunos momentos champaña y pastelillos, y vendrá la música de baile. Tú disponlo todo, mientras yo vuelvo con las visitas; al instante que me veas entrar con esas guapas señoras, que la música toque ¿eh? pero que toque la pieza más alegre ¿lo oyes?

—¿Te has vuelto loco, Toribio?

—Ya no tengo qué decirte. Hasta luego.

Y allá va Toribio corriendo de nuevo á cobrar el gran premio: sus cuentas eran exactas: tocábanle á la fracción del billete dos mil pesos del águila, dos talegas bien llenas; esas eran las guapas señoras que irían á su hogar para alivio de tantas necesidades. Y don Toribio, que no era malicioso, reíase solo de su ingeniosa travesura y de la alegría que iba á dar á su familia. Ya le parecía ver á las diez y nueve ediciones de su estampa dar brincos, gritar, meter mano en las talegas y caer al

suelo en argentinos chorros, con deleitoso sonido, las monedas, resplandecientes de puro nuevas. Así, riendo y meneando satisfecho la cabeza, llegó al despacho de "La Nacional."

—¡Señor Administrador, dijo con garbo; los dos mil duros que corresponden á este número! Y tendió el brazo con donaire, mostrándole el billete.

El Administrador quedósele viendo de hito en hito, mientras don Toribio repetía:

—¡Dos mil duros, pronto que estoy de prisa!

—Si no conociera á usted, respondió tranquilamente el Administrador, diría que se burlaba usted de mí.

—¡Cómo! dijo azorado don Toribio: mire usted mi billete, mire usted la lista.

—Ese billete es de la lotería de hoy, y la lista es de la del mes pasado; aún no se fija la del día; aquí la tiene usted... 5,213. No tiene nada, ni siquiera aproximación.

Don Toribio casi se desmayó, estuvo como un minuto sin moverse y luego con voz desfallecida dijo al Administrador:

—Adiós, señor, usted dispense.

¿Cómo volveré á mi casa? pensaba, y luego la droga. Hay que devolver todo en el acto y echar fuera á los filarmónicos; que se vayan con su música á otra parte.

Volvió á correr en dirección de la calle de Chiconautla.

La puerta de su casa estaba abierta, don Toribio se precipitó por ella: apenas le vieron entrar, los músicos que ya tenían afinados los instrumentos, lanzaron en raudal de harmonías los primeros compases de un two-step.

—¿Y las señoras? preguntó Salustia á su esposo.

—¡Oh! Salustia, calla esa música. Ya te contaré. ¿Y la champaña y los pastelillos?

—Todo está en la mesa.

—Que lo empaquen.

—No, ya no está en la mesa, gritaron los hijos de don Toribio que en tropel, bailando two-step, acudieron al zaguán atraídos por la música; nos lo comimos todo, todo y ¡qué bueno estaba!

Don Toribio acabó por reírse.

—Ea, valor, exclamó. Dios me quiere para la lucha por la vida; pues á luchar y...... adelante.

EL VOTO DE FLORENCIO

I

El vicio no había logrado atrapar á Florencio, quien, no obstante haber nacido y pasado su niñez y juventud entre gente de terruño y recibiendo malos ejemplos de su propia familia, creció, por maravilla de la gracia, como lozana flor entre el fango.

El caricaturesco rostro del joven movía á risa; era bajo de talla y en extremo barrigudo; pero de tan buen corazón, que se granjeaba el cariño de cuantos le trataban.

Los franciscanos de Zacatecas protegíanle mucho: frecuentemente comía en el convento, y gustaba sobremanera de aquella sosegada vida de oración y sacrificio, tan opuesta á la que él había visto

en los barrios, y aun en las ricas casas de la ciudad que para él no tuvo sino pobreza. Un fraile enseñóle á mascullar el latín, y en calidad de sacristán entró al templo. Los muchachos en quienes el candor de Florencio hallaba íntimos amigos, decíanle cariñosamente: El Panzudito.

Sólo una afición mundana tenía el virtuoso joven: su entusiasta gusto por las corridas de toros. Más de una vez, cuando los franciscanos le despacharon á comprar verdura, perdió hasta el dinero por haberse entretenido á jugar al toro en la plazuela de Jesús, con los muchachos callejeros.

Era el primero en llegar á las gradas de sol los días de corrida, y siempre que tenía tiempo, visitaba el coso taurino y solazábase en contemplar boquiabierto las reses que debían lidiarse. Aquello era su encanto.

En cierta ocasión miraba Florencio un toro hosco de admirable estampa, sanguinarios ojazos, majestuosa cabeza en la cual caían perfectamente los encorvados conos de puntiagudas astas. No pudo más, sacó un lápiz, y á falta de papel dibujó al cornúpeta en la primera hoja en blanco de un libro de devociones. Conste que obró sin deliberación, pues en la noche, al recogerse en el zaquizamí, donde dormía, aquel hecho parecióle irreverente.

y sin vacilación, aunque suspirando, rompió la hoja que ostentaba la linda figura del bicho, y se impuso la penitencia de no ir al siguiente domingo ni á los toros, ni al coso taurino.

¡Cuánto sufrió Florencio con aquella penitencia! Los ayunos, los cilicios, la sangrienta flagelación de los frailes, parecíanle tortas y pan pintado comparados con aquella terrible penitencia; pero cumpliól a á fuer de hombre de palabra. Consolóse algo con el pensamiento de que al siguiente domingo iría más temprano al corral de los toros.

Anunciábase una corrida del bravísimo ganado de la hacienda de Tayahua, y figuraba en el cartel el nombre del valiente matador Polainilla.

¡Oh, humana miseria! Florencio, á su pesar, pensó en los toros toda la semana. Las figuras de los bichos corriendo en el redondel molestáronle hasta en las horas que ayudaba á misa.

II

Llegó el anhelado día: eran aún los tiempos en que á los munícipes zacatecanos no se les había ocurrido prohibir las procesiones de las cuadrillas que recorrían las principales calles de la ciudad, y en las cuales procesiones el payaso anunciaba la

función é invitaba á asistir á ella y quizás por esto se les dió el nombre de "convites."

El payaso, jinete en brioso caballo con lujosa mantilla, era seguido de una turba de granujas, muchos de ellos enamorados de aquél gandul de pintarrajeada faz, el cual, después de anunciar á gritos la corrida, honraba á los chicuelos pidiéndoles su testimonio con un prolongado y estruendoso:

—¿Es verdad, muchachos?

Florencio andaba comprando legumbres en el mercado, cuando oyó la alegre música del convite. A cada tamborazo brincáble el corazón. Dejó encargada la canasta en el puesto donde compraba, y en compañía de otros muchachos curiosos, corrió á la banqueta de la calle á ver y admirar la comitiva.

Mientras cogía buen lugar oyó el siguiente diálogo entre dos caballeros al parecer de encumbrada posición social:

—¿Vas á la tarde á los toros? dijo el más joven.

—No tengo ganas de ir, contestó el interpelado.

—Dicen que el capitán es notable por su temerario arrojo; aseguran los que le han visto matar, que será un milagro que salga hoy con vida.

—Entonces decididamente iré.

Y Florencio pensó un momento en la crueldad del humano corazón; pero renació su entusiasmo al divisar en la bocacalle, en medio del gentío, al payaso que arrojaba programas impresos á diestra y siniestra, mientras su caballo cabriolaba al compás de la banda. Cuando ésta concluyó la pieza, el payaso continuó su camino, y anunció la corrida en estos términos, de los cuales Florencio no perdió ni una sílaba.

"Público zacatecano: para la tarde de hoy habrá en la plaza de San Pedro la más notable corrida de la temporada. Matará el famoso Polainilla cinco toros de los más bravos de Tayahua. Esperamos en María Santísima que ha de haber muchísimas desgracias. (1)

—¿Es verdad, muchachos?

—Síiiiii.... respondieron centenares de voces.

El sacristán quedóse frío. El final de aquel anuncio parecióle verdaderamente diabólico, y dijo en su interior:

Perdónalos, Madre, no saben lo que dicen; pero eso sí ¡cuán bien nos conocen! Esta tarde estará la plaza á reventar.

Y volvió luego los ojos á la comitiva. Allí iba el alabado capitán en medio de

---

(1) Frase histórica.

los banderilleros, y tras de éstos, toda la cuadrilla, luciendo vistosos trajes borda dos de oro ó plata en cuyos pasamanos reverberaba el sol; todos á caballo, los pi cadores, garrocha en mano, y tras de las mulas destinadas á sacar arrastrando al muerto bicho, los monos sabios alardeando de su habilidad en tronar el látigo.

Florencio fuése al coso algunas horas antes de la función; el cosero que era íntimo amigo del joven, de quien recibía humildes, pero frecuentes regalos, permitióle, como de costumbre, entrar á deleitarse en la contemplación de los feroces anima les; le instaló en un cómodo lugar y dejóle solo.

III

El sacristán, sentado sobre nueva y maciza vigueta, la más alta de la palizada que separaba á cada fiera de las demás, contemplaba con embeleso un hermosísimo toro.

Las piernas del joven, de corvas abajo, colgaban sobre las demás vigas paralelamente colocadas y casi tocaban con los pies la cabeza del cornúpeto. Florencio, de vez en cuando, extendía, no sin precauciones, la diestra mano para acariciar la relumbrante anca del toro. En una de ellas agachóse tanto, apoyando el pie derecho en una de las viguetas, que perdió pisada

y cayó al suelo cerca de las patas traseras de la res. Esta, al ruido, volteóse, y quedóse contemplando por algunos momentos el panzudo vientre del sacristán. Florencio, conteniendo la respiración cuanto pudo, no se movía. La fiera arremetió contra El Panzudito, inmóvil en el ángulo del corral, lo que le salvó de las embestidas, pues las astas del cornúpeta dieron en los palos que formaban el ángulo y el asustado joven sólo sintió en el pecho el roce de la frente del toro. Después quedóse el bicho contemplando á Florencio y al ver que no se movía alzó tranquilo la cornuda cabeza.

¡Qué momentos aquellos para el pobre sacristán! Oraba atropelladamente, pero oraba sin cesar. Allí, en el rincón de aquel corralito que encerraba el primer toro de los que lidiarse debían esa tarde, hizo voto de no volver jamás á un redondel, ni á un coso taurino, si Dios le sacaba con bien de aquel apurado trance.

Oía con desesperación la música y los chistes del payaso, que antes de la corrida divertía á los concurrentes. Después de una mazurka diestramente bailada por el gracioso, éste cantó: "El Amarillo," á petición del público, que gritaba desaforadamente.

Florencio, aprovechando un momento en que el toro se había alejado algo, des-

lizóse arrastrándose cautelosamente por el suelo, con la intención de probar si podía abrir la puerta. A pesar de sus enérgicos esfuerzos no logró su objeto y quedóse inmóvil junto á ella. En ese mismo instante el payaso, gesticulando en medio del redondel, cantaba entre atronadores aplausos:

"Amarillo.... Juana me lo pintó."

Concluída la popular canción, oyóse la diana que anunciaba que el juez había llegado; luego gritos, silbidos, aplausos, ruido de entusiasmo desbordante y feroz que aumentó al vibrar sonoro el clarín.

La plaza estaba como la había previsto Florencio, llena á reventar. Salió la cuadrilla y dirigióse al palco del juez para hacer el acostumbrado saludo.

Sonó de nuevo el clarín, anunciando la salida del primer toro, de preciosa estampa, según decían los carteles.

Todas las miradas volviéronse impacientes y curiosas hacia la puerta del toril: abrióse ésta y el estupor del público fué inmenso, indescriptible. Todas las bocas estaban abiertas, todas las cabezas, con excepción de las calvas, con los pelos de punta. El popular Panzudito, á carrera abierta, el semblante descompuesto por el pánico y con la moña clavada en la espalda, presentóse en el redondel, y poco faltó

para que le pinchara el picador que estaba junto á la valla en espera del bicho.

El elevado vientre no fué obstáculo para que Florencio tuviese extraordinaria ligereza. Nada oyó, nada vió; saltó la valla, y poco después, sin saber ni por dónde había salido, hallábase en la calle. Respiró un momento, volvió la cabeza para observar si le seguía la fiera y continuó sin detenerse hasta llegar jadeante, exhausto de fuerzas y medio muerto á las puertas del convento, donde el asombro de los frailes no fué menor que el de los concurrentes á la lidia, al ver al mísero sacristán con la moña clavada en la espalda.

Al día siguiente, Florencio renovó su voto, con toda solemnidad y quedó para siempre curado de la afición á las lidias de toros. Vió ya con reconcomio á los cornúpetas; y odió toda la vida la puntiaguda moña que clavan á las fieras al salir del coso. En cuanto á la concurrencia, protestó que en Tayahua no había toro como el primero de aquella célebre corrida.

———



EL PECADO DE UN HOMBRE DE BIEN

I

Las ilusiones derramaban su espléndida luz en la fantasía de Laura, joven soñadora, idealista, á pesar de vivir en una época de crudo positivismo. ¿Qué influjo habíala substraído del miedo, de la desconfianza, que al contemplar un mundo en extremo egoísta, sobrecoge á las jóvenes que van á casarse? El amor, que hoy, como ayer, y mañana como hoy, embriaga el corazón y protesta contra las lecciones de la experiencia, y busca, no la regla general, sino las excepciones, porque éstas alientan la esperanza y prometen inefables dichas.

Laura, hija única de don Celso González, antiguo comerciante de gran crédito,

amaba con frenesí á Armando, aristocrático joven de brillante educación y de crecido caudal, quien, por milagro, no tenía vicios. Y era, en verdad, una lástima que fuera el capital defecto de aquel joven un orgullo de abolengo heredado con creces de sus antepasados.

Armando quería también á la niña con el entusiasmo y ternura que puede querer á los veintidós años quien ha nacido para el hogar y sueña con él en arrobadores deliquios.

Corrían para los novios esos días de celestial embriaguez, en los que no se acierta á decir si las almas están en la tierra ó en el cielo, días tan dulces como breves, pues si se prolongasen, el mundo dejaría de ser albergue del sufrimiento y de la lucha; días en que Dios nos da á probar una gota de la felicidad para que en ella creamos, y la busquemos en el amor que nunca acaba.

Allí están los novios en el cuartito donde tanto tiempo ha vivido Laura rodeada de los ángeles de sus ensueños, y donde de vez en cuando, en apasionados cantos muestra el tesoro que en su garganta puso Dios. Hablan de los últimos detalles de su nueva casa. Nada, al parecer, falta en ella, y los muebles todos son de mérito artístico y de refinado buen gusto.

Los ojos de Laura, vivos y negros, des-

piden haces de luz, y las mejillas tersas y aperladas, se coloran con el carmín del pudor, al sentir la suave mano de su novio que al despedirse estrecha la de su amada.

—Hasta mañana, Laura.

—Hasta mañana, Armando.

Parece que las almas de los jóvenes salen por los ojos y se estrechan en apretado abrazo.

Todavía desde la puerta el novio vuelve el rostro hacia su novia. Los pasos de Armando resuenan en la escalera y repercuten en el corazón de la enamorada, quien corre al balcón para contemplar desde allí á su novio que marcha erguido, rebosante de felicidad.

Al doblar la esquina, Armando, como si sintiese tras de sí el fuego de los ojos que le miran, vuelve los suyos, y los corazones se estremecen heridos por eléctrica chispa.

Al desaparecer el novio, Laura exhala hondo suspiro, entra en el cuarto y exclama con acento henchido de ternura: ¡Dios mío, le amo con toda mi alma!

II

El ingeniero Librado Taboada es hombre que se dice ocupadísimo, aunque no siempre lo esté, y aunque pierda horas y

más horas charlando con los amigos, de lo que le importa y de lo que no le importa, de lo que sabe y de lo que no sabe, dicho sea sin ofensa del tal ingeniero que presume saberlo todo. No hay artes ni ciencias en las que Taboada no sea peritísimo; no hay acontecimiento del que no esté enterado hasta en sus más minuciosos pormenores, pues aunque la fama, con razón ó sin ella, tacha al bello sexo de ser en extremo curioso, á Taboada, honorable miembro del sexo feo, nadie le va en zaga. A donde quiera que va todo lo ve, lo escudriña todo para referirlo luego : es una gacetilla ambulante á la que frecuentemente ocurren los gacetilleros de los periódicos.

El ingeniero habla siempre en un tono de dómine que grita: Donde yo estoy, todo el mundo boca abajo. Y es en verdad, lamentable aquel continuo hablar, y aquella fachenda del Ingeniero, porque es un hombre inteligente en ingeniería y de enciclopédica instrucción, que si fuere discreto y no presumiera tanto, dejaría boquiabiertos, no sólo á los bobalicones, que son muchos, sino aun á los doctos, que son pocos; pero, está visto, no hay rienda que refrene los ímpetus de don Librado Taboada. Y repito que es una lástima, porque, además de inteligente, es un hombre de bien á carta cabal. Oro molido

puede ponerse en las manos del ingeniero con la seguridad de que no se perderá ni un grano: sincero, piadoso, servicial. ¡Vaya, si los pobres le adoran y con razón! ¡Cuántas lágrimas no ha enjugado! ¡Cuántos sufrimientos no ha trocado en alegría! Y así, sin bombo, sin que la mano derecha sepa lo que hace la izquierda. Mas ¡ah, raza de Adán!: no hay flor donde el gusano no roiga los hermosos pétalos, y el gusano de aquella alma tan noble es la lengua, que como dice el apóstol, puede cortar la cabeza.

Y no se crea que Taboada es difamador de oficio, ni mucho menos. ¡Dios le libre! Calla siempre, aunque haciéndose violencia, cuanto redundar pueda en perjuicio de sus prójimos, y la habitual intemperancia de su lengua contiénese, según él cree, dentro de los límites que dejan indemne la conciencia. Mas como un hombre tan locuaz y tan erudito tiene que referirlo todo y todo comentarlo, allí está el peligro que no conoce Taboada, ni siquiera lo sospecha.

Hele allí, en su despacho, con la alegría de la conciencia sin mancha, departiendo entusiasmado con sus amigos y relatando los más interesantes sucesos del día.

Más de una vez, la indiscreta verbosidad del ingeniero ha ocasionado daños,

de los cuales jamás se creyó responsable. En cierta ocasión vió á un joven jugar en el casino algunos duros, más por condescendencia con los amigos que por afición, y como Librado se lo contase á todo el mundo, el joven, encargado de la caja de un banquero, perdió el empleo y no le costó poco trabajo obtener otro muy inferior al que había perdido.

Hoy le ha dado por el tema científico y explica á sus oyentes los últimos inventos de Edison. Los que le escuchan ó no entienden ó entienden poco, pero los más se sonríen con un sonrisita que podría traducirse: eso que dices ya lo sabíamos nosotros. De vez en cuando el ingeniero se enreda y no haya cómo salir del aprieto, pero es audaz y ocurre al tecnicismo científico. Cuando habla de ingeniería, casi siempre habla con erudición y acierto, pero es de lo menos que le gusta hablar, ora sea porque supone que en esta materia no necesita probar su competencia, ora porque esté hastiado de un tema que gastó su fósforo por muchos años.

Los discursos científicos de Taboada fueron interrumpidos por un joven que llegó al despacho dando la noticia del próximo matrimonio de Armando y Laura.

—Conozco á los novios, dijo luego el ingeniero, sin dejar á nadie meter baza,

son jóvenes de reconocido mérito, y de verdad me alegro de este enlace. Don Celso, padre de la novia, merece ya descansar de tantas fatigas; es un comerciante laborioso y honrado, y como Armando lleva una fortuna al matrimonio, estoy seguro que ayudará á su suegro, que harto lo necesita, pues estos tiempos son malos y los negocios de don Celso no marchan bien.

—¡Qué! ¿está en quiebra la casa comercial de don Celso? interrogó alarmado uno de los oyentes.

—No tanto, no tanto, apresuróse á responder Librado. Lo que yo digo es que tal matrimonio es muy conveniente, y que don Celso ha de estar contentísimo de que su hija se case con Armando. ¡Vaya si lo estará! Probable es que él mismo haya aconsejado ese enlace. Y miren ustedes, ahora me explico por qué esta mañana le encontré con una cara de pascua, radiante de puro gozo. ¡Cuán distinto le he visto en su despacho, con el ceño fruncido concentrado en un solo pensamiento y perdido en un maremagnum de papeles y números.

No se conversó más aquel día, los amigos del ingeniero fueron sucésivamente despidiéndose de él, y cuando estuvo solo entregóse con empeño á sus cotidianas labores.

III

Háblase en toda la ciudad de la próxima quiebra de una de las casas comerciales más antigua y acreditada. Los acreedores azorados, van de tienda en tienda, de almacén en almacén y en todas partes piden informes. Uno de dichos acreedores ve salir del Banco Nacional á don Celso, muy tranquilo y con un papel en la mano. No tiene cara de comerciante quebrado, dice para sí, y acto continuo entra al despacho del gerente. Apenas le saluda, pregúntale impaciente:

—¿Qué sabe usted, amigo? ¿Es verdad que está quebrada la casa de don Celso González?

El gerente, que es serio, con la fría seriedad del banquero, palidece y quédase boquiabierto mirando á su interlocutor, quien inconscientemente abre también la boca.

—¡Qué me cuenta usted! murmuró el gerente, pasado que hubo la impresión de la sorpresa.

—Eso se dice por allí.

—¿Pero por dónde?

—Por todas partes. Yo tuve la primera noticia ayer, en el despacho del ingeniero don Librado Taboada.

—¡Ah, Taboada es un hombre honradísimo, no sabe mentir!

—Tranquilícese usted. Dicen que la hija de González se casa con Armando Fabela, y que éste se ha obligado á salvar á su suegro de todos sus compromisos.

—Y ¿quién va á exponer un crédito de importancia á la eventualidad de un matrimonio? Don Celso acaba de solicitar del Banco una fuerte suma; se le ha prestado, pero aun no la entrego. Salió de aquí hace poco, fué á traer el documento firmado por él y la señora su esposa, mas la noticia que usted me acaba de dar tan á tiempo impide que la operación se verifique, mientras no tenga seguros datos de la solvencia de la casa comercial del señor González.

Aún estaban hablando el acreedor del comerciante y el gerente, cuando llegó don José María Fabela, padre de Armando. Aquél tenía ya la noticia de la quiebra.

Después de las ordinarias fórmulas de saludo, hablaron del candente asunto. El gerente atrevióse á preguntar á su interlocutor si era verdad que Armando salvaría á don Celso, en caso de bancarrota, pues podía hacerlo, supuesto que se hallaba en posesión de la herencia materna.

Don José María palideció de ira, su jamás domado orgullo sintióse herido en lo

más vivo: querían á su hijo por interés. Aquel enlace indudablemente había sido concertado por los padres de la novia con el fin de salvarse de una ruina segura; pero él lo impediría costase lo que costase. Si había accedido á tan desigual unión por condescendencia con su hijo, ante todo estaba la dignidad de ambos.

—El matrimonio de mi hijo con Laura dijo, al gerente, no se verificará mientras yo viva.

En esos momentos entró don Celso con un pagaré en la mano, don José María ni siquiera dignóse de contestar al saludo que aquél dirigió, y el gerente, hosco y mohino, dijo al comerciante:

—Hubo contraorden, no puedo prestar á usted el dinero que pide.

IV

La casa del señor González no estaba en quiebra, pues descontando á precios de factura el debe del haber, había saldo á favor del comerciante, pero faltaba dinero efectivo para cubrir próximos vencimientos. Con el préstamo solicitado en el Banco podía hacer frente á la situación con fundadas probabilidades de salir avante sin que su crédito sufriera la más leve lesión, así es que la rotunda negativa del gerente afligióle sobremanera. Hom-

bre avezado á los negocios, comprendió que algo grave pasaba y pronto supo que su ruina era en todas partes pregonada, por la vociferante murmuración. Aquella noticia le consternó: iba á hundirse un crédito ganado con muchos años de continuo trabajo; la miseria echaría su garra sobre los séres más queridos de su corazón: esposa é hija. Una vejez amarga y sombría era todo su porvenir.

Hallábase don Celso sumido en tales reflexiones, cuando su hija entró al despacho. El semblante de Laura estaba desfigurado por la expresión del más intenso dolor.

—Papá, dijo sollozando, mire usted lo que me dice Armando, y puso en manos de don Celso una carta.

El comerciante, que presentía una desgracia que herirle debía en lo más querido para su corazón, en su adorada Laura, leyó aterrorizado:

"Laura:

Acabo de tener una larga y dolorosa conferencia con papá, el resultado de la cual fué mi irrevocable resolución de cortar el vínculo que nos unía.

Si te ofrecí mi mano y mi nombre, fué para encumbrarte á una posición que estuviste muy lejos de esperar, mas de nin-

guna manera para cubrir deudas que no he contraído. No compro tu amor, creo merecerlo, y desde el momento en que se le pone precio, lo rechazo indignado.

ARMANDO."

Aquel inesperado y terrible acontecimiento fué el golpe de gracia para el atribulado comerciante. No pudo articular ni una palabra y cayó al suelo víctima de un ataque.

V

Algún tiempo después, los domingos y días de fiesta religiosa, veíase ir lenta y trabajosamente andando con dirección al templo parroquial, á un semiparalítico, acompañado de una joven en cuyo hermoso semblante había impreso la resignación su dulce y melancólico sello. Eran don Celso y su hija Laura, profesora de canto que mantenía á su padre y le consolaba en sus infortunios agravados por la viudez, pues su esposa había volado al cielo.

—Miren ustedes, decía á un grupo de amigos el honrado ingeniero don Librado Taboada, señalando á la desventurada pareja. He allí un vivo ejemplo de la inestabilidad de las humanas dichas, y de la

heróica fortaleza que da la virtud, y conmovido enjugóse las lágrimas que la vehemencia de la compasión arrancaba del fondo de su alma.

Y el locuaz hombre de bien ni siquiera llegó á imaginarse que la desgracia que en tan alto grado, excitaba su conmiseración, fué iniciada por un pecado del que jamás se dió cuenta, y concluída por la mundana difamación.



LOS ENVIADOS DE SAN ANTONIO

I

Era Corregidor de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas, don Emeterio Pantoja y Ballesteros, rico español, de madura edad, solterón empedernido, guapo á pesar de sus cuarenta eneros, grave y circunspecto, muy temeroso de Dios, como cristiano de abolengo, y entre sus virtudes sobresalían la caridad y la justicia.

Queríanle bien los zacatecanos, y respetábanle, no sólo por la autoridad de que estaba investido, sino porque al hacer uso de ella daba á cada uno lo suyo sin aceptación de promesas.

Tenía aversión al bello sexo, nacida, según afirmaban algunos paisanos de su Excelencia, de las tremendas calabazas que en su juventud dióle una extremeña de ra-

ra belleza. Creo que tal aversión en el mayor número de casos, no es sincera, sino hija del despecho, ó intencionalmente pregonada para vengarse en todas de las ofensas de una. Esto último debía pasar en el honrado Corregidor, pues su mirada franca y afable, necesitaba gran violencia para clavarse en el suelo cuando se hallaba en presencia de femeninas hermosuras.

En aquel tiempo vivían en la segunda calle de San Francisco, Cecilia y su madre Felícitas, una pobre viuda, que ayudada de su hija trabajaba todo el día, y frecuentemente aun parte de la noche, lavando y aplanchando ropa de varios dependientes de casas comerciales, y apenas ganaba para pasar la vida.

Cecilia era sencilla como la paloma, pura como la inocencia y hermosa como la luz de la mañana. Contaba diez y ocho abriles, y no había flor en ningún vergel que competir pudiera con la espléndida lozanía de la joven y con la fragancia de sus virtudes.

Estaba cansada de tanto trabajar, y con fe cándida, más honda que el océano, íbase diariamente al templo de San Francisco á orar ante la venerada imagen de San Antoino de Padua, y con instancia pedíale marido.

Ya estoy cansada, San Antoñito, de tan-

to trabajar, decíale compungida, mi madre, por su avanzada edad, se cansa mucho más que yo. Tú que das maridos á las que lo han menester, dame uno, bueno y rico, porque así es como lo necesito.

No podía Cecilia, por sus ocupaciones, permanecer mucho tiempo en el templo, y así se lo decía á su patrón.

Perdóname que no te rece más de un padrenuestro, porque no tengo tiempo. Tú sabes que primero es la obligación que la devoción.

Pasaban semanas y más semanas y San Antonio callado como una piedra. Un día en que el trabajo fué excesivo decidió apremiar al santo, y á su ordinaria petición agregó:

"Ya no puedo más, tienes ocho días de plazo para concederme lo que te pido."

Dos coristas fueron testigos del infantil candor con que la peticionaria fijaba plazo al santo. Pusiéronse de acuerdo, y uno de ellos, con voz de bajo profundo dijo pausadamente oculto en el púlpito:

Niña, tu oración ha sido favorablemente despachada, dentro de ocho días pedirá tu mano el señor Corregidor.

Cecilia, después de postrarse en tierra agradecida, levantóse radiante de júbilo. Era ya dichosa.

Los coristas, entre tanto, reían á todo

reír de la burla que habían hecho de la niña.

II

Ocho días después, cerca de las diez de la noche, hora extraordinaria en aquellos tiempos, en que la mayor parte de los zacatecanos se recogían al toque de ánimas, llamaron á la puerta de la casa de doña Felícitas, quien en compañía de su hija estaba aún trabajando.

—¿Quién podrá ser á tal hora, Cecilia? interrogó alarmada doña Felícitas.

—Debe ser, contestó la joven, el señor Corregidor.

—Pero ¿te has vuelto loca? ¿Qué tiene que ver con nosotras el bueno del Corregidor, ni qué puede buscar en una casa tan humilde como la nuestra?

—Ya lo sabrás, mamá. Yo voy á la recámara, ve tú á recibir á ese noble caballero.

Doña Felícitas dirigióse á abrir la puerta, meneando la cabeza. Probablemente pensaba: mi hija está loca de remate.

Mas quedóse estupefacta cuando al abrir una hoja de la puerta, vió al señor Corregidor que con el sombrero en la mano, después de dar las buenas noches pedía permiso de entrar.

Pase usted, contestó doña Felícitas, asombrada aún. ¿En qué puedo servirle?

—Extrañará á usted sin duda mi visita á esta hora, dijo su Excelencia, ocupando el asiento que le indicaba doña Felícitas; pero en pocas palabras voy á referirle el objeto de ella.

Hará como un mes, aproximadamente, que pasaba yo por esta calle después de las nueve de la noche. Todas las puertas estaban cerradas, sólo había luz en la casa de usted. Picóme la curiosidad y asomé un ojo por el agujero de la llave. Usted y su hija trabajaban, y obligado por no sé qué misteriosa fuerza, permanecí varios minutos contemplando el atractivo semblante de la hija de usted. En él resplandecían la sencillez y la inocencia con tan marcados caracteres, que me sentí embelesado. Aquella noche no pude dormir, y desechaba como mal pensamiento—ingénuamente se lo confieso á usted—hasta la idea de encontrar seductora á una mujer. Por algunos días, aunque haciéndome violencia, no volví á pasar por esta calle, pero el deseo de contemplar otra vez el rostro que estático había contemplado aguijoneóme tanto, que me arrastró al agujero de esa llave y volví á ver al querubín á quien tiene usted la ventura de llamar hija. Este hecho se repitió varias veces, y decidí con inquebrantable resolución, abandonar mi

apego á la triste soltería y casarme con Cecilia, si es que usted me concede la mano de ella.

La fuerza de la emoción interrumpió en doña Felícitas el uso de la palabra. Nada pudo contestar.

—Vamos, dijo el Corregidor al verla tan turbada, hable usted con su hija y dentro de tres días volveré por la resolución, y despidióse cortesmente.

Cecilia desde la recámara había oído todo sin perder ni una palabra, y se presentó en la salita cuando el Corregidor ponía el pie en el umbral de la puerta de la calle.

—Perdona, mamá, si nada te había dicho, quise sorprenderte. Su Excelencia, el señor Corregidor es el novio que me manda San Antonio. Refirióle luego la contestación que hacía ocho días le dió el santo con un vozarrón que llenó la capilla y la ancha nave del templo.

No hubo ni la más leve discusión, y dos meses después la joven era esposa del opulento Magistrado de la ciudad de Zacatecas.

III

Cuando los coristas tuvieron noticia de aquel enlace, quedáronse maravillados, y remordióles la conciencia por la burla que

habían hecho de la buena fe de la desposada.

A la hora de refectorio presentáronse ante el Guardián á decir la culpa y refirieron el suceso. El superior reprendiólos severamente y les mandó que pidieran perdón á la recién casada. Esta, al oírlos, repuso: que no tenían de que pedirle perdón, pues habían sido los enviados del milagroso paduano.

EN PAGO DE UNAS SANDALIAS

I

Frente á la casita del Niño Jesús, en Nazaret, vivía Isaac, un zapatero tan pobre como bueno, y digo zapatero, no porque entonces se usasen los zapatos, sino las sandalias, más cómodas, según el unánime parecer de los que tienen callos.

Isaac veía con embeleso al Niño, pues la divina hermosura de Jesús resplandecía en su rostro.

Algunas veces divertíase en la carpintería de su padre haciendo crucesitas de madera, é Isaac le tomó gran cariño á la Cruz.

Dábale lástima al compasivo zapatero, ver descalzo á aquel Niño, cuya soberana belleza le cautivaba.

Un día que Jesús pasaba frente á la casa de Isaac, éste llamóle con afabilidad.

El niño entró á la zapatería y dirigió á su vecino una sonrisa que le inundó de celestial regocijo.

—Hermoso Niño, díjole, ¿por qué no traes sandalias? Tus delicados pies deben sufrir mucho con las piedras de la calle.

—Mi padre José es pobre y no tiene con qué comprármelas, respondió el Niño con una voz tan dulce, que embelesaba el oído.

—Pon el pie derecho aquí, repuso Isaac, tirando un cuero al suelo. Voy á tomarte la medida para hacerte unas.

Y con extraordinaria celeridad, en unos cuantos minutos, el zapatero concluyó las sandalias del Niño Jesús.

II

Llegó el Niño á su casa, y regocijado mostró á su Madre el pie primorosamente calzado con las sandalias que le regaló Isaac.

—¿Quién te dió esas sandalias, hijo mío? preguntóle la Virgen Madre.

—El zapatero de enfrente.

—Supongo que le pagarías su caridad.

—Sí, Madre, allí le dejé revolcándose en su pobre lecho, herido por un fuerte dolor de muelas.

En efecto, apenas Jesús salió de la casita de Isaac, un agudísimo dolor de mue-

las postróle en cama. Estaba en un constante grito.

Por la tarde fuése el Niño á orillas de la ciudad y púsose á jugar con los angelitos. Entre éstos descollaba uno por su gallardía y belleza.

—Oye, le dijo Jesús, ve á la casa de Isaac y dile al ángel de su guarda que te dé nota de sus merecimientos.

III

Abrió el ángel sus áureas alas y en un vuelo llegó á la casa del zapatero, y en otro estuvo de vuelta.

—¿Qué traes?

—Estos globitos de plata.

—Trae las balanzas, dijo Jesús á otro ángel.

Luego el Niño descalzóse, echó las sandalias en uno de los platillos y en el otro los globitos de plata.

El platillo donde estaban las sandalias casi no subió del suelo.

Estos globitos, dijo el Niño, son actos de paciencia, muy valiosos, pero valen mucho más las sandalias.

Al siguiente día el ángel llevó al Niño globitos de oro. El platillo de las sandalias subió pero no llegó á nivelarse con el de los áureos globos.

—Estos representan, dijo Jesús, las ben-

diciones que me dirigen los que sufren. Son valiosísimos, pero valen más las sandalias.

Al otro día llevó el ángel globitos de brillantes. Puestos en la balanza, el platillo bajó hasta el suelo.

Estos son actos de alegre conformidad con la divina voluntad, aun en medio de los más hondos sufrimientos. Ya están superabundantemente pagadas las sandalias y el caritativo Isaac maduro para el cielo.

Le llevarás al Seno de Abraham para que allí espere mi gloriosa resurrección y entre conmigo triunfante al paraíso.

MOLDES DE ANTAÑO Y MOLDES DE HOGAÑO

I

Muerto el padre de Víctor Olvera, no quedaron á éste más bienes que un depósito de algunos miles de pesos, hecho en una fuerte casa de la capital de la República. Los gastos de una prolongada enfermedad y los malos negocios acabaron con los demás recursos del finado, que en un tiempo fueron de cuantía.

Víctor, después de enterrar á su padre, á quien amó entrañablemente, y de guardarle los días de riguroso luto, reunió el dinero que le quedaba y partió á México con los documentos necesarios para recoger el depósito, y decidido á volverse á su tierra natal y establecerse en ella.

Con el ánimo contristado aún por la irreparable pérdida del autor de sus días,

llegó á la gran ciudad, que por vez primera visitaba y cuya belleza le impresionó vivamente.

Víctor tenía juventud, hermosura y un corazón puro en el cual ni los vicios, ni las malas pasiones habían hecho el menor extrago; pero sobre todo, tenía carácter, un carácter recto, enérgico y perseverante, prenda de altísimo valor en todo tiempo, pero más hoy que tanto escasea.

Al siguiente día de su llegada á la gran ciudad, preparaba los documentos justificantes de su crédito, cuando tuvo la noticia de que la casa Armida y Valenzuela, donde se había hecho el depósito, estaba concursada. Tal noticia impresionóle de pronto, pero serenóse luego, pues la razón natural decíale que un depósito regular, hecho con las formalidades legales, no podía entrar en concurso, y dirigióse tranquilo á la casa quebrada. Le recibieron mal, y después de acalorada disputa, despacháronle con el Síndico del concurso, un abogado de muchas campanillas y de gran influencia política.

El joven provinciano llevaba una carta de recomendación para un docto sacerdote, carta que le había dado el cura de la parroquia de Víctor, en la ciudad del Saltillo.

Juzgó prudente, antes de ver al Síndico, presentar dicha carta dirigida al Padre

Cervantes. Este recibióle cariñosamente y le aconsejó que se valiera de un abogado para el feliz y pronto arreglo del asunto, que á la capital le había llevado, pues de otra manera, le sería muy difícil arreglarlo con la brevedad que él deseaba.

—Aquí, le dijo, se vive aprisa, muy aprisa, para todo lo que es placer. La vida se desliza vertiginosa entre un agitado mar de concupiscencias; pero se camina muy despacio en los negocios, especialmente en los judiciales. Pocos días hace que para embargar á un deudor tramposo, el acreedor vióse obligado á remunerar con una fuerte suma á un abogado influyente, y éste logró lo que los otros lograr no pudieron, no obstante de fundar en clarísima ley su derecho.

—¿Puede usted recomendarme con algún abogado?

—Sí, señor, con mucho gusto. Voy á dar á usted una tarjeta para el Lic. Pereira.

Mientras el padre escribía, Víctor meditaba. Comprendió que iba á tener muchas dificultades y que aun se burlarían del payo como le habían llamado los dependientes de la casa concursada.

El Padre Cervantes entregó á su recomendado la tarjeta, se ofreció á sus órdenes y prometióle ayudarle en cuanto pudiera.

—¿Le parece á usted conveniente que hable con el Síndico? interrogó Víctor.

—No será por demás, repuso el sacerdote.

Y Víctor despidióse y sin pérdida de tiempo se dirigió á la casa del Síndico.

II

Don Emeterio Basurto y Quintanilla, abogado de los tribunales de la República; durante su juventud, inamovible diputado al Congreso de la Unión y en su vejez, senador, también inamovible, dormía aún á las diez de la mañana. Víctor esperó largo rato; pero viendo que el despertar de aquel justo—digo, piadosamente juzgando—dilataría más de lo que anhelaba el ansia del joven, fuese á ver al abogado que le recomendó el sacerdote, un señor don Melchor Pereira, que empezaba su carrera con buen éxito, debido, más que á su talento, á la protección con que le favorecían influyentes personajes. Mas el señor Lic. Pereira dormía aún como el viejo senador.

Víctor esperó un rato, pero sospechando que el despertar del joven sería tan tardío como el del viejo, dejó la tarjeta á un escribiente que en el despacho estaba dando conversación á la numerosa clientela

que esperaba el despertar del jurisconsulto.

—Sírvase usted avisarle, díjole Víctor, que dentro de una hora volveré.

—Está bien, señor.

El joven, que para ir á la casa del Lic. Pereira había tomado el tranvía, volvióse á pie á la casa del licenciado Basurto, sin apresurar el paso, para dar tiempo á que éste se levantara. Llegó y preguntó al portero por el señor licenciado.

—Acaba de salir.

—¿A qué hora volverá?

—Entre dos y tres de la tarde. Fué á los tribunales; allí puede usted encontrarle, ó en el salón Bach, de las doce en adelante.

Víctor se mordió el labio inferior sin responder ni una palabra; tomó el tranvía y regresó á casa del licenciado Pereira.

—¿Se levantó ya el señor licenciado? preguntó al escribiente.

—Sí, señor, le dí la tarjeta de usted; pero tuvo urgente necesidad de salir. Fué al Juzgado sexto de lo Civil á una importante diligencia; allí le puede usted encontrar hasta las doce, y después en el salón Bach.

El provinciano rascóse con impaciencia la frente, y fuése al hotel con ánimo de comer á buena hora para dedicarse á buscar á aquel par de abogados.

No parecióle á propósito una cantina. por elegante que fuese, para tratar su negocio y volvió á las casas de los abogados hasta fastidiarse sin lograr verlos.

A las tres de la tarde, estaban comiendo.

A las cuatro, durmiendo la siesta. La siesta, decía el portero, y debía de ser cierto.

A las cinco, habían salido en automóvil á tomar el fresco al Paseo de la Reforma.

A las seis probablemente andaban por la calle de Plateros.

A las siete, en el Salón Bach.

A las ocho; cenando.

A las nueve, en el teatro.

¡Oh, Dios, pasó una semana lo mismo que el primer día, y el joven no logró hablar con los abogados!

El Padre Cervantes le aconsejó que les hablara en el Salón Bach, que en la capital frecuentemente se arreglaban los negocios, aun los de mayor importancia, en las cantinas, entre copa y copa. Víctor siguió el consejo y encaminóse á la aristocrática cantina minutos antes de las doce.

—¿Ha venido por aquí el licenciado Basurto?

—No tardará en llegar.

—¿Y el licenciado Pereira?

—Llegará luego también.

Apenas acababa Víctor de interrogar,

cuando el dependiente agregó, señalando con la vista á un joven que entraba:

—Allí le tiene usted.

Víctor volvió los ojos y fijólos en el señor licenciado Melchor Pereira. Era un hombre de escasa talla, ancha frente, ojos obscuros, pequeños y bailadores, y completamente afeitado á lo McKinley, pues esclavo de la moda se razuraba diariamente cortando con ahinco el bigote que es uno de los más hermosos adornos del hombre.

El payo, después de examinar al abogado con una rápida mirada, dirigióse hacia él.

—¿Es usted el señor licenciado Pereira? le interrogó.

—Servidor de usted. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con Víctor Olvera.

—¡Ah, señor don Víctor! recibí la tarjeta de mi buen amigo el Padre Cervantes. Los negocios judiciales impidiéronme esperar á usted. Me tiene incondicionalmente á sus órdenes. ¿Qué negocio le trae á la capital? Pero antes de hablar tomaremos un aperitivo. ¿Qué le sirven á usted?

—Lo que usted guste, contestó Víctor, pareciéndole que no debía excusarse.

—Sírvanos usted, dijo el licenciado al cantinero, un coñac Martel.

Los jóvenes sentáronse junto á una me-

sita de mármol y el dependiente colocó sobre ella las copas.

—Salud, dijo Pereira, apurando de un sorbo el coñac.

—Salud, contestó Víctor inclinando ligeramente la cabeza, y también apuró la copa.

—Con que vamos á ver, ¿cuál es el negocio de usted?

—Muy sencillo. Sírvase usted imponerse de estos documentos.

El abogado leyó los papeles que en sus manos puso Víctor.

—Tiene usted razón. Aquí está la cesión del depósito á favor de usted; la constancia de la respectiva notificación. Este es el documento de depósito regular hecho con todos los requisitos legales.

—¿Crée usted que no habrá dificultad?

—Ninguna.

—Déjeme usted los documentos y tenga la bondad de ir con un recado mío al oficio del Notario Palacios, para que extienda á mi favor un poder especial. Si no entregan el dépósito procederé sin pérdida de tiempo á exigirlo judicialmente.

El licenciado Pereira sacó un bloque de hojas de papel impresas en la parte superior con su nombre y dirección, y entregó á Víctor el recado para el Notario, diciéndole la calle y número de la Notaría de éste.

—¿Cuándo veré á usted? dijo Víctor poniéndose en pie.

—Pasado mañana.

—¿Dónde?

—En mi despacho antes de las once, ó aquí á las doce.

—Está bien, adiós.

—¿No toma usted otra copita?

—Gracias. Adiós.

—Hasta pasado mañana. Y dígale usted al Padre Cervantes que le agradezco la recomendación de persona tan honorable como usted, y le repito que cuenta incondicionalmente conmigo. Mi casa es la casa de usted y yo su servidor.

—Igualmente lo soy yo de Ud. Aquí en el número 8 del hotel San Carlos, y en Saltillo, en la casa número 15 de la calle de Ramos Arízpe, me tiene usted á sus órdenes.

Los jóvenes se dieron un fuerte apretón de manos.

III

El día de la cita no estuvo el licenciado Pereira, ni en su casa, ni en la cantina, y Víctor buscóle en vano todo el día y algunos otros más. Había desistido de su propósito de ver al Síndico del concurso, tanto por la dificultad de encontrarle en su casa, como también por no creerlo absolu-

tamente necesario en vista de la opinión del licenciado Pereira.

Una noche vió á éste entrar al teatro "Virginia Fábregas," y fué al espectáculo con la intención de hablar con el señor licenciado.

En el primer entreacto fué á saludarle. El abogado recibióle con su exagerada cortesía, llena siempre de almibaradas frases; pero Víctor, que era bastante perspicaz, notó vacilaciones y retiscencias en cuanto al negocio se refería.

—Usted me aseguró que todo estaba en regla, dijo Víctor.

—Sí, pero hay ciertas cosillas. Las dificultades en un concurso son siempre numerosas. Por mi parte haré cuanto pueda. Justamente ayer me habló mi señor compañero, el licenciado Basurto, de terminar el concurso por medio de un arreglo extrajudicial. Nos ha citado á una junta que se verificará mañana á las cuatro en la casa del compañero. Allí estaré para representar y defender los derechos de usted.

—Pero si mi crédito no puede entrar al concurso.

—Es el punto que dilucidaremos en dicha junta.

—Pues bien, iré a esa junta.

—No es necesario tengo el poder de

usted; pero si desea ir, vaya usted, tendré mucho gusto.

Pronunció Pereira las últimas palabras tragando saliva, y como esforzándose para decirlas, circunstancia que no pasó desapercibida para Víctor.

—Y bien, ¿cuándo sabré la resolución?

—Pasado mañana, á las once, espero á usted en mi despacho.

—¿Le encontraré á usted?

—Sin duda.

La campanilla anunció que iba á empezar el segundo acto, y abogado y cliente despidiéronse.

Aquella noche Víctor dilatóse algo en conciliar el sueño. Las vagas palabras de Pereira relativas al depósito, infundiéronle desconfianza. Había oído referir tantas cosas de los negocios judiciales en la capital, cosas que los provincianos exageran, pero que tienen mucho de verdad, que empezó á temer por la parcial ó la total pérdida de aquel depósito, que era su único patrimonio. Los recursos que había traído no eran abundantes y apenas le bastarían para vivir económicamente en México algunos meses. ¿Qué iba á hacer si el negocio se prolongaba indefinidamente?

Conturbado con tal pensamiento, encaminóse á la casa del Padre Cervantes.

El sacerdote recibióle con su habitual benevolencia. El joven refirióle circuns-

tanciadamente los acontecimientos y le expuso sus temores y desconfianzas.

Oyóle el Padre con suma atención, y concluído que hubo, exhaló hondo y prolongado suspiro.

—Mal anda el negocio de usted. El licenciado Basurto, por sus relaciones con encumbrados próceres, su prestigio de sagaz político y sus numerosos triunfos profesionales, es un abogado influyente, dominante, avasallador. El mayor número de veces, basta su sola presencia para amilanar á los jueces, y en cuanto á los demás abogados prefieren tenerle por amigo, y fácilmente ceden á las exigencias de Basurto no siempre justas, particularmente sus protegidos, como el licenciado Pereira. Si yo hubiera sabido quién era el Síndico del concurso no le hubiera recomendado con ese joven.

—¿Pero es posible, repuso Víctor, indignado, que nada valgan ni la justicia ni el derecho?

—Aconsejo á usted, respondió el Padre con acento de profunda convicción, que transija en las mejores condiciones posibles; de otra manera perderá usted todo su depósito, y si algo de él recoge, será poco para pagar los gastos que haga.

—¿En vez de alentarme para luchar por la justicia, me impulsa á que ceda cobarde á las maquinaciones de los codiciosos? No

lo haré jamás, clamó Víctor en un arranque de natural franqueza y de ofendida dignidad.

—Hijo, repuso humildemente el Padre, esta asfixiante atmósfeia nos sofoca á todos. Tiene usted razón.

—Perdone usted, no he querido ofenderle.

—Lo sé, hijo mío. Me olvidaba de que Dios no ha roto aún el molde en que fueron vaciados muchísimos de nuestros antepasados. Tipos viriles, llenos de dignidad y de grandeza, y no tipos sin carácter, infelices degenerados que en asquerosos montones pululan en las grandes ciudades y no faltan en las pequeñas. Retiro mi consejo. Reclame usted su derecho con toda la energía de su carácter.

—Sí, Padre, lo reclamaré. Tomo desde luego la resolución de ir esta tarde á la junta. Bien conocí que mi abogado no quiere que vaya, pero iré. Hace allí falta alguno á quien no ofusquen los esplendores de los poderosos.

—Dios bendiga á usted y le ayude en todo, dijo el Padre Cervantes, enternecido de ver frente á él á una payo tan digno de llamarse hombre.

Y Víctor salió de la casa del sacerdote conociendo ya con intuitiva mirada la situación en que se encontraba.

IV

Acaban de dar las cuatro de la tarde. Don Emeterio Basurto y Quintanilla, abogado de los tribunales de la República, y política lumbrera, según la pública fama, arrellenado en un cómodo sillón, á la cabecera de la sala y frente á una mesa con papeles y libros, mira grave y majestuoso á los concurrentes, algunos sentados ya, con la cabeza baja, y otros que van paulatinamente llegando, hacen una reverencia y toman tímidamente asiento.

Allí está ya el licenciado Pereira, cerca del Síndico: no tiene el encogimiento de los otros, pero no le abandona la aduladora sonrisa, que llega hasta la bajeza cuando la dirige á su compañero y amigo, el honorable señor Síndico. Este pasea la mirada fría y desdeñosa por los concurrentes, atúzase el cano bigote y dice con sequedad:

—Daremos principio á la junta.

En esos momentos preséntase Víctor en el salón. Los abogados Basurto y Pereira simultáneamente fruncen el ceño; los demás se fijan en el desconocido, cuya natural actitud les parec insultante.

—Buenas tardes, señores, dijo Víctor con voz limpia y sonora, que llenó todo

el salón, y sin esperar respuesta, sentóse en el primer asiento desocupado.

Los abogados Basurto y Pereira hablaron en voz baja algunos momentos, después de los cuales el primero dijo con voz grave y pausada:

Señores: La junta por mí promovida con el carácter de Síndico del concurso de la casa comercial de Armida y Valenzuela, tiene por objeto procurar un arreglo extrajudicial entre los acreedores de la casa fallida, arreglo que pondría inmediatamente término á procedimientos judiciales lentos y dispendiosos. Por los datos que hasta hoy tengo en cartera, y los que suministra el expediente, todos los créditos exceptuando los indispensables gastos de seguridad y conservación de los bienes y el fuerte crédito procedente de un depósito, que representa el señor Menéndez y Quijar, están, poco más ó menos, en el mismo grado, motivo por el cual propongo que pagados los gastos y el referido depósito, se distribuya el sobrante entre los demás acreedores. Con este arreglo podrán obtener un veinte por ciento de pago, mas si continúa el juicio de concurso, mucho me temo que no logren ni aun la mitad de lo que hoy lograrían.

El nombre de Menéndez y Quijar fué enfáticamente pronunciado por el Síndico,

y causó en los concurrentes el efecto por aquél previstò, pues el tal Menéndez y Quijar era un coloso en el mundo del dinero y de la política. ¿Quién iba á malquistarse con tan empingorotado señorón?

El señor licenciado Basurto quedóse mirando á los circunstantes con una imponente mirada de mando.

—¿Qué dice usted? preguntó al acreedor que á su diestra mano estaba.

—Que estoy conforme, contestó el interpelado tartamudeando.

—¿Y usted?

—¿Y usted? continuó dirigiéndose sucesivamente á los demás acreedores, según el orden en que estaban sentados.

Un "conforme," ora entrecortado, ora apenas perceptible, ora sonoro, salió á su turno de los labios de todos los concurrentes. Solamente á Víctor no interpeló el Síndico.

Por último, interpeló al licenciado Pereira:

—¿Y usted, señor compañero?

—El señor Olvera, que está presente, contestó Pereira como para disculparse de no dar un "conforme" tan terminante como el de los demás acreedores, cree tener un crédito privilegiado.

Víctor no pudo ya guardar silencio, púsose en pie y pidió la palabra.

El Presidente se la concedió. ¿qué podía decir el payo?

—El señor licenciado Pereira, dijo Víctor con firme acento, se ha equivocado, no sé si casual ó intencionalmente. No creo tener un crédito privilegiado, sino que tengo un depósito que no debe entrar al concurso. Tal fué la opinión del señor licenciado. Además, es un negocio tan claro conforme á mis documentos, que ni siquiera admite discusión.

Oyóse en el concurso un rumor. Se murmuraba de la arrogancia del payo. El licenciado Basurto, sin manifestar la menor sorpresa, dijo á Víctor: ¿En dónde están sus documentos?

—Los entregué al señor licenciado Pereira. Que se les dé lectura.

—Creo que es por demás, dijo un viejo con cara de perenne orgía. Nosotros protestamos contra la prelación y el reconocimiento de tal crédito.

—Que se firme la escritura del arreglo que se acaba de celebrar, clamó entre regüeldos otro vejete de elevado vientre y carcomida nariz, sin levantarse de su asiento.

—Que se firme, gritaron á una los demás concurrentes.

—Sí, señores, repuso el Síndico y quedan á salvo los derechos del señor Olvera

para que los haga valer ante los tribunales.

—El caso que le harán éstos, murmuró para sí, y en voz apenas perceptible, un joven que cerca de Víctor estaba. Este, que permanecía aún en pie, dijo con voz vibrante:

—¿Qué es esto, señores? ¿Así se viola el derecho en una ciudad que de culta blasona? ¿Es posible que todos se humillen ante la tiranía de la influencia? Haré valer mis derechos á despecho de todos.

Un lagartijo enclenque y pálido, con la palidez del vicio, que apenas asomaba la diminuta cabeza por el gigantesco cuello de la camisa, con voz atiplada, dijo:

—Yo, á nombre de papá, que es acreedor de la casa Armida y Valenzuela, afirmo que cuanto dice el licenciado Basurto y Quintanilla, es muy bien dicho; que estoy enteramente conforme con cuanto se ha acordado, y que se lleven al payo á Belén si continúa insultándonos.

Víctor, que creyó por un momento que sus palabras habían despertado la dormida virilidad de algunos de los concurrentes, quedóse estupefacto ante la bajeza del lagartijo y trocando luego la estupefacción en justa cólera, miróle con hondo desprecio y dirigiendo altivo una mirada en su derredor, clamó indignado:

—¡Me voy, porque me dais asco!

Y con paso firme y seguro salió de la sala.

Apenas había salido el provinciano, uno de los concurrentes decía: le seguiremos; el otro: castigaremos su insolencia; aquél: me batiré con él; pero nadie dió un solo paso fuera del salón.

—Calma, señores, dijo el Síndico, ¿quién hace caso de ese serrano mozalvete que bajó de las montañas del Norte?

—¡Bien dicho, bien dicho! clamaron todos y trocóse la ira en críticas y risas.

El síndico citó á los concurrentes para el día siguiente á las cuatro de la tarde para que firmaran la escritura.

Despidiéronse los acreedores y en grupos se diseminaron por la calle.

—La verdad es, murmuró el lagartijo que habló en nombre de "papá," que el crédito de Menéndez y Quijar, ni es depósito ni tiene preferencia ninguna, pero ¿quién va á echarse encima el rencor de semejante enemigo y del señor licenciado Basurto? ¡Dios me libre! Dejarían á papá en un petate. Y "mutatis mutandis," todos los acreedores decían lo mismo.

V

El primer paso de Víctor al salir de la casa del licenciado Basurto, fué dirigirse á la Notaría de Palacios, y á pesar de los repulgos del Notario revocó el poder que le había conferido al licenciado Pereira, pues temió que la acordada escritura se firmase sin su consentimiento por el licenciado.

Fuése después á una farmacia donde solía pasar algunos ratos conversando con el propietario y sus amigos. Allí le habían presentado á un joven practicante de derecho con quien simpatizó y alguna vez, aunque someramente, hablóle del negocio que le había llevado á la capital. Ese día estaba allí el practicante y refirióle circunstanciadamente cuanto le había pasado. El estudiante de derecho indignóse sobremanera y temió como Víctor, que la escritura se firmase y obligaran á éste á seguir un litigio largo y dispendioso.

Los hechos se verificaron como lo habían previsto los dos amigos; la escritura se firmó por el licenciado Pereira en representación de Víctor á pesar de haberle revocado el poder, pues la notifica-

ción se le hizo después de firmada la escritura.

Eugenio, el joven practicante, exaltóse tanto como Víctor ante aquella estudiada maldad y ofrecióle gratuitamente sus servicios.

Desde ese día empezó una lucha titánica entre el derecho y la intriga. De una parte la justicia y la intrepidez, de la otra la influencia y la tiranía.

La prensa honrada, que, aunque escasa, la hay aún por divina misericordia, publicó con el carácter de remitidos los primeros artículos de Eugenio y después haciendo causa común con Víctor, tomó á pechos la defensa de éste. El escándalo tuvo gigantescas proporciones y sacábanse á la pública vergüenza aun muchas ya olvidadas injusticias judiciales.

Una mañana acababa Víctor de desayunarse, cuando le anunciaron la visita de dos jóvenes. Recibiólos con amabilidad y éstos, graves y ceremoniosos, expusiéronle que iban á nombre de un hijo del licenciado Basurto á pedirle satisfacción por ciertas palabras publicadas en un diario y que el hijo del perpetuo senador había juzgado ofensivas para su padre. Exigían los visitantes que á la mayor brevedad retirara tales palabras y diera al agraviado cumplida satisfacción ó que

nombrara en el acto padrinos con quienes entenderse para fijar las condiciones de un duelo.

¿Era aquello un ardid para callar á Víctor ó formalmente se había decidido un duelo? Víctor creyó lo primero é irguiéndose altivo contestó á los jóvenes, en uno de los cuales reconoció al adulador lagartijo que asistió á la junta en la casa del licenciado Basurto:

—No me bato ni con ese farsante en nombre del cual vienen ustedes, ni con ningún otro, porque el duelo es un crimen castigado por las leyes divinas y humanas. En cuanto á lo escrito en el diario, escrito queda y no alteraré la verdad en un sólo ápice. Pueden ustedes decir á su ahijado que no le temo y que estaré prevenido contra sus asechanzas.

—El honor exige reparación inmediata; ó satisfacción ó sangre, dijo uno de los jóvenes.

—Mi honor está inmaculado y no lograrán ustedes mancharlo. Hemos concluído, ni una palabra más sobre el asunto.

—Su honor inmaculado, y... El lagartijo que empezaba á hablar no pudo concluir la frase. Víctor abalanzóse hacia él con los puños cerrados en amenazante actitud.

—Silencio, comediante, le dijo, ni una palabra más ó arrojo á usted por el balcón. Y el lagartijo, pálido como un muerto, calló prudentemente.

Luego, con el relámpago de la ira en los ojos, el payo señaló á los jóvenes la puerta del cuarto.

—Salgan ustedes les dijo, ó los obligaré á salir.

—Esto tendrá su castigo, atrevióse á murmurar el compañero del lagartijo, pero ambos salieron del cuarto y bajaron á saltos la escalera del hotel.

VI

Aquel suceso no pasó desapercibido. Un mozo del hotel fué el primero en propagarlo y al siguiente día era el tema de todas las conversaciones y los periódicos comentaban la escena. Víctor, elogiado por unos y censurado por otros, andaba en lengua de todos y bautizáronle con el apodo de Molde de Antaño, y por contraposición al provinciano, llamaron al lagartijo Molde de Hogaño.

El litigio iniciado por Eugenio continuaba con más ardor. Algunos días después del narrado suceso, presentóse á Víctor un abogado proponiéndole una

transacción á nombre del licenciado Basurto.

El payo comprendió en el acto que la pública opinión le era favorable, pues la verdad y la justicia se imponen aun en tiempos de general corrupción y algunos amigos habíanle asegurado que el escándalo llegaba ya hasta las altas gradas del poder y que éste, para calmar la excitación de las pasiones, ordenó al licenciado Basurto arreglara aquel negocio á la mayor brevedad posible.

Víctor se negó terminantemente á todo arreglo y no hubo remedio. Pocos días después recibía íntegro su depósito y la algarabía de la prensa terminó por un elogio al Síndico pagado por él mismo, según afirmaban los que tenían datos para asegurarlo.

Eugenio, que empezaba su carrera, decidióse desde entonces á luchar siempre por las buenas causas, pues aprendió que aun en los calamitosos tiempos de las avasalladoras influencias y de las cuotidianas injusticias, tienen triunfadora fuerza si con energía y constancia se las defiende.



LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

¡De qué pequeñeces dependen en ocasiones la felicidad de esta vida! Otilia hubiera sido completamente dichosa sin una costumbre, para vencer la cual, no tuvo energía suficiente.

Cuando aún no brillaba para ella la luz de la razón, apenas dejaba el pecho de su madre, chupábase el dedo índice, forjándose la ilusión de que se hallaba en el materno regazo. La madre decidió al principio corregirla y cuando quiso cortar el mal era ya demasiado tarde.

El primer castigo que recibió la niña debiólo á tal costumbre. Cuando fué á la escuela, las alumnas que frecuentemente la sorprendieron chupándose el dedo, burláronse de ella. Aquellas burlas le arrancaron copiosas lágrimas, pero no la corrigieron. Ya en la adolescencia muchas ami-

gas echáronle en cara aquel defecto, y Otilia se ruborizaba y proponíase la enmienda; pero arrastrada por la fuerza del hábito, cuando nadie la veía, holgábase en satisfacer su deseo.

La niña era de ilustre prosapia, de no escasa belleza y de afable carácter, cualidades que le granjeaban la estimación general. Muchas de sus amigas aconsejáronle con suma discreción que se esforzase en abandonar la costumbre, que tanto le censuraban. Otilia propúsose enmendarse y cuando le venía aquel pensamiento procuraba ocuparse en algo para olvidarlo. Hasta llegó á pedir á la Virgen una enfermedad que le costara la pérdida del dedo; pero cuando tal oración hacía, pensaba sin quererlo, en que si un dedo le faltara, se chuparía el otro.

Y así es el hombre, quiere que Dios haga, aun hiriéndonos, lo que nuestra voluntad no quiere hacer.

A pesar de los buenos propósitos de Otilia, en la menor distracción, hela allí reincidiendo en su falta.

La débil lucha que sostuvo cansóle muy pronto, y cuando estaba segura de que nadie la veía, llevábase el dedo á la boca con inefable fruición, con el gusto del deseo satisfecho.

Pensaba frecuentemente que los mayores pesares de su infancia y de su niñez

los debía á aquella costumbre, que no se resolvía á abandonar. Lo haré sin que nadie me vea, decía, ¿qué mal hay en ello?

Pero ¿sentía placer en una acción que tantos disgustos le causaba?

Lo único que decir puedo es que muchas veces estaba Otilia, desazonada, triste, como si algo le faltase, y apenas se llevaba el dedo á la boca, alegrábase y recuperaba la tranquilidad perdida.

¡Dios mío, al escribir estas líneas de aterradora verdad, siento dolor muy hondo!

Si una costumbre que al parecer no produce gusto ninguno de tal manera enferma la voluntad, ¿qué será la que produce goces por más que sean efímeros?

Otilia, en la adolescencia, enfermóse de muerte y lloró su mal hábito, como si fuese gravísimo pecado. Se confesó con ardiente fe y sincero dolor; pero había sido tan buena, que el confesor casi no encontró materia sobre la que recayese la absolución. Dióle una ligera penitencia y le aconsejó que procurase, como un sacrificio á Dios, no chuparse el dedo durante la penosa enfermedad que la aquejaba.

La enferma hízose suprema violencia para cumplir con aquella recomendación; pero cuando estaba ya en agonía, violó tal recomendación y murió con el dedo en la boca.



LA TENTACION DEL ORO

I

Fortunato vivía relativamente feliz en su pueblo natal, en compañía de su esposa, sencilla y buena, y de Juan Bautista, el único hijo de aquel matrimonio. Era honrado y laborioso, pero tardío en resolverse á emprender los negocios, y los amigos del joven labriego decían que sin su habitual morosidad habría prosperado mucho.

Fortunato salió de su residencia llamado por su hermano Jacinto, que hacía muchos años hallábase radicado en la ciudad de Zacatecas, y el cual estaba á las puertas del sepulcro.

Los dos hermanos queríanse de verdad, y Fortunato se afligió mucho por la grave enfermedad de su hermano, que

moriría según la unánime opinión de los médicos que le asistían.

Comprendió Jacinto que la ciencia luchaba en vano por mantener viva la luz de una vida que se apagaba y dispúsose á morir cristianamente. Llamó á su hermano para encomendar á su honradez y cariño sus postreras disposiciones.

—Cuanto poseía, le dijo, lo realicé oportunamente con la resolución de radicarme en otro lugar, pues mis negocios decaían paulatinamente y tuve miedo de arruinarme. La muerte, que se aproxima, corta de un solo golpe todos mis proyectos. Eres mi único pariente; aquí tienes veinte mil pesos que es todo mi capital. Quiero que disfrutes de diez mil y los otros diez mil los entregarás á mi nombre al Reverendo Padre Abasolo, que está hoy en México, pero no debe tardar mucho en volver. Antes de que partiera para la capital confié á su piedad y apostólico celo varias mandas piadosas.

Fortunato, con las lágrimas en los ojos, oía á su hermano, sin siquiera fijarse en las manos del moribundo, henchidas de billetes de banco.

Aquella escena no se prolongó mucho. Fortunato recibió el dinero y dijo á su hermano:

—Tus deseos serán cumplidos. Si Dios

te llama hacia El, muere tranquilo, pues quedo yo en el mundo para cumplir tu voluntad.

Al siguiente día murió Jacinto y su hermano y su cuñada le lloraron mucho. Hiciéronle un suntuoso entierro, y Fortunato, de su espontánea voluntad, mandó que se dijeran las misas de San Gregorio por el alma del finado.

II

Ha pasado un año: el Padre Abasolo, ocupado sin duda en graves negocios, no ha regresado de la capital de la República. Fortunato se estableció en la ciudad de Zacatecas y sus negocios prosperan. Cicatrizó ya la herida abierta en el corazón por la pérdida de un buen hermano, y ahora los padres de Juan Bautista cifran en éste su felicidad. Le quieren con inmenso cariño. La madre, sobre todo no puede vivir sin su hijo. Cuando el niño se enferma, aunque sea ligeramente, la madre no come, ni duerme y llora sin cesar.

No había olvidado Fortunato, ni por un momento, la recomendación de su difunto hermano. En la caja de fierro están guardados los diez mil pesos que entregar debía al Padre Abasolo. Buen cuida-

do tiene Fortunato de echar una mirada todos los días al montoncito de billetes colocado en un rincón de la caja. Aquel depósito es sagrado, es la postrera recomendación de Jacinto, su hermano mayor, y cumplirá con ella al pie de la letra; pero el Reverendo Padre no vuelve aún. ¿Le escribirá? No; será mejor informarse si dilatará mucho su regreso.

Una tarde sale con el exclusivo objeto de adquirir segura noticia del Padre Abasolo y sabe que la víspera llegó á Zacatecas. En la noche va á visitar al fraile, de quien es buen amigo, y le participa que tiene que entregarle diez mil pesos.

—Lo sabía, le responde el fraile; don Jacinto me habló de ello, y además, uno de sus amigos me escribió á México, dándome la noticia del fallecimiento del hermano de usted y de que había dejado en poder de usted la cantidad de que me habla, para las obras piadosas que tanto me recomendó en vida.

A Fortunato no le agradó que su hermano hubiese confiado también á otro lo que él juzgaba un secreto de conciencia, pero disimuló y dijo al Padre Abasolo:

—Están á disposición de su Reverencia los diez mil pesos que Jacinto me encargó le entregara.

—Puede usted traérmelos cuando guste.

Se habló en seguida de varios asuntos, y particularmente de la edificante muerte de Jacinto, y aun se exageraron sus virtudes que en honor de la verdad, no eran pocas.

Despidióse Fortunato del fraile diciéndole con retintín:

—Hasta mañana.

Fortunato llegó á su casa algo preocupado, sin saber por qué; fué á la caja y contó los billetes que entregar debía. Estaban completos los diez mil pesos. Luego echó una mirada al efectivo que él poseía y que estaba separado en la misma caja. Eran unos cuantos billetes de escaso valor; lo demás lo había invertido en compra de ganado, pues giraba en el ramo de carnicería. Y Fortunato inconscientemente suspiró.

Mañana, se dijo, y cerró la caja.

Todo ese día estuvo tan pensativo, que su esposa lo notó con extrañeza.

—¿Qué tienes, Fortunato? preguntóle. Te veo triste y meditabundo.

—No, hija, no tengo nada. Quizás los negocios....

Al día siguiente volvió á contar los billetes del legado piadoso y púsolos cuidadosamente en el mismo lugar. Sabía

que no eran suyos, pero sentía íntimo placer en contemplarlos en su caja.

De día en día fué demorando la entrega, y el Padre Abasolo tuvo que salir de nuevo para la capital de la República.

Entretanto agotóse el efectivo que tenía Fortunato y provisionalmente se prestó mil pesos del legado. El giro mercantil que había empezado con tan próspera fortuna decaía rápidamente, y tuvo que prestarse uno tras otro varios miles hasta reducirse el legado á tres mil pesos.

Clavóse entonces en la fantasía de Fortunato un persistente pensamiento. ¿Estaría obligado en conciencia á entregar aquel legado? ¿No tenía él, como hermano del muerto, mejor derecho que cualquiera otro para disponer de aquella cantidad?

La conciencia, que no entiende de subterfugios, le gritaba: ese dinero no es tuyo. Pero Fortunato cerraba voluntariamente los oídos á tales voces para evadir el cumplimiento de su obligación.

Discurrió cierto día, en que estaba casi decidido á echarse sobre el legado, consultar el caso, no con un sacerdote, que por amor á sus ideas y por propia conveniencia lo resolvería según su piadoso criterio, sino con un hombre despreocu-

pado, de esos que no creen ni en Dios ni en el diablo, y don Severo Villafranca parecíale que ni mandado hacer para tal caso.

Era don Severo hombre naturalmente honrado, pero no había recibido ninguna educación religiosa. Nacido y desarrollado en la nefasta época de la guerra civil, afilióse en el partido liberal, al que había servido fielmente toda su vida. La edad, los desengaños, la reflexión, no cambiaron sus convicciones, pero modificaron su carácter, y más de una vez se lamentaba en público de las pasiones políticas que habían cegado en flor tantas preciosas vidas de patriotas de uno y otro bando.

A Villafranca acercóse Fortunato con la profunda convicción de que resolvería á su favor la consulta que iba á hacerle. Dirigióse á la casa del jacobino de abolengo, de quien fué cortesmente recibido. Expúsole sin repulgos el motivo de la visita; pintóle con vivos colores el mal estado de sus negocios y la existencia de aquel legado, hecho con burla de la ley, motivo por el cual creía que, como buen ciudadano, no estaba obligado á cumplir con la voluntad de Jacinto.

—No obstante, agregó, ocurro al dictamen de usted para tranquilidad de mi

conciencia, resuelto á obrar según la decisión de usted.

Miróle don Severo de hito en hito, y después de un silencio de algunos instantes, preguntóle:

—¿Hará usted lo que yo le diga?

—Sin duda alguna, repuso Fortunato.

—Entregue usted sin demora lo que no le pertenece.

—Pero, señor, es un legado piadoso.

—No es de usted y nadie debe quedarse con lo que no le pertenece. ¿Ha pensado usted por ventura que soy encubridor de ladrones?

Fortunato no habló más y muy turbado despidióse de don Severo Villafranca.

III

En aquellos días tuvo Fortunato imperiosa necesidad de dinero, mas prefirió contraer un compromiso á gastar la parte del legado que conservaba en su poder. Pasó largo rato frente á la caja abierta contemplando los billetes y hasta tuvo el pensamiento de mandar luego al Padre Abasolo, los tres mil pesos que le quedaban, y remitirle mensualmente cuanto pudiera hasta completar el valor del legado. El Padre era muy bueno y accedería á todo. La lección que de don Severo había

recibido hízole reflexionar. Cerró de golpe la caja y no dispuso de un solo billete.

Al siguiente día iba á desayunarse, cuando se fijó en varias cartas que el de-



pendiente puso sobre la mesa y que habían llegado por el correo. Una de ellas era del Padre Abasolo á juzgar por la letra de la cubierta. Tomóla temblando y vacilaba en abrirla. Decidióse al fin y leyó con el corazón palpitante:

"Hijo mío:

He esperado inútilmente hasta hoy el legado de su hermano Jacinto. Urgen las

obras que me recomendó; sírvase autorizarme para girar en su contra por diez mil pesos.

Su afectísimo amigo servidor y capellán."

Fortunato leía y releía aquella carta. Después de mucho rato de honda meditación escribió lo siguiente:

"Muy amado Padre:

Apremiantes necesidades obligáronme á gastar siete mil pesos de los diez mil que tenía á disposición de usted, pues mis negocios han decaído lastimosamente. Mando á su Paternidad un giro por tres mil pesos; próximamente veré cuánto más puedo remitirle, y en lo sucesivo le enviaré mensualmente abonos hasta el saldo completo del legado.

Pídale á Dios que me ayude y pronto cubriré el sagrado compromiso que he contraído."

Cerró la carta y sacó luego los billetes para contarlos. Tres mil pesos completos. Eran los únicos que había. Fortunato echó una triste mirada á la caja vacía. Después de tanto tiempo de no haber faltado en ella dinero, sentía profunda tris-

teza al verla exhausta. Suspiró y casi inconscientemente volvió á colocar los billetes en su lugar.

Hundióse después en honda meditación: ora volvía con amor los ojos á la abierta caja, ora á la cerrada carta, ora sentado frente á la mesa, con los codos en ella apoyados, inclinaba la cabeza que sostenía entre las abiertas manos.

Era la tremenda hora de la tentación. ¡Pobre corazón humano, cuando le hace frente está perdido!

Y Fortunato fué vencido. De improviso levántase, cierra la caja y rompe la carta que acababa de escribir.

El robo estaba consumado en el corazón de Fortunato.

IV

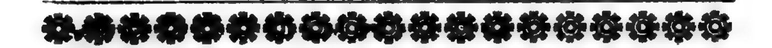
Algunos años después un amigo del Padre Abasolo le escribía lo siguiente:

"Ayer murió Fortunato oprimido de deudas y en la más completa miseria. Con la prematura y repentina muerte de su único hijo Juan Bautista, agraváronse en el finado antiguas dolencias, y su muerte fué como de rayo. Dios le haya perdonado.

La esposa de nuestro amigo está loca de dolor."

El Padre Abasolo inclinó dolorosamente la cabeza, cayó de rodillas y dijo conmovido:

¡Oh Dios de las misericordias, perdónale por tu sangre preciosísima!



ME TIENE SIN CUIDADO

En la ciudad de Fresnillo, cabecera del Partido del mismo nombre, en el Estado de Zacatecas, ciudad que en tiempo de la bonanza de la famosa mina de Proaño fué de gran importancia mercantil y minera, vivía un hombre de bien, de aquellos que no escaseaban entre nuestros antepasados. Laborioso desde su juventud, jamás conoció torturas de la miseria, pero no habituado al ahorro, como la mayor parte de nuestros trabajadores, llegó á la vejez sin tener de qué vivir y sin vigor ya para trabajar. Queríanle bien todos por el inefable aire de bondad que bañaba aquel rostro de toscas facciones y por el infantil candor que conservó hasta el fin de su vida. Candelario Bustamante no conocía más mundo que su ciudad natal, la hacienda

de Trujillo y el caserío de Plateros, situado á legua y cuarto de la ciudad.

La Providencia dió á Candelario en su senectud el apoyo de dos hijos, labriegos ambos sobrevivientes de los cinco que tuvo en su matrimonio, feliz en cuanto puede serlo en este mundo, cuando nos conformamos con los dolores que Dios nos manda sin agravarlos con los que nosotros nos buscamos.

El honrado labrador perdió á su esposa en la plenitud de la vida, la recordó y lloró siempre y jamás quiso contraer segundas nupcias, aunque más de una vez tuvo ocasión para ello.

Joaquín, el hijo mayor, dedicábase á la siembra de trigo, y Bonifacio á la de maíz, ora arrendando terrenos, ora como medieros de los ricos propietarios. El uno residía ordinariamente en la hacienda de Trujillo, y el otro en Plateros. El padre repartía los tristes días de su ancianidad, entre los hogares de sus hijos, de quienes era muy querido y respetado, y alguna que otra temporada, cuando los trabajos del campo lo permitían, reuníanse todos en Fresnillo, en un caserón situado á orillas de la ciudad, que perteneció á la esposa de Candelario, y era hoy propiedad de todos, sin que el Juez de Letras los hubiese declarado herederos,

pues nunca se les ocurrió que era menester denunciar el intestado de la finada, en nombre de la cual hallábase aún listada en el catastro aquella casa, nido de recuerdos y manantial de ternura para Candelario, que lloraba lágrimas del corazón al entrar al comedor donde comió el día feliz de su boda.

Todavía cuando se juntaban en aquel albergue, el júbilo personificado en media docena de nietecitos, se desbordaba por aquel caserón; ora en inocentes y prolongadas risas, ora en infantil algazara, ora en el bullicio del juego ó la travesura. Candelario, con los ojos húmedos y la faz resplandeciente por el calor del cariño, tendía la vista del alma por el mar de los recuerdos en cuya playa encontraba sus goces postrimeros.

La inocencia del niño, la ilusión del hombre, el recuerdo del anciano: he aquí las tres deidades que escancian, en la jornada de la vida, el néctar de nuestras pocas y breves dichas.

En Plateros, mineral de legendaria fama, venérase una imagen de Cristo Crucificado, conocida con el nombre de El Señor de Plateros, y aun en estos tiempos, en que tanto se ha debilitado la fe de nuestros padres, ocurren de lejanos lugares de la República, en piadosa ro-

mería, al santuario que la piedad ha levantado allí al Redentor del mundo.

Candelario y sus hijos eran devotísimos del Señor de Plateros, y á El ocurrían en todas sus necesidades.

Joaquín y Bonifacio, que en alta estima tenían la virtud de su padre, año por año hacíanle la misma súplica.

—Padre, decíale el mayor, pídale á Dios que no llueva, porque si llueve se me pierde el trigo.

—Padre, decíale el menor, pídale á Dios que llueva, porque si no llueve se me pierde el maíz.

Candelario oía las peticiones de sus hijos, á quienes entrañablemente amaba, y cuando iba al santuario de Plateros, no hallaba cómo presentar sus oraciones al Señor. Bonifacio, le decía, quiere que llueva; Joaquín que no llueva; los dos son buenos; teniendo uno tendremos todos.

Postrábase luego y clamaba: Señor, que llueva ó que no llueva, me tiene sin cuidado.

Y pensaba luego en que si todos los hombres fueran buenos la abundancia de los unos cubriría la necesidad de los otros, y no pediríamos cotidianamente á Dios un bien que es mal para nuestros hermanos.



HASTA EL CIELO

I

No era el doctor Adolfo Márquez creyente, ni lo había sido nunca. Pensionado por el Gobierno de uno de los Estados de la frontera, vino á la capital de la República decidido á dedicarse con tesón al estudio, hasta obtener el título de médico, que desde su niñez había anhelado.

Era el joven estudiante de buen juicio, firme carácter y buenas costumbres; pero huérfano desde muy niño no había conocido á sus padres, y faltóle un regazo donde saborear el amor y la avasalladora influencia de una madre que le hablase del cielo. Más de una vez había escuchado las acaloradas disputas de sus condiscípulos acerca de cuestiones religiosas, y parecíale que unos y otros tenían en par-

te razón y en parte no la tenían; pero enemigo de tales discusiones nunca tomó parte en ellas.

Vivió y creció en la más completa indiferencia respecto de los futuros destinos del hombre. Era amigo de todos, y dotado de natural justicia, cuando se le estrechaba á resolver algo, procuraba amoldar su opinión á lo que creía verdadero.

La carrera del joven fué brillante y con el entusiasta aplauso de sus profesores y sinodales ganó el deseado título. Empezó á ejercer la medicina con muy buen éxito pecuniario y no menor para su reputación profesional.

No había hasta entonces conocido las emociones y dulce tiranía del amor; pero éste le acechaba traidoramente, y cuando él menos lo pensaba, sintióse mortalmente herido sin darse exacta cuenta de cómo y por qué nació aquel cariño, tan grande como puro, que podía marchitar de un solo soplo el vergel de su porvenir. Pero ¿qué le importaba á él todo el afán de una vida pasada en el estudio, ante el hondo afecto que por primera vez envolvía á su alma en una red de flores de exquisita fragancia?

Amar y ser amado: he aquí ahora la única ilusión del joven médico.

Seguíale á todas partes la apacible mi-

rada de unos ojos garzos, henchidos de luz, y el óvalo de una faz de azucena y rosa donde constantemente sonreía una boca diminuta por cuyos labios entreabiertos salía en acariciadoras ráfagas, el hálito juvenil.

Una mañana salía de visitar á un enfermo de gravedad, cuando divisó por la misma acera por donde él iba, á aquella joven, que le pareció bella como ninguna y fascinóle con extraña fascinación. Acompañábala un hombre de edad madura, luenga barba semicana, elegantemente vestido de negro, de mesurado andar y grave continente. ¡Qué contraste, pensó el doctor; la inefable dulzura de la una y la imponente majestad del otro! Y no obstante, en aquellas fisonomías había rasgos tan semejantes, que revelaban el estrecho parentesco entre el caballero y la doncella.

Desde aquel encuentro la imagen de la joven quedó grabada en la fantasía del médico, y el que no había conocido á su madre concentró su ternura toda en aquella mujer, como si reclamase el ser amado con la fuerza de todos los amores.

II

Pasaban días y más días y la celestial visión no volvía á aparecer ante los ojos del enamorado galán. ¿Quién era aquella beldad? ¿Cómo se llamaba? ¿Dónde vivía? ¿Podría esperar ser correspondido? Y Adolfo se desesperaba hundido en un mar de conjeturas.

Un domingo fué el día que la vió por vez primera, y ocurriósele volver otro domingo al mismo lugar donde la había visto. Allí, enfrascado en sus pensamientos, iba y venía por la misma calle, cerca de Chapultepec.

Asomó en Oriente la alegría de la aurora purpurando el cielo, gorjeaban en el bosque los pajarillos rebosantes de dicha, y en la populosa ciudad empezaba el matinal movimiento, cuando á Adolfo ocurriósele entrar al templo más próximo. Allí permaneció mucho tiempo, como curioso y no como creyente. Tenía el presentimiento de que su amada iría á ese templo, y en efecto, pensaba en ella embelesado, cuando la divina aparición presentóse ante él por segunda vez. La pareja dirigióse, en devota actitud, hasta cerca del presbiterio y oyó con recogimiento la misa que en ese momento empezaba.

Adolfo pensó en Dios, en los ángeles, en el cielo, y sintió en el alma no haber dedicado algunos instantes cotidianamente á estos asuntos que entonces pareciéronle trascendentales. Juzgó imposible que la muerte extinguiera el cariño que él sentía pujante en su corazón, y dedujo que forzosamente debía haber otra vida de amor inacabable. Sentía en su alma algo extraño, pero de suavidad exquisita, y la necesidad de creer, pero de creer con fe inquebrantable.

Al momento que creyó oportuno, abandonó el templo y situóse en un lugar, algo retirado de aquél, ávido de mirar lo que era ya su constante pensamiento.

Allá vienen: ella sonriente y con la mirada fija en Adolfo, él con la misma gravedad y circunspección.

La pareja pasó junto al joven, aun sintió el roce del traje y aspiró el perfume de aquella exuberante y blonda cabellera. Cuando había pasado, ella volvió el rostro sin dejar de sonreír, miró al joven médico, y al encontrarse las miradas de ambos en embriagadora delicia, el carmín de las mejillas y el latido de los corazones, revelaban el canto primero de un poema que sólo escucha el alma. Era indudable; aquellos jóvenes se amaban.

Adolfo siguió tras la pareja. La joven,

de vez en cuando volvía el sonriente rostro hacia el galán que la seguía. Este fijóse bien en la casa donde entraba su amada: era la número 77. Todavía la angelical rubia antes de entrar, miró, con hondísimo mirar, al joven galeno que sintióse desfallecido de placer.

Cuán otro del que había salido volvió Adolfo á su casa. Parecíale haber gustado manjar de dioses. Sentía vigor en el cuerpo y luz en el alma. La naturaleza presentábase á sus ojos con extraños encantos. ¿Qué murmura el bosque, qué dicen las fuentes, de qué me habla el cielo? se decía, y el jugo del corazón en cristalinas gotas temblaba en los párpados del enamorado.

De allí en adelante, todas las tardes pasaba frente á la casa de la niña de áureos cabellos, el coche del doctor Márquez. Los jóvenes no se habían dicho ni una palabra, pero el poema del amor seguía vibrando en los corazones de ambos y se desbordaba por los ojos en rayos de luz.

III

Adolfo está triste, muy triste; hace hoy siete días que no ve á su amada, y está resuelto á presentarse en su casa y pedir-

la por esposa á aquel caballero, que sin duda alguna es su padre.

Estaba el joven médico meditando el más oportuno medio de realizar su proyecto, cuando su criado, un muchacho listo y despabilado, subió á saltos la escalera y dijo á su amo:

—Señor, llaman á usted para un enfermo de gravedad.

—Engancha en seguida el coche, repuso el médico, y pregunta la calle y el número de la casa.

Subió Adolfo al coche y dejóse guiar por el cochero, sin ver á nadie, sin fijarse en nada, saboreando con deleitable fruición los pensamientos de amor que volaban en su fantasía.

De improviso el coche se detiene.

—Hemos llegado, señor, dijo el cochero.

Adolfo miró la calle y la casa, quedóse boquiabierto, el aliento contenido y los ojos abiertos cuanto abrirlos podía; asido de la portezuela, el pie en el estribo, y sin subir ni bajar, parecía petrificado. Repúsose al fin y clamó con tristísimo acento.

—¡Dios mío, si será ella!

Bajóse trémulo y entró por la puerta que acababa de ser abierta.

El zaguán estaba desierto, lo mismo

que el patio, y allá, en una alcoba, distinguíase el ténue esplendor de una luz, que por el azul velador que la cubría, derramaba en torno celeste claridad.

A la puerta de la alcoba hallábase el caballero de grave continente, con intensa expresión de dolor en el semblante.

—Pase usted, señor doctor, dijo á Adolfo; temo que sea demasiado tarde.

El joven médico entró á la alcoba apresuradamente, fijóse en el lecho de la moribunda, y el dardo del dolor hirióle con hondísima herida. Era ella, la adorada de su corazón, y estaba ya en agonía.

Acercóse sollozando al lecho; la enferma abrió los ojos y de ellos brotó la misma profunda mirada. Mientras la moribunda sonreía, la muerte pareció alejarse, pero volvió luego para dar el último certero golpe. Mas antes de expirar volvió á mirar á Adolfo, y levantando el brazo, le señaló el cielo con el índice de la diestra mano. Un momento después, sólo había un cadáver caliente aún, en el mortuorio lecho; el padre que todo lo había comprendido, y el joven médico, sollozando ambos dolorosamente.

Cuando Adolfo logró dominar un poco su emoción, dijo al padre de la muerta:

—Siempre fuí desgraciado en la espantosa soledad de mi alma; sin amigos, sin

padres, sin Dios, y cuando encuentro á ella, que era todo para mí, la pierdo para siempre.

—Tengo el corazón hecho pedazos, pero me inclino ante la divina voluntad, contestó el padre de la muerta. Ella espera á usted en el cielo.

Adolfo se quedó mirándole. Un tropel de ideas acudían á la mente del joven; pudo al fin llorar y con el llanto vínole repentina reacción y dijo con voz firme:

—El más tremendo infortunio me enseña en un momento lo que mis padres me hubieran enseñado en toda su vida. En él me devuelve Dios todo lo que me había quitado. Creo en El; que ella me espere en el cielo.



LA PRIMERA QUE GANO

I

En Nochistlán, cabecera del Partido del mismo nombre, en el Estado de Zacatecas, fué conocido de todos los vecinos y en los pueblos y ranchos del contorno, Anastasio Margaruz, ó Tacho, como le llamaban siempre. Era un plebeyo, cuya natural fealdad aumentaba las incontables cicatrices que tenía en la frente, mejillas, boca y nariz; en suma, en todo el rostro. Solían decir que no había cuchillo en Nochistlán que no hubiese tocado la faz de Tacho Margaruz.

Pendenciero desde niño, y siempre con adversa fortuna, habíanle herido los cuchillos de todos sin que el suyo derramara jamás una gota de sangre; pero no estaba descontento con su desfigurada faz.

que de tan fea, hacía gracia, y que le había dado inmensa popularidad.

Cuando los niños lloraban mucho por necedades propias de su edad, bastaba que les dijesen: allí viene Tacho por tí, para que súbitamente callaran.

Cuando algún papá negábase obstinadamente á dar la mano de su hija á algún gandul de escaso meollo y de mucho ganado vacuno, solía decir á la enamorada nochistleca: Primero te casas con Tacho Margaruz, que con ese ranchero boca de palo.

Un día iba Margaruz por las orillas del pueblo, cuando encontró á Abundio, hombre de la plebe, á quien el mucho mezcal había sacado de quicio. Ver á Tacho y decirle tres ó cuatro palabrotas que para sus pulgas eran demasiado injuriosas, fué todo uno. Montó en cólera y retó á su adversario á singular combate.

El ofensor murmuró entre prolongados regüeldos algunas palabras ininteligibles y bambaleándose, con el cuchillo en la mano, siguió á su adversario.

Durante el camino observaba Tacho que aquel hombrazo, pues era de altísima talla, no podía ya ni con el arma que portaba. En tan lamentable estado habíale puesto el alcohol.

Lo que es hoy gano, pensaba Marga-

ruz, y ardíale la sangre en las venas, ávido de empezar la lucha.

—Aquí, grita Tacho al llegar cerca de una nopalera. Enrédase el "jorongo" en el siniestro brazo, echa el otro encorvado hacia atrás con el puñal en la mano, avanza el pie izquierdo medio paso, inclina un poco el cuerpo hacia adelante y espera la feroz acometida de aquel Goliat de pueblo. Este abalánzase haciendo equis, y antes de que pudiera levantar en alto el arma, recibe en el rostro terrible cuchillada, y cae de bruces en el suelo. Tacho, victorioso, mira á su víctima, y satisfecho entra al pueblo sin siquiera acelerar el paso.

II

El Juez de Letras de Nochistlán presumía de sagaz, y lo era en efecto, aunque menos de lo que él pensaba. Lleváronle al herido levantado en el campo por un gendarme y un vecino. Miróle el juez frunciendo el ceño, y preguntóle con gravedad.

—¿Quién te hirió?

—Nadie, señor Juez, tomé unas copitas, salí á dar la vuelta y me caí contra una piedra muy filosa que me dió la herida que ve su merced.

—No me engañes.

—No engaño á nadie, menos á la justicia.

El herido fué enviado á un departamento de la cárcel para que le curasen la herida y la calificaran dos peritos prácticos de Nochistlán, de quienes siempre echaba mano la autoridad para análogos casos.

Iba serio, pero meditaba una sangrienta venganza. Ante la autoridad callaría, él era muy hombre, y no necesitaba que el Juez castigase á Tacho; sobrábale valor para abrir en canal á quien le había ofendido.

Entretanto, por la afirmación de algunos vecinos, que habían visto al herido en compañía de Tacho, se mandó aprehender á éste, quien esperaba en la pieza contigua al Juzgado que el Juez le tomara la inquisitiva.

El letrado urdía planes y más planes para descubrir la verdad, pues sabía por experiencia que los criminales niegan obstinadamente.

Llamó á Margaruz y en un preámbulo semipaternal y semijudicial, encareciόle que se condujese con verdad, y luego clavó los penetrantes ojos en aquella horrorosa cara, como si quisiera decir al

reo: Estoy leyendo en el fondo de tu alma.

En seguida, con voz solemne preguntóle:

—¿Quién hirió á Abundio?

—Pues yo, señor Juez, quién otro había de ser, yo mismo, respondió impertérrito Tacho.

El Juez quedóse estupefacto ante aquella inesperada y categórica confesión.

—¡Tú le has herido!

—Sí, señor, yo.

Mandó el letrado á la cárcel á Tacho Margaruz, en calidad de detenido, y quedóse reflexionando. Allí había un enredo, sin duda se le ocultaba la verdad.

Al siguiente día se verificó el careo entre Tacho y Abundio y cada uno se sostuvo en su dicho.

—Me caí, decía Abundio.

—Mentira, yo le corté, respondía Tacho.

Y no hubo humano poder que de tales afirmaciones les apartase.

III

Pasaban los días, Margaruz había sido declarado bien preso; pero para el señor Juez la verdad no estaba clara; aun la confesión del reo hacíasele muy sospecho-

sa. Esforzóse entonces por averiguar si había habido testigos del hecho y supo por boca del mismo Tacho que dos rancheros halláronse cerca del lugar de los sucesos. Mandóles comparecer ante la presencia judicial y examinados que fueron, ambos declararon uniformes y contestes en presencia de Tacho, que éste había herido á Abundio.

—Ya lo ve usted, señor Juez, clamó jubiloso Tacho Margaruz, es la primera que gano y ya me la querían hacer tablas.



EL JUAN BUENO Y EL JUAN MALO.

I

Llegaron á la capital de la República dos gemelos fronterizos, ricos, buenos mozos y solteros, cuya última cualidad hacíalos interesantes y estimables para las niñas que anhelan marido.

Pedro, uno de ellos, era empedernido calaverón, y Francisco el otro, por el contrario, morigerado y piadoso, cualidades rarísimas en un joven de su edad. Mas eran tan semejantes que hasta sus más íntimos amigos los confundían.

Con ocasión de la muerte de su padre, salieron violentamente de México, y fué á vivir á la casa que ocupaban Juan Sarmiento, joven también fronterizo y poco más ó menos de la edad de aquéllos.

El barrio había sido testigo de los desórdenes de uno de los gemelos y de la buena conducta del otro, y escandalizado por aquellos y edificado por ésta, frecuentemente se hablaba en todos los hogares de los dos hermanos tan contrarios en costumbres á pesar de haber estado en el mismo materno regazo.

Ninguno de los vecinos supo la violenta salida de los gemelos.

Un día que visité á un amigo díjome que en el barrio vivían dos Juanes, el Juan bueno y el Juan malo, tan semejantes en lo físico como diversos en lo moral. Picome la curiosidad y quise conocer á los dos Juanes, lo que no me costó mucho trabajo. Persuadíme de que, en efecto, los jóvenes eran tan iguales de cara como desiguales de alma. Amante de los estudios psicológicos procuré hallarme donde ellos estuviesen, y aunque nunca logré verlos juntos, era indudable que pensaban y obraban de diverso modo, eran la genuina representación de la humanidad que es la misma en todos los tiempos y en todos los países. Me convencí, una vez más, de que esas olas de tremendas pasiones que enfurecidas rugen en el mundo, las llevamos dentro del corazón y al desierto nos acompañarían si á la vida eremítica nos consagrásemos;

y también de que la divina gracia nos sigue solícita por todas partes.

En aquellos Juanes estudié al hombre bueno y al hombre malo, el cristiano criterio tan natural que por sí mismo se yergue, grita y muchas veces se impone y el pagano criterio que arrastra con avasalladora violencia y frecuentemente hunde en el fango de todas las concupiscencias; al hombre leal y sincero sacerdote del deber y de la verdad, y al bellaco mentiroso, que á sabiendas engaña con el preconcebido fin de buscar en todo su propia conveniencia.

Vi un día en la casa del potentado al Juan malo y oíle hablar. Exageraba las buenas cualidades del prócer y arteramente ocultaba sus defectos. Allí hizo alianza con los que servirle podían para sus políticos fines y holgábase á la faz del mundo entero de tenerlos por amigos. Cuando no necesitó ya de su ayuda dióles de mano, y fuéronle odiosos cuando á sus ambiciosos proyectos se opusieron.

Soñó porvenir de ventura con una linda y virtuosa joven, pero prosperó y la prosperidad hinchóle de soberbia, y la que fué vaso de perfumes é ídolo del corazón naufragó con los recuerdos en el mar de la ambición, y el Juan malo corrió desalado en pos de nuevos amores.

En la orgía arrastró por el lodo la santa dignidad de padre, entregándose sin freno á la satisfacción de sus pasiones.

Conocí también al Juan bueno, enemigo de la lisonja, amante de la justicia y esclavo del deber. Escuché sus acertadas resoluciones y fuí testigo de su morigerada vida y de su sólida piedad. Como espoleado por el remordimiento, que apresura la reacción en el alma, víle con el corazón coronado de espinas abrir el pecho á la escondida fragancia del amor de la familia. Puros eran los conyugales afectos, divinos los consejos á los hijos y suavísima la paz del corazón.

II

Terminado que hube los negocios que tenía en la capital de la República, regresé á mi terruño sin que en muchos años supiese nada de los Juanes, pero no había olvidado la fisonomía moral de ellos, que, en cuanto á la física, era para mí una misma.

Las circunstancias lleváronme de nuevo á México, pero los vecinos del barrio donde conocí á los Juanes, se habían completamente olvidado de los gemelos, y la popular novelería que tanto habló de ellos, deshacíase hoy en elogios de Don

Juan Sarmiento, viudo, rico y caritativo, cuyas virtudes exageraba la voz pública. Quise conocerle y me presentaron con él. En el acto conocí á uno de los Juanes, sin duda que era el Juan bueno, pues aún me pareció que sus ojos tenían más exquisita dulzura y un aire de bondad bañaba todo su rostro.

Llegamos á ser íntimos amigos. Me encantaba la amena é instructiva conversación del Juan bueno, y aprovechábame de las lecciones de su experiencia. No habíamos hablado nunca de su hermano el Juan malo. Supúseme que la desarreglada vida trájole prematura muerte, y por no herir fraternales afectos, jamás pregunté por él; pero un día que en la conversación dijo mi amigo que él había sido el único varón en su familia, interrumpíle sin reflexionar y díjele asombrado:

—Si yo conocí al hermano de usted, al Juan malo como le llamaban aquí.

Miróme de hito en hito, después sonrióse con amarga sonrisa y me suplicó le refiriera cuanto supiese de aquellos gemelos.

Todo le referí con fidelidad y me escuchaba con suma atención. Cuando concluí, las lágrimas en raudal brotaban de los ojos del Juan bueno.

—Aquellos Juanes,—me dijo—eran uno

solo. Yo. En nosotros existe el hombre bueno y el hombre malo, el hijo de la gracia y el esclavo de la culpa: si en la continua y tremenda lucha triunfa aquélla, allí tiene usted al hombre bueno, si las pasiones salen victoriosas, yérguese el hombre malo en toda su espantosa deformidad. Los gemelos que usted conoció, existieron de verdad en mí mismo, pero el Juan malo murió ya por divina misericordia, y sólo queda el otro Juan para cantar la gloria de Dios. Echemos una escudriñadora mirada dentro de nosotros mismos, y encontraremos siempre á los gemelos; mas con buena voluntad, perseverancia y gracia, venceremos al malo para que el bueno pueda libremente volar hacia Dios, nuestro principio y único fin.



LA PASION DOMINANTE

I

Don Bernardino Santoyo y Viramontes, hijo de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas, como se la llamó en tiempo de nuestros antepasados, ó de la Barranca, como la llaman los barreteros de hoy, nació pobre, muy pobre, y murió en la opulencia. Debió á su laboriosidad su fortuna, decían éstos; debióla al agio, decían aquéllos; y cuando del rico finado se hablaba, oíanse elogios por una parte y censuras por otra.

Fué Don Bernardino hombre serio y al perecer juicioso, trabajador, económico hasta la tacañería, rezador como pocos, y creyente, sin vacilaciones ni distingos, de cuantas verdades la Religión enseña; pero la codicia, que era la pa-

sión dominante del señor Santoyo y Viramontes, era también el roedor gusano de las buenas cualidades de aquél. Desde joven aficionóse á la usura, en la que vió fácil y rápido medio de enriquecerse, y aunque no cobraba un rédito exagerado, ordinariamente pasaba del límite que señalan los moralistas.

En el hogar sufrieron él y los suyos todas las privaciones de la pobreza, y el constante dolor de que podrían librarse de ellas si la férrea voluntad del avaro fuese capaz de ceder á la razón y á los ruegos. Mas no era Don Bernardino hombre que cediese ni ante la conyugal ternura, ni ante el cariño de sus hijos; los esplendores del oro tenían para él inefable atractivo y goces supremos.

Huía de todo espectáculo, no por virtud, sino por avaricia. El deseo de acumular riquezas era insaciable, mas ¡oh miseria humana! daba por razón de su alejamiento de toda clase de diversiones, la inmoralidad de la mayor parte de éstas y llegó á vanagloriarse de una privación que no le causaba molestia ni esfuerzo alguno. Y creo que no peco de exagerado si afirmo que el bueno de D. Bernardino llegó á creer que aquella abstención se la premiaría Dios nada menos que con la gloria eterna.

De vez en cuando la conciencia, que dice siempre la verdad, á despecho de todas las ilusiones y de todas las hipocresías, murmuraba algunas palabras al oído del señor Santoyo, pero hacíase el sordo. Aquella subía la voz, y por último, gritaba causando á Don Bernardino horas amargas y noches de insomnio.

En esos días murió un comerciante deudor del ya acaudalado prestamista, y, ora fuese que los negocios del muerto no caminasen bien, ora que los albaceas los hiciesen caminar mal, fué el caso que la atribulada viuda no pudo pagar algunos miles de duros que debía su finado esposo, y Don Bernardino, en unos cuantos meses, mediante el respectivo juicio, se adjudicó á bajo precio mercancías, fincas, muebles de lujo y cuanto quedaba del caudal del difunto. Y es fama que todo lo realizó á mayor precio del fijado para la almoneda sin que la necesitada viuda recibiese ni un solo peso del sobrante. Las hijas de Don Bernardino forjáronse la ilusión de que iban á poseer roperos de biseladas lunas, sillas de felpa y mesas de mármol; pero aquellos muebles, sólo unos días adornaron la escueta sala y las pobres alcobas del hogar, pues al punto que un acts pcorredor realizaba los objetos, llevábaselos por don-

de entraron con gran tristeza de la familia Santoyo.

II

Una noche presentóse la viudad del comerciante á pedir una caridad á Don Bernardino.

—¡Pobrecita! exclamó éste, y dirigiéndose á la mayor de sus hijas agregó: dile que pase á cenar.

Entre las cucharadas de frijoles y los tragos de atole, pues nada más cenó la hambrienta viuda, relató con vivísimos colores sus hondos sufrimientos y la miseria en que vivía.

Don Bernardino parecía enternecido, y al despedirse de él la viuda, díjole con solemnidad:

—Tome usted, señora, este socorro, y puso un duro en la diestra mano de la cuitada.

La viuda, que sabía bien cuánto había ganado el agiotista con los bienes del muerto, lloró, no de gratitud, sino de cólera, pero nada dijo, porque la miseria es tan débil como la impotencia.

No obstante aquella humillación, la necesidad condujo otra vez á la viuda á la casa de Don Bernardino, cenó la misma humilde cena, [illegible] no recibió en dinero

ni un solo centavo. La última vez que llamó á la puerta del opulento D. Bernardino, ya no hubo para ella ni siquiera el miserable bocado de otros días. Levantó los ojos al cielo quejándose, pero sin pedir venganza, y poco tiempo después murió en el hospital. Don Bernardino contribuyó para el ataúd con cincuenta centavos, y gastó, además, un peso de una misa que mandó se aplicara por el alma de la finada.

La conciencia seguía gritando á Don Bernardino, y la misericordia del remordimiento taladrando aquel duro corazón.

El señor Santoyo resolvióse á ocurrir al tribunal de la penitencia, no sé si en busca de tranquilidad ó de perdón, pues no he podido averiguar si el anhelo de aquélla ó el de éste, ó ambos, condujéronle al fin á los pies de un docto confesor.

Tampoco sé á punto fijo si el prestamista conocía todas las consecuencias de sus pecados de avaricia. pero tengo para mí que ni siquiera las sospechaba.

Sea de ello lo que fuere, es el caso que el señor Santoyo hizo algunas medianas limosnas, y en lo sucesivo sólo prestó con el interés del seis por ciento anual, sometiéndose á las canónicas disposicio-

nes, no sin hacerse gran violencia, y aun juzgándolas tiránicas; mas respetólas á fuer de creyente y piadoso.

La pasión dominante no es de las que fácilmente se doman; agazápase para erguirse luego, y cuenta con nuestra debilidad para seducirnos y sojuzgarnos. Don Bernardino no cobraba ya más del seis por ciento anual en los préstamos, pero dábase maña para alimentar su codicia y exigía los réditos anticipados, honorarios como corredor, pues aun cuando no lo era, decía: los solicitantes, si de corredor se hubieran valido, tendrían que pagar tales honorarios, y además, y esta era la mayor ganancia del agiotista, aprovechaba la situación de los necesitados para vender caro.

—Señor D. Bernardino, díjole cierta ocasión un apurado comerciante, présteme usted dos mil pesos que sobremanera me urgen. Tengo piloncillo que realizaré en seis meses; el dinero de usted está seguro.

—No tengo más de mil quinientos; pero mire usted, quiero vender una finca que vale quinientos pesos, con ella le completo los dos mil.

Después de algunas conferencias y de inútiles gestiones del comerciante por conseguir dinero, hubo de resolverse, por

suma necesidad, á aceptar la proposición del prestamista, y comprar en quinientos pesos una casa que no necesitaba y que no valía ni la mitad del precio en que le obligaban á comprarla.

Y Don Bernardino, satisfecho de no traspasar los límites fijados por los moralistas, jactábase de la fuerza de voluntad que tenía para contenerse dentro del tolerado seis por ciento anual, y de su habilidad como vendedor, y el caudal del avaro crecía, crecía sin cesar como río que recibe constantemente los aludes desprendidos de los montes.

Así vivió y murió el señor Santoyo y Viramontes: la avaricia fué para él economía, viveza las trapacerías, prudencia la desconfianza y cumplimiento del deber las engañosas sugestiones de la pasión dominante.

Cuando murió hubo piadoso bonachón que al ver la devota cara de aquel hombre que no había tenido vicios, clamara compungido:

—¡Ha muerto un hombre de bien!

Frase que repitieron aún muchos que no eran bonachones.

Mas no faltaron quienes perdonando agravios, implorasen la divina clemencia para el muerto, diciendo:

—¡Perdónalo, Dios mío:



MAÑANA

I

Era Juan un hombre de bien, á lo menos lo aseguraban cuantos le conocían, A las ocho de la mañana asistía á las oficinas del Gobierno, donde desempeñaba alternativamente distintos empleos, según las cesantías, pues Juan había nacido (así lo decía él con amarga tristeza) para suplir las faltas de todos. A la una á comer. En casa le esperaban, siempre afables, una bella esposa y una encantadora hija, que quince minutos antes de la hora, corría de la puerta á la ventana, y de ésta á la puerta para salir al encuentro de papá apenas le divisaba. Frecuentemente las lágrimas del buen padre caldearon sus mejillas al sentir un tronado beso de su hijita, que más de una vez dejó sobre el

retorcido bigote de Juan, la miel de oloroso caramelo. Por la noche, temprano á casa, á saborear las delicias del hogar en



grata conversación, ó á leer periódicos de toda clase de ideas, pues Juan opinaba que el hombre debía saber de todo. Su esposa Luisa le reprendía, ora con dul-

zura, ora con energía, pero siempre en vano.

—Desde que te juntas con los herejes, le decía, refiriéndose á los furiosos sectarios que no faltan en los puestos públicos, lees periódicos malos y pecas, Juan, pecas indudablemente. El cura dice, y bien sabido lo tiene, que esos malditos papeles envenenan el alma, y es tan cierto, que desde que te casaste, no te has vuelto á confesar. Pascuas van y pascuas vienen, y tú en tus trece.

—Mañana, hija, mañana. Tal era siempre la contestación de Juan, que enemigo de domésticas disputas, á nada contradecía; pero los nocivos periódicos siempre sobre el escritorio ó colgados de ganchos de alambre en la pared del cuarto.

Fuera de estas nubecillas ningunas otras entoldaban el cielo de aquel hogar. El sueldo de Juan cubría modestamente las necesidades de la familia, y si no había holgura, tampoco escasez.

—¡Qué pareja tan feliz, qué niña tan hermosa!, decían los vecinos al ver los domingos temprano á Luisa del brazo de Juan y delante de ellos á la graciosa Maruja con su librito y rosario en la mano, todos en traje dominguero, dirigirse á la iglesia parroquial para asistir á misa.

El hombre honrado llamaban á Juan

algunas esposas al verle llegar todos los días á la casa á la oración de la noche. Aquel marido no reñía á su esposa, trabajaba, no tenía vicios, iba á misa los domingos y días de fiesta religiosa y amaba á su Maruja con toda el alma. ¿Qué más podía desearse?

Si hubiera estado al arbitrio de algunas pobres mujeres del barrio, que con los rostros pegados á los hierros de las ventanas oían cantar el gallo más veces que San Pedro, sin que el ausente esposo se condoliera de ellas, canonizarían á aquel honrado vecino.

En cierta ocasión (era un cinco de Febrero), que los amigos y conocidos de la familia de Juan le vieron muy erguido y peripuesto, desfilar en la procesión cívica, empuñando el estandarte de una asociación mutualista, algunas devotas murmuraron entre dientes, y una de ellas aun se santiguó al ver en los bordados del estandarte signos que á ella le parecieron masónicos; pero las contuvo la terminante declaración de la más desvelada de aquellas mujeres, que afirmó, hasta con juramento, que Juan era un santo, mientras al esposo de la declarante, si no se corregía, llevaríanselo todos los diablos. Aun Luisa al ver ese día á su caro Juan, frunció el ceño, pero perdonóle aquel pe-

cado (el de portar el estandarte con escuadra y compás) en gracia del donaire con que lo llevaba. No contribuyó poco á la indulgencia de la esposa, la rubia Maruja, que aplaudía á papá con todas sus fuerzas clamando: ¡qué bonito está papá!

De tarde en tarde el señor cura visitaba la casa de Juan, quien le recibía siempre con afabilidad. Tolerábale alguna que otra chanzoneta que el sagaz párroco le dirigía para sondear su corazón. Las miradas de Luisa y del sacerdote encontrábanse frecuentemente. Un buen observador hubiera descubierto entre ellos secreta alianza; sin duda conspiraban para vencer la apatía de Juan en arreglar su conciencia. Cuando el cura, con finísima discreción y diplomacia llegaba al punto deseado, estrellábase su apostólico celo ante la fría respuesta de Juan:

—Mañana, padre, mañana; pero ese mañana no llegaba nunca.

Juan no era impío. Creía, según repetidas veces había dicho al señor cura, todos los dogmas de la Iglesia Católica. Nunca faltaba su donativo para el monumento del Jueves Santo, y alguno que otro domingo, dejaba caer casi á hurtadillas, un vigésimo en el plato del monaguillo que colectaba la limosna.

¿Cómo estaba la conciencia de Juan? Su esposa le vió una vez estremecerse al abrir un vetusto libro del P. Parra: "Luz de verdades católicas," que encontraba en el escritorio, en el buró, en la mesa del comedor, en las sillas de la sala, en todas partes. No parecía sino que aquel tremendo libro habíase convertido en la sombra de Juan, y, ¡extraña coincidencia! abríale siempre en la misma página, y aunque quitara la señal en ella puesta, en la próxima ocasión volvía á encontrarla donde mismo, y leía á su pesar, aquellas terribles palabras de la Sagrada Escritura: "Me buscaréis y no me hallaréis y moriréis en vuestro pecado."

II

¿Por qué se estremecía Juan? El no era reo de ninguno de esos grandes crímenes que roen terriblemente y sin cesar la conciencia. Era honrado á carta cabal, de esos hombres de bien que abundan en este miserable mundo; basta que no hagan nada pública y notablemente malo para que sean tenidos poco menos que por santos, aunque dejen á Dios el último lugar. Tal era Juan. ¿Robar? ¡Imposible! ¿Dónde iría á dar su bien sentada fama? Uno que otro peso de más en las cuen-

tas por supuesto gasto ó por estudiada equivocación, siempre que la nómina estuviese bien aritméticamente, no valía la pena de tomarse en consideración ni de que remordiese la conciencia. Eran esas faltas, según Juan, "pecata minuta," con una poca de agua bendita quedaban perdonadas.

Tampoco valían la pena las maliciosas sonrisas del empleado público cuando sus colegas, entre cínicas obscenidades, destrozaban la honra de respetables personas. Qué tiene de particular una sonrisa, decíase Juan; y si la conciencia gritaba, él respondía encogiéndose de hombros: Vaya, eso lo dicen todos.

Verdad es que varias veces, por ausencia de su superior había firmado injustas órdenes de aprehensión emanadas del espíritu sectario, pero eso eran exigencias del puesto que interinamente ocupaba, y de ninguna manera cosa de Juan, que era tan católico como Ripalda. Allá se las hayan ellos, decía, cuando la conciencia le citaba á juicio; y ese ellos se refería á los empingorotados directores de la política.

Tiempo hacía ya que Juan, con maña, había dado á entender á su superior que los servicios por él prestados en distintos é importantes empleos, hacíanle merecedor de obtener en propiedad uno bueno.

El prócer no recibió mal la solicitud del pretendiente y aun le dió una palmadita en el hombro, llamándole Juanillo. Aquella palmadita súpole á gloria: era una esperanza, quizás un porvenir.

Pasados algunos días, el encopetado prócer ofreció á Juan un cigarrillo y conversó con él familiarmente. El asunto marchaba á pedir de boca y Juan juzgó que no sólo obtendría en propiedad el anhelado empleo, sino que sería éste de los mejores. Al despedirse con la mayor cortesía posible, su amo puso en las manos de Juan un folleto.

—Lea usted, le dijo. Es el catecismo de una Sociedad de beneficencia; los que á ella pertenecemos, nos ayudamos siempre, y yo quiero que usted pertenezca á tan benemérita Asociación.

Cogió Juan, trémulo por la emoción, aquel cuadernillo y, turbado, repuso:

—Gracias.

En la noche no pudo conciliar el sueño, pero se guardó bien de decir á su esposa lo que le había pasado. La exaltada imaginación del empleado veía escuadras, compaces, mandiles, y de vez en cuando, aparecía de súbito ante sus ojos el templo donde había hecho su primera comunión. Veía aquel limpio altar blanco y oro sobre el que se elevaba ensangrentado y

con los brazos abiertos, el Santo Crucifijo, y Juan temblaba medroso. Parecíale aspirar el suave perfume que embriagó su alma el memorable día en que dió albergue dentro del pecho á Dios oculto bajo las sacramentales especies. Veía el zaguán de la casa paterna regado de flores, y esplender en el semblante de sus padres la alegría de los ángeles. Maquinalmente púsose de hinojos, como para recibir la paternal bendición. Imaginóse que de los labios del anciano que había salvado ya la frontera del tiempo y llegado al océano sin lindes de la eternidad, salían estas palabras:

—Reconcíliate con Dios.

Y Juan, fatigado, nervioso, clamaba:

—Mañana, padre, mañana.

La luz de la aurora disipó los fantasmas de la noche, y Juan recobró la tranquilidad. Cuando después venía á su memoria el recuerdo de aquella noche, proponíase confesarse, pero no cumplía su propósito.

Pasados algunos días, preguntóle su superior si había leído el catecismo masónico.

—Sí, señor, contestó Juan.

—¿Seréis de los nuestros?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Con esta misma contestación iba aplazando su ingreso á la masonería, y entretanto, no sólo no mejoraba de empleo, sino que presentía que iba á perder el que interinamente desempeñaba.

El primer obstáculo que se presentó ante Juan para afiliarse en la secta masónica, fué su religión, pues Juan era, en efecto, católico, y repugnábale una secta condenada por la Iglesia; pero poco á poco fué disipándose aquel escrúpulo en la atmósfera que le rodeaba y con la esperanza del medio. Dios sabe, decíase, que si accedo á las instancias de mi superior, no es por ofender á su Divina Majestad, sino por mi familia. Soy padre, tengo esposa é hija, por otra parte, no creo nada de esas ridiculeces de que circunstanciadamente nos habla Taxil.

El segundo obstáculo era la esposa de Juan, su amable Luisa, tan buena y piadosa, que no había cometido más delito que amar demasiado á su esposo. Va á extrañarme, pensaba, las noches que tenga que asistir á las tenidas, y entre ella y el cura averiguarán la verdad en un santiamén, estoy seguro. ¡Si leen en mi pensamiento y nada puedo hacer sin que lo sepan! Animábale, sin embargo, la esperanza de que con bien estudiados pretextos, asis-

tiría muy pocas veces á las tenidas, y con estos pensamientos pasó varias semanas.

La mirada del amor suele ser más penetrante que la del genio. Luisa adivinó hasta en el más ligero pormenor la lucha que sostenía Juan, participóselo al cura y una noche emprendieron contra aquél formal campaña.

—Prefiero la miseria, Juan, antes que tu apostasía, clamaba la esposa con indecible aflicción. Trabajaré mucho, mucho, y Dios bendecirá mi trabajo. El pan más duro será ablandado por mis lágrimas; los besos de tu hija y el afecto de tu esposa llevarán á tu corazón más gozo y consuelos más puros que todas las riquezas de la tierra.

Juan lloró como un niño y juró por todos los santos del cielo que al día siguiente, muy de mañana, se confesaría lo mejor que pudiera y que al cumplir la quincena renunciaría su empleo.

El experto cura le instó para que la confesión se verificase inmediatamente, y quizás hubiera conseguido vencer la obstinación de Juan, pero fué llamado con urgencia por uno de sus feligreses que estaba en artículo de muerte y quería recibir los auxilios espirituales. Despidióse de Juan, prometiendo volver esa misma noche.

El señor cura no volvió y los esposos, terminado que hubieron la cena, retiráronse á sus habitaciones, ambos pensativos. Ninguno pudo conciliar el sueño. Juan estaba impresionado; Luisa, á pesar de la formal promesa de su esposo, hallábase medrosa, presentía algo horroroso. Hasta la inocente Maruja dormida sollozaba y se estremecía junto al regazo de su madre.

A la madrugada Juan quedóse dormido, y fué necesario despertarle porque se aproximaba la hora de entrar á la oficina. Pálido y ojeroso se levantó, vistióse aceleradamente, contra su costumbre arregló su "toilette" en un minuto, mal se desayunó y despidióse cariñosamente de su esposa, reiterando su promesa del día anterior.

Luisa quedóse muy inquieta: el señor cura no había vuelto, y apenas salió Juan, envió al curato urgente recado al señor cura.

¡Con cuánta impaciencia esperó la vuelta del criado! Mas ¿cuál sería su aflicción al saber que el virtuoso sacerdote había amanecido enfermo y por prescripción del médico no saldría de casa?

Este incidente hizo que Juan, no obstante los ruegos de Luisa, difiriera el arreglo de su conciencia hasta que se res-

tableciese el señor cura. Pasaron muchos días, la salud del sacerdote mejoraba paulatinamente y el tiempo iba borrando del corazón de Juan las pasadas impresiones, hasta disiparse la tristeza que por algunos días sombreó su frente.

III

Terminó la quincena y Juan no renunció su empleo; era preciso esperar á conseguir un destino cualquiera, y el señor cura habíase comprometido, bajo palabra de honor, á colocar á Juan, y ya se sabía que aquel santo anciano era esclavo de su palabra. Luisa condescendió, aunque con repugnancia, á que su marido siguiera en su empleo por otra quincena.

Un día, apenas llegó Juan á la oficina, le habló el superior, puso en las manos de aquél el nombramiento que le colocaba en lucrativo puesto; sólo faltaba la firma. Juan se deshizo en frases de agradecimiento hacia su bienhechor; mas éste, por única respuesta le dijo:

—No hay ya entre nosotros ni superior ni inferior; hoy mismo seremos hermanos. Propuse á usted para socio de la logia "Inmortal," y hoy mismo será la recepción de usted. Hoy comeremos juntos, en-

víe un recado á su casa para que no le esperen.

Juan inclinó la cabeza é iba á salir, cuando le detuvo su interlocutor.

—Espere usted, le dijo, aun no firmo; y en presencia de Juan firmó, rubricó y selló el documento que el empleado, atónito, tenía aún en la mano.

Entretanto, la graciosa Maruja, pegada á los hierros de la ventana de su casa, se impacientaba de la tardanza de su papá, y Luisa, con mucha inquietud, daba constantemente vueltas á la puerta de la calle. Un mozo detúvose ante ella, saludóla y le dijo:

—De parte del señor don Juan aviso á usted que no le esperen á comer, pues un negocio muy urgente le impide venir.

—¡Que no viene Juan! ¿Dónde está Juan? Y la pobre Luisa abrumó al criado á preguntas, sin poder averiguar nada.

—¿No viene papasito? exclamó Maruja, asiéndose á dos manos de la falda de Luisa.

—No, hijita; pero vamos á traerle; y esposa é hija salieron de la casa.

Luisa comprendió dónde se hallaba Juan y sin vacilar, dirigióse á la casa de su superior en la oficina, pero supo que ni éste ni aquél habían ido en todo el día. Triste, cansada, con su hija en brazos y

sin haber probado alimento, regresó á su casa á la oración de la noche, después de haber buscado á su esposo por todas partes.

Era la media noche cuando llamaron á la puerta de la calle; Luisa se estremeció, oyó que abrieron y penetraron hasta el fondo de su corazón las voces de gente que acompañaba á Juan. Oía frases de congratulación. Desvistióse aceleradamente, metióse en la cama y fingió dormir.

Nada le diré hoy, pensó; pero mañana saldremos de aquí para no volver jamás.

Sintió á Juan acostarse, oyóle despedir al mozo diciéndole que no cenaba; que había comido ese día mucho más de lo que acostumbraba, y pasado un rato, parecióle que dormía y aun creyó que soñando le decía Juan: mañana, Luisa, mañana.

La fatiga, la desvelada, rindieron á Luisa y quedóse profundamente dormida.

Entraba ya de lleno el sol en la alcoba de la afligida esposa, cuando pálido aun y con las huellas de reciente enfermedad, llegó á la casa el señor cura.

—Ave María, dijo, ¿dónde está esa gente? Mi primera visita es para ustedes.

—Allá voy, allá voy, contestó Luisa, que despertó á la voz del sacerdote. Este

en pie, junto al escritorio, abrió el libro del P. Parra, y encontróse con aquellas tremendas palabras: "Me buscaréis y no



me hallaréis y moriréis en vuestro pecado."

De repente oyó en el cuarto de Juan un grito de dolor, abre de un golpe la puerta,

se precipita dentro y Luisa tras él. Esta, al ver á su esposo, cae por tierra presa de indecible angustia. Juan, frío, rígido, amoratado, con la mitad del cuerpo fuera del lecho, había dejado de existir.

Maruja soñaba á su papá como le había visto aquel 5 de Febrero, y murmuraba semidormida: ¡Qué bonito está papá!

El ministro de Dios quedó como petrificado, mudo por el dolor y la sorpresa, y cuando volvió en sí, dos raudales de lágrimas brotaron de sus ojos y maquinalmente repitió aquellas terribles palabras: "Me buscaréis y no me hallaréis y moriréis en vuestro pecado."



LA CASA DE LOS ESPANTOS

I

Muchos años ha, según refiere una tradición, había en cierta calle céntrica de México un caserón, cómodo, de antigua arquitectura y que producía á su dueño pingües rentas. El vecindario dió y tomó en que en aquella casa había espantos, y en breve fué desocupada. Los pocos solicitantes, al saber que espantaban, devolvían las llaves á toda prisa. El propietario que, como el noventa y nueve y tres cuartos por ciento de los descendientes de Adán, amaba el dinero con entusiasta cariño, entristecióse sobremanera por la disminución de sus rentas.

Bajó el precio del alquiler, puso llamativos anuncios en los balcones y mandó publicarlos en los periódicos de más cir-

culación; pero todo inútilmente, pues México entero señalaba ya con el dedo la casa de los espantos, y no pocos sentían calosfrío al pasar frente á ella, y apresuraban el paso temerosos de que un duende sacase la garra por las rendijas de las ventanas y les hiciese algún desaguisado.

Don Sóstenes Berúmen, propietario de la casa, esforzóse por venderla, aunque rebajase parte de su justo precio pero no hubo quien por ella ofreciese ni siquiera mezquina cantidad, á pesar de las gestiones de activísimos corredores.

Un día presentóse en la casa de Berúmen doña Brígida Palafox, viuda, heredera de un exiguo capital que en timbres, abogados, impuestos, se desvaneció como humo, dejándole aun el cisco de algunas deudas. Acompañaba á la viuda su hija Natalia, joven de negros ojos, más matadores que los triunfos en los juegos de naipes; de burlona sonrisa, capaz de dar grima á los duendes, y majestuoso continente que revelaba ilustre prosapia. Esta niña, pensó don Sóstenes, nació para mandar: en un convento sería la abadesa; en un colegio la directora; en un batallón de amazonas la coronela.

—¿En qué puedo servir á ustedes? di-

jo después de responder al cortés saludo que le dirigían.

Las mujeres viéronse con una mirada de inteligencia; habíanles asegurado que aquel viejo tacaño y marrullero era un ogro, y la dulzura de su voz, la humildad de sus palabras y la afable expresión del rostro desmentían la pública fama.

¡Calumniadores! dijo para sí doña Brígida; pero no reflexionó que iba acompañada de su hija, y que ésta tenía en la faz dos centellas capaces de imponerse al histerismo personificado.

—Venimos, dijo la viuda, á solicitar de usted una vivienda pequeña y no muy distante del centro, donde podamos habitar mi hija y yo. Vivimos de nuestro trabajo y no podemos pagar subido alquiler; pero nos esforzaremos en ser puntuales en el pago.

Una idea pasó entoces por la mente del propietario, y acogiéndola con fruición, repuso después de algunos momentos:

—Con buena voluntad voy á ayudar á ustedes en su pobreza. Vivirán en magnífica y céntrica finca, sin pagarme nada de renta. Eligen las piezas que gusten, y si arriendan las demás, pagaré á ustedes los honorarios de recaudación; y ofrecióles la casa de los espantos.

Las solicitantes pronunciaron vehementes frases de gratitud y cogieron emocionadas las llaves, que les entregó don Sóstenes.

Al despedirse, Natalia, sin dejar su burlona sonrisa, dijo al propietario:

—Nos han asegurado que en esa casa "espantan;" pero nosotros no tenemos miedo á los espantos.

—Bien, muy bien, contestó don Sóstenes satisfecho.

II

Allí están ya madre é hija instaladas en la casa; sólo ocupan dos piezas: la sala y la recámara á ella contigua. La primera noche recogiéronse muy temprano, pues traginaron todo el día, acomodando sus escasos muebles.

Estaban ya arrebujadas en sus respectivos lechos, cuando parecióles que la puerta de la sala, que daba á un amplio corredor, se abría de par en par. En aquel momento dió el reloj de la Catedral las ocho de la noche. Pusieron atento oído y claramente percibieron pasos de alguien que iba y venía del uno al otro extremo de la sala, que estaba á obscuras. Doña Brígida se alarmó mucho, pero calmóla Natalia.

—Duérmete, mamá, le dijo, son los duendes. No nos hemos de levantar por ellos. Mañana, si vuelven, tendremos el honor de recibirlos.

Pasado un rato, oyeron que los pasos resonaban en la escalera y el eco de ellos repercutía en las desiertas piezas. Después, el profundo silencio de la noche, y la anciana y la joven durmiéronse tranquilamente.

A la siguiente noche, Natalia dijo á su madre:

—Me parece, mamá, que el espanto ó alma en pena que vino anoche, volverá hoy á la misma hora. Creo que conviene hacernos de la vista gorda, salvo el caso de que nos dirija la palabra. No tengo miedo; por el contrario, satisfaría mi curiosidad conociendo á un espanto.

Madre é hija cosían, y en una mesa cerca de ellas colocada, ardía una lámpara que escasamente alumbraba el vasto salón.

A las ocho de la noche en punto abrióse como la víspera la puerta de la sala, y aunque Brígida y Natalia nada vieron, oían perfectamente los pasos que hacia ellas se encaminaban y que se detuvieron cerca de la luz; percibieron la voz de alguien que rezaba en latín.

Doña Brígida sudaba frío, Natalia es-

taba hondamente emocionada. El rezo duró como una hora y el invisible rezador, concluído que hubo, fuese por donde se había ido la noche anterior.

La siguiente noche, á la misma hora, llegó el devoto dirigiéndose inmediatamente á donde estaba la luz; mas no era ya invisible, las dos mujeres vieron á un hombre alto, cenceño, de faz severa y afligida, y por la sotana que portaba, comprendieron que era sacerdote.

Poco á poco se fueron acostumbrando á la cotidiana nocturna visita, y para trabajar con más tranquilidad, pusieron vela en una mesa colocada en uno de los ángulos de la sala. Hacia ella encaminóse en lo sucesivo el sacerdote, la visita del cual llegó con el tiempo á no impresionar en lo más mínimo á las moradoras de la casa.

Transcurridos algunos meses, el nocturno visitante, al concluir su rezo, cortó la primera hoja en blanco de su breviario, trazó algunas líneas sobre ella, dejóla sobre la mesa, y extendiendo el brazo señaló á sus buenas amigas con el índice de la diestra mano, el papel que dejaba escrito y desapareció para no volver jamás.

Natalia fué la primera en acercarse á él, leyó para sí y luego en voz alta:

"Señor Don Sóstenes Berúmen.

Presente.

Estimado hermano:

Durante mi vida de sacerdote omití algunas veces y otras recé mal el Oficio Divino. Por misericordia de Dios fuí condenado á llenar las omisiones y á reponer las oraciones mal rezadas, en la misma casa en que viví, con la condición de que estuviese habitada. Doña Brígida Palafox y su hija fueron las únicas que me facilitaron el cumplimiento de esta pena. A ellas debo salir del Purgatorio.

Te ruego que, por la memoria de nuestro padre, les hagas donación de la casa que habitan, pues hállanse en suma necesidad."

III

A la hora de despacho estaban Doña Brígida y su hija en la casa del rico propietario, á quien, después de saludar, entregaron la misiva de ultratumba.

¡Oh Dios, y qué aspavientos hizo el señor Berúmen! Frunció el ceño, levantó iracundo la voz, apostrofó á sus prote-

gidas. Había aparecido ya el ogro de que hablaba la pública fama.

—¡Han falsificado ustedes la letra y firma de mi difunto hermano! clamaba colérico. ¡Supercheria y nada más que superchería!

Y entre denuestos arrojólas de su presencia, previniéndoles que en ese mismo día desocuparan la casa.

Y no paró allí el enojo del señor Berúmen, sino que presentó formal querella ante el Juzgado de lo Criminal, y cuando la viuda y su hija liaban los bártulos para mudarse, el Juez se presentó ante ellas para tomarles su inquisitiva. Oyó la singular historia que de referir acabo, y el togado señor quedóse perplejo.

Parecióle que para sentar el auto cabeza de proceso necesitaba examinar al autor de la firma, pero la humana justicia no traspasa el linde del sepulcro. Anhelaba, por otra parte, obsequiar los deseos del señor Berúmen, de que los impostores fuesen encerrados en la cárcel, pues antaño como ogaño, no falta á querellante rico, Juez benévolo y complaciente.

Decidió, por último examinar al vivo en defecto del muerto; mandó á la señora Palafox y á su hija que subieran

al coche que le había conducido á la casa de los espantos, y Juez, secretario, curial, y las dos pobres mujeres acomodáronse en él como pudieron.

Berúmen estaba en su despacho. Recibió al Juez con aduladora sonrisa y con despecho á las señoras.

—¿Es esta la firma del hermano de usted? dijo con solemnidad el letrado.

—Es igual, enteramente igual, contestó el interpelado, pero no puede ser de él porque los muertos no firman.

—Firmó delante de nosotras, afirmaron á la vez las procesadas.

—Ni siquiera conocen á mi hermano, ni en su vida le vieron jamás.

Don Sóstenes acercóse al Juez y díjole algunas palabras al oído.

—Magnífica idea, contestó el licenciado; vamos allá.

Y Juez, secretario, curial, acusador y acusadas salieron del despacho, y después de atravesar un gran patio y un corredor, entraron á una extensa galería con multitud de retratos colgados en las paredes.

—Aquí tiene usted, señor Juez, los retratos de toda mi familia; abarcan tres ó cuatro generaciones. Díganme las señoras de cuál de ellos es la firma.

Las acusadas empezaron á recorrer las paredes, fijándose atentamente en los magníficos cuadros. De repente, á una voz, señalaron ambas el de un joven elegantemente vestido.

—Este es el que firmó; pero vestía de sacerdote.

Don Sóstenes se puso lívido, abrió cuanto pudo la boca y los ojos, y cuando la primera impresión húbose debilitado, trémulo exclamó:

—Señor Juez, retiro mi querella, lo que estas señoras aseguran es verdad.

—Me alegro, me alegro. El caso jurídico es muy raro y sobremanera morrocotudo. Ni la Novísima Recopilación, ni el Fuero Juzgo, ni las siete Partidas de Don Alfonso el Sabio, ni ninguno de los vetustos infolios que al dedillo conozco, legislan acerca de los duendes. No les dedican á esos misteriosos espíritus ni la más mínima palabra.

IV

Al siguiente día, mediante la respectiva escritura de donación, la señora Palafox y su hija eran dueñas del magnífico caserón, y no tardaron en ser rentadas las viviendas, pues súpose en toda la ciu-

dad la singular historia que de referir acabo. Nadie temió que el espíritu bajase del cielo á visitar gentes tan tontas y casquilucias como las de este mundo, inclusive las que se llaman sabias; pero á la casa se le siguió llamando por mucho tiempo "La casa de los espantos."



¡NO MAS COMEDIAS!

I

Corren los postreros días del año de mil ochocientos y pico y alborotados andan los vecinos de Analco, en la ciudad de Durango. Anúncianse las representaciones de coloquios y pastorelas que, contra la opinión de un docto sacerdote, ha organizado el señor Don Jerónimo, ferviente católico, á beneficio de la iglesia parroquial de San Juan Bautista, pués años van y años vienen sin que se pueda concluír. Fáltanle las dos torres que según el plano debe tener, los altares y el decorado, y los feligreses, tan activos y dadivosos cuando empezó la obra, están hoy indiferentes ó rehacios.

Es necesario arbitrarse recursos, y Don

Jerónimo, honorable feligrés de aquella antigua parroquia, el alma del culto y de las obras materiales, á las que ha consagrado todos sus esfuerzos, formó una compañía para las próximas representaciones. El cantor, los monaguillos, el gandul que estira los fuelles del órgano, el sacristán y algunas beatas, componen la flamante compañía. No hay en ella más persona extraña que el herrero Zenón, alto, de subido color trigueño, narigudo, bocón, de sobresalientes pómulos y ojos chiquirritines y meneadores, que chispean como la fragua, y que va á hacer el papel de diablo en las pastorelas, con gran contentamiento de señora Apolonia, esposa del herrero, que está segura de que Zenón hará un diablo nunca jamás visto.

Háse alquilado un antiguo mesón de gran patio. En el fondo se levanta un tablado para el escenario. El telón tiene fondo azul y cenefa color de rosa y amarilla, y en el centro una cara fenomenal, de enorme boca abierta, en la que el tizne y el bermellón han querido semejar humo y fuego. Es obra del sacristán, que por primera vez cultiva el arte de Apeles por expresa orden del señor Don Jerónimo, á quien todo el barrio ama, respeta y hasta venera.

Pintó, además, una decoración de sala y otra de bosque, que no le van en zaga al telón; pero donde el pintor agotó su ingenio fué en la decoración del infierno. En los bastidores y bambalinas, había sapos, culebras, alacranes y qué sé yo cuántas alimañas y en el telón de fondo, un volcán en erupción alrededor del cual los demonios atormentaban á los réprobos encadenados.

Las piezas preparadas y muy bien ensayadas para la representación, eran: "Adán y Eva," "San Alejo" y la "Venida del Mesías," y como el empresario, á pesar de que le habían dicho: no es bueno el dinero de las fiestas profanas para las obras consagradas á Dios, no dudaba que por el piadoso objeto en que se invertirían las utilidades, aquellas obtendrían varias representaciones, parecióle que eran suficientes para la temporada de invierno, bastante crudo en aquel año.

Para amenizar las veladas preparó también un par de sainetes, y prometíase que harían al público desternillar de risa. Descollaba en estos sainetes, Bonifacio, travieso monaguillo, y Petrita Vázquez, muchacha sandunguera, con más sal que el jamón, según afirmaba Don Jerónimo. Era morena, de vivos almen-

drados ojos, boca grande, de gruesos labios, baja de talle y muy bien formada. He aquí á la primera dama de la compañía.

La madre de Petrita era la característica. La pobre mujer había vivido siempre recluida en su hogar y no sabía de la misa la media, es decir, no tenía ni pizca de conocimiento de las fórmulas sociales. Aunque de pocas pulgas, era buena y sencilla, y en recuerdo de su difunto esposo accedió á las instancias de D. Jerónimo, pues según pregonaba la fama aquél había sido por muchos años el indispensable diablo en todas las pastorelas, y como diablo no tuvo nunca rival. Además, quería llevar su contingente á la buena obra que se preparaba, segura de que su sacrificio al exhibirse en público, le alcanzaría el perdón de sus pecados, la mayor parte de los cuales eran de tontería, es decir, por ésta originados, pues si el ser tonto fuese pecado, míseros de nosotros, estaríamos condenados en vida.

II

La calle que bajando el puente de Analco conduce al templo, está llena de curiosos. Frente al mesón, en altos mecheros,

arden astillas de "ocote" y en el pretil de la azotea, candilejas de aguarrás. Media docena de pitofleros tocan en el zaguán una pieza tras otra, hasta agotar su repertorio, y los muchachos saltan gárrulos y alegres.

Don Jerónimo no pesa una onza: va de aquí para allá y viene de allá para acá; ora dirige un piropo á los músicos ó una palabra de aliento á los actores; ora ordena que los asientos en el patio se coloquen bien; ora da á Petrita una untada de albayalde en la cara y otra de carmín en las mejillas; ora, en fin, ayuda á nuestro padre Adán á embutirse el traje de media más estrecho que los calzoncillos de un avaro.

Los durangueños, inclusive los más empingorotados, hicieron honor á la invitación de Don Jerónimo, y el patio del mesón, alumbrado también con candilejas de aguarrás, está rebosante de concurrentes.

A las ocho en punto suena la campanilla, y los músicos lanzan al aire las notas de sus instrumentos. Después, álzase el telón y preséntase á la vista de los espectadores el paraíso terrestre. En el centro está el malhadado árbol que produjo la fruta que todavía amarga hasta á los que no la comimos, y la maldita

serpiente en él enroscada abre las mandíbulas, y en los largos y agudos dientes sostiene la mortal golosina.

Aquel paraíso no cautiva á los espectadores, no obstante que Don Jerónimo afirma que la perspectiva es encantadora; pero los concurrentes están de guasa y aplauden frenéticamente. Este aplauso desterró la vergüenza de los noveles cómicos, que empezaron á declamar á gritos. Notábase que los actores no hallaban qué hacer con los brazos; indudablemente para hablar necesitaban sólo de la boca, ¿para qué los querían? Tal embarazo desapareció tan luego como en la escena hubo dos ó más personajes, pues todos seguían los ademanes del que hablaba, con gran placer de los oyentes, que entusiasmados palmoteaban.

En la representación de "Adán y Eva ó Nuestros Primeros Padres," no hubo más de dos incidentes dignos de mención. Uno de los monaguillos, que hacía pocos meses había perdido á su padre, fué silbado por algunos muchachos díscolos con motivo de un tremendo "lapsus lingüe," y en la misma escena dijo llorando á uno de sus compañeros:

—Ya lo ves, estos son los resultados de la muerte de mi papá.

El otro hubiera tenido graves conse-

cuencias, á no ser por la oportunidad y rapidez con que cayó el telón. Las cintas del vestido de punto de hilo de nuestro padre Adán estaban detenidas de una flor de papel de china colocada en el centro del estómago. El público vió en esto un adefecio y el más atrevido de los espectadores, ahuecando las manos en los extremos de là boca, gritó:

—¡Que se quite nuestro padre Adán esa flor del ombligo!

Una carcajada sonora y prolongada contestó aquel grito, y poco después varios en coro repetían:

—¡Que se quite nuestro padre Adán esa flor del ombligo!!!

Y nuestro padre Adán, impertérrito, seguía declamando más entusiasmado que nunca; pero acércase á uno de los bastidores, tras del cual estaba Don Jerónimo, y excitado, nervioso. saca la diestra garra, arranca la flor y..... cae el telón.

Las risas de los concurrentes ya no tuvieron límite; los hurras y los bravos sucedíanse sin interrupción. Varios de los concurrentes, golpeando el suelo con los pies y con los bastones, clamaban:

—¡Otro, otro!

Y los pitofleros de "motu propio" to-

caron diana, acto que les valió un anatema de Don Jerónimo.

En el coloquio de "San Alejo" la gente sencilla lloró enternecida con el triste é interesante argumento sacado de la vida del santo; los demás concurrentes divirtiéronse mucho con los tipos cursis. Sólo Petrita arrancó legítimos aplausos, pero su madre llevó un susto terrible. En lo más animado de la representación, quiébrase una de las no muy resistentes tablas del escenario, y la pierna derecha de la característica húndese y desaparece, y sostiénese apenas, hincada en la rodilla de la otra. Don Jerónimo sale corriendo de entre bastidores y da la mano á la actriz para que salga del atolladero. Esta, con mucha calma, da una lengüetada á la palma de los dedos de la diestra mano, y á la vista del público úntase la saliva en la rasgada pantorrilla.

Aquella escena, según la frase de un espectador, valió por toda la pieza y la hilaridad fué interminable.

III

Para asistir á la pastorela hay inmenso alboroto: á las seis de la tarde estaban agotados los boletos y fué necesaria la intervención de la policía para impedir

la entrada á muchos que por fuerza querían penetrar al patio.

Apolonia, desde las cuatro de la tarde ocupó su asiento anhelante de ver á su esposo, el maestro herrero, en el honorífico papel de Satanás Iba bien provista de cacahuates y piloncillo para entretener la impaciencia de la que espera algunas horas.

El maestro herrero tenía un vocejón capaz de causar alferesía á todos los niños del barrio, y como se puso cuernos y cola, estaba hecho un verdadero demonio. El libreto de la pastorela había sido adicionado por Don Jerónimo con parlamentos de otros libretos y escenas de las que más interesantes le parecieron. Era una miscelánea digna de aquella velada.

Al salir Zenón del infierno echando chispas, fué recibido con nutridísimos aplausos. Hablaba con lentitud y acompasadamente, quizás por la costumbre de oír la regularidad de los golpes del martillo. Aquello fué una sorpresa; el herrero superaba sin duda á todos los actores, y aun los más exigentes admitieron que Zenón revelaba grandes aptitudes para el teatro.

Al final de un acto, Lucifer tenía que montar en un caballo volador para ir no sé á qué regiones á hacer sus diablu-

ras. Mas he aquí que el caballo que, sostenido por gruesas reatas, bajó bien del techo, no pudo subir con la misma facilidad, y quedóse suspedido en los aires á la mitad del camino con Zenón en él montado, quien asido á dos brazos del cuello del alado animal, se inclinaba, haciendo horribles muecas, ya hacia adelante, ya hacia atrás, según que las cuerdas movían al caballo, y por último, cayó en medio del foro con todo y la bestia, porque uno de los muchachos soltó la reata y Bonifacio solo no pudo con el peso del diablo y su cabalgadura, y á no soltar la cuerda, hubiera también caído.

La ovación fué inmensa, pero al maestro herrero súpole á cuerno. Apenas cayó el telón, asió por un brazo á San Miguel, que había sido el autor de tamaño desaguisado, y en la feroz contienda, á diferencia de la que hubo en el cielo, quedó victorioso el diablo, cuyos bríos no pudieron domar ni el coro de ángeles formado por los alumnos de la escuela parroquial.

La madre de Petrita, desde las primeras escenas, vió de reojo al maestro Zenón. Hacía un diablo muy aceptable, y esto era en desdoro de la gloria del difunto esposo de la característica.

Apolonia, al ver la terrible caída de

su esposo, atravesó presurosa por entre la concurrencia, subió al escenario y puso como nuevo á Bonifacio, que hacía de San Miguel.

—¡Calle la boca de escorpión! repuso la característica. ¡Como si el marido de usted fuese tan buen diablo! Diablos irán y diablos volverán, pero diablo como mi difunto esposo no ha habido ni habrá otro en todo Durango.

Aquellas palabras fueron chispa eléctrica para Apolonia, y tras de la riña del herrero y el acólito, siguió la de Apolonia y la de la característica, á mordiscos y arañazos, y Don Jerónimo, con toda su energía y oportuna intervención, no podía separar á las contendientes.

Así terminó la temporada de representaciones, y como corolario de éstas, el caballo blanco, es decir, Don Jerónimo, se vió hundido en un maremagnum de censuras y chismes, tanto más dolorosos, cuanto que generalmente venían de los suyos.

La magullada característica acusaba á Don Jerónimo de haber sido el correveidile de Bonifacio, que engatusó á Petrita y meses después pasaban la sabrosa luna de miel en el pueblito de la Fábrica del Tunal. Calumnia que hacía enfermar de cólera á Don Jerónimo, cuyo ca-

rácter era antítesis de su alma, pues era aquél tan malo como ésta buena.

Acordóse entonces de la frase que tantas veces le habían repetido: No es bueno el dinero de las fiestas profanas para las obras consagradas á Dios

—¡Castigo de mis culpas! clamaba arrepentido. ¡Por estas pejigueras de coloquios hánme venido desazones tantas! ¡No más comedias, Jerónimo, no más comedias!

EL REINO DE LAS REINAS

Era un rey, bueno y compasivo cuando quería y cruel y tirano cuanto la gana le daba. Sus vasallos, ricos agricultores en su mayoría, pagaban los impuestos con semoviente, no sé si por carecer de plata acuñada ó por añeja costumbre. Para el rey era lo mismo, y aún mejor, pues el ganado se vendía en pública subasta y producíale más del valor del impuesto.

Las arcas de Su Majestad estaban repletas aquel año; no había intestinas contiendas ni extranjero enemigo que turbar pudiera la paz del reino, motivos por los cuales el monarca volvió misericordioso la vista hacia sus amados súbditos, y dispuso que por esa sola vez no se remataran ni los caballos ni las vacas, sino que se distribuyeran entre las familias pobres del reino, dando una vaca en la casa don-

de mandara la esposa, y un caballo en la que mandara el esposo.

Publicóse la real disposición por solemne bando, al toque de clarín y al redoblar de los tambores, y llevóse minucioso registro de las solicitudes y de la dirección de los solicitantes. Todos, absolutamente todos, pedían caballos, y temióse que el número de éstos, aunque considerable, no bastara para atender las peticiones.

El día previamente fijado salió espléndida comitiva de las reales caballerizas, arreando magníficas reses y caballos, y recorrió la comarca haciendo entrega del donativo de Su Majestad.

Las vacas disminuían rápidamente y los caballos no hallaban salida, pues averiguada cosa fué, que en todos los hogares, que ciertamente no andaban manga por hombro, imperaba la mujer como reina y soberana.

Ya casi al rendir la jornada llegaron los ministros de Su Majestad á la casa de un herrero. No les quedaba ya más de una vaca, la más grande y gorda de todas, la cual, por ser avaros hasta con lo ajeno, deliberadamente no habían querido dar.

—Buenas tardes, maestro herrero—dijo uno de los ministros del rey, saludando al

herrero, que suspendió los martillazos y fijó la vista en su interlocutor.

—Buenas se las dé Dios, señor.

—¿Quién gobierna en esta casa?

—¡Cómo que quién gobierna! ¡Vaya una pregunta! Pues yo, yo mismo, que soy el jefe de la familia.

En esos momentos la esposa del herrero, que trajinaba en el interior de la casa, entró en la fragua atraída por la curiosidad.

—Este señor pregunta—dijo el herrero á su esposa,—que quién manda en esta casa.

—Pues quién ha de mandar—contesta ella,—pues tú y nadie más que tú.

—Su Majestad—dice el ministro,—ordena que elija usted un caballo de los que traigo.

—Dios premie á Su Majestad—responde el herrero,—y quédase contemplando un caballo de grande alzada y soberbia estampa, negro como el hollín de la fragua.

—Elijo ese—dijo, señalando el magnífico caballo negro.

—No, no—replicó la esposa,—es mucho más hermoso aquel blanco. Mi esposo, óigalo usted bien, elige el caballo blanco.

—Está bien—repuso el herrero,—sea

como tú quieres. Elijo el caballo blanco.

—Pues ni el blanco ni el negro—responde el ministro,—sino esta vaca, que es la última que nos queda, porque aquí como en todo el reino, mandan las faldas y no los pantalones.

Dijo, arreó la vaca para que entrase á la fragua y continuó su marcha, dejando boquiabiertos al maestro herrero y á su esposa.

Recobrados un tanto, murmuró el herrero:

—¿Has oído lo que dijo el ministro del rey?

—Sí; es un embustero—repuso la esposa.

—¡Un calumniador!—agregó el maestro, reanudando los interrumpidos martillazos, mientras que su consorte satisfecha con el real donativo, introducía la vaca en el corral.



NACIO PARA OBISPO

I

Once veces había sido expulsado del Seminario Conciliar de Guadalajara, Colina, muchacho travieso como ninguno, que era desde su temprana edad la pesada cruz de su madre, la señora viuda de Colina, quien se veía en su hijo único, y empeñábase con toda su alma en que hiciese carrera literaria, porque, sin que el cariño la cegara, en aquel niño de prodigiosa inventiva para las travesuras, había descubierto buen corazón y clarísimo talento.

Habíasele metido entre ceja y ceja que su hijo sería nada menos que Obispo, y decíalo á todo el mundo con honda convicción.

Muchas veces, debido á los reiterados

ruegos de la anciana, su hijo fué de nuevo admitido en la clase; pero hoy díjole resueltamente el Rector que no habría humano poder que torciera su voluntad; que Colina quedaba definitivamente borrado del número de los seminaristas.

—Nació para Obispo, señor, díjole la viuda llorando.

—Pues quédese la sede vacante, contestó impertérrito su señoría.

La última fechoría del estudiante había sido formar con una almohada y las sábanas de la cama un muñeco y arrojarlo al patio desde los corredores del segundo piso, precisamente cuando pasaba el Rector, quien al ver caer el bulto, no dudando que fuese un alumno del establecimiento, hasta le absolvió "sub conditione" al mirarle tendido á sus pies.

Tocaron á silencio y el Rector subió á toda prisa la escalera para buscar y castigar al culpable, á quien vió dirigirse corriendo á uno de los salones.

Entró y apagó las luces, pero su señoría tuvo tiempo de asirle de un brazo, y antes de que escapársele pudiera, sacó unas tijeras y cortóle un mechón de cabellos cerca de la oreja.

—Mañana arreglaremos cuentas, le dijo; por ahora, á recogerse.

El muchacho, comprendiendo que no

había sido conocido, nada respondió, temeroso de que por la voz le reconocieran, y dirigióse de puntillas á su lecho.

Lo que hacía gravísima la falta, era la circunstancia de encontrarse los seminaristas practicando los ejercicios de San Ignacio, y aunque Colina no pertenecía á los internos, la madre, con mil sacrificios, consiguió la cuota para que su hijo aprovechara aquellos días de santo retiro.

Cerca de la media noche, cuando comprendió el colegial que sus compañeros dormían, levantóse tijeras en mano, y á todos los alumnos cortóles un mechón de cabellos de cerca de la oreja izquierda.

A la mañana siguiente, cuando el celador, mientras los alumnos se vestían, rezaba con éstos las matutinas preces, entró el Rector y cogió del brazo al primer colegial que vió, fijándose en que le faltaba un mechón de cabellos.

No volvía aún de su sorpresa el alumno, cuando el superior fijóse en otro, y luego en otro; á todos les faltaba un mechón de cabellos.

Comprendió que había sido burlado y mordióse el labio inferior. Este no puede ser otro que Colina, se dijo; y en efecto, en pocos minutos se averiguó que era el autor de aquel desaguisado, pues además

de hallarse las tijeras debajo de la almohada del lecho del colegial, dos de los ejercitantes no estaban tan bien dormidos que no sintiesen al nocturno trasquilador y cuidadosamente observaran el lugar á donde se dirigió después de concluida su tarea. Por último, Colina confesó categóricamente, y como llovía ya sobre mojado, llenó la medida y el Rector expulsóle por la undécima vez.

La aflicción de la viuda fué inmensa y en vano agotó sus ruegos

—No quiero más á Colina en el Colegio, fueron las últimas palabras del Rector.

La perseverante viuda no desistió de su propósito y púsose á cavilar, decidida á hacer hasta milagros, para que su hijo volviese al Seminario.

Por verídicos informes averiguó que el señor Rector era íntimo amigo de un rico Canónigo de muchas campanillas y triunfadora influencia, y decidióse á hablarle.

Llorando refirióle sus penas y todas las diabluras de su hijo, que cayeron muy en gracia al señor Canónigo. No descubría en ellas un corazón perverso, sino un carácter audaz y una tendencia hija del conocimiento de la propia aptitud, á discurrir más que sus compañeros.

—Mándeme usted á su hijo, díjole á la viuda; le tendré en mi casa algunos días, y después resolveré á usted si juzgo conveniente que vuelva al Seminario. En tal caso hablaré al Rector.

II

Aseado, aunque pobremente vestido, hablando á gritos por los vivaces ojos y con granjeadora sonrisa, presentóse Colina ante su señoría el Canónigo. Vióle éste de pies á cabeza, y el muchacho se dejó mirar procurando producir la mejor impresión posible.

—Ya sé que eres un diablillo, díjole el Canónigo.

—Sí, señor, repuso el muchacho, aumentando la expresión de su sonrisa.

—Haces sufrir á tu madre.

—La quiero mucho.

—¡Vaya un modo de quererla dándole pesares!

El niño, por única contestación, bajó humildemente los ojos.

—¿Qué, no te gusta estudiar?

—Sí, señor, me gusta mucho. Quiero ser hombre de provecho para mantener á mamá; quiero ser bueno y quiero ser sabio, para servir á Dios y ser útil á todos.

El Canónigo miróle de hito en hito, como escudriñando aquella alma que se salía por los ojos, y algo bueno debió de ver en ella, pues la mirada de su señoría iluminóse con la luz del entusiasmo.

—Entra, niño, díjole acariciándole. Allí tienes tu cuarto. Desde hoy vas á vivir una temporada en casa.

Y Colina, saleroso y alegre, entró á su cuarto después de besar la mano de su señoría.

Poco después fué un sastre y tomóle medida para un vestido de paño de primera.

El ex-seminarista jamás había usado traje de tal clase y el día que lo estrenó sintióse otro; instintivamente se irguió y el semblante del chico, que ara muy observado por el Canónigo, adquirió cierta noble gravedad.

—Usa, díjole su protector, este reloj de oro que aprecio mucho por ser un recuerdo de familia. Quiero que lo conserves.

El niño, llorando de gratitud, dió las gracias al señor Canónigo.

—Ahora, repuso éste, voy á mandar enganchar mi coche, para que á mi nombre lleves unos documentos al señor Secretario del Cabildo, y desempeñes algunas otras comisiones.

Colina se inclinó sumiso. El corazón le palpitaba de gozo. ¿Iba él en el coche de su señoría á desempeñar honrosas comisiones? Su protector le tenía ya por todo un hombre.

Complacidísimo quedó su señoría. El ex-colegial hacía á maravilla cuanto se le encomendaba.

III

Quince días después Colina volvía al Seminario, pues lo que no pudo la viuda con sus ruegos y lágrimas, púdolo el Canónigo á la primera insinuación.

Mas ¡cuánto había cambiado el chico! Iba al Seminario elegantemente vestido, y en el coche de su señoría. Serio, pero sin humos de soberbia, procuraba discretamente apartarse de los compañeros de sus travesuras.

Al ver la posición en que se hallaba y que había deseado y aun presentido, creyó indignas de él las chanzas, las burlas y las fechorías que antaño fueron su delicia. Y he allí al colegial completamente transformado y haciendo en el estudio extraordinarios progresos.

Al fin del año, con unánime aprobación fué designado para el acto público del estatuto. Lo mismo sucedió en los úl-

teriores años, y el once veces expulsado alumno llegó á ser prez y gloria del plantel de donde había sido vergonzosamente arrojado.

La conducta de Colina era intachable, por lo que, cuando manifestó su resolución de abrazar el sacerdocio, fué grande la alegría de sus maestros.

Apenas ordenado diósele empleo en la Secretaría del Arzobispado, y su aptitud y benevolencia granjeáronle la estimación de sus superiores.

Docto y virtuoso ascendió rápidamente, y por último, ocupó la silla episcopal de una de las más importantes diócesis de la República.

Cuando recordaba las peripecias de su carrera y de su vida de colegial, solía decir con los ojos humedecidos por las lágrimas:

La perseverancia de mi madre y la penetración de mi protector, me salvaron de los peligros del mundo. ¡Cuánto importa estudiar y comprender el carácter de los niños!



LA ORACION FILIAL

I.

Está el general Castañas hondamente preocupado. No son los negocios de Gobierno los que atraen con irresistible violencia sus pensamientos, como otras veces, en que graves y trascendentales cuidados le robaban las horas de la noche, de reparador descanso, necesario á las cotidianas fatigas. El Estado que gobierna hállase tranquilo y pacífico: parece haberse apagado para siempre el hervor de las políticas pasiones que le hicieron temible. A la tempestuosa juventud de aquella comarca ha sucedido la seria reflexión de la edad madura. Los pasados desaciertos son hoy motivo de arrepentimiento y provechosa lección de la experiencia. Es verdad que no faltan ve-

teranos de la guardia antigua, como ellos se llaman, que suspiran por las asonadas y motines que antaño fueron para ellos fuente de personales medros y de militares ascensos; ciudadanos que guardan aun en sus corazones el destructor germen de implacable odio contra la Iglesia Católica; pero contentos unos, resignados otros, todos los gobernados únense bajo la bienhechora egida del trabajo.

Con la edad y las decepciones, el general ha modificado su carácter. Fué de los famosos guerrilleros en las intestinas discordias y en tiempo de la Intervención francesa luchó con todas sus fuerzas contra las napoleónicas huestes. Formóse en la revolución, y naturalmente infundióle su espíritu y su ideal. Tuvo fama de cruel y sanguinario y referíanse algunos hechos que lo comprobaban. Sea de ello lo que fuere, en lo que no hay duda es en que Castañas fué exaltado demagogo de los muchos que persiguieron al Catolicismo.

Era el general de no escasa instrucción, bien educado y de fácil y algunas veces elocuente palabra; alto, bien formado y de varonil y simpático rostro y no le faltaron entusiastas admiradores.

Victorioso el partido liberal, desempeñó varios importantes puestos, y por úl-

timo, confiósele el Gobierno de un importante Estado de la República.

La esposa del general, á juzgar por la sólida instrucción religiosa de sus hijas, debió de ser muy piadosa y sincera creyente. Virginia, la hija mayor, era guapa de verdad: una encantadora rubia de quince años, en cuyos grandes azules ojos, sombreados por luengas pestañas, resplandecían con celestiales luces la castidad y la inocencia.

II.

—¿Por qué estás pensativo, papasito?, dijo Virginia entrando al despacho de su padre y endulzando la voz como si se esforzase en expresar de un sólo golpe toda la filial ternura que abrigaba su corazón.

El padre fijó los ojos en aquel ángel, á quien entrañablemente amaba, y guardó silencio.

Virginia acercóse á él, besóle cariñosa la ya marchita frente, y luego con los entreabiertos dedos de la diestra mano acarició los semi-canos rizos de la cabeza del general.

Después, sacando todavía más dulzura del fondo del pecho, murmuró, con inefable gracia:

—¿Te ha disgustado, papasito, que me prepare para mi primera comunión?

Dos lágrimas brotaron de los ojos del viejo soldado y repuso con voz entrecortada por la emoción:

—No, hijita, no; por el contrario, tengo mucho gusto en que hagas tu primera comunión.

Tronó otro beso, y otro, y otro en la frente del general, y la niña cantando salió alegre del despacho de su padre. Este siguióla con la vista, y al verla desaparecer, hundió la cabeza entre las manos y quedóse enfrascado en sus pensamientos.

¿Qué pasaba en el alma del antiguo guerrillero?

Ante su imaginación desfilaban los acontecimientos de su vida, que no habían naufragado en el revuelto mar de los recuerdos. El, sus compañeros, sus amigos, todos, habían sido juguete de las pasiones y el corazón lacerado aún, destilaba hiel. Luego surgía el hogar, plácido, sereno, henchido de luz y perfumado por la virtud, y entre sus ángeles estaba Virginia, cuya voz repercutía aun en lo más recóndito del alma del general.

Gustaba con deleitable fruición la exquisita suavidad del paternal cariño, cuando le interrumpió un ayudante anunciân-

dole la visita de Don Néstor. El gobernador no disimuló su desagrado. En aquel momento anhelaba estar solo; sentía el halago de la meditación que le invitaba á pensar hondo, muy hondo, y la inoportuna visita apartábale de aquel intelectual placer en el que mucho tiempo hacía ávido buscaba algo, no sabía qué, pero era algo en que presentía el descanso de sus fatigas, la solución de sus dudas y el arrepentimiento de sus faltas. La divina gracia desataba su misterioso raudal y calladamente henchía el alma de Castañas, que algo bueno y noble debió de tener siempre, pues le buscaba con solicitud y vertía en el angustiado corazón savia de cielo y anhelos de virtud.

—Díle que pase, contestó mohino al ayudante.

Instantes después presentóse Don Néstor en el despacho del gobernador.

Era un viejo de hundidos, chispeantes ojos, dura fisonomía y grave continente. Médico de gran clientela, había adquirido fama de sabio, especialmente entre los de su partido, que le respetaban mucho. Tiempo hacía que Don Néstor era gran maestre de la logia "Progreso."

El general era también masón, pues la mayor parte de los revolucionarios se afiliaron á la masonería, algunos por odio

sectario; otros, tontos de capirote, que cándidamente creían en la beneficencia de la secta; no pocos, impulsados por el ejemplo ó las instancias de los jefes de alta graduación, y el mayor número por el ansia de medro, porque para los ascensos y los puestos públicos eran, con mengua de la justicia, preferidos siempre los masones.

Caballero Rosa Cruz era Castañas en la logia "Progreso," y en honor de la verdad, nunca tuvo buen concepto de la masonería, así es que él también, pagando tributo á la humana miseria, se afilió á ella con el deliberado propósito de satisfacer sus ambiciones, y aunque desde que era gobernador no asistía á las "tenidas," estaba en buena armonía con los masones, con el fin de no perder partidarios.

Don Néstor iba á invitarle para que asistiese á una próxima interesante reunión, en la que, á instancias del "Gran Oriente" de México, se procuraría infundir entusiasmo á los "obreros" de todos los "talleres" y nuevo vigoroso impulso á los trabajos en pro de la realización de los ideales masónicos.

El general, que siempre fué cortés, recibió á su hermano masón con afabilidad, y ofreció, sin formal compromiso, asistir

á la "tenida," siempre que no se lo impidieran urgentes negocios de Estado.

III.

Está el altar mayor del templo parroquial inundado de luz y el sagrado recinto fragante con el perfume de las flores y del incienso. Selecta y devota concurrencia hincha la nave y cerca de las gradas del Presbiterio hállase Virginia, resplandeciente de belleza y de gracia, coronada de azahares y con traje de inmaculada blancura. Nada ve, nada oye: en dulce deliquio espera la hora bendita en que su Dios la visitará por vez primera. Su fe se acrecienta á cada momento y parécele ver al niño Jesús sonriendo afable en brazos de su Madre, quien se acerca á ella y coloca á su Hijo en los brazos de la amante niña.

¿Quién viene? ¿A quién viene? ¿Para qué viene? Pregúntase con el pensamiento, y la gratitud y el amor hacen latir con violencia el corazón.

Está segura, enteramente segura, de que Dios le concederá ese día cuanto le pida. ¿Qué le pedirá?

En ese momento oye un ahogado suspiro de su padre, que á la diestra se halla, de rodillas, inclinada la frente y los

brazos cruzados, y casi en el mismo instante suena la campanilla y el sacerdote con la Sagrada Hostia en la mano dice:

—"Domine non sum dignus"....

Suena dos veces más y el Ministro de Dios pronuncia otras dos veces las mismas palabras y dirígese con la Forma en la diestra hacia la venturosa niña que anhelante le espera.

Siguen algunos minutos de éxtasis para aquella alma pura: los labios callan, pero habla el corazón, y en su inefable idioma clama al oído del Amado:

—¡Dios mío, mi buen Dios, concédeme la conversión de mi padre!

A la puerta del templo espera el coche del general.

Cuando Virginia acaba de ofrecer la comunión, pónese en pie, los fieles abren paso, y marcha por en medio, acompañada de sus padres.

En no pocos semblantes dibújase el asombro y aun óyense algunos cuchicheos. Es la primera vez que ven al general Castañas en el templo. ¿Quién obró prodigio semejante? ¿Aquél ateo práctico de hinojos ante el Dios de las misericordias?

Al asombro sucedía el santo júbilo de las almas buenas por la ajena dicha. El

general oyó más de una voz que conmovida exclamaba:

—¡Bendito sea Dios!

El ayudante, que esperaba en la puerta del templo, apresuróse á abrir la portezuela del coche. El gobernador dió sucesivamente la mano á su esposa é hija para que subieran; después subió él, sin darse cuenta de que la apiñada multitud le observaba con admiración y de que el médico Néstor, ocultándose entre los concurrentes, clavaba en él los vivaces ojos y en sus labios pintábase una sonrisa entre amarga y amenazadora.

IV.

El zaguán de la casa del general y todo el trayecto hasta el comedor, están regados de flores, y al entrar la familia, una música de cuerda toca una melodiosa pieza.

El comedor está engalanado y multitud de ramilletes de flores artísticamente colocados en la mesa.

Es una fiesta de familia, una fiesta celestial, pues celébrase la incomparable dicha de Virginia, que recibió á su Dios, oculto bajo las sacramentales especies.

Está servido el desayuno, el general ocupa la cabecera y Virginia, antes de

sentarse, híncase frente á su padre y le pide la paternal bendición.

El gobernador, conmovido, alza la diestra mano, forma la cruz con el índice y el pulgar y bendice á su hija. Esta besa respetuosa la mano que le tiende el autor de sus días, y como si la alegría del corazón de Virginia se hubiese comunicado á todos, los semblantes se animan y la conversación es general y rebosante de sencillez y de ternura.

Concluído que hubo el desayuno, el general dijo á su hija:

—Este ha sido un gran día para la familia, y especialmente para tu mamá y para mí, y como indeleble recuerdo de tan memorable fecha, quiero que me pidas una merced, segura, bajo mi palabra de honor, de que te la concederé, si no es un imposible.

La niña eleva un momento los ojos al cielo, implorando ayuda, y luego, con dulcísima voz, contesta á su padre:

—Papá, lo que te pido es muy sencillo: que hagas lo que acabo de hacer. Tu dicha quiero y no la mía, y tu dicha en esta vida y en la otra, depende de que hagas una buena comunión.

Bajó el general los ojos, como avergonzado ante la virtud de su hija, y respondióle conmovido:

—Te he dado mi palabra de honor y la cumpliré. Verás satisfechos tus deseos.

V.

El señor Arzobispo acaba de entrar á su alcoba para entregarse al descanso que necesita, después de un día, como muchos, de pesadas labores, cuando el familiar le anuncia la visita del señor gobernador. Inmediatamente le ordena que encienda luz en la sala del trono é introduzca al general.

El gobernador y el Arzobispo no habían tenido serios disgustos. En el constante conflicto creado por las leyes, que si no disculpa explica la revolución, y que hoy no tienen á su favor ni siquiera la llamada razón de Estado, sino que son un peligro y una tiranía, la autoridad civil y la eclesiástica habían vivido en cortés amistad. La discreción de ambas evitaba cautelosamente cuanto turbar pudiera la armonía

La hora de la visita y la circunstancia de que el general iba sólo, sin que, como siempre, le acompañase el ayudante, llamaron la atención del perspicaz Prelado, quien luego comprendió que el gobernador llevaba negocio grave y reservado.

Después del recíproco afectuoso salu-

do y de breves palabras cruzadas entre visitante y visitado, éste hizo una indicación al familiar para que se retirase.

Cinco minutos cuando más habrían transcurrido, cuando el Prelado cerró la puerta del salón.

Pasaba una y otra hora y el salón cerrado. El familiar, que esperaba en la pieza contigua, tuvo miedo y aun llegó á temer que su señor fuese víctima de alguna intriga masónica; pero no se atrevió á llamar. La mirada que le dirigió el señor Arzobispo había sido enérgicamente imperativa y resolvióse á esperar, rezando el rosario.

Después de la media noche, el antiguo guerrillero, solo, envuelto en negra capa y embozado hasta los ojos, salió del Palacio Arzobispal sin que nadie le viera.

Efectuóse en el gobernador un cambio tan radical, que hasta los menos perspicaces de sus subalternos lo notaron. Sus disposiciones gubernativas eran muy meditadas, y sobre todo, la más estricta justicia imperaba en ellas, sin aceptación de personas. El general, con escándalo de los jacobinos, iba á misa los domingos y fiestas de guardar, y decíase que una noche se había confesado con el señor Arzobispo; que salió del Palacio del Prelado después de media noche; que el res-

to de ella la pasó en oración y al siguiente día, de madrugada, recibió la santa comunión de manos del mismo señor Arzobispo.

¿Quién había contado todo esto? Se ignoraba, pero el rumor se extendió rápidamente. Los católicos, en su mayor parte creían en él, y los jacobinos lo discutían con acaloramiento, negándolo unos y dudándolo otros; mas un acontecimiento los persuadió de la verdad de cuanto en público se afirmaba. El señor gobernador fué invitado á la repartición de premios de un plantel católico. Presidió el solemne acto y al concluir, en una breve y conmovedora alocución, alentó á los alumnos á marchar por la senda del deber, y cosa nunca oída en los labios de un gobernador de estos tiempos, ensalzó á la Virgen Santísima de Guadalupe, como salvadora de la Religión y de la Patria.

Aquella alocución produjo en el colegio inmensa explosión de júbilo, y al siguiente día no se hablaba de otra cosa en toda la ciudad.

—Ya no hay que inquirir más, dijeron los sectarios, el Caballero Rosa Cruz nos ha traicionado, y rabiaban como energúmenos.

. . . .

VI.

Lito era un tipo, no sé si degenerado ó estúpido, muy conocido en toda la ciudad, á quien veían unos con temor, con lástima otros y la mayoría con indiferencia. Ni su familia hacía caso de él ni él de su familia. Vivía de lo que le daban por barrer calles y patios, ó por hacer mandados de cualquier clase, pues fácilmente le sugestionaba el que en ello se empeñase. Tampoco sé si Lito era metaplasmo del diminutivo de Rómulo ó de algún otro nombre; todo el mundo llamábale Lito á secas y todo el mundo lo conocía. Frecuentaba las calles céntricas, motivo por el cual causó extrañeza que se le viera ya muy pocas veces en ellas, y sólo de paso. Algún curioso ó desocupado tomóse el trabajo de averiguar la causa de aquel cambio en las costumbres de Lito y supo que había hallado un generoso protector, el caritativo médico Don Néstor, en cuya casa vivía, sin que nada faltase á las aspiraciones que caber podían en la menguada cabeza de aquel infeliz. Alguien llegó á verle al través de las vidrieras del despacho del famoso médico, escuchando á éste con atención y aun con reverencia, y según contaban los sirvientes, cuando le hipnotiza-

ba, era tal el imperio que Don Néstor tenía sobre Lito, que éste era capaz de matar ó de matarse.

Una tarde, al obscurecer, salió Lito grave y pensativo de la casa del médico y detúvose en la esquina de una de las calles inmediatas al teatro. Allí permaneció inmóvil por más de una hora, parecía un poste, y como era muy conocido, á nadie ni á los gendarmes infundió desconfianza aquel mentecato.

Esa noche había una espléndida función dramática y especiales circunstancias obligaron al general Castañas á asistir á ella. Al pasar frente á Lito llamóle la atención su actitud, pero al reconocerle saludóle y continuó su camino. De repente, sin dar tiempo á parar el golpe, Lito alza el diestro brazo y rápidamente hunde hasta el mango un puñal en el pecho del gobernador; éste exhala un quejido, bamboléase, echa mano al verduguillo, que saca hasta la mitad, luego reflexiona, mira á Lito, envaina el arma en el bastón y dice con voz débil:

—¡Insensato! Yo te perdono.

Todo pasó rápidamente, y el ayudante, que iba tras del general no se dió cuenta de nada y sólo se fijó en que éste caía al suelo herido de muerte. Cuando le tuvo en sus brazos y buscó al asesino, vió-

le caer de bruces moribundo y parecióle que un bulto doblaba la esquina.

VII.

El antiguo guerrillero luchaba entre la vida y la muerte y la ciudad hallábase hondamente excitada por el crimen de Lito. Los ciudadanos, en su inmensa mayoría, estaban furiosos, pues el gobernador, especialmente en la última época de su gobierno, habíase granjeado las simpatías de sus gobernados.

Los periódicos, al narrar el acontecimiento, afirmaban que el asesino, realizado su criminal intento, se había suicidado, cayendo junto á su víctima herido por el mismo puñal que ésta. Alguien había visto á un embozado cerca del criminal y como en observación de éste, pero nadie podía asegurar que hubiese dado muerte á Lito, y hasta hoy no ha sido aclarado este punto.

En lo que sí estaban todos conformes, era en que Lito había sido sólo el instrumento, quizás inconsciente, del delito, pero que tras de aquel mentecato había un malvado, verdadero autor y director del crimen.

¿Quién era él? Nadie pudo averiguarlo. La prensa masónica fué la que con

mayor energía condenó el delito, clamando sin cesar por el condigno castigo del culpable. Excitaba á la justicia local á obrar con actividad y astucia, pero aquella oleada de indignación fué paulatinamente menguando, hasta extinguirse. En el proceso únicamente Lito apareció culpable, y muerto éste por su propia mano, la humana justicia nada tuvo ya que hacer.

Entretanto, la casa del gobernador vióse concurrida por lo más encumbrado de la sociedad, y los que no ocurrían personalmente á enterarse del estado del paciente, mandaban recado varias veces al día.

El general Castañas sobrevivió aun algunos días y aun se llegó á concebir esperanza de salvarle, pero desde que, por recomendación de respetables personas, Don Néstor se encargó de la curación, los síntomas de gravedad aumentaron y el gobernador murió, después de recibir con edificante piedad todos los auxilios de la Religión.

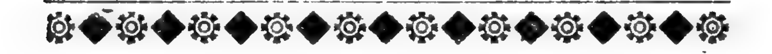
Antes de expirar, Virginia, con el corazón hecho pedazos por el dolor, acercóse á su padre, besóle la ya helada frente, y sollozando díjole al oído.

—Papasito, consuélate, ¿qué cosa tiene

Dios mejor que darte, que el cielo á donde vas?

—Sí, hija mía, responde el moribundo. Tú me abriste las puertas del Paraíso. ¡Bendita, seas!

¡Oh! Si todas las hijas supieran pedir mercedes el día de su pıimera comunión, ¡cuántos padres pecadores se convertirían á su Dios!



DEUDAS POR SALDAR.

I.

Muy conocido fué en las provincias del Norte el marqués de Aguayo, uno de los más opulentos terratenientes en la época de la dominación española. Era fogoso y jovial y de hercúlea fuerza. Entre otras anécdotas referíase de él que en cierta ocasión sus aceradas garras cogieron por las astas y derribaron á un bravo cornúpeto que le embistió.

Casóse en Saltillo con una hermosísima joven, que si no era nativa de la Ibérica Península, seguramente descendía de españoles.

Frecuentemente visitaba el mineral de Mazapil, pues en su jurisdicción hallábase situada la finca rústica donde ordinariamente residía. Los mazapilenses son famosos jugadores de malilla, y el marqués,

que gustaba sobremanera de tal juego, buscábalos con solicitud, y con tanto frenesí se entregaban al juego de naipes, que hubo reunión de malilleros que duró tres días con sus noches.

Tiempo hacía que al señor marqués punzábale el emponzoñado aguijón de los celos, y tenía suficientes motivos para sospechar que la señora marquesa andaba á picos pardos con un joven coahuilense de alta alcurnia, audaz y calaverón; pero en vano habíase esforzado en adquirir concluyentes pruebas de la traición de la esposa. Con mi perpétua desconfianza, pensó, y con mis iracundos arrebatos, no he de conseguir otra cosa que tener siempre en guardia á la marquesa, y cambió completamente de táctica. La aspereza trocóse en dulzura; la desconfianza en seguridad. Las constantes manifestaciones de cariño tranquilizaron á la esposa, que al principio creyó simulada la repentina mudanza de su marido.

Vivían, al parecer felices, en una de las haciendas del marqués, distante como una jornada, del rico mineral de Mazapil.

Entre los mozos del marqués, Pedro, por su edad y discreción, era el de mayor confianza, y varias veces se ausentaba del lugar sin que ninguno de sus camaradas supiese á dónde iba; pero habían obser-

vado que después de cada viaje hablaba á solas con el amo, encerrados ambos en el despacho de éste.

Una mañana, muy de madrugada, dijo el marqués á Pedro:

—Prepara, sin que nadie se entere de ello, mis mejores caballos, sal con ellos para Mazapil y vas apostándolos de trecho en trecho por el camino, calculando que la distancia que medie entre uno y otro sea la que pueda recorrer cada caballo, sin que disminuya toda la velocidad de su carrera. Antes despachas los peones que sean necesarios para que con las cabalgaduras ensilladas y enfrenadas esperen en el punto que les señales, mi regreso de Mazapil.

Pedro, acostumbrado á callar y obedecer, inclinó sumiso la cabeza y fuese á disponerlo todo.

El marqués de Aguayo, después de desayunarse, despidióse cariñoso de su esposa.

—Negocio urgente, le dijo, me obliga á ausentarme por ocho días.

Minutos después el látigo del auriga tronaba sobre las erguidas cabezas del magnífico tiro de cambujas enganchadas al coche de camino que conducía al marqués á Mazapil.

II.

En la salita de una casa que da vista á la plaza principal de Mazapil, en las cabeceras y lados de una mesa, hállanse cuatro personas: el marqués de Aguayo ocupa una de las cabeceras. Garzarón, rico minero, la otra, y á los lados, frente por frente, Mendoza y Calahorra, opulentos hacendados. Todos, alegres y expansivos, juegan á la malilla. El marqués está más jovial que de costumbre y aumenta el buen humor y la locuacidad de todos las copas de aguardiente de Parras que escancian de vez en cuando.

Después de una hora de amistosa expansión, el marqués de Aguayo llévase repetidas veces la siniestra mano á la frente y con el pulgar y el anular apriétase las sienes. Cerca de la media noche, dice á sus amigos:

—Tengo jaqueca; quizás me ha hecho mal el aguardiente; pero creo que bastan, para reponerme, algunos momentos de reposo.

Entró á la alcoba contigua, cerró la vidriera que comunicaba con ella, é inmediatamente, por la ventana de la misma, que veía al arroyo, y no distaba mucha del suelo, salió al campo. Pedro le espe-

raba con un soberbio potro, listo ya, para emprender la marcha.

Por la extensa llanura, á carrera abierta, salvando matorrales y vallados, vuela en su ligero potro el marqués de Aguayo, sediento de venganza, y al llegar el noble bruto resoplando por la abierta nariz, al puesto designado por Pedro, el marqués hace alto, da la rienda al peón para que pasee al fatigado animal y espere allí el regreso del amo, remuda de caballo y continúa la interrumpida carrera. De ese modo llega á la hacienda en brevísimo tiempo. entra á la casa por la puerta falsa, dirígese puñal en mano á la sala, saca una llave que viene perfectamente á la cerradura, juega el pestillo, abre y encamínase sigiloso á la conyugal alcoba, que no tiene más de una vidriera sin llave. Avanza hacia el lecho y en unos cuantos segundos, con vigorosa acometida, hunde por varias veces el puñal en el pecho de la infiel y en el de su amante. Oyense, uno tras otro, dos lastimeros ayes. El marqués, concluído que hubo su obra de exterminio, enjúgase el copioso sudor que empapa su frente, lávase las ensangrentadas manos, sale al patio á respirar el aire, porque se ahoga, mas al oír la tosidura del viejo portero, que algo ha percibido y va á inquirir lo

que sucede, huye aceleradamente y emprende el regreso á Mazapil por el mismo camino que á mata caballo acababa de recorrer.

III.

Garzarón y Mendoza reían del codillo que acababan de dar á Calahorra, cuando se abre la puerta de la alcoba y sonriente preséntase el marqués de Aguayo.

—¿Qué tal, preguntan los malilleros casi á la vez, se ha recobrado usted?

—Estoy enteramente bien, responde el marqués. Ya me lo sabía yo, un rato de reposo me destierra siempre la jaqueca.

Los malilleros, distraídos con los lances del juego, no se dieron cuenta absolutamente del tiempo transcurrido desde la salida hasta la vuelta de su amigo, y creyeron que había dormido unos cuantos minutos.

El marqués volvió á tomar parte en el juego, que continuaron entusiasmados hasta el amanecer.

Al siguiente día, por un propio que llegó de la hacienda del marqués de Aguayo, súpose en el mineral el doble asesinato cometido en aquélla, y que una de las víctimas había sido la señora marquesa.

El señor de Aguayo fingió honda pena,

mandó enganchar su coche y dirigióse presuroso á la hacienda.

El Juez de Letras de Mazapil era astuto y perspicaz y había llegado hasta él el rumor de las clandestinas relaciones de la marquesa con el joven asesinado, motivo por el cual tan luego como supo el delictuoso hecho, creyó á pie juntillas que el marqués de Aguayo había sido el autor de aquel doble crimen. Transladóse sin pérdida de tiempo á la hacienda, dió fe de los cadáveres, dictó el auto cabeza de proceso y escrupulosa y circunstanciadamente examinó á cuantos supuso que podían saber algo de lo acontecido, pero para todos el suceso fué una gran sorpresa y ni siquiera se imaginaban quién fuese el delincuente. Sólo una declaración hubo en contra del marqués de Aguayo, la del viejo portero de la casa grande, que afirmó haber observado la noche del asesinato al marqués, abrir la puerta de la sala y dirigirse á la alcoba de la marquesa, oído el apagado ¡ay! de los moribundos, y poco después visto al marqués salir y alejarse á caballo y al galope.

Aquella declaración fué suficiente para que se dictara auto de formal prisión contra el presunto reo y el señor marqués

de Aguayo fué conducido preso á Mazapil.

IV.

La energía del Juez y el orgullo del preso agriaron los ánimos de ambos, é igual era el empeño de aquél en perder al procesado, como el de éste, en salvarse; pero la declaración del viejo portero era ineficaz para fundar fallo condenatorio. Por otra parte, el reo probó perfectamente la coartada: los señores Garzarón, Mendoza y Calahorra, honorabilísimos vecinos de Mazapil, habían declarado que el señor marqués de Aguayo, la noche en que se cometieron los asesinatos, la había pasado toda con ellos, jugando malilla, sin separarse sino por breve rato, que pasó en la pieza contigua.

La absolución del procesado se imponía, y sin embargo, el Juez, por convicción de la culpabilidad del reo y por humillar su indomable orgullo, anhelaba condenarle. El atrevimiento del marqués y la burla que hizo de la autoridad, llegó hasta el grado de referir al Juez, á solas con él y circunstanciadamente, los asesinatos que había cometido: pero al examinársele ante los testigos de asistencia

negaba todo y sonreía con irónica sonrisa.

El Juez, para obtener otro testigo en contra del culpable, le llamó á solas otra vez, pero antes ocultó debajo de una mesa cubierta con larga carpeta cuyos extremos tocaban al suelo, á un hombre listo y bien prevenido para que pudiera declarar después cuanto dijese el reo.

Al entrar él procesado al cuarto del Juez, éste le ofreció un asiento colocado en la cabecera de la mesa. El marqués sentóse, sin siquiera saludar.

—Su señoría, díjole el Juez, empeñóse obstinadamente en negar ante los testigos lo que no tuvo ningún escrúpulo en confesarme particularmente. Tal conducta desdice de la que observar debe quien blasona de preclara estirpe y de inmaculada honra.

—El señor Juez, respondió el marqués, quiere oír de nuevo el relato de hechos que el vocabulario forense llama asesinatos y son simplemente actos de rigurosa justicia. No tengo inconveniente en satisfacer los deseos de usted.

Mientras el marqués hablaba lentamente, dirigió en su derredor una escudriñadora mirada y extendió con precaución la pierna derecha para investigar si algo había debajo de la mesa, y seguro ya de

que se le había puesto una celada, empezó impertérrito la narración del crimen.

En el momento que juzgó oportuno alzó la orilla de la carpeta y las nervudas manos del marqués rápidamente, con hercúlea fuerza, estrecharon la garganta del espía, que en unos cuantos segundos murió extrangulado. Concluído que hubo, irguióse altivo y dijo al Juez:

—El señor Juez quería un testigo de mi confesión, pero los muertos no hablan. Levantó la carpeta y mostró al espantado Juez el cadáver tendido debajo de la mesa.

V.

Otro nuevo proceso abrióse ese mismo día contra el marqués de Aguayo, proceso que en su oportunidad fué acumulado al anterior.

Los enemigos del marqués, los amigos y parientes del joven asesinado hicieron cuanto pudieron por perder al acusado, pero todo fué inútil. Los crímenes no estaban legalmente probados. El testigo singular nunca funda fallo condenatorio.

Los autos pasaron á otro Juez, menos enérgico, pues el anterior era testigo en el segundo proceso, circunstancia que le impedía sentenciar. Después de muchos

años se falló aquel juicio que dió mucho que hablar á los contemporáneos, y el marqués de Aguayo fué absuelto de los delitos que se le imputaban.

Desde el día de la absolución, aquel carácter alegre y jovial trocóse en melancólico y taciturno. El marqués comía mal y dormía peor y el gusano del remordimiento le corroía el corazón. Parecíale que un fantasma iba siempre tras él y le mostraba tres cadáveres. Creía oír una voz que murmuraba al oído del asesino: Lo que no castiga la humana justicia, reservado queda á la justicia de Dios. Marqués, tienes deudas por saldar.

Aquella pena honda y constante fuéle paulatinamente consumiendo, y el marqués murió poco tiempo después de sus crímenes.

Sobre su lecho de muerte erguíase agitado y con el pánico pintado en el semblante, y sus últimas palabras fueron: ¡Desventurado de mí; tengo deudas por saldar!

LA BOTICA DEL CIELO.

En un abrir y cerrar de ojos, echando bocanadas de aire, y con la espantosa impresión de las quemaduras que por todo un siglo sufrió en el purgatorio, llegó á las puertas del cielo el aprendiz de farmacéutico, Don Macario Balbuena y Montesinos. Antes de llamar detúvose un momento para contemplar extasiado el universo, lleno de brillantes astros. Tomó aliento, y luego, con bastante cortesía, llamó á la diamantina puerta del Paraíso. Entreabrióse ésta apenas, y se asomó un ángel, cuyos tornasolados resplandores ofuscaron la vista del boticario.

—¿Quién eres, preguntó el habitante del cielo, con una voz de nunca oída melodía?

—Soy, contestó el recién llegado, Macario Balbuena y Montesinos, farmacéutico mexicano, digo, por la práctica, pues

nunca tuve título. Cien años há que morí de tabardillo en la calle del Indio Triste. No fuí mal cristiano; pero la manteca de puerco trocada en maravillosos ungüentos, merced á bien estudiadas mixturas y al eficaz auxilio de medicinales hierbas, dejó á la botica de mi propiedad exorbitantes ganancias entre los proletarios, y Su Divina Majestad, el día de mi terrible juicio particular, no consideró de todo punto justificadas tales ganancias. Además, y esto es lo grave, cuando el médico recetaba alguna medicina, en la combinación de la cual entraban varios ingredientes, y en la botica faltaba alguno ó algunos, los suplía con otros, con evidente peligro de que el remedio no diese el resultado previsto. Y aunque por todo esto que juzgué poquita cosa, vínome gran temor antes de mi muerte y mandé distribuir entre los pobres del barrio la suma que mi confesor juzgó prudente, no me escapé de un siglo ¡espantoso siglo! de ser achicharrado con un fuego tal, que el del mundo, como alguna vez oí decir, no parece sino pintado. ¡Ay, ángel de Dios, cuán estúpidos somos los hombres, aun aquellos que de sabios blasonan! El purgatorio está repleto de tales sabios. Mas estoy charla que charla ¿y no me introduces al cielo?

—Interinamente, respondióle el ángel, cuido la puerta, pues el gran Apóstol San Pedro, fué, acompañado de la flor y nata de estas celestiales regiones, á conducir al solio de Dios, á un millonario de tu misma tierra.

Boquiabierto quedóse Macario, y después pronunció una ú tan prolongada, que por el modo de decirla y por la actitud del boticario, era indudablemente una censura.

—¿Por qué te asombras?

—Luego también aquí se adula á los millonarios, repuso Macario, alzando la siniestra mano y rascándose media cabeza con todos los dedos, y miró hacia el infinito espacio, con la intención quizás de alejarse de la puerta del cielo.

El ángel leyó en el corazón del boticario y díjole sonriendo:

—Pobres entran aquí todos los días á montones; pero ricos, ¡ay, cuán pocos! y millonarios mucho menos. He aquí la causa del celestial regocijo al recibir á un millonario mexicano que por su nunca agotada caridad ha merecido la eterna gloria.

Aquella razón hizo fuerza al señor Balbuena y Montesinos. Nada respondió, y en espera de San Pedro sentóse en un banco de oro macizo incrustado de bri-

llantes que cerca de la puerta de la celestial mansión se hallaba.

Apenas se había sentado, oyó ruido en una casa que le quedaba frente por frente. Parecióle que en ella había mostrador y multitud de frascos. Estiró el cuello cuanto pudo, vió, miró, contempló atónito nada menos que una botica en toda forma, y si no huyó á todo correr, fué porque la emoción impidióle moverse.

La botica que tuvo en el mundo fué, según él, la causa de achicharrarse por una centuria de años, y más hubiera sido, si los sufragios de sus deudos no acortan notablemente el tiempo, y naturalmente las boticas inspirábanle mortal aversión. ¡Y haber botica en el cielo! ¡Aquello no podía tolerarse!

—Buen ángel, dijo después que se hubo recobrado. Aquí hay botica y esto póneme extremadamente nervioso. No le digas nada á San Pedro. Me siento ligero, espiritual; volaré por el universo y estaré eternamente extasiado en la contemplación de las magníficas obras de Dios. Mas satisface antes mi curiosidad. Si aquí todo es amor y dicha, y aun la más leve sombra de sufrimiento está para siempre desterrada de esta ciudad de perfecta hermosura, ¿para qué, dime, necesitan botica?

—Es, contestóle el angel, siempre sonriente, para los enfermos del mundo, pues aquí, como has dicho muy bien, no hay enfermos. Es un lugar de perennes delicias.

¡Ves aquella columna de incienso que desde la tierra se eleva al cielo en espiral dorada por la luz? Son las oraciones que continuamente suben al trono de Dios. Si los reyes, allá en el mundo, jamás dejan sin proveer las peticiones de sus vasallos, cuando piden bien, en el cielo, palacio de la justicia eterna, infalible, son atendidas todas las plegarias de los que saben orar.

—Y ¿cuáles son los que saben?

—Los que piden con fe, humildad y confianza.

—¿Y si el peticionario es un gran pecador?

—Es oído si le conviene lo que pide, porque la oración no se funda en los humanos méritos, sino en los de Dios, que murió por todos, y que en su vida no fué solícito en pos de los justos, sino de los pecadores.

La humanidad, desde el pecado de origen está enferma de muerte, pero la redención dióle infalibles remedios para todas sus enfermedades. No necesita más que pedir, y el Divino Médico receta. Hay

más aún: Mira hacia el Oriente. ¿Ves ese inmenso torrente, superior al océano, que en gigantescos raudales cae sobre el mundo y le inunda por todas partes? Es la misericordia, que brota espontánea del seno de Dios y lleva á cuantos quieren, la salud y la alegría.

Soy el boticario del cielo, acompáñame mientras vuelve el gran San Pedro, y verás por tus propios ojos que aquí no hay triquiñuelas como en las boticas del mundo.

La palabra boticario cayóle como bomba al aprendiz de farmacéutico. Miró al ángel con desconfianza y hasta parecióle menos bello. Tal es el poder de la imaginación, aun en las regiones de ultratumba. Con todo, Macario quiso conocer la botica del cielo y entró á ésta en compañía del ángel.

¡Válgate Dios, y cuántos angelitos trabajaban en aquel grandioso edificio! Macario calculó que era todo un coro, aunque no sabía del número de ángeles que se compone un coro.

El trajín era constante y los empleados, á pesar de que volaban, pues todos lucían alas de oro, apenas bastaban á despachar.

Todos los frascos tenían membretes. Macario fué leyéndolos: Humillaciones, dolores, pobreza, miseria, enfermedades,

remordimiento, etc., etc.,.... la mar de calamidades. En otros leíase: Esperanza, resignación, confianza, valor, paciencia, etc., etc.

—De estas medicinas, díjole el angel, se hace gran consumo.

Formados en interminable hilera estaban muchos celestiales espíritus. Eran ángeles de la guarda que esperaban el despacho de las peticiones de sus encomendados.

El boticario del cielo mostró al boticario del mundo algunas de las medicinas de las muchísimas que se iban á entregar á los ángeles de la guarda.

—Esta, le dijo, es para un caballero que antaño fué riquísimo y hoy está pobre. Los pocos bienes que aún le quedan están grabados con fuertes hipotecas. El Médico Divino receta miseria y resignación, para que desaparezcan los residuos del no bien domado orgullo, pero le envía la resignación, que purifica el alma y la eleva hacia Dios.

Una aristocrática dama, adoradora del mundo y de sus vanidades, hace tiempo que pide á Su Divina Majestad que le conceda sacarse la lotería. Y Dios ordena que le caiga el premio gordo, porque serán tales las desazones y pesares que su familia le dará por aquel dinero, que

arrepentida clamará misericordia, y la misericordia descenderá hasta ella.

Una joven mexicana, guapa según el mundo, y á quien hirió el amor con su mortífero dardo, pide por esposo á un empedernido calaverón sin pizca de seso y de voluntad depravada, sin siquiera imaginarse el disparate que pide, y la Divina Clemencia le niega la petición y le receta matrimonio, por despecho, con un viudo cargado de hijos; pero mándale abundante dósis de paciencia y de esperanza en la futura dicha que ya en la tierra no puede alcanzar.

Sobre aquel dichoso hogar donde la virtuosa madre educa cristianamente á sus hijos, y el honrado padre vela solícito por la ventura de todos, va á caer como rayo la destructora muerte y á herir al jefe de la familia, en la plenitud de la vida y de las esperanzas. Aquel otro padre que ha disipado su niñez, su juventud y su edad viril, y ya siente en el alma el frío de la vejez, sin volver á Dios el corazón, arrepentido, y hállase hoy en peligro de muerte, se le envía la salud Dios arranca al primero, del mundo, para que no le pierdan los terribles peligros que le rodean, le amenazan y casi le derriban, y al segundo le deja aún en medio de ellos para que haga los últimos

esfuerzos para vencerlos. En suma, á aquél, para que no se pervierta, le manda la muerte, y á éste, para que se convierta, consérvale la vida.

Pronto vendrá á hacernos compañía un niño de tierna edad, hermoso como el amor. Es el hijo único de una madre que no vive sino para él: alma, corazón, dicha, todo para aquel pedazo de sus entrañas. El dolor la volvería loca si no se le mandara altísima dósis de divina gracia. Mas la muerte de ese hijo mimado es su eterna vida y la de su madre. Si aquél viviera, el inmoderado amor maternal perdería á ambos.

Admirado escuchaba Macario la voz del ángel, que era melodía para el oído, luz para la inteligencia y amor para el corazón.

—¡Cuán bueno es Dios! clamó enternecido. Ahora comprendo bien que debemos someternos siempre resignados y aun alegres á su voluntad, sin murmurar jamás de su Providencia. Todo lo dispone con infinita sabiduría. Mas díme, por último, ángel de Dios, y disculpa mi curiosidad, ¿cuál de estas medicinas es la de mayor consumo?

La que es universal, la que se despacha ordinariamente sin petición, porque es hija mimada de la misericordia, y la efi-

cacia de la cual medicina está probada en la mayoría de los casos, es el remordimiento. Y ¡oh incomparable misterio de la divinidad! Se suministra al pecador precisamente cuando temerario y rebelde acaba de ofender á su dulce Salvador. Es, sin duda, la más amarga de todas las medicina; pero con ella empieza la expiación de la culpa, que trae después la incomparable aurora de la gracia.

—La conozco bien, clamó Macario. A esa medicina debo el cielo.

En esos momentos oyéronse los acordes de una música tan suave y melodiosa que jamás oído humano ha percibido. San Pedro regresaba á su puesto y abría de par en par las puertas del cielo al feliz boticario, cuyo corazón, inundado en delicias, empezó á gustar de la dicha que jamás acaba.



APOSTOLES DEL HOGAR.

I.

Había sido Jacobo buen marido, cuanto serlo puede quien de verdad ama á su esposa; pero es averiguado hecho, que los maridos, aun los mejores, no evitan á sus mujeres todos los disgustos que evitarles pueden. Rufina sufría con la ausencia de su consorte, que acostumbraba pasar varias horas en el Casino, especialmente por la noche. Estos Casinos, decía la joven, son feroces enemigos del hogar. Los esposos trabajando todo el día para sostener avantes la tremenda lucha por la vida, y las horas de descanso y grata expansión con la familia, róbanselas esos malditos centros de diversión. La autoridad debía clausurarlos como perniciosos á las buenas costumbres, y

los Obispos excomulgar á los sostenedores de tales casas.

Jacobo reía de lo que él llamaba exageraciones de las mujeres, y aunque en temporadas procuraba no trasnochar, la fuerza de la costumbre ordinariamente triunfaba de sus buenos propósitos.

El esposo de Rufina era ingeniero de bastante instrucción y de bondadoso carácter, sin que su natural bondad menguara nunca su energía. Justo en sus decisiones, honrado en su profesión y de recto criterio; mas, por desgracia, no tenía ninguna religión. Creía en Dios y nada más; pero prácticamente era un ateo. No había bebido ni en el hogar ni en la escuela, la savia vivificadora de la fe.

Admiraba la virtud de Rufina, pero jamás la atribuyó á sobrenatural influencia. El también muchas veces por espontáneo impulso, practicó el bien; ¿por qué no había de suceder lo mismo á su esposa? No obstante, alguna vez, especialmente cuando su hija estuvo enferma de gravedad y aun desahuciada por los médicos más notables, parecióle vislumbrar algo del triunfador poder de la oración, que según Rufina, había salvado á su hija.

Pasada la vislumbre de la primera im-

presión, que apenas dejó huella, volvió á su habitual indiferencia.

Si Jacobo fuera sincero y piadoso cristiano, la esposa sería feliz cuanto se puede ser en este mundo de inacabables miserias; pero el ingeniero no se preocupaba nunca por aquel asunto, que para su esposa era el más interesante de todos. No cansaba á su marido con sermones que agriaran su carácter ó diesen motivo de disgusto: la oración y el buen ejemplo eran las únicas armas de Rufina.

II.

Una niña, gentil y bella, que apenas contaba cinco años, había sido el único fruto de aquel matrimonio. Los padres veíanse en su Lidia, y ésta, aunque peligrosamente mimada, era de buen natural y no abusaba demasiado del paternal cariño. La influencia que ejercía, especialmente sobre su padre, era tal, que más de una vez el ingeniero dejó graves ocupaciones de su profesión por complacer los deseos de su hija, que, ora le rogaba que le contase un cuento, ora que la llevara á pasear.

La madre ponía toda su alma y su corazón todo, en educar á su amada Lidia,

y era conmovedor espectáculo ver á la niña antes de recogerse, caer de hinojos ante la Imagen Inmaculada, elevar hacia ella sus grandes ojos negros en suplicante actitud, con las manos abiertas, juntas por las palmas y rectas sobre el pecho, y pronunciar con arrobadora vocecilla sus cotidianas plegarias, breves y hondamente tiernas.

La pecuniaria posición de la familia era más que desahogada, y la vida del hogar deslizábase tranquila; mas un día amaneció enfermo el ingeniero, y aunque la enfermedad parecía leve y pasajera, Rufina alarmóse mucho, pues creyó ver en el semblante de su amado esposo algo extraño, que la hizo temblar de pavor.

El médico examinó detenidamente al enfermo, pero nada dijo á la alarmada esposa ni ésta pudo adivinar algo al través de la inalterable seriedad del facultativo.

El enfermo, durante los primeros días de enfermedad, creyóse vigoroso para luchar contra ella; pero poco á poco fué decayendo su ánimo hasta consternarse cuando el diagnóstico médico anunció terrible neumonía.

Los esfuerzos de la ciencia habían fracasado hasta entonces, y cuando el ingeniero observó que el doctor hacía varias

visitas al día y que hubo junta de médicos, comprendió el estado de gravedad en que se hallaba y lloró como un niño.

¡Ay! No había disfrutado sino de los primeros besos de su adorada hija, aun gozaba con celestial embeleso de sus gracias de niña, pero el paternal egoísmo anhelaba verla crecer á su lado, desarrollarse y formarse hasta que un día, joven y hermosa, fuese la reina y el encanto del hogar. También Rufina, la amable compañera de su vida, su consuelo en los pesares, su aliento en el trabajo y la discreta reguladora de sus alegrías, se quedaría sola en el mundo, sin amparo, sin el esposo que la amaba tanto. La exaltada imaginación presentóle á Rufina cubierta con la triste toca de la viudez y á su inocente hija vestida de luto, dirigiendo á la Virgen la cotidiana oración, con los ojos henchidos de lágrimas. Ante ese cuadro aterrador heríale la garra de la desesperación.

Entretanto, en la pieza contigua, madre é hija oraban, llorando. Concluída su oración, aquélla, conmovida, dice á ésta:

—Hija mía, mi amada Lidia: tu padre se muere, me lo dice el corazón, le estoy viendo morir. A nosotras no nos queda ya otra cosa qué hacer que abrirle las

puertas del cielo, y tú vas á ser el apóstol á quien encomiende tamaña obra.

La niña, sin pestañear siquiera, escuchaba absorta á su madre, que circunstanciadamente explicábale cuanto debía hacer.

Rufina había dicho ya muchas veces á su esposo que arreglara los negocios de su conciencia, que llamara al señor Cura, sacerdote docto y virtuoso, que le absolvería en nombre de Dios y daríale la paz, y con ella tal vez hasta la salud; pero el ingeniero negóse en lo absoluto á condescender con su esposa.

—De nada me sirve todo eso, contestaba. Buen médico y buenas medicinas; he allí lo único que necesito.

Y la esposa con el corazón destrozado, elevaba en su dolor continua plegaria al Dios de las misericordias.

III.

Después de aquel arranque de desesperación, Jacobo se tranquilizó un poco y pudo dormir dos horas. Al despertar volvió á sentir las sombras de la tristeza que envolvían su alma.

Estaba hundido en sus pensamientos cuando oyó pasos en la alcoba, el ruído de ellos penetró hasta lo más recóndito

de su corazón. Conoció luego los pasos, eran de su hija Lidia, de aquel ángel por el cual le era amable la vida aun en medio de los más duros sufrimientos. Sintió luego que la niña con gran esfuerzo arrimaba una silla al lecho del enfermo, subió á él, se abrazó al cuello de Jacobo y púsose á llorar con silencioso llanto, interrumpido de vez en cuando por sollozos.

—¿Por qué lloras, hija mía?—dijo el padre casi muerto por el dolor.

—Porque estás enfermo, papá, y si te mueres ya no te veremos más ni mamá ni yo; por eso lloro, papasito. Y un raudal de lágrimas brotó de los ojos de Lidia.

Jacobo no pudo hablar; la emoción ahogaba la voz en la garganta. Hizo un supremo esfuerzo para recobrarse, besó á su hija con infinito amor y díjole con extrema ternura:

—Si me muero, hija mía, nos veremos más allá del sepulcro.

—No, no, no puede ser, clama la niña, y por eso lloro tanto, porque tú, papasito, que no te quieres confesar, no irás al cielo, á donde iremos mamá y yo cuando nos muramos. Ya lo ves, en la otra vida no podemos estar juntos.

Abre el padre cuanto puede los ojos

espantados, mira á su hija, írguese nervioso y clama en grito de ansiedad suprema:

—Anda, corre, hija mía, díle á tu mamá que llame al señor Cura. Quiero confesarme y siento que mi vida se va.

No había Jacobo acabado de pronunciar las anteriores palabras, cuando Lidia, casi sin saber cómo, baja del lecho y corre á los brazos de su madre para comunicarle la feliz nueva.

Ese mismo día empezó Jacobo su confesión general; recibió los auxilios de la Religión y al mirar que la muerte se aproximaba, bendijo á su familia, despidióse de ella con lágrimas en los ojos pero con cristiana resignación en el alma, y su última palabra fué para su amada Lidia.

—Hasta el cielo, hija mía, le dijo, y expiró.



MALA CABEZA Y BUEN CORAZON

I.

Mala cabeza fué Vicente, y taimado galanteador de femeninas beldades, y ni el matrimonio curóle de arraigadas costumbres; pues al que una vez sojuzgaron las pasiones, no se librará de sus feroces garras sino por un milagro tan grande como la resurrección de un muerto. No hay para qué decir que Valentina, la virtuosa cónyuge del joven, sufrió penas del purgatorio, como decía ella, pero era buena sobre toda ponderación, y ni el desengaño ni los celos arrancar pudieron del corazón de la esposa un amor purísimo, nacido en los primeros días de la niñez, el cual creció fuerte y rebosante de poesía, y llegó á ser para ella segunda naturaleza.

El pícaro hijo de Adán corrigióse mu-

cho en la edad madura, pero de vez en cuando sacábanle de quicio los interiores ímpetus y volvía á las diabluras de antaño con escándalo de sus vecinos y amigos. En aquellos paréntesis de la ordinaria vida de Vicente, Valentina no hacía otra cosa que sufrir y rezar. ¡Cuántas veces la sorprendió la matutina luz sin haber cerrado los ojos en toda la noche, con el corazón empapado de amargura y contando las horas de soledad, que parecían eternas! Mas al volver su esposo al abandonado hogar, la esposa olvidaba todos los pesares, y de las ruinas de su dicha surgía risueña la esperanza.

Dios no quiso que le viviera su única hija, arrebatada en la infancia del vergel del amor y de las ilusiones maternales, y el recuerdo de aquel ser querido aumentaba la angustia en los horribles días de abandono; pero santa de las que la Iglesia no canoniza, ni los hombres admiran cuanto deben, cumplió heróicamente con sus deberes. Cristiana de inquebrantable fe y de compasivo corazón, esperó contra toda esperanza, quiso á pesar de los gritos del amor propio, y aun solía decir que si su esposo no tuviese defectos no le amaría tanto. Frase que encierra insondable abismo de misericordia.

II.

Vicente parecía querer de verdad á su esposa, y digo parecía, porque con sólo corregirse la hubiera hecho feliz, y sin embargo, no se corregía. ¿Pueden más las desordenadas pasiones que el verdadero amor, ó puede éste vivir donde aquéllas frecuentemente triunfan? Sólo sé decir que el esposo no volvía á su hogar como muchos, mohino y airado, sino triste y contrito. Tenía buen corazón y dolíase mucho de la fatal caída. Después de ésta era más cariñoso con su consorte y afanábase por manifestarle su cariño y por compensarle de alguna manera los dolores que le había causado.

En una de esas tremendas caídas en que el rehacio pecador se entregó con frenesí á los excesos de la orgía, tuvo un ataque mortal y lleváronle á su casa en estado casi comatoso.

Indecible fué la angustia de Valentina al ver á su esposo herido de muerte; mas no se entregó á vanas declamaciones ni á estériles quejas. Mujer fuerte, lloró en lo íntimo de su alma, con llanto de infinita amargura, sin que las lágrimas asomaran á los ojos, y daba gracias á Dios porque Vicente aún vivía. Llenóle de atenciones, de cuidados y de mimos, pero

si el enfermo no bajó al sepulcro, quedóse á las puertas de él, atacado de incurable parálisis.

Desde entonces Valentina trocóse en la cariñosa enfermera de su esposo, y merced á los cuidados de aquélla y á los esfuerzos de la ciencia, el mal pudo, en parte, vencerse. El paciente dejó el lecho, pero andaba con suma dificultad, arrastrandos los pies, y sus miembros estaban tan entorpecidos, que muchas veces no podía llevar la cuchara, del plato á la boca. La esposa entonces dábale de comer, como á un niño y le acariciaba con ternura. Ella le vestía, le desnudaba, oraba con él y esforzábase en tenerle divertido y contento. La parálisis había atacado también los órganos vocales y el enfermo sólo podía pronunciar palabras entrecortadas. La inteligencia estaba despejada, pero al querer emitir una idea expresaba otra muy distinta, y el semblante del paralítico palidecía de ira. Valentina le calmaba con una sola mirada.

El pobre enfermo tenía las necedades de un niño consentido, y la esposa, con admirable paciencia, le complacía en todo. Si antes no dormía esperando al esposo ausente, hoy se desvelaba cuidando al esposo enfermo, y de los labios de aquella heroína no salía ni un reproche,

ni una queja, ni un ¡ay! de dolor ó de cansancio.

Cuando en las largas noches de invierno la esposa, hecha pedazos por las fatigas del día, en vez de buscar el anhelado descanso, poníase á leer ó conversar para distraer á su esposo, éste frecuentemente con la cabeza inclinada y la barba unida al pecho, lloraba amargamente. Y si Valentina, con la más exquisita ternura le preguntaba la causa de su llanto, Vicente, después de contemplarla con hondo y apasionado mirar, sollozaba con tan lastimeros sollozos, que infundía compasión

III.

Veinte años duró aquella vida de continua abnegación para la esposa, abnegación que tan profundamente penetró en el alma de Vicente, que el cariño para su esposa llegó al más alto grado. Comprendió entonces el cielo que había tenido tan cerca y del cual le alejaron las fieras de las pasiones. Lamentaba su ceguedad, y hubiera querido, si la salud se lo permitiese, trocarse en apóstol para abrir los ojos á tantos que no conocen, ni comprenden, y muchas veces hasta desprecian los tesoros de felicidad que Dios ha puesto en sus manos.

Cuando la vehemencia de la emoción no arrancaba lágrimas á los ojos ni ayes al pecho, con medias palabras y expresivos ademanes decía que amaba á Valentina con la fuerza de todos los cariños. Llamábala amiga, madre, hija, esposa, y añadía, llorando tiernamente: todo, todo es para mí.

Así endulzó la angelical esposa la desgracia del hombre amado, desgracia que él mismo se buscó y trocó en perpétuo amor la misericordia. Cuando Vicente cerró para siempre los ojos del cuerpo para abrir los del alma, ante la luz que nunca muere, el último rayo de la mirada del agonizante fué para la que amó con la fuerza de todos los amores juntos

---



JUSTICIA Y MISERICORDIA.

I.

No lejos de una cadena de montañas, ramal de la Sierramadre, en el Partido de Valparaíso, del Estado de Zacatecas, levantan los vetustos muros algunas casas y el templo que forman el casco de la hacienda que antaño fué del Conde X, quien heredó de sus antepasados, además del nobiliario título, vastas y productivas fincas rústicas. Era el señor Conde, de retraído carácter y algo excéntrico; pero ni el retraimiento, ni las excentricidades fueron obstáculo para que sintiese latir el corazón por Eusebia, joven ranchera, hija del caballerizo. El enamorado pensó que sería ridículo desatino que un vástago de ilustre prosapia se uniese en matrimonio con aquella muchacha, guapa de verdad, y tras de la cual corrían desalados

los jóvenes rancheros, requebrándola de amores; pero la belleza de la niña era espuela de su codicia, y aunque coqueteaba con sus galanteadores, á nadie entregó su corazón. ¿Qué vida iba á ser la suya con aquellos pobretes que trabajaban desde el primer albor de la aurora hasta el último del vespertino crepúsculo para comer tortillas y frijoles? No, Eusebia era codiciosa, ansiaba tener comodidades y riquezas y ser gran señora, como algunas que había conocido en la ciudad de Zacatecas, la única vez que estuvo en ella. Refería entusiasmada cuanto había visto y oído y cuanto le había fascinado, y sus amigas, la mayor parte de las cuales no conocían más tierra que los extensos laboríos de la hacienda, escuchaban atentas las pintorescas narraciones de la joven, cuya imaginación era viva y fecunda.

El padre de Eusebia estaba encargado de las caballerizas de la casa grande, y cuidaba con esmero los soberbios caballos del Conde y de tarde en tarde iba la joven á ver á su padre.

No tardó aquélla en comprender que su peregrina hermosura había cautivado al amo, pues los negros ojos de éste clavábanse en la hija del caballerizo con pertinacia de enamorado, y la vanidad sopló en aquella cabecita hueca hasta en-

loquecerla, y la que se hubiera avergonzado de dar la mano de esposa á un hombre pobre, pero honrado y trabajador, se enorgullecía hoy de ser la manceba del Conde. Los padres de Eusebia no sólo consentían en los criminales amores de su hija, sino que se ufanaban de ellos. ¡ A tanto alcanza el corruptor prestigio de la riqueza!

II.

Eusebia ocupó la mejor finca de la hacienda; después de la casa grande. Eran satisfechos hasta sus menores caprichos, y la prosperidad y la abundancia amortiguaron los remordimientos. Sus antiguas amigas, que al principio mirábanla de reojo, acabaron por adularla como señora del amo, y no faltaron entre ellas, quienes envidiaran la suerte de su amiga. El Conde la visitaba con frecuencia, y aun era más breve que de costumbre su ausencia, cuando necesitaba ir á las estancias ó recorrer las labores.

El tiempo, el trato y el hábito, afirmaron la criminal amistad del Conde y de su concubina y cubrieron la fealdad del escándalo, que no impresionaba ya á las familias de la hacienda.

En una de las correrías del Conde por

sus dominios, llegó al obscurecer á una estancia, donde por orden suya se había reunido mucho ganado mayor para los herraderos. Llegó algo fatigado, apeóse de su brioso alazán, dió las riendas á su mozo de campo, y en la sala de la única finca de la estancia, tomó con apetito una taza de chocolate, y quedóse solo, pues ordinariamente gustábale la soledad. Soplaba viento frío y levantóse para emparejar la puerta, mas detúvose espantado, con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, erizado el cabello y el rostro descompuesto y lívido por el pánico. Vió á Eusebia pasar por enfrente de la casa, en vertiginosa carrera, como arrastrada por gigantesca fuerza, con la desesperación pintada en el semblante, ardiendo en vivísimas llamas, y parecióle oír ruído de pesadas cadenas.

Cuando la visión desapareció y húbose recobrado un tanto, enjugóse con su pañuelo de seda el frío sudor que inundaba su frente, y pensó si lo que acababa de ver era realidad ó alucinación de la fantasía. Trémulo aún, ordenó al mozo de campo que montase en el brioso alazán, fuera á la hacienda á todo correr y le trajese noticias de Eusebia.

Entretanto, agitado y nervioso, no pudo ni recostarse en la cama que se le ha-

bía preparado; ora en pie, ora sentado ora dando vueltas en la pieza y con la vista clavada en el suelo, no apartaba su mente de la aterradora visión.

Cerca de la media noche regresó el emisario.

—¿Qué hay? pregunto el Conde con ansiedad.

—La señora del amo, respondió el mozo, ha muerto repentinamente hoy, al obscurecer.

III.

Allá, en lo más espeso del pinar de la sierra, donde la naturaleza ostenta el esplendor de su pristina hermosura, de rodillas, ante una cruz de madera que eleva los brazos junto á una cueva, háIlase el Conde, abstraído en profunda oración. El cabello sin aliño, la faz descolorida y rugosa, la barba crecida y enmarañada y el humilde traje de jerga, averiado por el uso y la intemperie. El viento que murmura en las copas de los altos pinos y de los añejos robles, el arroyo que serpenteando baja de la montaña, y el gorjeo de las aves, son los únicos rumores, y no logran dominar el solemne silencio de la soledad.

Cuánto ha cambiado el Conde! En su

semblante pintase la austeridad, y la humilde actitud de hoy contrasta con la altivez de otros días. En la hacienda hay un Administrador y el antiguo amo baja de la sierra los domingos y días de fiesta religiosa, muy de madrugada; oye el santo sacrificio de la misa, de vez en cuando recibe el pan de los ángeles, proveese de los necesarios alimentos y vuelve á la sierra, donde se consagra á continua oración y penitencia.

Así vivió muchos años y murió en olor de santidad. Esta tradición ha pasado de una á otra generación, y en la hacienda las madres refiérenla á sus hijas como ejemplo de la justicia y misericordia divina.

INDICE



OBRAS

DEL

LIC. RAFAEL CENICEROS Y VILLARREAL.

TOMO II.

CUENTOS CORTOS.



MÉXICO

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 18.

1909.

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS

TOMOS PUBLICADOS

Obras de GARCIA ICAZBALCETA—Tomos I y III Opúsculos varios.—III y IV Biografías.—Biografía de D. Fr Juan de Zumárraga.—VI, VII y VIII Opúsculos varios.—IX Biografías.—X. Opúsculos Varios.

Obras de PEON CONTRERAS.—Tomos I y II. Teatro. III Romances.

Obras de VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR.—Tomos I y II. Estudios Históricos.

Obras literarias de D. VICTORIANO AGÜEROS.—Tomo I.

Obras de D. JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS.—Tomo I.—*La Parcela,* novela inédita.—Tomo II y III *Novelas Cortas.*—Tomo IV. *Los Precursores.*

Obras de COUTO. Tomo I Opúsculos varios.

Obras de D. J. FERNº RAMIREZ.—Tomo I. Opúsculos históricos.—Tomo II.—*Adiciones á la Biblioteca de Beristáin,* inéditas.—Tomo III, *Adiciones á la Biblioteca de Beristáin* conclusión y Opúsculos históricos.

Tomos IV y V, Memorias para servir á la Historia del Segundo Imperio Mexicano. Primera y segunda parte.

Obras literarias de D. JOSÉ DE JESÚS CUEVAS.—Tomo I.

Obras de D. IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.— Tomo I.

Obras de D. MANUEL E. DE GOROSTIZA.—Teatro completo.— Cuatro tomos.

Obras de D. LUCAS ALAMÁN—Tomos I, II, III y IV.—Disertaciones sobre la Historia de México.

Obras literarias de D. JUAN BARANDA.—Un tomo.

Obras de D. RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA.—Un tomo.

Obras literarias del Sr. Lic. D. Silvestre Moreno.—Un tomo.

NOVELAS CORTAS de Autores Mexicanos del primer tercio del Siglo XIX [Rodríguez, Galván, Pesado, Pacheco Navarro, etc.] Dos tomos.

Obras de D. Manuel Payno, Tomo 1, º Novelas cortas.

Obras del Lic. D. PRIMO FELICIANO VELÁZQUEZ—*Opúsculos Históricos.*—Un tomo.

Obras de ROA BÁRCENA.—Tomo I, CUENTOS.—Tomos II.

III y IV. Recuerdos de la Invasión Norte-americana, 1846-1848. Tomo IV.—Biografías.

Obras de D. Fernando Calderón.—Poesías y Teatro.

Obras de D. Rafael Delgado. Tomo I, Cuentos.—II "Los parientes Ricos," Novela.

Obras de D. Juan Díaz Covarrubias.—Novelas.

Obras de Florencio M. del Castillo.—Novelas.

Obras de Don Bernardo Ponce y Font.—Un tomo.

Obras de Fr. Manuel Navarrete —Un tomo.

Obras del Lic. D. Alfredo Chavero. Tomo I.

Obras del Dr. D. Justo Sierra.- Tomos I, II y III.

Obras del Lic. Ignacio Pérez Salazar.—Un tomo

Obras del Lic. Rafael Ceniceros y Villarreal. - I Novelas. II Cuentos Cortos.

Obras de D. Manuel Ramirez Aparicio.—Tomos I y II. Los Conventos suprimidos en México.

Perfiles de artistas, por el Lic. D. Manuel G. Revilla.

Cuentos y Narraciones, por el Lic. D. Alfonso M. Maldonado.

Obras del Sr. Dr. D. Manuel Domínguez.

En prensa Cuentos y Narraciones Tomo II —Nobles y Plebeyos, de Alfonso M. Maldonado.

Precio de cada tomo:

$ 1 50 en toda la República y $ 2 en el extranjero.

☞ Todos los tomos serán enteramente iguales al presente. De venta en la Administración y Librería de "EL TIEMPO;" Primera calle de Mesones 18, y en las demás librerías de la capital.- En los Estados, en las casas de los Agentes y corresponsales de "EL TIEMPO."

